RAY BRADBURY

CRŐNICAS MARCIANAS



Lectulandia

En 1950 Ray Bradbury publicó por primera vez las «Crónicas Marcianas»: una colección de cuentos que nos relata la exploración de Marte por los humanos, la desaparición de la civilización marciana nativa, la colonización terrestre del planeta y su posterior abandono.

El libro era una recopilación de nuevos relatos y otros anteriormente publicados en revistas que fueron adaptados para formar parte de las «Crónicas», durante el proceso de edición se descartaron algunos de los cuentos preseleccionados. Durante los más de 70 años transcurridos desde la primera edición se ha incorporado algún relato descartado en las siguientes reimpresiones y otros han sido publicados en diferentes antologías del autor o han permanecido semiinéditos.

Esta recopilación pretende reunir en un solo volumen todos los cuentos de Bradbury relacionados con Marte.

Ray Bradbury

Crónicas marcianas completas

ePub r1.0
Titivillus 19-03-2023

Título original: *The Martian Chronicles*
Ray Bradbury, 1950

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

SOBRE ESTA EDICIÓN

Recopilación realizada por Silverton
Versión 5 —Marzo 2023

En este volumen he recopilado todos los cuentos con temática marciana que he podido encontrar de Bradbury.

Los cuentos que se han añadido a los relatos tradicionales tienen antes de título un asterisco.

La mayoría de los textos parten de las traducciones realizadas por Minotauro, salvo:

«*Green Town, en algún lugar de Marte; Marte, en algún lugar de Egipto*» que parte de la edición de Catedra.

He traducido desde las revistas originales en que fueron publicados: «*Ajuste de cuentas*», «*Mecanismo de defensa*», «*Los solitarios*», «*Fiesta*» y «*El flautista*».

Desde la edición húngara «*Marsbéli krónikák (teljes változat)*» he hecho una traducción aproximada de los relatos de los que carecía de otras fuentes: *«Muerte del verano», «La enfermedad», «Todos tenían abuelos», «Jemima True», «La rueda», «Los fantasmas marcianos»* y «*El matrimonio*».

«*El largo camino a Marte*» y «*El romance*» fueron traducidos por Marcelo Cohen.

«*El mesías*» y «*La botella azul*» fueron traducidos por Marcial Souto.

«*La ciudad perdida de Marte*», «*Llamada nocturna*» y «*El que espera*» fueron traducidos por Aurora Bernárdez.

«*Green Town, en algún lugar de Marte; Marte, en algún lugar de Egipto*» fue traducido por Jesús Isaías Gómez López.

«*La ventana de color frutilla*» y «*Eran morenos y de ojos dorados*» fueron traducidos por Francisco Abelenda y Matilde Horne.

El resto de cuentos fueron traducidos por Francisco Abelenda.

INTRODUCCIÓN POR SILVERTON

A finales de 2022 se produjeron tres lanzamientos interesantes relativos a las Crónicas Marcianas.

La editorial Catedra ha publicado una nueva edición en español a partir de la versión corregida en 1997 por el propio Bradbury, alejándose de las ediciones y traducciones tradicionales de la editorial Minotauro. Cuenta con un extenso estudio sobre la obra y anotaciones en los cuentos.

La editorial Libros del Zorro Rojo ha publicado «*Otras Crónicas Marcianas*». Un libro que recopila diez relatos relacionados con las Crónicas que no aparecen en las ediciones tradicionales, entre ellos, cuatro no habían sido publicados anteriormente en español. Desafortunadamente, sólo tres de ellos son realmente inéditos: «*Los solitarios*», «*Fiesta*» y «*Ajuste de cuentas*. —Un tercero—, *Yo, Marte*», puede parecerlo en un primer momento, pero se trata de una versión primitiva de «*Llamada nocturna*», ya publicado en el libro «*Fantasmas de lo nuevo*».

La editorial Subterranean Press ha reeditado en inglés «*The Martian Chronicles: The Complete Edition*». Libro publicado por primera vez en 2009 con una tirada limitadísima y con un precio desorbitado, características que se mantienen en la reedición de 2022. Este libro pretende ser la edición definitiva de las Crónicas, uniendo a los cuentos tradicionales otros relatos relacionados, algunos nunca publicados anteriormente, y material adicional, como guiones o ensayos relativos las Crónicas. Aunque se incluyen muchos relatos ambientados en Marte, algunos de ellos son contradictorios con lo relatado en los cuentos tradicionales.

Estas novedades editoriales me han animado a escribir este texto para intentar identificar y aclarar que cuentos de Bradbury pueden considerarse de las Crónicas o simplemente relacionados con Marte.

Crónicas Tradicionales

La primera edición de las Crónicas fue publicada en 1950 por la editorial Doubleday. Consta de 26 capítulos: 15 relatos y 11 interludios que hacen de puente entre los cuentos principales. Todos los interludios y 2 de los relatos («*La mañana verde*» y «*Encuentro nocturno*») fueron escritos expresamente para el libro, el resto había sido publicados anteriormente en revistas.

En 1951 se publica la edición británica de las Crónicas por la editorial *Hart-Davis* con el nombre «*The Silver Locusts*». En esta edición se elimina «*Usher II*», sustituyéndolo por «*Los globos de fuego*». La eliminación de «*Usher II*» puede deberse a que su tema está alejado de los tratados en Crónicas, siendo más cercano a «*Fahrenheit 451*» y otros relatos del autor, como «*Los desterrados*». «*Los globos de fuego*» también se puede encontrar en «*El hombre ilustrado*» y en muchas ediciones posteriores de las Crónicas se recoge como parte de los cuentos tradicionales. Este relato fue una de las historias que se incluyó en la serie de televisión de 1980. Su protagonista, el padre Peregrine, aparece también en «*La tienda de equipajes*». Su temática se integra perfectamente con el resto de relatos, pero implica la existencia de una segunda raza de marcianos, unos seres que han evolucionado a un estado incorpóreo, que no vuelve a aparecer en ningún otro relato.

En la edición británica de 1953 por la editorial The Science Fiction Book Club se incluye el relato «*El desierto*» (escrito en 1952). A partir de entonces se suele considerar uno de los relatos tradicionales.

La edición original no contenía ningún prologo, pero Bradbury escribe uno llamado «*El largo camino a Marte*» para "*The Martian Chronicles: The Fortieth Anniversary Edition*" de la editorial *Doubleday* de 1990. Este texto puede encontrarse en español en el libro «*Zen en el arte de escribir*».

En la edición de 1997 de Avon Books, por decisión expresa de Bradbury: se produce un cambio en las fechas de los cuentos, trasladándolos 31 años en el futuro (en este texto, siempre me referiré a la cronología original); se eliminó «*Un camino a través del aire*» por las connotaciones racistas que algunos podrían ver en él; se realizaron pequeños retoques en algunos relatos; y se incluyó un prólogo titulado «*Green Town, en algún lugar de Marte; Marte, en algún lugar de Egipto*» que puede encontrarse en la nueva edición de Catedra.

La mayoría de las ediciones en español han sido publicadas por Minotauro (en España o Argentina), hay unas 25 desde la primera de 1955 hasta la última en 2022. Hay que tener en cuenta que los cuentos *«El desierto»*, *«Los globos de fuego» y «La costa»* aparecen y desaparecen de ediciones sin ninguna lógica. Al igual que el prólogo de Borges que acompaña a algunas ediciones. Afortunadamente la de 2022 (y creo que todas a partir de 2012) incluyen todo este material.

Otras Crónicas

Existen una serie de relatos que se quedaron fuera de las Crónicas, pero que podrían ser perfectamente integradas en ellas, aunque algunos necesitarían cambios menores para no contradecir a los relatos tradicionales. Intento establecer para ellos una fecha aproximada para establecer su orden de lectura entre el resto de Crónicas, cosa que a veces es bastante difícil y/o contradice el propio cuento.

Muerte del verano. Este interludio estaba inédito hasta su recuperación en "*The Complete Edition*" de 2009, no existe traducción oficial al español. Es imposible ubicarlo cronológicamente entre el resto de Crónicas ya que, aunque se indica en él mismo que ocurre en agosto no se dice de que año y no hay ninguna referencia a que periodo puede pertenecer: al no mencionar si todavía existen marcianos, si han llegado los terrestres, si se han ido…

La enfermedad. Este cuento fue publicado por primera vez en "*The Complete Edition*", no existe traducción oficial al castellano. Aunque no tiene fecha definida en el texto, tendría que estar situada en algún momento después «*La tercera expedición*» en abril de 2000 (ya que el protagonista menciona sucesos de las tres primeras expediciones) y antes de «*Aunque siga brillando la luna*» en junio de 2001. En él se recupera el personaje del Yll K, del cuento «*Ylla*», y se menciona a otra raza de marcianos («*los moldeadores de sueños*») que fueron con los que se encontró la tercera expedición.

Todos tenían abuelos. Otro de los relatos inéditos recuperados en "*The Complete Edition*" del que no existe versión en español. Aunque en el propio relato se sitúa en marzo de 2001 para que se ajustase a la cronología debería ser situado más adelante al tratar la construcción de las primeras ciudades terrestres, y entre otras cosas de la llegada de la prostitución a Marte, alrededor de octubre de 2002 cuando en el interludio «*La costa*» se menciona este hecho.

Jemima True. Uno de los interludios inéditos incluidos en "*The Complete Edition*" del que no existe traducción en castellano. El relato indica que ocurre en la primavera de 2160, pero para integrarlo debería retrotraerse a

finales de 2002 o principios de 2003, debido a la presencia de la prostitución (mencionada en «*La costa*») y de religiosos (mencionada en «*Intermedio» y «Los globos de fuego*»).

El romance. Este relato se puede encontrar en el libro de cuentos "*El convector Toynbee*" de 1988 y fue publicado por primera vez en 1982. En el cuento se indica que ocurre en primavera, pero sin precisar el año. Como se sugiere que la coprotagonista es una prostituta, podría ser un poco posterior a «*Jemima True*». El texto amplia la información que tenemos sobre los marcianos: no todos poseen telepatía (*Sio hubiera querido entenderla. Hubiera querido tener la capacidad, que tenían algunos de los suyos, de proyectar la mente, de leer, de saber, de interpretar, al instante, idiomas extranjeros, pensamientos extranjeros. Hizo la prueba. Pero no ocurrió nada*.) y pueden ver en la oscuridad (*Fuera, las oscuras flores esperaban el alba en que vibrarían antes de abrirse […]. Las lunas ya se habían puesto. Sio tuvo que utilizar la visión especial para distinguir el camino*).

El mesías. Este cuento fue publicado por primera vez dentro del libro «*Mucho después de medianoche*» de 1976. No existe ninguna indicación en el texto para su datación, aunque parece que la colonización terrestre no está muy avanzada, aunque ya existe la presencia de religiosos (por lo que debería ser posterior a «*Intermedio*» y «*Los globos de fuego»*). Su argumento está muy relacionado con «*El marciano*» y se adaptó como un suceso de este cuento en la serie de televisión de 1980.

La rueda. Es un interludio inédito recuperado en "*The Complete Edition*" del que no existe versión en castellano. No se menciona ninguna fecha en el texto, pero debería ser posterior a «*Un camino a través del aire*» que sucede en junio de 2003.

La ventana de color frutilla. El cuento fue publicado inicialmente en 1955 y está incluido en el libro «*Remedio para melancólicos*» de 1959. No existe en el texto ninguna referencia para ubicarlo temporalmente, pero por el contenido debería estar situado en algún momento del apogeo de la colonización (desde 2004 a noviembre de 2005).

La botella azul. El relato fue publicado por primera vez en 1950 y no se recopilo en libro hasta 1976 en «*Mucho después de medianoche*». Este cuento está fuera de la cronología ya que se menciona que el año 2130 ya ha pasado

y que se han colonizado otros planetas del sistema solar, aunque los hechos narrados no presentan discrepancias con el resto de relatos. Para integrarlo se podría situar el apogeo de la colonización como el anterior.

La ciudad perdida de Marte. Este cuento forma parte de «*Fantasmas de lo nuevo*» de 1969 y fue publicado por primera vez en 1967. El relato no indica ninguna fecha, pero el hecho de que haya personajes de profesiones muy diferenciadas y poco útiles en los primeros tiempos del asentamiento, hace pensar que la colonización está avanzada, por lo que podría situarse en el apogeo de la colonización, como los anteriores cuentos. Aunque puede integrarse sin problemas con el resto de Crónicas, hay una inconsistencia debido a que al comienzo de la historia los canales están secos en contradicción de lo que se nos dice en otros cuentos.

En este relato parece que participan dos personajes que han aparecido anteriormente: El capitán John Wilder que puede ser mismo que aparece en «*Aunque siga brillando la luna*» y «*Los largos años*»; Sam Parkhill cuyo nombre coincide con uno de los tripulantes de «*Aunque siga brillando la luna*» y el protagonista de «*Fuera de temporada*».

Digo que parece, no que son los mismos personajes con seguridad, ya que el final de Parkhill en este cuento no sería coherente con «*Fuera de temporada*». Y Wilder y Parkhill no dan muestras de conocerse como debería haber ocurrido si ambos hubiesen sido miembros de la cuarta expedición cuyos hechos se relatan en «*Aunque siga brillando la luna*».

Ajuste de cuentas. Fue publicado en la revista "*Thrilling Wonder Stories*" de febrero de 1950 y no se ha editado en castellano hasta su inclusión en 2022 en «*Otras Crónicas Marcianas*». Se puede fechar fácilmente en noviembre de 2005 ya que ocurre inmediatamente después del inicio de la guerra en la Tierra.

Llamada nocturna. El cuento fue publicado por primera vez en el volumen «*Fantasmas de lo nuevo*» de 1969. Es una nueva versión de «*Yo, Marte*» publicado en la revista "*Super Science Stories*" de abril de 1949. Esta versión primitiva ha sido incorporada a «*Otras Crónicas Marcianas*». El relato está fechado en julio de 2097 y se menciona que la guerra en la Tierra fue en 2037. En las Crónicas la guerra empieza en 2005 por lo que si se quiere adaptar la fecha ésta debería ser en julio de 2065, por lo que sería posterior a la última historia tradicional («*El pícnic de un millón de años*» de octubre de 2026).

Marte alternativo

Los siguientes relatos tratan sobre Marte, pero el planeta, sus habitantes y/o su historia se alejan de manera significativa de lo narrado en las Crónicas tradicionales.

La mezcladora de cemento. El cuento fue publicado por primera vez en 1949 y paso a formar parte del libro «*El hombre ilustrado*» en 1951. Su historia es totalmente ajena a las Crónicas: los marcianos invaden la Tierra con extrañas consecuencias. Este relato no está incluido en "*The Complete Edition*".

Los desterrados. Como el anterior cuento fue publicado en 1949 y posteriormente se incluyó en el «*El hombre ilustrado*». La historia que cuenta cambia completamente las expediciones de exploración reflejadas en las Crónicas. Además, su temática se encuentra alejada del resto de relatos de las Crónicas (salvo «*Usher II*») y relacionada con «*Fahrenheit 451*».

Mecanismo de defensa. Fue publicado en la revista "*Planet Stories*" de primavera de 1946 y no se ha editado nunca en español. Este cuento no forma parte de "*The Complete Edition*". Presenta una expedición de exploración que se encuentra con unos marcianos muy diferentes de los tradicionales.

El que espera. El cuento forma parte de «*Las maquinarias de la alegría*» de 1964 y fue publicado por primera vez en 1949. En la historia aparece una nueva expedición que encuentra un marciano hostil, cuyas características son muy diferentes a los mostrados en el resto de Crónicas, teniendo el cuento un tono cercano al terror.

El visitante. Este relato se incluye en el libro «*El hombre ilustrado*» y fue publicado originalmente en 1948. El cuento nos presenta un Marte desierto donde la Tierra recluye a los enfermos peligrosos para el resto de terrestres.

Los solitarios. Fue publicado en la revista "*Startling Stories*" de julio de 1949 y ha estado inédito en castellano hasta su inclusión en «*Otras crónicas Marcianas*» en 2022. No puede ser incluido en las Crónicas ya que implica

que la vida en Marte fue destruida por una catástrofe que le hizo perder su atmósfera antes de la llegada de los humanos.

Los fantasmas marcianos. Este cuento permanecía inédito incluso en inglés hasta su publicación en 2009 en "*The Complete Edition*". No ha sido publicado en español hasta el momento. El cuento cambiaría la historia de las expediciones de exploración, además hace que los efectos de la varicela sean inmediatamente letales sobre los marcianos.

El matrimonio. Al igual que el anterior cuento, permanecía inédito en inglés hasta el 2009 y hasta el momento en español. En este Marte los marcianos no habrían sido exterminados por la varicela y comparten el planeta con los humanos colonizadores, aunque la convivencia no es idílica.

El otro pie. Fue incluido como un capítulo de «*El hombre ilustrado*» no habiéndose publicado anteriormente. Aunque su temática es muy cercana a las Crónicas, la colonización que propone está muy alejada de lo contado en los cuentos tradicionales. Las fechas indicadas dentro del relato también se alejan de la cronología tradicional: la colonización fue realizada alrededor de 1965, poco después estallo la guerra en la Tierra, y el relato trascurre 20 años después (por lo tanto, antes del primer relato tradicional en 1999).

El flautista. Fue publicado bajo el seudónimo de Ron Reynolds en el propio fanzine de Bradbury, «*Futuria Fantasía*», en su número de primavera de 1940. Tuvo una profunda revisión y ampliación en su publicación en la revista "*Thrilling Wonder Stories*" de febrero de 1943. Ninguna de las versiones ha sido traducida al español. Este cuento se ha dejado fuera "*The Complete Edition*". El relato se aleja de las Crónicas al incluir una segunda y nueva raza marciana y hacer que el fin de la colonización no se deba a la guerra en la Tierra. Además, en la versión de 1943 la raza marciana principal parece no ser tan humanoide («*Los dedos delgados de sus manos arácnidas…*»).

Fiesta. Fue publicado en la revista "*The Arkham Sampler*" de otoño de 1949 y no se ha editado en español hasta su inclusión en «*Otras Crónicas Marcianas*». La colonización que se desprende del relato es diferente de la tradicional: en 1991 ya había colonos en Marte; en 2001, cuando en la Tierra se produce el holocausto nuclear, sólo hay sobre mil colonos y existe todavía

una población de dos millones de marcianos que conviven con los terrestres; y la guerra no produce un retorno de los terrícolas.

Eran morenos y de ojos dorados. Fue publicado por primera vez en 1949 y posteriormente recopilado en el libro «*Remedio para melancólicos*» de 1959. Aunque su argumento está muy relacionado con los temas y tono tratados en las Crónicas algunos detalles hacen que tenga que transcurrir en un Marte alternativo: Cuando empieza la guerra en la Tierra sólo existe un asentamiento terrestre en Marte que cuenta con unos mil habitantes; Los colonos no tienen la oportunidad de regresar a la Tierra y participar en la guerra; En cinco años la guerra finaliza y los terrestres regresan a Marte. Éste significaría que al comenzar la guerra en 2005 tradicionalmente, en 2010 se produciría el regreso, antes de lo relatado en *«Los largos años», «Vendrán lluvias suaves» y «El pícnic de un millón de años*» que transcurren en 2026

Cuentos perdidos

Los cuentos que he comentado en este texto no son los únicos que referentes a Marte que escribió Bradbury. Yo no he leído toda su obra y pueden existir más entre sus libros de relatos y publicaciones en revistas que no haya localizado.

Además, existen cuentos sobre Marte que están identificados por diversas fuentes, pero a los que es casi imposible acceder (incluso poseyendo "*The Complete Edition*" de *Subterranean Press*) o que quizás estén definitivamente perdidos.

Según la biografía de Sam Weller sobre Bradbury ("*The Bradbury Chronicles: The Life of Ray Bradbury*" de *2005*) existían cuatro relatos que no fueron incluidos en las Crónicas y permanecían inéditos. Tres de ellos han sido recuperados en "*The Complete Edition*, —pero un cuarto—, *The Father*", permanece aún sin publicar.

"*The Aqueduct*" fue publicado como único capitulo por *Roy A. Squires* en 1979 en una edición limitada a 230 ejemplares firmadas por el autor.

Los derechos de "*Christmas on Mars*" fueron vendidos a *Esquire*, que no lo llegaría a publicar. "*Thistle-down and fire*", "*Martian bulwark*", "*Fly away home*", "*Fire and the stars*" y "*Love affair*" (sin relación con "*The love affair*" / "*El romance*" incluido en "*El convector Toynbee*"), permanecen también inéditos.

Ultimas notas

Ahora mismo ya no existen ejemplares disponibles de la reedición de "*The Complete Edition*", y aunque se volviera a reimprimir su alto precio y el coste de envío asociado haría difícil acceder a este libro.

Si alguien desea conocer los relatos que se incluyen en "*The Complete Edition*", la edición en húngaro "*Marsbéli krónikák (teljes változat)"* de 2019 de la editorial *Agave Könyvek* los tiene todos, pero sin el material adicional. La edición húngara se puede encontrar a un precio reducido en Google Play y el traductor de Google da una traducción razonable para tener una idea aproximada del cuento.

Escaneos de las revistas originales donde se incluyeron los relatos suelen ser fácilmente accesibles en internet. Físicamente pueden encontrarse en portales de venta de segunda mano y subastas, pero su precio puede ser algo elevado.

PRÓLOGOS

—Es bueno renovar nuestra capacidad de asombro —dijo el filósofo—. Los viajes interplanetarios nos han devuelto a la infancia.

El largo camino a Marte

¿Cómo llegué yo de Waukegan, Illinois, a Marte, el Planeta Rojo?

Hay dos personas que acaso puedan contárselo.

Sus nombres aparecen en la dedicatoria de la edición cuarenta aniversario de Crónicas marcianas.

Porque fue mi amigo Norman Corwin el primero que me escuchó contar las historias de Marte, y fue mi futuro editor Walter I. Bradbury (ningún parentesco) quien comprendió lo que había emprendido, aunque de un modo consciente, y me persuadió de terminar una novela que yo ignoraba haber escrito.

La historia que lleva hasta esa noche de primavera de 1949 en que Walter Bradbury me sorprendió conmigo mismo es un viaje sin señales por la senda del Qué-habría-pasado.

¿Qué habría pasado si yo no le hubiese enviado mi primer libro de cuentos a Corwin, que después se hizo amigo mío de por vida?

¿Y qué si en junio de 1949 no hubiera seguido su consejo de ir a Nueva York?

Muy sencillamente, que tal vez mis Crónicas marcianas no hubieran existido nunca.

Pero Norman insistió una y otra vez en que debía patearme las editoriales de Manhattan y en que él y su mujer Katie irían a guiarme y protegerme en el recorrido por la Gran Ciudad.

Atravesé el país, cuatro largos días con sus noches en el autobús Greyhound, fermentando en una gran bola de hongos, mientras atrás, en Los Ángeles, quedaba una esposa embarazada con 40 dólares en el banco y delante, en la calle 42, me esperaba la YMCA (5 dólares a la semana).

Fieles a su promesa, los Corwin me llevaron de un lado a otro y me presentaron un puñado de editores que preguntaban: «¿Ha traído una novela?». Yo confesaba que era velocista y no había llevado más que cincuenta cuentos y una antigua y baqueteada máquina portátil. ¿Necesitaban cincuenta cuentos superimaginativos, brillantes casi todos? No.

Lo cual me lleva al Qué-habría-pasado final y más importante.

¿Qué habría pasado si no hubiera cenado nunca con el último editor que conocí, Walter I. Bradbury, de Doubleday, que me hizo la pregunta consabida

y deprimente? —¿Lleva usted alguna novela dentro?— sólo para oírme describir cómo todas las mañanas corría la milla en cuatro minutos, al desayuno pisaba la mina de una idea, recogía los pedazos, los fundía y cuando se acercaba el almuerzo los ponía a enfriar.

Walter Bradbury meneó la cabeza, terminó el postre, meditó y luego dijo:

—Creo que ya ha escrito una novela.

—¿Qué?, —dije yo—. ¿Cuándo?

—¿Qué piensa de esa cantidad de cuentos marcianos que ha publicado en estos cuatro años?, —replicó Brad—. ¿No hay un hilo común escondido? ¿No podría coserlas, hacer una especie de tapiz, medio primo de una novela?

—¡Dios mío!, —dije yo.

—¿Sí?

—Dios mío. En 1944 leí Winesburg, Ohio, de Sherwood Anderson, y me impresionó tanto que me dije que debía intentar algo la mitad de bueno y situado en Marte. ¡Esbocé un plan de personajes y sucesos del Planeta Rojo pero al poco tiempo lo perdí en mi archivo!

—Parecería que lo hemos encontrado —dijo Brad.

—¿Usted cree?

—Creo —dijo Brad—. Vuelva a la YMCA y escríbame un esquema de dos o tres docenas de historias marcianas. Mañana me los trae. Si me gusta lo que veo, firmaremos un contrato y le daré un anticipo.

Sentado al otro lado de la mesa, Don Congdon, mi agente literario y mejor amigo, asintió.

—¡Estaré en su oficina al mediodía!

Para celebrarlo pedí un segundo postre. Brad y Don bebieron cada uno una cerveza.

Era una noche de junio neoyorquina, típicamente calurosa. El aire acondicionado seguía siendo un lujo del futuro. Escribí hasta las tres de la mañana, sudando en ropa interior mientras pesaba y equilibraba a mis marcianos, que en sus extrañas ciudades pasaban las últimas horas antes de que arribaran y partieran mis astronautas.

Al mediodía, exhausto pero eufórico, le entregué a Walter I. Bradbury el esquema.

—¡Lo ha conseguido!, —dijo él—. Mañana tendrá un contrato y un cheque.

Debo haber hecho un montón de ruido. Cuando pude calmarme, le pregunté por mis otros cuentos.

—Ahora que vamos a publicar su primera novela —dijo Brad— podemos arriesgarnos con sus cuentos, aunque esas colecciones rara vez se venden. ¿Se le ocurre algún título que les ponga una especie de piel a dos docenas de cuentos diferentes…?

—¿Piel?, —dije yo—. ¿Por qué no El hombre ilustrado, mi cuento sobre un voceador de feria cuyos tatuajes cobran vida con el sudor, uno a uno, y representan futuros en el pecho, las piernas y los brazos?

—Da la impresión de que tendré que hacer dos cheques de anticipo —dijo Walter I. Bradbury.

Dos días más tarde me fui de Nueva York con dos contratos y dos cheques por un total de 1500 dólares. Dinero suficiente para pagar un alquiler de 30 dólares al año, financiar al bebé y entregar el primer pago por una casita con terreno en Venice, California. Cuando nació nuestra primera hija, en el otoño de 1949, yo había ensamblado y fundido todos mis perdidos y reencontrados objetos marcianos. Resultó ser un libro, no de personajes excéntricos como Winesburg, Ohio, sino una serie de ideas extrañas, nociones, fantasías y sueños que había tenido y me habían despertado a los doce años.

Crónicas marcianas se publicó al año siguiente, a fines de la primavera de 1950.

Esa primavera, en viaje hacia el este, yo no sabía qué había hecho.

En Chicago, entre un tren y otro, fui al Instituto de Arte a comer con un amigo. En la escalinata del edificio vi una multitud y pensé que eran turistas. Pero cuando empecé a subir, la multitud se acercó a rodearme. No eran enamorados del arte sino lectores que habían comprado los primeros ejemplares de Crónicas marcianas y habían ido a decirme exactamente qué había hecho yo en mi exagerada inconsciencia. Ese encuentro de mediodía me cambió la vida para siempre. Después nada fue igual.

La lista de los Qué-habría-pasado podría seguir eternamente. ¿Qué habría pasado si no hubiera conocido a Maggie, que para casarse conmigo hizo voto de pobreza? ¿Qué si Don Congdon no me hubiera escrito para ser agente mío y seguir siéndolo por cuarenta y tres años, empezando la misma semana en que me casé con Marguerite?

Y qué si, poco después de que se publicaran las Crónicas, no hubiera estado en una pequeña librería de Santa Mónica justo cuando entró Christopher Isherwood.

Rápidamente firmé un ejemplar de mi novela y se lo di.

Con expresión de pena y alarma, Isherwood lo aceptó y se fue corriendo.

Tres días después llamó por teléfono.

—¿Usted sabe qué ha hecho?, —dijo.

—¿Qué?, —dije yo.

—Ha escrito un libro excelente —dijo—. Me acaban de nombrar reseñador principal de la revista Tomorrow y el primer libro que comentaré es el suyo.

Unos meses más tarde Isherwood llamó para decir que el celebrado filósofo inglés Gerald Heard deseaba conocerme.

—¡No puede!, —grité yo.

—¿Por qué no?

—¡Porque —protesté— en la casa nueva no tenemos muebles!

—Gerald se sentará en el suelo —dijo Isherwood.

Heard llegó y se acomodó en nuestra única silla. Isherwood, Maggie y yo nos sentamos en el suelo.

Semanas más tarde, Heard y Aldous Huxley me invitaron a tomar el té. En un momento, ambos se inclinaron hacia delante y preguntaron, cada uno como un eco del otro:

—¿Sabe qué es usted?

—¿Qué?

—Un poeta —dijeron.

—Dios mío —dije Yo—. ¿De veras?

Así que terminamos como empezamos, con un amigo despidiéndome y otro yendo a recibirme al final de un viaje.

¿Qué habría pasado si Norman Corwin no me hubiera enviado o Walter I. Bradbury no me hubiera recibido? Quizá Marte nunca hubiera conseguido una atmósfera, y su gente nunca hubiera nacido a vivir con máscaras doradas, y las ciudades, sin construir, hubieran quedado perdidas en las colinas que nadie socavó. Muchas gracias pues a ellos por esa incursión a Manhattan, que resultó ser un viaje de cuarenta y tres años a otro mundo.

6 de julio de 1990

Green Town, en algún lugar de Marte; Marte, en algún lugar de Egipto

«No me diga lo que estoy haciendo. ¡No quiero saberlo!».

No son mis palabras. Las dijo mi amigo, el director italiano de cine Federico Fellini4. Mientras filmaba sus guiones, toma a toma, se negaba a ver el nuevo metraje capturado por la cámara y revelado en el laboratorio al final del día. Quería que sus escenas mantuvieran un tentador halo de misterio capaz de seducirlo.

Eso mismo ha ocurrido con mis relatos, poemas y obras de teatro durante casi toda mi vida. Eso mismo ocurrió con *Crónicas marcianas* en los años anteriores a mi matrimonio en 1947, culminadas con las rápidas sorpresas acaecidas durante el desarrollo del trabajo final en el verano de 1949. Lo que empezó siendo un relato puntual o «incidental» sobre el planeta rojo, se convirtió en la explosión de una granada en julio y agosto de ese año, cuando todas las mañanas me sentaba de un salto ante la máquina de escribir para encontrarme con la extraordinaria novedad que mi Musa quisiera darme.

¿Tuve una Musa así? ¿Y creí siempre en la existencia de semejante criatura mítica? No. Al principio, dentro y fuera del instituto, y de pie en la esquina de la calle vendiendo periódicos, hice lo que la mayoría de los escritores en sus comienzos: emulé a mis antecesores, imité a mis coetáneos, apartando así cualquier posibilidad de descubrir las verdades que se encontraban bajo mi piel y tras mis ojos.

Aunque escribí una serie de relatos de misterio y fantasía publicados con veintitantos años, no aprendí nada de ellos. Me negaba a ver que estaba entorpeciendo un montón de cosas buenas que tenía en la cabeza y atrapaba en el papel. Mis historias peculiares eran vívidas y reales. Mis cuentos futuristas eran robots sin vida, mecánicos e inertes.

Fue *Winesburg, Ohio*, de Sherwood Anderson, lo que me liberó. En cierta ocasión, con veinticuatro años, me quedé perplejo por la docena de personajes que se pasaban la vida en aquellos porches a media luz y en aquellos desvanes sombríos de una ciudad eternamente otoñal. «¡Ay, Dios!, —exclamé—. Si yo pudiera escribir un libro la mitad de bueno que éste, pero ambientado en Marte, ¡sería increíble!».

Garabateé una lista de posibles escenarios y personajes de ese mundo lejano, imaginé títulos, inicié y frené una docena de relatos, luego lo archivé y lo olvidé. O *creí* que lo había olvidado.

Porque la Musa persiste. Sigue viva, aún desatendida, a la espera de que le insufles tu aliento o de morir sin darla a conocer. Mi trabajo consistió en convencerme a mí mismo de que el mito era algo más que un fantasma, era una sustancia intuitiva que, una vez despierta, hablaría en otras lenguas e impulsaría las yemas de mis dedos.

Durante los años siguientes escribí una serie de reflexiones sobre Marte, «comentarios». Shakespearianos, pensamientos desperdigados, sueños a medias de madrugada. Los franceses, como St. John Perse, practican esto a la perfección. Es el párrafo medio poético, medio lírico, que se compone tan sólo de un centenar de palabras o que alcanza una página entera sobre cualquier tema, ya sea inspirado por el clima, el tiempo, una fachada arquitectónica, el buen vino, las buenas viandas, una vista marina, las rápidas puestas de sol, o un largo amanecer. A partir de estos elementos, uno vomita extrañas bolas de pelo o un disparatado soliloquio *hamletiano*.

En cualquier caso, expuse mis reflexiones sin orden ni concierto, y las sepulté con otro par de docenas de relatos.

Entonces se produjo un hecho feliz. Norman Corwin, el mayor director y guionista de radio, insistió en que visitase Nueva York para ser «descubierto». Respetuoso ante su insistencia, fui en autobús hasta Manhattan, languidecí en la Asociación Cristiana de Jóvenes, y conocí a Walter Bradbury (sin parentesco familiar), el magnífico editor de Doubleday que sugirió que tal vez yo había tejido un tapiz invisible.

—¿No podría usted equiparse de aguja e hilo y coser todos esos cuentos marcianos para darle forma a *Crónicas marcianas*?, —me sugirió.

—Dios mío —susurré—. ¡*Winesburg, Ohio*!

—¿Cómo?, —preguntó Walter Bradbury.

Al día siguiente entregué el esbozo de *Crónicas marcianas* a Walter Bradbury, además de un resumen de *El hombre ilustrado*. Volví a casa en tren con un cheque de mil quinientos dólares en la cartera, con el que pagué el alquiler de dos años (a treinta dólares mensuales) y el parto de nuestra primera hija.

Crónicas marcianas se publicó hacia finales de la primavera de 1950 y obtuvo pocas críticas. Sólo Christopher Isherwood8 me puso la corona de laurel en la cabeza al presentarme a Aldous Huxley, quien, tomando el té, se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Sabe usted qué es?

«No me diga lo que estoy haciendo. ¡No quiero saberlo!», pensé.

—Usted —dijo Huxley—, es un poeta.

—¡Maldita sea!, —respondí.

—No, maldito no. ¡Bendito!, —afirmó Huxley.

Verdadera y genéticamente bendito.

Y la bendición reside en este libro.

¿Quedarán aquí restos de la sangre de Sherwood Anderson? No. Ya hacía tiempo que su asombrosa influencia se había disuelto en mis ganglios. Tal vez se puedan advertir unas pocas apariciones de *Winesburg, Ohio* en mi otro libro de relatos que se hace pasar por novela, *El vino del estío*. Pero no hay imágenes de espejo. Los grotescos de Anderson eran las gárgolas de los tejados de la ciudad; los míos son principalmente perros *collie*, solteronas extraviadas en fuentes de soda, un muchacho extremadamente sensible a los tranvías muertos, amigos perdidos y coroneles de la guerra de Secesión ahogados en el tiempo o ebrios de recuerdos. Las únicas gárgolas de Marte son los marcianos disfrazados como mis parientes de Green Town, que se esconden hasta que les llega la hora.

Sherwood Anderson no hubiera sabido darles el tratamiento adecuado a los globos de fuego del Día de la Independencia. Yo los prendí y los llevé a Marte y a Green Town, y en ambos libros residen y se consumen en silencio. Aún siguen ardiendo allí, con la luz justa para facilitar la lectura.

Hará unos dieciochos años, hice de productor teatral para la puesta en escena de *Crónicas marcianas* en un teatro de Wilshire Boulevard. A seis manzanas al oeste, se inauguraba en el Museo de Arte de Los Ángeles la exposición itinerante del Egipto de Tutankamón. Anduve de un lado a otro, de Tut al teatro, del teatro a Tut, boquiabierto.

—Dios mío —dije al contemplar la máscara dorada de Tutankamón—. Esto es Marte.

—Dios mío —dije al observar en el escenario a mis marcianos—. Eso es Egipto con los espectros de Tutankamón.

De modo que, ante mis ojos, mezclados en mi mente, se renovaron los antiguos mitos, y se envolvieron los nuevos con papiro, cubiertos por máscaras relucientes.

Sin saberlo, yo había sido todo ese tiempo el hijo de Tut, escribiendo los jeroglíficos del planeta rojo, con la certeza de que desarrollaba futuros incluso en desempolvados pasados.

Pero si todo esto era cierto, ¿por qué *Crónicas marcianas* se describe tan a menudo como ciencia ficción? No se ajusta a esa descripción. Sólo hay un relato en todo el libro que respeta las leyes de la física tecnológica: «Vendrán lluvias suaves». Estuvo entre las primeras casas de realidad virtual que han aparecido entre nosotros estos últimos años. En 1950, esa casa se habría declarado en bancarrota. Con la llegada de la informática, el fax, internet, las cintas de audio, los auriculares *walkman* y los televisores de pantalla panorámica, podrían interconectarse sus habitaciones en cualquier cadena de tiendas de Circuit City a buen precio.

Bien, entonces, ¿qué es *Crónicas marcianas*? Es el rey Tut salido de la tumba cuando yo tenía tres años, las Eddas nórdicas cuando tenía seis, y los dioses griegos y romanos que me conquistaron a los diez: puro mito. De haber sido ciencia ficción práctica y tecnológicamente eficiente, hace tiempo que estaría tirada en la cuneta, cubierta de óxido. Pero como se trata de una fábula de autoseparación, incluso los físicos más reputados de Caltech12 aceptan respirar la atmósfera compuesta del oxígeno fraudulento que yo he liberado en Marte. La ciencia y las máquinas pueden aniquilarse mutuamente o ser reemplazadas. El mito, visto en espejos, que no puede ser tocado, permanece. Si no es inmortal, casi lo parece.

Por último:

«No me diga lo que estoy haciendo. ¡No quiero saberlo!»

Vaya una manera de vivir… La única. Porque fingiendo ser ignorante, la intuición, curiosa por el aparente abandono, echa hacia atrás la invisible cabeza y serpentea por las yemas de tus dedos adoptando formas mitológicas. Y porque escribí mitos, tal vez a Marte le queden unos pocos años más de vida increíble. Hay una cosa que me da cierta confianza: aún me siguen invitando al Instituto de Tecnología de California.

CRÓNICAS MARCIANAS

* Muerte del verano
Agosto

Llegó el momento en que el aire y la tierra comenzaron a brillar; los campos de trigo y de maíz resplandecían vidriosos y amarillos, las casas resplandecían blancas, los graneros resplandecían rojos. Había llegado el momento del día, el agosto marciano, cuando el aire enrarecido hervía, y los canales se hundían más y más como velos finos hasta el fondo de las gravas secas del río, y los barcos yacían indefensos y vulnerables en sus lechos, como las hojas caídas. Ha llegado la hora del sudor chorreante, de la lluvia ligera que, si se mira bien, se convierte en niebla. Ha llegado el momento de que el polvo se eleva en el aire como una cálida especia. Un tiempo de puertas cerradas, de ventanas sombreadas, de serpientes desvanecidas y de sombras bajo los pies durante todo el día, que nunca desaparecen del todo, pero que son como niños que huyen justo después del atardecer.

El verano del cohete
1999 Enero

Un minuto antes era invierno en Ohio; las puertas y las ventanas estaban cerradas, la escarcha empañaba los vidrios, el hielo adornaba los bordes de los techos, los niños esquiaban en las laderas; las mujeres, envueltas en abrigos de piel, caminaban torpemente por las calles heladas como grandes osos negros.

Y de pronto, una larga ola de calor atravesó el pueblo; una marea de aire tórrido, como si alguien hubiera abierto de par en par la puerta de un horno. El calor latió entre las casas, los arbustos, los niños. El hielo se desprendió de los techos, se quebró, y empezó a fundirse. Las puertas se abrieron; las ventanas se levantaron; los niños se quitaron las ropas de lana; las mujeres se despojaron de sus disfraces de osos; la nieve se derritió, descubriendo los viejos y verdes prados del último verano.

El verano del cohete. Las palabras corrieron de boca en boca por las casas abiertas y ventiladas. El verano del cohete. El caluroso aire desértico alteró los dibujos de la escarcha en los vidrios, borrando la obra de arte. Esquíes y trineos fueron de pronto inútiles. La nieve, que venía de los cielos helados, llegaba al suelo como una lluvia cálida. El verano del cohete. La gente se asomaba a los porches húmedos y observaba el cielo, cada vez más rojo. El cohete, instalado en su plataforma, lanzaba rosadas nubes de fuego y calor. El cohete, de pie en la fría mañana de invierno, engendraba el estío con el aliento de sus poderosos escapes. El cohete creaba el buen tiempo, y durante unos instantes fue verano en la tierra…

Ylla
1999 Febrero

Tenían en el planeta Marte, a orillas de un mar seco, una casa de columnas de cristal, y todas las mañanas se podía ver a la señora K mientras comía la fruta dorada que brotaba de las paredes de cristal, o mientras limpiaba la casa con puñados de un polvo magnético que recogía la suciedad y luego se dispersaba en el viento cálido. A la tarde, cuando el mar fósil yacía inmóvil y tibio, y las viñas se erguían tiesamente en los patios, y en el distante y recogido pueblito marciano nadie salía a la calle, se podía ver al señor K en su cuarto, que leía un libro de metal con jeroglíficos en relieve, sobre los que pasaba suavemente la mano como quien toca el arpa. Y del libro, al contacto de los dedos, surgía un canto, una voz antigua y suave que hablaba del tiempo en que el mar bañaba las costas con vapores rojos y los hombres lanzaban al combate nubes de insectos metálicos y arañas eléctricas.

El señor K y su mujer vivían desde hacía ya veinte años a orillas del mar muerto, en la misma casa en que habían vivido sus antepasados, y que giraba y seguía el curso del sol, como una flor, desde hacía diez siglos.

El señor K y su mujer no eran viejos. Tenían la tez clara, un poco parda, de casi todos los marcianos; los ojos amarillos y rasgados, las voces suaves y musicales.

En otro tiempo habían pintado cuadros con fuego químico, habían nadado en los canales, cuando corría por ellos el licor verde de las viñas y habían hablado hasta el amanecer, bajo los azules retratos fosforescentes, en la sala de las conversaciones.

Ahora no eran felices.

Aquella mañana, la señora K, de pie entre las columnas, escuchaba el hervor de las arenas del desierto, que se fundían en una cera amarilla, y parecían fluir hacia el horizonte.

Algo iba a suceder.

La señora K esperaba.

Miraba el cielo azul de Marte, como si en cualquier momento pudiera encogerse, contraerse, y arrojar sobre la arena algo resplandeciente y maravilloso.

Nada ocurría.

Cansada de esperar, avanzó entre las húmedas columnas. Una lluvia suave brotaba de los acanalados capiteles, caía suavemente sobre ella y refrescaba el aire abrasador. En estos días calurosos, pasear entre las columnas era como pasear por un arroyo. Unos frescos hilos de agua brillaban sobre los pisos de la casa. A lo lejos oía a su marido que tocaba el libro, incesantemente, sin que los dedos se le cansaran jamás de las antiguas canciones. Y deseó en silencio que él volviera a abrazarla y a tocarla, como a una arpa pequeña, pasando tanto tiempo junto a ella como el que ahora dedicaba a sus increíbles libros.

Pero no. Meneó la cabeza y se encogió imperceptiblemente de hombros. Los párpados se le cerraron suavemente sobre los ojos amarillos. El matrimonio nos avejenta, nos hace rutinarios, pensó.

Se dejó caer en una silla, que se curvó para recibirla, y cerró fuerte y nerviosamente los ojos.

Y tuvo el sueño.

Los dedos morenos temblaron y se alzaron, crispándose en el aire.

Un momento después se incorporó, sobresaltada, en su silla. Miró vivamente a su alrededor, como si esperara ver a alguien, y pareció decepcionada. No había nadie entre las columnas.

El señor K apareció en una puerta triangular.

—¿Llamaste?, —preguntó, irritado.

—No —dijo la señora K.

—Creí oírte gritar.

—¿Grité? Descansaba y tuve un sueño.

—¿Descansabas a esta hora? No es tu costumbre.

La señora K seguía sentada, inmóvil, como si el sueño, le hubiese golpeado el rostro.

—Un sueño extraño, muy extraño —murmuró.

—Ah.

Evidentemente, el señor K quería volver a su libro.

—Soñé con un hombre —dijo su mujer.

—¿Con un hombre?

—Un hombre alto, de un metro ochenta de estatura.

—Qué absurdo. Un gigante, un gigante deforme.

—Sin embargo… —replicó la señora K buscando las palabras—. Y… ya sé que creerás que soy una tonta, pero… ¡tenía los ojos azules!

—¿Ojos azules? ¡Dioses!, —exclamó el señor K—. ¿Qué soñarás la próxima vez? Supongo que los cabellos eran negros.

—¿Cómo lo adivinaste?, —preguntó la señora K excitada.

El señor K respondió fríamente:

—Elegí el color más inverosímil.

—¡Pues eran negros!, —exclamó su mujer—. Y la piel, ¡blanquísima! Era muy extraño. Vestía un uniforme raro. Bajó del cielo y me habló amablemente.

—¿Bajó del cielo? ¡Qué disparate!

—Vino en una cosa de metal que relucía a la luz del sol —recordó la señora K, y cerró los ojos evocando la escena—. Yo miraba el cielo y algo brilló como una moneda que se tira al aire y de pronto creció y descendió lentamente. Era un aparato plateado, largo y extraño. Y en un costado de ese objeto de plata se abrió una puerta y apareció el hombre alto.

—Si trabajaras un poco más no tendrías esos sueños tan tontos.

—Pues a mí me gustó —dijo la señora K reclinándose en su silla—. Nunca creí tener tanta imaginación. ¡Cabello negro, ojos azules y tez blanca! Un hombre extraño, pero muy hermoso.

—Seguramente tu ideal.

—Eres antipático. No me lo imaginé deliberadamente, se me apareció mientras dormitaba. Pero no fue un sueño, fue algo tan inesperado, tan distinto… El hombre me miró y me dijo: «Vengo del tercer planeta. Me llamo Nathaniel York…».

—Un nombre estúpido. No es un nombre.

—Naturalmente, es estúpido porque es un sueño —explicó la mujer suavemente—. Además me dijo: «Éste es el primer viaje por el espacio. Somos dos en mi nave; yo y mi amigo Bart».

—Otro nombre estúpido.

—Y luego dijo: «Venimos de una ciudad de la Tierra; así se llama nuestro planeta». Eso dijo, la Tierra. Y hablaba en otro idioma. Sin embargo yo lo entendía con la mente. Telepatía, supongo.

El señor K se volvió para alejarse; pero su mujer lo detuvo, llamándolo con una voz muy suave.

—¿Yll? ¿Te has preguntado alguna vez… bueno, si vivirá alguien en el tercer planeta?

—En el tercer planeta no puede haber vida —explicó pacientemente el señor K—. Nuestros hombres de ciencia han descubierto que en su atmósfera hay demasiado oxígeno.

—Pero ¿no sería fascinante que estuviera habitado? ¿Y que sus gentes viajaran por el espacio en algo similar a una nave?

—Bueno, Ylla, ya sabes que detesto los desvaríos sentimentales. Sigamos trabajando.

Caía la tarde, y mientras se paseaba por entre las susurrantes columnas de lluvia, la señora K se puso a cantar. Repitió la canción, una y otra vez.

—¿Qué canción es ésa?, —le preguntó su marido, interrumpiéndola, mientras se acercaba para sentarse a la mesa de fuego.

La mujer alzó los ojos y sorprendida se llevó una mano a la boca.

—No sé.

El sol se ponía. La casa se cerraba, como una flor gigantesca. Un viento sopló entre las columnas de cristal. En la mesa de fuego, el radiante pozo de lava plateada se cubrió de burbujas. El viento movió el pelo rojizo de la señora K y le murmuró suavemente en los oídos. La señora K se quedó mirando en silencio, con ojos amarillos, húmedos y dulces al lejano y pálido fondo del mar, como si recordara algo.

—*Drink to me with thine eyes, and I will pledge with mine* (Brinda por mí con tus ojos y yo te prometeré con los míos) —cantó lenta y suavemente, en voz baja—. *Or leave a kiss within the cup, and I'll not ask for wine*. (O deja un beso en tu copa y no pediré vino).

Cerró los ojos y susurró moviendo muy levemente las manos. Era una canción muy hermosa.

—Nunca oí esa canción. ¿Es tuya?, —le preguntó el señor K mirándola fijamente.

—No. Sí… No sé —titubeó la mujer—. Ni siquiera comprendo las palabras. Son de otro idioma.

—¿Qué idioma?

La señora K dejó caer, distraídamente, unos trozos de carne en el pozo de lava.

—No lo sé.

Un momento después sacó la carne, ya cocida, y se la sirvió a su marido.

—Es una tontería que he inventado, supongo. No sé por qué.

El señor K no replicó. Observó cómo su mujer echaba unos trozos de carne en el pozo de fuego siseante. El sol se había ido. Lenta, muy lentamente, llegó la noche y llenó la habitación, inundando a la pareja y las columnas, como un vino oscuro que subiera hasta el techo. Sólo la encendida lava de plata iluminaba los rostros.

La señora K tarareó otra vez aquella canción extraña.

El señor K se incorporó bruscamente y salió irritado de la habitación.

Más tarde, solo, el señor K terminó de cenar.

Se levantó de la mesa, se desperezó, miró a su mujer y dijo bostezando:

—Tomemos los pájaros de fuego y vayamos a entretenernos a la ciudad.

—¿Hablas seriamente?, —le preguntó su mujer—. ¿Te sientes bien?

—¿Por qué te sorprendes?

—No vamos a ninguna parte desde hace seis meses.

—Creo que es una buena idea.

—De pronto eres muy atento.

—No digas esas cosas —replicó el señor K disgustado—. ¿Quieres ir o no?

La señora K miró el pálido desierto; las mellizas lunas blancas subían en la noche; el agua fresca y silenciosa le corría alrededor de los pies. Se estremeció levemente. Quería quedarse sentada, en silencio, sin moverse, hasta que ocurriera lo que había estado esperando todo el día, lo que no podía ocurrir, pero tal vez ocurriera. La canción le rozó la mente, como una ráfaga.

—Yo…

—Te hará bien —musitó su marido—. Vamos.

—Estoy cansada. Otra noche.

—Aquí tienes tu bufanda —insistió el señor K alcanzándole un frasco—. No salimos desde hace meses.

Su mujer no lo miraba.

—Tú has ido dos veces por semana a la ciudad de Xi —afirmó.

—Negocios.

—Ah —murmuró la señora K para sí misma.

Del frasco brotó un líquido que se convirtió en una neblina azul y envolvió en sus ondas el cuello de la señora K.

Los pájaros de fuego esperaban, como brillantes brasas de carbón, sobre la fresca y tersa arena. La flotante barquilla blanca, unida a los pájaros por mil cintas verdes, se movía suavemente en el viento de la noche.

Ylla se tendió de espaldas en la barquilla, y a una palabra de su marido, los pájaros de fuego se lanzaron ardiendo, hacia el cielo oscuro. Las cintas se estiraron, la barquilla se elevó deslizándose sobre las arenas, que crujieron suavemente. Las colinas azules desfilaron, desfilaron, y la casa, las húmedas columnas, las flores enjauladas, los libros sonoros y los susurrantes arroyuelos del piso quedaron atrás. Ylla no miraba a su marido. Oía sus órdenes mientras los pájaros en llamas ascendían ardiendo en el viento, como diez mil chispas calientes, como fuegos artificiales en el cielo, amarillos y rojos, que arrastraban el pétalo de flor de la barquilla.

Ylla no miraba las antiguas y ajedrezadas ciudades muertas, ni los viejos canales de sueño y soledad. Como una sombra de luna, como una antorcha encendida, volaban sobre ríos secos y lagos secos.

Ylla sólo miraba el cielo.

Su marido le habló.

Ylla miraba el cielo.

—¿No me oíste?

—¿Qué?

El señor K suspiró.

—Podías prestar atención.

—Estaba pensando.

—No sabía que fueras amante de la naturaleza, pero indudablemente el cielo te interesa mucho esta noche.

—Es hermosísimo.

—Me gustaría llamar a Hulle —dijo el marido lentamente—. Quisiera preguntarle si podemos pasar unos días, una semana, no más, en las montañas Azules. Es sólo una idea…

—¡En las montañas Azules!, —gritó Ylla tomándose con una mano del borde de la barquilla y volviéndose rápidamente hacia él.

—Oh, es sólo una idea…

Ylla se estremeció.

—¿Cuándo quieres ir?

—He pensado que podríamos salir mañana por la mañana —respondió el señor K negligentemente—. Nos levantaríamos temprano…

—¡Pero nunca hemos salido en esta época!

—Sólo por esta vez. —El señor K sonrió—. Nos hará bien. Tendremos paz y tranquilidad. ¿Acaso has proyectado alguna otra cosa? Iremos, ¿no es cierto?

Ylla tomó aliento, esperó, y dijo:

—¿Qué?

El grito sobresaltó a los pájaros; la barquilla se sacudió.

—No —dijo Ylla firmemente—. Está decidido. No iré.

El señor K la miró y no hablaron más. Ylla le volvió la espalda.

Los pájaros volaban, como diez mil teas al viento.

Al amanecer, el sol que atravesaba las columnas de cristal disolvió la niebla que había sostenido a Ylla mientras dormía. Ylla había pasado la noche suspendida entre el techo y el piso, flotando suavemente en la blanda alfombra de bruma que brotaba de las paredes cuando ella se abandonaba al

sueño. Había dormido toda la noche en ese río callado, como un bote en una corriente silenciosa. Ahora el calor disipaba la niebla, y la bruma descendió hasta depositar a Ylla en la costa del despertar.

Abrió los ojos.

El señor K, de pie, la observaba como si hubiera estado junto a ella, inmóvil, durante horas y horas. Sin saber por qué, Ylla apartó los ojos.

—Has soñado otra vez —dijo el señor K—. Hablabas en voz alta y me desvelaste. Creo realmente que debes ver a un médico.

—No será nada.

—Hablaste mucho mientras dormías.

—¿Sí?, —dijo Ylla, incorporándose.

Una luz gris le bañaba el cuerpo. El frío del amanecer entraba en la habitación.

—¿Qué soñaste?

Ylla reflexionó unos instantes y luego recordó.

—La nave. Descendía otra vez, se posaba en el suelo y el hombre salía y me hablaba, bromeando, riéndose, y yo estaba contenta.

El señor K, impasible, tocó una columna. Fuentes de vapor y agua caliente brotaron del cristal. El frío desapareció de la habitación.

—Luego —dijo Ylla—, ese hombre de nombre tan raro, Nathaniel York, me dijo que yo era hermosa y… y me besó.

—¡Ah!, —exclamó su marido, dándole la espalda.

—Sólo fue un sueño —dijo Ylla, divertida.

—¡Guárdate entonces esos estúpidos sueños de mujer!

—No seas niño —replicó Ylla reclinándose en los últimos restos de bruma química.

Un momento después se echó a reír.

—Recuerdo algo más —confesó.

—Bueno, ¿qué es, qué es?

—Yll, tienes muy mal carácter.

—¡Dímelo!, —exigió el señor K inclinándose hacia ella con una expresión sombría y dura—. ¡No debes ocultarme nada!

—Nunca te vi así —dijo Ylla, sorprendida e interesada a la vez—. Ese Nathaniel York me dijo… Bueno, me dijo que me llevaría en la nave, de vuelta a su planeta. Realmente es ridículo.

—¡Sí! ¡Ridículo!, —gritó el señor K—. ¡Oh, dioses! ¡Si te hubieras oído, hablándole, halagándolo, cantando con él toda la noche! ¡Si te hubieras oído!

—¡Yll!

—¿Cuándo va a venir? ¿Dónde va a descender su maldita nave?

—Yll, no alces la voz.

—¡Qué importa la voz! ¿No soñaste —dijo el señor K inclinándose rígidamente hacia ella y tomándola de un brazo— que la nave descendía en el valle Verde? ¡Contesta!

—Pero, si…

—Y descendía esta tarde, ¿no es cierto?

—Sí, creo que sí, pero fue sólo un sueño.

—Bueno —dijo el señor K soltándola—, por lo menos eres sincera. Oí todo lo que dijiste mientras dormías. Mencionaste el valle y la hora.

Jadeante, dio unos pasos entre las columnas, como cegado por un rayo. Poco a poco recuperó el aliento. Su mujer lo observaba como si se hubiera vuelto loco. Al fin se levantó y se acercó a él.

—Yll —susurró.

—No me pasa nada.

—Estás enfermo.

—No —dijo el señor K con una sonrisa débil y forzada—. Soy un niño, nada más. Perdóname, querida. —La acarició torpemente—. He trabajado demasiado en estos días. Lo lamento. Voy a acostarme un rato.

—¡Te excitaste de una manera!

—Ahora me siento bien, muy bien. —Suspiró—. Olvidemos esto. Ayer me dijeron algo de Uel que quiero contarte. Si te parece, preparas el desayuno, te cuento lo de Uel y olvidamos este asunto.

—No fue más que un sueño.

—Por supuesto —dijo el señor K, y la besó mecánicamente en la mejilla—. Nada más que un sueño.

Al mediodía, las colinas resplandecían bajo el sol abrasador.

—¿No vas al pueblo?, —preguntó Ylla.

El señor K arqueó ligeramente las cejas.

—¿Al pueblo?

—Pensé que irías hoy.

Ylla acomodó una jaula de flores en su pedestal. Las flores se agitaron abriendo las hambrientas bocas amarillas. El señor K cerró su libro.

—No —dijo—. Hace demasiado calor, y además es tarde.

—Ah —exclamó Ylla. Terminó de acomodar las flores y fue hacia la puerta—. Enseguida vuelvo —añadió.

—Espera un momento. ¿A dónde vas?

—A casa de Pao. Me ha invitado —contestó Ylla, ya casi fuera de la habitación.

—¿Hoy?

—Hace mucho que no la veo. No vive lejos.

—¿En el valle Verde, no es así?

—Sí, es sólo un paseo —respondió Ylla alejándose de prisa.

—Lo siento, lo siento mucho. —El señor K corrió detrás de su mujer, como preocupado por un olvido—. No sé cómo he podido olvidarlo. Le dije al doctor Nlle que viniera esta tarde.

—¿Al doctor Nlle?, —dijo Ylla volviéndose.

—Sí —respondió su marido, y tomándola de un brazo la arrastró hacia adentro.

—Pero Pao…

—Pao puede esperar. Tenemos que obsequiar al doctor Nlle.

—Un momento nada más.

—No, Ylla.

—¿No?

El señor K sacudió la cabeza.

—No. Además la casa de Pao está muy lejos. Hay que cruzar el valle Verde, y después el canal y descender una colina, ¿no es así? Además hará mucho mucho calor, y el doctor Nlle estará encantado de verte. Bueno, ¿qué dices?

Ylla no contestó. Quería escaparse, correr. Quería gritar. Pero se sentó, volvió lentamente las manos, y se las miró inexpresivamente.

—Ylla —dijo el señor K en voz baja—. ¿Te quedarás aquí, no es cierto?

—Sí —dijo Ylla al cabo de un momento—. Me quedaré aquí.

—¿Toda la tarde?

—Toda la tarde.

Pasaba el tiempo y el doctor Nlle no había aparecido aún. El marido de Ylla no parecía muy sorprendido. Cuando ya caía el sol, murmuró algo, fue hacia un armario y sacó de él un arma de aspecto siniestro, un tubo largo y amarillento que terminaba en un gatillo y unos fuelles. Luego se puso una máscara, una máscara de plata, inexpresiva, la máscara con que ocultaba sus sentimientos, la máscara flexible que se ceñía de un modo tan perfecto a las delgadas mejillas, la barbilla y la frente. Examinó el arma amenazadora que tenía en las manos. Los fuelles zumbaban constantemente con un zumbido de insecto. El arma disparaba hordas de chillonas abejas doradas. Doradas,

horribles abejas que clavaban su aguijón envenenado, y caían sin vida, como semillas en la arena.

—¿A dónde vas?, —preguntó Ylla.

—¿Qué dices? —El señor K escuchaba el terrible zumbido del fuelle—. El doctor Nlle se ha retrasado y no tengo ganas de seguir esperándolo. Voy a cazar un rato. Enseguida vuelvo. Tú no saldrás, ¿no es cierto?

La máscara de plata brillaba intensamente.

—No.

—Dile al doctor Nlle que volveré pronto, que sólo he ido a cazar.

La puerta triangular se cerró. Los pasos de Yll se apagaron en la colina. Ylla observó cómo se alejaba bajo la luz del sol y luego volvió a sus tareas. Limpió las habitaciones con el polvo magnético y arrancó los nuevos frutos de las paredes de cristal. Estaba trabajando, con energía y rapidez, cuando de pronto una especie de sopor se apoderó de ella y se encontró otra vez cantando la rara y memorable canción, con los ojos fijos en el cielo, más allá de las columnas de cristal.

Contuvo el aliento, inmóvil, esperando.

Se acercaba.

Ocurriría en cualquier momento.

Era como esos días en que se espera en silencio la llegada de una tormenta, y la presión de la atmósfera cambia imperceptiblemente, y el cielo se transforma en ráfagas, sombras y vapores. Los oídos zumban, empieza uno a temblar. El cielo se cubre de manchas y cambia de color, las nubes se oscurecen, las montañas parecen de hierro. Las flores enjauladas emiten débiles suspiros de advertencia. Uno siente un leve estremecimiento en los cabellos. En algún lugar de la casa el reloj parlante dice: «Atención, atención, atención, atención…», con una voz muy débil, como gotas que caen sobre terciopelo.

Y luego, la tormenta. Resplandores eléctricos, cascadas de agua oscura y truenos negros, cerrándose, para siempre.

Así era ahora. Amenazaba, pero el cielo estaba claro. Se esperaban rayos, pero no había una nube.

Ylla caminó por la casa silenciosa y sofocante. El rayo caería en cualquier instante; habría un trueno, un poco de humo, y luego silencio, pasos en el sendero, un golpe en los cristales, y ella correría a la puerta…

—Loca Ylla —dijo, burlándose de sí misma—. ¿Por qué te permites estos desvaríos?

Y entonces ocurrió.

Calor, como si un incendio atravesara el aire. Un zumbido penetrante, un resplandor metálico en el cielo.

Ylla dio un grito. Corrió entre las columnas y abriendo las puertas de par en par, miró hacia las montañas. Todo había pasado. Iba ya a correr colina abajo cuando se contuvo. Debía quedarse allí, sin moverse. No podía salir. Su marido se enojaría muchísimo si se iba mientras aguardaban al doctor.

Esperó en el umbral, anhelante, con la mano extendida. Trató inútilmente de alcanzar con la vista el valle Verde.

Qué tonta soy, pensó mientras se volvía hacia la puerta. No ha sido más que un pájaro, una hoja, el viento, o un pez en el canal. Siéntate. Descansa.

Se sentó.

Se oyó un disparo.

Claro, intenso, el ruido de la terrible arma de insectos.

Ylla se estremeció. Un disparo. Venía de muy lejos. El zumbido de las abejas distantes. Un disparo. Luego un segundo disparo, preciso y frío, y lejano.

Se estremeció nuevamente y sin saber por qué se incorporó gritando, gritando, como si no fuera a callarse nunca. Corrió apresuradamente por la casa y abrió otra vez la puerta.

Ylla esperó en el jardín, muy pálida, cinco minutos.

Los ecos morían a lo lejos.

Se apagaron.

Luego, lentamente, cabizbaja, con los labios temblorosos, vagó por las habitaciones adornadas de columnas, acariciando los objetos, y se sentó a esperar en el ya oscuro cuarto del vino. Con un borde de su chal se puso a frotar un vaso de ámbar.

Y entonces, a lo lejos, se oyó un ruido de pasos en la grava. Se incorporó y aguardó, inmóvil, en el centro de la habitación silenciosa. El vaso se le cayó de los dedos y se hizo trizas contra el piso.

Los pasos titubearon ante la puerta.

¿Hablaría? ¿Gritaría; «¡Entre, entre!»?, se preguntó.

Se adelantó. Alguien subía por la rampa. Una mano hizo girar el picaporte.

Sonrió a la puerta. La puerta se abrió. Ylla dejó de sonreír. Era su marido. La máscara de plata tenía un brillo opaco.

El señor K entró y miró a su mujer sólo un instante. Sacó luego del arma dos fuelles vacíos y los puso en un rincón. Mientras, en cuclillas, Ylla trataba inútilmente de recoger los trozos del vaso.

—¿Qué estuviste haciendo?, —preguntó.

—Nada —respondió él, de espaldas, quitándose la máscara.

—Pero… el arma. Oí dos disparos.

—Estaba cazando, eso es todo. De vez en cuando me gusta cazar. ¿Vino el doctor Nlle?

—No.

—Déjame pensar. —El señor K castañeteó fastidiado los dedos—. Claro, ahora recuerdo. No iba a venir hoy, sino mañana. Qué tonto soy.

Se sentaron a la mesa. Ylla miraba la comida, con las manos inmóviles.

—¿Qué te pasa?, —le preguntó su marido sin mirarla, mientras sumergía en la lava unos trozos de carne.

—No sé. No tengo apetito.

—¿Por qué?

—No sé. No sé por qué.

El viento se levantó en las alturas. El sol se puso, y la habitación pareció de pronto más fría y pequeña.

—Quisiera recordar —dijo Ylla rompiendo el silencio y mirando a lo lejos, más allá de la figura de su marido, frío, erguido, de mirada amarilla.

—¿Qué quisieras recordar?, —preguntó el señor K bebiendo un poco de vino.

—Aquella canción —respondió Ylla—, aquella dulce y hermosa canción. —Cerró los ojos y tarareó algo, pero no la canción—. La he olvidado y no sé por qué. No quisiera olvidarla. Quisiera recordarla siempre.

Movió las manos, como si el ritmo pudiera ayudarle a recordar la canción. Luego se recostó en su silla.

—No puedo acordarme —dijo, y se echó a llorar.

—¿Por qué lloras?, —le preguntó su marido.

—No sé, no sé, no puedo contenerme. Estoy triste y no sé por qué. Lloro y no sé por qué.

Lloraba con el rostro entre las manos; los hombros sacudidos por los sollozos.

—Mañana te sentirás mejor —le dijo su marido.

Ylla no lo miró. Miró únicamente el desierto vacío y las brillantísimas estrellas que aparecían ahora en el cielo negro, y a lo lejos se oyó el ruido creciente del viento y de las aguas frías que se agitaban en los largos canales. Cerró los ojos, estremeciéndose.

—Sí —dijo—, mañana me sentiré mejor.

Noche de verano
1999 Agosto

La gente se agrupaba en las galerías de piedra o se movía entre las sombras, por las colinas azules. Las lejanas estrellas y las mellizas y luminosas lunas de Marte derramaban una pálida luz de atardecer. Más allá del anfiteatro de mármol, en la oscuridad y la lejanía, se levantaban las aldeas y las quintas. El agua plateada yacía inmóvil en los charcos, y los canales relucían de horizonte a horizonte. Era una noche de verano en el templado y apacible planeta Marte. Las embarcaciones, delicadas como flores de bronce, se entrecruzaban en los canales de vino verde, y en las largas, interminables viviendas que se curvaban como serpientes tranquilas entre las lomas, murmuraban perezosamente los amantes, tendidos en los frescos lechos de la noche. Algunos niños corrían aún por las avenidas, a la luz de las antorchas, y con las arañas de oro que llevaban en la mano lanzaban al aire finos hilos de seda. Aquí y allá, en las mesas donde burbujeaba la lava de plata, se preparaba alguna cena tardía. En un centenar de pueblos del hemisferio oscuro del planeta, los marcianos, seres morenos, de ojos rasgados y amarillos, se congregaban indolentemente en los anfiteatros. Desde los escenarios una música serena se elevaba en el aire tranquilo, como el aroma de una flor.

En uno de los escenarios cantó una mujer.

El público se sobresaltó.

La mujer dejó de cantar. Se llevó una mano a la garganta. Inclinó la cabeza mirando a los músicos, y comenzaron otra vez.

Los músicos tocaron y la mujer cantó, y esta vez el público suspiró y se inclinó hacia delante en los asientos; unos pocos se pusieron de pie, sorprendidos, y una ráfaga helada atravesó el anfiteatro. La mujer cantaba una canción terrible y extraña. Trataba de impedir que las palabras le brotaran de la boca pero éstas eran las palabras:

Avanza envuelta en belleza, como la noche
de regiones sin nubes y cielos estrellados;
y todo lo mejor de lo oscuro y lo brillante
se une en su rostro y en sus ojos…

La cantante se tapó la boca con las manos, y así permaneció unos instantes, inmóvil, perpleja.

—¿Qué significan esas palabras?, —preguntaron los músicos.

—¿De dónde viene esa canción?

—¿Qué idioma es ése?

Y cuando los músicos soplaron en los cuernos dorados, la extraña melodía pasó otra vez lentamente por encima del público que ahora estaba de pie y hablaba en voz alta.

—¿Qué te pasa?, —se preguntaron los músicos.

—¿Por qué tocabas esa música?

—Y tú, ¿qué tocabas?

La mujer se echó a llorar y huyó del escenario. El público abandonó el anfiteatro. Y en todos los trastornados pueblos marcianos ocurrió algo semejante. Una ola de frío cayó sobre ellos, como una nieve blanca.

En las avenidas sombrías, bajo las antorchas, los niños cantaban:

… y cuando ella llegó, el aparador estaba vacío,

y su pobre perro no tuvo nada…

—¡Niños!, —gritaron los adultos—. ¿Qué canción es ésa? ¿Dónde la aprendisteis?

—Se nos ha ocurrido de pronto. Son sólo palabras, palabras que no se entienden.

Las puertas se cerraron. Las calles quedaron desiertas. Sobre las colinas azules se elevó una estrella verde.

En el hemisferio nocturno de Marte los amantes despertaron y escucharon a sus amadas, que cantaban en la oscuridad.

—¿Qué canción es ésa?

Y en mil casas, en medio de la noche, las mujeres se despertaron gritando. Las lágrimas les rodaban por las mejillas y los hombres trataban de calmarlas.

—Vamos, vamos. Duerme. ¿Qué te pasa? ¿Alguna pesadilla?

—Algo terrible va a ocurrir por la mañana.

—Nada puede ocurrir. Todo está muy bien.

Un sollozo histérico:

—¡Se acerca, se acerca! ¡Se acerca cada vez más!

—Nada puede sucedernos. ¿Qué podría sucedernos? Vamos, duerme, duerme.

El alba de Marte fue tranquila, tan tranquila como un pozo fresco y negro, con estrellas que brillaban en las aguas de los canales, y respirando en todos los cuartos, niños que dormían encogidos con arañas en las manos cerradas, y

amantes abrazados, y un cielo sin lunas, y antorchas frías, y desiertos anfiteatros de piedra.

Sólo rompió el silencio, poco antes de amanecer, un sereno que caminaba por una calle distante, solitaria y oscura, entonando una canción muy extraña.

Los hombres de la Tierra
1999 Agosto

Quienquiera que fuese el que golpeaba la puerta, no se cansaba de hacerlo.

La señora Ttt abrió la puerta de par en par.

—¿Y bien?

—¡Habla usted inglés! —El hombre, de pie en el umbral, estaba asombrado.

—Hablo lo que hablo —dijo ella.

—¡Un inglés admirable!

El hombre vestía uniforme. Había otros tres con él, excitados, muy sonrientes y muy sucios.

—¿Qué desean?, —preguntó la señora Ttt.

—Usted es marciana. —El hombre sonrió—. Esta palabra no le es familiar, ciertamente. Es una expresión terrestre. —Con un movimiento de cabeza señaló a sus compañeros—. Venimos de la Tierra. Yo soy el capitán Williams. Hemos llegado a Marte no hace más de una hora, y aquí estamos, ¡la Segunda Expedición! Hubo una Primera Expedición, pero ignoramos qué les pasó. En fin, ¡henos aquí! Y el primer habitante de Marte que encontramos ¡es usted!

—¿Marte?, —preguntó la mujer arqueando las cejas.

—Quiero decir que usted vive en el cuarto planeta a partir del Sol. ¿No es verdad?

—Elemental —replicó ella secamente, examinándolos de arriba abajo.

—Y nosotros —dijo el capitán señalándose a sí mismo con un pulgar sonrosado— somos de la Tierra. ¿No es así, muchachos?

—¡Así es, capitán!, —exclamaron los otros a coro.

—Éste es el planeta Tyrr —dijo la mujer—, si quieren llamarlo por su verdadero nombre.

—Tyrr, Tyrr. —El capitán rió a carcajadas—. ¡Qué nombre tan lindo! Pero, oiga buena mujer, ¿cómo habla usted un inglés tan perfecto?

—No estoy hablando, estoy pensando —dijo ella—. ¡Telepatía! ¡Buenos días!, —y dio un portazo.

Casi enseguida volvieron a llamar. Ese hombre espantoso, pensó la señora Ttt.

Abrió la puerta bruscamente.

—¿Y ahora qué?, —preguntó.

El hombre estaba todavía en el umbral, desconcertado, tratando de sonreír. Extendió las manos.

—Creo que usted no comprende…

—¿Qué?

El hombre la miró sorprendido:

—¡Venimos de la Tierra!

—No tengo tiempo —dijo la mujer—. Hay mucho que cocinar, y coser, y limpiar… Ustedes, probablemente, querrán ver al señor Ttt. Está arriba, en su despacho.

—Sí —dijo el terrestre, parpadeando confuso—. Permítame ver al señor Ttt, por favor.

—Está ocupado.

La señora Ttt cerró nuevamente la puerta.

Esta vez los golpes fueron de una ruidosa impertinencia.

—¡Oiga!, —gritó el hombre cuando la puerta volvió a abrirse—. ¡Éste no es modo de tratar a las visitas! —Y entró de un salto en la casa, como si quisiera sorprender a la mujer.

—¡Mis pisos limpios!, —gritó ella—. ¡Barro! ¡Fuera! ¡Antes de entrar, límpiese las botas!

El hombre se miró apesadumbrado las botas embarradas.

—No es hora de preocuparse por tonterías —dijo luego—. Creo que ante todo debiéramos celebrar el acontecimiento. —Y miró fijamente a la mujer, como si esa mirada pudiera aclarar la situación.

—¡Si se me han quemado las tortas de cristal —gritó ella—, lo echaré de aquí a bastonazos!

La mujer atisbó unos instantes el interior de un horno encendido y regresó con la cara roja y transpirada. Era delgada y ágil, como un insecto. Tenía ojos amarillos y penetrantes, tez morena, y una voz metálica y aguda.

—Espere un momento. Trataré de que el señor Ttt los reciba. ¿Qué asunto los trae?

El hombre lanzó un terrible juramento, como si la mujer le hubiese martillado una mano.

—¡Dígale que venimos de la Tierra! ¡Que nadie vino antes de allá!

—¿Que nadie vino de dónde? Bueno, no importa —dijo la mujer alzando una mano—. Enseguida vuelvo.

El ruido de sus pasos tembló ligeramente en la casa de piedra.

Afuera, brillaba el inmenso cielo azul de Marte, caluroso y tranquilo como las aguas cálidas y profundas de un océano. El desierto marciano se tostaba como una prehistórica vasija de barro. El calor crecía en temblorosas oleadas. Un cohete pequeño yacía en la cima de una colina próxima y las huellas de unas pisadas unían la puerta del cohete con la casa de piedra.

De pronto se oyeron unas voces que discutían en el piso superior de la casa. Los hombres se miraron, se movieron inquietos, apoyándose ya en un pie, ya en otro, y con los pulgares en el cinturón tamborilearon nerviosamente sobre el cuero.

Arriba gritaba un hombre. Una voz de mujer le replicaba en el mismo tono. Pasó un cuarto de hora. Los hombres se pasearon de un lado a otro, sin saber qué hacer.

—¿Alguien tiene cigarrillos?, —preguntó uno.

Otro sacó un paquete y todos encendieron un cigarrillo y exhalaron lentas cintas de pálido humo blanco. Los hombres se tironearon los faldones de las chaquetas; se arreglaron los cuellos.

El murmullo y el canto de las voces continuaban. El capitán consultó su reloj.

—Veinticinco minutos —dijo—. Me pregunto qué estarán tramando ahí arriba. —Se paró ante una ventana y miró hacia afuera.

—Qué día sofocante —dijo un hombre.

—Sí —dijo otro.

Era el tiempo lento y caluroso de las primeras horas de la tarde. El murmullo de las voces se apagó. En la silenciosa habitación sólo se oía la respiración de los hombres. Pasó una hora.

—Espero que no hayamos provocado un incidente —dijo el capitán. Se volvió y espió el interior del vestíbulo.

Allí estaba la señora Ttt, regando las plantas que crecían en el centro de la habitación.

—Ya me parecía que había olvidado algo —dijo la mujer avanzando hacia el capitán—. Lo siento —añadió, y le entregó un trozo de papel—. El señor Ttt está muy ocupado. —Se volvió hacia la cocina—. Por otra parte, no es el señor Ttt a quien usted desea ver, sino al señor Aaa. Lleve este papel a la granja próxima, al lado del canal azul, y el señor Aaa les dirá lo que ustedes quieren saber.

—No queremos saber nada —objetó el capitán frunciendo los gruesos labios—. Ya lo sabemos.

—Tienen el papel, ¿qué más quieren?, —dijo la mujer con brusquedad, decidida a no añadir una palabra.

—Bueno —dijo el capitán sin moverse, como esperando algo. Parecía un niño, con los ojos clavados en un desnudo árbol de Navidad—. Bueno —repitió—. Vamos, muchachos.

Los cuatro hombres salieron al silencio y al calor de la tarde.

Una media hora después, sentado en su biblioteca, el señor Aaa bebía unos sorbos de fuego eléctrico de una copa de metal, cuando oyó unas voces que venían por el camino de piedra. Se inclinó sobre el alféizar de la ventana y vio a cuatro hombres uniformados que lo miraban entornando los ojos.

—¿El señor Aaa?, —le preguntaron.

—El mismo.

—¡Nos envía el señor Ttt!, —gritó el capitán.

—¿Y por qué ha hecho eso?

—¡Estaba ocupado!

—¡Qué lástima!, —dijo el señor Aaa, con tono sarcástico—. ¿Creerá que estoy aquí para atender a las gentes que lo molestan?

—No es eso lo importante, señor —replicó el capitán.

—Para mí, sí. Tengo mucho que leer. El señor Ttt es un desconsiderado. No es la primera vez que se comporta de este modo. No mueva usted las manos, señor. Espere a que termine. Y preste atención. La gente suele escucharme cuando hablo. Y usted me escuchará cortésmente o no diré una palabra.

Los cuatro hombres de la calle abrieron la boca, se movieron incómodos, y por un momento las lágrimas asomaron a los ojos del capitán.

—¿Le parece a usted bien —sermoneó el señor Aaa— que el señor Ttt haga estas cosas?

Los cuatro hombres alzaron los ojos en el calor.

—¡Venimos de la Tierra!, —dijo el capitán.

—A mí me parece que es un mal educado —continuó el señor Aaa.

—En un cohete. Venimos en un cohete.

—No es la primera vez que Ttt comete estas torpezas.

—Directamente desde la Tierra.

—Me gustaría llamarlo y decirle lo que pienso.

—Nosotros cuatro, yo y estos tres hombres, mi tripulación.

—¡Lo llamaré, sí, voy a llamarlo!

—Tierra. Cohete. Hombres. Viaje. Espacio.

—¡Lo llamaré y tendrá que oírme!, —gritó el señor Aaa, y desapareció como un títere de un escenario.

Durante unos instantes se oyeron unas voces coléricas que iban y venían por algún extraño aparato. Abajo, el capitán y su tripulación miraban tristemente por encima del hombro el hermoso cohete que yacía en la colina, tan atractivo y delicado y brillante.

El señor Aaa reapareció de pronto en la ventana, con un salvaje aire de triunfo.

—¡Lo he retado a duelo, por todos los dioses! ¡A duelo!

—Señor Aaa… —comenzó otra vez el capitán con voz suave.

—¡Lo voy a matar! ¿Me oye?

—Señor Aaa, quisiera decirle que hemos viajado noventa millones de kilómetros.

El señor Aaa miró al capitán por primera vez.

—¿De dónde dice que vienen?

El capitán emitió una blanca sonrisa.

—Al fin nos entendemos —les murmuró en un aparte a sus hombres, y le dijo al señor Aaa—: Recorrimos noventa millones de kilómetros. ¡Desde la Tierra!

El señor Aaa bostezó.

—En esta época del año la distancia es sólo de setenta y cinco millones de kilómetros. —Blandió un arma de aspecto terrible—. Bueno, tengo que irme. Lleven esa estúpida nota, aunque no sé de qué les servirá, a la aldea de Iopr, sobre la colina y hablen con el señor Iii. Ése es el hombre a quien quieren ver. No al señor Ttt. Ttt es un idiota, y voy a matarlo. Ustedes, además, no son de mi especialidad.

—Especialidad, especialidad —baló el capitán—. ¿Pero es necesario ser un especialista para dar la bienvenida a hombres de la Tierra?

—No sea tonto, todo el mundo lo sabe.

El señor Aaa desapareció. Apareció unos instantes después en la puerta y se alejó velozmente calle abajo.

—¡Adiós!, —gritó.

Los cuatro viajeros no se movieron, desconcertados. Finalmente dijo el capitán:

—Ya encontraremos quien nos escuche.

—Quizá debiéramos irnos y volver —sugirió un hombre con voz melancólica—. Quizá debiéramos elevarnos y descender de nuevo. Darles

tiempo de organizar una fiesta.

—Puede ser una buena idea —murmuró fatigado el capitán.

En la aldea la gente salía de las casas y entraba en ellas, saludándose, y llevaba máscaras doradas, azules y rojas, máscaras de labios de plata y cejas de bronce, máscaras serias o sonrientes, según el humor de sus dueños.

Los cuatro hombres, sudorosos luego de la larga caminata, se detuvieron y le preguntaron a una niñita dónde estaba la casa del señor Iii.

—Ahí —dijo la niña con un movimiento de cabeza.

El capitán puso una rodilla en tierra, solemnemente, cuidadosamente, y miró el rostro joven y dulce.

—Oye, niña, quiero decirte algo.

La sentó en su rodilla y tomó entre sus manazas las manos diminutas y morenas, como si fuera a contarle un cuento de hadas preciso y minucioso.

—Bien, te voy a contar lo que pasa. Hace seis meses otro cohete vino a Marte. Traía a un hombre llamado York y a su ayudante. No sabemos qué les pasó. Quizá se destrozaron al descender. Vinieron en un cohete, como nosotros. Debes de haberlo visto. ¡Un gran cohete! Por lo tanto nosotros somos la Segunda Expedición. Y venimos directamente de la Tierra…

La niña soltó distraídamente una mano y se ajustó a la cara una inexpresiva máscara dorada. Luego sacó de un bolsillo una araña de oro y la dejó caer. El capitán seguía hablando. La araña subió dócilmente a la rodilla de la niña, que la miraba sin expresión por las hendiduras de la máscara. El capitán zarandeó suavemente a la niña y habló con una voz más firme:

—Somos de la Tierra, ¿me crees?

—Sí —respondió la niña mientras observaba cómo los dedos de los pies se le hundían en la arena.

—Muy bien. —El capitán le pellizcó un brazo, un poco porque estaba contento y un poco porque quería que ella lo mirase—. Nosotros mismos hemos construido este cohete. ¿Lo crees, no es cierto?

La niña se metió un dedo en la nariz.

—Sí —dijo.

—Y… Sácate el dedo de la nariz, niñita… Yo soy el capitán y…

—Nadie hasta hoy cruzó el espacio en un cohete —recitó la criatura con los ojos cerrados.

—¡Maravilloso! ¿Cómo lo sabes?

—Oh, telepatía… —respondió la niña limpiándose distraídamente el dedo en una pierna.

—Y bien, ¿eso no te asombra?, —gritó el capitán—. ¿No estás contenta?

—Será mejor que vayan a ver enseguida al señor Iii —dijo la niña, y dejó caer su juguete—. Al señor Iii le gustará mucho hablar con ustedes.

La niña se alejó. La araña echó a correr obedientemente detrás de ella.

El capitán, en cuclillas, se quedó mirándola, con las manos extendidas, la boca abierta y los ojos húmedos.

Los otros tres hombres, de pie sobre sus sombras, escupieron en la calle de piedra.

*

El señor Iii abrió la puerta. Salía en ese momento para una conferencia, pero podía concederles unos instantes si se decidían a entrar y le informaban brevemente del objeto de la visita.

—Un minuto de atención —dijo el capitán, cansado, con los ojos enrojecidos—. Venimos de la Tierra, en un cohete; somos cuatro: tripulación y capitán; estamos exhaustos, hambrientos, y quisiéramos encontrar un sitio para dormir. Nos gustaría que nos dieran la llave de la ciudad, o algo parecido, y que alguien nos estrechara la mano y nos dijera: «¡Bravo!» y «¡Enhorabuena, amigos!». Eso es todo.

El señor Iii era alto, vaporoso, delgado, y llevaba unas gafas de gruesos cristales azules sobre los ojos amarillos. Se inclinó sobre el escritorio y se puso a estudiar unos papeles. De cuando en cuando alzaba la vista y observaba con atención a sus visitantes.

—No creo tener aquí los formularios —dijo revolviendo los cajones del escritorio—. ¿Dónde los habré puesto? Deben de estar en alguna parte… ¡Ah, sí, aquí! —Le alcanzó al capitán unos papeles—. Tendrá usted que firmar, por supuesto.

—¿Tenemos que pasar por tantas complicaciones?, —preguntó el capitán.

El señor Iii le lanzó una mirada vidriosa.

—¿No dice que viene de la Tierra? Pues tiene que firmar.

El capitán escribió su nombre.

—¿Es necesario que firmen también los tripulantes?

El señor Iii miró al capitán, luego a los otros tres y estalló en una carcajada burlona.

—¡Que ellos firmen! ¡Ah, admirable! ¡Que ellos, oh, que ellos firmen! —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se palmeó una rodilla y se dobló en dos sofocado por la risa. Se apoyó en el escritorio—. ¡Que ellos firmen!

Los cuatro hombres fruncieron el ceño.

—¿Es tan gracioso?

—¡Que ellos firmen!, —suspiró el señor Iii, debilitado por su hilaridad—. Tiene gracia. Debo contárselo al señor Xxx.

Examinó el formulario, riéndose aún a ratos.

—Parece que todo está bien. —Movió afirmativamente la cabeza—. Hasta su conformidad para una posible eutanasia —cloqueó.

—¿Conformidad para qué?

—Cállese. Tengo algo para usted. Aquí está. La llave.

El capitán se sonrojó.

—Es un gran honor…

—¡No es la llave de la ciudad, imbécil!, —ladró el señor Iii—. Es la de la Casa. Vaya por aquel pasillo, abra la puerta grande, entre y cierre bien. Puede pasar allí la noche. Por la mañana le mandaré al señor Xxx.

El capitán titubeó, tomó la llave y se quedó mirando fijamente las tablas del piso. Sus hombres tampoco se movieron. Parecían secos, vacíos, como si hubiesen perdido toda la pasión y la fiebre del viaje.

—¿Qué le pasa?, —preguntó el señor Iii—. ¿Qué espera? ¿Qué quiere? —Se adelantó y estudió de cerca el rostro del capitán—. ¡Váyase!

—Me figuro que no podría usted… —sugirió el capitán—, quiero decir… En fin… Hemos trabajado mucho, hemos hecho un largo viaje y quizá pudiera usted estrecharnos la mano y darnos la enhorabuena —añadió con voz apagada—. ¿No le parece?

El señor Iii le tendió rígidamente la mano y le sonrió con frialdad.

—¡Enhorabuena!, —y apartándose dijo—: Ahora tengo que irme. Utilice esa llave.

Sin fijarse más en ellos, como si se hubieran filtrado a través del piso, el señor Iii anduvo de un lado a otro por la habitación, llenando con papeles una cartera. Se entretuvo en la oficina otros cinco minutos, pero sin dirigir una sola vez la palabra al solemne cuarteto inmóvil, cabizbajo, de piernas de plomo, brazos colgantes y mirada apagada.

Al fin cruzó la puerta, absorto en la contemplación de sus uñas.

Avanzaron pesadamente por el pasillo, en la penumbra silenciosa de la tarde, hasta llegar a una pulida puerta de plata. La abrieron con la llave, también de plata, entraron, cerraron, y se volvieron.

Estaban en un vasto aposento soleado. Sentados o de pie, en grupos, varios hombres y mujeres conversaban junto a las mesas. Al oír el ruido de la puerta miraron a los cuatro hombres de uniforme.

Un marciano se adelantó y los saludó con una reverencia.

—Yo soy el señor Uuu.

—Y yo soy el capitán Jonathan Williams, de la ciudad de Nueva York, de la Tierra —dijo el capitán sin mucho entusiasmo.

Inmediatamente hubo una explosión en la sala.

Los muros temblaron con los gritos y exclamaciones. Hombres y mujeres gritando de alegría, derribando las mesas, tropezando unos con otros, corrieron hacia los terrestres y, levantándolos en hombros, dieron seis vueltas completas a la sala, saltando, gesticulando y cantando.

Los terrestres estaban tan sorprendidos que durante un minuto se dejaron llevar por aquella marea de hombros antes de estallar en risas y gritos.

—¡Esto se parece más a lo que esperábamos!

—¡Esto es vida! ¡Bravo! ¡Bravo!

Se guiñaban alegremente los ojos, alzaban los brazos, golpeaban el aire.

—¡Hip! ¡Hip!, —gritaban.

—¡Hurra!, —respondía la muchedumbre.

Al fin los pusieron sobre una mesa. Los gritos cesaron. El capitán estaba a punto de llorar:

—Gracias. Gracias. Esto nos ha hecho mucho bien.

—Cuéntenos su historia —sugirió el señor Uuu.

El capitán carraspeó y habló, interrumpido por los ¡oh!, y ¡ah!, del auditorio. Presentó a sus compañeros, y todos pronunciaron un discursito, azorados por el estruendo de los aplausos.

El señor Uuu palmeó al capitán.

—Es agradable ver a otros de la Tierra. Yo también soy de allí.

—¿Qué ha dicho usted?

—Aquí somos muchos los terrestres.

El capitán lo miró fijamente.

—¿Usted? ¿Terrestre? ¿Es posible? ¿Vino en un cohete? ¿Desde cuándo se viaja por el espacio? —Parecía decepcionado—. ¿De qué… de qué país es usted?

—De Tuiereol. Vine hace años en el espíritu de mi cuerpo.

—Tuiereol. —El capitán articuló dificultosamente la palabra—. No conozco ese país. ¿Qué es eso del espíritu del cuerpo?

—También la señorita Rrr es terrestre. ¿No es cierto, señorita Rrr?

La señorita Rrr asintió con una risa extraña.

—También el señor Www, el señor Qqq y el señor Vvv.

—Yo soy de Júpiter —dijo uno pavoneándose.

—Yo de Saturno —dijo otro. Los ojos le brillaban maliciosamente.

—Júpiter, Saturno —murmuró el capitán, parpadeando.

Todos callaron; los marcianos, ojerosos, de pupilas amarillas y brillantes, volvieron a agruparse alrededor de las mesas de banquete, extrañamente vacías. El capitán observó, por primera vez, que la habitación no tenía ventanas. La luz parecía filtrarse por las paredes. No había más que una puerta.

—Todo esto es confuso. ¿Dónde diablos está Tuiereol? ¿Cerca de América?, —dijo el capitán.

—¿Qué es América?

—¿No ha oído hablar del continente americano y dice que es terrestre?

El señor Uuu se irguió enojado.

—La Tierra está cubierta de mares, es sólo mar. No hay continentes. Yo soy de allí y lo sé.

El capitán se echó hacia atrás en su silla.

—Un momento, un momento. Usted tiene cara de marciano, ojos amarillos, tez morena.

—La Tierra es sólo selvas —dijo orgullosamente la señorita Rrr—. Yo soy de Orri, en la Tierra; una civilización donde todo es de plata.

El capitán miró sucesivamente al señor Uuu, al señor Www, al señor Zzz, al señor Nnn, al señor Hhh y al señor Bbb, y vio que los ojos amarillos se fundían y apagaban a la luz, y se contraían y dilataban. Se estremeció, se volvió hacia sus hombres y los miró sombríamente.

—¿Comprenden qué es esto?

—¿Qué, señor?

—No es una celebración —contestó agotado el capitán—. No es un banquete. Estas gentes no son representantes del gobierno. Ésta no es una *surprise party*. Mírenles los ojos. Escúchenlos.

Retuvieron el aliento. En la sala cerrada sólo había un suave movimiento de ojos blancos.

—Ahora entiendo —dijo el capitán con voz muy lejana— por qué todos nos daban papelitos y nos pasaban de uno a otro, y por qué el señor Iii nos mostró un pasillo y nos dio una llave para abrir una puerta y cerrar una puerta. Y aquí estamos…

—¿Dónde, capitán?

—En un manicomio.

*

Era de noche. En la vasta sala silenciosa, tenuemente alumbrada por unas luces ocultas en los muros transparentes, los cuatro terrestres, sentados alrededor de una mesa de madera conversaban en voz baja, con los rostros

juntos y pálidos. Hombres y mujeres yacían desordenadamente por el suelo. En los rincones oscuros había leves estremecimientos: hombres o mujeres solitarios que movían las manos. Cada media hora uno de los terrestres intentaba abrir la puerta de plata.

—No hay nada que hacer. Estamos encerrados.

—¿Creen realmente que somos locos, capitán?

—No hay duda. Por eso no se entusiasmaron al vernos. Se limitaron a tolerar lo que entre ellos debe de ser un estado frecuente de psicosis. —Señaló las formas oscuras que yacían alrededor—. Paranoicos todos. ¡Qué bienvenida! —Una llamita se alzó y murió en los ojos del capitán—. Por un momento creí que nos recibían como merecíamos. Gritos, cantos y discursos. Todo estuvo muy bien, ¿no es cierto? Mientras duró.

—¿Cuánto tiempo nos van a tener aquí?

—Hasta que demostremos que no somos psicópatas.

—Eso será fácil.

—Espero que sí.

—No parece estar muy seguro.

—No lo estoy. Mire aquel rincón.

De la boca de un hombre en cuclillas brotó una llama azul. La llama se transformó en una mujercita desnuda, y susurrando y suspirando se abrió como una flor en vapores de color cobalto.

El capitán señaló otro rincón. Una mujer, de pie, se encerró en una columna de cristal; luego fue una estatua dorada, después una vara de cedro pulido, y al fin otra vez una mujer.

En la sala oscurecida todos exhalaban pequeñas llamas violáceas móviles y cambiantes, pues la noche era tiempo de transformaciones y aflicción.

—Magos, brujos —susurró un terrestre.

—No, alucinados. Nos comunican su demencia y vemos así sus alucinaciones. Telepatía. Autosugestión y telepatía.

—¿Y eso le preocupa, capitán?

—Sí. Si esas alucinaciones pueden ser tan reales, tan contagiosas, tanto para nosotros como para cualquier otra persona, no es raro que nos hayan tomado por psicópatas. Si aquel hombre es capaz de crear mujercitas de fuego azul, y aquella mujer puede transformarse en una columna, es muy natural que los marcianos normales piensen que también nosotros hemos creado nuestro cohete.

—Oh —exclamaron sus hombres en la oscuridad.

Las llamas azules brotaban alrededor de los terrestres, brillaban un momento, y se desvanecían. Unos diablillos de arena roja corrían entre los dientes de los hombres dormidos. Las mujeres se transformaban en serpientes aceitosas. Había un olor de reptiles y bestias.

Por la mañana todos estaban de pie, frescos, contentos, y normales. No había llamas ni demonios. El capitán y sus hombres se habían acercado a la puerta de plata, con la esperanza de que se abriera.

El señor Xxx llegó unas cuatro horas después. Los terrestres sospecharon que había estado esperando del otro lado de la puerta, espiándolos por lo menos durante tres horas. Con un gesto les pidió que lo acompañaran a una oficina pequeña.

Era un hombre jovial, sonriente, si se lo juzgaba por su máscara. En ella estaban pintadas no una sonrisa, sino tres.

Detrás de la máscara, su voz era la de un psiquiatra no tan sonriente.

—Y bien, ¿qué pasa?

—Usted cree que estamos locos, y no lo estamos —dijo el capitán.

—Yo no creo que todos estén locos —replicó el psiquiatra señalando con una varita al capitán—. El único loco es usted. Los otros son alucinaciones secundarias.

El capitán se palmeó una rodilla.

—¡Ah, es eso! ¡Ahora comprendo por qué se rió el señor Iii cuando sugerí que mis hombres firmaran los papeles!

El psiquiatra rió a través de su sonrisa tallada.

—Sí, ya me lo contó el señor Iii. Fue una broma excelente. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Alucinaciones secundarias. A veces vienen a verme mujeres con culebras en las orejas. Cuando las curo, las culebras se disipan.

—Nosotros nos alegraremos de que nos cure. Siga.

El señor Xxx pareció sorprenderse.

—Es raro. No son muchos los que quieren curarse. Le advierto a usted que el tratamiento es muy severo.

—¡Siga curándonos! Pronto sabrá que estamos cuerdos.

—Permítame que examine sus papeles. Quiero saber si están en orden antes de iniciar el tratamiento. —Y el señor Xxx examinó el contenido de una carpeta—. Sí. Los casos como el suyo necesitan un tratamiento especial. Las personas de aquella sala son casos muy simples. Pero cuando se llega como usted, debo advertírselo, a alucinaciones primarias, secundarias, auditivas, olfativas y labiales, y a fantasías táctiles y ópticas, el asunto es grave. Es necesario recurrir a la eutanasia.

El capitán se puso en pie de un salto y rugió:

—Mire, ¡ya hemos aguantado bastante! ¡Sométanos a sus pruebas, verifique los reflejos, auscúltenos, exorcísenos, pregúntenos!

—Hable libremente.

El capitán habló, furioso, durante una hora. El psiquiatra escuchó.

—Increíble. Nunca oí fantasía onírica más detallada.

—¡No diga estupideces! ¡Le enseñaremos nuestro cohete!, —gritó el capitán.

—Me gustaría verlo. ¿Puede usted manifestarlo en esta habitación?

—Por supuesto. Está en ese fichero, en la letra C.

El señor Xxx examinó atentamente el fichero, emitió un sonido de desaprobación, y lo cerró solemnemente.

—¿Por qué me ha engañado usted? El cohete no está aquí.

—Claro que no, idiota. Ha sido una broma. ¿Bromea un loco?

—Tiene usted unas bromas muy raras. Bueno, salgamos. Quiero ver su cohete.

Era mediodía. Cuando llegaron al cohete hacía mucho calor.

—Ajá.

El psiquiatra se acercó a la nave y la golpeó. El metal resonó suavemente.

—¿Puedo entrar?, —preguntó con picardía.

—Entre.

El señor Xxx desapareció en el interior del cohete.

—Esto es exasperante —dijo el capitán, mordisqueando un cigarro—. Volvería gustoso a la Tierra y les aconsejaría no ocuparse más de Marte. ¡Qué gentes más desconfiadas!

—Me parece que aquí hay muchos locos, capitán. Por eso dudan tanto quizá.

—Sí, pero es muy irritante.

El psiquiatra salió de la nave después de hurgar, golpear, escuchar, oler y gustar durante media hora.

—Y bien, ¿está usted convencido?, —gritó el capitán como si el señor Xxx fuera sordo.

El psiquiatra cerró los ojos y se rascó la nariz.

—Nunca conocí ejemplo más increíble de alucinación sensorial y sugestión hipnótica. He examinado el «cohete», como lo llama usted. —Golpeó la coraza—. Lo oigo. Fantasía auditiva. —Inspiró—. Lo huelo. Alucinación olfativa inducida por telepatía sensorial. —Acercó sus labios al cohete—. Lo gusto. Fantasía labial.

El psiquiatra estrechó la mano del capitán:

—¿Me permite que lo felicite? ¡Es usted un genio psicópata! Ha hecho usted un trabajo completo. La tarea de proyectar una imaginaria vida psicópata en la mente de otra persona por medio de la telepatía, y evitar que las alucinaciones se vayan debilitando sensorialmente, es casi imposible. Las gentes de mi pabellón se concentran habitualmente en fantasías visuales, o cuando más en fantasías visuales y auditivas combinadas. ¡Usted ha logrado una síntesis total! ¡Su demencia es hermosísimamente completa!

El capitán palideció:

—¿Mi demencia?

—Sí. Qué demencia más hermosa. Metal, caucho, gravitadores, comida, ropa, combustible, armas, escaleras, tuercas, cucharas. He comprobado que en su nave hay diez mil artículos distintos. Nunca había visto tal complejidad. Hay hasta sombras debajo de las literas y debajo de todo. ¡Qué poder de concentración! Y todo, no importan cuándo o cómo se pruebe, tiene olor, solidez, gusto, sonido. Permítame que lo abrace. —El psiquiatra abrazó al capitán—. Consignaré todo esto en lo que será mi mejor monografía. El mes que viene hablaré en la Academia Marciana. Mírese. Ha cambiado usted hasta el color de sus ojos, del amarillo al azul, y la tez de morena a sonrosada. ¡Y su ropa, y sus manos de cinco dedos en vez de seis! ¡Metamorfosis biológica a través del desequilibrio psicológico! Y sus tres amigos…

El señor Xxx sacó un arma pequeña:

—Es usted incurable, por supuesto. ¡Pobre hombre admirable! Muerto será más feliz. ¿Quiere usted confiarme su última voluntad?

—¡Quieto por Dios! ¡No haga fuego!

—Pobre criatura. Lo sacaré de esa miseria que lo llevó a imaginar este cohete y estos tres hombres. Será interesantísimo ver cómo sus amigos y su cohete se disipan en cuanto yo lo mate. Con lo que observe hoy escribiré un excelente informe sobre la disolución de las imágenes neuróticas.

—¡Soy de la Tierra! Me llamo Jonathan Williams y estos…

—Sí, ya lo sé —dijo suavemente el señor Xxx, y disparó su arma.

El capitán cayó con una bala en el corazón. Los otros tres se pusieron a gritar.

El señor Xxx los miró sorprendido.

—¿Siguen ustedes existiendo? ¡Soberbio! Alucinaciones que persisten en el tiempo y en el espacio. —Apuntó hacia ellos—. Bien, los disolveré con el miedo.

—¡No!, —gritaron los tres hombres.

—Petición auditiva, aun muerto el paciente —observó el señor Xxx mientras los hacía caer con sus disparos.

Quedaron tendidos en la arena, intactos, inmóviles. El señor Xxx los tocó con la punta del pie y luego golpeó la coraza del cohete.

—¡Persiste! ¡Persisten!, —exclamó y disparó de nuevo su arma, varias veces, contra los cadáveres. Dio un paso atrás. La máscara sonriente se le cayó de la cara.

—Alucinaciones —murmuró aturdidamente—. Gusto. Vista. Olor. Tacto. Sonido.

El rostro del menudo psiquiatra cambió lentamente. Se le aflojaron las mandíbulas. Soltó el arma. Miró alrededor con ojos apagados y ausentes. Extendió las manos como un ciego, y palpó los cadáveres, sintiendo que la saliva le llenaba la boca.

Movió débilmente las manos, desorbitado, babeando.

—¡Váyanse!, —les gritó a los cadáveres—. ¡Váyase!, —le gritó al cohete.

Se examinó las manos temblorosas.

—Contaminado —susurró—. Víctima de una transferencia. Telepatía. Hipnosis. Ahora soy yo el loco. Contaminado. Alucinaciones en todas sus formas. —Se detuvo y con manos entumecidas buscó a su alrededor el arma—. Hay sólo una cura, sólo una manera de que se vayan, de que desaparezcan.

Se oyó un disparo.

Los cuatro cadáveres yacían al sol; el señor Xxx cayó junto a ellos.

El cohete, reclinado en la colina soleada, no desapareció.

Cuando en el ocaso del día la gente del pueblo encontró el cohete, se preguntó qué sería aquello. Nadie lo sabía; por lo tanto fue vendido a un chatarrero, que se lo llevó para desmontarlo y venderlo como hierro viejo.

Aquella noche llovió continuamente. El día siguiente fue bueno y caluroso.

El contribuyente
2000 Marzo

Quería ir a Marte en el cohete. Bajó a la pista en las primeras horas de la mañana y a través de los alambres les dijo a gritos a los hombres uniformados que quería ir a Marte. Les dijo que pagaba impuestos, que se llamaba Pritchard y que tenía el derecho de ir a Marte. ¿No había nacido allí mismo en Ohio? ¿No era un buen ciudadano? Entonces, ¿por qué no podía ir a Marte? Los amenazó con los puños y les dijo que quería irse de la Tierra; todas las gentes con sentido común querían irse de la Tierra. Antes que pasaran dos años iba a estallar una gran guerra atómica, y él no quería estar en la Tierra en ese entonces. Él y otros miles como él, todos los que tuvieran un poco de sentido común, se irían a Marte. Ya lo iban a ver. Escaparían de las guerras, la censura, el estatismo, el servicio militar, el control gubernamental de esto o aquello, del arte y de la ciencia. ¡Que se quedaran otros! Les ofrecía la mano derecha, el corazón, la cabeza, por la oportunidad de ir a Marte. ¿Qué había que hacer, qué había que firmar, a quién había que conocer para embarcar en un cohete?

Los hombres de uniforme se rieron de él a través de los alambres. No quería ir a Marte, le dijeron. ¿No sabía que las dos primeras expediciones habían fracasado y que probablemente todos sus hombres habían muerto?

No podían demostrarlo, no podían estar seguros, dijo Pritchard, agarrándose a los alambres. Era posible que allá arriba hubiera un país de leche y miel, y que el capitán York y el capitán Williams no hubieran querido regresar. ¿Le abrirían el portón para dejarlo subir al Tercer Cohete Expedicionario, o lo rompería él mismo a puntapiés?

Le dijeron que se callara. Vio a los hombres que iban hacia el cohete.

—¡Espérenme!, —les gritó—. ¡No me dejen en este mundo terrible! ¡Quiero irme! ¡Va a haber una guerra atómica! ¡No me dejen en la Tierra!

Lo sacaron de allí a rastras. Cerraron de un golpe la portezuela del coche policial y se lo llevaron al alba con la cara pegada a la ventanilla trasera. Poco antes que la sirena del automóvil comenzara a sonar, al acercarse una curva, vio el fuego rojo, y oyó el ruido terrible y sintió la trepidación con que el

cohete plateado se elevó abandonándolo en una ordinaria mañana de lunes en el ordinario planeta Tierra.

La tercera expedición
2000 Abril

La nave vino del espacio. Vino de las estrellas, y las velocidades negras, y los movimientos brillantes, y los silenciosos abismos del espacio. Era una nave nueva, con fuego en las entrañas y hombres en las celdas de metal, y se movía en un silencio limpio, vehemente y cálido. Llevaba diecisiete hombres, incluyendo un capitán. En la pista de Ohio la muchedumbre había gritado agitando las manos a la luz del sol, y el cohete había florecido en ardientes capullos de color y había escapado alejándose en el espacio ¡en el tercer viaje a Marte!

Ahora estaba desacelerando con una eficiencia metálica en las atmósferas superiores de Marte. Era todavía hermoso y fuerte. Había avanzado como un pálido leviatán marino por las aguas de medianoche del espacio; había dejado atrás la luna antigua y se había precipitado al interior de una nada que seguía a otra nada. Los hombres de la tripulación se habían golpeado, enfermado y curado, alternadamente. Uno había muerto, pero los dieciséis sobrevivientes, con los ojos claros y las caras apretadas contra las ventanas de gruesos vidrios, observaban ahora cómo Marte oscilaba subiendo debajo de ellos.

—¡Marte!, —exclamó el navegante Lustig.

—¡El viejo y simpático Marte!, —dijo Samuel Hinkston, arqueólogo.

—Bien —dijo el capitán John Black.

El cohete se posó en un prado verde. Afuera, en el prado, había un ciervo de hierro. Más allá, se alzaba una alta casa victoriana, silenciosa a la luz del sol, toda cubierta de volutas y molduras rococó, con ventanas de vidrios coloreados: azules y rosas y verdes y amarillos. En el porche crecían unos geranios, y una vieja hamaca colgaba del techo y se balanceaba, hacia atrás, hacia delante, hacia atrás, hacia delante, mecida por la brisa. La casa estaba coronada por una cúpula, con ventanas de vidrios rectangulares y un techo de caperuza. Por la ventana se podía ver una pieza de música titulada *Hermoso Ohio*, en un atril.

Alrededor del cohete y en las cuatro direcciones se extendía el pueblo, verde y tranquilo bajo el cielo primaveral de Marte. Había casas blancas y de

ladrillos rojos, y álamos altos que se movían en el viento, y arces y castaños, todos altos. En el campanario de la iglesia dormían unas campanas doradas.

Los hombres del cohete miraron fuera y vieron todo esto. Luego se miraron unos a otros y miraron otra vez fuera, pálidos, tomándose de los codos, como si no pudieran respirar.

—Demonios —dijo Lustig en voz baja, frotándose torpemente los ojos—. Demonios.

—No puede ser —dijo Samuel Hinkston.

Se oyó la voz del químico.

—Atmósfera enrarecida, señor, pero segura. Hay suficiente oxígeno.

—Entonces saldremos —dijo Lustig.

—Esperen —replicó el capitán John Black—. ¿Qué es esto en realidad?

—Es un pueblo, con aire enrarecido, pero respirable, señor.

—Y es un pueblo idéntico a los pueblos de la Tierra —dijo Hinkston el arqueólogo—. Increíble. No puede ser, pero es.

El capitán John Black lo miró inexpresivamente.

—¿Cree usted posible que las civilizaciones de dos planetas marchen y evolucionen de la misma manera, Hinkston?

—Nunca lo hubiera pensado, capitán.

El capitán se acercó a la ventana.

—Miren. Geranios. Una planta de cultivo. Esa variedad específica se conoce en la Tierra sólo desde hace cincuenta años. Piensen cómo evolucionan las plantas, durante miles de años. Y luego díganme si es lógico que los marcianos tengan: primero, ventanas con vidrios emplomados; segundo, cúpulas; tercero, columpios en los porches; cuarto, un instrumento que parece un piano y que probablemente es un piano; y quinto, si miran ustedes detenidamente por la lente telescópica, ¿es lógico que un compositor marciano haya compuesto una pieza de música titulada, aunque parezca mentira, *Hermoso Ohio*? ¡Esto querría decir que hay un río Ohio en Marte!

—¡El capitán Williams, por supuesto!, —exclamó Hinkston.

—¿Qué?

—El capitán Williams y su tripulación de tres hombres. O Nathaniel York y su compañero. ¡Eso lo explicaría todo!

—Eso no explicaría nada. Según parece, el cohete de York estalló el día que llegó a Marte, y York y su compañero murieron. En cuanto a Williams y sus tres hombres, el cohete fue destruido al día siguiente de haber llegado. Al menos las pulsaciones de los transmisores cesaron entonces. Si hubieran sobrevivido, se habrían comunicado con nosotros. De todos modos, desde la

expedición de York sólo ha pasado un año, y el capitán Williams y sus hombres llegaron aquí en el mes de agosto. Suponiendo que estén vivos, ¿hubieran podido construir un pueblo como éste y envejecerlo en tan poco tiempo, aun con la ayuda de una brillante raza marciana? Miren el pueblo; está ahí desde hace por lo menos setenta años. Miren la madera de ese porche; miren esos árboles, ¡todos centenarios! No, esto no es obra de York o Williams. Es otra cosa, y no me gusta. Y no saldré de la nave antes de aclararlo.

—Además —dijo Lustig—, Williams y sus hombres, y también York, descendieron en el lado opuesto de Marte. Nosotros hemos tenido la precaución de descender en este lado.

—Excelente argumento. Como es posible que una tribu marciana hostil haya matado a York y a Williams, nos ordenaron que descendiéramos en una región alejada, para evitar otro desastre. Estamos por lo tanto, o así parece, en un lugar que Williams y York no conocieron.

—Maldita sea —dijo Hinkston—. Yo quiero ir al pueblo, capitán, con el permiso de usted. Es posible que en todos los planetas de nuestro sistema solar haya pautas similares de ideas, diagramas de civilización. ¡Quizás estemos en el umbral del descubrimiento psicológico y metafísico más importante de nuestra época!

—Yo quisiera esperar un rato —dijo el capitán John Black.

—Es posible, señor, que estemos en presencia de un fenómeno que demuestra por primera vez, y plenamente, la existencia de Dios, señor.

—Muchos buenos creyentes no han necesitado esa prueba, señor Hinkston.

—Yo soy uno de ellos, capitán. Pero es evidente que un pueblo como éste no puede existir sin intervención divina. ¡Esos detalles! No sé si reír o llorar.

—No haga ni una cosa ni otra, por lo menos hasta saber con qué nos enfrentamos.

—¿Con qué nos enfrentamos?, —dijo Lustig—. Con nada, capitán. Es un pueblo agradable, verde y tranquilo, un poco anticuado como el pueblo donde nací. Me gusta el aspecto que tiene.

—¿Cuándo nació usted, Lustig?

—En mil novecientos cincuenta.

—¿Y usted, Hinkston?

—En mil novecientos cincuenta y cinco. En Grinnell, Iowa. Y este pueblo se parece al mío.

—Hinkston, Lustig, yo podría ser el padre de cualquiera de ustedes. Tengo ochenta años cumplidos. Nací en mil novecientos veinte, en Illinois, y con la ayuda de Dios y de la ciencia, que en los últimos cincuenta años ha logrado rejuvenecer a los viejos, aquí estoy, en Marte, no más cansado que los demás, pero infinitamente más receloso. Este pueblo, quizá pacífico y acogedor, se parece tanto a Green Bluff, Illinois, que me espanta. Se parece demasiado a Green Bluff. —Y volviéndose hacia el radiotelegrafista, añadió—: Comuníquese con la Tierra. Dígales que hemos llegado. Nada más. Dígales que mañana enviaremos un informe completo.

—Bien, capitán.

El capitán acercó al ojo de buey una cara que tenía que haber sido la de un octogenario, pero que parecía la de un hombre de unos cuarenta años.

—Le diré lo que vamos a hacer, Lustig. Usted, Hinkston y yo daremos una vuelta por el pueblo. Los demás se quedan a bordo. Si ocurre algo, se irán enseguida. Es mejor perder tres hombres que toda una nave. Si ocurre algo malo, nuestra tripulación puede avisar al próximo cohete. Creo que será el del capitán Wilder, que saldrá en la próxima Navidad. Si en Marte hay algo hostil queremos que el próximo cohete venga bien armado.

—También lo estamos nosotros. Disponemos de un verdadero arsenal.

—Entonces, dígale a los hombres que se queden al pie del cañón. Vamos, Lustig, Hinkston.

Los tres hombres salieron juntos por las rampas de la nave.

Era un hermoso día de primavera. Un petirrojo posado en un manzano en flor cantaba continuamente. Cuando el viento rozaba las ramas verdes, caía una lluvia de pétalos de nieve, y el aroma de los capullos flotaba en el aire. En alguna parte del pueblo alguien tocaba el piano, y la música iba y venía e iba, dulcemente, lánguidamente. La canción era *Hermosa soñadora*. En alguna otra parte, en un gramófono, chirriante y apagado, siseaba un disco de *Vagando al anochecer*, cantado por Harry Lauder.

Los tres hombres estaban fuera del cohete, jadearon aspirando el aire enrarecido, y luego echaron a andar, lentamente, como para no fatigarse.

Ahora el disco del gramófono cantaba:

Oh, dame una noche de junio,

la luz de la luna y tú…

Lustig se echó a temblar. Samuel Hinkston hizo lo mismo.

El cielo estaba sereno y tranquilo, y en alguna parte corría un arroyo, a la sombra de un barranco con árboles. En alguna parte trotó un caballo, y traqueteó una carreta.

—Señor —dijo Samuel Hinkston—, tiene que ser, no puede ser de otro modo, ¡los viajes a Marte empezaron antes de la Primera Guerra Mundial!

—No.

—¿De qué otro modo puede usted explicar esas casas, el ciervo de hierro, los pianos, la música? —Y Hinkston tomó persuasivamente de un codo al capitán y lo miró a los ojos—. Si usted admite que en mil novecientos cinco había gente que odiaba la guerra, y que uniéndose en secreto con algunos hombres de ciencia construyeron un cohete y vinieron a Marte…

—No, no, Hinkston.

—¿Por qué no? El mundo era muy distinto en mil novecientos cinco. Era fácil guardar un secreto.

—Pero algo tan complicado como un cohete no, no se puede ocultar.

—Y vinieron a vivir aquí, y naturalmente, las casas que construyeron fueron similares a las casas de la Tierra, pues junto con ellos trajeron la civilización terrestre.

—¿Y han vivido aquí todos estos años?, —preguntó el capitán.

—En paz y tranquilidad, sí. Quizás hicieron unos pocos viajes, bastantes como para traer aquí a la gente de un pueblo pequeño, y luego no volvieron a viajar, pues no querían que los descubrieran. Por eso este pueblo parece tan anticuado. No veo aquí nada posterior a mil novecientos veintisiete, ¿no es cierto? Es posible, también, que los viajes en cohete sean aún más antiguos de lo que pensamos. Quizá comenzaron hace siglos en alguna parte del mundo, y las pocas personas que vinieron a Marte y viajaron de vez en cuando a la Tierra supieron guardar el secreto.

—Tal como usted lo dice, parece razonable.

—Lo es. Tenemos la prueba ante nosotros; sólo nos falta encontrar a alguien y verificarlo.

La hierba verde y espesa apagaba el sonido de las botas. En el aire había un olor a césped recién cortado. A pesar de sí mismo, el capitán John Black se sintió inundado por una gran paz. Durante los últimos treinta años no había estado nunca en un pueblo pequeño, y el zumbido de las abejas primaverales lo acunaba y tranquilizaba, y el aspecto fresco de las cosas era como un bálsamo para él.

Los tres hombres entraron en el porche y fueron hacia la puerta de tela de alambre. Los pasos resonaron en las tablas del piso. En el interior de la casa se veía una araña de cristal, una cortina de abalorios que colgaba a la entrada del vestíbulo, y en una pared, sobre un cómodo sillón Morris, un cuadro de Maxfield Parrish. La casa olía a desván, a vieja, e infinitamente cómoda. Se

alcanzaba a oír el tintineo de unos trozos de hielo en una jarra de limonada. Hacía mucho calor, y en la cocina distante alguien preparaba un almuerzo frío. Alguien tarareaba entre dientes, con una voz dulce y aguda.

El capitán John Black hizo sonar la campanilla.

Unas pisadas leves y rápidas se acercaron por el vestíbulo, y una señora de unos cuarenta años, de cara bondadosa, vestida a la moda que se podía esperar en 1909, asomó la cabeza y los miró.

—¿Puedo ayudarlos?, —preguntó.

—Disculpe —dijo el capitán, indeciso—, pero buscamos… es decir, deseábamos…

La mujer lo miró con ojos oscuros y perplejos.

—Si venden algo…

—No, espere. ¿Qué pueblo es éste?

La mujer lo miró de arriba abajo.

—¿Cómo qué pueblo es éste? ¿Cómo pueden estar en un pueblo y no saber cómo se llama?

El capitán tenía el aspecto de querer ir a sentarse debajo de un árbol, a la sombra.

—Somos forasteros. Queremos saber cómo llegó este pueblo aquí y cómo usted llegó aquí.

—¿Son ustedes del censo?

—No.

—Todo el mundo sabe —dijo la mujer— que este pueblo fue construido en mil ochocientos sesenta y ocho. ¿Se trata de un juego?

—No, no es un juego —exclamó el capitán—. Venimos de la Tierra.

—¿Quiere decir de debajo de la tierra?

—No. Venimos del tercer planeta, la Tierra, en una nave. Y hemos descendido aquí, en el cuarto planeta, Marte.

—Esto —explicó la mujer como si le hablara a un niño— es Green Bluff, Illinois, en el continente americano, entre el océano Pacífico y el océano Atlántico, en un lugar llamado el mundo y a veces la Tierra. Ahora, váyanse. Adiós.

La mujer trotó vestíbulo abajo, pasando los dedos por entre las cortinas de abalorios.

Los tres hombres se miraron.

—Propongo que rompamos la puerta de alambre —dijo Lustig.

—No podemos hacerlo. Es propiedad privada. ¡Dios santo!

Fueron a sentarse en el escalón del porche.

—¿Se le ha ocurrido pensar, Hinkston, que quizá nos salimos de la trayectoria, de alguna manera, y por accidente descendimos en la Tierra?

—¿Y cómo lo hicimos?

—No lo sé, no lo sé. Déjeme pensar, por Dios.

—Comprobamos cada kilómetro de la trayectoria —dijo Hinkston—. Nuestros cronómetros dijeron tantos kilómetros. Dejamos atrás la Luna y salimos al espacio, y aquí estamos. Estoy seguro de que estamos en Marte.

—¿Y si por accidente nos hubiésemos perdido en las dimensiones del espacio y el tiempo, y hubiéramos aterrizado en una Tierra de hace treinta o cuarenta años?

—¡Oh, por favor, Lustig!

Lustig se acercó a la puerta, hizo sonar la campanilla y gritó a las habitaciones frescas y oscuras:

—¿En qué año estamos?

—En mil novecientos veintiséis, por supuesto —contestó la mujer, sentada en una mecedora, tomando un sorbo de limonada.

Lustig se volvió muy excitado.

—¿Lo oyeron? Mil novecientos veintiséis. ¡Hemos retrocedido en el tiempo! ¡Estamos en la Tierra!

Lustig se sentó, y los tres hombres se abandonaron al asombro y al terror, acariciándose de vez en cuando las rodillas.

—Nunca esperé nada semejante —dijo el capitán—. Confieso que tengo un susto de todos los diablos. ¿Cómo puede ocurrir una cosa así? Ojalá hubiéramos traído a Einstein con nosotros.

—¿Nos creerá alguien en este pueblo?, —preguntó Hinkston—. ¿Estaremos jugando con algo peligroso? Me refiero al tiempo. ¿No tendríamos que elevarnos simplemente y volver a la Tierra?

—No. No hasta probar en otra casa.

Pasaron por delante de tres casas hasta un pequeño *cottage* blanco, debajo de un roble.

—Me gusta ser lógico y quisiera atenerme a la lógica —dijo el capitán—. Y no creo que hayamos puesto el dedo en la llaga. Admitamos, Hinkston, como usted sugirió antes, que se viaje en cohete desde hace muchos años. Y que los terrestres, después de vivir aquí algunos años, comenzaron a sentir nostalgias de la Tierra. Primero una leve neurosis, después una psicosis, y por fin la amenaza de la locura. ¿Qué haría usted, como psiquiatra, frente a un problema de esas dimensiones?

Hinkston reflexionó.

—Bueno, pienso que reordenaría la civilización de Marte, de modo que se pareciera, cada día más, a la de la Tierra. Si fuese posible reproducir las plantas, las carreteras, los lagos, y aun los océanos, los reproduciría. Luego, mediante una vasta hipnosis colectiva, convencería a todos en un pueblo de este tamaño que esto era realmente la Tierra, y no Marte.

—Bien pensado, Hinkston. Creo que estamos en la pista correcta. La mujer de aquella casa piensa que vive en la Tierra. Ese pensamiento protege su cordura. Ella y los demás de este pueblo son los sujetos del mayor experimento en migración e hipnosis que hayamos podido encontrar.

—¡Eso es!, —exclamó Lustig.

—Tiene razón —dijo Hinkston.

El capitán suspiró.

—Bien. Hemos llegado a alguna parte. Me siento mejor. Todo es un poco más lógico. Ese asunto de las dimensiones, de ir hacia atrás y hacia delante viajando por el tiempo, me revuelve el estómago. Pero de esta manera… —El capitán sonrió—: Bien, bien, parece que seremos bastante populares aquí.

—¿Cree usted?, —dijo Lustig—. Al fin y al cabo, esta gente vino para huir de la Tierra, como los Peregrinos. Quizá vernos no los haga demasiado felices. Quizás intenten echarnos o matarnos.

—Tenemos mejores armas. Ahora a la casa siguiente. ¡Andando!

Apenas habían cruzado el césped de la acera, cuando Lustig se detuvo y miró a lo largo de la calle que atravesaba el pueblo en la soñadora paz de la tarde.

—Señor —dijo.

—¿Qué pasa, Lustig?

—Capitán, capitán, lo que veo…

Lustig se echó a llorar. Alzó unos dedos que se le retorcían y temblaban, y en su cara hubo asombro, incredulidad y dicha. Parecía como si en cualquier momento fuese a enloquecer de alegría. Miró calle abajo y empezó a correr, tropezando torpemente, cayéndose y levantándose, y corriendo otra vez.

—¡Miren! ¡Miren!

—¡No dejen que se vaya! —El capitán echó también a correr.

Lustig se alejaba rápidamente, gritando. Cruzó uno de los jardines que bordeaban la calle sombreada y entró de un salto en el porche de una gran casa verde con un gallo de hierro en el tejado.

Gritaba y lloraba golpeando la puerta cuando Hinkston y el capitán llegaron corriendo detrás de él. Todos jadeaban y resoplaban, extenuados por la carrera y el aire enrarecido.

—¡Abuelo! ¡Abuela!, —gritaba Lustig.

Dos ancianos, un hombre y una mujer, estaban de pie en el porche.

—¡David!, —exclamaron con voz aflautada y se apresuraron a abrazarlo y a palmearle la espalda, moviéndose alrededor—. ¡Oh, David, David, han pasado tantos años! ¡Cuánto has crecido, muchacho! Oh, David, muchacho, ¿cómo te encuentras?

—¡Abuelo! ¡Abuela!, —sollozaba David Lustig—. ¡Qué buena cara tenéis!

Retrocedió, los hizo girar, los besó, los abrazó, lloró sobre ellos y volvió a retroceder mirándolos con ojos parpadeantes. El sol brillaba en el cielo, el viento soplaba, el césped era verde, las puertas de tela de alambre estaban abiertas de par en par.

—Entra, muchacho, entra. Hay té helado, mucho té.

—Estoy con unos amigos. —Lustig se dio vuelta e hizo señas al capitán, excitado, riéndose—. Capitán, suban.

—¿Cómo están ustedes?, —dijeron los viejos—. Pasen. Los amigos de David son también nuestros amigos. ¡No se queden ahí!

La sala de la vieja casa era muy fresca, y se oía el sonoro tictac de un reloj de abuelo, alto y largo, de molduras de bronce. Había almohadones blandos sobre largos divanes y paredes cubiertas de libros y una gruesa alfombra de arabescos rosados, y las manos sudorosas sostenían los vasos de té, helado y fresco en las bocas sedientas.

—Salud. —La abuela se llevó el vaso a los dientes de porcelana.

—¿Desde cuándo estáis aquí, abuela?, —preguntó Lustig.

—Desde que nos morimos —replicó la mujer.

El capitán John Black puso el vaso en la mesa.

—¿Desde cuándo?

—Ah, sí. —Lustig asintió—. Murieron hace treinta años.

—¡Y usted ahí tan tranquilo!, —gritó el capitán.

—Silencio. —La vieja guiñó un ojo brillante—. ¿Quién es usted para discutir lo que pasa? Aquí estamos. ¿Qué es la vida, de todos modos? ¿Quién decide por qué, para qué o dónde? Sólo sabemos que estamos aquí, vivos otra vez, y no hacemos preguntas. Una segunda oportunidad. —Se inclinó y mostró una muñeca delgada—. Toque. —El capitán tocó—. Sólida, ¿eh? —El capitán asintió—. Bueno, entonces —concluyó con aire de triunfo—, ¿para qué hacer preguntas?

—Bueno —replicó el capitán—, nunca imaginamos que encontraríamos una cosa como ésta en Marte.

—Pues la han encontrado. Me atrevería a decirle que hay muchas cosas en todos los planetas que le revelarían los infinitos designios de Dios.

—¿Esto es el cielo?, —preguntó Hinkston.

—Tonterías, no. Es un mundo y tenemos aquí una segunda oportunidad. Nadie nos dijo por qué. Pero tampoco nadie nos dijo por qué estábamos en la Tierra. Me refiero a la otra Tierra, esa de donde vienen ustedes. ¿Cómo sabemos que no había todavía otra además de ésa?

—Buena pregunta —dijo el capitán.

Lustig no dejaba de sonreír mirando a sus abuelos.

—Qué alegría veros, qué alegría.

El capitán se incorporó y se palmeó una pierna con aire de descuido.

—Tenemos que irnos. Muchas gracias por las bebidas.

—Volverán, por supuesto —dijeron los viejos—. Vengan esta noche a cenar.

—Trataremos de venir, gracias. Hay mucho que hacer. Mis hombres me esperan en el cohete y…

Se interrumpió. Se volvió hacia la puerta, sobresaltado.

Muy lejos a la luz del sol había un sonido de voces y grandes gritos de bienvenida.

—¿Qué pasa?, —preguntó Hinkston.

—Pronto lo sabremos.

El capitán John Black cruzó abruptamente la puerta, corrió por la hierba verde y salió a la calle del pueblo marciano.

Se detuvo mirando el cohete. Las portezuelas estaban abiertas y la tripulación salía y saludaba, y se mezclaba con la muchedumbre que se había reunido, hablando, riendo, estrechando manos. La gente bailaba alrededor. La gente se arremolinaba. El cohete yacía vacío y abandonado.

Una banda de música rompió a tocar a la luz del sol, lanzando una alegre melodía desde tubas y trompetas que apuntaban al cielo. Hubo un redoble de tambores y un chillido de gaitas. Niñas de cabellos de oro saltaban sobre la hierba. Niños gritaban: «¡Hurra!». Hombres gordos repartían cigarros. El alcalde del pueblo pronunció un discurso. Luego, los miembros de la tripulación, dando un brazo a una madre, y el otro a un padre o una hermana, se fueron muy animados calle abajo y entraron en casas pequeñas y en grandes mansiones.

Las puertas se cerraron de golpe.

El calor creció en el claro cielo de primavera, y todo quedó en silencio. La banda de música desapareció detrás de una esquina, alejándose del cohete,

que brillaba y centelleaba a la luz del sol.

—¡Deténganse!, —gritó el capitán Black—. ¡Lo han abandonado!, —dijo el capitán—. ¡Han abandonado la nave! ¡Les arrancaría la piel! ¡Tenían órdenes precisas!

—Capitán, no sea duro con ellos —dijo Lustig—. Se han encontrado con parientes y amigos.

—¡No es una excusa!

—Piense en lo que habrán sentido con todas esas caras familiares alrededor de la nave —dijo Lustig.

—Tenían órdenes, maldita sea.

—¿Qué hubiera sentido usted, capitán?

—Hubiera cumplido las órdenes… —comenzó a decir el capitán, y se quedó boquiabierto.

Por la acera, bajo el sol de Marte, venía caminando un joven de unos veintiséis años, alto, sonriente, de ojos asombrosamente claros y azules.

—¡John!, —gritó el joven, y trotó hacia ellos.

—¿Qué? —El capitán Black se tambaleó.

El joven llegó corriendo, le tomó la mano y le palmeó la espalda.

—¡John, bandido!

—Eres tú —dijo el capitán John Black.

—¡Claro que soy yo! ¿Quién creías que era?

—¡Edward!

El capitán, reteniendo la mano del joven desconocido, se volvió a Lustig y a Hinkston.

—Éste es mi hermano Edward. Ed, te presento a mis hombres: Lustig, Hinkston. ¡Mi hermano!

John y Edward se daban la mano y se apretaban los brazos. Al fin se abrazaron.

—¡Ed!

—¡John, sinvergüenza!

—Tienes muy buena cara, Ed, pero ¿cómo? No has cambiado nada en todo este tiempo. Moriste, recuerdo, cuando tenías veintiséis años y yo diecinueve. ¡Dios mío! Hace tanto tiempo, y aquí estás. Señor, ¿qué pasa aquí?

—Mamá está esperándonos —dijo Edward Black sonriendo.

—¿Mamá?

—Y papá también.

—¿Papá?

El capitán casi cayó al suelo como si lo hubieran golpeado con un arma poderosa. Echó a caminar rígidamente, con pasos desmañados.

—¿Papá y mamá vivos? ¿Dónde están?

—En la vieja casa de Oak Knoll Avenue.

—¡En la vieja casa! —El capitán miraba fijamente con un deleitado asombro—. ¿Han oído ustedes, Lustig, Hinkston?

Hinkston se había ido. Había visto su propia casa en el fondo de la calle y corría hacia ella. Lustig se reía.

—¿Ve usted, capitán, qué les ha ocurrido a los del cohete? No han podido evitarlo.

—Sí, sí. —El capitán cerró los ojos—. Cuando vuelva a mirar habrás desaparecido. —Parpadeó—. Todavía estás aquí. Oh, Dios, ¡pero qué buen aspecto tienes, Ed!

—Vamos, nos espera el almuerzo. Ya he avisado a mamá.

Lustig dijo:

—Señor, estaré en casa de mis abuelos si me necesita.

—¿Qué? Ah, muy bien, Lustig. Nos veremos más tarde.

Edward tomó de un brazo al capitán.

—Ahí está la casa. ¿La recuerdas?

—¡Claro que la recuerdo! Vamos. A ver quién llega primero al porche.

Corrieron. Los árboles rugieron sobre la cabeza del capitán Black; el suelo rugió bajo sus pies. Delante de él, en un asombroso sueño real, veía la figura dorada de Edward Black y la vieja casa, que se precipitaba hacia ellos, con las puertas de tela de alambre abiertas de par en par.

—¡Te he ganado!, —exclamó Edward.

—Soy un hombre viejo —jadeó el capitán— y tú eres joven todavía. Además siempre me ganabas, me acuerdo muy bien.

En el umbral, mamá, sonrosada, rolliza y alegre. Detrás, papá, con canas amarillas y la pipa en la mano.

—¡Mamá! ¡Papá!

El capitán subió las escaleras corriendo como un niño.

Fue una hermosa y larga tarde de primavera. Después de una prolongada sobremesa se sentaron en la sala y el capitán les habló del cohete, y ellos asintieron y mamá no había cambiado nada y papá cortó con los dientes la punta de un cigarro y lo encendió pensativamente como acostumbraba antes. A la noche comieron un gran pavo y el tiempo fue pasando. Cuando los huesos quedaron tan limpios como palillos de tambor, el capitán se echó hacia atrás en su silla y suspiró satisfecho. La noche estaba en todos los árboles y

coloreaba el cielo, y las lámparas eran aureolas de luz rosada en la casa tranquila. De todas las otras casas, a lo largo de la calle, venían sonidos de músicas, de pianos, y de puertas que se cerraban.

Mamá puso un disco en el gramófono y bailó con el capitán John Black. Llevaba el mismo perfume de aquel verano, cuando ella y papá murieron en el accidente de tren. El capitán la sintió muy real entre los brazos, mientras bailaban con pasos ligeros.

—No todos los días se vuelve a vivir —dijo ella.

—Me despertaré por la mañana —replicó el capitán—, y me encontraré en el cohete, en el espacio, y todo esto habrá desaparecido.

—No, no pienses eso —lloró ella dulcemente—. No dudes. Dios es bueno con nosotros. Seamos felices.

—Perdón, mamá.

El disco terminó con un siseo circular.

—Estás cansado, hijo mío —le dijo papá señalándolo con la pipa—. Tu antiguo dormitorio te espera; con la cama de bronce y todas tus cosas.

—Pero tendría que llamar a mis hombres.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, no lo sé. En realidad, creo que no hay ninguna razón. No, ninguna. Estarán comiendo o en cama. Una buena noche de descanso no les hará daño.

—Buenas noches, hijo. —Mamá le besó la mejilla—. Qué bueno es tenerte en casa.

—Es bueno estar en casa.

El capitán dejó aquel país de humo de cigarros y perfume y libros y luz suave y subió las escaleras charlando, charlando con Edward. Edward abrió una puerta, y allí estaba la cama de bronce amarillo, y los viejos banderines de la universidad, y un muy gastado abrigo de castor que el capitán acarició cariñosamente, en silencio.

—No puedo más, de veras —murmuró—. Estoy entumecido y cansado. Hoy han ocurrido demasiadas cosas. Me siento como si hubiera pasado cuarenta y ocho horas bajo una lluvia torrencial, sin paraguas ni impermeable. Estoy empapado hasta los huesos de emoción.

Edward estiró con una mano las sábanas de nieve y ahuecó las almohadas. Levantó un poco la ventana y el aroma nocturno del jazmín entró flotando en la habitación. Había luna y sonidos de músicas y voces distantes.

—De modo que esto es Marte —dijo el capitán, desnudándose.

—Así es.

Edward se desvistió con movimientos perezosos y lentos, sacándose la camisa por la cabeza y descubriendo unos hombros dorados y un cuello fuerte y musculoso.

Habían apagado las luces, y ahora estaban en cama, uno al lado del otro, como ¿hacía cuántos años? El aroma de jazmín que empujaba las cortinas de encaje hacia el aire oscuro del dormitorio acunó y alimentó al capitán. Entre los árboles, sobre el césped, alguien había dado cuerda a un gramófono portátil que ahora susurraba una canción: Siempre.

Se acordó de Marilyn.

—¿Está Marilyn aquí?

Edward, estirado allí a la luz de la luna, esperó unos instantes y luego contestó:

—Sí. No está en el pueblo, pero volverá por la mañana.

El capitán cerró los ojos:

—Tengo muchas ganas de verla.

En la habitación rectangular y silenciosa, sólo se oía la respiración de los dos hombres.

—Buenas noches, Ed.

Una pausa.

—Buenas noches, John.

El capitán permaneció tendido y en paz, abandonándose a sus propios pensamientos. Por primera vez consiguió hacer a un lado las tensiones del día, y ahora podía pensar lógicamente. Todo había sido emocionante: las bandas de música, las caras familiares. Pero ahora…

«¿Cómo?, —se preguntó—. ¿Cómo se hizo todo esto? ¿Y por qué? ¿Con qué propósito? ¿Por la mera bondad de alguna intervención divina? ¿Entonces Dios se preocupa realmente por sus criaturas? ¿Cómo y por qué y para qué?».

Consideró las distintas teorías que habían adelantado Hinkston y Lustig en el primer calor de la tarde. Dejó que otras muchas teorías nuevas le bajaran a través de la mente como perezosos guijarros que giraban echando alrededor unas luces mortecinas. Mamá. Papá. Edward. Tierra. Marte. Marcianos.

«¿Quién había vivido aquí hacía mil años en Marte? ¿Marcianos? ¿O había sido siempre como ahora?».

Marcianos. El capitán repitió la palabra ociosamente, interiormente.

Casi se echó a reír en voz alta. De pronto se le había ocurrido la más ridícula de las teorías. Se estremeció. Por supuesto, no tenía ningún sentido. Era muy improbable. Estúpida. «Olvídala. Es ridícula».

»Sin embargo —pensó—, supongamos… Supongamos que Marte esté habitado por marcianos que vieron llegar nuestra nave y nos vieron dentro y nos odiaron. Supongamos ahora, sólo como algo terrible, que quisieran destruir a esos invasores indeseables, y del modo más inteligente, tomándonos desprevenidos. Bien, ¿qué arma podrían usar los marcianos contra las armas atómicas de los terrestres?

»La respuesta era interesante. Telepatía, hipnosis, memoria e imaginación.

»Supongamos que ninguna de estas casas sea real, que esta cama no sea real sino un invento de mi propia imaginación, materializada por los poderes telepáticos e hipnóticos de los marcianos —pensó el capitán John Black—. Supongamos que estas casas tengan realmente otra forma, una forma marciana, y que conociendo mis deseos y mis anhelos, estos marcianos hayan hecho que se parezcan a mi viejo pueblo y mi vieja casa, para que yo no sospeche. ¿Qué mejor modo de engañar a un hombre que utilizar a sus padres como cebo?

»Y este pueblo, tan antiguo, del año mil novecientos veintiséis, muy anterior al nacimiento de mis hombres… Yo tenía seis años entonces, y había discos de Harry Lauder, y cortinas de abalorios, y Hermoso Ohio, y cuadros de Maxfield Parrish que colgaban todavía de las paredes, y arquitectura de principios de siglo. ¿Y si los marcianos hubieran sacado este pueblo de los recuerdos de mi mente? Dicen que los recuerdos de la niñez son los más claros. Y después de construir el pueblo, sacándolo de mi mente, ¡lo poblaron con las gentes más queridas, sacándolas de las mentes de los tripulantes!

»Y supongamos que esa pareja que duerme en la habitación contigua no sea mi padre y mi madre, sino dos marcianos increíblemente hábiles y capaces de mantenerme todo el tiempo en un sueño hipnótico.

»¿Y aquella banda de música? ¡Qué plan más sorprendente y admirable! Primero, engañar a Lustig, después a Hinkston, y después reunir una muchedumbre; y todos los hombres del cohete, como es natural, desobedecen las órdenes y abandonan la nave al ver a madres, tías, tíos y novias, muertos hace diez, veinte años. ¿Qué más natural? ¿Qué más inocente? ¿Qué más sencillo? Un hombre no hace muchas preguntas cuando su madre vuelve de pronto a la vida. Está demasiado contento. Y aquí estamos todos esta noche, en distintas casas, distintas camas, sin armas que nos protejan. Y el cohete vacío a la luz de la luna. ¿Y no sería espantoso y terrible descubrir que todo esto es parte de un inteligente plan de los marcianos para dividirnos y vencernos, y matarnos? En algún momento de esta noche, quizá, mi hermano, que está en esta cama, cambiará de forma, se fundirá y se transformará en otra

cosa, en una cosa terrible, un marciano. Sería tan fácil para él volverse en la cama y clavarme un cuchillo en el corazón. Y en todas esas casas, a lo largo de la calle, una docena de otros hermanos o padres fundiéndose de pronto y sacando cuchillos, se abalanzarán sobre los confiados y dormidos terrestres».

Le temblaban las manos bajo las mantas. Tenía el cuerpo helado. De pronto la teoría no fue una teoría. De pronto tuvo mucho miedo.

Se incorporó en la cama y escuchó. Todo estaba en silencio. La música había cesado. El viento había muerto. Su hermano dormía junto a él.

Levantó con mucho cuidado las mantas y salió de la cama. Había dado unos pocos pasos por el cuarto cuando oyó la voz de su hermano.

—¿Adónde vas?

—¿Qué?

La voz de su hermano sonó otra vez fríamente:

—He dicho que adónde piensas que vas.

—A beber un trago de agua.

—Pero no tienes sed.

—Sí, sí, tengo sed.

—No, no tienes sed.

El capitán John Black echó a correr por el cuarto. Gritó, gritó dos veces.

Nunca llegó a la puerta.

A la mañana siguiente, la banda de música tocó una marcha fúnebre. De todas las casas de la calle salieron solemnes y relucidos cortejos llevando largos cajones, y por la calle soleada, llorando, marcharon las abuelas, las madres, las hermanas, los hermanos, los tíos y los padres, y caminaron hasta el cementerio, donde había fosas nuevas recién abiertas y nuevas lápidas instaladas. Dieciséis fosas en total, y dieciséis lápidas.

El alcalde pronunció un discurso breve y triste, con una cara que a veces parecía la cara del alcalde y a veces alguna otra cosa.

El padre y la madre del capitán John Black estaban allí, con el hermano Edward, llorando, y sus caras antes familiares, se fundieron y transformaron en alguna otra cosa.

El abuelo y la abuela de Lustig estaban allí, sollozando, y sus caras brillantes, con ese brillo que tienen las cosas en los días de calor, se derritieron como la cera.

Bajaron los ataúdes. Alguien habló de «la inesperada muerte durante la noche de dieciséis hombres dignos…».

La tierra golpeó las tapas de los cajones.

La banda de música volvió de prisa al pueblo, con paso marcial, tocando Columbia, la perla del océano, y ya nadie trabajó ese día.

* La enfermedad
2001 Enero

El marciano se despertó una noche.

Me estoy muriendo, pensó, y después de un momento de terror, se calmó de inmediato mientras yacía allí. Mi nombre. ¿Cuál es mi nombre? Me estoy muriendo y debo saber mi nombre porque si no lo recuerdo, nadie lo recordará. Estoy muerto. Una parte de mí ya está muerta. Mi pierna. Ni siquiera puedo moverla. Mi brazo izquierdo es como la madera.

Giró la cabeza para mirar a su esposa acostada a su lado. Pero ella ya estaba muerta, eso lo vio, no con los ojos, sino escuchando, pero no oyó nada, y por eso supo que ya no respiraba ni se movía. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, lo vio como un pequeño barco oscuro, que se elevaba y se hundía en las mareas de vapor de la habitación. En el lecho de niebla, en el que yacían todas las noches, estaba su esposa, con sus miembros firmemente sostenidos, pero ¡oh, qué color se le había puesto!

Negro, pensó. Es de una negrura que nunca antes había visto. No tenía idea. No sabía. Ni siquiera se despertó, se la llevo tan rápido. Estaba negra quemada por la fiebre, sus párpados arrugados, sus manos arrugadas como cera negra, ¡oh, más oscura que cualquier oscuridad en la historia!

¿Cómo pudo pasar esto?, se preguntó a sí mismo, luego se dio cuenta.

El sueño, pensó. Sí, sí, el sueño. ¿Cómo los llamaste?, ¡la gente celestial! York. York. Nathaniel York. Esa gente extraña. Con sus extraños nombres. York y su compañero celestial. Nos están matando ahora, aquí, en nuestras camas. Vinieron muy silenciosamente por la noche y no nos tocaron, pero nos quemaron en nuestras camas con fiebre y enfermedad negra. ¡Dios mío, qué rápido! ¡Mi otra mano también!, y mi cuerpo; ¡como una piedra!

—¡Pero están muertos! —dijo en voz alta a la habitación—. ¡Esa gente de las estrellas ya está muerta!

Pero su enfermedad los había sobrevivido, su enfermedad se estaba vengando de ellos, pensó. El viento la sopla en las ciudades. Es decir, las historias son verdaderas, los rumores son verdaderos, los sueños, las mentiras y las insinuaciones crípticas son verdaderas. Las canciones de las ancianas, la charla de los niños pequeños, los rumores de estrellas caídas y extraterrestres

son todos ciertos. ¿Cuántos había en sus naves estelares? Sólo vi dos. Pero había más. ¿Qué dijo esa niña en el pueblo? Un líder y tres personas, pero ¿no es esto sólo un rumor, algo que escuchas de boca de los residentes del manicomio construido en piedra? No. Yo sé el secreto, sólo yo lo sé. ¿Ya se dieron cuenta los demás? ¿Cuántas personas se despiertan ahora en las ciudades, cuántas gritan al darse cuenta de que la pesadilla se ha hecho realidad? Cuánto disfrutaban, cuánto reían cuando hablaban de la gente de las estrellas. Fue la base de muchas bromas durante muchos meses. Pero yo sabía y no dije nada. Porque entonces me habrían puesto en una jaula, se habrían encogido de hombros y se habrían ido sonriendo. Pero ahora ya no sonríen.

Estaba casi muerto. Movió los labios sólo para demostrar que aún podía moverlos; para demostrar que al menos esa parte de él aún no estaba muerta. Podía sentir la tinta negra circulando por su cuerpo, así como la fiebre quemando su rostro. Su visión comenzó a nublarse.

Y muy lejos, al otro lado de nuestro mundo, pensó. Los Moldeadores de Sueños, esa gente de allá, esa otra rama, otra especie, ¿qué será de ellos? ¿Se enteraron? ¿Ellos saben? Son de los que pelean, de los que hacen algo, de los que no confían en nada, de los que sospechan de todo. ¿Lucharon? ¿Qué hicieron?

Sí, ahora lo recuerdo. Cerró los ojos. La historia llegó a este punto, fue una historia muy divertida. De otra nave de las estrellas, y la gente en ella, que aterrizó entre los Moldeadores de Sueños. Y encontraron un pequeño pueblo hecho de sus propios recuerdos. Y estaban abrumados por los discursos, la música, los vítores. Era una buena broma, por supuesto. Y ahora, cuando es demasiado tarde, todos nos reímos y sabemos que no era una broma o algo imposible. Me gustaría mirar dentro de mil habitaciones esta noche para ver a las personas negras quemándose en ellas con sus labios negros y su piel negra y decirles que lo sabía. Lo supe desde el principio. Muchos de nosotros lo sabíamos aquí y allá, pero no dijimos nada. Muchos escuchábamos música o canciones raras y no podíamos dormir por las noches, y algunos hacíamos cosas que salían del amor o de la soledad, y uno de nosotros, él que fuera, uno de nosotros tomaba un arma y se dirigía al sueño y al medio cuento y la mentira y disparamos el sueño, lo matamos, y ahora el sueño nos mata, el sueño se cuela en todas las habitaciones para asfixiarnos, colorearnos, y morimos. Pero hemos estado muertos aquí en este mundo durante mucho tiempo de todos modos. Muertos desde hace diez mil años, con ciudades vacías; sólo unos pocos de nosotros permanecimos en un par de pueblos más pequeños, un puñado como mucho. Cien mil como máximo.

Como unas pocas semillas en la arena que rebosaron de nosotros diez mil años antes.

Sintió que su corazón dio un vuelco. Abrió los ojos y miró por la ventana. Vio algunos barcos de arena en la distancia deslizándose hacia las montañas.

Están huyendo, pensó abatido. Algunos, sí, algunos de nosotros. Están huyendo de la enfermedad negra. A las montañas. Dejan las ciudades muertas con sus muertos negros, los muertos en llamas.

Las velas blancas desaparecieron en la distancia arenosa.

En unos momentos, pensó, estaría muerto. ¿Cuál es mi nombre? ¿Dónde estoy? Dejó caer la cabeza y miró a su esposa. ¿Cuál es su nombre? ¿Quién es ella? Con el último movimiento de su vida, miró a su esposa, que estaba tan lejos, en ese pequeño mar de niebla en la habitación. Y finalmente recordó un nombre, así que gritó, le gritó el nombre a través del mar.

—¡Ylla! —dijo—. ¡Ylla!

Y murió.

Aunque siga brillando la luna
2001 Junio

Cuando por primera vez salieron del cohete al aire de la noche, hacía tanto frío que Spender empezó a juntar la seca leña marciana y preparó una pequeña hoguera. No habló de celebraciones; recogió la leña, la encendió, y miró cómo ardía.

En el resplandor que iluminaba el aire enrarecido de aquel seco mar de Marte, miró por encima del hombro y vio el cohete que los había traído a todos, al capitán Wilder y a Cheroke y Hathaway y Sam Parkhill y a él mismo, a través de un oscuro y silencioso espacio estrellado hasta este mundo irreal y muerto.

Jeff Spender esperaba a que empezara el ruido. Miraba a los otros y esperaba el momento en que se pusieran a saltar alrededor y gritar. Ocurriría tan pronto como dejaran de sentirse aturdidos por ser los primeros hombres en Marte. Ninguno decía nada, pero muchos de ellos esperaban quizá que las otras expediciones hubieran fracasado y que ésta, la cuarta, fuese la primera. No eran malintencionados, y sin embargo lo pensaban. Allí, de pie, pensaban en la fama y el honor, mientras los pulmones se les iban acostumbrando a la atmósfera enrarecida, casi intoxicante cuando uno se movía con demasiada rapidez.

Gibbs se acercó a la hoguera recién encendida.

—¿Por qué no utilizamos el fuego químico de la nave en lugar de esa leña?

—¿Qué más da?, —respondió Spender sin alzar la mirada.

No estaría bien hacer ruido, en esa primera noche de Marte, introducir un aparato extraño, brillante y tonto como una estufa sería una suerte de blasfemia importada. Ya habría tiempo para eso; ya habría tiempo para tirar latas de leche condensada a los nobles canales marcianos; ya habría tiempo para que las hojas del *New York Times* volaran arrastrándose por los solitarios y grises fondos de los mares de Marte; ya habría tiempo para dejar pieles de plátano y papeles grasientos en las estriadas, delicadas ruinas de las ciudades de este antiguo valle. Habría tiempo de sobra para eso. Y Spender se estremeció por dentro al pensarlo.

Alimentó la hoguera moviendo las manos sobre ella como en una ofrenda a un gigante muerto. Habían descendido en la inmensa tumba de una civilización desaparecida. El más simple respeto exigía que pasaran en silencio esa primera noche.

—Esto no es mi idea de una fiesta. —Gibbs se volvió hacia el capitán Wilder—. Capitán, creo que podríamos repartir nuestras raciones de ginebra y carne y animarnos un poco.

El capitán Wilder volvió los ojos hacia una ciudad muerta a casi dos kilómetros de distancia.

—Todos estamos cansados —dijo con aire ausente, como si estuviese pensando en la ciudad y hubiera olvidado a los tripulantes—. Tal vez mañana por la noche. Hoy podemos estar satisfechos de haber recorrido todo ese espacio sin que algún meteoro atravesara las mamparas y sin perder un solo hombre.

Los tripulantes caminaban de aquí para allá. Eran veinte; apoyaban un brazo sobre el hombro de algún otro o se ajustaban los cinturones. Spender los observaba. No estaban contentos; habían arriesgado sus vidas en una gran aventura, y ahora querían emborracharse y gritar, disparar sus armas de fuego y mostrar así qué hombres admirables eran, hombres que habían abierto un agujero en el espacio y habían venido a Marte montados todo el tiempo en un cohete.

Pero nadie gritaba.

El capitán dio una orden en voz baja. Uno de los hombres corrió a la nave y volvió con unas latas de comida que se abrieron y sirvieron sin mucho ruido. Los hombres de la tripulación comenzaron a hablar. El capitán se sentó en el suelo y contó para ellos la larga travesía. Ya lo sabían todo, pero era agradable oírlo ahora como algo superado y felizmente concluido. No querían hablar del viaje de vuelta. Cuando alguien lo nombró, los demás le dijeron que se callara. Las cucharas se movían al doble claro de luna; la comida sabía bien y el vino todavía mejor.

Hubo una pincelada de fuego en el cielo nocturno y un instante después el cohete auxiliar descendió más allá del campamento. Spender observó cómo se abría la portezuela, y cómo Hathaway, el médico-geólogo (todos los tripulantes tenían dos especialidades, para ganar espacio en el cohete), salía y se acercaba lentamente al capitán.

—¿Y bien?, —dijo el capitán Wilder.

Hathaway clavó la mirada en las ciudades que centelleaban a lo lejos de la luz de las estrellas.

—Esa ciudad de ahí, capitán, está muerta y ha estado muerta durante muchos miles de años. Lo mismo se aplica a esas otras tres también en las colinas. Pero una quinta ciudad, señor, a trescientos kilómetros de aquí…

—¿Qué le ocurre?

—Hace una semana estaba aún habitada.

Spender se incorporó.

—Marcianos —dijo Hathaway.

—¿Y dónde están ahora?

—Muertos —continuó Hathaway—. Entré en una casa. Creí que estaba vacía desde hacía siglos, como esas otras ciudades y esas otras casas. Dios mío, cuántos cadáveres. Era como caminar en una pila de hojas de otoño. Ramas secas y cenizas de papel de diario, nada más. Y recientes. Esos cadáveres no tienen más de diez días.

—¿Visitó alguna otra ciudad? ¿Encontró alguna cosa viva?

—Nada en absoluto. Así que fui a inspeccionar las otras ciudades. De estas cinco ciudades, cuatro han estado vacías durante miles de años. No sé qué puede haberles sucedido a las gentes del lugar. Pero en la quinta ciudad no había más que eso: cadáveres, miles de cadáveres.

—¿De qué murieron?, —preguntó Spender acercándose.

—No lo creerá usted.

—Diga, ¿qué los mató?

—La varicela —dijo Hathaway.

—¡Dios mío, no!

—Sí. Lo he comprobado. La varicela. Atacó a los marcianos como nunca ha atacado a los terrestres. Supongo que tenían otro metabolismo. Los quemó hasta ennegrecerlos, y los secó hasta transformarlos en copos quebradizos. Y sin embargo, fue varicela. Así que las tres expediciones, la de York, la del capitán Williams y la del capitán Black tienen que haber llegado a Marte. ¡Sabe Dios qué ha sido de ellos! Pero por lo menos sabemos qué les hicieron ellos involuntariamente a los marcianos.

—¿No vio otras señales de vida?

—Es posible que algunos marcianos, si fueron listos, hayan huido a las montañas. Pero quedan muy pocos, y nunca serán un problema, puedo asegurarlo. Este planeta está acabado.

Spender se volvió y sentándose junto al fuego miró largo rato el movimiento de las llamas. «¡Varicela!, Señor, ¡parecía increíble! Una raza se desarrolla durante un millón de años, se civiliza, levanta ciudades como esas de ahí, hace todo lo que puede por ennoblecerse y embellecerse, y luego

muere. Parte de esa raza muere lentamente, dentro del ciclo de su propia existencia, con dignidad. ¡Pero el resto! ¿Ha muerto el resto de los marcianos de una enfermedad de nombre adecuado o de nombre terrorífico o de nombre majestuoso? ¡No, por todos los santos, no! ¡Tenía que ser varicela, una enfermedad infantil, una enfermedad que en la Tierra no mata ni a los niños! No, eso no está bien, no es justo. ¡Es como decir que los griegos murieron de paperas, o los orgullosos romanos, de pie de atleta en sus hermosas colinas! ¡Si por lo menos les hubiéramos dado tiempo de preparar sus mortajas, de tenderse, de arreglarse, de encontrar alguna otra razón para morir! ¡No esta sucia y estúpida varicela! ¡No concuerda con esta arquitectura, no concuerda con todo este mundo!».

—Bueno, Hathaway, coma usted algo.

—Gracias, capitán.

Y enseguida todo se olvidó. Los hombres hablaron entre ellos.

Spender los miraba fijamente, con el plato de comida entre las manos. El suelo se enfriaba. Las estrellas se acercaban, brillantes.

Cuando alguien hablaba en un tono demasiado alto, el capitán replicaba en voz baja, y todos hablaban también quedamente, imitándolo.

El aire olía a limpio y nuevo. Spender no se movió durante un largo rato, disfrutando del aire. Había en él muchas cosas que no podía identificar: flores, elementos químicos, polvos, vientos.

—¿Y aquella vez, en Nueva York, cuando conseguí aquella rubia? ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! ¡Ginnie!, —gritó Biggs—. ¡Ginnie!

Spender se endureció por dentro. Le temblaban las manos. Los ojos se le movieron detrás de las escasas y delgadas pestañas.

—Y Ginnie me dijo… —siguió diciendo Biggs.

Los otros rugieron.

—¡Y le solté un tortazo!, —gritó Biggs alzando una botella.

Spender dejó el plato en el suelo. Escuchó el viento fresco que le susurraba en los oídos. Miró los blancos y helados edificios marcianos a orillas del mar seco.

—¡Qué mujer, qué mujer! —Biggs se vació la botella en la boca abierta—. ¡Nunca hubo otra igual!

El olor del cuerpo sudoroso de Biggs flotaba en el aire. Spender dejó que el fuego muriera.

—¡Eh, anima un poco ese fuego, Spender!, —dijo Biggs echándole una breve ojeada y volviendo enseguida a la botella—. Bueno, una noche Ginnie y yo…

Un hombre llamado Schoenke exhibió un acordeón y zapateó, al compás de la música, levantando polvo alrededor.

—¡Ajuuu! ¡Vivaaa!

—¡Huii!, —rugieron los otros.

Tiraron al suelo los platos vacíos. Tres de ellos se pusieron en fila y levantaron las piernas como coristas, bromeando a gritos. Los otros aplaudieron y aullaron pidiendo algo más. Cheroke se quitó la camisa y mostró el pecho desnudo, sudando mientras giraba como un torbellino. La luz de las lunas le brillaba en el pelo corto y en las mejillas jóvenes y bien afeitadas.

En el fondo del mar, el viento movió unos tenues vapores, y los grandes rostros de piedra de las montañas miraron el cohete plateado y el pequeño fuego.

El ruido aumentaba. Otros hombres se unieron a los saltos. Alguien tocó una armónica: algún otro sopló en un peine envuelto en papel de seda. Se abrieron y se bebieron veinte botellas más.

Biggs se movía de un lado a otro sacudiendo los brazos, dirigiendo a los bailarines.

—¡Vamos, señor!, —le gritó Cheroke al capitán, gimoteando una canción.

El capitán tuvo que unirse a la danza. No quería hacerlo. Estaba muy serio. Spender lo observaba y pensaba: ¡Pobre hombre, qué noche está pasando! No saben qué hacen. Antes de venir a Marte tenían que haberlos metido en un programa de adiestramiento para que aprendieran a mirar y a caminar y a estar tranquilos unos pocos días.

—¡Basta!, —imploró el capitán, y se sentó diciendo que estaba agotado.

Spender observó al capitán. El pecho no se le movía subiendo y bajando con rapidez. Tampoco tenía la cara sudorosa.

Acordeón, armónica, vino, gritos, bailes, canciones, rondas, ruido de cacerolas, risas.

Biggs se acercó tambaleándose a la orilla del canal marciano. Llevaba seis botellas vacías y las fue tirando una a una a las profundas aguas azules del canal. Las botellas se hundieron en el agua con un sonido hueco y ahogado.

—Yo te bautizo, yo te bautizo, yo te bautizo… —tartamudeó Biggs con una voz pastosa—, yo te bautizo Biggs, Biggs, canal Biggs…

Spender se incorporó, saltó sobre la hoguera, y antes que los otros alcanzaran a moverse, dio un golpe a Biggs en los dientes y otro golpe en una oreja. Biggs se dobló y cayó en las aguas del canal. Luego Spender esperó en

silencio a que Biggs volviese a la orilla de piedra. Cuando Biggs apareció ya los demás sujetaban a Spender.

—¡Eh, Spender! ¿Qué mosca te ha picado?, —le preguntaban.

Biggs salió del agua chorreando. Al ver que los otros sujetaban a Spender, dijo:

—Bueno —y dio un paso adelante.

—Basta —dijo el capitán Wilder.

Los hombres soltaron a Spender. Biggs se detuvo y miró al capitán.

—Bueno, Biggs, vaya y cámbiese de ropa. Y ustedes, ¡adelante con la fiesta! Spender, venga conmigo.

Siguieron la fiesta. Wilder se alejó y se volvió hacia Spender.

—¿Podría explicarme qué ha pasado?, —le preguntó.

Spender miraba hacia el canal.

—No lo sé. Sentía vergüenza… Por Biggs, por todos nosotros, por ese ruido… Señor, ¡qué espectáculo!

—El viaje ha sido largo. Necesitan un poco de diversión.

—¿Y el respeto, capitán? ¿No entienden lo que es correcto?

—Usted está cansado, Spender, y ve las cosas de otra manera. Le pondré una multa de cincuenta dólares.

—Está bien, capitán. Pensé en ellos. En ellos que nos miran mientras hacemos el ridículo.

—¿Ellos?

—Los marcianos, muertos o vivos.

—Muertos, la mayoría al menos —dijo el capitán—. ¿Usted cree que saben que estamos aquí?

—¿Acaso lo más viejo no se entera siempre de la llegada de lo nuevo?

—Quizás. Habla como si creyera en los espíritus.

—Creo en las obras, y hay muchas obras en Marte. Hay calles y casas, e imagino que también habrá libros, y grandes canales, y relojes, y cuadras, si no para caballos quizá para animales domésticos de doce patas, ¿quién sabe? En todas partes veo cosas usadas. Cosas que fueron tocadas y manejadas durante siglos.

»Si usted me pregunta si creo en el espíritu de las cosas usadas, le diré que sí. Ahí están todas esas cosas que sirvieron algún día para algo. Nunca podremos utilizarlas sin sentirnos incómodos. Y esas montañas, por ejemplo, tienen nombres. Nunca nos serán familiares; las bautizaremos de nuevo, pero sus verdaderos nombres son los antiguos. La gente que vio cambiar estas montañas las conocía por sus antiguos nombres. Los nombres con que

bautizaremos las montañas y los canales resbalarán sobre ellos como agua sobre el lomo de un pato. Por mucho que nos acerquemos a Marte, jamás lo alcanzaremos. Y nos pondremos furiosos, ¿y sabe usted qué haremos entonces? Lo destrozaremos, le arrancaremos la piel y lo transformaremos a nuestra imagen y semejanza.

—No arruinaremos este planeta —dijo el capitán—. Es demasiado grande y demasiado hermoso.

—¿Cree usted que no? Nosotros, los habitantes de la Tierra, tenemos un talento especial para arruinar las cosas grandes y hermosas. No pusimos quioscos de salchichas calientes en el templo egipcio de Karnak sólo porque quedaba a trasmano y el negocio no podía dar grandes utilidades. Y Egipto es una pequeña parte de la Tierra. Pero aquí todo es antiguo y diferente. Nos instalaremos en alguna parte y lo estropearemos todo. Llamaremos al canal, canal Rockefeller; a la montaña, pico del rey Jorge, y al mar, mar de Dupont; y habrá ciudades llamadas Roosevelt, Lincoln y Coolidge, y esos nombres nunca tendrán sentido, pues ya existen los nombres adecuados para estos lugares.

—Ésa será la tarea de ustedes, los arqueólogos: encontrar los viejos nombres. Nosotros los usaremos.

—Unos pocos hombres contra todos los intereses comerciales… —Spender miró las montañas de hierro—. Ellos saben que estamos aquí esta noche, escupiendo en el vino de ellos, y puedo imaginar cómo nos odian.

El capitán meneó la cabeza.

—No hay odio aquí. —Escuchó el sonido del viento—. Por el aspecto de estas ciudades, parece que eran seres graciosos, hermosos y sabios. Aceptaron lo que traía el destino. Admitieron resignados la muerte de la raza y no se lanzaron en el último momento a una guerra desesperada que hubiese destruido sus ciudades. Las que hemos visto hasta ahora están intactas. Es probable que no nos presten atención; como si fuésemos niños que juegan en un jardín, conociendo y comprendiendo a los niños por lo que son. Y, además, quizá Marte nos haga mejores.

»¿Observó usted, Spender, la rara tranquilidad de los hombres hasta que Biggs los obligó a animarse? Parecían humildes y asustados. El espectáculo que nos rodea no puede ponernos contentos. Ante él, parecemos niños, niños de pantalón corto, orgullosos y divertidos, alborotando con cohetes y átomos de juguete. Pero algún día la Tierra será como Marte es ahora. La vida en Marte nos devolverá la cordura; será como una lección práctica de

civilización. Aprenderemos de Marte. Y ahora, tranquilícese. Volvamos con los demás y simulemos alegría. La multa de cincuenta dólares queda en pie.

La fiesta no prosperaba. El viento, que venía del mar muerto, se movió alrededor de los tripulantes, y alrededor del capitán y de Jeff Spender que se acercaban al grupo. El viento tiró del polvo y el cohete brillante y tiró del acordeón, y el polvo se metió en la armónica desafinada y en los ojos de los hombres, y el viento cantó con un sonido agudo. Y así como había llegado, el viento murió.

Pero también la fiesta había muerto.

Las figuras tiesas de los expedicionarios se alzaban contra el cielo frío y oscuro.

—¡Vamos, señores, vamos!, —gritó Biggs saltando de la nave con un uniforme limpio y evitando mirar a Spender. Su voz resonó como en un anfiteatro vacío. Una voz solitaria—. ¡Vamos!

Nadie se movió.

—¡Vamos, Whitie, tu armónica!

Whitie sopló un acorde extraño y desafinado. Sacudió la armónica y se la guardó en un bolsillo.

—¿Qué clase de fiesta es ésta? —inquirió Biggs.

Alguien apretó un acordeón. El acordeón gimió como un animal moribundo. Eso fue todo.

—Muy bien; mi botella y yo celebraremos nuestra propia fiesta.

En cuclillas, apoyado en el cohete, Biggs bebió empinando la botella.

Spender, inmóvil, lo observó largo rato. Luego los dedos le subieron lentamente a lo largo de la pierna temblorosa y palparon el estuche del arma.

—Los que quieran, pueden venir conmigo a la ciudad —anunció el capitán—. Dejaremos un centinela aquí en el cohete e iremos armados por si acaso.

Los hombres se consultaron. Catorce querían ir. Biggs se incluyó entre ellos, riendo y agitando la botella. Los otros seis se quedaron en el campamento.

—¡Allá vamos!, —gritó Biggs.

El grupo avanzó en silencio. Llegaron al límite de la ciudad dormida y muerta. A la luz de las lunas mellizas, las sombras de los expedicionarios eran dobles. Parecía que nadie respiraba. Pasaron así varios minutos. Esperaban a que algo se moviera de pronto en la ciudad muerta, una forma gris que se levantaría inesperadamente entre las ruinas, un fantasma ancestral que

cruzaría galopando el fondo vacío del mar en un antiguo corcel acorazado, de imposible progenie, de increíble ascendencia.

Los ojos y la mente de Spender poblaron las calles. Unas siluetas se movían como vapores azules por las avenidas empedradas y había débiles murmullos, y unos extraños animales se escurrían por las arenas de color gris rojizo. Alguien saludaba desde las ventanas (moviendo lentamente la mano como si estuviese sumergido en un agua intemporal), a unas sombras que se arrastraban en el espacio bajo las torres plateadas por las lunas. Una música sonaba en algún oído interior, y Spender imaginó las formas de los instrumentos que evocaban esa música. Era un país encantado.

—¡Eh!, —gritó Biggs, muy erguido, con las manos alrededor de la boca abierta—. ¡Eh! ¡Vosotros, los del pueblo!

—¡Biggs!, —advirtió el capitán.

Biggs se calló.

Avanzaron por una avenida embaldosada. Ahora todos hablaban en voz baja, pues era como entrar en una vasta biblioteca al aire libre o en un mausoleo habitado por el viento y sobre el que brillaban las estrellas. El capitán habló sin levantar la voz. Se preguntó adónde habían ido los marcianos, qué habían sido y quiénes eran sus reyes, y cómo habían muerto. Se preguntó en voz alta cómo habían construido esta ciudad para que soportara el peso de los siglos, y si alguna vez habrían visitado la Tierra. ¿Serían ellos los antepasados de los hombres que habían aparecido en la Tierra diez mil años atrás? ¿Y habrían amado y odiado con amores y odios similares a los terrestres, y habrían cometido las mismas tonterías cuando hicieron tonterías?

—Lord Byron —dijo Jeff Spender.

El capitán se volvió y lo miró.

—¿Lord qué?

—Lord Byron, un poeta del siglo diecinueve. Hace mucho tiempo escribió un poema que parece inspirado por esta ciudad y por cómo los marcianos tienen que sentirse si aún son capaces de sentir. Pudo haberlo escrito el último poeta marciano.

Los expedicionarios continuaban inmóviles, de pie sobre sus sombras.

—¿Qué dice el poema, Spender?, —preguntó el capitán.

Spender cambió de posición, extendió la mano como recordando, entornó los ojos un momento, y enseguida se puso a recitar con voz lenta y apagada, y los hombres escucharon todo lo que decía:

Así que nunca más pasearemos

tan tarde de noche,
aunque el corazón siga enamorado,
y aunque siga brillando la luna.

La ciudad inmóvil era alta y gris. Los rostros de los hombres estaban vueltos hacia la luz.

Pues la espada gasta la vaina,
y el alma gasta el pecho,
y el corazón tiene que pararse a tomar aliento,
y el amor mismo ha de descansar.
Aunque la noche fue hecha para amar,
y el día vuelve demasiado pronto,
nunca más pasearemos
a la luz de la luna.

Los terrestres estaban de pie, en silencio, en el centro de la ciudad. Era una noche clara. No se oía ningún sonido, excepto el viento. Debajo de ellos se extendía una plaza enlosada que imitaba formas de animales y seres antiguos. Los hombres contemplaron los dibujos.

De la garganta de Biggs salió un ronco ruido. Con la mirada turbia, se llevó las manos a la boca; cerró los ojos, se dobló hacia delante, y un líquido espeso le llenó la boca, se derramó, y cayó ruidosamente sobre las losas del patio, cubriendo los dibujos. Biggs repitió esto dos veces. Un penetrante olor a vino invadió el aire fresco de la noche.

Nadie se movió para auxiliar a Biggs, que siguió vomitando.

Spender lo miró durante un momento; luego se volvió y echó a andar por las avenidas de la ciudad, solo, a la luz de las lunas. Ni una sola vez se volvió a mirar a los hombres agrupados en la plaza.

Los expedicionarios volvieron a las cuatro de la mañana. Se tendieron sobre unas mantas y cerraron los ojos, respirando el aire apacible. El capitán Wilder, sentado cerca del fuego, lo alimentaba de vez en cuando con ramas secas.

Dos horas después McClure abrió los ojos.

—¿No duerme, capitán?

El capitán sonrió vagamente.

—Espero a Spender.

McClure reflexionó.

—¿Sabe, señor? No creo que vuelva. No sé por qué, pero tengo esa impresión. Nunca volverá.

McClure se envolvió en sus mantas y se durmió otra vez. El fuego crepitó y se apagó.

Pasó una semana, y Spender aún no había vuelto. El capitán envió unos hombres a buscarlo, pero regresaron diciendo que no sabían adónde podría haber ido. Ya volvería cuando se le pasara el berrinche. Era un cabeza dura, dijeron. ¡Que se fuera al diablo!

El capitán no decía nada, pero anotaba todo en el cuaderno de bitácora.

Una mañana que podía haber sido la de un miércoles, la de un jueves o la de cualquier otro día en Marte, Biggs estaba sentado a orillas del canal, de cara al sol, con los pies colgando en el agua fresca.

Un hombre se acercó caminando a lo largo de la orilla. La sombra del hombre cayó sobre Biggs. Biggs alzó los ojos.

—¡Bueno, que me condenen!, —exclamó.

—Soy el último marciano —dijo el hombre sacando un arma de fuego.

—¿Qué dices?, —preguntó Biggs.

—Voy a matarte.

—Basta. ¿Qué broma es ésa, Spender?

—Levántate y recíbela en el estómago.

—Por amor de Dios, aparta esa arma.

Spender apretó el gatillo sólo una vez. Se oyó un leve zumbido. Durante unos instantes Biggs permaneció sentado a orillas del agua; luego se inclinó hacia delante y cayó. El cadáver flotó con lenta indiferencia bajo las lentas corrientes del canal. Se oyó un hueco gorgoteo, y luego nada.

Spender guardó el arma y se alejó en silencio. El sol brillaba sobre Marte, le calentaba el dorso de las manos y se le deslizaba por las mandíbulas apretadas. No corrió; caminó como si nada hubiera cambiado excepto la luz del día. Bajó hasta el cohete. Algunos de los hombres tomaban un desayuno recién preparado bajo un albergue construido por Cookie.

—Ahí viene el ermitaño —dijo alguien.

—¡Hola, Spender! ¿De dónde sales?

Los cuatro hombres sentados a la mesa observaron al hombre que los miraba en silencio.

—Tú y tus condenadas ruinas —rió Cookie, revolviendo una sustancia negra en una olla—. Pareces un perro en un campo de huesos.

—Es posible —dijo Spender—. He estado averiguando cosas. ¿Qué dirían si les contase que encontré a un marciano rondando por ahí?

Los cuatro hombres bajaron los tenedores.

—¿De veras? ¿Dónde?

—No importa dónde. Permitan que les haga una pregunta: ¿Cómo se sentirían si fuesen marcianos y viniera alguien y se pusiera a devastar el planeta?

—Yo sé muy bien cómo me sentiría —respondió Cheroke—. Llevo en mis venas sangre cherokee. Mi abuelo me contó muchas cosas del territorio de Oklahoma. Si hay algún marciano por los alrededores, yo estoy con él.

—¿Y qué dicen los demás?, —preguntó Spender, cauteloso.

Ninguno contestó. El silencio era bastante elocuente. Agarra lo que puedas, lo que encuentras es tuyo; si el contrario te ofrece la otra mejilla, abofetéalo sin miedo, etcétera.

—Bueno —les dijo Spender—; he encontrado un marciano.

Los hombres lo miraron entornando los ojos.

—Allá arriba, en una ciudad muerta. No esperaba verlo. Ni siquiera intenté buscarlo. Ignoro lo que hacía allí. He vivido cerca de una semana en la ciudad de un valle pequeño, aprendiendo a leer los libros antiguos y contemplando las viejas obras de arte. Y un día vi a este marciano. Estuvo allí un momento y luego desapareció. No volvió hasta el día siguiente. Yo estaba allí, estudiando la vieja escritura, y el marciano reaparecía una y otra vez, siempre más cerca. Hasta que un día en que aprendí a descifrar el idioma marciano, asombrosamente simple y además hay pictografías que ayudan, el marciano apareció ante mí y dijo: «Dame tus botas. —Le di mis botas y dijo —: Dame tu uniforme y todo tu equipo». Se los di y me pidió mi revólver, y entonces dijo: «Ahora acompáñame y mira lo que pasa». Y el marciano vino al campamento, y ahora está aquí.

—No veo a ningún marciano —dijo Cheroke.

—Lo siento mucho.

Spender sacó su arma, y se oyó un zumbido apagado. La primera bala alcanzó al hombre de la izquierda, la segunda y la tercera a los que estaban a la derecha y en el centro de la mesa. Cookie, de cara al fuego, se volvió horrorizado y recibió la cuarta bala. Cayó de espaldas sobre las llamas y se quedó allí mientras las ropas le empezaban a arder.

El cohete yacía a la luz del sol. Tres de los hombres estaban sentados, inmóviles, con las manos sobre la mesa. El desayuno se enfriaba ante ellos. Cheroke miraba a Spender, aturdido e incrédulo.

—Puedes venir conmigo —dijo Spender.

Cheroke no contestó.

—Puedes estar a mi lado en este asunto.

Spender esperó.

Al fin, Cheroke pudo hablar.

—Tú los mataste —dijo, atreviéndose a mirar a los hombres.

—Se lo merecían.

—¡Estás loco!

—Quizá. Pero puedes venir conmigo.

—¿Ir contigo? ¿Para qué?, —exclamó Cheroke, pálido, con ojos húmedos—. ¡Vete, fuera de aquí!

El rostro de Spender se endureció.

—De todos ellos, creí que tú entenderías.

—¡Fuera de aquí!

Cheroke echó mano a su arma.

Spender disparó por última vez y Cheroke dejó de moverse.

Spender se tambaleó. Se pasó la mano por el rostro sudoroso, miró el cohete y de pronto se echó a temblar, de pies a cabeza. La reacción física fue tan abrumadora que estuvo a punto de caer. Parecía haber despertado de un estado de hipnosis, de una pesadilla. Se sentó y se concentró unos momentos, y le dijo al temblor que se fuera.

—¡Basta! ¡Basta!, —le ordenó a su cuerpo. Se le estremecían y sacudían todos los músculos—. ¡Basta!, —se dijo otra vez, y exprimió mentalmente el cuerpo hasta que todo el temblor le salió afuera. Las manos, inmóviles, reposaban ahora en las tranquilas rodillas.

Se levantó, y con movimientos precisos se ató a la espalda una caja de provisiones. La mano le tembló otra vez.

—¡No!, —dijo con firmeza, y el temblor desapareció.

Luego, caminando rígidamente, Spender se alejó, solitario, entre las rojas y tórridas colinas.

El sol subía ardiendo por el cielo. Una hora más tarde el capitán salió del cohete en busca de unos huevos con jamón. Iba a saludar a los cuatro hombres sentados a la mesa, cuando de pronto se detuvo. Había en el aire un tenue olor a humo de arma. El cocinero yacía tendido de espaldas sobre la hoguera, y el desayuno parecía helado.

Un instante después, Parkhill y otros dos bajaron del cohete. El capitán los detuvo, fascinado por el silencio de los hombres y la manera en que estaban sentados a la mesa.

—Llamen a los hombres, a todos —dijo.

Parkhill echó a correr a lo largo del canal.

El capitán tocó a Cheroke. Cheroke se volvió lentamente y cayó de la silla. La luz del sol le ardió sobre el pelo corto y los pómulos salientes.

Llegaron los hombres.

—¿Quién falta?

—Todavía Spender, señor. Encontramos a Biggs flotando en el canal.

—¡Spender!

El capitán miró las colinas que se alzaban a la luz. El sol le descubrió los dientes, la boca torcida en una mueca.

—Maldita sea —dijo con cansancio—. ¿Por qué no vino a hablar conmigo?

—¿Por qué no conmigo?, —exclamó Parkhill, con los ojos brillantes—. ¡Le hubiera metido una bala en el maldito cerebro, eso hubiera hecho, lo juro por Dios!

El capitán Wilder hizo una seña a dos de los hombres.

—Traigan palas —les dijo.

Cavaron las fosas fatigados por el calor. Mientras el capitán volvía las páginas de la Biblia, un viento cálido sopló desde el fondo del mar vacío, lanzando nubes de polvo a las caras de los hombres. El capitán cerró su libro, y alguien empezó a echar lentas corrientes de arena sobre los cuerpos amortajados.

Volvieron al cohete, probaron los mecanismos de los rifles, se echaron a la espalda pesados paquetes de granadas, y observaron si las armas salían con facilidad de las fundas. Cada uno de ellos exploraría cierto sector de las colinas. El capitán los dirigía sin levantar la voz, sin un ademán, con las manos colgando a los costados.

—En marcha —dijo.

Spender vio que una tenue nube de polvo se levantaba en distintos lugares del valle y supo que la persecución había comenzado. Dejó a un lado el fino libro de plata que estaba leyendo, sentado cómodamente en una piedra plana. Las páginas del libro, delgadas como gasas, eran de plata, pintadas a mano en negro y oro. Era una obra de filosofía, de por lo menos diez mil años de antigüedad, que había encontrado en un pueblo marciano del valle. Abandonaba el libro de mala gana.

Durante unos instantes pensó: «¿Para qué? Me quedaré aquí leyendo hasta que vengan y terminen conmigo».

Después de matar a los seis hombres había sentido un confuso aturdimiento, luego náuseas, y por fin una extraña paz. Pero ahora, mientras contemplaba las estelas de polvo de sus perseguidores, también la paz se desvanecía, y volvía a sentir aquel resentimiento.

Bebió de la cantimplora un poco de agua fresca. Luego se levantó, se estiró, bostezó, y escuchó el maravilloso silencio del valle. Qué hermoso sería si él y algunos de sus amigos terrestres pudieran instalarse aquí, pasar aquí la vida, sin ruidos ni preocupaciones.

Llevó el libro consigo en una mano y la pistola cargada en la otra. Un arroyo corría rápidamente sobre un lecho de rocas y piedras blancas, y allí se desnudó y se metió en el agua un rato. Luego se vistió, sin darse prisa y recogió el arma.

El tiroteo comenzó aproximadamente a las tres de la tarde, cuando Spender estaba arriba en las colinas. Lo siguieron a través de tres pequeños pueblos marcianos. Más arriba de los pueblos, esparcidas como guijarros, había unas quintas en donde antiguas familias marcianas habían encontrado un prado o un arroyo, habían construido una piscina de mosaicos, una biblioteca y un patio con un surtidor. Spender nadó media hora en una piscina de agua de lluvia, esperando a sus perseguidores.

Cuando abandonaba la casa, sonaron los primeros disparos. A pocos metros de distancia, el azulejo de un muro saltó hecho trizas. Echó a correr, avanzó por entre unos riscos, se volvió, disparó el arma, y un hombre rodó por el polvo.

Lo envolverían en una red, en un círculo. Spender lo sabía. Lo rodearían, estrecharían el cerco y lo atraparían. ¿Por qué no utilizaban las granadas? Una orden del capitán Wilder, y empezaría el bombardeo.

«Pero soy un buen hombre y no quieren destrozarme —pensó Spender—. Así opina el capitán. Me quiere con un solo agujero. ¿No es raro? Quiere que mi muerte sea limpia. Y no una porquería. ¿Por qué? Porque me comprende. Y por ese motivo está decidido a arriesgar la vida de unos cuantos buenos muchachos que me agujerearán limpiamente la cabeza. ¿No es así?».

Sonó una ráfaga de nueve o diez disparos. Unos trozos de roca saltaron alrededor. Spender hacía fuego con mano firme, a veces mientras leía el libro de plata.

El capitán, rifle en mano, corrió bajo la ardiente luz del sol. Spender lo siguió con la mira de la pistola, pero no disparó. En cambio se volvió e hizo saltar de un tiro el borde superior de la roca donde White estaba apostado. Se oyó un grito de furia.

De pronto, el capitán se detuvo. Llevaba un pañuelo blanco en la mano. Les dijo algo a sus hombres, y soltando el rifle, subió por la falda de la colina. Spender estaba allí tendido. Se puso de pie con el arma en la mano.

El capitán se acercó y se sentó en una piedra calcinada por el sol sin mirar una sola vez a Spender.

Poco después metió la mano en el bolsillo de la camisa, buscando algo. Los dedos de Spender se crisparon sobre el arma.

—¿Un cigarrillo?, —preguntó el capitán.

—Gracias —respondió Spender tomando uno.

—¿Fuego?

—Tengo.

Echaron una o dos bocanadas en silencio.

—Hace calor —dijo el capitán.

—Así es.

—¿Se encuentra cómodo aquí arriba?

—Mucho.

—¿Cuánto tiempo cree que podrá resistir?

—El que me lleve matar a doce hombres, poco más o menos.

—¿Por qué no nos mató a todos esta mañana, cuando se le presentó la ocasión? Hubiera sido fácil, usted lo sabe.

—Lo sé. Sentí náuseas. Cuando uno quiere hacer algo terrible se miente a sí mismo. Se dice uno que todos los demás están equivocados. Bueno, en cuanto empecé a disparar contra ellos, comprendí que sólo eran unos necios y que no debía matarlos. Pero ya era demasiado tarde. No pude continuar, entonces subí hasta aquí con la esperanza de volver a creer en la mentira, de enfurecerme y empezar de nuevo.

—¿Ya está resuelto?

—No mucho. Bastante.

El capitán estudió su cigarrillo.

—¿Por qué lo hizo?

Tranquilamente Spender dejó el arma en el suelo.

—Porque he visto que los marcianos tenían algo que nosotros nunca soñamos tener. Se detuvieron donde nosotros debíamos habernos detenido hace un siglo. He paseado por sus ciudades y comprendo a esta gente y me gustaría llamarlos mis antepasados.

El capitán señaló con un movimiento de cabeza un grupo de edificios.

—Es magnífico ese pueblo.

—No es sólo eso. Sí, sus ciudades son hermosas. Los marcianos sabían cómo unir el arte y la vida. El arte fue siempre algo extraño entre nosotros. Lo guardamos en el cuarto del loco de la familia, o lo tomamos en dosis

dominicales, tal vez mezclado con religión. Bueno, estos marcianos tenían arte, y religión y todo.

—Usted cree que habían llegado al fondo de las cosas, ¿no es así?

—Estoy seguro.

—Y por eso empezó a masacrarnos.

—Cuando yo era pequeño mis padres me llevaron a la ciudad de México. Siempre recordaré el comportamiento de mi padre, vulgar y fatuo. A mi madre no le gustaba tampoco aquella gente porque eran morenos y no se bañaban a menudo. Mi hermana ni les hablaba. Sólo a mí me gustaban realmente. Y puedo imaginarme a mi madre y mi padre aquí en Marte haciendo otra vez lo mismo.

»Para el norteamericano común, lo que es raro no es bueno. Si las cañerías no son como en Chicago, todo es un desatino. ¡Cada vez que lo pienso! ¡Oh, Dios mío, cada vez que lo pienso! Y luego… la guerra. Usted oyó los discursos en el Congreso antes de que partiéramos. Si todo marchaba bien, esperaban establecer en Marte tres laboratorios de investigaciones atómicas y varios depósitos de bombas. Dicho de otro modo: Marte se acabó, todas estas maravillas desaparecerán. ¿Cómo reaccionaría usted si un marciano vomitase un licor rancio en el piso de la Casa Blanca?

El capitán no decía nada, pero escuchaba.

—Luego vendrán los otros grandes intereses. Los hombres de las minas, los hombres del turismo —continuó Spender—. ¿Recuerda usted lo que pasó en México cuando Cortés y sus magníficos amigos llegaron de España? Toda una civilización destruida por unos voraces y virtuosos fanáticos. La historia nunca perdonará a Cortés.

—Hoy usted tampoco se ha comportado muy bien, Spender —observó el capitán.

—¿Qué podía hacer? ¿Discutir con usted? Estoy solo contra todos los granujas codiciosos y opresores que habitan la Tierra. Vendrán a arrojar aquí sus cochinas bombas atómicas, en busca de bases para nuevas guerras. ¿No les basta haber arruinado un planeta y tienen que arruinar otro más? ¿Por qué han de ensuciar una casa que no es suya? Esos fatuos charlatanes. Cuando llegué aquí no sólo me sentí libre de toda esa supuesta cultura, sino también de la moral y las normas y las costumbres terrestres. Mis coordenadas son distintas, pensé. Lo único que tengo que hacer es matarlos. Y luego vivir mi propia vida.

—Pero no le salió bien —dijo el capitán.

—No. A la hora del desayuno, después de mi quinto asesinato, descubrí que a pesar de todo no soy un hombre totalmente nuevo, totalmente marciano. No pude desprenderme con tanta facilidad de todo lo que aprendí en la Tierra. Pero ahora me siento tranquilo otra vez. Los mataré a todos. Eso retrasará el viaje del próximo cohete unos cinco años. Este cohete es el único que tienen. En la Tierra esperarán un año, dos años. Sin noticias de nosotros, temerán construir una nueva nave. Antes lanzarán al espacio un centenar de modelos experimentales, para evitar otro fracaso.

—Sí, así sería.

—Por otra parte, un buen informe suyo, si usted vuelve, acelerará la invasión del planeta. Con un poco de suerte viviré hasta los sesenta años. Las expediciones que lleguen a Marte, aquí me encontrarán. Vendrá una sola nave cada vez, aproximadamente una por año, con una tripulación no mayor de veinte hombres. Me haré amigo de ellos y les explicaré que nuestro cohete estalló cierto día. Proyecto volarlo en cuanto termine mi tarea de esta semana. Los mataré a todos. Marte seguirá intacto durante el próximo medio siglo. Tal vez los terrestres renuncien al fin. ¿Recuerda cómo se cansaron de construir zepelines que caían en llamas uno tras otro?

—Lo ha previsto todo —admitió el capitán.

—Sí, señor.

—Pero nosotros somos muchos. Dentro de una hora cerraremos el cerco. Dentro de una hora morirá.

—He encontrado algunos pasajes subterráneos y un refugio que ustedes jamás descubrirán. Viviré allí algún tiempo, y cuando ustedes se descuiden, saldré y los iré cazando, uno a uno.

El capitán inclinó la cabeza.

—Cuénteme algo de esa civilización —dijo señalando con la mano las ciudades de la montaña.

—Sabían cómo vivir con la naturaleza, y cómo entenderla. No trataron de ser sólo hombres y no animales. Cuando apareció Darwin cometimos ese error. Lo recibimos con los brazos abiertos y también a Huxley y a Freud, deshaciéndonos en sonrisas. Después descubrimos que no era posible conciliar las teorías de Darwin con nuestras religiones, o por lo menos así pensamos. Fuimos unos estúpidos. Quisimos derribar a Darwin, Huxley y a Freud, pero eran inconmovibles. Y entonces, como unos idiotas, intentamos destruir la religión.

»Lo conseguimos bastante bien. Perdimos nuestra fe y empezamos a preguntarnos para qué vivíamos. Si el arte no era más que la derivación de un

deseo frustrado, si la religión no era más que un engaño, ¿para qué la vida? La fe había explicado siempre todas las cosas. Luego todo se fue por el vertedero, junto con Freud y Darwin. Fuimos y somos todavía un pueblo extraviado.

—¿Y estos marcianos encontraron el camino?, —preguntó el capitán.

—Sí. En Marte aprendieron a combinar ciencia y religión para que funcionaran juntas, y se enriquecieran así mutuamente, sin contradecirse.

—Una solución ideal.

—Así es. Me gustaría mostrarle cómo lo hicieron.

—Mis hombres me esperan.

—Media hora bastará. Avíseles, capitán.

El capitán titubeaba. Al fin se levantó y lanzó una orden a los que estaban al pie de la colina.

Spender lo llevó a una aldea marciana de edificios de mármol pulido y fresco, decorados con frisos de hermosos animales: felinos de patas blancas, símbolos solares de patas amarillas, estatuas de criaturas que parecían toros, estatuas de hombres y mujeres, y de perros enormes delicadamente cincelados.

—He aquí la respuesta, capitán.

—No entiendo.

—Los marcianos descubrieron el secreto de la vida entre los animales. El animal no discute su vida, vive. No tiene otra razón de vivir que la vida. Ama la vida y disfruta de la vida. Observe la estatuaria; cómo los símbolos animales se repiten una y otra vez.

—Parece algo pagano.

—Al contrario, son símbolos divinos, símbolos de vida. También en Marte el hombre había llegado a ser demasiado humano, y no bastante animal. Los hombres de Marte comprendieron que si querían sobrevivir tenían que dejar de preguntarse de una vez por todas: «¿Para qué vivir?». La respuesta era la vida misma. La vida era la propagación de más vida, y vivir la mejor vida posible. Los marcianos comprendieron que se preguntaban «¿Para qué vivir?» en la culminación de algún período de guerra y desesperanza, cuando no había respuestas. Pero cuando la civilización se tranquiliza y calla, y la guerra termina, la pregunta se convierte en insensata de un modo nuevo. La vida es buena entonces, y las discusiones son inútiles.

—Me parece que los marcianos eran bastante ingenuos.

—Sólo cuando les convenía. Renunciaron a empeñarse en destruirlo todo, humillarlo todo. Combinaron religión, arte y ciencia, pues en verdad la

ciencia no es más que la investigación de un milagro inexplicable, y el arte, la interpretación de ese milagro. No permitieron que la ciencia aplastara la belleza. Se trata simplemente de una cuestión de grados. Un hombre de la Tierra piensa: «En ese cuadro no hay realmente color. Un físico puede probar que el color es sólo una forma de la materia, un reflejo de la luz, no la realidad misma. —Un marciano, mucho más inteligente, diría—: Este cuadro es hermoso. Nació de la mano y la mente de un hombre inspirado. El tema y los colores vienen de la vida. Es una cosa buena».

Hubo una pausa. Sentado al sol de las primeras horas de la tarde, el capitán miraba con curiosidad el pueblo fresco y silencioso.

—Me gustaría vivir aquí —dijo.

—Puede hacerlo, si quiere.

—¿Me está invitando?

—¿Acaso alguno de sus hombres comprendería verdaderamente todo esto? Son cínicos profesionales, y para ellos es demasiado tarde. ¿Por qué quiere volver junto a ellos? ¿Para vivir con el rebaño? ¿Para comprarse un giróscopo, como cualquiera de sus vecinos? ¿Para oír música con una libreta de notas y no con las entrañas? Ahí abajo, en uno de los patios, hay un cilindro de música marciana de cincuenta mil años de antigüedad. Todavía se oye. Es una música incomparable. Usted podría escucharla. Hay también libros. Yo ya los leo. Podría usted descansar y leerlos.

—Parece maravilloso, Spender.

—Pero usted no va a quedarse.

—No. Gracias, sin embargo.

—Y seguramente no me dejarán tranquilo. Tendré que matarlos a todos.

—Es usted optimista.

—He encontrado un motivo para luchar y vivir. Eso me hace más peligroso. He encontrado algo que es para mí como una religión. Como aprender a respirar otra vez. Sentir en la piel la caricia del sol, dejar que el sol trabaje en uno, escuchar música, leer un libro. ¿Qué me ofrece en cambio la civilización de usted?

El capitán cambió de postura. Meneó la cabeza.

—Lamento mucho todo esto, lo lamento de veras.

—También yo. Creo que será mejor que lo lleve de vuelta y que empiece a preparar el ataque.

—Sí.

—Capitán, yo no voy a matarlo. Cuando todo haya terminado, usted seguirá con vida.

—¿Cómo?

—Desde un principio decidí no tocarlo.

—Pero…

—Lo voy a librar de los demás. Cuando hayan muerto, quizá cambie usted de opinión.

—No —dijo el capitán—. Llevo en mis venas demasiada sangre terrestre. No dejaré de perseguirlo.

—Aun cuando pueda quedarse aquí.

—Es curioso, pero sí, aun así. No sé por qué, no me lo he preguntado. Bueno, nos separamos aquí. —Habían vuelto al sitio en donde se habían encontrado—. ¿Quiere usted acompañarme sin resistirse, Spender? Es mi última oferta.

—No, gracias. —Spender extendió una mano—. Espere un momento. Si usted gana, hágame un favor. Trate de postergar la destrucción de este planeta, al menos durante cincuenta años. Hasta que los arqueólogos hayan tenido una buena oportunidad. ¿Lo hará usted?

—Se lo prometo.

—Y por último, si le sirve de algo, recuérdeme como un neurótico que enloqueció un día de verano y que nunca recobró la razón. Así será más fácil para usted.

—Así lo haré. Adiós, Spender. Buena suerte.

—Es usted un hombre raro —comentó Spender, mientras el capitán bajaba por el sendero, azotado por el viento caluroso.

El capitán se reunió con sus hombres cubiertos de polvo. Miró el sol con los ojos entornados, respirando con dificultad.

—¿Hay algo para beber?, —preguntó. Alguien le puso en las manos una botella fresca—. Gracias. —Bebió y se enjugó los labios—. Bueno —prosiguió—. Anden con cuidado. Disponemos de un tiempo ilimitado y no quiero perder más hombres. Hay que matarlo. No quiso bajar. Si es posible, mátenlo de un solo tiro. No lo hagan pedazos. Terminen pronto.

—Voy a meterle una bala en el maldito cerebro —dijo Sam Parkhill.

—No, tiren al pecho —dijo el capitán. Recordó el rostro fuerte y resuelto de Spender.

—El cochino cerebro… —continuó Parkhill.

El capitán le alargó la botella con un movimiento brusco.

—Ya oyó lo que dije. Tiren al pecho.

Parkhill murmuró algo entre dientes.

—Vamos —dijo el capitán.

Volvieron a desplegarse, lentamente al principio, luego de prisa por las cálidas laderas. De pronto se encontraban en frescas cavernas que olían a musgo; de pronto en lugares abiertos y rocosos, que olían a sol sobre piedra.

«Odio la astucia cuando uno no se siente realmente astuto, ni quiere serlo —pensaba el capitán—. No puedo enorgullecerme de ir espiando por ahí y jactarme de que llevo a cabo grandes planes. Odio pensar que estoy cumpliendo con mi deber cuando no estoy seguro de que sea así. Al fin y al cabo, ¿quiénes somos nosotros? La mayoría siempre tiene razón, ¿no es así? Siempre, siempre. Jamás se equivoca, ni un breve e insignificante momento. En diez millones de años jamás se equivocó. ¿Qué es esa mayoría y quiénes la forman? ¿Qué piensa? ¿Cómo emprendió este camino? ¿Cambiará alguna vez? ¿Y por qué demonios he caído en esta putrefacta mayoría? No me siento a gusto. ¿Será claustrofobia, temor a las muchedumbres, o sentido común? ¿Es posible que un hombre tenga razón, aunque el resto del mundo opine que ellos tienen razón? No lo pensemos. Sometámonos, animémonos, y apretemos el gatillo. ¡Vaya, y vaya!».

Los hombres corrían y se agachaban, corrían y se agazapaban en las sombras. Mostraban los dientes, fatigados por el aire enrarecido, un aire que no había sido hecho para correr. El aire era tenue y tenían que descansar cinco minutos cada vez, jadeando, mientras unas manchas negras les bailaban delante de los ojos. Devoraban el aire delgado, nunca satisfechos, y cerraban con fuerza los párpados. Al fin se incorporaban, y alzando los fusiles desgarraban el aire enrarecido del verano con agujeros de sonido y calor.

Spender, inmóvil, sólo hacía fuego de cuando en cuando.

—¡Voy a saltarle los cochinos sesos!, —aulló Parkhill, echando a correr por la ladera.

El capitán levantó el fusil y apuntó a Sam Parkhill. Enseguida bajó el arma, y la contempló horrorizado.

—¿Qué iba a hacer?, —se preguntó mirando la mano inerte. Había estado a punto de matar a Parkhill por la espalda—. Dios mío —murmuró.

Vio que Parkhill seguía corriendo y se arrojaba al suelo, poniéndose a salvo.

Una red de hombres que corrían estaban envolviendo a Spender. En la cima, detrás de dos rocas, Spender yacía agotado por la atmósfera enrarecida y con grandes manchas de sudor bajo los brazos. El capitán vio las dos rocas. Había entre ellas un intersticio de unos diez centímetros que mostraba el pecho de Spender.

—¡Eh!, —gritó Parkhill—. ¡Sal de ahí! ¡Tengo una bala para tu cabeza!

El capitán Wilder esperaba. «¡Vamos, Spender!, —se decía—. Escápate como me dijiste antes. Sólo tienes unos minutos. Escápate. Dijiste que lo harías. Escóndete en esos subterráneos que has encontrado y quédate allí meses, años, leyendo tus hermosos libros y bañándote en las piscinas de los templos. Vete, muchacho. Vete antes de que sea tarde».

Spender no cambió de postura.

—¿Qué le pasará?, —se preguntó el capitán.

Tomó el fusil y observó a los hombres que corrían escondiéndose. Miró las torres del inmaculado pueblo marciano, como piezas de ajedrez finamente cinceladas, caídas en la tarde. Vio las rocas, y entre ellas el pecho de Spender.

Parkhill se había lanzado al ataque, gritando con furia.

—No, Parkhill —dijo el capitán—. No puedo permitírselo. Ni usted ni ninguno de los otros. No. Ninguno de ustedes. Yo solo.

Levantó el fusil y apuntó.

«¿No me estoy ensuciando las manos?, —pensó—. ¿Está bien que sea yo quien lo haga? Sí, lo está. Sé lo que hago y por qué. Sólo yo puedo hacerlo, y no sé si después podré seguir con vida».

Le hizo una seña a Spender con la cabeza.

—Vete —dijo en un susurro que nadie oyó—. Te doy treinta segundos más. Treinta segundos…

El reloj le latía en la muñeca. El capitán lo miraba. Los hombres corrían agazapados. Spender no se movía. El reloj latió mucho tiempo con mucho ruido, en los oídos del capitán.

—¡Vete! ¡Vete, Spender! ¡Rápido!

El rifle apuntaba. El capitán tomó aliento.

—¡Spender!, —murmuró.

Y apretó el gatillo.

Una débil polvareda asomó entre las rocas y se elevó a la luz del sol. Eso fue todo. Los ecos del estampido se desvanecieron.

El capitán Wilder se incorporó y llamó a sus hombres.

—Está muerto.

Los otros no lo creyeron.

Desde donde estaban no se podía ver aquella fisura entre las rocas. Vieron correr al capitán colina arriba, solo, y pensaron o que era un valiente o que había enloquecido.

Unos minutos después, los hombres subieron detrás del capitán. Se juntaron alrededor del cadáver y uno de ellos dijo:

—¿En el pecho?

El capitán bajó los ojos.

—En el pecho —contestó. Bajo el cuerpo de Spender las rocas habían cambiado de color—. ¿Por qué habrá esperado? ¿Por qué no escapó como decía? ¿Por qué se dejó matar?

—¿Quién sabe?, —dijo uno.

Spender yacía con las manos crispadas: una sobre el rifle, la otra sobre el libro de plata que brillaba al sol.

«¿Seré yo el culpable?, —pensó el capitán—. ¿Por qué no quise ceder? ¿Aborrecía Spender la idea de matarme? ¿Acaso soy distinto de los otros? Pensó que podía confiar en mí. ¿Hay otra respuesta?».

Ninguna. Se agachó al lado del cuerpo silencioso.

«Tengo que cumplir mi parte —se dijo—. No puedo abandonarlo. Si se reconocía en mí, y por eso no pudo matarme, qué tarea difícil me espera. Así es, sí, así es. Soy Spender ahora. Sin embargo, yo pienso antes de abrir fuego. No mato. Trato de entenderme con la gente. No pudo matarme porque yo era él mismo, aunque con ciertas diferencias».

El capitán sintió el calor del sol en la nuca. Se oyó decir a sí mismo:

—Si por lo menos hubiera hablado conmigo antes de matar. Habríamos encontrado una solución.

—¿Qué solución?, —preguntó Parkhill—. No hay solución posible con esa gente.

El zumbido del calor cubría la tierra, salía de las rocas, bajaba del cielo.

—Tiene razón —dijo el capitán—. Tal vez Spender y yo hubiéramos podido entendernos. Pero Spender y usted y todos los demás, no, nunca. Es mejor que haya muerto. Pásenme esa cantimplora.

El mismo capitán sugirió el sarcófago vacío. Habían encontrado un antiguo cementerio marciano. Pusieron a Spender en el cajón de plata, con ceras y vinos de diez mil años de antigüedad, y le cruzaron las manos sobre el pecho. Lo último que vieron de él fue un rostro tranquilo.

Permanecieron un momento en la antigua cripta.

—Creo que sería bueno para ustedes que pensaran en Spender de vez en cuando —dijo el capitán.

Salieron de la cripta y cerraron la puerta de mármol.

A la tarde siguiente, Parkhill se dedicó a hacer ejercicios de tiro al blanco en una de las ciudades muertas, rompiendo los cristales de las ventanas y volando las puntas de las frágiles torres.

El capitán lo sorprendió y le hizo saltar los dientes de un puñetazo.

Los colonos
2001 Agosto

Los hombres de la Tierra llegaron a Marte.

Llegaron porque tenían miedo o porque no lo tenían, porque eran felices o desdichados, porque se sentían como los Peregrinos, o porque no se sentían como los Peregrinos. Cada uno de ellos tenía una razón diferente. Abandonaban mujeres odiosas, trabajos odiosos o ciudades odiosas; venían para encontrar algo, dejar algo o conseguir algo; para desenterrar algo, enterrar algo o alejarse de algo. Venían con sueños ridículos, con sueños nobles o sin sueños. El dedo del gobierno señalaba desde letreros a cuatro colores, en innumerables ciudades: HAY TRABAJO PARA USTED EN EL CIELO. ¡VISITE MARTE! Y los hombres se lanzaban al espacio. Al principio sólo unos pocos, unas docenas, porque casi todos se sentían enfermos aun antes que el cohete dejara la Tierra. Y a esta enfermedad la llamaban la soledad, porque cuando uno ve que su casa se reduce hasta tener el tamaño de un puño, de una nuez, de una cabeza de alfiler, y luego desaparece detrás de una estela de fuego, uno siente que nunca ha nacido, que no hay ciudades, que uno no está en ninguna parte, y sólo hay espacio alrededor, sin nada familiar, sólo otros hombres extraños. Y cuando los estados de Illinois, Iowa, Missouri o Montana desaparecen en un mar de nubes, y más aún, cuando los Estados Unidos son sólo una isla envuelta en nieblas y todo el planeta parece una pelota embarrada lanzada a lo lejos, entonces uno se siente verdaderamente solo, errando por las llanuras del espacio, en busca de un mundo que es imposible imaginar.

No era raro, por lo tanto, que los primeros hombres fueran pocos. Crecieron y crecieron en número hasta superar a los hombres que ya se encontraban en Marte. Los números eran alentadores.

Pero los primeros solitarios no tuvieron ese consuelo.

La mañana verde
2001 Diciembre

Cuando el sol se puso, el hombre se acuclilló junto al sendero y preparó una cena frugal y escuchó el crepitar de las llamas mientras se llevaba la comida a la boca y masticaba con aire pensativo. Había sido un día no muy distinto de otros treinta, con muchos hoyos cuidadosamente cavados en las horas del alba, semillas echadas en los hoyos, y agua traída de los brillantes canales. Ahora, con un cansancio de hierro en el cuerpo delgado, yacía de espaldas y observaba cómo el color del cielo pasaba de una oscuridad a otra.

Se llamaba Benjamin Driscoll, tenía treinta y un años, y quería que Marte creciera verde y alto con árboles y follajes, produciendo aire, mucho aire, aire que aumentaría en cada temporada. Los árboles refrescarían las ciudades abrasadas por el verano, los árboles pararían los vientos del invierno. Un árbol podía hacer muchas cosas: dar color, dar sombra, fruta, o convertirse en paraíso para los niños; un universo aéreo de escalas y columpios, una arquitectura de alimento y de placer, eso era un árbol. Pero los árboles, ante todo, destilaban un aire helado para los pulmones y un gentil susurro para los oídos, cuando uno está acostado de noche en lechos de nieve y el sonido invita dulcemente a dormir.

Benjamin Driscoll escuchaba cómo la tierra oscura se recogía en sí misma, en espera del sol y las lluvias que aún no habían llegado. Acercaba la oreja al suelo y escuchaba a lo lejos las pisadas de los años e imaginaba los verdes brotes de las semillas sembradas ese día; los brotes buscaban apoyo en el cielo, y echaban rama tras rama hasta que Marte era un bosque vespertino, un huerto brillante.

En las primeras horas de la mañana, cuando el pálido sol se elevase débilmente entre las apretadas colinas, Benjamin Driscoll se levantaría y acabaría en unos pocos minutos con un desayuno ahumado, aplastaría las cenizas de la hoguera y empezaría a trabajar con los sacos a la espalda, probando, cavando, sembrando semillas y bulbos, apisonando levemente la tierra, regando, siguiendo adelante, silbando, mirando el cielo claro cada vez más brillante a medida que pasaba la mañana.

—Necesitas aire —le dijo al fuego nocturno.

El fuego era un rubicundo y vivaz compañero que respondía con un chasquido, y en la noche helada dormía allí cerca, entornando los ojos, sonrosados, soñolientos y tibios.

—Todos necesitamos aire. Hay aire enrarecido aquí en Marte. Se cansa uno tan pronto… Es como vivir en la cima de los Andes. Uno aspira y no consigue nada. No satisface.

Se palpó la caja del tórax. En treinta días, cómo había crecido. Para que entrara más aire había que desarrollar los pulmones. O plantar más árboles.

—Para eso estoy aquí —se dijo. El fuego le respondió con un chasquido—. En las escuelas nos contaban la historia de Johnny Appleseed, que anduvo por toda América plantando semillas de manzanos. Bueno, pues yo hago más. Yo planto robles, olmos, arces y toda clase de árboles; álamos, cedros y castaños. No pienso sólo en alimentar el estómago con fruta, fabrico aire para los pulmones. Cuando estos árboles crezcan alguno de estos años, ¡cuánto oxígeno darán!

Recordó su llegada a Marte. Como otros mil paseó los ojos por la apacible mañana y se dijo:

—¿Qué haré yo en este mundo? ¿Habrá trabajo para mí?

Luego se había desmayado.

Volvió en sí, tosiendo. Alguien le apretaba contra la nariz un frasco de amoníaco.

—Se sentirá bien enseguida —dijo el médico.

—¿Qué me ha pasado?

—El aire enrarecido. Algunos no pueden adaptarse. Me parece que tendrá que volver a la Tierra.

—¡No!

Se sentó y casi inmediatamente se le oscurecieron los ojos y Marte giró dos veces debajo de él. Respiró con fuerza y obligó a los pulmones a que bebieran en el profundo vacío.

—Ya me estoy acostumbrando. ¡Tengo que quedarme!

Le dejaron allí, acostado, boqueando horriblemente, como un pez. «Aire, aire, aire —pensaba—. Me mandan de vuelta a causa del aire». Y volvió la cabeza hacia los campos y colinas marcianos, y cuando se le aclararon los ojos vio enseguida que no había árboles, ningún árbol, ni cerca ni lejos. Era una tierra desnuda, negra, desolada, sin ni siquiera hierbas. Aire, pensó, mientras una sustancia enrarecida le silbaba en la nariz. Aire, aire. Y en la cima de las colinas, en la sombra de las laderas y aun a orillas de los arroyos, ni un árbol, ni una solitaria brizna de hierba. ¡Por supuesto! Sintió que la

respuesta no le venía del cerebro, sino de los pulmones y la garganta. Y el pensamiento fue como una repentina ráfaga de oxígeno puro, y lo puso de pie. Hierba y árboles. Se miró las manos, el dorso, las palmas. Sembraría hierba y árboles. Ésa sería su tarea, luchar contra la cosa que le impedía quedarse en Marte. Libraría una privada guerra hortícola contra Marte. Ahí estaba el viejo suelo, y las plantas que habían crecido en él eran tan antiguas que al fin habían desaparecido. Pero ¿y si trajera nuevas especies? Árboles terrestres, grandes mimosas, sauces llorones, magnolias, majestuosos eucaliptos. ¿Qué ocurriría entonces? Quién sabe qué riqueza mineral ocultaba el suelo, y que no asomaba a la superficie porque los helechos, las flores, los arbustos y los árboles viejos habían muerto de cansancio.

—¡Permítanme levantarme!, —gritó—. ¡Quiero ver al coordinador!

Habló con el coordinador de cosas que crecían y eran verdes, toda una mañana. Pasarían meses, o años, antes de que se organizasen las plantaciones. Hasta ahora, los alimentos se traían congelados desde la Tierra, en carámbanos volantes, y unos pocos jardines públicos verdeaban en instalaciones hidropónicas.

—Entretanto, ésta será su tarea —dijo el coordinador—. Le entregaremos todas nuestras semillas; no son muchas. No sobra espacio en los cohetes por ahora. Además, estas primeras ciudades son colectividades mineras, y me temo que sus plantaciones no contarán con muchas simpatías.

—¿Pero me dejarán trabajar?

Lo dejaron. En una simple motocicleta, con la caja llena de semillas y retoños, llegó a este valle solitario, y echó pie a tierra.

Eso había ocurrido hacía treinta días, y nunca había mirado atrás. Mirar atrás hubiera sido descorazonarse para siempre. El tiempo era excesivamente seco, parecía poco probable que las semillas hubiesen germinado. Quizá toda su campaña, esas cuatro semanas en que había cavado encorvado sobre la tierra, estaba perdida. Clavaba los ojos adelante, avanzando poco a poco por el inmenso valle soleado, alejándose de la primera ciudad, aguardando la llegada de las lluvias.

Mientras se cubría los hombros con la manta, vio que las nubes se acumulaban sobre las montañas secas. Todo en Marte era tan imprevisible como el curso del tiempo. Sintió alrededor las calcinadas colinas, que la escarcha de la noche iba empapando, y pensó en la tierra del valle, negra como la tinta, tan negra y lustrosa que parecía arrastrarse y vivir en el hueco de la mano, una tierra fecunda en donde podrían brotar unas habas de

larguísimos tallos, de donde caerían quizás unos gigantes de voz enorme, dándose unos golpes que le sacudirían los huesos.

El fuego tembló sobre las cenizas soñolientas. El distante rodar de un carro estremeció el aire tranquilo. Un trueno. Y enseguida un olor a agua.

«Esta noche —pensó—. Y extendió la mano para sentir la lluvia. Esta noche».

Lo despertó un golpe muy leve en la frente.

El agua le corrió por la nariz hasta los labios. Una gota le cayó en un ojo, nublándolo. Otra le estalló en la barbilla.

La lluvia.

Fresca, dulce y tranquila, caía desde lo alto del cielo como un elixir mágico que sabía a encantamientos, estrellas y aire, arrastraba un polvo de especias, y se le movía en la lengua como raro jerez liviano.

Se incorporó. Dejó caer la manta y la camisa azul. La lluvia arreciaba en gotas más sólidas. Un animal invisible danzó sobre el fuego y lo pisoteó hasta convertirlo en un humo airado. Caía la lluvia. La gran tapa negra del cielo se dividió en seis trozos de azul pulverizado, como un agrietado y maravilloso esmalte y se precipitó a tierra. Diez billones de diamantes titubearon un momento y la descarga eléctrica se adelantó a fotografiarlos. Luego oscuridad y agua.

Calado hasta los huesos, Benjamin Driscoll se reía y se reía mientras el agua le golpeaba los párpados. Aplaudió, y se incorporó, y dio una vuelta por el pequeño campamento, y era la una de la mañana.

Llovió sin cesar durante dos horas. Luego aparecieron las estrellas, recién lavadas y más brillantes que nunca.

El señor Benjamin Driscoll sacó una muda de ropa de una bolsa de celofán, se cambió, y se durmió con una sonrisa en los labios.

El sol asomó lentamente entre las colinas. Se extendió pacíficamente sobre la tierra y despertó al señor Driscoll.

No se levantó enseguida. Había esperado ese momento durante todo un interminable y caluroso mes de trabajo, y ahora al fin se incorporó y miró hacia atrás.

Era una mañana verde.

Los árboles se erguían contra el cielo, uno tras otro, hasta el horizonte. No un árbol, ni dos, ni una docena, sino todos los que había plantado en semillas y retoños. Y no árboles pequeños, no, ni brotes tiernos, sino árboles grandes, enormes y altos como diez hombres, verdes y verdes, vigorosos y redondos y macizos, árboles de resplandecientes hojas metálicas, árboles susurrantes,

árboles alineados sobre las colinas, limoneros, tilos, pinos, mimosas, robles, olmos, álamos, cerezos, arces, fresnos, manzanos, naranjos, eucaliptos, estimulados por la lluvia tumultuosa, alimentados por el suelo mágico y extraño, árboles que ante sus propios ojos echaban nuevas ramas, nuevos brotes.

—¡Imposible!, —exclamó el señor Driscoll.

Pero el valle y la mañana eran verdes.

¿Y el aire?

De todas partes, como una corriente móvil, como un río de las montañas, llegaba el aire nuevo, el oxígeno que brotaba de los árboles verdes. Se lo podía ver, brillando en las alturas, en oleadas de cristal. El oxígeno, fresco, puro y verde, el oxígeno frío que transformaba el valle en un delta frondoso. Un instante después las puertas de las casas se abrirían de par en par y la gente se precipitaría en el milagro nuevo del oxígeno, aspirándolo en bocanadas, con mejillas rojas, narices frías, pulmones revividos, corazones agitados, y cuerpos rendidos animados ahora en pasos de baile.

Benjamin Driscoll aspiró profundamente una bocanada de aire verde y húmedo, y se desmayó.

Antes de que despertara de nuevo, otros cinco mil árboles habían subido hacia el sol amarillo.

Las langostas
2002 Febrero

Los cohetes incendiaron las rocosas praderas, transformaron la piedra en lava, la pradera en carbón, el agua en vapor, la arena y la sílice en un vidrio verde que reflejaba y multiplicaba la invasión, como espejos hechos trizas. Los cohetes vinieron como langostas y se posaron como enjambres envueltos en rosadas flores de humo. Y de los cohetes salieron de prisa los hombres armados de martillos, con las bocas orladas de clavos como animales feroces de dientes de acero, y dispuestos a dar a aquel mundo extraño una forma familiar, dispuestos a derribar todo lo insólito, escupieron los clavos en las manos activas, levantaron a martillazos las casas de madera, clavaron rápidamente los techos que suprimirían el imponente cielo estrellado e instalaron unas persianas verdes que ocultarían la noche. Y cuando los carpinteros terminaron su trabajo, llegaron las mujeres con tiestos de flores y telas de algodón y cacerolas, y el ruido de las vajillas cubrió el silencio de Marte, que esperaba detrás de puertas y ventanas.

En seis meses surgieron doce pueblos en el planeta desierto, con una luminosa algarabía de tubos de neón y amarillos bulbos eléctricos. En total, unas noventa mil personas llegaron a Marte, y otras más en la Tierra preparaban las maletas.

Encuentro nocturno
2002 Agosto

Antes de subir hacia las colinas azules, Tomás Gómez se detuvo en la solitaria estación de gasolina.

—Aquí se sentirá usted bastante solo —le dijo al viejo.

El viejo pasó un trapo por el parabrisas de la camioneta.

—No me quejo.

—¿Le gusta Marte?

—Muchísimo. Siempre hay algo nuevo. Cuando llegué aquí el año pasado, decidí no esperar nada, no preguntar nada, no sorprenderme por nada. Tenemos que mirar las cosas de aquí, y qué diferentes son. El tiempo, por ejemplo, me divierte muchísimo. Es un tiempo marciano. Un calor de mil demonios de día y un frío de mil demonios de noche. Y las flores y la lluvia, tan diferentes. Es asombroso. Vine a Marte a retirarme, y busqué un sitio donde todo fuera diferente. Un viejo necesita una vida diferente. Los jóvenes no quieren hablar con él, y con los otros viejos se aburre de un modo atroz. Así que pensé: lo mejor será buscar un sitio tan diferente que uno abre los ojos y ya se entretiene. Conseguí esta estación de gasolina. Si los negocios marchan demasiado bien, me instalaré en una vieja carretera menos bulliciosa, donde pueda ganar lo suficiente para vivir y me quede tiempo para sentir estas cosas tan diferentes.

—Ha dado usted en el clavo —dijo Tomás. Sus manos le descansaban sobre el volante. Estaba contento. Había trabajado casi dos semanas en una de las nuevas colonias y ahora tenía dos días libres e iba a una fiesta.

—Ya nada me sorprende —prosiguió el viejo—. Miro y observo, nada más. Si uno no acepta a Marte como es, puede volverse a la Tierra. En este mundo todo es raro; el suelo, el aire, los canales, los indígenas (aun no los he visto, pero dicen que andan por aquí) y los relojes. Hasta mi reloj anda de un modo gracioso. Hasta el tiempo es raro en Marte. A veces me siento muy solo, como si yo fuese el único habitante de este planeta; apostaría la cabeza. Otras veces me siento como si me hubiera encogido y todo lo demás se hubiera agrandado. ¡Dios! ¡No hay sitio como éste para un viejo! Estoy siempre alegre y animado. ¿Sabe usted cómo es Marte? Es como un juguete

que me regalaron en Navidad, hace setenta años. No sé si usted lo conoce. Lo llamaban calidoscopio: trocitos de vidrio o de tela de muchos colores. Se levanta hacia la luz y se mira y se queda uno sin aliento. ¡Cuántos dibujos! Bueno, pues así es Marte. Disfrútelo. Tómelo como es. ¡Dios! ¿Sabe que esa carretera marciana tiene dieciséis siglos y aún está en buenas condiciones? Es un dólar cincuenta. Gracias. Buenas noches.

Tomás se alejó por la antigua carretera, riendo entre dientes.

Era un largo camino que se internaba en la oscuridad y las colinas. Tomás, con una sola mano en el volante, sacaba con la otra, de cuando en cuando, un caramelo de la bolsa del almuerzo. Había viajado toda una hora sin encontrar en el camino ningún otro automóvil, ninguna luz. La carretera solitaria se deslizaba bajo las ruedas y sólo se oía el zumbido del motor. Marte era un mundo silencioso, pero aquella noche el silencio era mayor que nunca. Los desiertos y los mares secos giraban a su paso y las cintas de las montañas se alzaban contra las estrellas.

Esta noche había en el aire un olor a tiempo. Tomás sonrió. ¿Qué olor tenía el tiempo? El olor del polvo, los relojes, la gente. ¿Y qué sonido tenía el tiempo? Un sonido de agua en una cueva, y una voz muy triste y unas gotas sucias que caen sobre cajas vacías y un sonido de lluvia. Y aún más, ¿a qué se parecía el tiempo? A la nieve que cae calladamente en una habitación oscura, a una película muda en un cine muy viejo, a cien millones de rostros que descienden como esos globitos de Año Nuevo, que descienden y descienden en la nada. Eso era el tiempo, su sonido, su olor. Y esta noche (y Tomás sacó una mano fuera de la camioneta), esta noche casi se podía tocar el tiempo.

La camioneta se internó en las colinas del tiempo. Tomás sintió unas punzadas en la nuca y se sentó rígidamente, con la mirada fija en el camino.

Entraba en una muerta aldea marciana; paró el motor y se abandonó al silencio de la noche. Maravillado y absorto contempló los edificios blanqueados por las lunas. Deshabitados desde hacía siglos. Perfectos. En ruinas, pero perfectos.

Puso en marcha el motor, recorrió algo más de un kilómetro y se detuvo nuevamente. Dejó la camioneta y echó a andar llevando la bolsa de comestibles en la mano, hacia una loma desde donde aún se veía la aldea polvorienta. Abrió el termo y se sirvió una taza de café. Un pájaro nocturno pasó volando. La noche era hermosa y apacible.

Unos cinco minutos después se oyó un ruido. Entre las colinas, sobre la curva de la antigua carretera, hubo un movimiento, una luz mortecina, y luego un murmullo.

Tomás se volvió lentamente, con la taza de café en la mano derecha.

Y asomó en las colinas una extraña aparición.

Era una máquina que parecía un insecto de color verde jade, una mantis religiosa que saltaba suavemente en el aire frío de la noche, con diamantes verdes que parpadeaban sobre su cuerpo, indistintos, innumerables, y rubíes que centelleaban con ojos multifacéticos. Sus seis patas se posaron en la antigua carretera, como las últimas gotas de una lluvia, y desde el lomo de la máquina un marciano de ojos de oro fundido miró a Tomás como si mirara el fondo de un pozo.

Tomás levantó una mano y pensó automáticamente:

¡Hola!, aunque no movió los labios. Era un marciano. Pero Tomás había nadado en la Tierra en ríos azules mientras los desconocidos pasaban por la carretera, y había comido en casas extrañas con gente extraña y su sonrisa había sido siempre su única defensa. No llevaba armas de fuego. Ni aun ahora advertía esa falta aunque un cierto temor le oprimía el pecho.

También el marciano tenía las manos vacías. Durante unos instantes, ambos se miraron en el aire frío de la noche.

Tomás dio el primer paso.

—¡Hola!, —gritó.

—¡Hola!, —contesto el marciano en su propio idioma. No se entendieron.

—¿Has dicho hola?, —dijeron los dos.

—¿Qué has dicho?, —preguntaron, cada uno en su lengua.

Los dos fruncieron el ceño.

—¿Quién eres?, —dijo Tomás en inglés.

—¿Qué haces aquí?, —dijo el otro en marciano.

—¿A dónde vas?, —dijeron los dos al mismo tiempo, confundidos.

—Yo soy Tomás Gómez.

—Yo soy Muhe Ca.

No entendieron las palabras, pero se señalaron a sí mismos, golpeándose el pecho, y entonces el marciano se echó a reír.

—¡Espera!

Tomás sintió que le rozaban la cabeza, aunque ninguna mano lo había tocado.

—Ya está —dijo el marciano en inglés—. Así es mejor.

—¡Qué pronto has aprendido mi idioma!

—No es nada.

Turbados por el nuevo silencio, ambos miraron el humeante café que Tomás tenía en la mano.

—¿Algo distinto?, —dijo el marciano mirándolo y mirando el café, y tal vez refiriéndose a ambos.

—¿Puedo ofrecerte una taza?, —dijo Tomás.

—Por favor.

El marciano descendió de su máquina.

Tomás sacó otra taza, la llenó de café y se la ofreció.

La mano de Tomás y la mano del marciano se confundieron, como manos de niebla.

—¡Dios mío!, —gritó Tomás, y soltó la taza.

—¡En nombre de los Dioses!, —dijo el marciano en su propio idioma.

—¿Viste lo que pasó?, —murmuraron ambos, helados por el terror.

El marciano se inclinó para tocar la taza, pero no pudo tocarla.

—¡Señor!, —dijo Tomás.

—Realmente… —comenzó a decir el marciano. Se enderezó, meditó un momento, y luego sacó un cuchillo de su cinturón.

—¡Eh!, —gritó Tomás.

—Has entendido mal. ¡Tómalo!

El marciano tiró al aire el cuchillo. Tomás juntó las manos. El cuchillo le pasó a través de la carne. Se inclinó para recogerlo, pero no lo pudo tocar y retrocedió, estremeciéndose.

Miró luego al marciano que se perfilaba contra el cielo.

—¡Las estrellas!, —dijo.

—¡Las estrellas!, —respondió el marciano mirando a Tomás.

Las estrellas eran blancas y claras más allá del cuerpo del marciano, y lucían dentro de su carne como centellas incrustadas en la tenue y fosforescente membrana de un pez gelatinoso; parpadeaban como ojos de color violeta en el estómago y en el pecho del marciano, y le brillaban como joyas en los brazos.

—¡Eres transparente!, —dijo Tomás.

—¡Y tú también!, —replicó el marciano retrocediendo.

Tomás se tocó el cuerpo, sintió su calor y se tranquilizó. «Yo soy real», pensó.

El marciano se tocó la nariz y los labios.

—Yo tengo carne —murmuró—. Yo estoy vivo.

Tomás miró fijamente al extraño.

—Y si yo soy real, tú debes de estar muerto.

—¡No! ¡Tú!

—¡Un espectro!

—¡Un fantasma!

Se señalaron el uno al otro y la luz de las estrellas les brillaba en los miembros como dagas, como trozos de hielo, como luciérnagas, y se tocaron otra vez y se descubrieron intactos, calientes, animados, asombrados, despavoridos, y el otro, ah, sí, ese otro, era sólo un prisma espectral que reflejaba la acumulada luz de unos mundos distantes.

Estoy borracho, pensó Tomás. No se lo contaré mañana a nadie. No, no.

Se miraron un tiempo, de pie, inmóviles, en la antigua carretera.

—¿De dónde eres?, —preguntó al fin el marciano.

—De la Tierra.

—¿Qué es eso?

Tomás señaló el firmamento.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace más de un año, ¿no recuerdas?

—No.

—Y todos vosotros estabais muertos, así lo creímos. Tu raza ha desaparecido casi totalmente ¿no lo sabes?

—No. No es cierto.

—Sí. Todos muertos. Yo vi los cadáveres. Negros, en las habitaciones, en las casas. Muertos. Millares de muertos.

—Eso es ridículo. ¡Estamos vivos!

—Escúchame. Marte ha sido invadido. No puedes ignorarlo. Has escapado.

—¿Yo? ¿Escapar de qué? No entiendo lo que dices. Voy a una fiesta en el canal, cerca de las montañas Eniall. Allí estuve anoche. ¿No ves la ciudad?

Tomás miró hacia donde le indicaba el marciano y vio las ruinas.

—Pero cómo, esa ciudad está muerta desde hace miles de años.

El marciano se echó a reír.

—¡Muerta! Dormí allí anoche.

—Y yo estuve allí la semana anterior y la otra, y hace un rato y es un montón de escombros. ¿No ves las columnas rotas?

—¿Rotas? Las veo perfectamente a la luz de la luna. Intactas.

—Hay polvo en las calles —dijo Tomás.

—¡Las calles están limpias!

—Los canales están vacíos.

—¡Los canales están llenos de vino de lavándula!

—Está muerta.

—¡Está viva!, —protestó el marciano riéndose cada vez más—. Oh, estás muy equivocado. ¿No ves las luces de la fiesta? Hay barcas hermosas esbeltas como mujeres, y mujeres hermosas esbeltas como barcas; mujeres del color de la arena, mujeres con flores de fuego en las manos. Las veo desde aquí, pequeñas, corriendo por las calles. Allá voy, a la fiesta. Flotaremos en las aguas toda la noche, cantaremos, beberemos, haremos el amor. ¿No las ves?

—Tu ciudad está muerta como un lagarto seco. Pregúntaselo a cualquiera de nuestro grupo. Voy a la Ciudad Verde. Es una colonia que hicimos hace poco cerca de la carretera de Illinois. No puedes ignorarlo. Trajimos trescientos mil metros cuadrados de madera de Oregón, y dos docenas de toneladas de buenos clavos de acero, y levantamos a martillazos los dos pueblos más bonitos que hayas podido ver. Esta noche festejaremos la inauguración de uno. Llegan de la Tierra un par de cohetes que traen a nuestras mujeres y a nuestras amigas. Habrá bailes y *whisky*…

El marciano estaba inquieto.

—¿Dónde está todo eso?

Tomás lo llevó hasta el borde de la colina y señaló a lo lejos.

—Allá están los cohetes. ¿Los ves?

—No.

—¡Maldita sea! ¡Ahí están! Esos aparatos largos y plateados.

—No.

Tomás se echó a reír.

—¡Estás ciego!

—Veo perfectamente. ¡Eres tú el que no ve!

—Pero ves la nueva ciudad, ¿no es cierto?

—Yo veo un océano, y la marea baja.

—Señor, esa agua se evaporó hace cuarenta siglos.

—¡Vamos, vamos! ¡Basta ya!

—Es cierto, te lo aseguro.

El marciano se puso muy serio.

—Dime otra vez. ¿No ves la ciudad que te describo? Las columnas muy blancas, las barcas muy finas, las luces de la fiesta… ¡Oh, lo veo todo tan claramente! Y escucha… Oigo los cantos. ¡No están tan lejos!

Tomás escuchó y sacudió la cabeza.

—No.

—Y yo, en cambio, no puedo ver lo que tú me describes —dijo el marciano.

Volvieron a estremecerse. Sintieron frío.

—¿Podría ser?

—¿Qué?

—¿Dijiste que «del cielo»?

—De la Tierra.

—La Tierra, un nombre, nada —dijo el marciano—. Pero… al subir por el camino hace una hora… sentí…

Se llevó una mano a la nuca.

—¿Frío?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Vuelvo a sentir frío. ¡Qué raro! Había algo en la luz, en las colinas, en el camino… —dijo el marciano—. Una sensación extraña… El camino, la luz… Durante unos instantes creí ser el único sobreviviente de este mundo.

—Lo mismo me pasó a mí —dijo Tomás, y le pareció estar hablando con un amigo muy íntimo de algo secreto y apasionante.

El marciano meditó unos instantes con los ojos cerrados.

—Sólo hay una explicación. El tiempo. Sí. Eres una sombra del pasado.

—No. Tú, tú eres del pasado —dijo el hombre de la Tierra.

—¡Qué seguro estás! ¿Cómo es posible afirmar quién pertenece al pasado y quién al futuro? ¿En qué año estamos?

—En el año dos mil dos.

—¿Qué significa eso para mí?

Tomás reflexionó y se encogió de hombros.

—Nada.

—Es como si te dijera que estamos en el año 4462 853 S. E.C. No significa nada. Menos que nada. Si algún reloj nos indicase la posición de las estrellas…

—¡Pero las ruinas lo demuestran! Demuestran que yo soy el futuro, que yo estoy vivo, que tú estás muerto.

—Todo en mí lo desmiente. Me late el corazón, mi estómago siente hambre, mi garganta sed. No, no. Ni muertos, ni vivos, más vivos que nadie, quizá. Mejor, entre la vida y la muerte. Dos extraños cruzan en la noche. Nada más. Dos extraños que pasan. ¿Ruinas dijiste?

—Sí. ¿Tienes miedo?

—¿Quién desea ver el futuro? ¿Quién ha podido desearlo alguna vez? Un hombre puede enfrentarse con el pasado, pero pensar… ¿Has dicho que las columnas se han desmoronado? ¿Y que el mar está vacío y los canales, secos y las doncellas muertas y las flores marchitas? —El marciano calló y miró

hacia la ciudad lejana—. Pero están ahí. Las veo. ¿No me basta? Me aguardan ahora, y no importa lo que digas.

Y a Tomás también lo esperaban los cohetes, allá a lo lejos, y la ciudad, y las mujeres de la Tierra.

—Jamás nos pondremos de acuerdo —dijo.

—Admitamos nuestro desacuerdo —dijo el marciano—. ¿Qué importa quién es el pasado o el futuro, si ambos estamos vivos? Lo que ha de suceder sucederá, mañana o dentro de diez mil años. ¿Cómo sabes que esos templos no son los de tu propia civilización, dentro de cien siglos, desplomados y en ruinas? ¿No lo sabes? No preguntes entonces. La noche es muy breve. Allá van por el cielo los fuegos de la fiesta, y los pájaros.

Tomás tendió la mano. El marciano lo imitó. Sus manos no se tocaron, se fundieron atravesándose.

—¿Volveremos a encontrarnos?

—¡Quién sabe! Tal vez otra noche.

—Me gustaría ir contigo a la fiesta.

—Y a mí me gustaría ir a tu ciudad y ver esa nave de que me hablas y esos hombres, y oír todo lo que sucedió.

—Adiós —dijo Tomás.

—Buenas noches.

El marciano voló serenamente hacia las colinas en su vehículo de metal verde. El terrestre se metió en su camioneta y partió en silencio en dirección contraria.

—¡Dios mío! ¡Qué pesadillas!, —suspiró Tomás, con las manos en el volante, pensando en los cohetes, en las mujeres, en el *whisky*, en las noticias de Virginia, en la fiesta.

—¡Qué extraña visión!, —se dijo el marciano, y se alejó rápidamente, pensando en el festival, en los canales, en las barcas, en las mujeres de ojos dorados, y en las canciones.

La noche era oscura. Las lunas se habían puesto. La luz de las estrellas parpadeaba sobre la carretera ahora desierta y silenciosa. Y así siguió, sin un ruido, sin un automóvil, sin nadie, sin nada, durante toda la noche oscura y fresca.

* Todos tenían abuelos
2002 Septiembre

Era el miércoles 17 de marzo de 2001 en un planeta llamado Marte.

Los hombres caminaban sobre la hierba seca, sosteniendo cordeles blancos en sus grandes manos, y detrás había más hombres con martillos de acero y palos que estaban clavando en el suelo. Los cordeles estaban estirados y la enorme telaraña se mecía suavemente con el viento.

—Aquí estará la oficina de correos, aquí el ayuntamiento, la tienda de comestibles, la prisión, la mercería, la tienda…

Manos levantadas apuntaban en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Los hombres escupieron en el suelo y se sujetaron los sombreros para evitar que se los llevara el viento.

—Eso es aterrador —susurró Samson Wood—. Da mucho miedo.

—¿Qué opinas?, —preguntó el *sheriff* de la Ciudad Ningún-Sitio.

—Sabes que ésta va a ser la primera ciudad, la primera maldita ciudad en Marte, ¿verdad? —Samson Wood respondió—. Es el área infinita y el cordel zumbante. ¿Puedes oírla gemir? ¡Dios mío!

Todos escuchaban las cuerdas tensadas, la música del arpa tocada.

—Hay otras ciudades, más antiguas, construidas por los marcianos

—Sí, pero es distinto. Ésta es nuestra, —dijo Samson Wood lentamente, con los ojos entrecerrados y brillando húmedos en el frío de la mañana. Se sonó la gran nariz—. Pocas personas podrán decir que estuvieron entre los que construyeron la primera ciudad, tensaron las cuerdas, levantaron los cimientos y clavaron el primer clavo. ¡Dios mío, es como si estuvieras en el Jardín del Edén, Adán y Eva tuvieron que sentirse así!

—Sí, señor —asintió el *sheriff*.

—Me recuerda algo —bromeó Samson Wood.

—¿Qué quieres decir?

—A la frontera. ¡Mira! Este lugar es como Wyoming, tal vez un poco de Minnesota, con un montón de Iowa mezclado aquí y allá. Pero sobre todo: al Salvaje Oeste. No me extrañaría que una manada de bueyes pasara frente a nosotros, que alguien tirase un bizcocho y gritase «el que lo consiga, se lo

lleva», y todos echasen a correr. ¿Sabes cómo suenan tus pasos cuando corres, verdad? Escuch su sonido.

—¿Eres de allí?, —preguntó el alguacil.

—¿De Wyoming? De ahí, y Arizona, y Texas. Me moví mucho. Por eso tuve que venir aquí. Nunca sentí la necesidad de viajar, de visitar Europa, Asia y lugares así. Pero Marte es diferente.

Miró a través del campo vacío y espacioso. Se volvió hacia el *sheriff*, con los ojos llorosos por la tensión.

—Vine aquí para encontrar algo. No sé qué, pero algo me faltaba en la Tierra. No tengo idea de lo que quiero o por qué vine, pero lo encontraré. Lo sabré cuando lo vea.

—Creo que es por eso todos vinimos aquí.

—Pero sobre todo yo. En el camino, a veces me invadía el miedo por la noche. Me preguntaba qué pasaría si no lo encontraba cuando llegara. ¿Y si tengo que volver a la Tierra y tampoco lo encuentro allí? Esos pensamientos me atormentaban.

—Sí, es comprensible.

—Uno de mis abuelos fue al Salvaje Oeste en 1890. Y toda mi vida escuché sus historias del Salvaje Oeste, sobre el país sin fin, las carretas, los indios, los burdeles, los bandidos, los hermanos James. Mi abuelo me contaba esas historias junto al fuego por las noches, mientras tocaba la guitarra. ¡Dios, todavía puedo oír su voz!

—Fueron buenos tiempos, seguro —coincidió el *sheriff*.

—¡Diablos, fueron tiempos perfectos! Los hombres podían decir que no les gustaba Nueva York e ir a Illinois, y cuando Illinois se llenaba demasiado, podían partir hacia el territorio de Oklahoma. Y así sucesivamente, a través de Texas, las grandes llanuras y el océano. Les llevo mucho tiempo llegar al océano y se detuvieron allí. Y fue como detener la circulación de la sangre en el brazo de una persona. Mientras los hombres estaban en movimiento y podían moverse constantemente a lugares desconocidos, era tolerable. Pero cuando llegaron a la maldita última orilla del último pedazo de tierra, lentamente comenzaron a coagularse como sangre. Cuando el movimiento de la sangre se detuvo en la Tierra, las guerras se hicieron mucho más grandes. Las cosas estaban demasiado cerca.

—Hay algo de verdad en lo que dices —dijo el *sheriff*.

—Recuerdo que mi abuelo me contó que un bar de Texas tenía un candelabro tan grande como la Vía Láctea. Estaba lleno de botellas con etiquetas amarillas y rojas, y un espejo tan grande como un lago congelado

colgaba de la pared. Mi abuelo decía que a menudo sentía ganas de patinar sobre él cuando estaba borracho. Y había cortinas rojas y chicas pelirrojas bailando y hombres apoyados en la barra llenando bolsitas de oro. Y también había mesas verdes sobre las que rodaban bolas de billar y los hombres embadurnaban con tiza los extremos de los tacos, y jugaban a las cartas en las mesas en penumbra, mientras tocaba un piano de hojalata. Dios, recuerdo ese bar, puedo olerlo como si hubiera estado allí. Mi abuelo detallaba todo, la veta de la madera, lo que echaban a la escupidera de cobre y las ligas rosadas.

—Así que te viniste a Marte —dijo el *sheriff*.

—¡Por supuesto! —Samson Wood se acarició emocionado la barba blanca—. ¡Dios mío, el día que vi en el periódico que el primer cohete había llegado a Marte, me quedé despierto toda la noche junto a la ventana abierta, mirando las estrellas! Llamé al observatorio a las tres de la mañana para preguntarles cuál de los malditos puntos brillantes era Marte.

El *sheriff* se rió.

Samson Wood también rió.

—Me dijeron que buscara un punto rojo sobre el horizonte occidental por la mañana. Así lo hice, y efectivamente, estaba justo donde decían que estaría, y me dije que las costas se habían ido, los mares se habían ido pero había un nuevo lugar desconocido. ¡Diablos, miles de incógnitas! Supuse que llevaría cientos de años trazar un mapa y llenar ese lugar en el cielo. Pensé, Dios, ¡ojalá mi abuelo todavía estuviera vivo!

—Y ahora está aquí —dijo el *sheriff*.

—Tomé mi maleta de cartón, mis revólveres plateados, mi sombrero y mis ahorros. Reuní treinta mil dólares en veinte años. Tengo sesenta y cinco años, tengo mal el corazón, aunque no lo parezca, ¿verdad? Pagué mil dólares por un billete de ida. Dios tenga piedad de mí si no estoy cómodo aquí, porque estoy gastando el dinero de tal manera que quizás no me quede suficiente para el viaje de regreso. Quiero iniciar un negocio, no sé cuál todavía. En algo que me haga sentir satisfecho. He sido infeliz toda mi vida. Tal vez empiece con algo de carpintería. Luego, cuando esté jubilado pero no demasiado viejo, me voy a comprar una cabaña en esa pradera y una guitarra y cantare a mis nietos. ¡Ay, porque también tendré una esposa, nunca es tarde para casarse! Y entonces podré contarles a mis propios hijos historias de la primera ciudad, la frontera y todo lo que hay aquí. ¡Dios mío, *sheriff*, soy el hombre más feliz de Marte!

—Estoy seguro de eso —dijo el *sheriff*, riendo—. ¡Mira! Ahí vienen más.

El *sheriff* y Samson Wood se dirigieron a la pista de aterrizaje repentinamente calurosa y ennegrecida. Enormes difusores de hielo soplaron aire nevado en amplias corrientes sobre el asfalto para enfriarlo y hacerlo transitable. Fue mágico, como una nevada silenciosa.

La puerta del primer cohete se abrió. Hombres con uniformes plateados bajaron corriendo por la rampa, seguidos por hombres menos rápidos que salieron vacilantes del cohete. Se pararon en el suelo como si esperaran que el viento los arrancara de sus altas botas. Sus sombreros de ala ancha estaban inclinados hacia atrás y entrecerraban los ojos hacia las lejanas montañas azules, y las comisuras de sus ojos estaban arrugadas por entornar los ojos al sol. Pero el sol estaba muy lejos ahora. La diminuta y fría esfera parecía una bola de nieve en el cielo de la mañana. El aire era acre.

Samson Wood dejó caer su maleta al suelo.

—¡Que me aspen si ése no es Bob Coe!

Uno de los hombres, que vestía un par de llamativos *jeans* con tachuelas de cobre, estaba haciendose un cigarrillo, pero de repente paró. Tenía la colilla colgando en la boca y se había olvidado de cerrar la bolsa de tabaco Bull Durham. Abrió la boca y tiró el tabaco y el papel por encima del hombro.

—¡Samson Wood! ¿Eres realmente tú?

Avanzaron uno hacia el otro con pasos apresurados y realizando un baile arrastrando los pies y resoplando. Se abrazaron.

—Jesús, Samson, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Y tú?

—Éste parece el lugar adecuado para mí.

—A mí también me lo pareció.

—¿Conoces a Shorty Hicks?

—¿También está aquí?

—Y alguien más ¡Mira!

Y dos hombres más bajaron por la rampa. Sus rostros eran rojos como arcilla quemada, sus ojos eran de color azul claro y sus cuerpos delgados como carne seca.

—¡Samson Wood!, —gritaron.

Se dieron palmaditas en la espalda, se rieron, aullaron y patearon el suelo. Y Samson Wood levantó el cañón de su pistola hacia el cielo y disparó seis tiros que hicieron temblar de terror a los que estaban en el aeródromo.

—¡Jiha!, —gritaron.

Una hora más tarde, estaban sentados en el suelo entre los cordeles que zumbaban, comiendo sándwiches de jamón, bebiendo de una botella

compartida y mirándose alegremente.

—¡Dios, Samson, déjame verte!

—¡Echa un vistazo!

Juntaron las rodillas, se mecieron de un lado a otro y tragaron la comida.

—¿Por qué no me dijiste que venías?

—Una decisión repentina

—Yo también.

—Me subí al maldito cohete yo solo —explicó Bob Coe entornando los ojos—. ¿Y a quién encontraré en uno de los asientos traseros? ¡Con Rusty Anderson! Y en uno de los niveles superiores, me encontré con Elmer Driscoe. Y en el bar con Punk Smith, pero eso no me sorprendió. Y ninguno de nosotros sabía que los demás estaban a bordo. ¡Viejo!

—¡Viejo!, —todos estuvieron de acuerdo.

—¿Crees que vendrán más vaqueros?

Samson sintió que su corazón latía dolorosamente rápido. Se inclinó hacia adelante con entusiasmo.

—¡Cientos de ellos!

—¿Por qué viniste?

—¿Y tú?

—Bueno, mi abuelo…

—Él mío también…

—Si era común en todos ellos, incluso podríamos decir que nuestros abuelos…

—¡El Salvaje Oeste!

Todos gritaron.

—Tengo una guitarra.

—Yo también.

Se quedaron en silencio. Samson Wood miró el cordel extendido a su lado. Lo tocó y lo escuchó temblar. Miró a sus amigos y al cielo y sintió la presión del dinero escondido en el cinturón secreto alrededor de su cintura. Palpó el dinero con manos temblorosas, su rostro enrojeció, sus ojos comenzaron a brillar y dejó que los demás hablaran.

—Tendré setecientas cabezas de ganado. Se necesitará carne aquí también.

—Yo tendré ovejas.

—¿Y tú, Samson?

Samson escuchó atentamente, descendiendo a las profundidades de su pozo interior, caminando y encendiendo un fósforo aquí y allá para poder

encontrar su camino. Regreso lentamente a la compañía de los demás.

—Acabo de darme cuenta de algo —dijo Samson.

—¿Qué?

Los hombres se inclinaron hacia él con el interés serio y susurrante de los niños, como si esperaran un maravilloso cuento de hadas.

—Vine aquí porque estaba buscando algo. No sabía qué —explicó Samson Wood—. Tenía miedo de no encontrarlo. Pero ya lo tengo en mente y sé a qué vine aquí.

Los demás esperaron a que lo dijera.

—Ya sé que vendrán más de los nuestros —dijo Samson Wood—. ¡Los nietos de los abuelos de uno y de otro! Y sólo se sentirán cómodos si cierto servicio ya está en pleno funcionamiento aquí cuando aterricen. ¡Escuchad! Si me ayudáis a construirlo, con clavos, martillos, madera y todo lo demás, os daré una parte de las ganancias. Después de que lo construyamos, podéis comprar tierras y luego obtendréis dinero de mí para el ganado, forraje, semillas y aceite. Bueno, ¿cómo os suena?

—¿Qué tipo de negocio es?

—Bueno —dijo Samson.

Se inclinó hacia adelante, bajó la voz a un susurro y sonrió amablemente.

—¡Ojalá lo reconsiderara, señor!, —dijo Samson Wood.

El alcalde de la Ciudad Vacía, Ciudad de Ninguna Parte, Primera Ciudad, Ciudad de Ningún Lugar (los hombres usaban todos estos nombres) se recostó en su silla de campaña.

—Hay normas —dijo.

—¿No se pueden cambiar, señor?

—No sé. ¿Dijo «mujeres»?

—Sólo serían alrededor de una docena, señor alcalde. Hasta ahora, ninguna mujer ha venido, pero la mayoría de los hombres llevan aquí cuatro meses. Tendría sentido…

—Señor Wood, usted sabe que nadie viene a Marte como turista. Tú mismo viniste a trabajar, ¿no? Bueno, ¡ya ves!

—¿No podría clasificar a estas mujeres también como trabajadoras, señor?

El alcalde casi aulló de la risa.

—¡Lo conseguiste! Pero ¿qué les diré a las esposas de la Tierra?

—Están a noventa y cinco millones de kilómetros de aquí, y la mitad de estos hombres no están casados. De lo contrario no habrían venido.

—Está bien, está bien —gritó el alcalde—. ¡Mañana presentaré la solicitud de una docena de «trabajadoras»!

—Gracias Señor.

Se dieron la mano.

Martillazos atronadores y esfuerzos febriles e instrucciones apresuradas y clavos martillados, y la ciudad se construyó, floreció, en momentos, como una semilla que brota después de una lluvia de primavera. Todo olía a nuevo y fresco. Todo se veía impresionantemente limpio, cuadrado y correcto.

—¡Dame el martillo y los clavos, Bob!

Bob Coe se paró al final de la escalera y se acercó a Samson Wood que se alzaba contra el cielo.

—Gracias. ¡Y ahora dame la tabla!

Se escuchó un martilleo lento. Samson Wood bajó la escalera y los cinco hombres se quedaron allí con jarras de cerveza en las manos. Las levantaron y bebieron de ellas mientras fijaban sus ojos en el tablero mientras oscilaba lentamente bajo la luz amarilla del sol:

EL SALÓN FELIZ CAPRICORNIO

Sr. WOOD, PROPIETARIO.

CHICAS BAILARINAS, DIVERSIÓN

COMIDAS Y BEBIDAS DELICIOSAS.

En ese momento, un cohete voló brillantemente sobre sus cabezas trayendo a las «trabajadoras».

—Se ha convertido en un lugar real, Samson —dijo el *sheriff*.

Se sentaron en lo alto del establecimiento, contemplando la barra llena de humo. En la reluciente barra, los hombres se alineaban muy juntos, con el pie derecho apoyado en el reposapiés de cobre, y sus duros rasgos se suavizaban gradualmente. Sus imágenes reflejadas en los espejos de cristal bebían con ellos, y la enorme araña de hielo tintineante arrojaba manchas de los colores del arcoíris en sus espaldas sudorosas. En la esquina, un hombre con una venda verde en los ojos comenzó a tocar el piano con dedos nudosos. La cerveza espumeaba en una jarra detrás de la tapa del teclado. Se jugaba a las cartas en cuatro mesas, las apuestas y las caras estaban en constante movimiento, las sillas raspaban el suelo, las voces aumentaban y disminuían, y los ojos azules y brillantes se asomaban detrás de la cortina de terciopelo rojo del escenario, las chicas, que no podían esperar a que el redoble de tambores finalizase, salieron al escenario en una lluvia de formas blancas y movimientos rosas.

—Toda la población de Texas está aquí —dijo el *sheriff*—. Siento que estoy en una película de serie B de mi infancia.

—Toda la población de Texas, Oklahoma, Wyoming y Colorado está aquí —dijo Samson Wood—. No tengo idea de cómo serán las otras ciudades. Algunas pueden parecerse al Bronx, algunas pueden parecerse a la de Bavaria, algunas pueden parecerse a las de Suecia y algunas pueden parecerse a Londres. Llevará tiempo. Llegamos aquí primero. Los trabajadores siempre son lo primero, los fugitivos, los hombres duros.

—Un montón de románticos acérrimos —dijo el *sheriff*—. Es curioso. Los hombres que han querido jugar a los vaqueros toda su vida ahora pueden finalmente hacerlo. Has creado algo grandioso, Samson, cubriendo una gran necesidad. Dios, este bar es tan perfecto como una joya, ¡como si hubiera sido traído directamente del siglo XIX!

—Dos docenas de nuevos trajes de terciopelo azul llegarán la próxima semana —dijo Samson, fumando un cigarro largo y delgado y ajustando las solapas grises de su traje perfectamente entallado. Su sombrero gris yacía sobre la mesa y sus rizos plateados estaban cuidadosamente peinados detrás de sus orejas rosadas—. Y también compré candelabros. Son más hermosos que éstos. Y una docena más de chicas llegan a la planta de arriba. Estoy nadando en dinero, *Sheriff*, y me siento como un maldito cabrón, pero me siento bien, Dios, me siento bien, y lo estaba deseando. No lo dejare. Soy el único en el mundo que puede decir que revivo el pasado. ¡Aquí! Y ya empezó todo, los linchamientos, la matanza de ganado, ¡todo! ¡Dios, por fin me siento como un hombre!

—Las mujeres y las iglesias pronto estarán aquí.

—¡Qué vengan! Al menos tendremos unas horas. —Samson Wood se apartó un poco—. Mi bodega está llena de vinos y licores de 1876. Ya construí una granja cerca de la ciudad, compré algo de ganado, construí una carreta, trabajé con mis viejos amigos y aprendí a tocar la guitarra. ¡Deberías oírme cantar «Git Along Little Dogie»! Nos han arrebatado el romance, *sheriff*. Crecí en una época en la que no se podía viajar en las plataformas de los trenes de carga porque las desmontaban, y era ilegal hacer autostop en las carreteras porque ésa era la ley en todos los estados. No había nada que pudiera hacer un hombre que simplemente quisiera huir. Tarde o temprano, este deseo aparece en todos los hombres. A veces quieres viajar sin equipaje. Tuve que esperar mucho tiempo para escapar, al igual que los demás. Y ahora lo hemos hecho. ¡Míralos! ¡Mira mi gran, enorme y elegante bar!

El *sheriff* bajó la mirada al estruendo infernal.

Cuando levantó la vista, Samson Wood estaba muerto.

El grueso tablón de cedro rectangular estaba cuidadosamente inscrito con su nombre y un mensaje. Delante de él había hombres sobre el suelo blando, sosteniendo sombreros de ala ancha en sus manos y calzando botas altas, y mujeres, con rostros blancos como la tiza y ojos llorosos, escuchando al *sheriff*, quien dijo algunas palabras:

—Samson Wood estuvo buscando el Salvaje Oeste toda su vida. Lo encontró. Quería ser parte de algo nuevo y especial. Bueno, se las arregló para hacer eso más de una vez. Mientras haya gente en Marte, será recordado porque creó algo único.

El *sheriff* asintió hacia la lápida.

SAMSON WOOD

NACIDO EN 1935 —FALLECIDO EN 2001

QUERÍA SER EL PRIMERO.

EL PRIMER CIVIL EN MORIR EN MARTE.

EL PRIMERO ENTERRADO, EL PRIMERO LLORADO.

R. I.P.

Mientras salían del nuevo cementerio, un cohete voló sobre sus cabezas con una terrible columna de llamas. Se preguntaron si estaría lleno de esposas y sacerdotes.

La costa
2002 Octubre

Marte era una costa distante y los hombres cayeron en olas sobre ella. Cada ola era distinta y cada ola más fuerte. La primera ola trajo consigo a hombres acostumbrados a los espacios, el frío y la soledad; cazadores de lobos y pastores de ganado, flacos, con rostros descarnados por los años, ojos como cabezas de clavos y manos codiciosas y ásperas como guantes viejos. Marte no pudo contra ellos, pues venían de llanuras y praderas tan inmensas como los campos marcianos. Llegaron, poblaron el desierto y animaron a los que querían seguirlos. Pusieron cristales en los marcos vacíos de las ventanas, y luces detrás de los cristales.

Ésos fueron los primeros hombres.

Nadie ignoraba quiénes serían las primeras mujeres.

Los segundos hombres debieran de haber salido de otros países, con otros idiomas y otras ideas. Pero los cohetes eran norteamericanos y los hombres eran norteamericanos y siguieron siéndolo, mientras Europa, Asia, Sudamérica y Australia contemplaban aquellos fuegos de artificio que los dejaban atrás. Casi todos los países estaban hundidos en la guerra o en la idea de la guerra.

Los segundos hombres fueron, pues, también estadounidenses. Salieron de las viviendas colectivas y de los trenes subterráneos, y después de toda una vida de hacinamiento en los tubos, latas y cajas de Nueva York, hallaron paz y tranquilidad junto a los hombres de las regiones áridas, acostumbrados al silencio.

Y entre estos segundos hombres había algunos que tenían un brillo raro en los ojos y parecían encaminarse hacia Dios…

Los globos de fuego
2002 Noviembre

Las luces estallaban sobre los prados nocturnos del verano. Rostros de tíos y tías se iluminaban en la oscuridad. Los fuegos artificiales descendían en los ojos castaños y brillantes de los primos instalados en el porche, y las varas frías y calcinadas rebotaban allá lejos sobre los campos de hierba seca.

El muy reverendo padre Joseph Daniel Peregrine abrió los ojos. ¡Qué sueño! ¡Él y sus primos que jugaban animadamente en la antigua casa del abuelo, en Ohio, hacía ya tantos años!

Se quedó escuchando el gran vacío de la iglesia, las otras celdas donde descansaban los otros padres. ¿Recordarían ellos, también, en la víspera de la partida del cohete Crucifijo, el cuatro de julio? Sí. Esta inquieta madrugada se parecía a aquellas noches de la fiesta de la Independencia cuando uno espera el primer cañonazo y corre luego por las aceras, cubiertas de rocío, con las manos llenas de ruidosos milagros.

Y aquí estaban, los padres de la Iglesia Episcopal, momentos antes de lanzarse hacia Marte. Subirían como una rueda de fuegos de artificio, dejando una estela de incienso en la aterciopelada catedral del espacio.

—¿Tenemos que ir realmente?, —murmuró el padre Peregrine—. ¿No será mejor arreglar nuestros pecados, aquí, en la Tierra? ¿No estaremos huyendo de nuestra vida terrestre?

El padre Peregrine se incorporó moviendo pesadamente ese cuerpo voluminoso que tenía el color de las fresas, la leche y la carne cruda.

—¿O será sólo pereza?, —se preguntó—. ¿No tendré miedo?

Se metió bajo las agujas de la ducha.

—Pero te llevan a Marte, carne —se dijo a sí mismo—. Dejaré aquí los viejos pecados. ¿E iré a Marte a encontrarme con otros pecados nuevos?

Una idea atrayente, casi. Pecados que nadie había podido imaginar. Oh, él mismo había escrito un libro titulado El problema del pecado en otros mundos, que la comunidad episcopal había ignorado casi totalmente, como cosa poco seria.

La noche anterior, mientras fumaban un último cigarro, él y el padre Stone habían conversado sobre eso.

—En Marte el pecado puede tener la apariencia de la virtud. ¡Tenemos que estar prevenidos contra unos actos virtuosos que quizá sean pecados!, —había dicho el padre Peregrine sonriendo animadamente—. ¡Qué interesarrte! ¡El trabajo de un misionero nunca estuvo tan envuelto en aventuras! ¡Desde hace siglos!

—Yo reconoceré el pecado, aun en Marte —dijo bruscamente el padre Stone.

—Nosotros los sacerdotes, tenemos el orgullo de ser como papeles de tornasol, que cambian de color ante la presencia del pecado —replicó el padre Peregrine—. Pero ¿y si la química marciana es tal que no nos coloreamos? Si hay sentidos nuevos en Marte, tenemos que admitir también la posible existencia de pecados irreconocibles.

—Si no hay mala intención, no puede haber pecado, ni castigo, ni arrepentimiento. Son palabras del Señor —dijo el padre Stone.

—En la Tierra, sí. Pero quizá los pecados marcianos puedan llevar el mal al subconsciente, en forma telepática, dejando la conciencia en libertad de acción, ¡aparentemente sin malicia! ¿Qué pasa, entonces?

—¿Qué pecados nuevos podrían existir?

El padre Peregrine se había inclinado pesadamente hacia adelante.

—Adán, solo, no pecó. Añádale Eva, y añade usted la tentación. Añada un segundo hombre, y ya es posible el adulterio. Con la adición del sexo y otros seres humanos, se añade el pecado. Si los hombres no tuviesen brazos, no podrían estrangular a nadie con los dedos. No existiría entonces ese pecado de asesinato. Añádales manos y aparece la posibilidad de una nueva violencia. Las amebas no pecan. Se reproducen por división celular. No desean la mujer del prójimo, ni se matan entre sí. Añádales a las amebas sexo, piernas y brazos y tendrá usted crímenes y adulterios. Añada o saque un brazo y una pierna a una persona, y añadirá o suprimirá un mal posible. Si hay en Marte otros cinco nuevos sentidos, órganos, miembros invisibles que no podemos imaginar, ¿no habrá entonces cinco nuevos pecados?

El padre Stone lanzó un bufido.

—¡Parece como si esa idea le gustara!

—Me mantiene la mente despierta, padre. Eso es todo.

—Su mente está siempre haciendo juegos de manos, ¿eh? Con espejos, platos, antorchas…

—Sí. Porque muy a menudo la Iglesia se parece a esos cuadros vivos de los circos donde al levantarse el telón aparecen unos hombres inmóviles, blancos, bañados en talco u óxido de cinc, que representan la belleza

abstracta. Admirable. Pero yo confío en que me dejen andar libremente entre esos hombres. ¿Usted no, padre Stone?

El padre Stone se había alejado.

—Creo que será mejor que nos acostemos. Dentro de unas horas daremos un salto para ver esos nuevos pecados suyos, padre Peregrine.

El cohete estaba preparado para partir.

Los padres dejaron sus oraciones matinales. Hacía mucho frío. Los escogidos sacerdotes de Los Angeles, Nueva York o Chicago —la Iglesia estaba enviando lo mejor que tenía— caminaron a través del pueblo hasta el campo escarchado. El padre Peregrine recordaba las palabras del obispo:

—Padre Peregrine, usted capitaneará a los misioneros con el padre Stone como ayudante. Al elegirlo a usted para esta importante tarea he visto que mis motivos son deplorablemente oscuros. Pero su folleto sobre los pecados planetarios no ha dejado de tener sus lectores. Es usted un hombre flexible. Y Marte es como un armario sucio del que nadie se preocupó durante miles de años. Los pecados se han acumulado allí como en un almacén de antigüedades. Marte tiene el doble de la edad de la Tierra, y tiene también el doble de noches de sábados, de despachos de bebidas, y de ojos clavados en mujeres desnudas como focas blancas. Cuando abramos ese armario cerrado, todo eso caerá sobre nosotros. Necesitamos un hombre rápido y flexible, alguien que sepa esquivar el golpe. Un hombre demasiado dogmático se rompería en dos. Me parece que usted resistirá bien. Padre, puede comenzar.

El obispo y los padres se arrodillaron.

Se sucedieron las bendiciones, y rociaron el cohete con agua bendita. El obispo, incorporándose, se dirigió a los padres:

—Vais a preparar a los marcianos para que ellos puedan recibir la Verdad. Sé que Dios os acompaña. Os deseo a todos un viaje bien meditado.

Pasaron ante el obispo, los veinte hombres, con un susurro de sotanas. Todos pusieron las manos entre las bondadosas manos del obispo, y luego subieron al proyectil purificado.

—Me pregunto —dijo en el último instante el padre Peregrine—, ¿y si Marte fuese el infierno? ¿Si estuviese esperándonos para luego estallar en una nube de fuego y piedras?

—Que el Seríor nos bendiga —dijo el padre Stone.

El cohete comenzó a moverse.

Salir del espacio era como salir de la más hermosa de las catedrales. Pisar el suelo de Marte era como pisar el ordinario pavimento, fuera de la iglesia, cinco minutos después de haber sentido, realmente, amor a Dios.

Los padres salieron cautelosamente del cohete humeante y se arrodillaron en el suelo marciano. El padre Peregrine entonó una oración de gracias.

—Señor, te damos gracias por este viaje a través de tus moradas. Y, Seríor, hemos llegado a un mundo nuevo, de modo que necesitamos ojos nuevos. Oiremos sonidos nuevos, y necesitamos oídos nuevos. Y habrá aquí pecados nuevos, y te pedimos la gracia de unos corazones más firmes y más puros.

Los padres se incorporaron.

Y aquí estaba Marte, como un mar en el que se iban a sumergir disfrazados de biólogos submarinos, en busca de la vida. Éste era el territorio de los ocultos pecados. ¡Oh, qué cuidadosamente debían de guardar el equilibrio, como plumas grises, en este nuevo elemento, temerosos de que hasta caminar sobre él fuese pecado, o respirar, o aun ayunar!

Y ahí estaba el alcalde de la Primera Ciudad que se acercaba a ellos con la mano extendida.

—¿Qué puedo hacer por usted, padre Peregrine?

—Quisiéramos saber algo de los marcianos. Pues sólo así podremos construir inteligentemente nuestra iglesia. ¿Miden tres metros de altura? Construiremos unas puertas muy altas. ¿Tienen la piel azul, roja o verde? Cuando pongamos figuras humanas en los vitrales pintaremos la piel con el color adecuado. ¿Son pesados? Haremos asientos sólidos.

—Padre Peregrine —dijo el hombre—, no creo que los marcianos deban de preocuparle. Hay dos razas.

Una de ellas está casi muerta. Los pocos que quedan viven escondidos. Y la segunda raza… bueno, no son seres humanos.

—Oh. —El corazon del padre Peregrine latió más rápidamente.

—Son globos de luz, padre, luminosos y redondos. Hombres o animales, ¿quién puede saberlo? Pero actúan inteligentemente. Así he oído. —El alcalde se encogió de hombros—. Pero por supuesto, no son hombres, así que no creo que usted deba prcocuparse…

—Al contrario —dijo el padre Peregrine con rapidez—. ¿Inteligentes, ha dicho?

—Corre una historia. Un cateador de minas se rompió una pierna en esas montarías. Solo, se hubiese muerto. Las esferas de luz se le acercaron. Cuando se despertó, estaba acostado en la carretera y no sabía cómo había llegado allí.

—Borracho —dijo el padre Stone.

—Ésa es la historia —dijo el alcalde—. Padre Peregrine, muerta la mayor parte de los marcianos, y sólo con esos globos azules, creo francamente que sería mejor que se instalase en la Primera Ciudad. Marte se ha inaugurado hace poco. Es una región fronteriza, como las de aquellos viejos días terrestres: el Oeste y Alaska. Los hombres vienen aquí en oleadas. Hay unos dos mil mecánicos irlandeses y mineros y trabajadores que necesitan asistencia espiritual; pues hay demasiadas malas mujeres en ese pueblo y demasiado vino marciano de hace diez siglos…

El padre Peregrine observaba las colinas azules.

El padre Stone se aclaró la garganta.

—¿Y bien, padre?

El padre Peregrine no lo oyó.

—¿Esferas de fuego azul?

—Sí, padre.

—Ah —suspiró el padre Peregrine.

—Globos azules —dijo el padre Stone sacudiendo la cabeza—. ¡Un circo!

El padre Peregrine sintió que la sangre le golpeaba en las muñecas. Miró el pueblecito fronterizo, con sus pecados frescos y recientes, y miró las antiguas colinas, con los más viejos y sin embargo (para él) más nuevos pecados.

—Alcalde, ¿sus irlandeses podrán cocinarse un día más en el infierno?

—Les daré una vuelta, preparándolos para su llegada, padre.

—Entonces, iremos allá —dijo el padre señalando las colinas con un movimiento de cabeza.

Un murmullo.

—Sería algo tan simple —explicó el padre Peregrine— ir al pueblo. Prefiero pensar que si el Señor viniese a este planeta y le dijeran: «Éste es el viejo sendero, —Él replicaría—: Mostradme los matorrales. Yo abriré el sendero».

—Pero… .

—Padre, piense cómo nos pesarían las conciencias si pasáramos junto a unos pecadores sin tenderles la mano.

—¡Pero globos de fuego!

—Me imagino que los animales cuando vieron por primera vez al hombre pensaron que era bastante raro. Y sin embargo, tenía un alma. Supongamos, hasta que probemos otra cosa, que esas esferas brillantes tienen también un alma.

—Muy bien —dijo el alcalde—, pero luego vendrá al pueblo.

—Ya veremos. Primero el desayuno. Luego usted y yo, padre Stone, iremos hasta esas colinas. No quiero asustar a esos marcianos de fuego con máquinas o multitudes. ¿Desayunamos?

Los padres comieron en silencio.

A la caída de la noche el padre Peregrine y el padre Stone se encontraban en lo alto de las colinas. Se detuvieron y se sentaron en una roca a descansar y esperar. Los marcianos no habían aparecido aún y los dos padres se sentían vagamente desilusionados.

—Me pregunto… —El padre Peregrine se secó el sudor de la cara—. ¿Le parece que si les gritamos «¡Hola!» nos responderán?

—Padre Peregrine, ¿no hablará usted nunca seriamente?

—No, no mientras el Señor no haga lo mismo. Oh, no ponga esa cara de susto, por favor. El Señor no es serio. En realidad, es difícil saber qué es, además de amor Y el amor está unido al humor ¿no es cierto? Pues no se puede amar a alguien si no se está dispuesto a aguantarlo. Y no se puede aguantar constantemente a alguien sin reírse de él, ¿no es verdad? Somos, es indudable, unos animalitos ridículos que se revuelven en un tazón. Dios debe de amarnos principalmente porque le causamos gracia.

—Nunca imaginé a Dios como un humorista.

—¡El creador del platirrino, el camello, el avestruz y el hombre! ¡Oh, por favor! —El padre Peregrine se rió.

Pero en ese mismo instante, entre las colinas sombrías, como una hilera de lámparas azules que iluminasen el camino, aparecieron los marcianos.

El padre Stone fue el primero en verlos.

—¡Mire!

El padre Peregrine se volvió y dejó de reír.

Los azules globos de fuego se detuvieron palpitando entre las estrellas titilantes.

—¡Monstruos!

El padre Stone se incorporó de un salto. Pero el padre Peregrine lo retuvo.

—¡Espere!

—¡Tendríamos que haber ido a la ciudad!

—¡No! ¡Escuche, mire!, —suplicó el padre Peregrine.

—¡Tengo miedo!

—No. Son obra de Dios.

—¡Del demonio!

—No. Serénese.

El padre Peregrine calmó al padre Stone, y volvieron a sentarse. Las esferas azules se acercaron iluminando la cara de los dos sacerdotes.

Otra vez la noche del día de la Independencia, pensó el padre Peregrine, estremeciéndose. Se sentía como un niño en aquellos atardeceres del cuatro de julio, cuando estallaban los cielos, rompiéndose en estrellas de polvo y ardiente sonido, y las ventanas de las casas temblaban como el hielo de mil charcos. Las tías, los tíos y los primos, gritaban: ¡Ah!, como ante un médico celestial. El cielo de verano se llenaba de colores. Y los globos de fuego, encendidos por algún abuelo indulgente, se alzaban en manos firmes y tiernas. ¡Oh, el recuerdo de aquellos hermosos globos de fuego, de luz suave, de cálidos e hinchados tejidos, como alas de insecto, que yacían como mariposas plegadas en cajas, y que al fin, después de un día de desorden y furia, los niños desdoblaban cuidadosamente! Azules, rojos, blancos, patrióticos, ¡los globos de fuego! El padre Peregrine vio otra vez los rostros de los familiares queridos, muertos hacía ya mucho tiempo, y ya cubiertos de musgo, mientras el abuelo encendía las velitas, permitiendo que el aire caliente subiera a llenar los globos luminosos que los niños sostenían entre las manos, como una brillante visión que no se atrevían a liberar; pues ya sueltos los globos, otro año se iba de la vida, otro cuatro de julio, otro fragmento de belleza se perdía para siempre. Y hacia arriba, hacia arriba, todavía más arriba, hacia las cálidas constelaciones del verano, subían los globos de fuego, mientras los ojos castaños y azules los seguían desde los porches familiares. Allá, en el territorio de Illinois, sobre ríos nocturnos y casas dormidas, los globos de fuego se elevaban cabeceando y alejandose para siempre…

El padre Peregrine sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sobre él oscilaban los marcianos, como mil susurrantes globos de fuego. En cualquier momento su bondadoso abuelo, muerto hacía ya tanto tiempo, aparecería a su lado, con los ojos clavados en la belleza.

Pero era el padre Stone.

—¡Vámonos, por favor, padre!

—Tengo que hablarles.

El padre Peregrine se adelantó sin saber qué decir. ¿Qué les había dicho, mentalmente, a los globos de fuego del pasado? Sois hermosos, sois hermosos. Nada más, y eso ahora no parecía bastante. El padre Peregrine sólo atinó a levantar los gruesos brazos y a gritarles como había deseado hacerlo en otro tiempo ante otros globos:

—¡Hola!

Pero las esferas luminosas siguieron ardiendo como imágenes en un espejo oscuro. Parecían inmóviles, gaseosas, milagrosas, eternas.

—Venimos con Dios —dijo el padre Peregrine dirigiéndose al cielo.

—¡Qué tontería, qué tontería! —El padre Stone se mordía el dorso de la mano—. ¡Cállese, padre Peregrine, en nombre de Dios!

Las esferas fosforescentes se alejaron entre las colinas. Un instante después, habían desaparecido.

El padre Peregrine las llamó de nuevo y el eco de su último grito sacudió las cimas más próximas. Se dio vuelta y vio que un alud levantaba una nube de polvo, se detenía, y luego, con un estruendo de ruedas de piedra, descendía por la montaña.

—¡Mire lo que ha hecho!, —gritó el padre Stone.

El padre Peregrine miró las piedras, casi fascinado, y luego con horror. Se volvió, sabiendo que sólo podrían correr unos metros. Serían aplastados por las rocas. Apenas alcanzó a murmurar:

—¡Oh, Señor!, —y las rocas cayeron.

—¡Padre!

Los sacerdotes fueron apartados de su sitio como el trigo de la cizaña. El débil resplandor azul de unas esferas, unos astros fríos que se movieron rápidamente, el eco de un trueno, y los padres se encontraron de pie en una arista rocosa a cincuenta metros de distancia del lugar donde habían caído unas cuantas toneladas de piedra.

La luz azul se desvaneció.

Los padres se tomaron por los brazos.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Los fuegos azules nos trajeron aquí!

—¡Hemos venido corriendo!

—No, los globos nos salvaron la vida.

—¡Imposible!

—Pues así ha sido.

El cielo estaba desierto. Parecía como si una enorme campana hubiese dejado de sonar. Las reverberaciones golpeaban aún los dientes y las médulas de los padres.

—Vámonos de aquí. Usted va a matarnos.

—No he temido a la muerte durante muchos años, padre Stone.

—No hemos probado nada. Esas luces azules huyeron al oír el primer grito. Todo esto es inútil.

—No. —El padre Peregrine se sentía poseído por una maravillosa obstinación—. Nos salvaron, de algún modo Eso prueba que tienen alma.

—Eso prueba solamente que pueden habernos salvado Fue algo confuso. Quizá escapamos por nuestros propios medios

—No son animales, padre Stone. Los animales no salvan vidas, y menos aún vidas extrañas. Misericordia y compasión, eso hemos visto. Quizá, mañana, podamos probar algo más.

—¿Probar qué? ¿Cómo? —El padre Stone sentía una inmensa fatiga. Su rostro endurecido reflejaba la violencia por la que habían pasado su cuerpo y su mente—. ¿Siguiéndolos en helicópteros, leyéndoles capítulos y versículos? No son seres humanos. No tienen ojos, ni oídos, ni cuerpos como los nuestros.

—Pero yo he sentido algo ante ellos —replicó el padre Peregrine—. Siento que va a revelárseme algo muy importante. Nos salvaron. Piensan. Podían elegir: dejarnos morir o salvarnos. ¡Esto prueba la existencia de un libre albedrío!

El padre Stone estaba ocupado en encender un fuego, mirando las ramitas que tenía en la mano, tosiendo ante la humareda gris.

—Abriré un convento para ocas, un monasterio para cerdos devotos, y construiré una microscópica capilla para que los infusorios puedan asistir a los servicios dominicales y pasen las cuentas del rosario entre sus flagelos.

—Oh, padre Stone.

—Perdóneme. —El padre Stone, enrojecido, parpadeó a través del fuego—. Pero esto es como bendecir a un cocodrilo que va a devorarnos. Está usted arriesgando todas nuestras vidas. ¡Deberíamos estar en la Primera Ciudad, sacando el licor de las gargantas de los hombres y el perfume de las manos!

—¿No puede usted reconocer lo humano en lo inhumano?

—Reconozco más fácilmente lo inhumano en lo humano.

—Pero ¿y si yo pruebo que estos seres conocen el pecado, conocen la moral, y gozan de libertad e inteligencia?

—Le costará convencerme.

La noche se enfriaba con rapidez, y los padres miraron las llamas donde bailaban unos trastornados pensamientos, y comieron unos bizcochos y unas fresas, y luego se abrigaron para dormir bajo la armonía de los astros. Y antes de volverse por última vez, el padre Stone, que estaba pensando en cómo molestar al padre Peregrine, miró las brasas rosadas y dijo:

—No hubo Adán y Eva en Marte. No hubo pecado original. Quizá los marcianos viven en gracia de Dios. Así que podríamos volver a la ciudad y

comenzar a trabajar con los terrestres.

El padre Peregrine se prometió a sí mismo rezar una oración por el padre Stone, que se había enojado tanto, y que ahora se estaba mostrando vengativo.

—Sí, padre Stone; pero los marcianos mataron a varios de nuestros colonos. Eso es pecado. Tiene que haber habido un pecado original y una Eva y un Adán marcianos. Los descubriremos. Los hombres son siempre hombres, no importa cuál sea su forma, y pecan fácilmente.

Pero el padre Stone se hacía el dormido.

El padre Peregrine no cerró los ojos.

Indudablemente, no podían mandar a esos marcianos al infierno, ¿podían acaso? ¡Qué compromiso para sus conciencias! Podían volver a las nuevas ciudades de la colonia, esas ciudades tan llenas de lugares de perdición, y mujeres con ojos como chispas y blancos cuerpos de ostra que retozaban en las camas con los trabajadores solitarios. ¿No era ése el lugar de los padres? ¿No era este paseo por las colinas un mero capricho? ¿Pensaba él realmente en la Iglesia de Dios, o estaba apagando la sed de su esponjosa curiosidad? ¡Esos fuegos de San Telmo, redondos y azules, como ardían detrás de la máscara, lo humano detrás de lo inhumano! ¿No se sentiría interiormente orgulloso si pudiera decirse a sí mismo que había convertido a toda una mesa de billar llena de bolas de fuego? ¡Qué pecado de orgullo! Merecía una buena penitencia. Pero uno comete tantos actos de orgullo por amor, y él amaba tanto a Dios y era por eso tan feliz. Y quería que todos fueran tan felices como él.

Antes de dormirse vio aún el retorno de los fuegos azules, como un vuelo de ángeles ardientes que venían a velar su sueño cantándole en silencio.

Cuando el padre Peregrine se despertó, en las primeras horas de la mañana, los sueños redondos y azules estaban todavía en el cielo.

El padre Stone dormía profunda y serenamente. El padre Peregrine observaba a los marcianos, que flotaban y lo observaban. Eran seres humanos, lo sabía muy bien. Pero tenía que probarlo, o si no iba a enfrentarse con un obispo de lengua seca y ojos secos que le diría, bondadosamente, que se hiciera a un lado.

¿Pero cómo probar la humanidad de unos seres que se ocultaban en las altas bóvedas del cielo? ¿Cómo atraerlos, y obtener de ellos las respuestas necesarias?

—Nos salvaron de esas rocas.

El padre Peregrine se levantó, camino entre las piedras y comenzó a subir por la colina más cercana hasta una saliente que caía a pico sobre un abismo

de cincuenta metros. Respiraba fatigosamente. Había ascendido con rapidez, y el aire era helado. Se detuvo, reteniendo el aliento.

—Si caigo desde aquí, no saldré seguramente con vida.

Dejó caer un guijarro. Un momento después se oyó el ruido de la piedra al chocar contra las rocas. Dejó caer otro guijarro.

—No será suicidio, ¿no es cierto?, si lo hago por amor… .

Alzó los ojos hacia las esferas.

—Pero antes, probaré otra vez. ¡Hola! ¡Hola!

Los ecos retumbaron uno sobre otro, pero los fuegos azules no cambiaron ni se movieron.

Les habló durante cinco minutos. Cuando terminó, miró al padre Stone, allá abajo, indignantemente dormido.

—Tengo que probarlo todo. —El padre Peregrine se adelantó hacia el borde del precipicio—. Soy un hombre viejo. No tengo miedo. Seguramente el Señor comprenderá que lo hago por Él.

Tomó aliento. Su vida entera desfiló rápidamente. ¿Moriré dentro de un instante? Temo amar demasiado la vida. Pero amo aún más otras cosas.

Y con este pensamiento, dio un paso en el vacío y cayó.

—¡Tonto!, —se gritó. Daba vueltas en el aire—. ¡Estabas equivocado!

Las rocas subían rápidamente hacia él y se vio a sí mismo aplastado contra ellas y enviado a la gloria.

—¿Por qué he hecho esto? —Pero sabía por qué. Se tranquilizó. El viento rugía y las rocas venían a recibirlo.

Y de pronto, un movimiento de estrellas, un resplandor azul, y el padre Peregrine se vio envuelto en una luz celeste, y suspendido en el aire. Un momento después era depositado, con un golpe suave, sobre las rocas. Y allí se sentó, vivo, palpándose el cuerpo, y clavando los ojos en esas luces azules que ya se habían retirado.

—¡Me habéis salvado la vida!, —murmuró—. No me dejasteis morir. Sabíais que estaba equivocado.

Corrió hacia el padre Stone, que dormía aún, tranquilamente.

—¡Padre, padre, despierte! —Lo sacudió, y lo volvió hacia él—. ¡Padre, me han salvado!

—¿Quién lo ha salvado? —El padre Stone parpadeó incorporándose.

El padre Peregrine relató su experiencia.

—Un sueño, una pesadilla. Vamos, duérmase otra vez —dijo el padre Stone, irritado—. Usted y sus globos de circo.

—¡Pero estaba despierto!

—Vamos, vamos, padre. Cálmese.

—¿No me cree? ¿Tiene un arma? Sí, démela.

—¿Qué va a hacer?

El padre Stone le alcanzó el arma de fuego que habían traído para protegerse de las serpientes, y otros similares e imprevisibles animales.

El padre Peregrine esgrimió el arma.

—¡Lo probaré!

Apuntó a su propia mano y disparó.

—¡Deténgase!

Se vio una luz temblorosa y ante los propios ojos de los padres la bala se detuvo a unos centímetros de la palma de la mano. Se quedó allí, un momento, rodeada por una fosforescencia azul. Luego cayó, hundiéndose en el polvo con un débil silbido.

El padre Peregrine disparó el arma tres veces: contra una mano, una pierna, el cuerpo. Las tres balas flotaron, brillantes, y luego, como insectos muertos, cayeron a sus pies.

—¿Ha visto?, —dijo el padre Peregrine, soltando el arma, que cayó junto a las balas—. Saben. Comprenden. No son animales. Piensan, juzgan y viven en un clima moral. ¿Qué animal me hubiese salvado de mí mismo como éste? No, ningún animal. Sólo un hombre, padre. ¿Cree usted ahora?

El padre Stone miraba el cielo y las luces azules. Luego, en silencio, se dejó caer sobre una rodilla y recogió las balas tibias y las tuvo un momento en la palma de la mano. Cerró firmemente los dedos.

El sol se levantaba detrás de los padres.

—Creo que debemos reunirnos con los otros, contarles lo que pasa y traerlos aquí —dijo el padre Peregrine.

Cuando el sol llegó a lo alto del cielo, ya no estaban muy lejos del cohete.

El padre Peregrine dibujó un círculo en el centro del pizarrón encerado.

—Éste es Cristo, el hijo del Padre.

Los sacerdotes ahogaron un grito. El padre Peregrine se hizo el sordo.

—Éste es Cristo en toda su gloria —continuó.

—Parece un problema de geometría —observó el padre Stone.

—Una comparación afortunada, pues se trata aquí de símbolos. Cristo no es menos Cristo, como deben admitirlo ustedes, porque esté representado por un cuadrado o un círculo. La cruz ha simbolizado, durante siglos, su amor y su agonía. Ahora este círculo será el Cristo marciano. Así lo presentaremos en Marte.

Los padres, incómodos, se agitaron en sus asientos y se miraron.

—Usted, hermano Matías, fabricará un globo de vidrio lleno de fuego. Lo instalaremos sobre el altar.

—Magia barata —murmuró el padre Stone. El padre Peregrine continuó pacientemente:

—Al contrario, les presentaremos a Dios mediante una imagen comprensible. ¿Si Cristo se hubiese presentado en la Tierra como un pulpo, lo hubiéramos aceptado fácilmente? —El padre Peregrine abrió las manos—. ¿Fue acaso un truco barato de Dios enviarnos a Cristo bajo la forma de un hombre? Cuando hayamos bendecido la iglesia, y consagremos el altar y este símbolo, ¿creéis que Cristo se rehusará a habitar esta forma? Vuestros corazones saben muy bien que no.

—¡Pero el cuerpo de un animal sin alma!, —dijo el padre Matías.

—Ya hemos discutido eso, muchas veces, hermano Matías. Esas criaturas nos salvaron de las rocas. Comprendieron que la autodestrucción es algo pecaminoso, y la evitaron una y otra vez. Por lo tanto tenemos que edificar una iglesia en las colinas, vivir junto a ellos, que descubrir sus modos de pecar, sus extraños modos de pecar, y ayudarles a encontrar a Dios.

Los padres no parecían complacidos con el proyecto.

—¿Os preocupa su forma?, —preguntó el padre Peregrine—. ¿Pero qué es una forma? Sólo un recipiente para el alma luminosa que Dios nos ha concedido. Si yo mañana descubriese que los leones marinos son inteligentes y libres, que saben cuándo no deben pecar, que comprenden el significado de la existencia, y que moderan la justicia con la misericordia y la vida con el amor, yo levantaría entonces una catedral submarina. Y si los gorriones fueran dotados, milagrosamente, y por voluntad de Dios, de un alma inmortal, llenaría una iglesia de helio y los perseguiría por los aires, pues todas las almas, cualquiera sea su forma, que gocen de libre albedrío y tengan conciencia de sus pecados, arderán en el infierno si no enderezan su vida. No dejaré por lo tanto que una esfera marciana arda para siempre en el infierno. Es una esfera sólo ante mis ojos. Cuando cierro los ojos la veo ante mí como inteligencia, amor, espíritu… y no puedo no hacerle caso.

—¡Pero ese globo de vidrio que usted desea instalar en el altar!, —protestó el padre Stone.

—Pensad en los chinos —replicó el padre Peregrine imperturbable—. ¿Qué clase de Cristo adoran los cristianos en la China? Un Cristo oriental, naturalmente. Todos habéis visto escenas de navidad orientales. ¿Cómo está vestido Cristo? Con ropas asiáticas. ¿Por dónde anda? Entre casas de bambú y montañas de niebla, y árboles torcidos. Las pestañas son más largas; los

huesos de las mejillas, más altos. Cada país, cada raza, añaden algo suyo a Nuestro Señor. Me acuerdo de la Virgen de Guadalupe, a quien reverencia todo México. Su piel… ¿Habéis visto el color de su piel? Una piel oscura, igual a la de sus devotos. ¿Es eso una blasfemia? De ningún modo. No es lógico que los hombres acepten a Dios —no importa su realidad— de otro color. Me he preguntado muchas veces por qué nuestros misioneros tienen éxito en África con un Cristo blanco como la nieve. Quizá porque el blanco es un color sagrado, como el de un albino, para las tribus africanas. Denles tiempo. ¿Cristo no se oscurecerá? La forma no tiene importancia. El contenido es todo. No podemos esperar que esos marcianos acepten una forma extraña. Les presentaremos a Cristo parecido a ellos.

—Hay una falla en su razonamiento, padre —dijo el padre Stone—. ¿No nos creerán hipócritas, los marcianos? Pronto verán que no adoramos a un Cristo redondo y globular, sino a un hombre con cabeza y miembros. ¿Cómo justificaremos la diferencia?

—Mostrándoles que no hay ninguna. Cristo ocupa cualquier recipiente. Cuerpos o globos, allí está él.

Todos adoran lo mismo, bajo formas distintas. Más aún, tenemos que creer en este globo de fuego. Tenemos que creer en una forma que no tiene, para nosotros, ningún sionificado. Este esferoide ser Cristo. Y tenemos que recordar que también nosotros, como la forma de nuestro Cristo terrestre, somos algo ridículo y absurdo para estos globos marcianos.

El padre Peregrine dejó a un lado la tiza.

—Y ahora, vayamos a las colinas a edificar nuestra iglesia.

Los padres empaquetaron sus equipos.

La iglesia no era una iglesia, sino una superficie libre de rocas, una plataforma en lo alto de una colina, de suelo liso y limpio, y un altar en donde el hermano Matías había instalado un globo de fuego.

Y al cabo de seis días de trabajo la iglesia estaba lista.

—¿Qué haremos con esto? —El padre Stone golpeó con la punta de los dedos la campana de hierro que habían traído—. ¿Qué significa esta campana para ellos?

—Creo que la he traído para nuestra propia comodidad —admitió el padre Peregrine—. Necesitamos algunas cosas familiares. Esta iglesia se parece tan poco a una, iglesia. Y todos sentimos que hay algo de absurdo en todo esto… Yo mismo lo siento así. Es algo demasiado nuevo. Convertir criaturas de otro mundo. A veces me siento como un actor ridículo. Y entonces le pido a Dios que me dé las fuerzas necesarias.

—Algunos de los padres no se sienten nada contentos. Algunos se ríen de todo esto, padre Peregrine.

—Ya lo sé. Para tranquilidad de esos padres instalaremos esta campana, en una torrecita.

—¿Y qué haremos con el órgano?

—Lo tocaremos mañana, en el primer servicio.

—Pero, los marcianos…

—Ya lo sé. Pero vuelvo a repetírselo. Para nuestra propia comodidad, nuestra propia música. Más tarde descubriremos la música marciana.

Los padres se levantaron muy temprano en la mañana de domingo, y se movieron en el aire helado como pálidos fantasmas, con las sotanas cubiertas de escarcha crujiente. Estaban como adornados de campanillas, y esparcían a su alrededor unas gotas plateadas.

—Me pregunto si hoy es domingo en Marte —murmuró el padre Stone, pero al ver el gesto del padre Peregrine continuo—: Puede ser miércoles o jueves, ¿quién sabe? Pero no importa. Dejemos correr la imaginación. Es domingo para nosotros. Adelante.

Los padres entraron en la plataforma de la «iglesia» y se arrodillaron, estremeciéndose, con los labios morados.

El padre Peregrine pronunció una breve oración, y puso los fríos dedos sobre las teclas del órgano. La música se alzó como un vuelo de hermosos pájaros. El padre Peregrine tocaba las teclas como un hombre que mueve las manos entre las hierbas de un jardín salvaje, levantando grandes bandadas de belleza hacia las colinas.

La música calmó el aire. Se sentía el olor fresco de la mañana. La música flotó entre las colinas e hizo caer una lluvia de polvo mineral. Los padres esperaban.

—Bueno, padre Peregrine. —El padre Stone recorrió con los ojos el cielo vacío donde el sol, rojizo como un horno, se estaba levantando——. No veo a sus amigos

—Probaré otra vez.

El padre Peregrine tenía el rostro cubierto de sudor. Construyó una iglesia de música, tan alta que su presbiterio se alzaba en Nínive y sus agujas junto a la izquierda de San Pedro. Cuando el padre Peregrine dejó de tocar, la música no se deshizo. Se convirtió en un grupo de nubes blancas, y el viento las llevó hacia otras tierras.

El cielo estaba todavía vacío.

—¡Tienen que venir! —Pero el padre Peregrine sintió que el terror lo invadía, lentamente—. Recemos.

Pidamos que vengan. Los marcianos saben leer el pensamiento.

Los padres volvieron a arrodillarse, entre murmullos y suspiros. Rezaron.

Y del este, de las montañas de hielo, a las siete en punto de aquella mañana de domingo, quizá mañana de jueves o de lunes en Marte, surgieron los delicados globos de fuego. Flotaron suavemente y descendieron hasta rodear a los padres temblorosos.

—Gracias, oh, gracias, Señor.

El padre Peregrine cerró con fuerza los ojos y tocó la música, y cuando terminó, volvió la cabeza y miró a sus asombrosos feligreses.

Y una voz le rozó la mente. Dijo la voz:

—Hemos venido sólo por un rato.

—Pueden quedarse —dijo el padre Peregrine.

—Sólo por un rato —dijo la voz serenamente—. Hemos venido a deciros algo. Podíamos haber hablado antes. Pero creímos que si os dejábamos solos seguiríais quizá vuestro camino.

El padre Peregrine cornenzó a hablar, pero la voz lo detuvo.

—Somos los viejos —dijo la voz, y las palabras entraron en el padre Peregrine como una llamarada de gases azules que ardieron en las cámaras de su cabeza—. Somos los viejos marcianos. Dejamos las ciudades de mármol y vinimos a las colinas, alejándonos de nuestra antigua vida material. Nos convertimos, hace mucho tiempo, en esto que somos ahora. Una vez fuimos hombres, con cuerpos y piernas y brazos como los vuestros. Dice la leyenda que uno de nosotros, un hombre sabio, descubrió el modo de liberar el alma y la mente del hombre, de liberarlos de las enfermedades corporales, la melancolía, la muerte, las transfiguraciones, los malos humores y la vejez, y entonces tomamos esta forma de luz y fuego azul, y comenzamos a vivir, para siempre, en el viento, el cielo y las colinas, ya nunca orgullosos ni arrogantes, ni ricos ni pobres, ni apasionados ni fríos. Vivimos apartados de los hombres que habitan este mundo. Nadie recuerda cómo ha podido ocurrir. El método ha sido olvidado. Pero no morimos nunca, ni hacemos daño a nadie. Hemos dejado los pecados del cuerpo, y vivimos en estado de gracia. No deseamos los bienes ajenos; no tenemos bienes. No robamos y no matamos, desconocemos la concuspicencia y el odio. Vivimos felices. No podemos reproducirnos, no podemos beber, ni comer, ni guerrear. Cuando abandonamos nuestros cuerpos, abandonamos también las sensualidades y las debilidades de la carne. Nos hemos librado del pecado, padre Peregrine.

Nuestros pecados han ardido como hojas de otoño, se han desvanecido como las flores sexuales de una primavera roja y amarilla, han quedado atrás como las noches sofocantes del más cálido verano. Y nuestra estación es templada, y en nuestro clima florecen los pensamientos.

El padre Peregrine se había incorporado, pues la voz lo tocaba de tal modo que se sentía casi fuera de sí. Era un éxtasis y una llama que le atravesaban el cuerpo.

—Deseamos deciros que apreciamos que hayáis construido este edificio para nosotros, pero no nos hace falta, pues cada uno de nosotros es un templo en sí mismo, y no necesita lugar alguno para purificarse. Perdonadnos que no hayamos venido antes, pero vivimos muy apartados los unos de los otros, y no hemos hablado con nadie durante diez mil años, ni hemos intervenido en la vida de este viejo planeta. Se os ha ocurrido ahora que somos como los lirios del campo: no trabajamos, no hilamos. Tenéis razón. Os sugerimos por lo tanto que llevéis este templo a las nuevas ciudades y allí limpiéis a otros hombres. Pues creedlo, nosotros vivimos felices, y en paz.

Los padres seguían arrodillados, envueltos en aquella vasta luz azul, y el padre Peregrine se había arrodillado también, y todos lloraban. No les importaba haber perdido el tiempo. No les importaba.

Las esferas azules murmuraron y comenzaron a elevarse otra vez, en una ráfaga de aire fresco.

—Puedo…--gritó el padre Peregrine, titubeando, y con los ojos cerrados, —¿puedo venir otra vez, algún día, a aprender de vosotros?

Los fuegos azules resplandecieron. El aire se estremeció.

Sí. Algún día podría volver. Algún día.

Y enseguida los globos de fuego se alejaron y desaparecieron, y el padre Peregrine era un niño arrodillado, con los ojos llenos de l grimas, que gritaba:

—¡Vuelvan! ¡Vuelvan! —Y en cualquier momento el abuelo lo alzaría en brazos y lo llevaría escaleras arriba, a aquel dorrnitorio de un antiguo pueblo de Ohio…

Los padres abandonaron las colinas. Caía el sol. El padre Peregrine volvió la cabeza y vio los fuegos azules que ardían a lo lejos. No, pensó, no podemos levantar una iglesia para vosotros. Sois la belleza misma. ¿Qué iglesia puede competir con el fuego de un alma pura?

El padre Stone caminaba en silencio a su lado, y dijo al fin:

—Yo creo que hay una verdad en todos los mundos. Y todas ellas son partes de una misma verdad. Un día todas se unirán como trozos de un gran rompecabezas. Ha sido una verdadera experiencia, padre Peregrine. Nunca

volveré a tener más dudas. Pues esta verdad es tan cierta como la verdad de la Tierra, y ambas concuerdan entre sí. Iremos a otros mundos, y sumaremos las distintas fracciones de la verdad hasta que el total se alce ante nosotros como la luz de un nuevo día.

—Es mucho decir viniendo de usted, padre Stone.

—Lamento, en cierto modo, que descendamos a la ciudad, para ocuparnos de seres de nuestra propia especie. Esas luces azules. Cuando se posaron alrededor de nosotros, y esa voz.

El padre Stone se estremeció.

El padre Peregrine lo tomó de un brazo. Caminaron juntos.

—Y sabe usted —dijo el padre Stone finalmente, con la vista fija en el hermano Matías que marchaba ante ellos, llevando cuidadosamente en los brazos aquella esfera de vidrio donde una fosforescencia azul brillaba para siempre—, sabe usted, padre Peregrine, ese globo… .

—¿Sí?

—Es Él. Es Él, al fin y al cabo.

El padre Peregrine sonrió y juntos descendieron por las colinas, hacia la nueva ciudad.

Intermedio
2003 Febrero

Trajeron cinco mil metros cúbicos de madera de pino de Oregón para construir la décima ciudad, y veinticinco mil metros de abeto de California y levantaron a martillazos un pueblo limpio y claro, a orillas de los canales de piedra. En las noches de los domingos se iluminaban los vidrios rojos, azules y verdes de las iglesias, y desde la calle se oían los himnos numerados. «Cantaremos ahora el 79». «Cantaremos ahora el 94». Y en ciertas casas se oía el duro repiqueteo de una máquina de escribir: el novelista estaba trabajando; o no se oía ningún ruido: el exvagabundo estaba trabajando. Parecía a veces que un enorme terremoto hubiera arrancado de raíz una ciudad de Iowa, y en un abrir y cerrar de ojos un ciclón fabuloso se hubiera llevado a Marte toda la ciudad, y la hubiera puesto allí sin una sacudida.

* Jemima True
2003 Marzo

Jemima True llegó a Marte en la primavera de 2160, y los habitantes masculinos de la nueva ciudad salieron y se giraron para admirarla a su paso. Porque era tan hermosa como una flor, y la miraron mucho después de que se perdió de vista.

Era el sexto edificio de la ciudad en ser construido, y tenía un conjunto de escaleras y una puerta en la parte superior de las escaleras que podías abrir, y un largo corredor detrás de la puerta donde podías mirar dentro de las habitaciones y ver mujeres, con cuerpos nacarados. Las risas de las mujeres se podían escuchar hasta en las cloacas marcianas, y se podía oler su perfume, que los hombres que trabajaron todo el día bajo el calor para hacer que Marte se pareciera a la Tierra, lo encontraron más agradable que el olor de la suciedad de la casa. La casa se encontraba en las afueras de la ciudad, en el cruce de suaves colinas onduladas y luces artificiales. En la casa se escuchaba constantemente el sonido de candelabros que caían (vidrios arrojados) y pasos fuertes.

En la habitación número uno se podía admirar a una joven llamada Jemima True. Su cabello brillaba como el sol y su piel era blanca como la nieve.

Y así los hombres de la Tierra fueron a Marte, al principio unos pocos, luego en oleadas cada vez más grandes. Fueron los primeros en tener un interés especial. Con su microscopio listo, jadeando febrilmente, el científico se aventuró en los áridos campos de Marte en busca de extraños protozoos, bacterias y amebas. ¡Qué emocionado estaba el científico que quería leer todos los libros y tocarlo todo, como Tom Wolfe! Había tantas cosas nuevas aquí que podías comer, analizar, diseccionar. ¡Qué formas de vida! ¡Dios mío, la diversidad! Las diminutas criaturas de polvo y las criaturas de la montaña y los habitantes del viento.

Trajeron quince mil metros cúbicos de pino de Oregón y setenta y nueve mil metros cúbicos de secoya de California y construyeron un pueblo limpio y ordenado al borde de los canales de piedra. Los domingos por la noche podías ver las ventanas de la iglesia iluminadas en rojo, azul y verde y escuchar las

voces de las personas cantando salmos numerados. «¡Ahora cantemos el Salmo 79! ¡Ahora el 94!». Y de algunas casas se oía el repiqueteo de una máquina de escribir, el escritor en el trabajo, o el chisporroteo de la pluma sobre el papel, el poeta en el trabajo, o nada, el exestibador en el trabajo. En muchos sentidos, parecía como si un violento terremoto hubiera abierto los sótanos de una ciudad de Iowa, y luego un torbellino del tamaño de Oz hubiera llevado toda la ciudad a Marte en un abrir y cerrar de ojos y la hubiera depositado suavemente en el suelo.

El hombre corría por las calles con una máscara en la mano. Se llevó la máscara a la cara y profirió ruidos espantosos, luego se escondió detrás de los olmos verdes, bajo los puentes de los arroyos, con los ojos bien cerrados, solo, retraído, en secreto. Doblemente secreto, además, ya que era Halloween, y el viento empujaba a los niños sobre el hormigón y el asfalto iluminados por la luna y entre las vallas de tablas bajas, mientras el enorme reloj blanco con forma de luna que hacía tictac en la torre del juzgado lamentaba solemnemente el paso del tiempo y las estrellas giraban entre los horizontes como una gigantesca rueda de la fortuna.

Los músicos
2003 Abril

Los niños daban largos paseos por el campo marciano. De cuando en cuando abrían las olorosas bolsas de papel y metían allí las narices, y respiraban el penetrante aroma del jamón y de los encurtidos con mayonesa y escuchaban el gorgoteo de la naranjada gaseosa en las botellas tibias. Balanceaban las bolsas de comestibles, repletas de cebollas verdes, acuosas y limpias, de olorosas salchichas, de roja salsa de tomate y de pan blanco, y se desafiaban mutuamente a desobedecer las órdenes severas de las madres. Corrían gritando:

—¡El primero se lleva todo!

Paseaban en verano, en otoño o en invierno. En otoño era más divertido, pues imaginaban entonces que arrastraban los pies entre las hojas otoñales de la Tierra.

Los niños de ojos de ágata azul, con las mejillas hinchadas de caramelos, lanzándose órdenes teñidas de cebolla, se desparramaban como canicas sobre las calzadas de mármol, a orillas de los canales.

Cuando llegaban a la ciudad muerta, a la ciudad prohibida, ya no era hora de gritar: «¡El último que llegue es una mujer!» o «¡El primero que llegue hace de músico!». Las puertas de la ciudad abandonada estaban abiertas para ellos y creían oír unos tenues crujidos en el interior de las casas, como hojas de otoño. Avanzaban imponiéndose silencio, unidos codo con codo, agitando sus palos, recordando que sus padres les habían dicho: «¡Allá no! ¡A ninguna de las ciudades viejas! Cuidado adónde vas. Recibirás la paliza más grande de tu vida cuando vuelvas a casa. ¡Te miraremos los zapatos!».

Allí, en la ciudad muerta, un montón de niños, con sus meriendas a medio devorar, se desafiaban los unos a los otros, con agudos cuchicheos.

—¡Aquí no hay nada!

Y de pronto uno de ellos echaba a correr y entraba en la casa de piedra más próxima, cruzaba la sala y entraba en el dormitorio sin mirar alrededor. Comenzaba a dar puntapiés y a moverse con pasos arrastrados, y las hojas negras y quebradizas, finas como jirones de un cielo de medianoche, volaban por el aire. Detrás de ese niño corrían otros seis, y el primero hacía de músico,

tocando los blancos huesos xilofónicos que yacían bajo los copos cenicientos. Una enorme calavera aparecía a veces rodando, como una bola de nieve, y los niños gritaban. Las costillas parecían patas de araña y lloraban como un arpa de sonidos apagados, y los negros copos de la mortalidad volaban alrededor de la arrastrada danza de los niños. Se empujaban unos a otros y caían entre la hojas, en la muerte que había transformado a los muertos en copos y sequedad, en un juego de niños con estómagos donde goteaba la naranjada gaseosa.

Y salían de una casa para entrar en otra, y así visitaban diecisiete casas, recordando que los horrores de todas las ciudades negras serían eliminados por los bomberos, guerreros antisépticos armados de palas y cajones, apartando con las palas los andrajos de ébano y las barras de menta de los huesos, separando lenta y eficazmente lo terrible de lo normal. De modo que los niños tenía que jugar de prisa, ¡pues muy pronto llegarían los bomberos!

Luego los niños, de rostros luminosos de sudor, mordisqueaban el último emparedado. Y después de un puntapié final, de un último concierto de marimba, de una última arremetida al montón de hojas otoñales, volvían a sus casas.

Las madres les examinaban los zapatos en busca de copos negros, y una vez descubiertos, venían los baños calientes y las palizas paternas.

A fines de ese año, los bomberos habían rastrillado las hojas secas y los blancos xilófonos, y se había acabado la diversión.

* El romance
2003 Mayo

Toda la mañana el perfume estuvo en el aire claro, de las espigas recién cortadas o la hierba verde o las flores, Sio no lo sabía, no alcanzaba a distinguirlo. Bajó la colina desde su cueva secreta, fue de un lado a otro, y levantó la hermosa cabeza y obligó los ojos a ver, y la brisa soplaba continuamente, alzando alrededor la marea de ese olor dulce. Era como una primavera en otoño. Buscó las flores oscuras que se amontonaban bajo las rocas, probando, pero no encontró ninguna. Buscó trazos de hierba, esa marea rápida que en cada primavera se volcaba sobre Marte durante una breve semana, pero la tierra era huesos y guijarros y tenía el color de la sangre.

Sio regresó a la cueva frunciendo el ceño. Observó el cielo, y a lo lejos, cerca de las ciudades recién construidas, vio bajar los fulgurantes cohetes de los hombres de la Tierra. A veces, por la noche, se deslizaba canales abajo, en un sereno y flotante silencio, dejaba el bote en un lugar escondido, y luego, con manos y piernas silenciosas, nadaba hasta el borde de las ciudades nuevas, y allí espiaba a los hombres que martillaban, y clavaban, y pintaban, los hombres que gritaban tarde en la noche, empeñados en construir algo extraño sobre el planeta. Escuchaba el raro lenguaje y trataba de entender, y miraba los cohetes que juntaban grandes plumas de hermosos fuegos y se alejaban estruendosamente a las estrellas; qué gente increíble. Y luego, vivo e indemne, solo, Sio regresaba a la cueva. A veces recorría muchas millas de montaña para encontrar a otros de su raza oculta, unos pocos hombres, aún menos mujeres, con quienes hablar, pero últimamente se había acostumbrado a la soledad, y vivía lejos de todo, pensando en el destino que al fin había matado a los suyos. No culpaba a los terrestres; la enfermedad había sido un accidente, la enfermedad que había quemado a su padre y a su madre mientras dormían, y a los padres y madres de grandes multitudes de hijos.

Volvió a olisquear el aire. Ese aroma extraño. Ese perfume dulce y esquivo de ramos de flores y musgo verde.

—¿Qué es? —Entornó los ojos dorados y miró en las cuatro direcciones.

Era alto y un muchacho todavía, aunque dieciocho veranos le habían fortalecido los músculos de los brazos y sus piernas eran largas de tanto nadar

en los canales y atreverse a correr, buscar refugio, correr otra vez, esconderse rápidamente, sobre los lechos ardientes del mar muerto o emprendiendo largas expediciones con jaulas de plata en donde encerraría las flores asesinas y las lagartijas de fuego que las alimentaban. Parecía que se hubiera pasado el tiempo caminando o nadando, esas cosas que los jóvenes hacen para consumir energías y pasiones, hasta que se casan y una mujer pasa a hacer lo que antes hacían montañas y ríos. La pasión por el camino y la distancia lo había acompañado en la juventud más que a otros, y mientras muchos hombres flotaban por los agonizantes canales en barcas esbeltas, con una mujer como un bajorrelieve sobre el cuerpo, Sio había seguido saltando y jugando, buena parte del tiempo solo, a menudo hablando consigo mismo.

Había preocupado a sus padres, y había desesperado a las mujeres que desde su decimocuarto aniversario habían visto cómo se le alargaba elegantemente la sombra, y se hacían señas con la cabeza comprobando que el calendario dejaba atrás otro año, y otro más aún…

Pero desde la invasión y la enfermedad se había ido haciendo más lento, y ahora casi no se movía. La muerte había devorado su universo. Las ciudades de madera, aserradas, martilladas y recién pintadas, eran sitios de enfermedad. El peso de tanta muerte le abrumaba los sueños. A menudo se despertaba llorando y alzaba las manos al aire nocturno. Pero sus padres se habían ido y había llegado la hora, había pasado la hora, de un amigo especial, una emoción, un amor.

El viento arremolinaba y esparcía la fragancia brillante. Sio aspiró profundamente y sintió que la carne se le entibiaba.

Y entonces hubo un sonido. Era como si estuviese tocando una pequeña orquesta. A través del estrecho valle de piedra la música subía hasta él.

Un hilo de humo haraganeaba en el cielo a media milla de distancia. Abajo, junto al canal antiguo, había una casita que los hombres de la Tierra habían construido un año atrás para un equipo arqueológico. Estaba abandonada y Sio había bajado varias veces a espiar los cuartos vacíos, sin entrar, porque temía que la enfermedad negra lo tocase.

La música llegaba desde esa casa

«¿Una orquesta entera en esa casita?», se preguntó, y echó a correr en silencio, valle abajo en la luz de las primeras horas de la tarde.

La casa parecía estar vacía, pese a la música que brotaba por las ventanas abiertas. Después de gatear de roca en roca durante media hora, Sio se agazapó a menos de treinta metros de la casa terrible y clamorosa. Echado

boca abajo, se mantuvo cerca del canal. Si pasaba algo, podría saltar al agua y dejar que la corriente lo devolviera rápidamente a las colinas.

La música aumentaba, chocaba contra las rocas, zumbaba en el aire caliente, repercutía en los huesos de Sio. El polvo se sacudía en el tembloroso techo de la casa. La pintura de la madera descascarada caía en una suave tormenta de nieve.

Sio se asomó y enseguida volvió a ocultarse. No veía dentro ninguna orquesta. Solamente cortinas floreadas. La puerta de entrada estaba abierta.

La música se interrumpió y empezó de nuevo. La misma melodía se repitió diez veces. Y el olor que había sacado a Sio de su refugio de piedra era allí denso, como un agua clara agitándose sobre su rostro sudoroso.

Por fin, de una carrera, llegó a la ventana y miró dentro.

Sobre una mesa baja relucía una máquina marrón. En la máquina, una aguja plateada se apoyaba en un disco giratorio. ¡Cómo tronaba la orquesta! Sio miró atentamente el extraño dispositivo.

La música hizo una pausa. En ese intervalo de quietud siseante, Sio oyó el sonido de unos pasos. Echó a correr y se zambulló en el canal.

Sumergido en el agua fresca, permaneció en el fondo, reteniendo el aliento, alerta. ¿Habría sido una trampa? ¿Lo habrían tentado para capturarlo y matarlo?

Transcurrió un minuto; unas burbujas le salieron de la nariz. Se sacudió y empezó a subir lentamente hacia el mundo de arriba, vítreo y húmedo.

Estaba nadando y atisbaba por entre la fresca corriente verde cuando la vio.

Sin moverse ni agitarse, por un momento Sio sólo la vio. Dejó que la corriente lo arrastrase lentamente, que lentamente lo alejase, y ella era muy hermosa, había llegado de la Tierra en un cohete que chamuscó el suelo y coció el aire, y era blanca como una piedra.

El agua del canal lo llevó por entre las colinas. Salió del agua, chorreando.

Es hermosa, pensó. Resollando, se sentó al borde del canal. Tenía el pecho contraído. La sangre le ardía en la cara. Se miró las manos. ¿Tendría dentro la enfermedad negra? ¿Se habría contaminado al mirarla?

Habría tenido que salir cuando se inclinaba, pensó, y agarrarla por el cuello. Ella nos mató, ella nos mató. Veía la garganta blanca, los hombros blancos. Qué color peculiar, pensó. Pero no, pensó, no fue ella la que nos mató. Fue la enfermedad. ¿Puede haber oscuridad en tanta blancura?

«¿Me habrá visto?». Se incorporó, secándose al sol. Se llevó la mano al pecho, la mano castaña y delgada. Sintió que el corazón le latía rápidamente.

«¡Ah!, —dijo—. ¡Yo la vi!».

Volvió a la cueva, ni rápido ni despacio. La música seguía alborotando desde la casa de abajo, como un festival que se festejaba a sí mismo.

En silencio, con seguridad y precisión, empezó a juntar sus cosas. Puso en un saco trozos de tiza fosforescente, comida y varios libros y lo anudó firmemente. Notó que le temblaban las manos. Con los ojos muy abiertos se miró los dedos de un lado y otro. Se levantó apresuradamente, con el pequeño bulto bajo el brazo, y salió de la cueva y empezó a subir por el cañón, alejándose de la música y el intenso perfume.

No volvió la vista atrás.

En el cielo el sol empezaba a caer. Sintió que, detrás, su sombra se apartaba para quedarse donde él habría tenido que quedarse. No estaba bien abandonar la cueva donde a menudo había vivido de niño. En esa cueva había descubierto una docena de aficiones, había desarrollado un centenar de gustos. Había cavado un horno en la roca y día tras día había preparado pasteles de maravillosa textura y variedad.

Había cultivado grano en un terreno de la montaña y había cosechado claros vinos centelleantes. Había fabricado instrumentos de música, flautas de plata y metal labrado, y arpas pequeñas. Había escrito canciones. Había construido pequeñas sillas y había tejido telas. Y había pintado las paredes de la cueva con imágenes de color fósforo cobalto y carmesí, imágenes que en las largas noches destellaban, intrincadas y bellas. Y a menudo había leído poemas escritos cuando tenía quince años y que orgullosa pero serenamente sus padres habían leído en voz alta a unos pocos elegidos. Había sido una buena existencia, la cueva y sus pequeñas artes.

Cuando el sol se ponía llegó a la cumbre del paso. La música se había apagado. El perfume se había desvanecido. Suspirando, se sentó a descansar un momento antes de seguir cruzando las montañas. Cerró los ojos.

Un rostro blanco se inclinó hacia él a través de unas aguas verdes.

Puso los dedos sobre los párpados cerrados, sintiendo.

Unos brazos blancos le hacían señas entre corrientes rápidas y agitadas.

Se incorporó, alzó el saco de viaje, y estaba por darse prisa cuando el viento cambió.

Tenue, muy tenue, allí estaba la música. La loca, metálica estridencia, la música, a millas de distancia.

Tenuemente, la última fragancia del perfume se abría paso entre las rocas.

Mientras salían las lunas, Sio se volvió y desanduvo el camino hasta la cueva.

La cueva estaba fría y extraña. Hizo un fuego y se preparó una cena breve de pan y fresas de las rocas. Hacía tan poco que la había abandonado y la cueva ya era distinta. Su propio aliento sonaba raro entre las paredes.

Apagó el fuego y se echó a dormir. Pero un débil rayo de luz tocaba ahora la pared de la cueva. Sio supo que esa luz había viajado media milla desde las ventanas de la casa junto al canal. Cerró los ojos pero la luz seguía allí. Cuando no era la luz era la música o el olor a flores. Se descubrió espiando, escuchando, oliendo alguno de los tres increíbles visitantes.

A medianoche salió a la entrada de la cueva.

Como un juguete brillante, la casa iluminaba el valle con luces amarillas. En una de las ventanas le pareció ver una figura bailando.

«Tengo que ir allí y matarla, —se dijo—. Por eso he vuelto a la cueva. Para matarla, para enterrarla».

Cuando ya se estaba durmiendo, oyó una voz que le decía: «Qué mentiroso eres». No abrió los ojos.

Ella vivía sola. El segundo día la vio pasear al pie de las colinas. El tercer día, nadar, nadar horas enteras en el canal. El cuarto día y el quinto Sio se acercó a la casa cada vez más, hasta que en el crepúsculo del sexto día, en la oscuridad creciente, se detuvo frente a la ventana a mirar a la mujer que vivía en la casa.

Estaba sentada a una mesa sobre la cual se alzaban veinte tubitos de latón de pintura roja. Se untó y enmascaró la cara con una crema blanca y al parecer fresca. Se la limpió con pañuelos de papel que arrojó a un cesto. Probó un tubo de pintura, pasándoselo por los labios gruesos, apretando los labios uno contra otro, limpiándoselos; luego usó otro color, volvió a limpiar, probó un tercero, un quinto, un noveno color, se puso también un toque de rojo en las mejillas, se depiló las cejas con unas pinzas plateadas. Recogiéndose el pelo en masas incomprensibles, se limó las uñas mientras cantaba una canción desconocida, una canción en su idioma, una canción que parecía muy hermosa. La mujer canturreó acompañándose con un repique de tacones en las tablas del suelo. La cantó paseándose por el cuarto, vestida únicamente con el cuerpo blanco, o echada en la cama, cubierta con la carne blanca, la cabeza echada hacia atrás, el flameante pelo amarillo volcándose hacia el suelo, mientras se llevaba un cilindro de fuego a los labios rojos, muy rojos, y chupaba, con los ojos cerrados, y luego soltaba unos largos y lentos chorros de humo por los tensos orificios de la nariz y de la boca perezosa, formando en el aire grandes siluetas fantasmales. Sio se estremeció. Los

fantasmas. Los extraños fantasmas que le salían de la boca. Con tanta soltura. Con tanta facilidad. Los creaba sin mirarlos.

Los pies, cuando ella se levantó, estallaron en el suelo de madera. De nuevo estaba cantando. Se puso a girar. Le cantaba al techo. Chasqueaba los dedos. Abrió las manos, como pájaros en vuelo, y bailó sola, haciendo crujir las tablas, dando vueltas y vueltas.

Esa canción desconocida… Sio hubiera querido entenderla. Hubiera querido tener la capacidad, que tenían algunos de los suyos, de proyectar la mente, de leer, de saber, de interpretar, al instante, idiomas extranjeros, pensamientos extranjeros. Hizo la prueba. Pero no ocurrió nada. Ella seguía cantando la hermosa canción desconocida, de la que él nada entendía:

—Ain’t misbehavin', I'm savin' my love for you… (*No es que me porte mal; guardo mi amor para ti.*…).

Sio sintió que se debilitaba mirando ese cuerpo terrestre, esa belleza terrestre, tan completamente distinta, algo de un lugar que estaba a tantos millones de millas. Tenía las manos húmedas, un temblor desagradable en los párpados.

Sonó un timbre.

Allá fue ella, a levantar un extraño instrumento negro, cuya función no era muy diferente de la de un aparato similar de la gente de Sio.

—Hola, Janice. Dios, ¡cuánto me alegra oírte!

Sio sonrió. Ella hablaba con una ciudad lejana. Era emocionante oírla. Pero ¿qué decía?

—Dios, Janice, me habéis mandado adonde el diablo perdió los cuernos. Lo sé, chica, unas vacaciones. Pero está a sesenta millas de donde sea. Lo único que hago es jugar a las cartas y nadar en el maldito canal.

El aparato negro respondió con un zumbido.

—No aguanto más, Janice. Lo sé, lo sé. Las iglesias. Es una vergüenza que se les haya ocurrido venir aquí. Todo iba tan bien… Lo que quiero saber es cuándo abriremos de nuevo.

Adorable, pensó Sio. Graciosa. Increíble. Se mantuvo en la oscuridad, tras la ventana abierta, mirando esa cara y ese cuerpo asombrosos. ¿Y de qué hablaban? De arte, de literatura, de música, sí, de música, porque ella cantaba, cantaba todo el tiempo. Una música rara, pero nadie iba a pretender entender la música de otro mundo. O las costumbres o el idioma o la literatura. Había que juzgar por puro instinto. Dejar a un lado viejas ideas. Era preciso admitir que la belleza de ella no era como la marciana, la blanda y esbelta belleza castaña de la raza moribunda. La madre de Sio había tenido ojos dorados y

caderas estrechas. Pero esta mujer, esta que cantaba sola en el desierto, era de materia más ancha, grandes pechos; grandes caderas, y las piernas, sí, de fuego blanco, y esa costumbre singular de pasearse desnuda, calzada apenas con unas zapatillas raras y ruidosas. Pero eso lo hacían todas las mujeres de la Tierra, ¿verdad? Sio asintió. Tienes que comprender. Le parecía ver a las mujeres de aquel mundo lejano, desnudas, de pelo amarillo, de cuerpo grande, de tacones estridentes. Y la magia de sus bocas y sus narices. Los fantasmas, las almas que en humosos motivos le brotaban de los labios. Una criatura mágica, sin duda, de fuego e imaginación. Su mente brillante moldeaba cuerpos en el aire. ¿Qué sino una mente diáfana y de genio claro podía beber el fuego gris y rojo cereza, y, con plumas exhaladas por la nariz, construir prodigios arquitectónicos de belleza fina e intrincada? ¡El genio! ¡Un artista! ¡Un creador! ¿Cómo lo hacía? ¿Cuántos años había que estudiar para hacerlo? La presencia de ella lo mareaba. Le pareció que debía gritarle: «¡Enséñame!». Pero tenía miedo. Se sentía como una criatura. Veía las formas, las líneas, las espirales de humo que giraban hasta el infinito. Ella había venido allí, al páramo, para estar sola, para crear sus fantasías en una seguridad absoluta y sin testigos. No se molestaba a los creadores, a los escritores, a los pintores. Uno daba un paso atrás y callaba.

¡Vaya gente!, pensó. ¿Serán así todas las mujeres de ese mundo verde y brillante? ¿Son todas pura música y fantasmas ardientes? ¿Se pasean como llamas desnudas por casas estruendosas?

—Tengo que observar esto —dijo Sio, casi en voz alta—. Tengo que estudiarlo.

Sintió que se le retorcían las manos. Quería tocar. Quería que la mujer cantara para él, que construyera para él fragmentos de arte en el aire, que le enseñara, que le hablara de aquel mundo lejano y de sus libros y de su magnífica música…

—Caray, Janice, ¿pero cuándo? ¿Y qué pasa con las demás chicas? ¿Y con las otras ciudades?

El teléfono zumbó como un insecto.

—¿Todos completos? ¿En todo el maldito planeta? ¡Algún lugar tendrá que haber! ¡Si no me encuentras un lugar lo antes posible, me…!

Era todo de lo más extraño. Casi como ver por primera vez una mujer. Cómo echaba la cabeza atrás, cómo movía las manos de uñas rojas, todo nuevo y diferente. Cruzaba las piernas blancas, inclinando el torso hacia adelante, un codo sobre la rodilla desnuda, convocando y exhalando espíritus,

hablando, oteando la ventana donde él, sí, él permanecía en la sombra, y eso que miraba exactamente hacia allí, caray, ¿qué haría si lo supiese?

—¿Quién, yo, miedo de vivir sola aquí?

Se echó a reír, y Sio rió con ella en la oscuridad atenuada por las lunas. Ah, la belleza de su risa extranjera, su cabeza volcada hacia atrás, las formas de las nubes místicas nacidas del surtidor de su nariz. Jadeando, tuvo que apartarse de la ventana.

—¡Pues sí! ¡Claro!

¿Qué raras y exquisitas palabras de vida, de música, de poesía estaba diciendo ahora?

—¡Vamos, Janice!, ¿quién va a tener miedo a los marcianos? ¿Cuántos quedan, una docena, dos? Ponlos en fila y tráemelos, ¿sí? ¡Sí!

La risa persiguió a Sio mientras se tambaleaba a ciegas en una esquina de la casa, tropezando con un montón de botellas vacías. Cerrando los ojos, vio el grabado de la fosforescente piel de ella, los fantasmas que le saltaban de la boca en hechizos y evocaciones de nubes, lluvia y viento. ¡Ah, poder traducir! ¡Ah, dioses, saber! ¡Escucha! ¡¿Qué es esa palabra, y ésa, sí, y ahora esa otra?! ¿Lo estaba llamando? No. ¿Era su nombre lo que oía?

En la cueva comió pero sin hambre.

Estuvo una hora sentado a la entrada de la cueva, mientras las lunas se alzaban y caían en el cielo frío, y vio su propio aliento en el aire, como los espíritus, como los ardientes silencios que respiraban en la cara de ella, y ella hablaba, hablaba, y él oía o no oía la voz que flotaba colina arriba, entre las rocas, y podía olerle el aliento, ese aliento de humo prometido, de palabras tibias calentadas en la boca.

Y finalmente pensó: Bajaré y le hablaré muy despacio, le hablaré cada noche hasta que comprenda lo que digo y yo entienda sus palabras y entonces vendrá conmigo a las colinas donde viviremos contentos. Le hablaré de mi gente y de la soledad y de las muchas noches que me pasé mirándola y escuchando.

Pero… ella es la Muerte.

Se estremeció. La idea, las palabras se negaban a abandonarlo.

¿Cómo lo había olvidado?

Bastaba con que le tocara la mano, la mejilla, para que en unas horas, una semana a lo sumo, él se marchitara. Le cambiaría el color y se desharía en cáscaras de tinta, y se convertiría en cenizas, negros fragmentos de hoja que se quebrarían y se dispersarían con el viento.

Una caricia y… la Muerte.

Pero entonces pensó algo más. Ella vive sola, alejada de los otros de su raza. Deben de gustarle sus propios pensamientos, estar tan apartada. ¿Entonces no somos iguales? Y como está lejos de las ciudades, tal vez no lleve en ella la Muerte… ¡Sí! ¡Tal vez!

¡Qué bueno pasar con ella un día, una semana, un mes, nadar en los canales, pasear por las colinas y oírla cantar esa extraña canción, y tocar él también las viejas melodías para arpa y hacerlas cantar para ella! ¿No valía eso cualquier cosa, todo? La soledad mataba al hombre, ¿no? Piensa, pues, en las luces amarillas de la casa al pie de las colinas. Un mes de verdadero entendimiento y de estar y vivir con la belleza y con una hacedora de fantasmas, con las almas salidas de su boca, ¿no merecía correr el riesgo? Y si llegaba la muerte, ¡qué delicada y original iba a ser!

Se levantó. Se puso en movimiento. Encendió una vela en un nicho de la cueva, y las imágenes de sus padres temblaron frente a la llama. Fuera, las oscuras flores esperaban el alba en que vibrarían antes de abrirse, y ella estaría allí para verlas y cuidarlas y caminar con él por las colinas. Las lunas ya se habían puesto. Sio tuvo que utilizar la visión especial para distinguir el camino.

Aguzó el oído. Abajo, en la noche, sonaba la música. Abajo, en la oscuridad, la voz de ella propagaba maravillas a través del tiempo. Abajo, en las sombras, la carne blanca ardía, y en torno al pelo amarillo bailaban los fantasmas.

Sio apretó el paso.

Exactamente a las diez menos cuarto de esa noche, ella oyó el suave golpe en la puerta.

El desierto
2003 Junio

Oh, el día feliz al fin ha llegado…

Era la hora del crepúsculo y Janice y Leonora preparaban infatigablemente el equipaje, entonando canciones, comiendo algún bocado, y animándose mutuamente. Pero no miraban la ventana, donde se apretaba la noche, y las estrellas eran brillantes y frías.

—¡Escucha!, —dijo Janice.

Parecía un buque de vapor río abajo, pero era un cohete en el cielo. Y más allá… ¿el sonido de unos banjos? No, sólo los grillos de una noche de estío en este año 2003. Diez mil sonidos en la ciudad y la atmósfera. Janice, cabizbaja, escuchaba. Hacía mucho mucho tiempo, en 1849, esta misma calle había hablado con voces de ventrílocuos, predicadores, adivinos, doctores, jugadores, reunidos todos en esta misma ciudad de Independence, Missouri, esperando a que se tostase la tierra húmeda y la alta marea de la hierba creciese hasta sostener el peso de carros y carretas, los indiscriminados destinos, y los sueños.

Oh, el día feliz al fin ha llegado,
y a Marte nos vamos, Señor,
cinco mil mujeres en el cielo,
una siembra abrileña, Señor.

—Es una vieja canción de Wyoming —dijo Leonora—. Le cambias las palabras y sirve muy bien para 2003.

Janice alzó la cajita de píldoras alimenticias, imaginando las cargas que habían llevado aquellas carretas, de anchos ejes y elevados asientos. Por cada hombre; cada mujer, ¡increíbles tonelajes! Jamones, tocino, azúcar, sal, harina, fruta, galleta, ácido cítrico, agua, jengibre, pimienta… ¡una lista tan grande como el país!

Y ahora, aquí, unas píldoras que cabían en un reloj pulsera la alimentaban a una no desde Fort Laramie a Hangtown sino a lo largo de todo un desierto de estrellas.

Abrió de par en par las puertas del armario y casi lanzó un grito.

La oscuridad y la noche y el espacio que separaba los astros la miraban desde dentro.

Años atrás su hermana la había encerrado en un armario, y en una fiesta, jugando al escondite, había corrido por una cocina, hacia un vestíbulo largo y sombrío. Pero no era un vestíbulo. Era una escalera a oscuras, una boca de sombra. Había corrido en el aire, agitando los pies, gritando y cayendo. Cayendo en una negrura de medianoche. Un sótano. Tardó mucho, un latido, en caer. Y había estado ahogándose mucho mucho tiempo, en aquel armario, sin luz, sin amigos, sin nadie que oyera sus voces. Apartada, encerrada en la oscuridad. Cayendo en la oscuridad. Chillando.

Los dos recuerdos.

Ahora, abiertas de par en par las puertas del armario (la oscuridad como una colgada mortaja de terciopelo que espera el roce de una mano temblorosa; la oscuridad como una pantera negra que respiraba allí dentro, que la miraba con ojos opacos) los dos recuerdos la asaltaron otra vez. El espacio y una caída. El espacio y el encierro. Los chillidos.

Habían trabajado sin descanso, empaquetando, apartando los ojos de la ventana y la terrible Vía Láctea y la inmensidad vacía. Pero el armario tan familiar, con su noche privada, les recordaba al fin su destino.

Así sería, allá fuera, entre los astros, en la noche, en el espantoso armario cerrado, chillando, sin que nadie oyera. Cayendo para siempre entre nubes de meteoros y cometas impíos. Cayendo por la abertura del ascensor. Cayendo por la boca de pesadilla de la carbonera, hacia la nada…

Janice gritó, y el grito se volvió sobre sí mismo, en su cabeza y su pecho. Gritó. Cerró de un golpe la puerta del armario. Se apoyó contra ella. Sintió que la oscuridad respiraba y se agolpaba detrás de la puerta, y la sostuvo firmemente, con los ojos húmedos. Se quedó así mucho tiempo, mirando trabajar a Leonora, hasta que terminaron los temblores. Y la histeria, así ignorada, fue escurriéndose poco a poco. En la habitación se oyó el tictac de un reloj pulsera, con un claro sonido de normalidad.

—Noventa millones de kilómetros. —Janice se acercó al fin a la ventana como si fuese un pozo profundo—. No puedo creer que unos hombres, en Marte, esta noche, levanten ciudades, esperándonos.

—Embarcaremos mañana, no hay más que creer. Janice extendió un camisón blanco como un fantasma.

—Raro. Raro… casarse… en otro mundo.

—Acostémonos.

—¡No! La llamada es a medianoche. No dormiría pensando cómo decirle a Will que iré a Marte. Oh, Leonora, piénsalo, mi voz viajando noventa millones de kilómetros por el teléfono luz. Cambio de parecer tan rápidamente… Tengo miedo.

—Nuestra última noche en la Tierra.

Ahora que lo sabían y lo aceptaban, el conocimiento las encontraba afuera. Se iban, y no volverían jamás. Dejaban la ciudad de Independence, en el Estado de Missouri, en el continente americano, rodeado por un océano, el Atlántico, y por otro, el Pacifico. Y ningún océano aparecería en los marbetes del equipaje. Habían escapado a este último conocimiento. Ahora se enfrentaban con él. Y se sentían aturdidas…

—Nuestros hijos no serán americanos, ni siquiera terrestres. Seremos todos marcianos, hasta el fin de nuestros días.

—¡No quiero ir!, —gritó Janice de pronto.

El pánico la invadió con hielo y fuego.

—¡Tengo miedo! ¡El espacio; la oscuridad, el cohete, los meteoros! ¡Nada alrededor! ¿Por qué he de ir?

Leonora la tomó, por los hombros y la apretó contra su cuerpo, acunándola.

—Es un nuevo mundo. Como en los viejos días. Los hombres primero, y luego las mujeres.

—¡Por qué, por qué he de ir, dime!

—Porque —dijo al fin Leonora, serenamente, sentándola en la cama— Will está allá arriba.

Era bueno oír ese nombre. Janice se tranquilizó.

—Los hombres lo hacen todo tan difícil —dijo Leonora—. Antes cuando una mujer corría trescientos kilómetros detrás de un hombre llamaba la atención. Luego fueron mil kilómetros. Y ahora todo un universo. Pero eso no podrá detenernos, ¿no es verdad?

—Temo parecer una tonta en el cohete.

—Seré una tonta contigo. —Leonora se incorporó—. Bueno, recorramos la ciudad. Veamos todo una última vez.

Janice miró la ciudad.

—Mañana de noche, todo seguirá aquí menos nosotras. La gente despertará, comerá, trabajará, dormirá, despertará otra vez, y nosotras no lo sabremos.

Leonora y Janice se movieron por el cuarto como si no pudiesen encontrar la puerta.

—Vamos.

Abrieron la puerta, apagaron las luces, salieron, y cerraron.

En el cielo había muchas idas y venidas. Vastos movimientos florales, grandes silbidos y chirridos, descendentes tormentas de nieve. Helicópteros, copos blancos, que bajaban en silencio. Del este y el oeste y el norte y el sur llegaban las mujeres con los corazones guardados en las valijas, envueltos cuidadosamente en papel de seda. Chubascos de helicópteros cubrían el cielo nocturno. Los hoteles estaban llenos; se armaban camas en las casas privadas; ciudades de lona se alzaban en jardines y prados como flores raras y feas, y en la ciudad y el campo había una tibieza mayor que la del verano. La tibieza de los rostros rosados de las mujeres y las caras tostadas de los hombres que miraban el cielo. Más allá de las colinas los cohetes probaban sus fuegos, y el sonido de un órgano gigantesco estremecía los cristales y los huesos escondidos. En las mandíbulas, en los dedos de los pies y las manos se sentía el mismo temblor.

Leonora y Janice se sentaron en la cafetería entre mujeres extrañas.

—Están muy lindas esta noche, pero parecen tristes —dijo el hombre detrás del mostrador.

—Dos chocolates malteados.

Leonora sonrió por las dos. Janice parecía muda.

Miraron la bebida de chocolate como si fuese la rara pintura de un museo. La malta escasearía durante años, en Marte.

Janice buscó en su cartera, sacó lentamente un sobre, y lo puso en el mostrador de mármol.

—Es una carta de Will. Vino en el cohete correo hace dos días. Esto me decidió. No te lo dije. Quiero, que la veas ahora. Vamos, lee.

Leonora sacudió el sobre, sacó la nota, y la leyó en voz alta.

«Querida Janice. Ésta es nuestra casa si, decides venir a Marte. Will».

Leonora golpeó otra vez el sobre y una, imagen en colores surgió en el dorso. Era la fotografía de una casa oscura, musgosa, antigua, de color castaño; una casa cómoda, con flores rojas y un cerco verde y fresco, y una enredadera velluda en el porche.

—¡Pero Janice!

—¿Qué?

—¡Es una fotografía de tu casa, aquí en la Tierra, aquí en la calle Elm!

—No. Mira.

Y miraron otra vez, juntas, y a ambos lados de la oscura y cómoda casa, y detrás de ella, había un escenario qué no era terrestre. El suelo era de un raro

color violeta, y la hierba de un rojizo pálido, y el cielo brillaba como un diamante gris, y un extraño árbol torcido crecía a un costado, como una vieja con cristales en la cabeza canosa.

—Es la casa que Will construyó para mí —dijo Janice— en Marte. Ayuda mirarla. Todo el día de ayer, antes de decidirme, y cuando sentía más miedo, sacaba la fotografía y la miraba.

Las dos mujeres contemplaron la casa cómoda y oscura a noventa millones de kilómetros; familiar, pero extraña, vieja, pero nueva, con una, luz amarilla en la ventana del vestíbulo.

—Ese hombre, Will —dijo Leonora moviendo, la cabeza—, sabe lo que hace.

Terminaron las bebidas. Afuera una multitud desconocida iba de un lado a otro, y la «nieve» caía persistentemente en el cielo de verano.

Compraron muchas cosas tontas para llevar: paquetes de caramelos de limón, lustrosas revistas femeninas; perfumes frágiles (que los oficiales del puerto decidieran, luego lo que era «carga esencial»), y caminaron por la ciudad, y, sin preocuparse por el dinero; alquilaron dos chaquetas ceñidas, dos máquinas que vencían la gravedad e imitaban el vuelo de las mariposas, y tocaron los delicados dispositivos y sintieron que flotaban como los blancos pétalos de un capullo.

—A cualquier parte —dijo Leonora—. A cualquier parte.

Dejaron que el viento las arrastrara, dejaron que el viento las llevara a través de la noche perfumada de manzanos, y la noche de cálidos preparativos, sobre la ciudad encantadora, sobre las casas de la infancia y otros días, sobre escuelas y calles, sobre los arroyos y granjas y prados tan familiares, donde los granos de trigo parecían monedas de oro. Flotaron como deben de flotar las hojas ante la amenaza de un viento incendiado, con murmullos de advertencia, y relámpagos de estío que estallan entre recogidas colinas. Vieron el polvo lechoso de los caminos por donde habían paseado en helicópteros a la luz de la luna, en grandes espirales de sonido que descendían a las grillas de frescas corrientes nocturnas, con jóvenes que ahora no estaban allí.

Flotaron en un inmenso suspiro sobre una ciudad ya remota, una ciudad que se hundía, detrás de ellas, en un río negro, y subía, ante ellas, en una marea de luces y color, intocable. Un sueño, ahora, ya manchado por la nostalgia, con temibles recuerdos que se alzaban demasiado pronto.

Flotando serenamente, remolineando, miraron en secreto un centenar de queridos amigos que dejaban atrás, gente a la luz de las lámparas y

encuadrada por ventanas que parecían moverse con el viento. No hubo árbol en que no buscaran viejas confesiones de amor, grabadas allí y marchitas; no hubo acera que no recorrieran deslizándose como sobre campos de mica. Por primera vez advirtieron que la ciudad era hermosa, y que las luces solitarias y los antiguos ladrillos eran hermosos, y sintieron que los ojos se les agrandaban, ante aquella fiesta. Todo flotaba en un tiovivo nocturno, con entrecortadas ráfagas de música, y voces que llamaban y murmuraban desde casas hechizadas blancamente por la televisión.

Las dos mujeres pasaron como agujas, tejiendo con su perfume un árbol y el próximo. Tenían los ojos ya colmados, y sin embargo siguieron recogiendo todos los detalles, todas las sombras, todos los robles y álamos, todos los coches que pasaban, y los corazones.

Siento como si estuviese muerta; pensó Janice, en el cementerio, en una noche primaveral, y todo viviese, menos yo, y todos se movieran, dispuestos a continuar la vida sin mí. En otras primaveras, cuando era muy joven, pasaba por el cementerio y lloraba. Había muertos, y eso me parecía injusto. En noches tan suaves como ésta me sentía viva, y culpable. Y ahora, aquí, esta noche, siento que me han sacado del cementerio y me dejan pasear para que vea una vez más cómo es la vida. Cómo es una ciudad, y la gente, antes, que me cierren la puerta en la cara.

Dulcemente, dulcemente, como dos linternas de papel en el viento de la noche, las mujeres pasaron sobre sus vidas y los prados donde brillaban las ciudades de lona, y los camiones que correrían hasta el alba. Bajaron y subieron sobre todo durante mucho tiempo.

El reloj de los Tribunales daba sonoramente las doce menos cuarto cuando las dos mujeres descendieron de las estrellas, como telas de araña, frente a la casa de Janice. La ciudad dormía, y la casa las esperaba para que buscaran allí su sueño, que no estaba allí.

—¿Somos realmente nosotras? —preguntó Janice—. Janice Smith y Leonora Holmes en el año 2008?

—Sí.

Janice se humedeció los labios, enderezándose.

—Me gustaría que fuese otro año.

—¿1492? ¿1612? —Leonora suspiró y el viento en los árboles suspiró con ella, alejándose—. Siempre es el día de Colón, o el día de la roca de Plymouth, y maldita sea si sé qué deben hacer las mujeres.

—Quedarse solteras.

—O hacer lo que hacemos.

Abrieron la puerta de la casa tibia, mientras los sonidos de la ciudad morían para ellas. Cerraban la puerta, cuando sonó el teléfono.

—¡La llamada!, —gritó Janice, corriendo.

Leonora entró en la alcoba detrás de ella, y ya Janice había levantado el receptor y decía:

—¡Hola! ¡Hola!

Y el operador de una lejana ciudad preparó el inmenso aparato que uniría dos mundos, y las dos mujeres esperaron, una sentada y pálida, la otra de pie, pero igualmente pálida, inclinada hacia ella.

Hubo una larga pausa, llena de astros y tiempo, una pausa de espera no muy distinta de los tres últimos años. Y ahora había llegado el momento, y le tocaba a Janice llamar a través de millones y millones de meteoros y cometas, alejándose del sol amarillo que podía disolver o quemar sus palabras, o chamuscar su sentido. La voz de Janice sería como una aguja de plata, a través de todo, en la noche enorme, con puntadas de conversación, reverberando sobre las lunas de Marte, y más allá. Y la voz alcanzaría al hombre en un cuarto de una ciudad de otro mundo, luego de cinco minutos. Y éste era su mensaje:

—Hola, Will. Janice te habla.

La muchacha tragó saliva.

—Dicen que no tengo mucho tiempo. Un minuto.

Cerró los ojos.

—Quisiera hablarte despacio, pero me indicaron que hablara de prisa, y lo dijese todo de una vez. Así que…, esto quiero decirte: Lo he decidido, iré allá arriba. Saldré en el cohete de mañana. Iré allá arriba contigo al fin y al cabo. Y te quiero, espero que me oigas. Te quiero. Ha pasado tanto tiempo…

¿Qué me dirá Will? ¿Qué me dirá en su minuto de tiempo?, se preguntó. Jugueteó con su reloj pulsera y el receptor del teléfono luz crujió en su oído y el espacio le habló con danzas y bailes eléctricos y audibles auroras.

—¿Contestó Will?, —susurró Leonora.

—Calla —dijo Janice doblándose sobre sí misma, como si sé sintiera enferma.

Y enseguida la voz de Will llegó del espacio…

—¡Lo oigo!, —gritó Janice.

—¿Qué dice?

La voz llamó desde Marte y pasó por lugares donde no había amaneceres ni tardes, sino siempre la noche con un sol ardiente en la oscuridad. Y en alguna parte, entre Marte y la Tierra todo el mensaje se perdió, barrido quizá

por la gravedad eléctrica de algún meteoro, o interferido por la lluvia de meteoritos de plata. De cualquier modo, desaparecieron las palabras pequeñas, las palabras poca importantes, y la voz de Will llegó diciendo solamente…

—… amor…

Luego otra vez la inmensa noche, y el sonido de las estrellas que giraban en el cielo, y los soles que se susurraban a sí mismos, y el sonido del corazón de Janice, como otro mundo en el espacio.

—¿Lo oíste?, —preguntó Leonora.

Janice sólo pudo mover afirmativamente la cabeza.

—¿Qué dijo, qué dijo?, —gritó Leonora.

Pero Janice no podía decírselo a nadie; era demasiado hermoso para decirlo. Allí se quedó, escuchando una y otra vez esa única palabra, tal como la devolvía su memoria. Se quedó escuchando mientras Leonora le sacaba el teléfono y lo ponía otra, vez en la horquilla.

Luego se fueron a la cama y apagaron las luces y el viento nocturno sopló a través de los cuartos trayendo el aroma de largos viajes por la oscuridad y las estrellas. Y hablaron del día siguiente, y de los días que vendrían, que no serían días, sino días-noches de un tiempo intemporal. Las voces se apagaron al fin, hundiéndose en el sueño o el pensamiento, y Janice quedó sola.

¿Así fue hace un siglo, se preguntó, cuando las mujeres, la noche antes, se preparaban a dormir, o no se preparaban, en los pueblos del Este, y escuchaban el ruido de los caballos en la noche, y el crujido de las carretas, y el rumiar de los bueyes bajo los árboles, y el llanto de los niños acostados antes de hora? ¿Y los ruidos de llegadas y partidas en los bosques profundos y los campos, y los herreros que trabajaban en sus rojos infiernos en la medianoche? ¿Y el aroma de los jamones y tocinos preparados para el viaje, y la pesadez de las carretas como barcos repletos de víveres, con agua en los barriles para volcar y derramar en las praderas, y las histéricas gallinas en los canastos, y los perros que corrían adelantándose por el desierto y que volvían asustados con la imagen del espacio vacío en los ojos? ¿Es ahora como antes? A orillas del precipicio, en los bordes del acantilado de estrellas. Antes el olor del búfalo, y ahora el olor del cohete. ¿Es ahora como antes?

Y Janice decidió, mientras el sueño la invadía con sus propias visiones, que sí, de veras, sí irrevocablemente, así había sido siempre y así seguiría siendo.

Un camino a través del aire
2003 Junio

—¿Te enteraste?

—¿De qué?

—¡Los negros, los negros!

—¿Qué les pasa?

—Se marchan, se van, ¿no lo sabes?

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo pueden irse?

—Pueden irse. Se irán. Se van ya.

—¿Una pareja?

—Todos los que hay en el Sur.

—No.

—Sí.

—Imposible. No lo creo. ¿Adónde? ¿A África?

Silencio.

—A Marte.

—¿Quieres decir al planeta Marte?

—Exactamente.

Las figuras de los hombres se alzaban en la sombra cálida del porche de la ferretería. Uno de ellos dejó de encender una pipa. Otro escupió en el polvo ardiente y luminoso.

—No pueden irse. No pueden hacerlo.

—Pues sin embargo se van.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dicen en todas partes. Hace un minuto lo dijo la radio.

Como una hilera de estatuas polvorientas, los hombres se animaron.

Samuel Teece, el propietario de la ferretería, rió nerviosamente.

—Me pregunto qué le habrá pasado a Silly. Lo mandé con mi bicicleta hace ya una hora. Todavía no ha vuelto de casa de la señora Bordrnan. ¿Creen ustedes que ese negro tonto se habrá ido a Marte pedaleando?

Los otros gruñeron.

—Mejor será que me devuelva la bicicleta. No digo más, sí, señor. Por Dios, no permitiré que nadie me robe.

—¡Oigan!

Irritados, los hombres se volvieron, tropezando unos con otros.

Las aguas negras y cálidas descendían desde lo alto de la calle e inundaban el pueblo, como si se hubiera roto un dique. La marea negra corría entre las resplandecientes riberas blancas de las casas, entre los silencios de los árboles. Avanzaba espesamente, como una melaza de verano, sobre la canela polvorienta del camino; avanzaba lentamente, lentamente, y era hombres y mujeres y caballos y perros alborotados, y niños y niñas. Y de las bocas de la gente que formaba aquella marea, salía un sonido de río. Un río de verano que iba a alguna parte, sonoro e irrevocable. Y en ese caudal sombrío, lento y continuo, que atravesaba el blanco resplandor del verano, se veían unas vivas pinceladas de un blanco alerta: los ojos, los ojos de marfil que miraban adelante y a los lados, mientras el río, el largo e interminable río, entraba en un cauce nuevo. Con innumerables afluentes, con arroyos de animado color, se había formado una corriente madre que no dejaba de crecer. Y flotando entre las olas iban las cosas que se llevaba al río: relojes de pared con ruidosos carillones, relojes de cocina de sonoro tictac, gallinas enjauladas que protestaban cacareando, y bebés que lloriqueaban, y nadando entre los espesos remolinos iban mulas y gatos, colchones con los muelles al aire y las crines revueltas y enloquecidas, y cajas y canastos, y retratos de oscuros abuelos en marcos de roble… El río pasaba, y los hombres estaban ahí en el porche, como nerviosos perros de presa —era demasiado tarde para reparar el dique—, con las manos vacías.

Samuel Teece no quería creerlo.

—¿Cómo diablos van a viajar? ¿Cómo van a llegar a Marte?

—En cohetes —dijo el viejo Quartermain.

—¡Malditos aparatos! Pero ¿de dónde los habrán sacado?

—Ahorraron dinero y los construyeron.

—No sabía nada.

—Parece que estos negros guardaron el secreto, y los armaron ellos mismos… Quizás en África.

—¿Y pueden hacerlo?, —preguntó Samuel Teece, paseándose por el porche—. ¿No hay una ley?

—No es lo mismo que si declarasen la guerra —dijo el viejo en voz baja.

—¿De dónde van a partir esos malditos conspiradores?, —exclamó.

—Los negros del pueblo están citados en el lago Loon. Los cohetes estarán allí a la una; los recogerán y los llevarán a Marte.

—¡Telefoneen al gobernador, llamen a la milicia!, —gritó Teece—. ¡No pueden irse sin avisarnos!

—Ahí viene su mujer, Teece.

Los hombres se volvieron otra vez.

Calle abajo, en la luz ardiente y sin viento, apareció primero una mujer blanca y luego otra, y todas traían unas caras de asombro, y todas susurraban como papeles viejos. Algunas lloraban, otras estaban serias. Todas venían en busca de sus maridos. Empujaban las puertas de vaivén y desaparecían en las tabernas. Entraban en los almacenes frescos y silenciosos. Se metían en las droguerías y en los garajes. Y una de ellas, la señora Clara Teece, se detuvo al pie del porche de la ferretería, en el polvo de la calle, y miró parpadeando a su tieso y enfurecido marido mientras el caudaloso río negro fluía detrás.

—Es Lucinda, Sam. ¡Tienes que venir a casa!

—¡No me moveré por una condenada negra!

—Se va. ¿Qué haré sin ella?

—Te las arreglarás. Yo no voy a pedirle de rodillas que se quede.

—Pero es casi de la familia —gimoteó la señora Teece.

—¡No grites! Lloriqueando así en público por culpa de una maldita…

La mujer sollozó débilmente y Teece se calló.

—Me cansé de decirle: «Lucinda, quédate y te subiré el sueldo —comenzó a recitar la señora Teece secándose los ojos—. Tendrás dos noches libres por semana, si quieres. —Pero estaba realmente decidida. Nunca la vi así. Y entonces le dije—: ¿No me quieres, Lucinda?». Y ella me dijo que sí, pero que tenía que irse pues así eran las cosas. Limpió la casa, preparó el almuerzo, lo sirvió, y luego apareció en la puerta de la sala, y allí estaba con dos paquetes en el suelo, junto a ella, uno a cada lado, y me dio la mano y me dijo: «Adiós, señora Teece». Y se fue. Allá quedó el almuerzo sobre la mesa, y todos tan aturdidos que ni siquiera lo probamos. Todavía estará allí. La última vez que lo miré, ya estaba casi frío.

Teece tuvo ganas de pegarle.

—Maldición, señora Teece, váyase a casa. ¡Qué espectáculo está dando!

—Pero, Sam…

Teece entró a grandes trancos en la cálida oscuridad de la tienda. Un instante después reapareció con un revólver plateado en la mano.

La señora Teece se había ido.

El río fluía oscuramente entre los edificios, susurrando, crujiendo, con un constante y apagado ruido de pasos, con un movimiento decidido y tranquilo, sin risas, sin gestos, como una corriente interminable, firme y decidida.

Teece se sentó en el borde de la silla de madera.

—Si alguno de ellos se atreve a reírse, ¡por Cristo que lo mato!

Los hombres esperaron.

El río pasaba lentamente en el somnoliento mediodía.

—Parece que tendrás que cosechar tus propios nabos, Sam Teece —rió el viejo Quartermain entre dientes.

—También puedo acertarle a algún blanco —replicó Teece sin mirar al viejo.

El viejo volvió la cabeza y cerró la boca.

—¡Un momento! —Samuel Teece saltó del porche, alargó un brazo y agarró las riendas de un caballo montado por un negro—: ¡Tú, Belter, bájate!

—Sí, señor.

Belter desmontó.

Teece lo miró de arriba abajo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Mire, señor Teece…

—Supongo que piensas irte… ¿Cómo dice esa canción? «Camino arriba, a través del aire», ¿no es así?

—Sí, señor.

El negro esperó.

—¿Recuerdas que me debes cincuenta dólares, Belter?

—Sí, señor.

—¿Y quieres escaparte? ¡Te mataré a latigazos!

—Con toda esa agitación, se me había olvidado, señor.

—Se le había olvidado… —Teece echó un guiño malicioso a los hombres que estaban en el porche—. Maldito seas, muchacho, ¿sabes lo que vas a hacer?

—No, señor.

—Pues vas a trabajar hasta pagarme esos cincuenta dólares, o no me llamo Samuel W. Teece.

Y se volvió con una confiada sonrisa hacia los hombres sentados a la sombra.

Belter miró el río que corría por la calle, el río oscuro que pasaba y pasaba entre las tiendas, el río oscuro que se deslizaba sobre ruedas, caballos y zapatos polvorientos, el río oscuro del que había sido arrebatado. Se estremeció.

—Déjeme ir, señor Teece. Le mandaré el dinero desde allá arriba, ¡se lo prometo!

—Escucha, Belter —dijo Teece tomando al negro por los tirantes, como si fueran dos cuerdas de arpa, jugando con ellos de vez en cuando, mirando el cielo con aire de desprecio y burla, y alzando un dedo huesudo, que apuntaba directamente a Dios—. Belter, ¿sabes lo que te espera allá arriba?

—Sólo sé lo que me han dicho.

—¡Sólo lo que le han dicho! ¡Cristo! ¿Han oído? ¡Sólo lo que le han dicho! —Hamacó al negro, sosteniéndolo por los tirantes, ociosamente, distraídamente, sacudiendo un dedo bajo la cara negra—. Subirás y subirás como un petardo en la noche del cuatro de julio, y luego, ¡pum! Y allá estarás tú, unas pocas cenizas desparramadas en el espacio. Esos chiflados hombres de ciencia, no saben nada, ¡los matarán a todos!

—No me importa.

—Me alegro. Porque ¿sabes qué hay allá, en ese planeta Marte? ¡Monstruos de ojos saltones y ensangrentados como hongos! ¿No los viste en esas revistas de cuentos del futuro que compras en la droguería por una moneda? Eh, ¿no los viste? Bueno, ¡esos monstruos se te echarán encima y te devorarán hasta los tuétanos!

—No me importa, no me importa nada.

Belter miraba a los que desfilaban por la calle alejándose. El sudor le brillaba sobre la frente oscura. Parecía a punto de desmayarse.

—Y además allá arriba hace frío. No hay aire. Caerás, retorciéndote como un pescado, boqueando, y te ahogarás y te ahogarás hasta morir. ¿Te gusta eso?

—Hay muchas cosas que no me gustan, señor. Por favor, señor, déjeme ir. Se me hace tarde.

—Te dejaré ir cuando esté dispuesto a dejarte ir. Seguiremos charlando amablemente y ya te diré cuándo puedes irte. Ya lo sabes. Quieres viajar, ¿no es cierto? Muy bien, señor camino a través del aire, ¡largo para casa!, ¡y a trabajar hasta que me pagues los cincuenta dólares! ¡Te llevará dos meses!

—Pero si me quedo a trabajar perderé el cohete, señor.

Teece puso una cara triste.

—¿No es una lástima?

—Le doy mi caballo, señor.

—El caballo no es un pago legal. No, no te vas hasta que tenga mi dinero.

Teece rió entre dientes satisfecho y feliz.

Un grupo de gente negra se había reunido a escucharlos. Belter, cabizbajo, temblaba de pies a cabeza y un viejo dio un paso adelante.

Teece le echó una breve mirada.

—¿Qué pasa?

—¿Cuánto le debe este hombre, señor?

—Nada que te interese.

El viejo miró a Belter.

—¿Cuánto, hijo?

—Cincuenta dólares.

El viejo abrió las negras manos y miró a la gente de alrededor.

—Sois veinticinco. Que cada uno dé dos dólares. Pronto, no es momento de discutir.

—¡Eh, un momento!, —exclamó Teece poniéndose tieso, y erguido, muy erguido.

Aparecieron los dólares. El viejo los metió dentro de su sombrero y se los dio a Belter.

—Hijo —comentó—, no perderás el cohete.

Belter miró sonriendo dentro del sombrero.

—No, señor, me parece que no.

—¡Devuélveles ese dinero!, —gritó Teece.

Belter se inclinó respetuosamente, tendiéndole el dinero. Teece no se movió. Belter depositó el dinero en el polvo, a los pies de Teece.

—Ahí está su dinero, señor —dijo—. Muchísimas gracias.

Sonriendo, montó en el caballo, lo hizo avanzar y le dio las gracias al viejo, que cabalgó con él hasta que se alejaron y desaparecieron.

—Hijo de perra —murmuraba Teece mirando ciegamente al sol—. Hijo de perra.

—Recoge el dinero, Samuel —dijo alguien desde el porche.

Escenas similares se repetían a lo largo del camino. Niños blancos, descalzos, traían corriendo las noticias.

—Los que tienen, ayudan a los que no tienen. ¡Y así todos pueden irse! Vimos a un rico que le daba a otro diez dólares, cinco dólares, dieciséis dólares, montones de dólares, ¡en todas partes, todos!

Los blancos sentían un gusto amargo en la boca; cerraban los ojos hinchados como si el viento, la arena y el calor les hubiera golpeado las caras.

Samuel Teece estaba furioso. Subió al porche y contempló el enjambre en marcha. Sacudió el revólver. De pronto, no pudo más y se puso a gritarle a cualquiera, a cualquier negro que levantase los ojos hacia él.

—¡Pum! ¡Otro cohete estalla en el espacio!, —gritó para que todos pudieran oírlo. Las oscuras cabezas seguían impasibles, pero los ojos blancos miraban a un lado y a otro—. ¡Crac! ¡Caen todos los cohetes! ¡Gritos!

¡Muertes! ¡Pum! ¡Dios Todopoderoso, cuánto me alegra estar aquí, pisando tierra firme! Como dice el viejo chiste, cuanto más firme, menos tierra. ¡Ja, ja!

Los caballos pasaban levantando el polvo de la calle. Los carros traqueteaban sobre muelles rotos.

—¡Pum! —La voz de Teece clamaba solitaria en medio del calor, como si quisiera atemorizar al polvo o al deslumbrante cielo soleado—. ¡Pam! ¡Negros por todo el espacio! ¡Despedidos fuera de los cohetes como pececitos golpeados por un meteoro! ¡Dios Santo! El espacio está inundado de meteoros, ¿no lo sabíais? ¡Claro que sí! ¡Y los gruesos perdigones entran en los cohetes de lata, y los cohetes caen como patos o estallan en pedazos como pipas de yeso, o latas de sardinas en aceite y bacalao negro! ¡Pum! ¡Pam! ¡Pum! ¡Golpeándose como ristras de pimientos verdes! Diez mil muertos por aquí. Diez mil muertos por allá. Flotan en el espacio, alrededor y alrededor de la Tierra, siempre y para siempre, helados y muy lejos ¡Señor! ¿Me oís vosotros ahí?

Silencio. El río era ancho y espeso. Había entrado en todas las chozas de la plantación durante una hora, y se había llevado todos los objetos de valor, y arrastraba ahora los relojes, las tablas de lavar, las piezas de seda y las varillas de las cortinas hacia algún mar oscuro y lejano.

La marea descendió. Eran las dos de la tarde. Vino la marea baja. El río se secó, el pueblo calló, y una capa de polvo cubrió las tiendas, los hombres sentados y los árboles altos y calientes.

Silencio.

Los hombres sentados en el porche escucharon atentamente. No oyeron nada y extendieron la imaginación y los pensamientos hacia los prados cercanos donde en las primeras horas del día habían resonado los ecos familiares. Aquí y allá, con la obstinada persistencia de la costumbre, había habido voces que cantaban, risas dulces bajo las ramas de las mimosas, risas cristalinas a orillas del arroyo, figuras que se movían e inclinaban en los campos, y bajo la sombra fresca y verde de la parra, bromas y gritos de alegría.

Y ahora, como si un huracán se hubiera llevado los ruidos de la Tierra, no había nada. Puertas esqueléticas colgaban de los goznes de cuero, y los neumáticos de los columpios pendían en la tarde apacible. No había nadie en las orillas rocosas del río, donde antes se reunían las lavanderas, y en los huertos abandonados el sol calentaba los licores ocultos de las sandías. Las arañas comenzaron a tejer nuevas telas en las chozas abandonadas, y el polvo

entró en motas doradas por los techos agujereados. Aquí y allá, una débil hoguera, olvidada en las últimas prisas, crecía de pronto, alimentándose con los huesos secos de una desordenada cabaña. El ligero crepitar de las llamas se elevaba en el aire tranquilo.

Los hombres seguían sentados en el porche de la ferretería, sin parpadear, con las gargantas resecas.

—No comprendo por qué se van ahora. Las cosas mejoran, es indudable. Todos los días tienen nuevos derechos. En fin, ¿qué quieren? Han quitado el impuesto electoral y hay cada vez más estados que aprueban leyes contra el linchamiento y la discriminación. ¿Qué más quieren? Ganan casi tanto dinero como los blancos, y sin embargo se van.

En el extremo de la calle desierta, apareció una bicicleta.

—¡Teece, mira, ahí viene Silly!

La bicicleta se detuvo frente al porche. La montaba un negrito de diecisiete años, todo brazos y pies y piernas largas, y cabeza redonda de sandía. Miró a Samuel Teece y sonrió.

—Ah, has vuelto. No tenías la conciencia tranquila —dijo Teece.

—No, señor. Sólo vengo a traerle la bicicleta.

—¿Qué pasó? ¿No cabía en el cohete?

—No es eso, señor.

—¡No me digas lo que es! ¡Fuera de aquí! ¡No permitiré que me robes! —Dio un empellón al muchacho. La bicicleta cayó—. Métete dentro y empieza a limpiar los bronces.

—¿Cómo dice?, —preguntó Silly abriendo los ojos.

—Ya me oíste. Hay que desembalar unos fusiles y acaba de llegar un cajón de clavos de Natchez…

—Señor Teece…

—Y hay que arreglar una caja de martillos…

—Señor Teece…

Teece lo miró furiosamente.

—¡Todavía estás ahí!

—Señor Teece, si usted me diera permiso para no trabajar hoy… —dijo el muchacho como disculpándose.

—Ni tampoco mañana, ni pasado mañana, ni todos los demás días —dijo Teece.

—Temo que así sea, señor.

—Haces bien en temerlo. Ven aquí. —Hizo que el muchacho atravesase el porche y sacó un papel de un escritorio—. ¿Te acuerdas de esto?

—Señor…

—Es tu contrato. Tú mismo lo firmaste. Esta cruz es tuya, ¿no es así? Contesta.

—Yo no firmé eso, señor Teece. Cualquiera puede hacer una cruz.

El muchacho temblaba.

—Escúchame, Silly: «Contrato. Trabajaré con el señor Samuel Teece durante dos años a partir del quince de julio del año dos mil uno, y si decido irme le avisaré con cuatro semanas de anticipación y seguiré trabajando hasta que otro ocupe mi puesto». Ya lo oyes. —Y Teece golpeaba el papel, con los ojos brillantes—. ¿Buscas dificultades? Bien, llevaremos el asunto a la justicia.

—No puedo, señor —gimió el muchacho, y unas lágrimas le rodaron por la cara—. Si no voy hoy, no iré nunca.

—Comprendo lo que sientes, Silly. Sí, muchacho, te compadezco. Pero te trataremos bien y te daremos buena comida, muchacho. Ahora, entras, te pones a trabajar, y olvidas todas esas tonterías, ¿eh, Silly? Claro que sí.

Teece sonrió con una mueca y palmeó el hombro del negrito.

Silly se volvió y miró a los hombres que estaban sentados en el porche. Apenas podía ver ahora, cegado por las lágrimas.

—Quizá… Quizás alguno de esos señores…

Los hombres alzaron lentamente la cabeza en las sombras calurosas, inquietas, y miraron primero al muchacho y después a Teece.

—¿Acaso estás pensando que un hombre blanco va a ocupar tu puesto, muchacho?, —preguntó Teece fríamente.

El viejo Quartermain sacó las manos rojas de encima de las rodillas, contempló pensativo el horizonte y dijo:

—Teece, ¿sirvo yo?

—¿Qué?

—Tomo el puesto de Silly.

Todos callaron. Teece se balanceó en el aire.

—Abuelo —dijo en tono de advertencia.

—Deja que el muchacho se vaya. Yo limpiaré los bronces.

—¿Lo haría usted, lo haría usted, de veras?

Silly corrió hacia el viejo, riéndose, con lágrimas en las mejillas, incrédulo.

—Claro que sí.

—Abuelo —dijo Teece—, no te metas.

—Teece, déjalo ir.

Teece se adelantó y tomó al muchacho por el brazo.

—Es mío. Lo encerraré en el cuarto del fondo hasta la noche.

—¡No, señor Teece!

El muchacho se echó a llorar, con los ojos apretados, y el llanto llenó al aire del porche. En el extremo de la calle apareció un Ford destartalado con una última carga de gente de color.

—Ahí viene mi familia, señor Teece. ¡Por favor! ¡Por favor, señor Teece!

—Teece —dijo un hombre del porche, levantándose—, déjalo ir.

—Opino lo mismo, Teece —dijo otro incorporándose también.

—Y yo —dijo un tercero.

—¿Qué pretendes, Teece? —Todos los hombres hablaban ahora—. Suéltalo.

—Déjalo ir.

Teece metió la mano en un bolsillo, buscando el arma. Vio las caras de los otros hombres y sacó la mano vacía.

—¿Con que esas tenemos?

—Así es —dijo uno.

Teece soltó al muchacho.

—Muy bien, vete. —Señaló la trastienda con un movimiento del brazo—. Pero supongo que no me dejarás tus cachivaches estorbando en mi tienda.

—No, señor.

—Saca todo lo que tienes en esa choza del fondo. Quémalo.

Silly sacudió la cabeza.

—Me llevaré mis cosas.

—No van a permitir que las metas en ese cohete maldito.

—Me las llevaré —insistió el muchacho.

Entró de prisa en la ferretería. Se oyeron los ruidos de una escoba y de unos trastos que cambiaban de sitio, y un momento después Silly reapareció con las manos cargadas de trompos y canicas, de viejas cometas polvorientas y otros tesoros reunidos durante años. El viejo Ford llegó justo entonces frente al porche y Silly subió y cerró de un golpe la portezuela. Teece estaba de pie en el porche con una sonrisa amarga.

—¿Qué vas a hacer allá arriba?

—Empezaré de nuevo —contestó Silly—. Tendré mi propia ferretería.

—¡Maldito seas! ¡Aprendiste a hacer el trabajo sólo para escapar y aprovecharte!

—No, señor. Nunca pensé que esto ocurriría algún día. Pero ha ocurrido. Ahora no puedo olvidar lo que aprendí, señor Teece.

—Supongo que habréis bautizado los cohetes…

Los negros miraron el reloj del coche.

—Sí, señor.

—Como Elías y el Carro, El Gran Vehículo y El Pequeño Vehículo. Fe, Esperanza y Caridad, y otros nombres parecidos.

—Bautizamos las naves, señor Teece.

—Dios, Hijo y Espíritu Santo, supongo. Dime, muchacho, ¿no hay ninguno llamado Primera Iglesia Baptista?

—Tenemos que marcharnos, señor Teece.

Teece se echó a reír.

—Tendréis uno llamado Swing low y otro llamado Sweet Chariot.

El coche arrancó.

—¡Adiós, señor Teece!

—Alguno se llamará Roll Dem Bones.

—Adiós, señor.

—Y otro Over Jordan. ¡Ja! Bueno, cárgate ese cohete a la espalda, muchacho, vuela con él, revienta con él, ¡ya ves cuánto me importa!

El coche se alejó balanceándose en el polvo. El muchacho se incorporó, se volvió, acercó las manos a la boca, y gritó por última vez:

—¡Señor Teece! ¡Señor Teece! ¿Qué va a hacer ahora por las noches? ¿Qué va a hacer por las noches, señor Teece?

Silencio. El automóvil se alejó por el camino y desapareció.

—¿Qué diablos quiso decir?, —murmuró Teece pensativo—. ¿Qué voy a hacer por las noches?

Miró cómo el polvo volvía a posarse en el camino, y de pronto comprendió.

Recordó las noches en que unos hombres de mirada torva, sentados en los dos asientos de un automóvil, con las rodillas muy salientes, y entre ellas los fusiles más salientes aún, llegaban a su casa como un cargamento de sifones bajo los árboles nocturnos del estío. Tocaban la bocina y él salía dando un portazo, con un arma en la mano, riéndose por dentro y el corazón latiéndole de prisa, como el corazón de un niño de diez años. Se alejaban por la sombría y cálida carretera. El lazo de cuerda de cáñamo estaba enrollado en el piso del coche, y las cajas de balas abultaban en todos los bolsillos. ¡Cuántas noches a lo largo de los años, cuántas noches en las que el viento embestía el coche, les echaba el pelo sobre los ojos torvos y rugía mientras buscaban un árbol grande y robusto y llamaban a la puerta de una cabaña!

—¡Conque eso quería decir el hijo de perra! —Teece dio un salto hacia la luz del sol—. ¡Vuelve, bastardo! ¿Qué voy a hacer por las noches? Insolente, asqueroso hijo de…

Era una buena pregunta. Se sintió débil, enfermo. Sí, ¿qué iba a hacer por las noches?

Ahora que se habían marchado, ¿qué iba a hacer?

Sacó el arma del bolsillo y verificó la carga.

—¿Qué estás tramando, Sam?, —preguntó uno.

—Matar a ese hijo de perra.

—No te acalores —le dijo el viejo Quartermain.

Pero Samuel Teece estaba ya en la trastienda de la ferretería. Un momento después apareció en la calle en un coche abierto.

—¿Quién viene conmigo?

—Me gustaría dar un paseo —contestó el viejo poniéndose de pie—. ¿Alguno más?

Nadie contestó.

El viejo subió al coche, cerró de golpe la portezuela y se alejaron envueltos en un torbellino de polvo. No se hablaron mientras se precipitaban por el camino, bajo el cielo brillante. En los campos secos reverberaba el calor.

—¿Qué camino tomaron?, —preguntó Teece, deteniendo el coche en una encrucijada.

El viejo entornó los ojos.

—Derecho, adelante, me parece.

Continuaron. Bajo los árboles del estío el coche era un sonido solitario. La carretera estaba desierta, y mientras se adelantaban advirtieron algo nuevo.

Teece aminoró la marcha y miró por la ventanilla, los ojos amarillos de furia.

—Maldita sea, abuelo, ¿viste lo que han hecho?

—¿Qué?, —dijo el viejo mirando el camino.

En bultos cuidadosamente alineados, a lo largo de la carretera, a poca distancia unos de otros, había unos viejos patines de ruedas, unas chucherías envueltas en trapos, unos zapatos rotos, una rueda de carro, pilas de pantalones, chaquetas y sombreros pasados de moda, unos adornos de cristal que en otro tiempo tintinearon en el viento, unas latas de geranios, bandejas de frutas de cera, cajas de zapatos con dinero del Sur, tablas de lavar, cuerdas, pastillas de jabón, el triciclo de alguien, las tijeras de podar de algún otro, un camión de juguete, una caja de sorpresas, un vidrio deslustrado de la iglesia

baptista, viejas ruedas de automóviles, colchones, almohadones, mecedoras, tarros de cold cream, espejos de mano. No los habían tirado, no; los habían depositado con cuidado y orden en el borde polvoriento de la carretera, como si todos los habitantes de una ciudad hubiesen caminado hasta allí con las manos llenas de cosas, y a la señal de una enorme trompeta de bronce, lo hubieran dejado todo en el polvo, antes de elevarse directamente hacia el azul del cielo.

—No querían quemar nada —dijo Teece, furioso—. No, no quisieron quemar sus cosas como yo dije. Tenían que traerlas y dejarlas en la carretera, para poder verlas juntas por última vez. Esos negros se creen muy listos.

Teece avanzó kilómetro tras kilómetro evitando los bultos, aplastando paquetes de papel de periódico, rompiendo cajas, espejos, sillas.

—Aquí, maldición, ¡y aquí!

Un neumático delantero murió con un silbido. El automóvil se desvió de la carretera y cayó en una zanja, arrojando a Teece contra el parabrisas.

—¡Hijos de perra!

Teece se sacudió el polvo y salió del automóvil, casi llorando de rabia.

Miró la carretera silenciosa y desierta.

—No los alcanzaremos nunca, nunca.

Los paquetes se amontonaban hasta el horizonte, cuidadosamente agrupados, como reliquias abandonadas al cálido viento de las últimas horas de la tarde.

Teece y el viejo llegaron a la ferretería una hora después, arrastrando las piernas. Los hombres estaban aún allí, escuchando y examinando el cielo. En el mismo instante en que Teece se sentaba y se sacaba los zapatos, alguien gritó.

—¡Miren!

—Antes me muero —dijo Teece.

En los algodonales, el viento sopló ociosamente entre los copos blancos. En campos más lejanos, maduraban las sandías, intactas, rayadas e inmóviles como gatos tendidos al sol.

Pero los demás miraron. Y vieron que unos husos dorados se elevaban a lo lejos, en el cielo, con una estela de llamas, y desaparecían.

Los hombres del porche se sentaron, se miraron unos a otros, miraron los rollos de cuerda amarilla ordenados en los estantes, observaron las cajas de balas relucientes y vieron en las sombras las pistolas plateadas y los largos caños negros de los fusiles. Uno de ellos se llevó una brizna de paja a la boca. Otro dibujó una figura en el polvo.

Y Samuel Teece levantó con aire triunfal un zapato vacío, lo dio vuelta, lo miró bien, y dijo:

—¿Lo notaron ustedes? ¡Hasta el último momento, por Dios, me llamó «señor»!

* El Mesías
2003 Julio

—De jóvenes todos tenemos ese sueño especial —dijo el obispo Kelley.

Los compañeros de mesa murmuraron, asintieron.

—No hay niño cristiano —prosiguió el obispo— que no se pregunte alguna noche: ¿seré Él? ¿No será ésta al fin la Segunda Venida, y yo no seré Él? Dios mío, ¿y si yo fuera Jesús? ¡Qué maravilloso!

Los sacerdotes, los pastores y el único rabino rieron suavemente, recordando cosas de su propia infancia, sus propios sueños descabellados y sus tonterías.

—Supongo —dijo el sacerdote joven, el padre Niven—, que los niños judíos imaginan que son Moisés.

—No, no, mi querido amigo —dijo el rabino Nittler—. ¡El Mesías! ¡El Mesías!

Todos se rieron de nuevo, discretamente.

—Por supuesto —dijo el padre Niven con aquella cara fresca, de piel rosada—, qué estúpido soy. Cristo no fue el Mesías, ¿verdad? Y vuestro pueblo sigue esperando Su venida. Extraño. Ay, las ambigüedades.

—Y no hay nada más ambiguo que esto. —El obispo Kelley se levantó para acompañarlos a todos a una terraza desde la que podían verse las colinas marcianas, los antiguos pueblos marcianos, las viejas carreteras, los ríos de polvo, y la Tierra, a cien millones de kilómetros de distancia, que brillaba con luz clara en aquel cielo de otro mundo.

—¿Alguna vez, en nuestros sueños más descabellados —dijo el pastor Smith—, imaginamos que algún día cada uno de nosotros tendría una Iglesia Bautista, una Capilla de Santa María, una Sinagoga del Monte Sinaí aquí en Marte?

La respuesta de todos, con voz suave, fue no, no.

Aquella tranquilidad fue interrumpida por otra voz que circuló entre ellos. El padre Niven, mientras estaban en la balaustrada, había encendido la radio de transistores para comprobar la hora. En la pequeña y nueva colonia norteamericano-marciana que había allí debajo, en el desierto, estaban transmitiendo un noticiario. Escucharon:

—… según el rumor cerca del pueblo. Éste es el primer marciano del que se informa en nuestra comunidad en lo que va del año. Se recomienda a las ciudadanos respetar a este visitante. Si…

El padre Niven apagó la radio.

—Nuestros esquivos fieles —suspiró el pastor Smith—. Debo confesar que vine a Marte no sólo a trabajar con cristianos sino con la esperanza de invitar a un marciano a cenar un domingo, para conocer sus teologías, sus necesidades.

—Somos todavía demasiado nuevos para ellos —dijo el padre Lipscomb—. Creo que en un año más comprenderán que no somos cazadores de búfalos en busca de pieles. Sin embargo, no es fácil conservar la curiosidad. Después de todo, las fotografías de los Mariner indicaron que aquí no había ningún tipo de vida. Y sin embargo vida hay, muy misteriosa y medio parecida a la humana.

—¿Medio parecida, Eminencia? —El rabino se quedó meditando inclinado sobre el café—. Siento que son aún más humanos que nosotros. Nos permitieron venir. Se ocultaron en las colinas, y sólo se mezclaron con nosotros de vez en cuando, quizá disfrazados de terrestres…

—¿De veras cree, entonces, que tienen poderes telepáticos y habilidades hipnóticas que les permiten andar por nuestros pueblos engañándonos con máscaras y visiones y nosotros seguimos sin darnos cuenta?

—Eso creo.

—Entonces —dijo el obispo, sirviendo copas de *brandy* y crema de menta—, ésta es una verdadera noche de frustraciones. Marcianos que se ocultan y no quieren que los salvemos, nosotros, los Iluminados…

Muchas sonrisas.

—… y Segundas Venidas de Cristo demoradas durante milenios. Señor ¿cuánto tendremos que esperar?

—En cuanto a mí —dijo el joven padre Niven—, nunca deseé ser Cristo, la Segunda Venida. Sólo quería, con todo mi corazón, conocerlo. Desde los ocho años siempre pensé en eso. Quizá sea el principal motivo por el que me hice sacerdote.

—¿Para estar en una posición ventajosa en caso de que Él llegase de nuevo?, —sugirió el rabino, amablemente.

El joven sacerdote sonrió y dijo que sí con la cabeza. Los demás sintieron el impulso de acercarse y alargar la mano, pues él había tocado en todos un nervio dulce e impreciso. Sentían una inmensa ternura.

—Con su permiso, rabino, caballeros —dijo el obispo Kelly, levantando la copa—. Por la Primera Venida del Mesías o la Segunda Venida de Cristo. Ojalá sean algo más que viejos y tontos sueños.

Bebieron y se quedaron en silencio.

El obispo se sonó la nariz y se secó los ojos.

El resto de la noche no tuvo nada de particular para los sacerdotes, los pastores y el rabino. Se pusieron a jugar a las cartas y a discutir sobre santo Tomás de Aquino, pero fracasaron ante la embestida de la culta lógica del rabino Nittle. Lo nombraron jesuita, bebieron una última copa y escucharon el último noticiario:

—… se teme que este marciano se sienta atrapado entre nosotros. El que lo encuentre debe apartarse y dejarlo pasar. Se cree que lo mueve la curiosidad. No hay motivo de alarma. Con esto terminamos nuestro…

Mientras iban hacia la puerta, los sacerdotes, los pastores y el rabino hablaban de las traducciones que habían hecho a diversos idiomas del Viejo y del Nuevo Testamento. Fue entonces cuando los sorprendió el padre Niven:

—¿Sabíais que una vez me encargaron escribir un guión basado en los Evangelios? ¡Necesitaban un final para la película!

—¿De veras —protestó el obispo— hay sólo un final en la vida de Cristo?

—Pero, santidad, los cuatro Evangelios lo cuentan con cuatro variaciones. Los comparé. Me entusiasmé. ¿Por qué? Porque volví a descubrir algo que casi había olvidado. ¡La Ultima Cena no es realmente la Última Cena!

—Dios mío, ¿qué es entonces?

—Pues, santidad, la primera de varias_ ¡La primera de varias! Después de la Crucifixión y el Entierro de Cristo, ¿acaso Simón-llamado-Pedro, junto con los Discípulos, no fueron a pescar al mar de Galilea?

—Sí, lo hicieron.

—¿Y sus redes acaso no atraparon una cantidad milagrosa de peces?

—Así fue.

—Y al ver en la costa de Galilea una luz pálida, ¿acaso no desembarcaron y se acercaron a lo que parecía un brasero encendido sobre el que se asaban peces recién pescados?

—Sí, ah, sí —dijo el pastor Smith.

—Y allí mismo, más allá del débil resplandor de las brasas, ¿acaso no sintieron la Presencia de un Espíritu y la convocaron?

—Sí, lo hicieron.

—Al no obtener respuesta, ¿acaso Simón-llamado-Pedro no volvió a susurrar: «Quién está ahí»? Y el inadvertido Espíritu de la costa de Galilea

puso la mano sobre la lumbre, y en la palma de aquella mano ¿acaso no vieron la marca por donde había entrado el clavo, el estigma que nunca cicatrizaría?

»Podrían haber huido, pero el Espíritu habló y dijo: “Tomad estos peces y alimentad a vuestros hermanos”. Y Simón-llamado-Pedro tomó los peces que se asaban sobre las brasas encendidas y alimentó a los Discípulos. Y entonces el frágil Espíritu de Cristo dijo: «Tomad mi palabra y llevadla entre las naciones de todo el mundo y predicad allí el perdón de los pecados».

»Y entonces Cristo los dejó. Y en mi guión, lo hacía caminar por la costa de Galilea hacia el horizonte. Y cuando alguien camina hacia el horizonte parece que subiera, ¿verdad? Pues todo paisaje sube a lo lejos. Y Él caminaba por la costa hasta que no era más que un punto pequeño y lejano. Y finalmente dejaban de Verlo.

»Y al subir el sol sobre el viejo mundo, las mil pisadas que Él había dejado sobre la orilla eran borradas por los vientos del alba, hasta que no quedaba ningún rastro.

»Y los Discípulos dejaban que las cenizas de aquel brasero se esparciesen convertidas en chispas, y con el gusto de la Verdadera y Definitiva y Auténtica Última Cena en la boca se marchaban. Yen el guión, hacía que la CÁMARA se elevase para ver cómo los discípulos se iban unos hacia el norte, otros hacia el sur, otros hacia el este a contarle al mundo lo que Había Que Contarle sobre Un Hombre. Y sus huellas, que daban vueltas en la arena en todas direcciones, como los rayos de una inmensa rueda, eran borradas por los vientos del amanecer. Y era un nuevo día. FIN.

El joven sacerdote estaba en el centro del grupo de amigos, las mejillas encendidas, los ojos cerrados. De repente, como si acabara de recordar dónde estaba, abrió los ojos.

—Perdón.

—¿Por qué?, —gritó el obispo, frotándose los párpados con el dorso de la mano, pestañeando rápidamente—. ¿Por hacerme llorar dos veces en una noche? ¿Qué, te cohibe la presencia de tu propio amor por Cristo? ¡Pero si me has devuelto la Palabra, a mí que he conocido la Palabra durante algo así como mil años! Joven maravilloso, con tu corazón de niño me has refrescado el alma. La comida de los peces en la costa de Galilea es la Verdadera Última Cena. Bravo. Te mereces Conocerlo. ¡Lo justo es que la Segunda Venida sea para ti!

—¡No me la merezco!, —dijo el padre Niven.

—¡Ninguno de nosotros! Pero si fuera posible cambiarse el alma, ahora mismo prestaría la mía para poder sacar la tuya limpia de la lavandería. ¿Otro brindis, caballeros? ¡Por el padre Niven! Y ahora buenas noches, es tarde, buenas noches.

Después del brindis todos se marcharon; el rabino y los pastores bajaron por la colina hacia sus lugares sagrados, mientras los sacerdotes se quedaban un último instante en la puerta mirando hacia Marte, aquel extraño mundo, donde soplaba un viento frío.

Llegó la medianoche y luego la una y las dos, y a las tres de la fría y profunda mañana de Marte el padre Niven se movió en sueños. Las velas parpadearon con suaves susurros. Las hojas aletearon contra la ventana.

De repente se sentó en la cama, medio asustado por un sueño donde había gritos de multitudes y persecuciones. Prestó atención.

Oyó que allá abajo se cerraba una puerta exterior.

Después de echarse encima una sotana, el padre Niven bajó por las oscuras escaleras de su vivienda de párroco y atravesó la iglesia donde una docena de velas dispersas conservaban sus propios charcos de luz.

Fue a mirar todas las puertas, pensando: qué tontería, ¿para qué se han de cerrar con llave las puertas de las iglesias? ¿Qué se podía robar allí? Pero siguió deambulando por la noche dormida…

… y encontró la puerta delantera sin llave y levemente movida por el viento.

Temblando, la cerró.

Unos pasos suaves que corrían.

Dio media vuelta.

La iglesia estaba vacía. Las llamas de las velas se inclinaban ora en una dirección, ora en otra. Sólo se sentía el viejo olor a cera e incienso quemados, sustancias traídas de todos los mercados del tiempo y de la historia; otros soles y otros mediodías.

Mientras miraba el crucifijo encima del altar principal se quedó helado.

Se oyó el sonido de una sola gota de agua que caía en la noche.

Despacio, se volvió para mirar el baptisterio en el fondo de la iglesia.

Allí no había velas, pero…

En el pequeño rincón donde estaba la pila bautismal brillaba una luz pálida.

—¿Obispo Kelley?, —dijo, sin levantar la voz.

Mientras avanzaba por la nave lateral empezó a sentir frío, y se detuvo porque…

Otra gota de agua había caído, se había estrellado y disuelto.

Era como si en algún sitio estuviese goteando un grifo. Pero no había grifos. Sólo la pila bautismal, en la que gota a gota caía un líquido lento.

En algún nivel secreto el corazón del padre Niven se dijo algo y echó a correr, luego se calmó y casi se detuvo. El padre Niven empezó a sudar copiosamente. Descubrió que no podía moverse, pero tenía que hacerlo, poner un pie delante del otro hasta llegar a la puerta abovedada del baptisterio.

Había efectivamente una luz pálida dentro de la oscuridad del pequeño recinto.

No, no era una luz. Una forma. Una figura.

La figura estaba detrás y más allá de la pila bautismal. El ruido de goteo había cesado.

Con la lengua atada en la boca, los ojos abiertos como un demente, el padre Niven sintió que se le nublaban los ojos. De pronto recuperó la visión, y se atrevió a gritar:

—¡Quién!

Una sola palabra que resonó por toda la iglesia, que hizo parpadear la llama de las velas, que levantó el polvo del incienso, que le amedrentó el corazón al volverse con rapidez diciendo: ¡Quién!

La única luz que había en el baptisterio salía de las pálidas ropas de la figura que estaba allí mirándolo. Y luz bastaba para mostrarle una cosa increíble.

Mientras el padre Niven miraba, la figura se movió. Alargó una mano pálida sobre el aire del baptisterio.

La mano quedó allí flotando como si no quisiera hacerlo, independiente del Fantasma que estaba detrás, como arrastrada contra su voluntad por la mirada terrible y fascinada del padre Niven a mostrar lo que tenía en el centro de la palma blanca y abierta.

Había allí un agujero dentado de cuyo borde, despacio, muy despacio, se desprendían unas gotas de sangre que caían sobre la pila bautismal.

Las gotas de sangre chocaban contra el agua bendita, la teñían y se disolvían en unas ondas lentas.

Durante un pasmoso momento la mano siguió allí, delante del sacerdote, que por momentos veía y por momentos dejaba de ver.

Como si hubiera recibido un golpe terrible, sofocando un grito, el sacerdote cayó de rodillas, en parte por la desesperación y en parte por la revelación, tapándose los ojos con una mano y rechazando la visión con la otra.

—¡No, no, no, no, no, no, no, no puedo!

Era como si un espantoso dentista le hubiese puesto un narcótico y de un solo tirón le hubiese arrancado, sangrando, el alma del cuerpo. Sentía que le tiraban de la vida y las raíces, ay Dios, eran… ¡profundas!

—¡No, no, no, no!

Pero sí.

Volvió a mirar entre los dedos.

Y el Hombre estaba allí.

Y la espantosa palma temblaba desangrándose en el aire del baptisterio.

—¡Basta!

La palma se retiró, desapareció. El Fantasma seguía esperando.

Y la cara del Espíritu era buena y conocida. Esos ojos extraños y hermosos y profundos y penetrantes, y la dulzura de la boca y la palidez enmarcada por los rizos sueltos de pelo y de barba eran como tenían que ser. El Hombre iba vestido con la sencillez de ropas que era natural en las costas y en el desierto de Galilea.

El sacerdote, con un gran esfuerzo de voluntad, contuvo las lágrimas e interrumpió la agonía de la sorpresa, la duda, la conmoción, las cosas torpes que se alborotaban en su interior y que amenazaban con salir. Se estremeció.

Y entonces vio que la Figura, el Espíritu, el Hombre, el Fantasma, Lo Que Fuese, también se estremecía.

No, pensó el sacerdote, ¡no es posible que Él sienta eso! ¿Miedo? ¿Miedo de… mí?

Y entonces el Espíritu tembló de pies a cabeza con una inmensa angustia, no muy distinta de la suya; como un reflejo de su propia conmoción, abrió grande la boca, cerró los ojos y sollozó:

—Por favor, déjame ir.

El joven sacerdote abrió más los ojos y ahogó un grito. Pensó: Pero eres libre. ¡Nadie te retiene!

Y en ese instante:

—¡Sí!, —gritó la Visión—. ¡Tú me retienes! ¡Por favor! ¡Aparta tu mirada! ¡Cuanto más me miras más me convierto en esto! ¡No soy lo que parezco!

Pero, pensó el sacerdote, ¡no dije nada! ¡Mis labios no se movieron! ¿Cómo hace este Fantasma para saber lo que pasa por mi mente?

—Conozco todos tus pensamientos —dijo la Visión, temblando, pálida, retrocediendo hacia la oscuridad del baptisterio—. Cada frase, cada palabra. No tenía intención de venir. Me arriesgué a entrar en el pueblo. De repente fui

muchas cosas para muchas personas. Eché a correr. Me siguieron. La puerta estaba abierta. Entré. Y entonces, entonces… ay, entonces quedé atrapado.

No, pensó el sacerdote.

—Sí —se lamentó el Fantasma—. Por ti.

Despacio ahora, gimiendo bajo el peso todavía más terrible de la revelación, el sacerdote se aferró del borde de la pila bautismal y, tambaleándose, se puso de pie. Finalmente se atrevió a hacer la pregunta:

—¿No eres… lo que pareces?

—No —dijo el otro—. Perdóname.

Voy a enloquecer, pensó el sacerdote.

—No —dijo el Fantasma—, si lo haces enloqueceré contigo.

—Ahora que estás aquí, Dios mío querido, después de tantos años, de tantos sueños, no puedo perderte. Es pedirme demasiado, ¿no te das cuenta? ¡Dos mil años, toda una raza esperando tu regreso! Y soy yo el que te encuentra, el que te ve…

—Sólo encuentras tu propio sueño. Sólo ves tu propia necesidad. Detrás de todo esto —la figura se tocó las ropas y el pecho— soy otra cosa.

—¡Qué debo hacer!, —estalló el sacerdote, mirando hacia el cielo y luego hacia el Fantasma, que se estremeció al oír el grito—. ¿Qué?

—Apartar la mirada. En ese momento saldré por la puerta y desapareceré.

—¿Así… así de sencillo?

—Por favor —dijo el Hombre.

El sacerdote se llenó de aire los pulmones varias veces, temblando.

—Ay, si este momento pudiera durar una hora.

—¿Me matarías?

—¡No!

—Si me retienes, si me obligas a seguir en esta forma un poco más, mi muerte estará en tus manos.

El sacerdote se mordió los nudillos y sintió que una dolorosa convulsión le recorría los huesos.

—Entonces… ¿eres un marciano?

—Ni más. Ni menos.

—¿Y te he hecho esto con mis pensamientos?

—No era tu propósito. Cuando bajaste por las escaleras, tu viejo sueño se apoderó de mí y me rehízo. Todavía me sangran las palmas por las heridas que me infligiste con tu mente secreta.

El sacerdote meneó la cabeza, aturdido.

—Sólo un momento más… espera…

Miró con firmeza, con avidez, las sombras donde el Fantasma se ocultaba de la luz. Aquel rostro era hermoso. Y ah, aquellas manos eran amorosas y escapaban a toda descripción.

El sacerdote asintió, tan triste como si acabara de volver del verdadero Calvario. Y el tiempo había terminado. Y las brasas se apagaban y se dispersaban en las arenas cerca de Galilea.

—Si… si te dejo ir…

—¡Tienes que hacerlo, sí, tienes que hacerlo!

—Si te dejo ir, me prometes…

—¿Qué?

—¿Me prometes volver?

—¿Volver?, —gritó la figura en la oscuridad.

—Una vez al año, eso es todo lo que pido, ven una vez al año, a este sitio, a esta pila bautismal, a la misma hora de la noche…

—¿Volver…?

—¡Promételo! Tengo que volver a vivir este momento. ¡Es muy importante! ¡Promételo, o no te dejo ir!

—Bueno…

—¡Dilo! ¡Júralo!

—Lo prometo —dijo el pálido Fantasma en la oscuridad—. Lo juro.

—Gracias, ay, gracias.

—¿Qué día del año que viene debo regresar?

Las lágrimas empezaban a bajar por la cara del joven sacerdote. Le costaba recordar lo que quería decir y cuando lo dijo apenas pudo oírse:

—¡En Pascua, sí, Dios mío, sí, en Pascua, dentro de un año!

—Por favor no llores —dijo la figura—. Vendré. ¿En Pascua, dices? Conozco tu calendario. Sí. Ahora… —La mano pálida y herida se movió en el aire, suplicando—. ¿Puedo irme?

El sacerdote apretó los dientes para que no se le escapasen los gritos de dolor.

—Bendíceme, y vete.

—¿Así?, —dijo la voz.

Y la mano se alargó para tocarlo en silencio.

—¡Rápido!, —gritó el sacerdote con los ojos cerrados, apretando los puños contra las costillas para no intentar retenerlo—. Vete antes de que te sujete para siempre. Corre. ¡Corre!

La mano pálida lo tocó una última vez en la frente. Se oyó un suave ruido de pies descalzos, corriendo.

Se abrió una puerta a las estrellas; la puerta se cerró de golpe.

Pasó un largo momento mientras el eco del portazo recorría la iglesia, llegando a cada altar, a cada rincón, subiendo como un pájaro solitario que busca y encuentra refugio en el ábside. La iglesia dejó por fin de temblar, y el sacerdote se tocó el cuerpo como diciéndose de qué manera tenía que comportarse, de qué manera tenía que volver a respirar; tranquilízate, cálmate, levántate…

Finalmente fue tropezando hasta la puerta, se apoyó contra ella y pensó que quería abrirla, mirar el camino ahora sin duda desierto, quizá con una figura de blanco huyendo a lo lejos. No abrió la puerta.

Empezó a caminar por la iglesia, contento de tener cosas que hacer, terminando el ritual de cerrar puertas. Faltaba cerrar muchas puertas. Faltaba recorrer mucho tiempo hasta la próxima Pascua.

Se detuvo junto a la pila bautismal y vio que el agua clara no tenía ningún rastro de rojo. Metió la mano y se refrescó la frente y las sienes y las mejillas y los párpados.

Después subió despacio por la nave lateral y se tendió ante el altar y se permitió estallar y llorar de verdad. Oyó cómo el sonido de su tristeza subía hasta la torre donde colgaba silenciosa la campana y volvía en punzadas de dolor.

Y lloraba por muchas razones.

Por él mismo.

Por el Hombre que había estado allí hacía un instante.

Por el largo tiempo que pasaría hasta que apartasen la piedra y volviesen a encontrar la tumba vacía.

Hasta que Simón-llamado-Pedro volviese a ver al Fantasma en la costa marciana, y él mismo fuese Simón Pedro.

Y sobre todo lloraba porque, ay, porque, porque… nunca en su vida podría contar a nadie lo que había ocurrido esa noche.

* La rueda
2003 Agosto

Cantaron en el camino. Cantaron “Ezekiel Saw the Wheel”, cantaron “Go Down, Moses” y muchas otras canciones. Cantaron todo tipo de canciones, pero extrañaron a Marte.

Pasaron por alto a Marte y continuaron, luego regresaron para buscarlo y se lo saltaron de nuevo y trataron de encontrar la Tierra y se la saltaron y terminaron en Venus. Y Venus era un lugar cálido con una vegetación exuberante, donde las semillas esparcidas brotaban en una hora, donde el hombre no necesitaba casa sólo un techo para protegerse del calor y la lluvia, y los negros se instalaron allí, y nunca se supo que fue de ellos y vivieron felices para siempre.

La elección de los nombres
2004-2005

Llegaron a las extrañas tierras azules y les pusieron sus nombres: ensenada Hinkston, cantera Lusting, río Black, bosque Driscoll, montaña de los Peregrinos, ciudad Wilder, nombres todos de gente y de las hazañas de gente. En el lugar donde los marcianos mataron a los primeros terrestres, había un pueblo Rojo, en recuerdo de la sangre de esos hombres. El lugar donde fue destruida la segunda expedición se llamaba Segunda Tentativa. En todos los sitios donde los hombres de los cohetes quemaban el suelo con calderos ardientes, quedaban como cenizas los nombres. Y, naturalmente, había una colina Spender y una ciudad Nathaniel York…

Los antiguos nombres marcianos eran nombres de agua, de aire y de colinas. Nombres de nieves que descendían por los canales de piedra hacia los mares vacíos. Nombres de hechiceros sepultados en ataúdes herméticos y torres y obeliscos. Y los cohetes golpearon como martillos esos nombres, rompieron los mármoles, destruyeron los mojones de arcilla que nombraban a los pueblos antiguos, y levantaron entre los escombros grandes pilones con los nuevos nombres: Pueblo Hierro, Pueblo Acero, Ciudad Aluminio, Aldea Eléctrica, Pueblo Maíz, Villa Cereal, Detroit II, y otros nombres mecánicos, y otros nombres de metales terrestres.

Y después de construir y bautizar los pueblos, construyeron y bautizaron los cementerios: colina Verde, pueblo Musgo, colina Bota, y los primeros muertos bajaron a las sepulturas…

Y cuando todo estuvo perfectamente catalogado, cuando se eliminó la enfermedad y la incertidumbre, y se inauguraron las ciudades y se suprimió la soledad, los sofisticados llegaron de la Tierra. Llegaron en grupos, de vacaciones, para comprar recuerdos de Marte, sacar fotografías o conocer el ambiente; llegaron para estudiar y aplicar leyes sociológicas; llegaron con estrellas e insignias y normas y reglamentos, trayendo consigo parte del papeleo que había invadido la Tierra como una mala hierba, y que ahora crecía en Marte casi con la misma abundancia. Comenzaron a organizar la vida de las gentes, sus bibliotecas, sus escuelas; comenzaron a empujar a las

mismas personas que habían venido a Marte escapando de las escuelas, los reglamentos y los empujones.

Era por lo tanto inevitable que algunas de esas personas replicaran también con empujones…

* La ventana de color frutilla
2005 Enero

En el sueño, cerraba la puerta de la calle con vidrios de color frutilla y vidrios de color limón y vidrios como nubes blancas y vidrios como el agua clara de un río campesino. Dos docenas de cristales enmarcaban el cristal grande de vino frutal, de gelatina y de escarcha. Recordó a su padre que lo alzaba en brazos, cuando era niño. «¡Mira!». Y del otro lado del cristal el mundo era esmeraldas, musgo y menta de estío. «¡Mira!» El cristal lila trasformaba en uvas moradas a todos los transeúntes. Y por último el cristal frutilla bañaba perpetuamente la ciudad en una calidez rosácea, tapizaba el mundo con el color de la aurora, y parecía que el césped había sido importado de un bazar de alfombras persas. La ventana frutilla, más que ninguna, quitaba la palidez a la gente, entibiaba la lluvia fría, incendiaba las nieves ásperas y móviles del mes de febrero.

—¡Sí, sí! ¡Allí…!

Despertó.

Antes de salir totalmente del sueño oyó hablar a sus hijos, y ahora, tendido en la oscuridad, escuchaba el triste ruido de aquella charla, como el viento que arrastra los blancos fondos del mar a las colinas azules, y entonces recordó.

—Estamos en Marte.

Su mujer gritó en sueños:

—¿Qué?

Él no tenía conciencia de haber hablado: siguió tendido en la cama, tan inmóvil como le era posible. Pero ahora, como en una rara y confusa realidad, vio que su mujer se levantaba y recorría la habitación como un fantasma, alzando el rostro pálido, mirando fijamente a través de las ventanas pequeñas y altas las estrellas luminosas y desconocidas.

—Carrie —murmuró.

Ella no lo oyó.

—Carrie —murmuró él otra vez—. Tengo algo que decirte… mañana… mañana por la mañana…

Pero Carrie estaba de pie, absorta, al resplandor azul de las estrellas, y no lo miró.

Si por lo menos hubiese siempre sol, pensó él, si no hubiese noche. Porque durante el día clavaba maderas construyendo el pueblo, los chicos iban a la escuela, y Carrie tenía que limpiar, cultivar el jardín y la granja, cocinar. Pero cuando el sol desaparecía y las manos se les vaciaban de flores, martillos, clavos y textos de aritmética, los recuerdos, como pájaros nocturnos, los asediaban otra vez en las sombras.

Carrie se movió: un leve giro de la cabeza.

—Bob —dijo al fin—. Quiero volver a casa.

—¡Carrie!

—Éste no es mi hogar —dijo la mujer.

Bob vio que Carrie tenía los ojos húmedos y cuajados de lágrimas.

—Carrie, ten un poco de paciencia.

—Ya no me queda ninguna.

Como una sonámbula, abrió los cajones de la cómoda y sacó una pila de pañuelos, camisas, ropa interior, y los puso encima de la cómoda, sin verlos, tocándolos con los dedos, levantándolos y dejándolos caer. La rutina era ahora muy familiar. Hablaba, sacaba las cosas y se quedaba quieta un momento, y las guardaba otra vez, y volvía con el rostro seco, al lecho y a los sueños. Bob temía que una noche vaciara todos los cajones y buscase las viejas maletas, amontonadas ahora contra la pared.

—Bob… —La voz de Carrie no era amarga, sino suave, indefinida, incolora como la luz lunar que entraba en el cuarto—. Tantas noches, durante seis meses, he hablado así. Me siento avergonzada. Tú trabajas tanto construyendo las casas de la ciudad. Un hombre que trabaja de ese modo no tendría que escuchar las quejas de una esposa. Pero no puedo hacer otra cosa que decirlo. Lo que más extraño… no sé, son tonterías. La hamaca del porche. La mecedora, las noches de verano. La gente que pasa caminando o en auto, de noche, allá en Ohio. Nuestro negro piano vertical, desafinado. La cristalería sueca. Los muebles de la sala… Oh, sí, parecían una manada de elefantes, lo sé, y todos viejos. Y los caireles de cristal que se entrechocan cuando sopla el viento. Y las charlas con los vecinos, allá en el porche, en las noches de julio. Todas esas cosas tontas, pequeñas… no son importantes. Pero son las cosas que me vienen a la cabeza a las tres de la mañana. Perdóname, Bob.

—No, no hay nada que perdonar —dijo Bob—. Marte es un lugar remoto. Tiene un olor extraño, un aspecto extraño, y deja una impresión extraña. Yo

también pienso por la noche. Venimos de una ciudad hermosa.

—Era verde —dijo la mujer—. En primavera y en verano. Y amarilla y roja en el otoño. Y la nuestra era una casa bonita; era vieja, sí, ochenta o noventa años, o algo así. Hablaba de noche, murmuraba, y yo la oía. Todas las maderas secas, los balaustres, el porche de adelante, los umbrales. Los tocabas, y te hablaban. Cada cuarto en un tono diferente. Y cuando al fin hablaba toda la casa, era como tener alrededor a una familia, allí, en la oscuridad, ayudándote a dormir. Ninguna casa de ahora podría ser como aquella otra. Para que una casa se ablande del todo es necesario que vivan muchos en ella, que pase por ella mucha gente. Ésta de ahora, esta cabaña, no sabe que yo estoy aquí, no le importa que yo viva o muera. Suena a lata, y la lata es fría. No tiene poros para que entren los años. No tiene un sótano para que guardes las cosas del año próximo y del otro. No tiene una bohardilla para que guardes las cosas del año pasado y de todos los otros años antes que tú nacieras. Si al menos tuviésemos aquí algo pequeño, pero familiar, Bob, entonces podríamos aceptar lo extraño. Pero cuando todas las cosas son extrañas, entonces se necesita una eternidad para familiarizarse con ellas.

Bob asintió en la oscuridad.

—No hay en lo que dices nada que yo no haya pensado.

Carrie miraba a la luz de la luna las maletas arrumbadas contra la pared y tendió la mano.

—¡Carrie!

—¿Qué?

Bob sacó las piernas fuera de la cama.

—Carrie, he hecho un condenado disparate, una locura. Todos estos meses te oí soñar en voz alta, asustada, y a los niños por la noche, y el viento, y Marte allí afuera, los abismos del mar y todo y… —Se detuvo y tragó saliva—. Tienes que comprender qué hice y por qué lo hice. Todo el dinero que guardábamos en el banco hasta hace un mes, todo el dinero que economizamos durante diez años, Carrie, lo gasté.

—¡Bob!

—Lo tiré a la calle, Carrie, te lo juro, lo tiré por nada. Iba a ser una sorpresa. Pero ahora, esta noche, aquí estás tú, y ahí están esas malditas maletas en el suelo, y…

—Bob —dijo Carrie volviéndose—. ¿Quieres decir que hemos pasado por todo esto, en Marte, ahorrando dinero todas las semanas, para que tú lo quemes en unas pocas horas?

—No sé —dijo Bob—. Estoy completamente loco. Mira, no falta mucho para que amanezca. Nos levantaremos temprano y te llevaré a ver lo que hice. No quiero decírtelo, quiero que lo veas. Y si no anda, entonces, bueno, siempre están esas maletas y el cohete a la Tierra cuatro veces por semana.

Carrie no se movió.

—Bob, Bob —murmuró.

—No digas nada más.

—Bob, Bob…

Carrie meneó lentamente la cabeza, incrédula. Bob se dio vuelta y se tendió en la cama y Carrie se sentó del otro lado, y por un rato no se acostó, y se quedó mirando la cómoda donde estaban los pañuelos y las joyas y la ropa apilada. Afuera un viento del color de la luna movió el polvo dormido y roció el aire.

Al fin Carrie se acostó, pero no dijo nada más; se sentía como un peso frío sobre la cama, contemplando el largo túnel de la noche, esperando a que amaneciera en el otro extremo.

Se levantaron a las primeras luces y se movieron por la cabaña sin hacer ruido. Era una pantomima, prolongada casi hasta la hora en que alguien podía gritarle al silencio, cuando la madre y el padre y los niños se lavaban y vestían y tomaban un rápido desayuno de tostadas y jugos de fruta y café. Sin que nadie mirara de frente a nadie todos vieron a los otros en las superficies espejeantes de la tostadora, de la vajilla, de los cubiertos, donde los rostros se descomponían en formas y parecían terriblemente extraños a aquella hora temprana. Entonces, al fin, abrieron la puerta de la cabaña y dejaron entrar el aire que soplaba sobre los mares marcianos, fríos, azules y blancos, donde las olas de arena se disolvían y cambiaban como formas fantasmales, y salieron bajo un cielo frío, fijo y duro, y marcharon hacia una ciudad que no parecía más que el lejano escenario de una película cinematográfica, en un estudio inmenso y desierto.

—¿A qué parte de la ciudad vamos?, —preguntó Carrie.

—Al hangar del cohete —dijo Bob—. Pero antes que lleguemos tengo mucho que decirte.

Los niños aminoraron la marcha y caminaron detrás de los padres, escuchando. El padre miraba fijamente hacia adelante, y ni una sola vez, durante todo el tiempo que habló, miró a su mujer o a sus hijos.

—Creo en Marte —empezó a decir serenamente—. Pienso que un día será nuestro. Levantaremos casas. Afincaremos aquí. No escaparemos con el rabo entre las piernas. Se me ocurrió un día hace un año, justamente después de

nuestra llegada. ¿Por qué vinimos?, me pregunté. Porque sí, dije, porque sí. Lo mismo le ocurre al salmón todos los años. El salmón no sabe por qué va adónde va, pero va, de todos modos. Remonta ríos que no recuerda, torrentes, cataratas, y al fin llega a un sitio donde se reproduce y muere, y todo vuelve a comenzar. Llamémoslo memoria racial, instinto, o no le pongamos ningún nombre, pero es así. Y aquí estamos nosotros.

Caminaron en la mañana silenciosa y el cielo inmenso los miraba, y las extrañas arenas azules, o blancas como el vapor, se movían a los pies de los terrestres en el camino nuevo.

—De modo que aquí estamos. ¿Y de Marte adónde iremos? ¿A Júpiter, Neptuno, Plutón, o más allá? Perfecto. Y más allá aún. ¿Por qué? Algún día el sol estallará como un horno defectuoso. Bum, allá va la Tierra. Pero quizá Marte no sufra ningún daño, y si Marte desaparece, quizá quede Plutón, y si Plutón desaparece, entonces, ¿dónde estaremos nosotros, es decir, los hijos de nuestros hijos?

Miró fijamente el inmóvil casco del cielo color ciruela.

—Bueno, estaremos en algún mundo numerado, tal vez: ¡Planeta 6 del sistema astral 97; planeta 2 del sistema 99! ¡Tan lejos de aquí que parecerá una pesadilla! Nos habremos ido, entendéis, nos habremos ido para siempre y estaremos a salvo. Y pensé entonces, ah, ah. Por ese motivo vinimos a Marte, por ese motivo los hombres lanzaron cohetes al espacio.

—Bob…

—Déjame terminar; no para hacer dinero, no. No para ver nuevos panoramas, no. Ésas son las mentiras que cuentan los hombres, las razones imaginarías que se dan a sí mismos. Hacerse ricos, famosos, dicen. Divertirse, volar, dicen. Pero todo el tiempo, interiormente, algo, otra cosa, late lo mismo que en el salmón o en la ballena; lo mismo, por Dios, que en el microbio más diminuto que se nos ocurra. Y ese relojito que late en todos los seres vivos, ¿sabéis qué dice? Dice: «vete, propágate, avanza, sigue nadando. Corre a tantos mundos y funda tantas ciudades que nada pueda destruir al hombre». ¿Ves, Carrie? No somos nosotros los que hemos venido a Marte, es la raza, o toda la raza humana, según como nos vaya en la vida. Y esto es algo tan enorme que me dan ganas de reír, me hiela de espanto.

Bob sentía que los niños marchaban firmemente detrás, y que Carrie iba a su lado, y hubiera querido verle la cara, pero no la miró.

—Recuerdo ahora que papá y yo recorríamos así los campos, cuando yo era niño, arrojando semillas a mano, pues se nos había roto la sembradora y no teníamos dinero para hacerla arreglar. Hubo que hacerlo, de algún modo,

para las cosechas siguientes. Dios santo, Carrie, Dios santo, ¿recuerdas esos artículos de los suplementos dominicales? ¡LA TIERRA SE CONGELARÁ DENTRO DE UN MILLÓN DE AÑOS! Yo me enloquecía, de muchacho, leyendo esos artículos. Mi madre me preguntaba por qué. Me desespero por toda esa pobre gente del porvenir, decía yo. No te atormentes por ellos, replicaba mamá. Pero Carrie, ésta es la cuestión, precisamente. Nos preocupamos por ellos. Si no, no estaríamos aquí. Lo que importa es que el Hombre permanezca. El Hombre, así, con una H mayúscula. Soy parcial, por supuesto, ya que pertenezco también a la especie. Pero no hay otro modo de alcanzar esa inmortalidad de la que tanto habla el hombre. Hay que propagarse, diseminarse por el universo. Entonces tendremos en alguna parte una cosecha segura, a prueba de fracasos. No importa si en la Tierra hay hambre. La próxima cosecha de trigo estará en Venus o en el sitio adónde haya llegado el hombre en los próximos mil años. Es una idea que me enloquece, Carrie, que me enloquece de veras. Cuando lo pensé me sentí tan entusiasmado que quise correr y decírselo a la gente, a ti, a los niños. Pero, diantre, sabía que no era necesario. Sabía que un día o una noche vosotros mismos oiríais ese tictac interior, y que entenderíais entonces, y que nadie tendría que decir absolutamente nada. Son palabras grandes, Carrie, lo sé, y pensamientos grandes para un hombre que apenas mide un metro setenta, pero no digo más que la verdad.

Avanzaban por las desiertas calles del pueblo, escuchando el eco de sus propios pasos.

—¿Y esta mañana?, —dijo Carrie.

—Ya llego a esta mañana. Una parte de mí también quiere volver a casa. Pero la otra parte me dice que si regresamos, todo se habrá perdido. Entonces pensé: ¿qué nos molesta más? Algunas cosas que tuvimos una vez. Algunas cosas de los niños, tuyas, mías. Y pensé que si para comenzar algo nuevo se necesita algo viejo, por Dios, usaré lo viejo. Los libros de historia cuentan que mil años atrás ponían carbones en un cuerno de vaca y soplaban durante el día, y así llevaban el fuego en procesiones de un sitio a otro. Y luego encendían el fuego a la noche con las chispas que quedaban de la mañana. Siempre una nueva antorcha, pero también algo de la antigua. De modo que lo pesé y lo medí cuidadosamente. ¿Acaso lo Viejo vale todo nuestro dinero?, me pregunté. No, sólo las cosas que hacemos con lo Viejo tienen valor. Bueno, ¿entonces lo Nuevo vale todo nuestro dinero?, me pregunté. ¿Estarías dispuesto a invertir para un día de la próxima semana? ¡Sí!, dije. Y si puedo

luchar contra eso que nos ata a la Tierra, empaparé mi dinero enkerosene y encenderé un fósforo.

Carrie y los dos niños estaban inmóviles, detenidos en la calle, mirando a Bob como si fuese una tormenta que soplaba encima y alrededor casi levantándolos del suelo, una tormenta que no amainaba.

—El cohete llegó esta mañana —dijo Bob, al fin, serenamente—. Trajo nuestra carga. Vamos a verla.

Subieron lentamente los tres escalones y entraron en el hangar y caminaron por el piso sonoro hacia el cuarto de la carga. Las puertas se deslizaban ahora a los costados, abriéndose al día.

—Háblanos otra vez del salmón —dijo a Bob uno de los niños.

A mediados de esa calurosa mañana regresaron de la ciudad en un camión alquilado lleno de cajones, paquetes y envoltorios, largos, altos, cortos, chatos, todos numerados y con unos claros letreros que decían Robert Prentiss, Nueva Toledo, Marte.

Detuvieron el camión junto a la cabaña y los niños saltaron al suelo y ayudaron a la madre a bajar. Bob se quedó sentado un rato detrás del volante, y luego, lentamente, echó a caminar de un lado a otro mirando la parte posterior del camión, los paquetes y cajones.

Hacia mediodía todas las cajas, excepto una, estaban abiertas, y las cosas habían sido puestas en el fondo del mar, donde esperaba la familia.

—Carrie…

Bob la llevó hasta los antiguos escalones del viejo porche que ahora estaban desembalados al borde del pueblo.

—Escúchalos, Carrie.

Los peldaños crujieron y susurraron bajo los pies de Carrie.

—¿Qué te dicen, cuéntame, qué dicen?

Carrie se quedó de pie sobre los viejos escalones de madera, absorta, sin saber qué decir.

Bob movió una mano.

—Porche delantero aquí, sala allí, comedor, cocina, tres dormitorios. En parte los haremos aquí, en parte los traeremos. Claro, por ahora sólo tenemos el porche y algunos muebles de la sala, y la vieja cama.

—¡Todo ese dinero, Bob!

Bob la miró, sonriente.

—Tú no estás loca ahora, mírame. No estás loca. Lo iremos trayendo todo, el año próximo, en cinco años. La cristalería, esa alfombra armenia que nos regaló tu madre en 1961. ¡Deja que el sol estalle en pedazos!

Miraron los otros cajones, numerados y rotulados: Hamaca del porche del frente, mecedora del porche delantero, cristales colgantes chinos…

—Yo mismo los soplaré para que tintineen.

Pusieron la puerta con sus pequeños paneles de vidrios de colores, en lo alto de la escalera, y Carrie miró a través de la ventana de color frutilla.

—¿Qué ves?

Pero sabía lo que Carrie veía, pues también él miraba por el vidrio de color. Y allí estaba Marte, con el cielo frío entibiado y los mares muertos, ahora de color encendido. Las montañas eran montículos de helado de frutilla, y las arenas parecían carbones ardientes zarandeados por el viento. La ventana frutilla, la ventana frutilla soplaba tenues colores rosados sobre el paisaje, e iluminaba los ojos y la mente con la luz de un amanecer interminable. Allí encorvado, mirando, Bob se oyó decir:

—Así será la ciudad dentro de un año. Esto será una calle sombreada, tú tendrás tu porche y amigos. Ya no los necesitarás tanto entonces. Primero estas cosas pequeñas y familiares, y luego verás que Marte crece, y que se trasforma, y llegarás a conocerlo como si lo hubieses conocido toda la vida.

Bajó corriendo las escaleras hasta el último cajón, cerrado aún, y cubierto con una lona. Agujereó la lona con el cortaplumas.

—¡Adivina!

—¿Mi cocina? ¿Mi horno?

—No, no, nada de eso. —Bob sonrió muy dulcemente—. Cántame una canción —dijo.

—Bob, estás mal de la cabeza.

—Cántame una canción que valga todo el dinero que teníamos en el banco y que ahora no tenemos, pero que a nadie le importa un comino —dijo él.

—No sé ninguna más que Genevieve, dulce Genevieve.

—Cántala —dijo Bob.

Pero Carrie no podía abrir la boca y ponerse a cantar, así como así. Bob vio que movía los labios, pero no salió ningún sonido.

Bob desgarró un poco más la tela y metió la mano en el cajón y palpó en silencio un momento, y él mismo empezó a cantar la canción, hasta que movió la mano una última vez y entonces un solo y límpido acorde de piano vibró en el aire de la mañana.

—Ajá —dijo—. Cantemos juntos. ¡Todos! Éste es el tono.

* La botella azul
2005 Febrero

Los relojes de sol se habían desmoronado convirtiéndose en guijarros blancos. Las aves del aire volaban ahora enterradas en cielos antiguos de piedra y de arena. Por los lechos oceánicos muertos se movían corrientes de polvo que inundaban la tierra cuando el viento les ordenaba representar de nuevo una vieja historia de inundaciones. Las ciudades atesoraban profundos graneros de silencio, tiempo retenido y almacenado, estanques y fuentes de recuerdo y quietud.

Marte era un planeta muerto.

Entonces, de ese enorme silencio, desde una gran distancia, llegó un ruido de insecto que creció entre las montañas de canela y avanzó por el aire abrasador hasta que la carretera tembló y el polvo empezó a desprenderse y a caer con un susurro en las viejas ciudades.

El ruido cesó.

En el silencio reluciente del mediodía, sentados en un viejo coche, Albert Beck y Leonard Craig miraban una ciudad muerta que no se movía ante la mirada de ellos pero que esperaba que gritasen:

—¡Hola!

Una torre de cristal se desmoronó en una suave lluvia de polvo.

—¡Eh, vosotros!

Y otra torre se derrumbó.

Y cayó otra, y otra, mientras Beck gritaba, llamándolas a la muerte. En vuelos demoledores, los animales de piedra de enormes alas de granito saltaban y se estrellaban contra los patios y las fuentes. El grito de Beck los convocaba como si fueran animales vivos y los animales vivos le respondían, gemían, chasqueaban, se incorporaban, se inclinaban, temblando, vacilantes, y luego hendían el aire cayendo a plomo con bocas torcidas y ojos vacíos, con dientes afilados eternamente hambrientos que de repente quedaban sembrados como metralla en las baldosas.

Beck esperó. No cayeron más torres.

—Ahora podemos entrar sin peligro.

Craig no se movió.

—¿Por la misma razón?

Beck asintió.

—¡Por una maldita botella! No entiendo. ¿Por qué todos la quieren?

Beck bajó del coche.

—Los que la encontraron nunca dijeron nada, nunca explicaron. Pero… es vieja. Vieja como el desierto, como los mares muertos… y quizá contenga algo. Eso es lo que dice la leyenda. Y como podría contener cualquier cosa… bueno, eso excita el interés de los hombres.

—Excitará el tuyo, no el mío —dijo Craig, moviendo apenas los labios, entornando los ojos, ligeramente divertido. Se estiró perezosamente—. Sólo vine de paseo. Prefiero mirarte antes que quedarme sentado al calor.

Beck había tropezado con el viejo coche hacía un mes, antes de que se le uniese Craig. Era parte de los restos de la Primera Invasión Industrial de Marte, que había terminado cuando la carrera siguió hacia las estrellas. Había reparado el motor y con él había viajado de una ciudad muerta a otra, por tierras de patanes y vagos, holgazanes y soñadores, hombres atrapados en las leyes del espacio, hombres que, como él y Craig, nunca habían tenido muchas ganas de hacer algo y habían descubierto que Marte era un buen sitio para hacerlo.

—Hace cinco mil, diez mil años los marcianos fabricaron la Botella Azul —dijo Beck—. La soplaron en vidrio marciano… y se perdió y encontró, perdió y encontró una y otra vez.

Miró el ondulante brillo del calor de la ciudad muerta. Toda mi vida, pensó Beck, me he pasado haciendo nada de nada de nada. Otros hombres, hombres mejores, han hecho cosas grandes, han ido a Mercurio, a Venus, o fuera del sistema solar. Yo no. Pero la Botella Azul puede cambiar todo eso.

Dio media vuelta y se alejó del coche silencioso.

Craig echó a andar detrás de él, muy tranquilo.

—¿Cuánto hace que la buscas? ¿Diez años? Te crispas en sueños, te despiertas sobresaltado, sudas la gota gorda. Tanto deseas la maldita botella, y no sabes qué tiene dentro. Eres un tonto, Beck.

—Calla, calla —dijo Beck, pateando unos guijarros.

Entraron juntos en la ciudad en ruinas, caminando sobre un mosaico de azulejos agrietados, un tapiz pétreo de frágiles criaturas marcianas, animales muertos hacía mucho tiempo que aparecían y desaparecían cuando un leve soplo de viento removía el polvo silencioso.

—Espera —dijo Beck. Ahuecó las manos contra la boca y gritó con fuerza—. ¡Tú!

—… tú —dijo un eco, y cayeron unas torres. Fuentes y columnas de piedra se plegaban y desmoronaban sobre sí mismas. Así funcionaban esas ciudades. A veces torres hermosas como una sinfonía caían cuando alguien pronunciaba una palabra. Era como mirar una cantata de Bach que se desintegra ante nuestros ojos.

Un momento después: huesos sepultados por huesos. El polvo se asentó. Dos estructuras seguían intactas.

Beck se adelantó, haciéndole una seña con la cabeza a su amigo.

Empezaron a buscar.

Y mientras buscaban, Craig hizo una pausa, con una leve sonrisa en los labios.

—En esa botella —dijo— ¿hay una pequeña mujer acordeón, plegada como uno de esos vasos de hojalata, o como una de esas flores japonesas que pones en agua y se abren?

—No necesito una mujer.

—Quizá sí la necesites. Quizá nunca tuviste una mujer de verdad, una mujer que te quisiera, y eso, secretamente, es lo que esperas encontrar en la botella. —Craig frunció la boca—. O quizá esperas encontrar algo de tu infancia. Todo junto: un lago, un árbol al que trepabas, césped verde, algunos cangrejos de río. ¿Cómo te suena eso?

Los ojos de Beck enfocaron un punto lejano.

—A veces… casi no busco otra cosa. El pasado: la Tierra. No lo sé.

Craig asintió inclinando la cabeza.

—Quizá lo que hay en la botella dependa de quien mira. Si hubiera un trago de *whisky*.

—Sigue mirando —dijo Beck.

Había siete habitaciones llenas de brillos y resplandores; en hileras, del suelo al techo, se veían barriles, ollas, botellones, urnas, floreros: labrados en cristal rojo, rosa, amarillo, violeta y negro. Beck los rompió todos, uno por uno, para eliminarlos, para apartarlos del camino y no tener que ocuparse de ellos otra vez.

Beck acabó con esa habitación y se preparó para invadir la siguiente. Tenía miedo de seguir. Miedo de encontrarla, de que la búsqueda terminase de pronto y su vida perdiese sentido. Sólo después de enterarse de la existencia de la Botella Azul por boca de viajeros que recorrían el trayecto de Venus-Júpiter, diez años antes, había empezado a encontrar sentido a la vida. La fiebre lo había encendido, y desde entonces ardía sin parar. Si la administraba correctamente, la perspectiva de encontrar la botella quizá le

colmase la vida entera. Si no era demasiado diligente, habría otros treinta años de búsqueda, sin admitir nunca que no era la botella lo que contaba, sino la búsqueda, el rastreo y las excursiones, el polvo y las ciudades y la marcha continua.

Beck oyó un ruido sordo. Dio media vuelta y se acercó a una ventana que daba al patio. Una pequeña bicicleta gris para andar por la arena había frenado al final de la calle casi sin hacer ruido. Un hombre rollizo de pelo rubio bajó del asiento mullido y se quedó descansando, mirando la ciudad. Otro buscador. Beck soltó un suspiro. Miles y miles buscando y buscando. Pero había miles de ciudades y pueblos y aldeas frágiles, y llevaría un milenio cribarlas todas.

—¿Qué tal? —Craig apareció en la puerta.

—No hubo suerte. —Beck husmeó el aire—. ¿Hueles algo?

—¿Qué? —Craig miró alrededor.

—Huele a… *bourbon*.

—¡Vaya! —Craig lanzó una carcajada—. ¡Soy yo!

—¿Tú?

—Acabo de tomar un trago. Lo encontré en la otra habitación. Anduve revolviendo cosas, un lío de botellas, como siempre, y una de ellas tenía un poco de *bourbon* así que tomé un trago.

Beck lo miraba, empezando a temblar.

—¿Qué… qué puede estar haciendo el *bourbon* aquí, en una botella marciana? —Tenía las manos frías. Dio un paso lento—. ¡Muéstramela!

—Estoy seguro de que…

—¡Maldita sea, muéstramela!

Allí estaba, en un rincón, un recipiente de vidrio marciano, azul como el cielo, del tamaño de una fruta pequeña, liviano y diáfano en la mano de Beck mientras lo ponía sobre una mesa.

—Está medio llena de *bourbon* —dijo Craig.

—No veo nada dentro —dijo Beck.

—Entonces sacúdela.

Beck la levantó y la sacudió con cautela.

—¿Oyes cómo gorgotea?

—No.

—Yo lo oigo muy claro.

Beck volvió a dejarla sobre la mesa. Los rayos de sol que entraban por una ventana lateral arrancaron destellos azules del delgado recipiente. Era el

azul de una estrella en la palma de la mano. Era el azul de una bahía oceánica al mediodía. Era el azul de un diamante por la mañana.

—Es ésta —dijo Beck tranquilamente—. Sé que es ésta. No necesitamos buscar más. Hemos encontrado la Botella Azul.

Craig no parecía muy convencido.

—¿Estás seguro de que no ves nada dentro?

—Nada… Pero… —Beck se inclinó acercándose más y miró en las profundidades de aquel vítreo universo azul—. Quizá lo sepa si la abro y vierto lo que hay dentro.

—Le apreté mucho el tapón. Toma. —Craig se la alcanzó.

—Con su permiso, caballeros —dijo una voz en la puerta detrás de ellos.

El hombre rollizo de pelo rubio entró en la habitación con una pistola en la mano. No los miró a la cara, miró sólo la botella de vidrio azul. Esbozó una sonrisa.

—Detesto empuñar un arma —dijo—, pero es una cuestión de necesidad; sencillamente tengo que llevarme esa obra de arte. Les aconsejo que me la den sin resistirse.

Beck casi estaba contento. Había algo de belleza en la oportunidad de ese incidente; era lo que él podría haber deseado: que le robasen el tesoro antes de abrirlo. Ahora era muy probable que hubiese una persecución, una pelea, una serie de ganancias y pérdidas que quizá incluyesen otros cuatro o cinco años de búsqueda.

—Vamos —dijo el desconocido—. No quiero resistencia. —Levantó la pistola amenazadoramente.

Beck le entregó la botella.

—Asombroso. Realmente asombroso —dijo el hombre rollizo—. No puedo creer que haya sido tan sencillo, entrar, oír a dos hombres conversando y hacer que me entreguen la botella. ¡Asombroso! —Y se alejó por el vestíbulo, hacia la luz del día, riendo entre dientes.

Bajo las dos frescas lunas de Marte las ciudades de medianoche eran hueso y polvo. El coche golpeteaba y traqueteaba en los baches de la carretera pasando por delante de ciudades donde las fuentes, los girostatos, los muebles, los libros metálicos cantantes y las pinturas estaban empolvados de argamasa y alas de insectos. Por delante de ciudades que ya no eran ciudades, sino cosas restregadas y transformadas en un fino sedimento que florecía insensatamente llevado y traído por los vientos de vino que soplaban entre uno y otro país, como la arena en un gigantesco reloj que forma y vuelve a

formar la misma pirámide. El silencio se abrió para dejar pasar el coche, y se cerró rápidamente detrás.

—Nunca lo encontraremos —dijo Craig—. Estas malditas carreteras. Tan viejas. Baches, bultos, todo está mal. Él tiene la ventaja de la bicicleta; puede zigzaguear y esquivar. ¡Maldición!

Se desviaron bruscamente, eludiendo un tramo estropeado. El coche avanzó por la vieja carretera como una goma de borrar, pasando sobre la tierra, barriéndola y descubriendo los colores esmeralda y oro de los viejos mosaicos marcianos incrustados en la superficie del camino.

—Espera —gritó Beck. Aminoró la marcha—. Vi algo allá atrás.

—¿Dónde?

Retrocedieron cien metros.

—Allí. Lo ves. Es él.

En una zanja al borde del camino estaba tendido el hombre rollizo, doblado sobre la bicicleta. No se movía. Tenía los ojos muy abiertos, y cuando Beck los iluminó con una linterna, mostraron un brillo apagado.

—¿Dónde está la botella?

Beck saltó a la zanja y recogió la pistola del hombre.

—No lo sé, desapareció.

—¿Qué lo mató?

—Tampoco lo sé.

—La bicicleta parece intacta. No fue un accidente.

Beck hizo girar el cuerpo.

—No tiene heridas. Parece como… si se hubiera detenido, porque se le ocurrió.

—Quizá tuvo un ataque al corazón —dijo Craig—. Emocionado por la botella. Bajó aquí a esconderse. Pensó que todo andaría bien, pero el ataque acabó con él.

—Eso no explica lo de la Botella Azul.

—Vino alguien. Dios mío, ya sabes cuántos andan por ahí buscando…

Miraron con atención la oscuridad alrededor. Lejos, en la negrura estrellada, en las colinas azules, vieron que algo se movía despacio.

—Allá. —Beck señaló—. Tres hombres a pie.

—Seguro que ellos…

—¡Dios mío, mira!

Allí abajo, en la zanja, la figura del hombre rollizo brilló, comenzó a derretirse. Los ojos parecían feldespato bajo un repentino torrente de agua. La cara empezó a disolvérsele en llamas. El pelo parecía un manojo de petardos,

encendidos y chisporroteantes. El cuerpo echaba humo mientras miraban. Los dedos en llamas se movían espasmódicamente. De pronto, como si un martillo gigantesco hubiese golpeado una estatua de cristal, el cuerpo entero estalló hacia arriba y desapareció en una llamarada de fragmentos rosados, convirtiéndose en una nube que la brisa nocturna se llevó sobre la carretera.

—Tienen que haberle… hecho algo —dijo Craig—. Esos tres, con algún nuevo tipo de arma.

—Pero no es la primera vez que ocurre —dijo Beck—. Sé de hombres que han tenido la Botella Azul. Desaparecieron. Y la botella pasó a manos de otros que también desaparecieron. —Meneó la cabeza—. Parecía un millón de luciérnagas cuando estalló…

—¿Los vas a perseguir?

Beck regresó al coche. Observó los montículos de alrededor, las colinas de sedimentos óseos y silencio.

—Será difícil, pero creo que podré perseguirlos con el coche. Ahora tengo que hacerlo. —Hizo una pausa, sin hablar con Craig—. Creo que sé qué hay en la Botella Azul… Por fin me doy cuenta de que allí está lo que más quiero. Esperándome.

—Yo no voy —dijo Craig, acercándose al coche, donde Beck estaba sentado con las manos en las rodillas—. No te acompañaré a perseguir a esos tres hombres armados. Sólo quiero vivir, Beck. Esa botella no significa nada para mí. No arriesgaré el pellejo para conseguirla. Pero te deseo suerte.

—Gracias —dijo Beck. Y se alejó en el coche, internándose entre las dunas.

La noche era fresca, como si una corriente de agua bañase el capó vítreo del coche.

Beck aceleró por lechos de ríos muertos y vertidos de guijarros cretáceos, entre grandes acantilados. Cintas de doble luz lunar pintaban de amarillo oro los bajorrelieves de dioses y animales en los lados de los acantilados: caras de un kilómetro de altura sobre los que habían grabado y estampado unos símbolos que contaban historias marcianas, caras increíbles con bocas bostezantes y ojos abiertos de caverna.

El rugido del motor desprendía rocas, cantos rodados. En una torrencial lluvia de piedra, fragmentos dorados de las viejas esculturas se soltaban de los rayos de luna en la cimas de los acantilados y se desvanecían en esa oscuridad azul de pozo fresco.

En medio del rugido, mientras conducía, Beck miró mentalmente hacia atrás: a todas las noches de los últimos diez años, las noches en las que había

encendido fuego en los fondos marinos y había cocinado comidas lentas, pensativas. Y había soñado. Siempre esos sueños en los que deseaba no sabía qué. Desde joven, la vida dura en la Tierra, el gran pánico de 2130, el hambre, el caos, los disturbios, el deseo. Luego las andanzas entre los planetas, los años sin mujeres, sin amor, los años de soledad. Sales de la oscuridad a la luz, del útero al mundo, y ¿qué encuentras que de veras te interese?

¿Y el muerto en la zanja? ¿No había andado siempre buscando algo más? Algo que no tenía. ¿Qué había para hombres como él? ¿O para cualquiera? ¿Había en verdad algo que uno esperase con ilusión?

La Botella Azul.

Frenó rápidamente el coche y bajó de un salto empuñando la pistola. Agazapándose, corrió hacia las dunas. Allá adelante, en la arena fresca, estaban tendidos los tres hombres. Eran terrestres de rostros bronceados y ropas toscas y manos nudosas. La luz de las estrellas brillaba en la Botella Azul, que estaba entre ellos.

Mientras Beck miraba, los cuerpos empezaron a derretirse. Se esfumaron en nubes de vapor, en gotas de rocío y cristales. En un instante desaparecieron.

Beck sintió el frío en el cuerpo mientras le llovían los copos en los ojos, rozándole los labios y las mejillas.

No se movió.

El hombre rollizo. Muerto y esfumándose. La voz de Craig: Algún arma nueva…

No. No se trataba de un arma.

La Botella Azul.

La habían abierto para encontrar lo que más deseaban. Durante años largos y solitarios todos los hombres desdichados, anhelantes, la habían abierto para encontrar lo que más querían en los planetas del universo. Y todos lo habían encontrado, incluyendo a esos tres. Ahora se entendía por qué la botella pasaba tan rápidamente de uno a otro, y por qué todos los hombres desaparecían tras ella. Rastrojos que aleteaban en la arena, por las orillas del mar muerto. Convertidos en llamas y luciérnagas. En niebla.

Beck recogió la botella y la sostuvo lejos del cuerpo durante un largo rato. Los ojos le brillaban claramente. Las manos le temblaban.

Así que esto es lo que he estado buscando, pensó. Hizo girar la botella y de la botella salió un relámpago estelar de luz azul.

¿Así que esto es lo que todos los hombres quieren de verdad? ¿El deseo secreto, profundo, tan oculto que nunca podemos adivinarlo? ¿El impulso

subliminal? ¿Así que es esto lo que todo hombre, por alguna culpa íntima, trata de encontrar?

La muerte.

El fin de la duda, la tortura, la monotonía, el deseo, la soledad, el miedo, el fin de todo.

¿Todos los hombres?

No. Craig no. Craig era quizá mucho más afortunado.

Algunos hombres eran como animales en el universo: no se hacían preguntas, y bebían de los charcos y engendraban y criaban a los suyos y no pensaban ni por un instante que la vida no pudiese ser buena. Así era Craig. Había unos cuantos como él. Animales felices en una gran reserva, en manos de Dios, con una religión y una fe que se les desarrollaba como una musculatura especial. Los hombres no neuróticos entre los billones de neuróticos. Esos hombres sólo desearían la muerte más tarde, de un modo natural. Ahora no. Más tarde.

Beck alzó la botella. Qué sencillo, pensó, y qué cierto. Esto es lo que siempre he deseado. Y nada más.

Nada.

La botella estaba abierta y era azul a la luz de las estrellas. Beck tomó un largo trago del aire que salía de la Botella Azul, hasta llenarse los pulmones.

Al fin la tengo, pensó.

Se relajó. Sintió en el cuerpo una frescura maravillosa y luego un calor maravilloso. Sabía que bajaba por un largo tobogán de estrellas hacia una oscuridad deliciosa como vino. Nadaba en vino azul y vino blanco y vino rojo. Había velas en su pecho, y fuegos artificiales que giraban. Sintió que las piernas le volaban de un modo divertido. Soltó una carcajada. Cerró los ojos y rió.

Era muy feliz por primera vez en la vida.

La Botella Azul cayó en la arena fresca.

Al amanecer pasó por allí Craig, silbando. Con las primeras luces rosadas del sol, vio la botella caída en la desierta arena blanca. Al recogerla oyó un susurro ardiente. Algunas luciérnagas de color naranja y rojo-morado parpadearon en el aire y se esfumaron.

El sitio estaba muy tranquilo.

—Que me lleve el diablo. —Miró hacia las ventanas muertas de una ciudad cercana—. ¡Eh, Beck!

Una torre delgada cayó transformada en polvo.

—¡Beck, aquí tienes tu tesoro! Yo no lo quiero. ¡Ven a buscarlo!

—… a buscarlo —dijo un eco, y cayó la última torre.

Craig esperó.

—Qué gracioso —dijo—. Aquí está la botella, y Beck ni siquiera anda cerca. —Agitó el recipiente azul.

La botella gorgoteó.

—¡Sí, señor! Igual que antes. ¡Dios mío, llena de *bourbon*! —La abrió, tomó un trago, se limpió la boca.

Sostuvo la botella sin prestar demasiada atención.

—Tanto esfuerzo para conseguir un poco de *bourbon*. Esperaré aquí al pobre Beck y le daré la maldita botella. Mientras tanto… tómese otro trago, señor Craig. Supongo que no te importará.

El único sonido en esa tierra muerta era el sonido del líquido que bajaba por una garganta reseca. La Botella Azul destelló a la luz del sol.

Craig sonrió feliz y volvió a beber.

* La ciudad perdida de Marte
2005 Marzo

El gran ojo flotaba en el espacio. Y detrás de ese ojo, escondido en algún lugar del metal y la maquinaria, había un ojo pequeño, el ojo de un hombre que miraba y no podía dejar de mirar todas las multitudes de estrellas y los aumentos y disminuciones de luz a billones de billones de kilómetros de distancia.

El ojo pequeño se cerró con fatiga. El capitán John Wilder siguió junto al sistema telescópico que sondeaba el universo y al final murmuró:

—¿Cuál?

El astrónomo que estaba con él dijo:

—Puedes elegir.

—Ojalá fuera tan fácil. —Wilder abrió los ojos—. ¿Qué sabemos de esa estrella?

—Alfa-Cisne II. Tamaño y espectro como nuestro sol. Sistema planetario, posible.

—Posible. No seguro. Si elegimos mal la estrella, Dios ayuda a la gente que enviemos en un viaje de doscientos años para encontrar un planeta que quizá no esté ahí. No, Dios me ayude, pues la elección final es mía, y bien puedo enviarme a mí mismo en este viaje. Así que, ¿cómo podemos estar seguros?

—No podemos. No nos queda otra cosa que decidirnos por lo más probable, despachar la nave y rezar.

—No eres muy alentador. Basta. Estoy cansado.

Wilder tocó un conmutador que cerró herméticamente el gran ojo, la lente-cohete del espacio que contemplaba fríamente el abismo, veía demasiado y sabía poco, y que ahora no sabía nada. El laboratorio invisible flotó a la deriva en una noche infinita.

—A casa —dijo el capitán—. Volvamos.

Y el ciego mendicante de estrellas giró en una exhalación de fuego, y desapareció.

Las ciudades fronterizas de Marte parecían muy hermosas desde arriba. Mientras descendía, Wilder vio los neones sobre las colinas azules y pensó:

Encenderemos esos mundos a billones de kilómetros de distancia, y los hijos de las gentes que vivan bajo esas luces en este instante serán inmortales. Muy sencillo; si triunfamos, tendrán una vida eterna.

Una vida eterna. El cohete descendió. Una vida eterna.

El viento que soplaba de la ciudad fronteriza traía un olor a grasa. En alguna parte una máquina tragamonedas de aluminio dentado funcionaba estrepitosamente. La chatarra se oxidaba en un depósito junto al puerto de cohetes. Unos diarios viejos bailaban solos en la pista ventosa.

Wilder, inmóvil en lo alto del ascensor-grúa, tuvo de pronto ganas de no bajar. Las luces se habían convertido ahora en personas, y ya no eran esas palabras que parecen ocupar toda la mente y pueden ser manejadas con elegante facilidad.

Suspiró. La carga de la gente era demasiado pesada. Las estrellas estaban también demasiado lejos.

—¿Capitán?, —dijo alguien, detrás.

Wilder dio un paso. El ascensor bajó. Se hundieron con un chillido mudo en la tierra muy real con gente real, que estaba esperando para que Wilder eligiera.

A medianoche la caja del telegrama silbó y estalló en un mensaje proyectado. Wilder, sentado al escritorio, rodeado de cintas y tarjetas de calculadora, no lo tocó durante un largo rato. Cuando al final sacó el mensaje, lo examinó, lo arrugó, apretándolo en una mano, lo desarrugó y leyó otra vez:

ULTIMO CANAL LLENÁBASE SEMANA PRÓXIMA. INVÍTASELE FIESTA YATE. HUÉSPEDES DISTINGUIDOS VIAJE CUATRO DÍAS BUSCANDO CIUDAD PERDIDA. ROGAMOS RESPUESTA.

I. V. AARONSON

Wilder pestañeó y rió en silencio. Aplastó el papel de nuevo, pero se detuvo, levantó el tubo del teléfono, y dijo:

—Telegrama a I. V. Aaronson, Ciudad I, Marte. Respuesta afirmativa. No hay ninguna razón sensata, pero igual… afirmativa.

Y colgó el tubo, y se puso a contemplar esa noche que obscurecía todas las máquinas que susurraban, sonaban acompasadamente, se movían.

El canal seco esperaba.

Había estado esperando veinte mil años, y allí no había sino otra cosa que polvo, que se filtraba en mareas fantasmales.

Ahora, de pronto, el canal murmuraba.

Y ese murmullo se convirtió en aguas que se deslizan acometiendo y rebotando.

Como si un enorme puño mecánico hubiese golpeado las rocas en alguna parte, batiendo el aire y gritando «¡Milagro!», una muralla de agua avanzó orgullosa y alta, por los conductos y se tendió en todos los lugares secos del canal y fue hacia antiguos desiertos resecos, sorprendiendo viejos muelles y levantando los esqueletos de barcos abandonados treinta siglos antes, cuando el agua se había desvanecido.

La marea dobló un recodo y levantó… un barco nuevo como la mañana misma, con tornillos de plata recién forjados y tuberías de bronce, y brillantes banderas nuevas cosidas en la Tierra. El barco, suspendido del costado del canal, llevaba el nombre Aaronson I.

Dentro del barco, un hombre que también se llamaba Aaronson sonreía. El señor Aaronson estaba sentado escuchando las aguas que vivían debajo del barco.

El sonido de un planeador, cada vez más cerca, y de una bicicleta motorizada, cada vez más cerca, entrecortaban el sonido del agua, y en el aire, como convocados con una mágica sincronización, atraídos por el resplandor de las olas en el viejo canal, algunos hombres-tábanos volaban sobre las colinas en máquinas-cohetes, y colgaban suspendidos como si vacilaran ante este encuentro de vidas provocado por un hombre rico.

Frunciendo el ceño y sonriendo, el hombre rico llamó a sus hijos, les gritó ofreciéndoles comida y bebida.

—¡Capitán Wilder! ¡Señor Parkhill! ¡Señor Beaumont!

El planeador de Wilder perdió altura.

Sam Parkhill dejó la bicicleta motorizada, pues se había enamorado del yate a primera vista.

—¡Dios mío!, —exclamó Beaumont, el actor, parte del friso de personas que bailaban en el cielo como abejas brillantes al viento—. He medido mal mi entrada. Llego temprano. ¡No hay público!

—¡Lo aplaudiré al bajar!, —gritó el viejo, y así lo hizo; luego añadió—: ¡Señor Aikens!

—¿Aikens?, —dijo Parkhill—. ¿El gran cazador?

Y Aikens se zambulló como para atraparlos con las asoladoras garras de un halcón. La vida veloz lo había pulido y asentado como una navaja y ahora el filo de Aikens cortaba el aire, cayendo, como decidido a vengarse de las gentes que estaban allá abajo y que no le habían hecho nada. Un instante antes de la destrucción, Aikens tomó altura, y chillando apenas se deslizó hasta la pista de mármol. Aikens llevaba un cinturón, de donde colgaba un rifle. Tenía los bolsillos abultados, como un chico que acaba de salir de la bombonería.

Hacía pensar que los había llenado de balas dulces y bombas raras. En las manos, como un chico malo, sostenía un arma que parecía un rayo caído directamente del puño de Zeus, pero con una marca: Made in U. S.A. Los ojos de cristal azul-verde menta eran sorpresas frías en la carne arrugada y ennegrecida por el sol. Lucía una blanca sonrisa de porcelana, engastada en tendones africanos. El suelo no tembló bastante cuando Aikens descendió.

—¡El león merodea por las tierras de Judá!, —exclamó una voz desde el cielo—. ¡Mirad ahora los corderos llevados a la carnicería!

—¡Por el amor de Dios, Harry, cállate!, —dijo una voz de mujer.

Y otros dos cometas agitaron las propias almas, esa tremenda humanidad al viento.

El hombre rico se mostraba jubiloso.

—¡Harry Harpwell!

—¡Mirad al Ángel de la Anunciación que nos envía el Señor!, —dijo el hombre suspendido en el cielo—. Y lo que anuncia es…

—Está otra vez borracho —suplicó la mujer, volando delante, sin volver la cabeza.

—Megan Harpwell —dijo el hombre rico, como un empresario que presenta a su compañía.

—El poeta —dijo Wilder.

—Y la barracuda, la mujer del poeta —murmuró Parkhill.

—No estoy borracho —gritó el poeta en el viento, hacia abajo—.Estoy simplemente volado.

Y dejó caer tal diluvio de carcajadas que los de abajo casi alzaron las manos para protegerse.

Dejándose caer, como un dragón gordo de papel de seda, el poeta, cuya mujer había cerrado herméticamente la boca, se posó zumbando sobre el yate. Movió las manos como bendiciendo, y les guiñó el ojo a Wilder y a Parkhill.

—Harpwell —proclamó—. No es nombre adecuado para un poeta moderno que sufre en el presente, vive en el pasado, roba huesos de las tumbas de viejos dramaturgos, y vuela en este nuevo batidor de huevos y succionador de aire, para depositar sonetos en la cabeza de ustedes. Compadezco a los viejos santos y ángeles eufóricos que no tenían estas alas invisibles para lanzarse evoluciones como la oropéndola y en convulsiones extáticas en el aire mientras cantaban versos o se condenaban al infierno. Pobres espárragos confinados en la tierra, con las alas cortadas. Sólo los genios volaban. Sólo las Musas conocían el mareo…

—Harry —dijo la mujer, los pies en tierra, los ojos cerrados.

—¡Cazador!, —exclamó el poeta—. ¡Aikens! Aquí está la presa más grande de todo el mundo: un poeta en el aire. Me desnudo el pecho. ¡Deje volar el aguijón de la abeja mielera! Bájeme a mí, Icaro, si las armas son los rayos del sol encendidos en un tubo y liberados en un solo fuego que escala el cielo y convierte sebo, pringue, pabilo y lira en simple papilla. ¡Listo, apunten, fuego!

El cazador, de buen humor, levantó el arma.

Entonces el poeta lanzó una carcajada mucho más poderosa y literalmente expuso el pecho desgarrándose la camisa.

En ese momento llegó la calma, por la orilla del canal.

Apareció una mujer caminando. La criada iba detrás. No había vehículo a la vista, y parecía casi como si las dos hubieran andado mucho desde las colinas de Marte y ahora se detuvieran.

La verdadera calma de esa entrada confirió dignidad y atención a Cara Corelli.

El poeta interrumpió el lirismo en el cielo y aterrizó.

Toda la compañía miraba a esa actriz que les devolvía la mirada sin verlos. Estaba vestida de negro; el mismo color del pelo obscuro. Caminaba como una mujer que ha hablado poco en la vida y ahora estuviera frente a ellos con el mismo sosiego, como esperando que alguien se adelantara a moverse. El viento le sopló el pelo que le caía sobre los hombros. La palidez de la cara era notable. Esa palidez, más que los ojos, miraba a todos fijamente.

Luego, sin decir una palabra, la mujer bajó al yate y se sentó adelante, como un mascarón de proa que conoce su sitio y allí va.

El momento de silencio había concluido.

Aaronson recorrió con el dedo la lista impresa de invitados.

—Un actor, una hermosa mujer que por casualidad es actriz, un cazador, un poeta, la mujer del poeta, el capitán de un cohete, un extécnico. ¡Todos a bordo!

En la popa de la enorme nave, Aaronson extendió los mapas.

—Señoras y señores-dijo, —esto es más que una juerga, una fiesta, una excursión de cuatro días. ¡Esto es una búsqueda!

Esperó a que las caras de los otros se iluminaran, como correspondía, y que pasaran la mirada de los ojos de él a los mapas, y entonces dijo:

—Estamos buscando la fabulosa Ciudad Perdida de Marte, llamada en un tiempo Dia-Sao. La Ciudad Condenada, así la llamaban. Tenía algo terrible.

Los habitantes huyeron de allí como de la peste. La Ciudad quedó vacía. Aún sigue vacía, siglos después.

—En los últimos quince años-dijo el capitán Wilder-hemos completado las cartas, los mapas y los índices tabulados de cada metro del territorio de Marte. No se puede pasar por alto una ciudad de ese tamaño.

—Es cierto-dijo Aaronson, —ustedes han trazado mapas desde el cielo, desde los campos, ¡pero desde el agua! ¡Pues los canales estuvieron vacíos hasta ahora! De modo que tomaremos las nuevas aguas que llenan este último canal e iremos a donde fueron alguna vez los barcos en los viejos tiempos, y veremos las últimas cosas nuevas que han de ser vistas en Marte. —El hombre rico continuó: —Y en algún lugar de nuestro trayecto, tan seguro como el aire que respiramos, encontraremos la más hermosa, la más fantástica, la más terrible ciudad de la historia de este viejo mundo. Y caminando por esa ciudad, ¿quién sabe?, descubriremos por qué motivo los marcianos huyeron dando gritos, como dice la leyenda, hace diez mil años.

Silencio. Luego el poeta estrechó la mano del viejo.

—¡Bravo! ¡Muy bien!

—Y en esa ciudad-dijo Aikens, el cazador, —¿podría haber armas nunca vistas?

—Muy probable, señor.

—Bien-el cazador acunó el disparador de rayos. —Yo estaba aburrido de la Tierra, he disparado a todos los animales, he salido por falta de presas, y he venido aquí en busca de antropófagos más nuevos, mejores, más peligrosos, de toda forma o tamaño. ¡Ahora, además, nuevas armas! ¿Qué otra cosa se puede pedir? ¡Formidable!

Y dejó caer por la borda el rayo de plata azul, que se hundió en el agua clara, burbujeando.

—Salgamos de aquí.

—Sí, es cierto-dijo Aaronson, —salgamos de aquí.

Y apretó el botón que botaba el yate.

Y el agua se llevó el yate.

Y la nave avanzó hacia donde apuntaba la quieta palidez de Cara Corelli: más allá.

Mientras tanto el poeta abría la primera botella de champán. El corcho salió con un estampido. Sólo el cazador no saltó.

El yate navegó regularmente durante el día hasta la noche. Encontraron unas ruinas antiguas y cenaron allí y bebieron un buen vino importado a sesenta millones de kilómetros de la Tierra. Se señaló que había viajado bien.

Luego del vino llegó el poeta, un buen rato, y después el sueño a bordo del yate que se desplazaba en busca de una ciudad que nadie había encontrado hasta entonces.

A las tres de la mañana, inquieto, poco acostumbrado a la gravedad de un planeta que le tironeaba el cuerpo y no lo dejaba en libertad de soñar, Wilder salió a la popa y encontró allí a la actriz.

La mujer estaba contemplando las aguas que se deslizaban en obscuras revelaciones y apartamientos de estrellas.

Wilder se sentó junto a la mujer y pensó una pregunta.

En ese silencio, Cara Corelli se hizo la misma pregunta y la contestó.

—Estoy aquí en Marte porque no hace mucho, por primera vez en mi vida, un hombre me dijo la verdad.

Quizá la actriz esperaba sorprender a Wilder. Wilder no dijo nada.

El barco se movía como sobre una corriente de aceite silencioso.

—Soy una mujer hermosa. He sido hermosa toda mi vida. Lo cual significa que desde el principio la gente mintió simplemente porque deseaba estar conmigo. Crecí rodeada por las mentiras de hombres, mujeres y niños que no podían arriesgarse a desagradarme. Cuando la belleza asoma, el mundo tiembla.

»¿Ha visto alguna vez a una hermosa mujer rodeada de hombres, los ha visto asintiendo, asintiendo? ¿Ha escuchado esas risas? Los hombres ríen de cualquier tontería que diga una mujer hermosa. Se odiarán a sí mismos, sí, pero se reirán, dirán sí cuando es no y no cuando es sí.

»Bueno, así fue para mí todos los días de todos los años. Entre mi persona y cualquier cosa desagradable había una multitud de mentirosos. Las palabras de esos hombres me vestían de seda.

»Pero de pronto, oh, no hace más de seis semanas, ese hombre me dijo una verdad. Era algo insignificante. No lo recuerdo ahora. Pero no se rió. Ni siquiera sonrió.

»Y cuando todo hubo terminado y las palabras estuvieron dichas, supe que había ocurrido una cosa terrible.

»Yo estaba envejeciendo.

El yate se mecía suavemente en las ondas.

—Oh, habría nuevos hombres que me mentirían sonriéndome otra vez. Pero vi los años por delante, en que la Belleza de pies pequeños ya no podría golpear el suelo provocando terremotos, ni hacer de la cobardía una costumbre para gentes que por lo demás eran buenas.

"¿El hombre? Retiró esa verdad enseguida, cuando vio que me había chocado. Pero era demasiado tarde. Compré un billete de ida a Marte. Cuando llegué, la invitación de Aaronson me trajo a este nuevo viaje que terminará… quién sabe dónde.

Wilder descubrió que mientras escuchaba se había acercado tomándole la mano a la actriz.

—No-dijo ella, apartando la mano. —Nada de palabras. Nada de contactos. Nada de compasión. Nada de autocompasión-sonrió por primera vez—. ¿No es extraño? Siempre pensé que sería hermoso, un día, escuchar la verdad, quitarse la máscara. Qué equivocada estaba. No es nada divertido.

La mujer se sentó a contemplar las aguas negras y revueltas. Cuando se le ocurrió mirar de nuevo, unas horas más tarde, el asiento de al lado estaba vacío. Wilder se había ido.

El segundo día, dejando que las nuevas aguas los llevaran a donde ellas quisieran, navegaron hacia una elevada hilera de montañas y almorzaron, de paso, en un viejo santuario y cenaron esa noche en otra ruina. No se habló mucho de la Ciudad Perdida. Estaban seguros de que no aparecería nunca.

Pero el tercer día, sin que nadie dijera nada, sintieron la cercanía de una vasta Presencia.

El poeta fue quien al fin lo expresó con palabras.

—¿Está Dios en alguna parte canturreando despacito?

—Qué ridículo eres-le dijo su mujer. —Parece que no pudieras hablar con naturalidad ni siquiera cuando chismeas.

—¡Diablos, escuchen!, —exclamó el poeta.

Entonces escucharon.

—¿No sienten como si estuvieran a las puertas del horno de una cocina gigantesca, como si dentro, en alguna parte, confortablemente caliente, con las manazas enguantadas de harina, oliendo a maravillosas tripas y milagrosas vísceras, ensangrentado y orgulloso de la sangre, Dios cocinara en alguna parte la cena de la Vida? En ese sol como una caldera, borbotea un caldo para que la vida florezca en Venus; en esa cuba, bulle un caldo de huesos y corazón nervioso para animales de planetas desaparecidos hace diez billones de años-luz. ¿Y no está Dios contento de sus fabulosas obras en la gran cocina del Universo, donde ha preparado el menú de una historia de festines, hambrunas, muertes y nuevas germinaciones durante un billón de billones de años? Tóquense los huesos. Este canturreo, ¿no les sacude la médula? Por lo demás, Dios no sólo canturrea: canta en los elementos. Danza en las moléculas. La eterna celebración nos conmueve. Hay alguien cerca. Atención.

El poeta se llevó el gordo dedo índice a los labios protuberantes.

Y ahora todo era silencio, y la palidez de Cara Corelli iluminaba las aguas que se obscurecían.

Todos lo sintieron. Wilder. Parkhill. Fumaban, disimulando. Echaban humo.

Esperaban en la obscuridad.

Y el canturreo se fue acercando. Y el cazador, oliéndolo, se acercó a la actriz silenciosa en la proa del yate. Y el poeta se sentó a escribir las palabras que había dicho.

—Sí-dijo, mientras salían las estrellas. —Está casi sobre nosotros. Sí-tomó aliento—, ha llegado.

El yate entró en un túnel.

El túnel entraba en una montaña.

Y allí estaba la Ciudad.

Era una ciudad dentro de una montaña con praderas alrededor y un cielo de piedra encima, extrañamente coloreado e iluminado. Y había estado perdida y había seguido perdida por la simple razón de que la gente había tratado de descubrirla volando o desenmarañando caminos, mientras todos los canales que llevaban a la ciudad seguían esperando a que los simples caminantes los recorrieran como alguna vez los había recorrido el agua.

Y ahora el yate lleno de gente extraña de otro planeta tocaba un antiguo muelle.

Y la Ciudad se conmovió.

En los viejos tiempos, las ciudades estaban vivas o muertas según estuvieran habitadas o no. Era así de sencillo. Pero en los últimos tiempos de la vida de la Tierra o Marte, las ciudades no morían. Dormían. Y en fantasiosas cavilaciones y ovillados sueños, recordaban cómo habían sido antes o cómo podían ser otra vez.

Así, cuando uno por uno, los miembros del grupo bajaron al desembarcadero, sintieron la presencia de un verdadero personaje: la oculta, aceitada, metálica y brillante alma de la metrópolis que se deslizaba en una caída de fuegos artificiales mudos y escondidos, despertando del todo.

El peso de las nuevas personas en el desembarcadero provocó un suspiro mecánico. Todos se sintieron como en una balanza de precisión. El desembarcadero se hundió un millonésimo de pulgada.

Y la Ciudad, la maciza Bella Durmiente nacida de un mecanismo de pesadilla, sintió ese contacto, ese peso, y ya no durmió más. Un trueno.

En una pared de treinta metros de alto había una puerta de veinte metros de ancho. Esa puerta, de dos batientes, retrocedió entonces estruendosamente, ocultándose en la pared.

Aaronson dio un paso adelante. Wilder se movió para detenerlo. Aaronson suspiró. —Capitán, nada de consejos, por favor. Nada de advertencias. Nada de patrullas de avanzada para espantar a los villanos. La Ciudad quiere que entremos. Nos da la bienvenida. No va a imaginarse usted que hay alguien vivo ahí dentro, ¿verdad? Es un lugar robot. Y no ponga cara de pensar que es una bomba de tiempo. ¿Hace cuánto? Veinte siglos, que no conoce juegos ni diversiones. ¿Lee usted los jeroglíficos marcianos? Esa piedra angular. La Ciudad fue construida por lo menos hace mil novecientos años.

—Y abandonada —dijo Wilder.

—Lo dice como si hubiera caído una peste sobre ella… —Una peste no- Wilder se agitó incómodo, sintiendo que la balanza del suelo se le movía bajo los pies, pesándolo—. Algo. Algo…

—¡Vamos a buscarlo! ¡Adentro todos! Solos y en parejas, los habitantes de la Tierra franquearon el umbral. Wilder fue el último. Y la Ciudad tuvo más vida.

Los techos de metal de la ciudad se abrieron como pétalos.

Las ventanas temblaron abriéndose como párpados, y miraron.

Un río de aceras murmuró y les lavó suavemente los pies; arroyuelos mecánicos que centelleaban por toda la Ciudad.

Aaronson observó complacido las marcas metálicas. —¡Bueno, gracias a Dios, me he quitado un peso de encima! Yo iba a invitarlos a un pícnic a todos ustedes. ¡Pero ahora dejo el asunto en manos de la Ciudad! ¡Los encuentro aquí de vuelta dentro de dos horas y compararemos nuestras notas! Adelante.

Y diciendo esto saltó a la móvil alfombra de plata que se lo llevó velozmente.

Wilder, alarmado, se adelantó para seguirlo. Pero Aaronson, jovial, le gritó:

—¡Venga, el agua está deliciosa!

Y el río de metal los arrebató, ondulando.

Y uno a uno fueron entrando en la acera móvil. Parkhill, el cazador, el poeta y su mujer, el actor y luego la mujer hermosa y la criada. Flotaban misteriosamente como estatuas en fluidos volcánicos, que los llevaban a alguna parte, o a ninguna parte, no podían saberlo.

Wilder saltó. El río lo tomó suavemente por los zapatos, y Wilder anduvo por las avenidas y los recodos de los parques y los fiordos de los edificios.

Y detrás, el desembarcadero y las puertas quedaron desiertos. No había ninguna huella. Era casi como si no hubiesen estado nunca allí.

Beaumont, el actor, fue el primero en abandonar el sendero móvil. Le llamó la atención un determinado edificio. Y, lo supo después, había saltado y se había acercado, husmeando.

Sonrió.

Porque ahora sabía dónde estaba, a causa del olor que salía del edificio.

—¡Lustrador de bronces, Dios mío, y esto significa una sola cosa!

Un teatro.

Puertas de bronce, barandillas de bronce, aros de bronce en cortinas de terciopelo.

Beaumont abrió la puerta del edificio y entró. Husmeó y lanzó una fuerte carcajada. Sí. Ni un cartel ni una luz, sólo el olor, la química especial de los metales y el polvo libre de un millón de entradas rotas.

Y sobre todo… escuchó. El silencio.

—El silencio que espera. No hay en el mundo otro silencio así. Sólo en los teatros. Las partículas mismas del aire se excitan ahí en la espera. Las sombras se sientan y contienen el aliento. Bueno… listo o no… allá voy…

El vestíbulo era un fondo marino de terciopelo verde.

El teatro mismo: un fondo marino de terciopelo rojo, sólo obscuramente percibido cuando abrió las puertas dobles. En algún lugar, más allá, había un escenario.

Algo se estremeció como una enorme bestia. La respiración del actor la había soñado viva. El aire de la boca entreabierta movía el telón a treinta metros de distancia plegándolo y desplegándolo suavemente en la obscuridad, como alas inmensas.

Vacilando, el actor dio un paso.

Una luz empezó a aparecer en todo el alto cielo raso donde un cardumen de milagrosos peces prismáticos nadaban sobre sí mismos.

La luz oceánica jugaba en todas partes. El actor se quedó de pronto sin aliento.

El teatro estaba colmado de gente.

Había mil personas inmóviles, sentadas en la falsa obscuridad. Es cierto, eran pequeñas, frágiles, más bien obscuras, usaban máscaras plateadas, pero eran… personas.

El actor supo, sin preguntarlo, que habían estado sentadas allí durante diez mil años.

Sin embargo no estaban muertas.

Estaban… tendió una mano. Golpeó con la punta de los dedos la muñeca de un hombre sentado junto al pasillo.

La mano tintineó suavemente.

Tocó el hombro de una mujer. Repicó. Como una campana.

Sí, habían esperado algunos miles de años. Pero las máquinas tienen la propiedad de saber esperar.

El actor dio otro paso y quedó petrificado.

Un suspiro había pasado por la multitud.

Era como el sonido primero y leve de un niño recién nacido poco antes de ese momento en que realmente succiona, bala y se sacude la gimiente sorpresa de estar vivo.

Mil suspiros semejantes se desvanecieron en las cortinas de terciopelo.

Debajo de las máscaras, ¿no había mil bocas abiertas?

Dos se movieron. Beaumont se detuvo.

Dos mil ojos pestañearon en la obscuridad de terciopelo.

Beaumont se movió de nuevo.

Mil cabezas silenciosas giraron en los dientes de las ruedas, antiguas pero bien aceitadas.

Lo miraron.

Un frío inextinguible invadió al actor.

Se volvió para correr.

Pero los ojos no lo soltaron.

Y desde el foso de la orquesta: música.

El actor miró y vio, levantándose lentamente, un enjambre de instrumentos, todos extraños, todos de formas grotescamente acrobáticas, que eran rasgueados, soplados, tocados y masajeados afinadamente.

El público, con un movimiento, volvió la mirada al escenario.

Una luz relampagueó. La orquesta lanzó un sonoro acorde de fanfarrias.

El telón rojo se entreabrió. Un reflector se clavó en el centro, resplandeciendo sobre un estrado vacío donde había una silla vacía.

Beaumont esperó. —No apareció ningún actor.

Un movimiento. Varias manos se levantaron a derecha e izquierda. Las manos se juntaron, prorrumpiendo en un aplauso suave.

La luz del reflector salió entonces del escenario y deambuló por el pasillo.

Las cabezas del público se volvieron siguiendo el vacío fantasma de la luz. Las máscaras centellearon suavemente. Los ojos resplandecieron detrás de las máscaras, con un cálido color.

Beaumont retrocedió.

Pero la luz se acercaba constantemente. Pintaba en el piso un cono romo de blanco puro.

Y se detuvo, picoteando, a los pies del actor.

El público se volvió, aplaudió todavía más. El teatro resonó, rugió, rebotó en una marea incesante de aprobación.

Todo se disolvía dentro de Beaumont, pasando del frío al calor. Se sentía como si lo hubieran echado desnudo bajo un chaparrón de verano. La tormenta lo lavaba con gratitud. El corazón le saltaba en grandes latidos compulsivos. Los puños se le iban solos. El esqueleto se le aflojó. Esperó un momento más largo, con la lluvia empapándole las mejillas levantadas y agradecidas y martilleándole los párpados hambrientos, que se estremecían cerrándose, y entonces se vio a sí mismo, como un fantasma en un muro almenado, llevado por una luz fantasmal, que se asomaba, caminaba, se deslizaba, moviéndose por el declive, bajando hacia una hermosa ruina, ya no caminando sino dando zancadas, no dando zancadas sino corriendo a toda velocidad, y las máscaras que brillaban, los ojos encendidos de deleite y fantástica acogida, las manos que volaban en el aire agitado en un vuelo recto de tiro de rifle con alas de paloma. Sintió que los zapatos le tropezaban con los escalones. El aplauso se cerró apagándose.

Beaumont sintió un nudo en la garganta. Después subió lentamente los peldaños y se detuvo a la luz mientras un millar de máscaras se clavaban en él y dos mil ojos observaban, y se sentó en la silla vacía, y el teatro se obscureció todavía más y la inmensa respiración del vientre-hogar salió suavemente por las gargantas de metal de lira, y sólo se oyó el sonido de una colmena mecánica que funcionaba alimentada con almizcle mecánico en la obscuridad.

Beaumont se tomó de las rodillas. Se dejó ir. Y al final dijo:

—«Ser o no ser»… El silencio era absoluto.

Ni una tos. Ni un movimiento. Ni un susurro. Ni un parpadeo. Todo era espera. Perfección. El público perfecto. Perfecto, por siempre jamás. Perfecto. Perfecto.

Beaumont echó las palabras lentamente en aquel estanque perfecto y sintió cómo las olitas silenciosas se dispersaban y desaparecían.—… «ése es el problema».

El actor hablaba. El público escuchaba. Beaumont sabía que nunca lo dejarían irse. Lo derrotarían insensiblemente con el aplauso. Se dormiría con el sueño de un niño y se levantaría para hablar de nuevo. Todo Shakespeare, todo Shaw, todo Moliere, cada trozo, migaja, terrón, pieza, pedazo. ¡El mismo en el repertorio! Se levantó para terminar.

Entonces, pensó: ¡Entiérrenme! ¡Cúbranme! ¡Húndanme profundamente!

Obediente, el alud bajó la montaña.

Cara Corelli encontró un palacio de espejos.

La criada se quedó afuera.

Y Cara Corelli entró.

Mientras caminaba por un laberinto, los espejos le llevaron un día, luego una semana, luego un mes, luego un año, luego dos años de la cara.

Era un palacio de espléndidas y consoladoras mentiras. Era como ser joven una vez más. Era estar rodeada por todos aquellos altos y brillantes hombres espejos que nunca más en la vida le dirían la verdad.

Cara caminó hasta el centro del palacio. En el momento en que se detuvo se vio a sí misma a los veinticinco años, en cada uno de los altos y relucientes espejos.

Se sentó en el medio del brillante laberinto. Resplandecía de felicidad.

La criada esperó afuera, quizá una hora. Y después se fue.

Aquél era un sitio obscuro con formas y tamaños aún no vistos. Olía a lubricante, sangre de lagartos antiguos con dientes de engranajes y ruedas, tendidos y silenciosos en la obscuridad, esperando.

Una puerta titánica se deslizó ruidosamente como una cola blindada barriendo el piso, y Parkhill se encontró en el viento bien aceitado que soplaba alrededor. Se sintió como si alguien le hubiera aplastado una flor blanca sobre la cara. Pero era sólo la súbita sorpresa de una sonrisa.

Las manos vacías le colgaban a los lados y se adelantaban en ademanes impulsivos y del todo inconscientes. Mendigaban el aire. Así, chapoteando en silencio, se dejó ir al Garaje, Depósito de Máquinas, Taller de Reparaciones, a lo que fuera.

Y lleno de santo deleite y de una santa y no santa alegría infantil ante todo lo que veía ahora, dio unos pasos y se volvió lentamente.

Porque hasta donde alcanzaban los ojos, había vehículos.

Vehículos que corrían por el suelo. Vehículos que volaban por el aire. Vehículos que tenían las ruedas preparadas para ir en cualquier dirección. Vehículos de dos ruedas. Vehículos de tres, cuatro, seis, ocho ruedas. Vehículos que parecían mariposas. Vehículos que parecían antiguas bicicletas

motorizadas. Había allí tres mil en hilera, cuatro mil que brillaban, preparados. Había otros mil volcados, las ruedas al aire, las vísceras expuestas, esperando que los repararan. Otros mil encaramados en montacargas como arañas, los amados reversos a la vista, y los discos, tubos, engranajes intrincados, delicados, necesitaban que los tocaran, los destornillaran, les pusieran válvulas nuevas, cables nuevos, los aceitaran, los lubricaran delicadamente…

A Parkhill le picaban las palmas de las manos.

Caminó a través del prístino olor de los charcos de aceite entre los muertos y los que esperaban la resurrección, reptiles mecánicos blindados, antiguos pero nuevos, y cuanto más los miraba más le dolía la boca de tanto sonreír.

La Ciudad era una ciudad cabal, y hasta cierto punto se mantenía a sí misma. Pero en algunos casos las mariposas más raras de telaraña metálica, aceite gaseoso y sueños osados caían por tierra; las máquinas que reparaban las máquinas envejecían, enfermaban, se deterioraban. Allí estaba entonces el Garaje de las Bestias, el soñoliento Depósito de Huesos de Elefante donde unos dragones de aluminio arrastraban las almas oxidadas, esperando que hubiese quedado alguna persona viva entre tanto metal activo pero muerto, y que esa persona enderezara las cosas. Un Dios de las máquinas que dijera: ¡Tú, ascensor-Lázaro, levántate! ¡Tú, planeador, resucita! Y ungiéndolos con aceite de leviatán, les diera unos golpecitos de llave inglesa y los enviara hacia una vida casi eterna en el aire y los senderos de mercurio.

Parkhill anduvo entre novecientos hombres y mujeres robots destruidos por simple corrosión. Él los curaría del óxido.

Ahora. Si empezaba ahora, pensó Parkhill, enrollándose las mangas y contemplando un corredor de un buen kilómetro de largo, con máquinas que esperaban el taller, el montacargas, el ascensor, el almacenamiento, el tanque de aceite y un manojo de herramientas desparramadas que brillaban listas para que él las empuñara; si empezaba ahora, podía abrirse camino hasta al final de treinta años de trabajo gigantesco y continuo, ¡de accidentes, choques y reparaciones!

Un billón de pernos que ajustar. ¡Un billón de motores que reparar! Un billón de tripas de hierro para meterse debajo, como un huérfano poderoso, chorreando aceite, solo, sólo con los siempre hermosos inventos, pertrechos y milagrosos dispositivos que nunca respondían, y se sacudían zumbando como pájaros.

Las manos de Parkhill quedaron en suspenso sobre las herramientas. Tomó una llave inglesa. Encontró un carrito bajo de cuarenta ruedas. Se tendió en el carrito. Bogó por el garaje en una larga y silbante recorrida. El carrito se precipitó hacia adelante.

Parkhill desapareció debajo de un gran coche de algún modelo antiguo.

Fuera de la vista, se lo podía oír trabajar en las tripas de la máquina. Tendido de espaldas, le hablaba continuamente. Y cuando al fin la palmeó despertándola a la vida, la máquina le respondió.

Los senderos de plata corrían siempre a alguna parte.

Hacía miles de años que corrían vacíos, llevando solo polvo a destinos remotos, entre los edificios soñadores y altos.

Ahora, en una acera móvil, Aaronson viajaba como una estatua envejecida.

Y cuanto más lo impulsaba el camino, más rápidamente se mostraba la Ciudad, más edificios pasaban, más parques surgían a la vista, más se le desvanecía la sonrisa a Aaronson. De pronto le cambió el color de la cara.

—Un juguete-se oyó murmurar. El murmullo era antiguo. —Otro-y aquí la voz de Aaronson era tan baja que desapareció—… sólo otro juguete.

Un superjuguete, sí. Pero la vida de Aaronson estaba llena de juguetes semejantes y siempre había sido así. Si no era alguna máquina tragamonedas era la que entregaba mercancías del tamaño siguiente o un tocadiscos estereofónico con altoparlantes elefantiásicos. Luego de toda una vida de manejar el papel de lija metálico, sentía los brazos gastados hasta el hueso, y los dedos eran simples botones. No, no tenía manos ni muñecas. ¡Aaronson, el Niño-Foca! Las tontas aletas aplaudían a una ciudad que era, en realidad, nada más y nada menos que una máquina tragamonedas de tamaño económico, y que graznaba con una respiración idiota. ¡Y él conocía la canción! Que Dios los ayudara. Él conocía la canción.

Pestañeó sólo una vez.

Un párpado interior bajó como acero frío.

Se volvió y anduvo por las aguas plateadas de la acera.

Encontró un río móvil de acero que lo llevó de vuelta a las Grandes Puertas.

En el camino se encontró con la criada de la Corelli, que andaba perdida en su propia corriente de plata.

En cuanto al poeta y su mujer, la batalla permanente que libraban despertaba ecos en todas partes. Gritaron por treinta avenidas, hicieron crujir los vidrios de doscientas tiendas, batieron las hojas de setenta variedades de

arbustos y árboles en los parques, y sólo callaron ahogados por la cercanía de un estruendoso surtidor que lanzaba al aire metropolitano una andanada de claros fuegos artificiales.

—La cosa es-dijo la mujer, puntuando una de las respuestas más sucias del poeta —que sólo has venido para meterle mano a la mujer más próxima y rociarle los oídos con mal aliento y peores versos.

El poeta murmuró una palabrota.

—Eres peor que el actor-dijo la mujer. —Siempre lo mismo. ¿No puedes callarte nunca?

—¿Y tú?, —gritó el poeta—. Ah, Dios, estoy hecho una pasta por dentro. ¡Cállate, mujer, o me arrojo a la fuente!

—No. Hace años que no te bañas. ¡Eres el cerdo del siglo! ¡Tu retrato adornará el mes próximo el Anuario del Porquerizo!

—¡Esto es ya lo último!

Las puertas se golpearon en un edificio.

La mujer retrocedió y golpeó las puertas con los puños. Las puertas estaban cerradas.

—¡Cobarde!, —chilló—. ¡Abre!

Una palabrota llegó rebotando, débil.

—Ah, escucha este dulce silencio-susurró, en la obscuridad que era como un caparazón.

Harpwell se encontró en una consoladora vastedad, en un edificio amplio como un vientre, sobre el que pendía una marquesina de pura serenidad, un vacío sin estrellas.

En el centro de ese recinto que era aproximadamente un círculo de sesenta metros, había un dispositivo, una máquina. La máquina tenía diales, reóstatos, conmutadores, un asiento y un volante.

—¿Qué clase de vehículo es éste?, —susurró el poeta, pero se acercó más y se inclinó para tocar—. Cristo crucificado y compasivo, ¿a qué huele? ¿A sangre y nuevas tripas? No, porque está limpia como la camisa de una virgen. Sin embargo me da en la nariz. Violencia. Simple destrucción. Siento que ese maldito esqueleto tiembla como un nervioso mastín de raza. Está llena de cosas. Probemos un poco.

Se sentó en la máquina.

—¿Qué es lo que toco primero? ¿Esto?

Movió un conmutador.

La máquina sabueso de los Baskerville gimió como un perro dormido.

—Buena bestia. —El poeta tocó otro conmutador—. ¿Cómo te va, animal? Cuando el maldito invento está en plena marcha, ¿adónde va? No tienes ruedas. Bueno, sorpréndeme. Yo me atrevo.

La máquina se estremeció.

La máquina dio un salto.

Corrió. Se precipitó.

El poeta se aferró al volante.

—¡Santo Dios!

Porque estaba ahora en una carretera corriendo velozmente.

El aire lo inundaba. Arriba, el cielo relampagueaba con colores fugitivos.

El velocímetro marcaba cien, ciento veinte.

Y la carretera extendía su cinta, se le acercaba como un relámpago. Ruedas invisibles chasqueaban y resonaban en un camino cada vez más irregular.

A lo lejos, adelante, apareció un coche.

Corría velozmente. Y…

—¡Viene por la mano que no le corresponde! ¿Lo ves, mujer? La que no le corresponde.

Recordó entonces que su mujer no lo acompañaba esta vez.

Estaba solo en un coche que corría-ahora a ciento cincuenta kilómetros por hora-hacia otro coche que se acercaba a una velocidad parecida.

Hizo girar el volante.

El vehículo se desplazó a la izquierda.

Casi instantáneamente el otro coche hizo un movimiento compensatorio y se corrió a la derecha.

—Ese maldito estúpido, en qué andará pensando… ¿dónde está el condenado freno?

Harpwell buscó con el pie en el piso. No había freno. Extraña máquina, realmente. Corre todo lo rápido que uno quiera, ¿pero cómo se detiene? ¿Disminuye sola la velocidad? No había frenos. Nada más que… aceleradores.

Toda una serie de botones redondos en el piso, que aumentaban la potencia del motor.

Ciento cincuenta, ciento ochenta, doscientos kilómetros por hora.

—¡Santo Dios!, —chilló Harpwell—. ¡Vamos a chocar! ¿Qué te parece, muchacha?

Y en el último instante anterior a la colisión, pensó que a ella le gustaba mucho.

Los coches chocaron. Vomitaron llamas gaseosas. Se deshicieron en astillas. Dieron varias vueltas. El poeta se sintió proyectado en todas direcciones. Era una antorcha lanzada al cielo. Los brazos y piernas le bailaban un rigodón loco en el aire mientras sentía que los frágiles huesos le estallaban en éxtasis de agonía. Al fin, aferrado a la muerte como a una compañera obscura, gesticulando, cayó en una negra sorpresa, deslizándose hacia otras nadas.

Quedó allí en el camino, tendido y muerto.

Estuvo muerto un largo rato.

Después abrió un ojo.

Sintió el lento brasero debajo del alma. Sintió que el agua burbujeante se alzaba, a las alturas de su propio espíritu, como una infusión de té.

—Estoy muerto-dijo, —pero vivo. ¿Ves todo esto, mujer? Muerto pero vivo.

Se encontró sentado en el vehículo, tieso.

Estuvo allí sentado durante diez minutos pensando en todo lo que había ocurrido.

—Veamos-cavilaba. —¿No fue interesante, por no decir, fascinante? ¿Por no decir casi regocijante? Me refiero, desde luego, a que me sacó todo de adentro, me hizo salir el alma temerosa por una oreja para metérmela por la otra, me cortó el aliento y me desgarró las entrañas, me rompió los huesos y me sacudió el cerebro, pero, pero, pero, mujer, pero, pero, pero, mi querida y dulce Meg, Meggy, Megan, me gustaría que hubieses estado, te hubiera sacudido la nicotina de esos pulmones tuyos de burra y te hubiese molido en el tuétano el moho sepulcral de la mezquindad. Veamos ahora, mujer, echemos una mirada a Harpwell-mi-marido-el poeta.

Movió las perillas.

Aporreó el poderoso motor.

—¿Probamos otra diversión? ¿Probamos otra aguerrida excursión de pícnic? Vamos.

Y puso el coche en marcha.

Casi enseguida, el vehículo corría a ciento ochenta y luego a doscientos veinte kilómetros por hora.

Casi enseguida apareció adelante el coche opuesto.

—Muerte-dijo el poeta. —¿Estás siempre ahí, entonces? ¿Andas rondando? ¿Éste es el lugar donde buscas? ¡Probemos tu coraje!

El coche corría a toda velocidad. El otro coche se precipitaba como un bólido.

El poeta dobló a la otra pista.

El otro coche lo siguió, avanzando hacia la Destrucción.

—Sí, ya veo, bueno, ahora así —dijo el poeta.

Y movió una perilla y apretó otro acelerador.

En el instante antes del choque, los dos coches se transformaron. Envueltos en velos ilusorios, se convirtieron en *jets* en el momento de despegar. Con un chillido, los dos *jets* arrojaron llamas, desgarraron el aire, gimieron al pasar la barrera del sonido, en una sucesión de explosiones que culminaron en otra, la más poderosa de todas, cuando las dos balas chocaron, se fundieron, se entretejieron, entrelazaron sangre, mente y negrura eterna, para caer luego en una red de medianoche, extraña y apacible.

Estoy muerto, pensó Harpwell de nuevo.

Y es agradable, gracias.

Se despertó sintiendo una sonrisa en la cara.

Estaba sentado de nuevo en el vehículo.

Dos veces muerto, pensó, y cada vez se sentía mejor. ¿Por qué? ¿No es curioso? Raro y más que raro. Rarísimo.

Aporreó de nuevo el motor.

¿Qué sería esta vez?

¿Una locomotora?, se preguntó. ¿Por qué no un tren negro y ruidoso de los tiempos primitivos?

Y él, un maquinista, no se detenía. El cielo vacilaba y las pantallas de cine o lo que fuesen arremetían con rápidas imágenes de humo y un silbato de vapor y una rueda enorme dentro de una rueda en una vía tortuosa, y la vía que trepaba por las colinas y allá lejos, de lo alto de la montaña, otro tren que llegaba, negro como una manada de búfalos, arrojando volutas de humo, por las mismas vías, el mismo camino, viniendo al encuentro de un fantástico accidente.

—Ya veo-dijo el poeta. —Empiezo a ver. Empiezo a saber qué es esto y para qué les sirve a las gentes como yo, los pobres y errantes idiotas, confusos y engañados quizá por sus madres apenas salieron al mundo, abrumados por la culpa cristiana y enloquecidos por la necesidad de destrucción, y recogiendo aquí un magro salario de heridas y allá de cicatrices, y más allá un mayor agravio portátil en forma de mujer, pero hay algo seguro: queremos morir, queremos que nos maten y aquí está lo adecuado, en una forma de pago conveniente y rápido. ¡De modo que paga, máquina, distribuye, dulce y encantador invento! ¡Arrebata, muerte! Soy tu hombre.

Y las dos locomotoras se encontraron y treparon una sobre otra. Subieron por una negra escala de explosión, movieron y entrecruzaron los pistones y se embadurnaron las lustrosas barrigas de negro y se frotaron las calderas, y sacudieron bellamente la noche en un solo remolino de metralla y llamas. Luego las locomotoras, en una pesada danza de rapto, se abrazaron y fundieron con violencia y pasión, hicieron una monstruosa reverencia y cayeron de la montaña y tardaron mil años en llegar al fondo de los pozos rocosos.

El poeta despertó e inmediatamente tomó las palancas. Canturreaba entre dientes, aturdido. Entonaba canciones disparatadas. Le relampagueaban los ojos. El corazón le latía rápidamente.

—¡Más, más, ahora lo veo, ahora sé lo que debo hacer, más, más, por favor, oh Dios, más, pues la verdad me liberará!

Pisó tres, cuatro, cinco pedales.

Manoteó seis conmutadores.

El vehículo era auto-el-locomotora-deslizador-proyectil-cohete.

El poeta corría, echaba vapor, rugía, se remontaba, volaba. Los coches atropellaban. Las locomotoras acometían. Los *jets* atacaban. Los cohetes silbaban.

Y en una descabellada orgía de tres horas, Harpwell chocó con trescientos autos, se encontró con veinte trenes, hizo volar diez deslizadores, estallar cuarenta proyectiles, y en la lejanía del espacio, en una ceremonia final entregó el alma gloriosa junto con un cohete interplanetario que iba a trescientos mil kilómetros por hora, chocó con un meteoro de hierro, y se fue lindamente al infierno.

En conjunto, Harpwell calculó que había sido destrozado y reconstituido en unas escasas y breves horas poco menos que quinientas veces.

Cuando todo terminó, se quedó sentado sin tocar el volante, los pies lejos de los pedales.

Luego de media hora de estar sentado allí, Harpwell empezó a reírse. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó gritos de guerra indios. Se levantó, sacudiendo la cabeza, más borracho que nunca, verdaderamente borracho ahora, y supo que así estaría siempre, y que nunca más necesitaría beber.

He sido castigado, pensó, realmente castigado al final. Realmente herido al final, y herido bastante, una y otra vez, de modo que nunca más necesitaré que vuelvan a herirme, nunca más necesitaré ser destruido, nunca más tendré que aceptar otro insulto, ni recibir otra herida ni solicitar un agravio. Dios bendiga el genio del hombre y a los inventores de estas máquinas, gracias a

las cuales el culpable puede pagar y quedar al fin libre del obscuro albatros y de la carga terrible. Gracias, Ciudad, gracias, viejo planeador de almas necesitadas. Gracias. ¿Y cuál es la salida?

Una puerta se abrió.

La mujer de Harpwell estaba esperándolo.

—Bueno, aquí estás-le dijo. —Y todavía borracho.

—No-contestó el poeta. —Muerto.

—Borracho.

—Muerto, bellamente muerto por fin. Lo cual significa, libre. No te necesito más, querida Meg, Meggy-Megan. Tú también quedas liberada, como una espantosa conciencia. Vete a perseguir a algún otro, muchacha. Ve a destruir. Te perdono los pecados que has cometido conmigo, porque al fin yo me he perdonado también. Me he soltado del anzuelo cristiano. Soy el muerto querido y errante, que por fin puede vivir. Ve y haz lo mismo, oh señora. Dentro de ti. Sé castigada y libérate. Plasta la vista, Meg. Adiós.

Harpwell se alejó.

—¿Adónde crees que vas?, —gritó la mujer—. Bueno, salgo a la vida y a la sangre de la vida, feliz al fin.

—¡Vuelve aquí!, —chilló la mujer.

—No puedes detener a los muertos, pues van y vienen por el universo, felices como niños en el campo obscuro.

—¡Harpwell!, —rebuznó ella—. ¡Harpwell!

Pero Harpwell se había metido en un río de metal plateado.

Y dejó que el amado río se lo llevara riendo, hasta que las lágrimas le brillaron en las mejillas, cada vez más lejos del chillido y el rebuzno y el grito de aquella mujer, ¿cómo era que se llamaba?, no importa, que había quedado allá atrás, que había desaparecido.

Y cuando llegó a la Puerta caminó a lo largo del canal en el hermoso día, encaminándose a las ciudades lejanas.

En ese momento, iba cantando todas las viejas canciones que había oído a la edad de seis años.

Era una iglesia.

No, no era una iglesia.

Wilder dejó que la puerta se cerrara.

Se quedó de pie en la obscuridad de la catedral, esperando.

El cielo raso, si había cielo raso, respiraba en un gran suspenso, flotaba allá arriba, inalcanzable.

El piso, si había piso, era sólo algo firme, debajo. Era negro, también.

Y entonces aparecieron las estrellas. Era como aquella primera noche de la infancia, cuando su padre lo había sacado de la ciudad, llevándolo a una colina donde las luces eléctricas no podían empequeñecer el Universo. Y había mil, no, diez mil, no, diez millones de billones de estrellas que colmaban la obscuridad. Las estrellas eran multifacéticas y brillantes, y eran indiferentes. Ya entonces lo supo: eran indiferentes. Si respiro o no respiro, si vivo o muero, es indiferente para esos ojos que miran desde todas partes.

Y había tomado la mano del padre, y la había apretado como si pudiera caerse en aquel abismo.

Ahora, en ese edificio, sentía de nuevo el viejo terror y el viejo sentido de la belleza y el viejo llamado silencioso a la humanidad. Las estrellas lo llenaban de compasión; los hombres eran tan pequeños y estaban perdidos en tanta grandeza.

Entonces ocurrió otra cosa.

Debajo de los pies de Wilder el espacio se abrió y dejó pasar otro billón de chispas de luz.

Quedó suspendido como una mosca sobre un vasto lente telescópico. Caminó en un agua de espacio. Estaba de pie en la córnea transparente de un ojo enorme, y alrededor, como de noche en invierno, debajo de los pies y sobre la cabeza, en todas direcciones, no había nada más que estrellas.

De modo que al fin era una iglesia, era una catedral, una multitud de vastos santuarios universales; aquí el culto de la Nebulosa de la Cabeza de Caballo, allá la galaxia de Orion, y allá Andrómeda, como la cabeza de Dios, contemplada con vehemencia y lanzada a través de las obscuras y crudas sustancias de la noche para apuñalarle el alma, retorcerla, y clavársela en el reverso de la carne.

Dios, en todas partes, lo miraba fijamente con ojos que no se cerraban ni pestañeaban.

Y él, Wilder, como un fragmento bacteriano de la misma Carne, le devolvía la mirada, y apenas retrocedía.

Wilder esperaba. Y un planeta flotó en el vacío. Giró una vez con una cara redonda, otoñal y madura. Dio una vuelta y se puso encima de Wilder.

Y Wilder estaba ahora de pie sobre un lejano mundo de hierba verde y de grandes árboles lujuriantes, donde el aire era fresco y corría un río como los ríos de la infancia, de reflejos de sol y de peces saltarines.

—¿Mío?, —preguntó al aire simple, a la simple hierba, a la larga simplicidad del agua que corría en la arena baja.

Y el mundo respondía sin palabras: tuyo.

Tuyo sin el largo viaje y el tedio, tuyo sin noventa y nueve años de vuelo desde la Tierra, durmiendo en cámaras de vidrio, alimentándose con un fluido que le metían en las venas, soñando pesadillas en que la Tierra se perdía y desaparecía. Tuyo sin tortura, sin dolor, tuyo sin tanteos, fracasos y destrucción. Tuyo sin sudor y miedo. Tuyo sin lágrimas. Tuyo. Tuyo.

Pero Wilder no tendió las manos, aceptando.

Y el sol se obscureció en el cielo ajeno.

Y el mundo se borró debajo de los pies de Wilder.

Y sin embargo otro mundo emergió y pasó en un largo desfile de glorias todavía más brillantes.

Y este mundo giró también, sopesándolo. Y allí los campos eran del verde más profuso, las montañas estaban coronadas por nieves derretidas, en los campos lejanos maduraban extrañas cosechas y las guadañas esperaban al borde del camino a que Wilder las levantara y moviera, segando, y viviera la vida de algún modo.

Tuyo. Eso decía el más leve roce del aire en el vello del interior de la oreja. Tuyo.

Y Wilder, sin sacudir la cabeza, retrocedió. No dijo que no. Lo pensó solamente.

Y la hierba se secó en los campos. Las montañas se desmoronaron.

Los vados de los ríos se volvieron polvo.

Y el mundo se apartó.

Y Wilder se quedó de nuevo en el espacio donde Dios había estado antes de crear un mundo, a partir del Caos.

Y al final Wilder habló y se dijo a sí mismo:

—Sería fácil. Oh Señor, sí, me gustaría. Nada de trabajo, nada, sólo aceptar. Sin embargo… Tú no puedes darme lo que quiero.

Miró las estrellas.

—Nada puede darse, nunca.

Las estrellas empezaron a obscurecerse.

—Es realmente muy sencillo. Tengo que pedir prestado, tengo que ganar. Tengo que tomar.

Las estrellas se estremecieron y murieron.

—Muy amable, gracias, no.

Todas las estrellas habían desaparecido.

Wilder se volvió y sin mirar hacia atrás, caminó en la sombra. Golpeó la puerta con la palma. Salió de la Ciudad.

Se negó a escuchar si el universo maquinal gritaba detrás de él en un gran coro, todo gritos y heridas, como una mujer rechazada. Los cacharros de una vasta cocina robot cayeron al suelo. Cuando se oyó el ruido, Wilder ya no estaba.

Era un Museo de Armas.

El cazador caminó entre las vitrinas.

Abrió una vitrina y sacó un arma que parecía la antena de una araña.

El arma zumbó, y un vuelo de abejas metálicas salió chisporroteando por la boca del rifle, voló y se clavó como un aguijón en el blanco de un maniquí a unos cincuenta metros, y luego cayó sin vida, repicando en el piso.

El cazador asintió con admiración, y volvió a poner el rifle en la vitrina.

Anduvo de un lado a otro merodeando, curioso como un niño, probando armas aquí y allá, armas que disolvían el vidrio o fundían el metal en brillantes charcos de lava amarilla.

—¡Excelente! ¡Magnífico! ¡Absolutamente grandioso! Las exclamaciones del cazador resonaban una y otra vez a medida que iba abriendo y cerrando de golpe las vitrinas. Al fin se decidió.

Era un arma que, sin alboroto ni furia, destruía la materia. Uno apretaba el botón, había una breve descarga de luz azul, y el blanco sencillamente desaparecía. Nada de sangre. Ninguna lava. Ninguna huella.

—Muy bien-anunció el cazador, abandonando la Casa de las Armas, —tenemos el arma. ¿Pero qué pasa con la Presa, la Bestia Mayor en la Larga Cacería? Saltó a la acera móvil.

Una hora después había dejado atrás un millar de edificios, atisbando en un millar de parques públicos sin mover el dedo.

Se desplazó incómodo de un sendero a otro, cambiando las velocidades ahora en una dirección, luego en otra. Hasta que al fin vio un río de metal que corría bajo tierra.

Instintivamente saltó hacia el río.

La corriente metálica lo llevó al vientre secreto de la Ciudad.

Allí todo era caliente obscuridad de sangre. Allí extrañas bombas movían el pulso de la Ciudad. Allí se destilaban los humores que lubricaban los caminos y movían los ascensores y animaban las oficinas y las tiendas.

El cazador se agazapó en el camino. Miraba de reojo. La transpiración se le juntaba en las palmas de las manos. El dedo aceitaba el gatillo, resbalando.

—Sí-susurró. —Por Dios, ahora. Es ésta. La Ciudad misma… la Gran Bestia. ¿Por qué no lo pensé? La Ciudad Animal, la terrible presa. Tiene hombres para el desayuno, el almuerzo y la cena. Los mata con máquinas. Les

mastica los huesos como palitos de pan. Los escupe como palillos de dientes. Vive mucho después de que han muerto. La Ciudad, por Dios, la Ciudad. Bueno, ahora…

El cazador se deslizó a través de cavernas obscuras de ojos de televisión que le mostraban senderos y torres altas.

Se hundió más profundamente en el vientre del mundo subterráneo a medida que el río bajaba. Pasó junto a un enjambre de calculadoras que charlaban en un coro maníaco. Se estremeció cuando una nube de papel picado salió de una máquina y le cayó encima como una nieve susurrante.

Levantó el arma. Disparó.

La máquina desapareció.

Disparó de nuevo. La estructura de otra máquina desapareció también.

La Ciudad chilló.

Primero muy bajo y luego muy alto, después, subiendo, cayendo como una sirena. Las luces relampagueaban. Las campanas tocaron la alarma. El río metálico se estremeció bajo los pies del cazador, corrió más lentamente. El cazador disparó a las pantallas de televisión, resplandecientes y blancas; allá arriba las pantallas pestañearon y se desvanecieron.

La Ciudad chilló y chilló hasta que el cazador se enfureció, y de la médula de los huesos le salió un polvo negro de demencia.

No vio, hasta que fue demasiado tarde, que el camino lo llevaba a las crujientes fauces de una máquina que cumplía alguna función ya olvidada hacía siglos.

El cazador pensó entonces que apretando el gatillo la boca terrible desaparecería. De hecho desapareció. Pero mientras el camino se aceleraba y el cazador giraba y caía cada vez más rápido, se dio cuenta al fin de que el arma no había destruido nada. Sólo había vuelto invisible lo que había estado allí, y seguía estando allí.

Lanzó un grito tan terrible como el grito de la Ciudad. Arrojó el arma en un último golpe. El arma se deshizo en engranajes y ruedas dentadas y cayó, retorciéndose.

Lo último que vio el cazador fue un profundo pozo de ascensor que quizá se hundía un kilómetro en la tierra.

Supo que tardaría un minuto y medio en chocar con el fondo. Gritó.

Lo peor era que sería consciente… durante toda la caída…

Los ríos se agitaron. Los ríos de plata temblaron. Los senderos, sacudidos, convulsionaron las vecinas orillas de metal.

Wilder, que se iba, quedó tendido casi por el impacto.

Ignoraba la causa. Quizá, muy lejos, hubo un grito, un murmullo terrible que se desvaneció enseguida.

Wilder siguió. La senda plateada continuaba avanzando. Pero la Ciudad parecía suspendida, boquiabierta, tensa, y apretaba los músculos enormes y variados.

Wilder echó a caminar, mientras el sendero se lo llevaba.

—Gracias a Dios. Ahí está la Puerta. Cuanto antes salga de este sitio, mejor que mejor…

La Puerta estaba allí, en efecto, a menos de cien metros. Pero en ese instante, como si hubiera oído la declaración de Wilder, el río se detuvo, se estremeció, y enseguida empezó a retroceder, llevando a Wilder donde no quería ir.

Incrédulo, Wilder giró, y cayó. Se aferró a los bordes del sendero móvil.

La cara apretada contra la red vibrante del pavimento, que corría como un río veloz, Wilder oyó debajo los engranajes y poleas de unas máquinas que zumbaban y gruñían, siempre rezumando, siempre soñando viajes y excursiones insensatas. Debajo del metal tranquilo, avispas en línea de combate clavaban los aguijones y zumbaban, abejas perdidas murmuraban y caían. Abrumado, Wilder vio que la Puerta se perdía detrás. Recordó al fin el peso extra que llevaba en las espaldas, el equipo de reacción que podía darle alas.

Manoteó el conmutador que tenía en el cinturón. Y justo antes que el sendero lo arrastrara a los cobertizos y paredes del museo, Wilder estaba en el aire.

Volando, planeó, y nadó en el aire hasta quedar suspendido sobre Parkhill que miraba hacia arriba, cubierto de grasa y sonriendo con la cara sucia. Más allá de Parkhill, en la Puerta, estaba la criada, asustada. Todavía más lejos, cerca del yate en el muelle. Aaronson daba las espaldas a la ciudad, deseando irse.

—¿Dónde están los otros?, —gritó Wilder.

—Oh, no volverán-dijo Parkhill, con naturalidad. —Así parece, ¿no es cierto? Quiero decir, es un sitio formidable.

—¿Formidable?, —dijo Wilder, planeando hacia arriba, hacia abajo, dando vueltas lentamente, aprensivo—. ¡Tenemos que sacarlos! No es un sitio seguro.

—Es seguro si a uno le gusta. A mí me gusta —dijo Parkhill.

Y entretanto se iba formando un terremoto en el suelo y en el aire, que Parkhill decidió ignorar.

—Usted se va, naturalmente-dijo, como si no pasara nada malo. —Yo sabía que iba a ocurrir. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Wilder giró como una libélula en un estremecido viento de tormenta. Sacudido hacia arriba, hacia abajo, lanzaba sus palabras a Parkhill que no las esquivaba, y sonreía, aceptándolas—. Santo Dios, Sam, ese sitio es el infierno. Los marcianos han sido bastante sensatos como para Irse. Vieron que se les había ido la mano. ¡La Ciudad maldita lo hace todo, es decir, demasiado! ¡Sam!

Pero en ese instante, los dos miraron alrededor y arriba. El cielo se iba cubriendo con un caparazón. Como flores inmensas, las cúspides de los edificios se cubrían de pétalos. Las ventanas se cerraban. Se oían portazos. En las calles rebotaba el ruido de los cañones.

La puerta se cerraba con un trueno.

Las mandíbulas gemelas de la puerta se movían estremeciéndose.

Wilder dio un grito, giró en redondo y bajó.

Oyó debajo a la criada, y vio que le tendía los brazos. Entonces, en picada, la alcanzó. Pateó el aire. El *jet* los levantó a los dos.

Como una bala que va hacia el blanco, Wilder aceleró hacia la Puerta. Pero un instante antes de llegar allí las Puertas se juntaron ruidosamente. Wilder apenas alcanzó a cambiar de dirección, subiendo a lo largo del metal mientras toda la ciudad se sacudía con el rugido del acero.

Parkhill gritaba desde abajo. Y Wilder volaba hacia arriba, a lo largo de la pared, buscando por todos lados.

El cielo se iba cerrando aquí y allá. Los pétalos bajaban, bajaban. Sólo quedaba un pequeño fragmento de cielo pétreo, a la derecha. Allí fue Wilder, como una exhalación. Y dando puntapiés, pasó al otro lado, volando, mientras la última plancha de acero volvía a su sitio, y la Ciudad quedaba encerrada en sí misma.

Wilder quedó un momento suspendido en el aire, y luego bajó a lo largo de la pared exterior hacia el muelle donde estaba Aaronson, junto al yate, contemplando las enormes Puertas cerradas.

—Parkhill —murmuró Wilder, mirando la Ciudad, las paredes, las Puertas —. Loco. Maldito loco.

—Locos, todos ellos —dijo Aaronson y se apartó—. Locos. Locos.

Esperaron un momento más y escucharon la Ciudad que zumbaba, viviente, encerrada en sí misma, la boca inmensa llena de unos pocos trozos de calor, unas pocas personas perdidas y ocultas allí en alguna parte. Las

Puertas permanecerían cerradas ahora, para siempre. La Ciudad tenía lo necesario para seguir un largo tiempo.

Wilder se volvió a mirar el lugar, mientras el yate los llevaba de vuelta fuera de la montaña, canal arriba.

Un kilómetro más adelante, pasaron junto al poeta que caminaba sólo a la orilla del canal. Le hicieron señas para que subiera.

—No. No, gracias. Tengo ganas de caminar. Es un lindo día. Adiós. Sigan.

Las ciudades estaban adelante. Pequeñas ciudades, que eran gobernadas por hombres. Wilder oyó una música de cobres. Vio las luces de neón en la obscuridad. Reconoció los depósitos de chatarra en la noche nueva, bajo las estrellas.

Más allá de las ciudades estaban los cohetes plateados, altos, esperando que los dispararan hacia el desierto estrellado.

—Verdaderas-susurraban los cohetes, —cosas verdaderas. Verdaderos viajes. Verdadero tiempo. Verdadero espacio. Nada de regalos. Nada gratis. Mucho trabajo duro.

El yate llegó al desembarcadero.

—Cohetes, santo Dios-murmuró Wilder. —Esperen a que les ponga la mano encima.

Corrió en la noche, sólo para eso.

Usher II
2005 Abril

—«Durante todo un día de otoño, triste, oscuro y silencioso, cuando las nubes colgaban opresivas y bajas en los cielos, yo había estado cruzando, montado a caballo, una región singularmente lóbrega, y de pronto, cuando ya se cerraban las sombras de la noche, me encontré delante de la melancólica Casa Usher…».

El señor William Stendahl dejó de recitar. Allí, sobre una colina baja y negra, estaba la Casa, y la piedra angular tenía una inscripción: 2005 A. D.

—Ya está terminada —dijo el señor Bigelow, el arquitecto—. Aquí tiene la llave, señor Stendahl.

Las dos figuras se alzaban inmóviles en la tranquila tarde otoñal. Los planos azules crujían sobre la hierba de color de cuervo.

—La Casa Usher —dijo el señor Stendahl con satisfacción—. Proyectada, construida, comprada, pagada. ¿El señor Poe no estaría encantado?

El señor Bigelow entornó los ojos.

—¿Era esto lo que quería, señor?

—¡Sí!

—¿El color está bien? ¿Es desolado y terrible?

—¡Muy desolado, muy terrible!

—¿Las paredes son… lívidas?

—¡Asombrosamente lívidas!

—¿La laguna es bastante negra y siniestra?

—Increíblemente negra y siniestra.

—Y los juncos, no sé si sabe usted, señor Stendahl, que los hemos teñido, ¿tienen ahora el color gris y ébano apropiado?

—¡Son horribles!

El señor Bigelow consultó sus planos arquitectónicos.

—La Casa, la laguna, el suelo, señor Stendahl, «¿enfrían y acongojan el corazón, entristecen el pensamiento?».

—Señor Bigelow, vale lo que cuesta, hasta el último centavo. Dios mío, ¡qué hermosa es!

—Gracias. He tenido que trabajar a ciegas. Por fortuna, tenía usted sus propios cohetes, o no hubiésemos podido traer la mayor parte del equipo. Ya habrá observado usted el permanente crepúsculo, el invariable mes de octubre, la tierra desnuda, estéril, muerta. Hemos trabajado mucho. Matamos todo. Diez mil toneladas de DDT. No ha quedado una rana, una víbora, ni siquiera una mosca marciana. Crepúsculo permanente, señor Stendahl, estoy orgulloso. Unas máquinas ocultas oscurecen el sol. Todo es siempre adecuadamente «siniestro».

Stendahl respiró la tristeza, la opresión, los vapores pestilentes, toda la «atmósfera» tan delicadamente concebida y adaptada. ¡Y la Casa! ¡Ese horror tambaleante, la laguna maléfica, los hongos, la extendida putrefacción! ¿Quién podía adivinar si era o no de material plástico?

Stendahl miró el cielo de otoño. En algún sitio, allá arriba, más allá, muy lejos, estaba el sol. En algún sitio era abril en Marte, un mes amarillo de cielo azul. En algún sitio, allá arriba, descendían las naves con una estela de llamas, dispuestas a civilizar un planeta maravillosamente muerto. Pero el fragor de los cohetes no llegaba a este mundo sombrío y silencioso, a este antiguo mundo otoñal y a prueba de ruidos.

—Ahora que mi tarea ha terminado —dijo el señor Bigelow, intranquilo—, ¿puedo preguntarle qué va a hacer usted con todo esto?

—¿Con Usher? ¿No lo ha adivinado?

—No.

—¿El nombre de Usher no significa nada para usted?

—Nada.

—Bueno, ¿y este nombre: Edgar Allan Poe?

El señor Bigelow meneó la cabeza.

—Por supuesto —gruñó delicadamente el señor Stendahl, con desaliento y desprecio a la vez—. ¿Cómo pude pensar que conoce al bendito señor Poe? Murió hace mucho tiempo, antes que Lincoln. Quemaron todos sus libros en la Gran Hoguera. Hace ya treinta años…

—Ah —dijo juiciosamente el señor Bigelow—. ¡Uno de aquéllos!

—Sí, Bigelow, uno de aquéllos. Allí ardieron Poe y Lovecraft y Hawthorne y Ambrose Bierce, y todos los cuentos de miedo, de fantasía y de horror, y con ellos los cuentos del futuro. Implacablemente. Se dictó una ley. Oh, no era casi nada al principio. Mil novecientos cincuenta y mil novecientos sesenta. Primero censuraron las revistas de historietas, las novelas policiales, y por supuesto, las películas, siempre en nombre de algo distinto: las pasiones políticas, los prejuicios religiosos, los intereses

profesionales. Siempre había una minoría que tenía miedo de algo, y una gran mayoría que tenía miedo de la oscuridad, miedo del futuro, miedo del presente, miedo de ellos mismos y de las sombras de ellos mismos.

—Ya.

—Tenían miedo de la palabra «política», que entre los elementos más reaccionarios acabó por ser sinónimo de comunismo, de modo que pronunciar esa palabra podía costarle a uno la vida. Y apretando un tornillo aquí y una tuerca allá, presionando, sacudiendo, tironeando, el arte y la literatura fueron muy pronto como una gran pasta de caramelo, retorcida y aplastada, sin consistencia y sin sabor. Poco después las cámaras cinematográficas se detuvieron, los teatros quedaron a oscuras, y de las imprentas que antes inundaban el mundo con un Niágara de material de lectura, brotó una materia inofensiva e insípida, como de un cuentagotas. ¡Oh, hasta el «entretenimiento» era extremista, se lo aseguro!

—¿De veras?

—Así es. El hombre, decían, ha de afrontar la realidad. ¡Ha de afrontar el Aquí y el Ahora! Todo lo demás tiene que desaparecer. ¡Las hermosas mentiras literarias, las ilusiones de la fantasía, han de ser derribadas en pleno vuelo! Y las alinearon contra la pared de una biblioteca un domingo por la mañana, hace treinta años. Alinearon a Santa Claus, y al jinete sin Cabeza, y a Blanca Nieves y Pulgarcito, y a Mi Madre la Oca… Oh, ¡qué lamentos!, y quemaron los castillos de papel y los sapos encantados y a los viejos reyes, y a todos los que «fueron eternamente felices», pues estaba demostrado que nadie fue eternamente feliz, y el «había una vez» se convirtió en «no hay más». Y las cenizas del fantasma Rickshaw se confundieron con los escombros del país de Oz, e hicieron unos paquetes con los huesos de Ozma y Glinda la Buena, y destrozaron a Polícromo en un espectroscopio y sirvieron a Jack Cabeza de Calabaza con un poco de merengue en el baile de los biólogos. La Bella Durmiente despertó con el beso de un hombre de ciencia y expiró con el fatal pinchazo de su jeringa. Hicieron que Alicia bebiera algo de una botella que la devolvió a un tamaño donde no podía seguir gritando «más curioso y más curioso» y rompieron el Espejo de un martillazo y acabaron con el Rey Rojo y la Ostra.

El señor Stendahl apretó los puños, jadeante, el rostro enrojecido. ¡Oh Dios, no había pasado tanto tiempo!

En cuanto al señor Bigelow, la larga explosión del señor Stendahl lo había dejado estupefacto. Al fin parpadeó y dijo:

—Lo siento. No sé de qué me habla usted. Sólo nombres para mí. He oído decir que la Gran Hoguera fue una cosa buena.

—¡Fuera!, —gritó Stendahl—. ¡Su trabajo ha terminado, y ahora déjeme solo, idiota!

El señor Bigelow llamó a los carpinteros y se alejó.

El señor Stendahl se quedó solo ante la Casa.

—Oídme todos —les dijo a los invisibles cohetes—. Vine a Marte para alejarme de vosotros, gente de Mente Limpia, pero llegáis en enjambres cada vez más espesos, como moscas a la carroña. Pues bien, ha llegado mi hora. Os daré una buena lección por lo que le hicisteis al señor Poe en la Tierra. ¡Desde hoy, cuidado! ¡La Casa Usher está abierta!

Y alzó al cielo un puño amenazante.

El hombre salió del cohete con aire despreocupado. Le echó una mirada a la Casa, y una expresión de irritación y disgusto le ensombreció los ojos grises. Cruzó el foso y se acercó al hombrecito que esperaba allí.

—¿Usted es Stendahl? Yo soy Garrett, inspector de Climas Morales.

—¿De modo que al fin llegaron a Marte, ustedes los del Clima Moral? Me estaba preguntando cuándo aparecerían.

—Llegamos la semana pasada. Muy pronto todo será aquí limpio y ordenado como en la Tierra —dijo Garrett, y sacudió irritado una tarjeta de identidad, señalando la Casa—. ¿Por qué no me dice que es esto, Stendahl?

—Un castillo encantado, si le parece.

—No me gusta, Stendahl, no me gusta. El sonido de esa palabra encantado.

—No es nada complicado. En el año de gracia dos mil cinco, he construido un santuario mecánico: murciélagos de cobre que vuelan en rayos electrónicos, ratas de bronce que corretean por sótanos de material plástico, esqueletos robots que bailan, vampiros robots, arlequines, lobos, fantasmas blancos, productos todos de la química y el ingenio del hombre.

—Lo que me temía —dijo Garrett sonriendo pacíficamente—. Tendremos que echar abajo la casa, señor Stendahl.

—Sabía que vendrían ustedes, tan pronto como se enteraran.

—Hubiera venido antes, pero en Climas Morales queríamos estar seguros de las intenciones de usted. Los desmanteladores y la brigada de incendios, podemos tenerlos aquí a la hora de la cena. Y a medianoche no quedará de su Casa ni los cimientos. Señor Stendahl, me parece usted un poco bobo. Gastar en una tontería dinero ganado con trabajo. Por lo menos le ha costado a usted tres millones de dólares.

—Cuatro millones. Pero en mi juventud, señor Garrett, heredé veinticinco millones. Me puedo permitir este gasto. Es una lástima, sin embargo, haber terminado la Casa no hace más de una hora y que ya se precipiten sobre ella usted y sus desmanteladores. ¿No podría dejarme disfrutar de mi juguete durante digamos, veinticuatro horas?

—Ya conoce usted la ley. Es muy estricta. Nada de libros, nada de Casas, nada que pueda sugerir de alguna manera fantasmas, vampiros, hadas y otras criaturas de la imaginación.

—¡Pronto quemarán a los Babbitt!

—Usted nos dio mucho que hacer, señor Stendahl. Consta en nuestros registros. Hace veinte años. En la Tierra. Usted y su biblioteca.

—Sí, yo y mi biblioteca. Y unos pocos más como yo. Oh, ya nadie se acordaba de Poe, de Oz y de los otros. Pero yo tenía mi pequeño refugio. Unos pocos ciudadanos conservamos nuestras bibliotecas hasta que llegaron ustedes, con antorchas e incineradores, y destrozaron y quemaron mis cincuenta mil libros. Un día atravesaron también con un palo el corazón del día de Todos los Muertos, y les dijeron a los productores de cine que si querían hacer algo se limitasen a repetir y a repetir, una y otra vez, a Ernest Hemingway. ¡Dios santo, cuántas veces he visto *Por quién doblan las campanas*! Treinta versiones diferentes. Todas realistas. ¡Oh, el realismo! ¡Oh el aquí, oh el ahora, oh el infierno!

—Es inútil amargarse.

—Señor Garrett, usted tiene que presentar un informe completo, ¿no es así?

—Sí.

—Aunque sólo sea por curiosidad, entre y mire un rato. No tardaremos más de un minuto.

—Muy bien. Guíeme. Y nada de trampas. Estoy armado.

La puerta de la Casa Usher se abrió rechinando, y dejó escapar un viento de humedad, y se oyeron unos gemidos y unos suspiros muy hondos, como si grandes fuelles subterráneos respiraran en lejanas catacumbas.

Una rata corrió por el suelo de piedra. Garrett, gritando, le dio un puntapié. La rata rodó, y de su piel de nailon brotó una increíble horda de moscas metálicas.

—¡Asombroso! —Garrett se inclinó y miró.

Una vieja bruja estaba sentada en un nicho y barajaba con temblorosas manos de cera un mazo anaranjado y azul de naipes de Tarot. Sacudió la

cabeza, y le siseó a Garrett a través de la boca desdentada, golpeando los naipes grasientos con las puntas de los dedos.

—¡La muerte!, —gritó.

—A esto, precisamente, me refería —dijo Garrett—. ¡Deplorable!

—Permitiré que usted mismo la queme.

—¿De veras?, —dijo Garrett satisfecho. Enseguida frunció el entrecejo—. He de reconocer que se lo toma usted muy bien.

—Me basta haber podido crear este sitio. Poder decir que lo hice. Decir que he creado un ambiente medieval en un mundo moderno e incrédulo.

—Yo mismo no puedo dejar de admirar el genio inventivo de usted, señor.

Garrett miró una niebla que pasaba, susurrando y susurrando, y que parecía una hermosa y vaporosa mujer. En el fondo de un pasillo húmedo giraron unas ruedas, y como hilos de caramelo lanzados por una máquina centrífuga, las neblinas flotaron murmurando en los aposentos silenciosos.

Un gorila brotó de la nada.

—¡Cuidado!, —gritó Garrett.

Stendahl golpeó levemente el pecho negro del gorila.

—No tema. Un robot. Cobre y otros materiales, como la bruja. ¿Ve? —Tocó la piel descubriendo unos tubos de metal.

—Sí. —Garrett alargó tímidamente una mano—. Pero ¿por qué? ¿Por qué todo esto, señor Stendahl? ¿Qué lo obsesiona?

—La burocracia, señor Garrett. Ahora no puedo explicárselo. Pero el gobierno lo sabrá muy pronto. —Y Stendahl hizo una seña al gorila—. Bien. Ahora.

El gorila mató al señor Garrett.

—¿Estamos listos, Pikes?

Pikes, inclinado sobre la mesa, alzó los ojos.

—Sí, señor.

—Ha hecho usted un espléndido trabajo.

—Bueno, para eso me pagan, señor —dijo Pikes suavemente mientras levantaba el párpado de plástico del robot y ajustaba con precisión el ojo de vidrio a los músculos de goma—. Ya está.

—La vera efigie del señor Garrett.

Pikes señaló la mesa rodante donde yacía el cadáver del verdadero señor Garrett.

—¿Qué hacemos con él, señor?

—Quémelo, Pikes. No necesitamos dos Garrett, ¿no es cierto?

Pikes arrastró la mesa hasta el incinerador de ladrillo.

—Adiós —dijo, metió dentro al señor Garrett y cerró la puerta.

—Adiós.

Stendahl miró al robot.

—¿Recuerda las instrucciones, Garrett?

—Sí, señor. —El robot se sentó en la mesa muy tieso—. Vuelvo a Climas Morales. Redactaré un informe complementario. Demoren intervención cuarenta y ocho horas. Continúo investigando.

—Bien, Garrett. Adiós.

El robot corrió hacia el cohete de Garrett, entró, y se fue volando.

Stendahl se volvió.

—Bueno, Pikes, ahora enviaremos las últimas invitaciones para esta noche. Creo que nos divertiremos, ¿no es cierto?

—Teniendo en cuenta que hemos esperado veinte años, ¡será toda una fiesta! —Se guiñaron los ojos.

Las siete. Stendahl miró su reloj. Era casi la hora. Hizo girar la copa de jerez en la mano, y luego se sentó, tranquilamente. Sobre él, entre las vigas de roble, los murciélagos, de delicados huesos de cobre ocultos bajo la carne de caucho, chillaban y lo miraban parpadeando. Stendahl levantó la copa hacia ellos.

—Por nuestro éxito —dijo.

Y reclinándose en el sofá cerró los ojos y consideró otra vez el asunto. Con qué placer recordaría esta noche cuando fuera viejo. El gobierno antiséptico pagaba al fin sus conflagraciones y sus terrores literarios. Oh, cómo habían crecido en él la furia y el odio a lo largo de los años. Oh, cómo el plan había cobrado forma lentamente en su mente aletargada, hasta el día en que había conocido a Pikes, tres años atrás.

Ah, sí, Pikes. Pikes, corroído por una amargura profunda, como un oscuro pozo de ácido verde. ¿Quién era Pikes? El más grande de todos. Pikes, el hombre de diez mil caras, una furia, una humareda, una niebla azul, una lluvia blanca, un murciélago, una gárgola, un monstruo, ¡eso era Pikes! ¿Superior a Lon Chaney, padre? Stendahl, que había visto a Lon Chaney noche tras noche, en películas viejas, muy viejas, meditó unos instantes. Sí, superior a Chaney. ¿Superior a aquella otra vieja momia? ¿Cómo se llamaba? ¿Karloff? Muy superior. ¿Lugosi? La comparación era odiosa. No, no había más que un Pikes. Y le habían prohibido todas sus fantasías. No había lugar para él en la Tierra, ni gente que pudiera admirarlo. ¡Ni siquiera podía representar ante un espejo, ante sí mismo!

¡Pobre, imposible y derrotado Pikes! ¡Qué habrás sentido, Pikes, aquella noche en que arrancaron tus películas de las cámaras, como si les sacaran las entrañas, tus propias entrañas, para arrojarlas luego en rollos y pilas a las llamas de un horno! ¿Habrás sufrido tanto como yo cuando destruyeron mis cincuenta mil libros sin una disculpa? Sí, sí. Stendahl sintió que una furia insensata le helaba las manos. Cómo no iba a ser natural que en incontables medias noches conversaran consumiendo interminables cafeteras, y que de esas conversaciones y de ese fermento amargo saliera… la Casa Usher.

Se oyeron las campanadas de una gran iglesia. Llegaban los invitados.

Stendahl, sonriendo, fue a recibirlos.

Adultos sin memoria, los robots esperaban. Vestidos de seda verde como los charcos de los bosques, envueltos en sedas del color de las ranas y los helechos, ellos esperaban. Envueltos en pieles amarillas, como el sol y la arena, los robots esperaban. Aceitados, con huesos de tubos de bronce sumergidos en gelatina. En cajas de madera, en ataúdes fabricados para los que no estaban vivos ni muertos, los metrónomos esperaban que los pusieran en marcha. Un olor de lubricación y bronces torneados. Un silencio de cementerio. Sexuados, pero sin sexo, los robots. Nominados, pero sin nombre, con todas las características humanas menos la humanidad, en una muerte que ni siquiera era muerte, ya que nunca había sido vida, los robots miraban fijamente las tapas cerradas de sus cajas, esas cajas en las que alguien había grabado las letras E. O.B. Y de pronto rechinaron los clavos. De pronto se levantaron las tapas, hubo sombras en las cajas, y una mano apretó una lata de aceite. Se oyó el leve tictac de un reloj, luego otro y otro, hasta que el sótano se convirtió en una inmensa y ronroneante relojería. Los párpados de goma se abrieron y descubrieron los ojos de mármol; las narices palpitaron; los robots se levantaron vestidos con una velluda piel de mono, o una piel blanca de conejo; Tweedledum detrás de Tweedledee, la Tortuga y el Ratón, cadáveres de ahogados en un mar de sal y algas, ahorcados de rostros violáceos y ojos desorbitados y viscosos, seres de hielo y de ardientes oropeles, enanos de arcilla y gnomos de pimienta, Tik-Tok, Ruggedo, Santa Claus precedido por un torbellino de nieve, Barba Azul con patillas de acetileno, y nubes sulfurosas con lenguas de fuego verde, y por último un dragón gigantesco y escamoso que llevaba un horno en el vientre cruzó la puerta con un grito, un rugido, un silencio, un torrente, una ráfaga. Diez mil tapas cayeron. La relojería invadió Usher. La noche estaba encantada.

Una cálida brisa pasó sobre el paisaje. Los invitados llegaron en cohetes que abrasaban el cielo y transformaban el otoño en primavera.

Los hombres vestidos de etiqueta salieron de los cohetes, y detrás de ellos salieron las mujeres con peinados muy altos y complicados.

—¡Así que esto es Usher!

—¿Pero dónde está la puerta?

En ese momento apareció Stendahl. Las mujeres reían y parloteaban. El señor Stendahl levantó una mano imponiendo silencio. Se volvió, miró una alta ventana de castillo y llamó:

—Rapunzel, Rapunzel, suéltate el pelo.

Y allá arriba, una hermosa doncella se inclinó sobre el viento de la noche, y se soltó el cabello dorado. Y el cabello flotó y se retorció y fue una escalera, y los invitados subieron riendo, y entraron en la Casa.

¡Muy eminentes sociólogos! ¡Inteligentes psicólogos! ¡Tremendamente importantes políticos, bacteriólogos y neurólogos! Allí estaban, entre paredes húmedas.

—¡Bienvenidos!

El señor Tyron, el señor Owen, el señor Dunne, el señor Lang, el señor Steffen, el señor Fletcher, y dos docenas más.

—Pasen, pasen.

La señorita Gibbs, la señorita Pope, la señorita Churchill, la señorita Blunt, la señorita Drummond y una veintena de otras resplandecientes mujeres.

Personas eminentes, sí, eminentes todas ellas, miembros de la Sociedad de Represión de la Fantasía, enemigos de la fiesta de Todos los Muertos y del día de Guy Fawkes, cazadores de murciélagos, incendiarios de libros, portadores de antorchas; ciudadanos pacíficos y limpios, ciudadanos que habían, todos ellos, esperado a que los hombres toscos llegaran a Marte, enterraran a los marcianos, limpiaran las ciudades, construyeran pueblos, repararan las carreteras y suprimieran todos los peligros. Después, cuando ya todo estaba tranquilo, vinieron ellos, los aguafiestas, gentes con ojos de color de yodo y sangre de mercuriocromo a imponer sus Climas Morales, a repartir bondad. ¡Y ésos eran los amigos de Stendahl! Sí, con cuidado, con mucho cuidado, los había buscado, uno por uno, y en el último año pasado en la Tierra se había hecho amigo de todos ellos.

—¡Bienvenidos a las antesalas de la Muerte!, —les gritó.

—Hola, Stendahl, ¿qué es esto?

—Ya lo verán. Que se desvista todo el mundo. Entren en estos cuartos y cámbiense de ropa. Los hombres aquí, las mujeres allá.

Los invitados, un poco intranquilos, no se movieron.

—No sé si debemos quedarnos —dijo la señorita Pope—. No me gusta el aspecto de todo esto. Es casi… una blasfemia.

—¡Qué tontería! Es un baile de disfraz.

—Parece algo ilegal —gruñó el señor Steffens.

Stendahl se echó a reír.

—Vamos, vamos, diviértanse. Mañana todo esto será una ruina. Entren en los cuartos.

La Casa resplandeció, de vida y color. Los arlequines corrían con gorros de cascabeles; los ratones blancos bailaban unas cuadrillas al compás de una música que unos enanos tocaban con arcos diminutos en violines diminutos; en las vigas chamuscadas ondeaban los banderines, nubes de murciélagos volaban entre unas gárgolas, y de las bocas de las gárgolas salía un vino fresco, puro y espumante. Un arroyo serpenteaba por las siete salas del baile de máscaras. Los invitados lo probaban y descubrían que era jerez. Los invitados salían de los cuartos transformados en personajes de otra época, con los rostros cubiertos por antifaces, perdiendo al ponerse las máscaras todo derecho a querellarse con la fantasía y el terror. Las mujeres vestidas de rojo se reían desplazándose por los salones. Los hombres las cortejaban bailando. Y en las paredes había sombras, aun donde no había cuerpos, y aquí y allá había espejos que no reflejaban ninguna imagen.

—¡Todos nosotros vampiros!, —rió el señor Fletcher—. ¡Muertos!

Las siete salas eran de distinto color: una azul, una morada, una verde, una anaranjada, una blanca, una violeta, y la última amortajada en terciopelo negro. En esta sala negra un reloj de ébano daba sonoramente la hora. Y los invitados, ya casi borrachos, corrían por las salas entre fantásticos robots, entre ratones y Sombrereros Locos, gnomos y gigantes, Gatos Negros y Reinas Blancas, y bajo los pies de los bailarines el suelo latía pesadamente como un oculto corazón delator.

—Señor Stendahl.

Un murmullo.

—Señor Stendahl.

Un monstruo, con el rostro de la Muerte, se detuvo junto a Stendahl. Era Pikes.

—Quiero hablar con usted.

—¿Qué pasa?

Pikes extendió una mano esquelética con unas cuantas ruedas, tuercas, tornillos y pernos calcinados o fundidos a medias.

Stendahl los contempló largamente. Luego llevó a Pikes a un pasillo.

—¿Garrett?, —susurró.

Pikes asintió.

—Ha mandado a un robot. Cuando limpié el horno, encontré esto.

Pikes y Stendahl miraron las fatídicas piezas.

—Esto significa que la policía llegará en cualquier momento —dijo Pikes—. Y arruinarán nuestros planes.

Stendahl observó a los bailarines; un torbellino de gente amarilla, anaranjada y azul. La música barría los salones neblinosos.

—No sé. Tendría que haber adivinado que Garrett no vendría en persona. No es tan tonto. Pero, espere…

—¿Qué pasa?

—Nada. No pasa nada. Garrett nos envió un robot. Bien, pero nosotros le enviamos otro… Si no lo examina con cuidado, no notará la diferencia.

—¡Por supuesto!

—La próxima vez vendrá él mismo, pues pensará que no hay peligro. Es posible que se presente en cualquier momento, ¡en persona! ¡Más vino, Pikes!

Se oyó un enorme tañido.

—Apuesto a que es él. Hágalo pasar.

Rapunzel se soltó el cabello dorado.

—¿El señor Stendahl?

—¿El señor Garrett? ¿El verdadero señor Garrett?

Garrett examinó las paredes húmedas y a la gente que daba vueltas.

—El mismo. He creído conveniente una inspección personal. No se puede confiar en los robots, menos aún en los ajenos. Antes de salir para aquí he citado a los desmanteladores. Llegarán dentro de una hora, preparados para echar abajo esta horrible guarida.

Stendahl se inclinó ceremoniosamente.

—Gracias por advertírmelo. Mientras tanto, podría usted divertirse. ¿Un poco de vino?

—No, gracias. ¿Qué pasa aquí? ¿A qué extremos puede llegar un hombre?

—Véalo usted mismo, señor Garrett.

—El crimen —dijo Garrett.

—El más repugnante.

Una mujer chilló. La señorita Pope llegó corriendo, con la cara blanca como un queso.

—¡Ha ocurrido algo horrible! ¡Un mono ha estrangulado a la señorita Blunt y la ha metido en una chimenea!

Stendahl y Garrett se volvieron y vieron una larga cabellera amarilla desparramada al pie de la chimenea. Garrett dio un grito.

—¡Horroroso!, —sollozaba la señorita Pope. De pronto dejó de llorar. Parpadeó y miró—. ¡Señorita Blunt!

—Sí, aquí estoy —dijo la señorita Blunt.

—¡Pero si acabo de ver cómo la metían en la chimenea!

—No —dijo la señorita Blunt riéndose—. Era un robot. Un perfecto facsímil.

—Pero, pero…

—No llore, querida. Estoy perfectamente bien. Voy a verme a mí misma. ¡Pues sí, aquí estoy! En la chimenea, como usted dijo. Tiene gracia, ¿eh?

Y la señorita Blunt se fue, riéndose.

—¿Quiere un vaso de vino, Garrett?

—Creo que sí. Este asunto me ha puesto los nervios de punta. Dios mío, qué lugar. Merece verdaderamente que lo echemos abajo. Durante un momento creí…

Garrett bebió. Otro alarido. El piso se abrió mágicamente y cuatro conejos blancos descendieron por una escalera llevando en hombros al señor Steffens. Y allá fue el señor Steffens, al fondo de un foso, y allá lo dejaron amordazado y atado, bajo la cuchilla de acero de un gran péndulo oscilante que ahora descendía y descendía, acercándose cada vez más al cuerpo ultrajado del señor Steffens.

—¿Soy yo el que está ahí abajo?, —preguntó el señor Steffens apareciendo al lado de Garrett. Se inclinó sobre el pozo—. Qué extraño, qué curioso es verse morir.

El péndulo dio un golpe final.

—Qué realismo —dijo Steffens alejándose.

—Otro vaso de vino, señor Garrett.

—Sí, por favor.

—Esto no durará. Pronto llegarán los desmanteladores.

—Gracias a Dios.

Y por tercera vez, un grito.

—¿Ahora qué?, —dijo Garrett, receloso.

—Ahora me toca a mí —dijo la señorita Drummond—. Miren.

Y poco después una segunda señorita Drummond chillaba dentro de un ataúd mientras la metían debajo del suelo, en una tierra húmeda.

—Pero cómo, yo recuerdo esto —jadeó el investigador de Climas Morales—. Estaba en los viejos libros prohibidos. El enterramiento

prematuro. Y lo demás. La fosa, el péndulo, y el mono, la chimenea y los asesinatos de la calle Morgue. ¡Sí! ¡En uno de los libros que quemé!

—Otro trago, Garrett. No mueva la copa.

—¡Dios mío, qué imaginación!

Y enseguida vieron morir a otros cinco. Uno en la boca de un dragón, los otros arrojados a las aguas negras de una laguna, donde se hundieron y desaparecieron.

—¿Le gustaría ver lo que hemos proyectado para usted?, —preguntó Stendahl.

—¿Por qué no? ¿Qué importa? Pronto vamos a destruir este infierno. Es usted horrible, Stendahl.

—Venga por aquí.

Y Stendahl llevó abajo a Garrett, a través de numerosos pasillos, y otra vez más abajo por escaleras de caracol, hacia el interior de la tierra, hacia las catacumbas.

—¿Qué quiere mostrarme?, —preguntó Garrett.

—Su propia muerte.

—¿La muerte de mi doble?

—Sí. Y otra cosa.

—¿Qué?

—El Amontillado —dijo Stendahl adelantándose y alzando una linterna deslumbrante.

Unos esqueletos se asomaban levantando las tapas de los ataúdes. Garrett, con un gesto de repugnancia, se llevó una mano a la nariz.

—¿El qué?

—¿No ha oído hablar usted del Amontillado?

—No.

—¿No reconoce usted eso? —Stendahl le señaló una celda.

—¿Tendría que reconocerlo?

Stendahl sonrió y sacó de entre los pliegues de su capa una paleta de albañil.

—¿Y esto?

—¿Qué es?

—Venga.

Entraron en la celda y Stendahl encadenó a Garrett, que estaba casi borracho.

—Por Dios, ¿qué hace usted?, —gritó Garrett sacudiendo las cadenas.

—Me siento irónico. No interrumpa a un hombre que se siente irónico. No sea descortés. Ya está.

—¡Me ha encadenado!

—Es cierto.

—Pero ¿qué pretende?

—Dejarlo en esta celda.

—Usted bromea.

—Una broma muy graciosa.

—¿Dónde está mi doble? ¿No vamos a ver cómo lo matan?

—No hay doble.

—Pero ¿y los otros?

—Los otros están muertos. Los que usted vio matar eran los verdaderos. Los dobles, los robots, miraban solamente.

Garrett calló.

—Ahora usted debe decir: «¡Por amor de Dios, Montresor!» —continuó Stendahl—. Y yo contestaré: «¡Sí, por amor de Dios!». ¿No quiere usted decirlo? Vamos. Dígalo.

—Imbécil.

—¿Tengo que repetírselo? Dígalo. Diga: «¡Por amor de Dios, Montresor!».

Garrett se sentía más despejado.

—No lo diré, idiota. Sáqueme de aquí.

—Póngase eso —dijo Stendahl, tirándole algo que campanilleaba y tintineaba.

—¿Qué es?

—Un gorro de cascabeles. Póngaselo y quizá lo deje salir.

—¡Stendahl!

—Le he dicho que se lo ponga.

Garrett obedeció. Los cascabeles repicaron.

—¿No siente usted como si esto hubiera sucedido antes?, —preguntó Stendahl, y comenzó a trabajar con la paleta, un mortero y unos ladrillos.

—¿Qué hace?

—Estoy amurallándolo. Ya hay una hilera. Ahora va otra.

—¡Usted está loco!

—No lo discuto.

Stendahl mojó un ladrillo en el mortero, cantando entre dientes. Ahora había golpes y gritos y llantos en la celda cada vez más oscura. La pared crecía lentamente.

—Un poco más de ruido, por favor —dijo Stendahl—. Representemos bien la escena.

—¡Déjeme salir! ¡Déjeme salir!

Sólo faltaba un ladrillo. Los gritos eran ahora continuos.

—¿Garrett?, —llamó Stendahl en voz baja. Garrett calló—. ¿Sabe usted por qué le hago esto? Porque quemó los libros del señor Poe sin haberlo leído. Le bastó la opinión de los demás. Si hubiera leído los libros, habría adivinado lo que yo le iba a hacer, cuando bajamos hace un momento. La ignorancia es fatal, señor Garrett.

Garrett no replicó.

—Quiero que esto sea perfecto —dijo Stendahl levantando la linterna para que la luz cayera sobre la encogida figura de Garrett—. Agite suavemente los cascabeles. —Los cascabeles tintinearon—. Ahora diga usted: «¡Por amor de Dios, Montresor!»; es posible que lo deje salir.

La luz de la linterna alumbró la cara de Garrett. Garrett titubeó y luego dijo grotescamente:

—Por amor de Dios, Montresor.

—Ah —exclamó Stendahl con los ojos cerrados. Colocó el último ladrillo y lo aseguró con una capa de cemento—. *Requiescat in pace*, querido amigo.

Salió de prisa de la catacumba.

El sonido de un reloj de medianoche hizo que todo se detuviera en las siete salas de la Casa.

Apareció la Muerte Roja.

Stendahl se volvió un momento en el umbral y luego echó a correr fuera de la Casa, más allá del foso, donde esperaba un helicóptero.

—¿Listo, Pikes?

—Listo.

—¡Vamos allá!

Miraron la Casa, sonriendo. Las paredes empezaron a abrirse por el medio, como en un terremoto, y mientras Stendahl observaba la magnífica escena, oyó a Pikes que recitaba detrás de él en un tono bajo y cadencioso:

—«Cuando vi que las enormes paredes se hundían, sentí un vértigo… Se oyó un largo ruido tumultuoso, como la voz de innumerables cataratas, y la laguna profunda y oscura que había a mis pies se cerró triste y silenciosamente sobre las ruinas de la casa Usher».

El helicóptero se elevó sobre las aguas hirvientes del lago y voló hacia el oeste.

Los viejos
2005 Agosto

¿Y no era natural que al fin llegaran los viejos a Marte, siguiendo los pasos de los ruidosos exploradores, de la gente sofisticada y aromática, de los viajeros profesionales y de los conferenciantes románticos en busca de nuevos temas?

Pues sí, los viejos secos y crujientes, los que se pasaban el tiempo escuchándose los corazones, tomándose el pulso y llevándose cucharadas de jarabe a la boca torcida, los que en noviembre iban en autobús a California y en abril embarcaban para Italia en tercera, las pasas de uva, las momias, llegaron al fin a Marte…

El marciano
2005 Septiembre

Las montañas azules se alzaban en la lluvia y la lluvia caía en los largos canales, y el viejo La Farge y su mujer salieron de la casa a mirar.

—La primera lluvia de la estación —señaló La Farge.

—Qué bien —dijo la mujer.

—Bienvenida, de veras.

Cerraron la puerta. Dentro se calentaron las manos junto a las llamas. Se estremecieron. A lo lejos, a través de la ventana, vieron que la lluvia centelleaba en los costados del cohete que los había traído de la Tierra.

—Sólo falta una cosa —dijo La Farge mirándose las manos.

—¿Qué?, —preguntó su mujer.

—Me gustaría haber traído a Tom con nosotros.

—Oh, por favor, Lafe.

—Sí, no empezaré otra vez. Perdona.

—Hemos venido a disfrutar en paz nuestra vejez, no a pensar en Tom. Murió hace tanto tiempo… Tratemos de olvidarnos de Tom y de todas las cosas de la Tierra.

La Farge se calentó otra vez las manos, con los ojos clavados en el fuego.

—Tienes razón. No hablaré de eso nunca más. Pero echo de menos aquellos domingos, cuando íbamos en automóvil a Green Lawn Park, a poner unas flores en su tumba. Era casi nuestra única salida.

La lluvia azul caía sobre la casa.

A las nueve se fueron a la cama y se tendieron en silencio, tomados de la mano, él de cincuenta y cinco años, y ella de sesenta en la lluviosa oscuridad.

—¿Anna?, —llamó La Farge suavemente.

—¿Qué?

—¿Has oído algo?

Los dos escucharon la lluvia y el viento.

—Nada —dijo ella.

—Alguien silbaba.

—No lo he oído.

—De todos modos voy a ver.

La Farge se levantó, se puso una bata, atravesó la casa y llegó a la puerta de la calle. La abrió titubeando, y la lluvia fría le cayó en la cara. En la puerta del patio había una figura. Un rayo agrietó el cielo; una ola de color blanco iluminó un rostro que miraba fijamente a La Farge.

—¿Quién está ahí?, —llamó La Farge, temblando.

No hubo respuesta.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

Silencio.

La Farge se sintió débil, cansado, entumecido.

—¿Quién eres?, —gritó, Anna se le acercó y lo tomó por el brazo.

—¿Por qué gritas?

—Hay un chico ahí fuera en el patio y no me contesta —dijo La Farge, estremeciéndose—. Se parece a Tom.

—Ven a acostarte, estás soñando.

—Pero mira, ahí está.

Y La Farge abrió un poco más la puerta para que también ella pudiera ver. Soplaba un viento frío y la lluvia fina caía sobre el patio, y la figura inmóvil los miraba con ojos distantes. La vieja se adelantó hacia el umbral.

—¡Vete!, —gritó agitando una mano—. ¡Vete!

—¿No se parece a Tom?, —preguntó La Farge.

La figura no se movió.

—Tengo miedo —dijo la vieja—. Echa el cerrojo y ven a la cama. Deja eso, déjalo.

Y se fue, gimiendo, hacia el dormitorio.

El viejo se quedó, y el viento le mojó las manos con una lluvia fría.

—Tom —llamó La Farge en voz baja—. Tom, si eres tú, si por un azar eres tú, no cerraré con llave. Si sientes frío y quieres calentarte, entra más tarde y acuéstate junto a la chimenea; hay allí unas alfombras de piel.

Cerró la puerta, pero sin echar el cerrojo.

La mujer sintió que La Farge se metía en la cama y se estremeció.

—Qué noche horrible. Me siento tan vieja… —dijo sollozando.

—Bueno, bueno —la calmó él, abrazándola—. Duerme.

Al cabo de un rato la mujer se durmió.

Y entonces La Farge alcanzó a oír que la puerta se abría, casi en silencio, dejaba entrar el viento y la lluvia, y se cerraba otra vez. Luego oyó unos pasos blandos que se acercaban a la chimenea, y una respiración muy suave.

—Tom —dijo.

Un rayo estalló en el cielo y abrió en dos la oscuridad.

A la mañana siguiente, el sol calentaba.

El señor La Farge abrió la puerta de la sala y miró rápidamente alrededor. No había nadie sobre la alfombra. La Farge suspiró:

—Estoy envejeciendo.

Salía de la casa hacia el canal, en busca de un balde de agua clara, cuando casi derribó a Tom, que ya traía un balde lleno.

—Buenos días, papá.

El viejo se tambaleó.

—Buenos días, Tom.

El chico, descalzo, cruzó de prisa el cuarto, dejó el balde en el suelo y se volvió sonriendo.

—¡Qué día más hermoso!

—Sí —dijo La Farge, estupefacto.

El chico actuaba con naturalidad. Se inclinó sobre el balde y comenzó a lavarse la cara.

La Farge dio un paso adelante.

—Tom, ¿cómo viniste aquí? ¿Estás vivo?

El chico alzó la mirada.

—¿No tendría que estarlo?

—Pero, Tom… Green Lawn Park todos los domingos, las flores y…

La Farge tuvo que sentarse. El chico se le acercó y le tomó la mano. La mano de Tom era cálida y firme.

—¿Estás realmente aquí? ¿No es un sueño?

—Tú quieres que esté aquí, ¿no? —El chico parecía preocupado.

—Sí, sí, Tom.

—Entonces, ¿por qué me preguntas? Acéptame…

—Pero tu madre… la impresión…

—No te preocupes. Estuve a vuestro lado, cantando, toda la noche, y me aceptaréis, especialmente ella. Espera a que venga y lo verás.

Tom se echó a reír sacudiendo la cabeza de rizado pelo cobrizo. Tenía ojos muy azules y claros.

La madre salió del dormitorio recogiéndose el pelo.

—Buenos días. Lafe, Tom. ¡Qué hermoso día!

Tom se volvió hacia su padre y se le rió en la cara.

—¿Ves?

Almorzaron muy bien, los tres, a la sombra de detrás de la casa. La señora La Farge descorchó una vieja botella de vino de girasol, que había apartado en otro tiempo, y todos bebieron un poco. El señor La Farge nunca la había

visto tan contenta. Si Tom la preocupaba, no lo demostró. Para ella era algo completamente natural. La Farge comenzó a pensar también que era natural.

Mientras mamá lavaba los platos, La Farge se inclinó hacia su hijo y le preguntó con aire de confidencia:

—¿Cuántos años tienes, hijo?

—¿No lo sabes? Catorce, por supuesto.

—¿Quién eres, realmente? No es posible que seas Tom, pero eres alguien. ¿Quién?

Atemorizado, el chico se llevó las manos a la cara.

—No preguntes.

—Puedes decírmelo —dijo el hombre—. Lo comprenderé. Eres un marciano, ¿no es cierto? He oído historias de los marcianos, pero nada definido. Dicen que son muy raros y que cuando andan entre nosotros parecen terrestres. Hay algo en ti… Eres Tom y no eres Tom.

—¿Por qué no me aceptas y callas?, —gritó el chico hundiendo la cara entre las manos—. No dudes, por favor, ¡no dudes de mí!

Se levantó de la mesa y echó a correr.

—¡Tom, vuelve!

El chico corrió a lo largo del canal, hacia el pueblo lejano.

—¿Adónde va Tom?, —preguntó Anna que regresaba a buscar el resto de los platos. Miró atentamente a su marido—. ¿Le has dicho algo desagradable?

—Anna —dijo el señor La Farge tomándole una mano—. Anna, ¿te acuerdas de Green Lawn Park, del mercado, de Tom enfermo de neumonía?

La mujer se echó a reír.

—¿Qué dices?

—No importa —contestó La Farge en voz baja.

A lo lejos, el polvo se posaba a orillas del canal por donde había pasado Tom.

Tom volvió a las cinco de la tarde, cuando el sol se ponía. Miró indeciso a su padre.

—¿Me vas a preguntar algo?, —quiso saber.

—Nada de preguntas —dijo La Farge.

El chico sonrió con una sonrisa blanca.

—Estupendo.

—¿Dónde has estado?

—Cerca del pueblo. Casi no vuelvo. He estado a punto de caer en una… —el chico buscaba la palabra exacta—, en una trampa.

—¿Cómo en una trampa?

—Pasaba al lado de una casita de chapas de zinc, cerca del canal y de pronto pensé que me perdía y que no volvería a veros. No sé cómo explicártelo, no encuentro cómo, ni siquiera yo mismo lo sé. Es raro, pero prefiero no hablar de eso ahora.

—No hablemos entonces. Lávate las manos, es hora de cenar.

El chico corrió a lavarse.

Unos diez minutos más tarde, una lancha se acercó por la serena superficie de las aguas. Un hombre alto y flaco, de pelo negro, la impulsaba con una pértiga, moviendo lentamente los brazos.

—Buenas tardes, hermano La Farge —dijo deteniéndose.

—Buenas tardes, Saul. ¿Qué se cuenta por aquí?

—Esta noche, muchas cosas. ¿Conoces a un tal Nomland que vive al borde del canal en una casa de chapas?

La Farge se enderezó.

—Sí.

—¿Sabías que era un granuja?

—Se dijo que salió de la Tierra porque había matado a un hombre.

Saul se apoyó en la pértiga mojada y miró a La Farge.

—¿Recuerdas el nombre del muerto?

—Gillings, ¿no?

—Sí, Gillings. Pues bien, hace unas dos horas el señor Nomland llegó al pueblo gritando que había visto a Gillings, vivo, aquí, en Marte, hoy, esta misma tarde. Nomland quería esconderse en la cárcel, pero no lo dejaron. De modo que volvió a su casa y veinte minutos después, dicen, se pegó un tiro. Vengo ahora de allí.

—Bueno, bueno —dijo La Farge.

—Ocurren unas cosas… —dijo Saul—. En fin, buenas noches, La Farge.

—Buenas noches.

La lancha se alejó por las serenas aguas del canal.

—La cena está lista —llamó la mujer.

El señor La Farge se sentó a la mesa y cuchillo en mano miró a Tom.

—Tom, ¿qué has hecho esta tarde?

—Nada —contestó Tom con la boca llena—. ¿Por qué?

—Quería saber, nada más —dijo el viejo poniéndose la servilleta.

A las siete, aquella misma tarde, la señora La Farge dijo que quería ir al pueblo.

—Hace tres meses que no voy.

Tom se negó.

—El pueblo me da miedo —dijo—. La gente. No quiero ir.

—Pero cómo —dijo Anna—, qué palabras son ésas para tamaño grandullón. No te haré caso. Vendrás con nosotros. Yo lo digo.

—Pero Anna, si el chico no quiere… —farfulló La Farge.

Pero era inútil discutir. Anna los empujó a la lancha y remontaron el canal bajo las estrellas nocturnas. Tom estaba tendido de espaldas, con los ojos cerrados; era imposible saber si dormía o no. El viejo lo miraba fijamente. ¿Qué criatura es ésta, pensaba, tan necesitada de cariño como nosotros? ¿Quién es y qué es esta criatura que sale de la soledad, se acerca a gentes extrañas y asumiendo la voz y la cara del recuerdo se queda al fin entre nosotros, aceptada y feliz? ¿De qué montaña procede, de qué caverna, de qué raza, aún viva en este mundo cuando los cohetes llegaron de la Tierra? El viejo meneó la cabeza. Era imposible saberlo. Por ahora aquello era Tom.

El viejo miró con aprensión el pueblo lejano, y pensó otra vez en Tom y en Anna. Quizá nos equivoquemos al retener a Tom, se dijo a sí mismo, pues de todo esto no saldrá otra cosa que preocupaciones y penas, pero cómo renunciar a lo que hemos deseado tanto aunque se quede solo un día y desaparezca, haciendo el vacío más vacío, y las noches más oscuras y las noches lluviosas más húmedas. Quitarnos esto sería como quitarnos la comida de la boca.

Y miró al chico, que dormitaba pacíficamente en el fondo de la lancha. El chico se quejó, como en una pesadilla.

—La gente. Cambiar y cambiar. La trampa.

—Calma, calma —dijo La Farge acariciándole el pelo rizado.

Tom se calló.

La Farge ayudó a Anna y a Tom a salir de la lancha.

—¡Aquí estamos!

Anna sonrió a las luces, escuchó la música de los bares, los pianos, los gramófonos, observó a la gente que paseaba tomada del brazo por las calles animadas.

—Quiero volver a casa —dijo Tom.

—Antes no hablabas así —dijo Anna—. Siempre te gustaron las noches de sábado en el pueblo.

—No te apartes de mí —le susurró Tom a La Farge—. No quiero caer en una trampa.

Anna alcanzó a oírlo.

—¡Deja de decir esas cosas! Vamos.

La Farge advirtió que Tom le había tomado la mano.

—Aquí estoy, Tom —dijo apretando la mano del chico. Miró a la muchedumbre que iba y venía y sintió, también, cierta inquietud—. No nos quedaremos mucho tiempo.

—No digas tonterías, no nos iremos antes de las once —dijo Anna.

Cruzaron una calle y tropezaron con tres borrachos. Hubo un momento de confusión, una separación, una media vuelta, y La Farge miró consternado alrededor. Tom no estaba entre ellos.

—¿Adónde ha ido?, —preguntó Anna, irritada—. Aprovecha cualquier ocasión para escaparse. ¡Tom!

El señor La Farge corrió entre la muchedumbre, pero Tom había desaparecido.

—Ya volverá. Estará en la lancha cuando nos vayamos —afirmó Anna, guiando a su marido hacia el cinematógrafo.

De pronto, hubo una conmoción en la muchedumbre, y un hombre y una mujer pasaron corriendo junto a La Farge. La Farge los reconoció. Eran Joe Spaulding y su mujer. Antes de que pudiera hablarles, ya habían desaparecido.

Sin dejar de mirar ansiosamente hacia la calle, compró las entradas y entró de mala gana en la poco acogedora oscuridad.

A las once, Tom no estaba en el embarcadero. La señora La Farge se puso muy pálida.

—No te preocupes. Yo lo encontraré. Espera aquí —dijo La Farge.

—Date prisa.

La voz de Anna murió en la superficie rizada del agua.

La Farge caminó por las calles nocturnas, con las manos en los bolsillos. Las luces de alrededor se iban apagando, una a una.

Unas pocas gentes se asomaban todavía a las ventanas pues la noche era calurosa, aunque unas nubes de tormenta pasaban de vez en cuando por el cielo estrellado. Mientras caminaba, La Farge pensaba en el chico, en sus constantes alusiones a una trampa, en el miedo que tenía a las muchedumbres y las ciudades. Esto no tiene sentido, reflexionó con cansancio. Tal vez el chico se ha ido para siempre, tal vez no ha existido nunca. La Farge dobló por una determinada callejuela, observando los números.

—Hola, La Farge.

Un hombre estaba sentado en el umbral de una puerta, fumando una pipa.

—Hola, Mike.

—¿Has peleado con tu mujer? ¿Estás calmándote con una caminata?

—No, paseo nada más.

—Parece que se te hubiera perdido algo. A propósito. Esta noche encontraron a alguien. ¿Conoces a Joe Spaulding? ¿Te acuerdas de su hija Lavinia?

—Sí.

La Farge se sintió traspasado de frío. Todo era como un sueño repetido. Ya sabía qué palabras vendrían ahora.

—Lavinia volvió a casa esta noche —dijo Mike, y arrojó una bocanada de humo—. ¿Recuerdas que se perdió hace cerca de un mes en los fondos del mar muerto? Encontraron un cadáver que podría ser el suyo y desde entonces la familia Spaulding no ha estado bien. Spaulding iba de un lado a otro diciendo que Lavinia no había muerto, que aquel cadáver no era ella. Parece que tenía razón. Lavinia apareció esta noche.

La Farge sintió que le faltaba el aire, que el corazón le golpeaba el pecho.

—¿Dónde?

—En la calle principal. Los Spaulding estaban comprando entradas para una función y de pronto vieron a Lavinia entre la gente. Qué impresión la de ellos, imagínate. Al principio Lavinia no los reconoció; pero la siguieron calle abajo y le hablaron y entonces ella recobró la memoria.

—¿La has visto?

—No, pero la he oído cantar. ¿Recuerdas con qué gracia cantaba *Las bonitas orillas del lago Lomond*? La oí hace un rato allá en la casa gorjeando para su padre. Es muy agradable oírla. Una muchacha encantadora. Era lamentable que se hubiera muerto. Ahora que ha regresado, todo es distinto. Pero oye, qué te pasa, no te veo muy bien. Entra y te serviré un *whisky*.

—No, gracias, Mike.

La Farge se alejó calle abajo. Oyó que Mike le daba las buenas noches y no contestó. Tenía la mirada fija en una casa de dos plantas con el techo de cristal donde serpenteaba una planta marciana de flores rojas. En la parte trasera de la casa, sobre el jardín, había un retorcido balcón de hierro. Las ventanas estaban iluminadas. Era muy tarde, y La Farge seguía pensando: «¿Cómo se sentirá Anna si no vuelvo con Tom? ¿Cómo recibirá este segundo golpe, esta segunda muerte? ¿Se acordará de la primera y a la vez de este sueño y de esta desaparición repentina? Oh Dios, tengo que encontrar a Tom, ¿o qué va a ser de Anna? Pobre Anna, me está esperando en el embarcadero». La Farge se detuvo y levantó la cabeza. En alguna parte, allá arriba, unas voces daban las buenas noches a otras voces muy dulces. Las puertas se abrían y cerraban, se apagaban las luces y continuaba oyéndose un canto

suave. Un momento después una hermosa muchacha, de no más de dieciocho años, se asomó al balcón.

La Farge la llamó a través del viento que comenzaba a levantarse.

La muchacha se volvió y miró hacia abajo.

—¿Quién está ahí?

—Yo —dijo el viejo La Farge, y notando que esta respuesta era tonta y rara, se calló y los labios se le movieron en silencio.

¿Qué podía decir? ¿«Tom, hijo mío, soy tu padre»? ¿Cómo le hablaría? La muchacha pensaría que estaba loco y llamaría a la familia.

La figura se inclinó hacia delante, asomándose a la luz ventosa.

—Sé quién eres —dijo en voz baja—. Por favor, vete. No hay nada que pueda hacer por ti.

—¡Tienes que volver! —Las palabras se le escaparon a La Farge.

La figura iluminada por la luz de la luna se retiró a la sombra, donde no tenía identidad, donde no era más que una voz.

—Ya no soy tu hijo. No teníamos que haber venido al pueblo.

—¡Anna espera en el embarcadero!

—Lo siento —dijo la voz tranquila—. Pero ¿qué puedo hacer? Soy feliz aquí; me quieren tanto como vosotros. Soy lo que soy y tomo lo que puedo. Ahora es demasiado tarde. Me han atrapado.

—Pero, y Anna… Piensa qué golpe será para ella.

—Los pensamientos son demasiado fuertes en esta casa; es como estar en la cárcel. No puedo cambiar otra vez.

—Eres Tom, eras Tom, ¿verdad? ¡No estarás bromeando con un viejo! ¡No serás realmente Lavinia Spaulding!

—No soy nadie; soy sólo yo mismo. Dondequiera que esté soy algo, y ahora soy algo que no puedes impedir.

—No estás seguro en el pueblo. Estarás mejor en el canal, donde nadie puede hacerte daño —suplicó el viejo.

—Es cierto. —La voz titubeó—. Pero he de pensar en ellos. ¿Qué sentirían mañana al despertar cuando vieran que me fui de nuevo, y esta vez para siempre? Además, la madre sabe lo que soy; lo ha adivinado como tú. Creo que todos lo adivinaron, aunque no hicieron preguntas. Cuando no se puede tener la realidad, bastan los sueños. No soy quizá la muchacha muerta, pero soy algo casi mejor, el ideal que ellos imaginaron. Tendría que elegir entre dos víctimas: ellos o tu mujer.

—Ellos son cinco, lo soportarían mejor que nosotros.

—¡Por favor!, —dijo la voz—. Estoy cansada.

La voz del viejo se endureció.

—Tienes que venir. No puedo permitir que Anna sufra otra vez. Eres nuestro hijo. Eres mi hijo, y nos perteneces.

La sombra tembló.

—¡No, por favor!

—No perteneces a esta casa ni a esta gente.

—No. No.

—Tom, Tom, hijo mío, óyeme. Vuelve. Baja por la parra. Ven, Anna te espera; tendrás un hogar, y todo lo que quieras.

El viejo alzaba los ojos esperando el milagro.

Las sombras se movieron, la parra crujió levemente.

Y al fin la voz dijo:

—Bueno, papá.

—¡Tom!

La ágil figura de un niño se deslizó por la parra a la luz de las lunas. La Farge abrió los brazos para recibirlo.

Una habitación se iluminó arriba, y en una ventana enrejada dijo una voz:

—¿Quién anda ahí?

—Date prisa, hijo mío.

Más luces, más voces:

—¡Alto o hago fuego! ¿No te ha pasado nada, Vinny?

El ruido de pasos precipitados.

El hombre y el chico corrieron por el jardín.

Sonó un disparo. La bala dio en la pared en el momento en que cerraban el portón.

—Tom, vete por ahí. Yo iré por aquí para despistarlos. Corre al canal. Allí estaré dentro de diez minutos.

Se separaron. La luna se ocultó detrás de una nube. El viejo corrió en la oscuridad.

—Anna, ¡aquí estoy!

La vieja, temblando, lo ayudó a salvar a la lancha.

—¿Dónde está Tom?

—Llegará en un minuto —jadeó La Farge.

Se volvieron y miraron las calles del pueblo dormido. Aún había alguna gente: un policía, un sereno, el piloto de un cohete, varios hombres solitarios que regresaban de alguna cita nocturna, dos parejas que salían de un bar riéndose. Una música sonaba débilmente en alguna parte.

—¿Por qué no viene?, —preguntó la vieja.

—Ya vendrá, ya vendrá.

Pero La Farge estaba inquieto. ¿Y si el niño hubiera sido atrapado otra vez, de algún modo, en alguna parte, mientras corría hacia el embarcadero, por las calles de medianoche, entre las casas oscuras? Era un trayecto muy largo, aun para un chico; sin embargo ya tenía que haber llegado.

Y entonces, lejos, en la avenida iluminada por las lunas alguien corrió.

La Farge gritó y calló enseguida, pues allá lejos resonaron también unas voces y otros pasos apresurados. Las ventanas se iluminaron una a una. La figura solitaria cruzó rápidamente la plaza, acercándose al embarcadero. No era Tom; no era más que una forma que corría, una forma con un rostro de plata que resplandecía a la luz de las lámparas, agrupadas en la plaza. Y a medida que se acercaba, la forma se hizo más y más familiar, y cuando llegó al embarcadero ya era Tom. Anna le tendió los brazos. La Farge se apresuró a desanudar las amarras.

Pero ya era demasiado tarde. Un hombre, otro, una mujer, otros dos hombres y Spaulding aparecieron en la avenida y atravesaron de prisa la plaza silenciosa. Luego se detuvieron, perplejos. Miraron asombrados alrededor, como si quisieran volverse atrás. Todo les parecía ahora una pesadilla, una verdadera locura. Pero se acercaron, titubeando, deteniéndose y adelantándose.

Era ya demasiado tarde. La noche, la aventura, todo había terminado. La Farge retorció la amarra entre los dedos. Se sintió desalentado y solo. La gente alzaba y bajaba los pies a la luz de la luna, acercándose rápidamente, con los ojos muy abiertos, hasta que todos, los diez llegaron al embarcadero. Se detuvieron, lanzaron unas miradas aturdidas a la lancha, y gritaron.

—¡No se mueva, La Farge!

Spaulding tenía un arma.

Todo era evidente ahora. Tom atraviesa rápidamente las calles iluminadas por las lunas, solo, cruzándose con la gente. Un policía descubre la figura veloz. El policía gira sobre sí mismo, ve el rostro, pronuncia un nombre y echa a correr. ¡Alto! Había reconocido a un criminal. Y en todo el trayecto, la misma escena: hombres aquí, mujeres allá, serenos, pilotos de cohete. La fugitiva figura era todo para ellos, todas las identidades, todas las personas, todos los nombres. ¿Cuántos nombres diferentes se habían pronunciado en los últimos cinco minutos? ¿Cuántas caras diferentes, ninguna verdadera, se habían formado en la cara de Tom?

Y en todo el trayecto el perseguido y los perseguidores, el sueño y los soñadores, la presa y los perros de presa. En todo el trayecto la revelación

repentina, el destello de unos ojos familiares, el grito de un viejo, viejo nombre, los recuerdos de otros tiempos, la muchedumbre cada vez mayor. Todos lanzándose hacia delante mientras, como una imagen reflejada en diez mil espejos, diez mil ojos, el sueño fugitivo viene y va, con una cara distinta para todos, los que le preceden, los que vienen detrás, los que todavía no se han encontrado con él, los aún invisibles.

Y ahora todos estaban allí, al lado de la lancha, reclamando sus sueños. «Del mismo modo —pensó La Farge—, nosotros queremos que sea Tom, y no Lavinia, no William, ni Roger, ni ningún otro. Pero todo ha terminado. Esto ha ido demasiado lejos».

—¡Salgan todos de la lancha!, —les ordenó Spaulding.

Tom saltó al embarcadero. Spaulding lo tomó por la muñeca.

—Tú vienes a casa conmigo. Lo sé todo.

—Espere —dijo el policía—. Es mi prisionero. Se llama Dexter. Lo buscan por asesinato.

—¡No!, —sollozó una mujer—. ¡Es mi marido! ¡Creo que puedo reconocer a mi marido!

Otras voces se opusieron. El grupo se acercó.

La señora La Farge se puso delante de Tom.

—Es mi hijo. Nadie puede acusarlo. ¡Ya nos íbamos a casa!

Tom, mientras tanto, temblaba y se sacudía con violencia. Parecía enfermo. El grupo se cerró, exigiendo, alargando las manos, aferrándose a Tom.

Tom gritó.

Y ante los ojos de todos, comenzó a transformarse. Fue Tom, y James, y un tal Switchman, y un tal Butterfield; fue el alcalde del pueblo, y una muchacha, Judith; y un marido, William; y una esposa, Clarisse. Como cera fundida, tomaba la forma de todos los pensamientos. La gente gritó y se acercó a él, suplicando. Tom chilló, estirando las manos, y el rostro se le deshizo muchas veces.

—¡Tom!, —gritó La Farge.

—¡Alicia!, —llamó alguien.

—¡William!

Le retorcieron las manos y lo arrastraron de un lado a otro, hasta que al fin, con un último grito de terror, Tom cayó al suelo.

Quedó tendido sobre las piedras, como una cera fundida que se enfría lentamente, un rostro que era todos los rostros, un ojo azul, el otro amarillo; el

pelo castaño, rojo, rubio, negro, una ceja espesa, la otra fina, una mano muy grande, la otra pequeña.

Nadie se movió. Se llevaron las manos a la boca. Se agacharon junto a él.

—Está muerto —dijo al fin una voz.

Empezó a llover.

La lluvia cayó sobre la gente, y todos alzaron los ojos. Lentamente, y después más de prisa, se volvieron, dieron unos pasos, y echaron a correr, dispersándose. Un minuto después, la plaza estaba desierta. Sólo quedaron el señor La Farge y su mujer, horrorizados, cabizbajos, tomados de la mano.

La lluvia cayó sobre el rostro irreconocible.

Anna no dijo nada, pero empezó a llorar.

—Vamos a casa, Anna. No hay nada que podamos hacer —dijo el viejo.

Subieron a la lancha y se alejaron por el canal, en la oscuridad. Entraron en la casa, encendieron la chimenea y se calentaron las manos. Se acostaron, y juntos, helados y encogidos, escucharon la lluvia que caía otra vez sobre el techo.

—¡Escucha!, —dijo La Farge a medianoche—. ¿Has oído algo?

—Nada, nada.

—Voy a mirar, de todos modos.

Atravesó a tientas el cuarto oscuro, y esperó algún tiempo al lado de la puerta de la calle.

Al fin abrió y miró afuera.

La lluvia caía desde el cielo negro, sobre el patio desierto, sobre el canal y entre las montañas azules.

La Farge esperó cinco minutos y después, suavemente, con las manos húmedas, entró en la casa, cerró la puerta y echó el cerrojo.

La tienda de equipajes
2005 Noviembre

Cuando aquella noche el dueño de la tienda de equipajes escuchó la noticia, transmitida directamente desde la Tierra en una onda de luz-sonido, le pareció algo muy remoto.

Una guerra iba a estallar en la Tierra.

El dueño de la tienda de equipajes se asomó a la puerta y miró el cielo.

Sí, allá estaba la Tierra, en el cielo nocturno, descendiendo como el sol detrás de las colinas. Las palabras de la radio y aquella estrella verde eran lo mismo.

—No lo creo —dijo el dueño de la tienda.

—Porque usted no está allá —dijo el padre Peregrine, que se había detenido para entretener la velada.

—¿Qué quiere decir, padre?

—En mi infancia era lo mismo —explicó el padre Peregrine—. Nos decían que había estallado una guerra en China y no lo creíamos. China estaba demasiado lejos. Y moría demasiada gente. Imposible. No lo creíamos ni al ver las películas. Bueno, así es ahora. La Tierra es China. Está tan lejos que parece irreal. No está aquí. No se puede tocar. No se puede ver. Es sólo una luz verde. ¿En esa luz viven dos billones de personas? ¡Increíble! ¡Una guerra! No oímos las explosiones.

—Ya las oiremos —dijo el dueño de la tienda—. No puedo olvidarme de todos los que iban a venir a Marte en esta semana. ¿Cuántos eran? Unos cien mil en un mes, más o menos. ¿Qué hará esa gente si estalla la guerra?

—Supongo que volverán. Los necesitarán en la Tierra.

—Bueno —dijo el dueño—. Será mejor que sacuda el polvo de las maletas. Sospecho que en cualquier momento habrá aquí un tropel de clientes.

—¿Cree usted que si es ésta la Gran Guerra de la que tanto se ha hablado las gentes de Marte volverán a la Tierra?

—Es curioso, padre; pero sí, creo que volverán, todos. Ya sé que hemos venido huyendo de muchas cosas: la política, la bomba atómica, la guerra, los grupos de presión, los prejuicios, las leyes; ya lo sé. Pero nuestro hogar está aún allá abajo. Espere y verá. Cuando la primera bomba atómica caiga en los

Estados Unidos, la gente de aquí arriba comenzará a pensar. No han vivido aquí bastante tiempo. No más de un par de años. Si hubieran pasado aquí cuarenta años, todo sería distinto; pero allá abajo están sus parientes, y los pueblos donde nacieron. Yo ya no puedo creer en la Tierra; apenas puedo imaginármela. Pero yo soy viejo. No cuento. Podría quedarme aquí.

—Lo dudo.

—Sí, tiene usted razón.

De pie, en el porche, contemplaron las estrellas. Al fin el padre Peregrine sacó algún dinero del bolsillo y se lo dio al propietario.

—Ahora que lo pienso, mejor que me dé una maleta nueva. La que tengo está muy estropeada.

Fuera de temporada
2005 Noviembre

Sam Parkhill, armado de una escoba, barría hacia fuera la arena azul de Marte.

—Y bien —dijo—. Mira eso. —Y señaló con la mano—. Mira ese letrero: Salchichas calientes de Sam. Es hermoso, ¿no es cierto, Elma?

—Sí, Sam —dijo Elma.

—Dios, ¡qué cambio! ¡Si los muchachos de la cuarta expedición me vieran ahora! Es bueno tener un negocio mientras todos los demás andan todavía armas al hombro. Ganaremos millones, Elma, ¡millones!

Elma lo miró largamente, en silencio.

—¿Qué fue del capitán Wilder?, —preguntó al fin—. El que mató a aquel hombre que quería acabar con todos los terrestres, ¿cómo se llamaba?

—Spender. Un chiflado, un extravagante. ¿El capitán Wilder? Me dijeron que partió para Júpiter. Sí, se lo quitaron de encima con un ascenso. Me parece que Marte lo dejó un poco trastornado también. Quisquilloso, ¿comprendes? Volverá de Júpiter y Plutón dentro de unos veinte años… Si tiene suerte. Eso es lo que ha conseguido abriendo la boca. Y mientras él se muere de frío, ¡mírame, mira este sitio!

Dos carreteras muertas desembocaban en aquella encrucijada, perdiéndose luego en la oscuridad de la noche. Allí había construido Sam Parkhill una casa de chapas de aluminio de brillo enceguecedor, sacudidas ahora por la música del fonógrafo automático.

Sam Parkhill se inclinó y enderezó los vidrios rotos que bordeaban el sendero. Había sacado los vidrios de unos viejos edificios marcianos de las colinas.

—¡Las mejores salchichas de dos mundos! ¡El primer hombre en Marte con un quiosco de salchichas calientes! ¡Las mejores salchichas, los mejores pimientos y la mejor mostaza! No dirás que no soy un hombre emprendedor. Aquí las carreteras, allá la ciudad muerta y las minas. Los camiones de la colonia terrestre Ciento Uno pasarán por aquí las veinticuatro horas del día. ¿No he elegido bien el sitio?

Elma se miraba las uñas.

—¿Tú crees que esos diez mil nuevos cohetes llegarán a Marte?, —dijo al fin.

—Dentro de un mes —afirmó Parkhill—. ¿Por qué pones esa cara?

—No confío en los terrestres. Creeré cuando vea llegar esos diez mil cohetes, con esos cien mil mexicanos y chinos a bordo.

—Clientes —dijo Parkhill con aire soñador—. Cien mil individuos hambrientos.

—Si antes no estalla una guerra atómica —dijo Elma lentamente, alzando los ojos al cielo—. Desconfío de las bombas atómicas. Hay tantas en la Tierra que no se sabe qué puede pasar.

—Ah —dijo Sam, y siguió barriendo.

Alcanzó a ver de reojo un resplandor azul. Algo flotaba gentilmente detrás de Sam.

—Sam —dijo la voz de Elma—, un amigo tuyo viene a verte.

Sam se volvió rápidamente y vio la máscara que parecía flotar en el viento.

—¡Otra vez aquí! —Sam blandió la escoba como un arma.

La máscara asintió. Era de cristal tallado, de color celeste, y se alzaba sobre un cuello delgado y unas ropas ondulantes y sueltas de fina seda amarilla. Dos manos de plata trenzada surgieron de las ropas. De la boca de la máscara salió una música suave, y las sedas, la máscara y las manos subieron y bajaron.

—Señor Parkhill, he venido a conversar otra vez con usted —dijo la voz detrás de la máscara.

—¡Ya le dije que no quiero verlo por aquí!, —gritó Sam—. Váyase, o le contagiaré la Enfermedad.

—Ya tuve la Enfermedad —dijo la voz—. Fui uno de los pocos sobrevivientes. Estuve enfermo mucho tiempo.

—Váyase, escóndase en las colinas. Allá está su casa, allá ha vivido siempre. ¿Por qué viene a molestarme? Y así, de pronto. Dos veces en un día.

—No tenemos malas intenciones.

—Yo sí —dijo Sam, enojado—. No me gustan los desconocidos. No me gustan los marcianos. Nunca vi ninguno hasta hoy. Y no es natural. Se esconden durante años y de pronto se meten conmigo. Déjenme en paz.

—Es algo importante —dijo la máscara azul.

—Si se trata del terreno, es mío. He construido este quiosco con mis propias manos.

—En cierto sentido se trata del terreno.

—Mire —dijo Sam—. Soy de Nueva York. Una ciudad de diez millones de hombres. Ustedes, los marcianos, son sólo un par de docenas. No tienen ciudades, andan vagando por las colinas, no tienen jefes, ni leyes, y ahora me vienen a hablar del terreno. Pues bien, los viejos deben dar paso a los jóvenes. Es la ley del más fuerte. Desde esta mañana, desde que usted se fue, llevo un arma conmigo, y cargada.

—Nosotros los marcianos somos telepáticos —dijo la fría máscara azul—. Estamos en contacto con un pueblo terrestre del otro lado del mar muerto. ¿Ha oído usted la radio?

—Se me ha estropeado el aparato.

—Entonces no sabe. Hay grandes noticias. De la Tierra.

Una mano de plata se movió ligeramente, y en ella apareció un tubo de bronce.

—Permítame que le enseñe esto.

—Un arma —gritó Sam Parkhill.

En un instante se llevó la mano a la cadera, sacó el arma, e hizo fuego contra la neblina, la ropa de seda y la máscara azul.

La máscara flotó todavía un momento. Luego, como la tienda de un circo pequeño que ha aflojado las estacas y se va doblando en pliegues sucesivos, las sedas susurraron, la máscara descendió, y las manos de plata tintinearon en el sendero de piedra. La máscara descansó sobre un pequeño montón de ropa y de huesos blancos y silenciosos.

Sam jadeaba.

Elma se inclinó sobre el marciano.

—Esto no es un arma —dijo agachándose y levantando el tubo de bronce—. El marciano te iba a mostrar un mensaje. Está todo escrito con letras serpentinas, todas azules. Yo no lo entiendo. ¿Y tú?

—No, esa escritura marciana con figuras nunca fue nada. Tíralo —replicó Sam mirando alrededor—. Es posible que haya otros. Hay que ocultar el cadáver. Trae una pala.

—¿Qué vas a hacer?

—Enterrarlo, por supuesto.

—No debías haberlo matado.

—Fue un error. ¡Pronto!

Elma le alcanzó la pala en silencio.

A las ocho, Sam, con rostro preocupado, barría otra vez el frente del quiosco. Elma estaba de pie en el umbral iluminado cruzada de brazos.

—Lamento lo que pasó —dijo Sam. Miró a Elma y enseguida volvió los ojos—. Fue sólo la fatalidad, ¿no es cierto?

—Sí —dijo ella.

—Me trastornó verle sacar el arma.

—¿Qué arma?

—Bueno, ¡yo creía que era un arma! Lo siento. Lo siento. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Elma se llevó un dedo a los labios.

—Calla.

—No me importa —bufó Sam—. Me apoya la compañía Colonias Terrestres, Sociedad Anónima. Los marcianos no se atreverán a…

—Mira —dijo Elma.

Sam miró el fondo del mar muerto. La escoba se le cayó de las manos. La recogió, temblando, abrió la boca y un hilo de saliva le flotó en el aire.

—¡Elma, Elma, Elma!, —dijo.

—Allá vienen —dijo Elma.

Sobre el fondo antiguo del mar, doce embarcaciones marcianas de velas azules flotaban como fantasmas azules, como columnas de humo azul.

—¡Barcos de arena! Pero ya no hay más, Elma, ya no hay más barcos de arena.

—Ésos parecen barcos de arena —dijo Elma.

—Las autoridades los confiscaron. Los desarmaron y los subastaron. En todo este maldito territorio no hay más que un barco de arena, el mío, y sólo yo sé manejarlo.

—No sólo tú —dijo Elma señalando el fondo del mar.

—Vamos, ¡salgamos de aquí!

—¿Por qué?, —preguntó Elma lentamente, fascinada por las naves marcianas.

—¡Me van a matar! ¡Vamos al camión, rápido!

Elma no se movió.

Sam tuvo que arrastrarla al otro lado del quiosco, donde estaban las dos máquinas: el camión que había usado regularmente hasta hacía un mes y el viejo barco marciano para andar por la arena, que había comprado sonriendo en una subasta y que en las últimas tres semanas había utilizado para transportar mercancías sobre el vítreo fondo del mar. Miró el camión y recordó. El motor estaba en el suelo y desde hacía dos días intentaba repararlo.

—Me parece que ese camión no está en condiciones —dijo Elma.

—El barco de arena. ¡Sube!

—¿Y dejaré que me lleves en un barco de arena? Oh, no.

—Sube. Sé manejarlo.

Sam la empujó dentro del barco, saltó detrás de ella, y empuñando la caña del timón, soltó la vela azul al viento del anochecer.

Las estrellas brillaban, y los azules barcos marcianos se deslizaban por las arenas susurrantes. El barco de Sam no se movía. Recordó el ancla de arena y la arrancó de un tirón.

—¡Allá vamos!

El viento empujó la nave sobre el antiguo fondo del mar, sobre cristales enterrados hacía mucho tiempo, y las columnas, los muelles desiertos de mármol y bronce, las ciudades muertas ajedrezadas y blancas, y las laderas purpúreas desfilaron y se alejaron. Las siluetas de los barcos marcianos se empequeñecieron, y luego empezaron a seguir a Sam.

—¡Muy pronto sabrán de mí!, —gritó Sam—. Informaré a la Compañía Cohete. Me protegerán. No, no me dormiré, te lo aseguro.

—Si hubiesen querido —dijo Elma con cansancio— habrían podido detenerte. No se han molestado, nada más.

Sam se echó a reír.

—No digas tonterías. ¿Por qué iban a dejarme escapar? No, no fueron bastante rápidos, eso es todo.

—¿No?, —dijo Elma señalando detrás de ellos con un movimiento de cabeza.

Sam no se volvió. Sintió que soplaba un viento frío. Temió darse cuenta. Sintió que en el banco detrás de él había algo, algo tan leve como el aliento de un hombre en una mañana fría, algo tan azul como un humo de leña en el crepúsculo, algo que parecía un antiguo encaje blanco, una nevada, la helada escarcha del invierno en los juncos quebradizos.

Una delgada lámina de cristal se rompió de pronto. Una risa. Después, silencio. Sam se volvió.

La figura estaba sentada, inmóvil, en el banco del timón. Era una joven de muñecas transparentes como cristales de hielo, y de ojos claros como las lunas, grandes, tranquilos y blancos. El viento sopló y el cuerpo de ella tembló como una imagen en el agua, y las sedas se extendieron alrededor como jirones de lluvia azul.

—Vuelva —dijo la joven.

—No. —Sam se estremeció, con el leve y delicado estremecimiento de una avispa suspendida en el aire, asustada, indecisa entre el miedo y el

odio—. ¡Salga del barco!

—Este barco no es suyo —dijo la visión—. Es tan viejo como el mundo. Navegaba en los mares de arena hace diez mil años, cuando desaparecieron las aguas y los muelles quedaron desiertos; y vino usted y lo robó. Vuelva al cruce de la carretera, queremos hablar con usted. Ha ocurrido algo.

—¡Fuera del barco!, —dijo Sam sacando el arma de la funda con un crujido de cuero. Sam apuntó con cuidado—. Salte antes de que cuente tres o…

—¡No dispare!, —gritó la muchacha—. No le haré daño. Ni tampoco los otros. Venimos en paz.

—Uno —dijo Sam.

—¡Sam!, —dijo Elma.

—Escúcheme —dijo la muchacha.

—Dos —dijo Sam firmemente, con el dedo en el gatillo.

—¡Sam!, —gritó Elma.

—Tres —dijo Sam.

—Nosotros sólo… —dijo la muchacha.

Sam hizo fuego.

A la luz del sol se funde la nieve, los cristales se evaporan transformándose en nubes, en nada. A la luz del fuego los vapores danzan y se desvanecen. En el cráter del volcán, las cosas frágiles estallan y se volatilizan. La joven marciana, ante el disparo, ante el calor, ante el impacto, se dobló como una bufanda de seda y se fundió como una figurita de cristal. Lo que quedó de ella —hielo, nieve, humo— se lo llevó el viento. El banco del timón estaba vacío.

Sam guardó el arma, sin mirar a su mujer.

Susurrante, la nave continuó el viaje sobre las arenas del color de las lunas.

—Sam —dijo Elma al cabo de un rato—, para el barco.

—Oh, no, no —respondió Sam muy pálido—. No me dejarás ahora, después de tanto tiempo.

Elma miró la mano que empuñaba el arma.

—Creo que serías capaz. Sí, creo que serías capaz.

Sam, empuñando el timón, sacudió la cabeza.

—Es una locura, Elma. Dentro de un minuto estaremos en la ciudad, ¡y a salvo!

—Sí —dijo Elma tendiéndose en el fondo del barco.

—Elma, óyeme.

—Nada tengo que oír.

—¡Elma!

Pasaban ante una blanca ciudad ajedrezada, y Sam, despechado, furioso, disparó seis veces contra las torres de cristal. La ciudad se deshizo en una lluvia de antiguos cristales y astillas de cuarzo, y cayó disolviéndose en escamas de jabón. Desapareció. Sam, riéndose, hizo fuego una vez más, y una última torre, una última figura de ajedrez, se incendió, ardió, y en cenizas azules subió a las estrellas.

—¡Les enseñaré! ¡Les enseñaré a todos!

—Sigue, Sam, sigue enseñándonos —dijo Elma tendida en la sombra.

—¡Ahí viene otra ciudad! —Sam volvió a cargar el arma—. Verás cómo la arreglo.

Los fantasmales barcos azules se alzaron detrás de ellos, acercándose. Aunque al principio Sam no los vio, oía un silbido continuo, un viento que chillaba como una hoja de acero en la arena. Era el ruido de las proas afiladas de los barcos de desplegados gallardetes rojos y azules. Se abrían camino en el fondo del mar. Y en los barcos de color azul claro había unas imágenes de color azul oscuro: hombres enmascarados, hombres con rostros de plata, hombres con ojos como estrellas azules, hombres con orejas talladas en oro, hombres con mejillas de estaño y labios adornados de rubíes, hombres de brazos cruzados, hombres que seguían a Sam, marcianos.

Uno, dos, tres, contó Sam. Los barcos marcianos se acercaban.

—Elma, Elma, no puedo con todos.

Elma no respondió ni se movió.

Sam disparó su arma ocho veces. Uno de los barcos se deshizo. La vela, el casco de esmeralda, la quilla de bronce, la caña del timón, blanca como la luna, y los hombres enmascarados y azules se hundieron en la arena con una llama anaranjada y humeante.

Pero otros barcos se acercaron.

—Son demasiados, Elma —gritó Sam—. Me van a matar.

Echó el ancla. Era inútil seguir. La vela aleteó, cayó y se plegó sobre sí misma, con un suspiro. El barco se detuvo. El viento se detuvo. El viaje se detuvo. Marte no se movió mientras las majestuosas naves marcianas giraban titubeando alrededor de Sam.

—Terrestre —llamó una voz desde un asiento alto, en alguna parte.

Una máscara plateada se animó. Unos labios de rubíes centellearon.

—¡No he hecho nada!

Sam observó las caras de alrededor. Un centenar de caras. No quedaban muchos marcianos en Marte, cien, ciento cincuenta, y casi todos estaban ahora allí, en el fondo seco del mar, en sus barcos resucitados, no muy lejos de sus ajedrezadas ciudades muertas. Una de ellas acababa de caer en pedazos, como una copa de cristal derribada por una piedra. Las máscaras plateadas destellaban.

—Fue todo un error —alegó Sam irguiéndose en el barco. Elma yacía encogida como una muerta en el fondo de la cala—. Vine a Marte como un honrado y emprendedor hombre de negocios. Con los materiales de un viejo cohete, hice en el cruce de las carreteras, ya conocen el sitio, el quiosco más hermoso que hayan visto jamás. Admitirán ustedes que es una construcción excelente. —Sam se rió y miró alrededor—. Y entonces llegó aquel marciano. Ya sé que era amigo de ustedes. Su muerte fue un accidente, puedo asegurarlo. Yo sólo quería tener un quiosco de salchichas. El único en todo el planeta. El primero y el más importante. ¿Entienden? Yo iba a servir allí las mejores salchichas calientes, con pimientos, cebollas y naranjada.

Las inmóviles máscaras de plata ardían a la luz de las lunas. Unos ojos amarillos brillaban sobre Sam. Sam sintió que el estómago se le encogía, se le retorcía, se le endurecía como una piedra. Dejó caer el arma en la arena.

—Me entrego.

—Recoja el arma, terrestre —dijeron los marcianos a coro.

—¿Qué?

Una mano enjoyada se movió en la proa de un brazo azul.

—El arma. Recójala. Guárdela.

Sam, asombrado, la recogió.

—Ahora —dijo la voz— haga girar el barco y regrese al quiosco.

—¿Ahora?

—Ahora —repitió la voz—. No le haremos daño. Usted huyó antes de que pudiéramos explicárselo. Venga.

Los grandes barcos giraron como vilanos de luna. Las velas aletearon en el viento con un ruido de aplausos leves, y las máscaras se movieron y brillaron, encendiendo las sombras.

—¡Elma! —Sam avanzó, tambaleándose por el barco—. Levántate —tartamudeó—. Regresamos, Elma. No me van a hacer daño, no me van a matar. Levántate, querida, levántate.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

El viento arrastraba otra vez la nave. Elma parpadeó y lentamente, como en un sueño, se incorporó y se dejó caer en un banco, como un saco de

piedras.

La arena se deslizó bajo la quilla de bronce. Media hora después los barcos se detenían en la encrucijada, y todos bajaron a la orilla.

El jefe de los marcianos miró a Sam y a Elma con una máscara de bronce pulido y ojos que eran sólo agujeros de un insondable y oscuro azul, y del agujero de la boca le salieron unas palabras que flotaron en el viento.

—Prepare el quiosco —dijo la voz. Una mano enguantada en diamantes se agitó en el aire—. Prepare la comida, prepare los vinos raros, porque esta noche es la gran noche.

—¿Quieren decir —le preguntó Sam— que puedo quedarme?

—Sí.

—¿No me odian, entonces?

La máscara era rígida, y tallada y fría y ciega.

—Prepare esa casa de comidas —dijo la voz—. Y tome esto.

—¿Qué es?

Sam contempló parpadeando el rollo de papel de plata que le ofrecía el marciano, y donde bailaban unos jeroglíficos con figuras de serpiente.

—El acta de concesión del territorio entre las montañas de plata y las colinas azules, entre el mar muerto y los valles lejanos de ópalo y de esmeralda —dijo el jefe.

—¿Es mío?, —preguntó Sam, incrédulo.

—Suyo.

—¿Cien mil kilómetros cuadrados de territorio?

—Suyo.

—¿Has oído, Elma?

Elma, sentada en el suelo, con los ojos cerrados, apoyaba la cabeza en el quiosco de aluminio.

—Pero ¿por qué?, ¿por qué me dan todo esto?, —preguntó Sam tratando de ver en las hendiduras metálicas de los ojos.

—Eso no es todo. Tome.

Aparecieron otros seis rollos de papel. Se leyeron los nombres; se designaron los territorios.

—Pero ¡es la mitad de Marte! ¡Soy dueño de la mitad de Marte! —Sam apretaba los rollos en sus puños. Riendo como un loco agitó los papeles delante de Elma—. Elma, ¿has oído?

—He oído —dijo Elma observando el cielo.

—Gracias, oh, gracias —le dijo Sam a la máscara de bronce.

—Esta noche es la noche —dijo la máscara—. Tiene que estar preparado.

—Me prepararé. ¿Qué es? ¿Una sorpresa? ¿Vienen los cohetes de la Tierra antes de lo que pensábamos? ¿Un mes antes? ¿Los diez mil cohetes con los colonos, los mineros, los obreros y sus mujeres? ¿Los cien mil hombres? ¿No te parece magnífico, Elma? ¿Ves?, ya te lo había dicho, ya te lo había dicho. Ese pueblo no va a tener siempre mil habitantes. Vendrán cincuenta mil, y al mes siguiente cien mil, y a fin de año cinco millones. ¡Y yo dueño del único quiosco de salchichas calientes en una concurrida carretera que lleva a las minas!

La máscara flotó en el viento.

—Nos vamos. Prepárese. El territorio es suyo.

A la luz de las lunas, en el viento, como pétalos metálicos de alguna flor antigua, como plumas azules, como inmensas y silenciosas mariposas de cobalto, las viejas naves giraron y se deslizaron sobre las arenas, y las máscaras brillaron y resplandecieron hasta que el último reflejo, el último color azul, se perdió entre las colinas.

—Elma, ¿por qué lo habrán hecho? ¿Por qué no me mataron? ¿No saben nada? ¿Qué les pasa? ¿Tú lo entiendes, Elma?, —le preguntaba Sam sacudiéndole un hombro—. ¡Soy dueño de medio Marte!

Elma miraba el cielo nocturno, esperando.

—Ven —le dijo Sam—. Hay que arreglar la casa, cocinar todas las salchichas, calentar el pan, freír los pimientos, pelar y cortar las cebollas, preparar las salsas, poner las servilletas, barrer y limpiar. ¡Ja! —Dio unos pasos de baile, entrechocando los talones—. Oh, muchacho, qué feliz me siento, sí señor, qué feliz me siento —cantó con voz desafinada—. ¡Es mi día de suerte!

Corriendo de un lado a otro, coció las salchichas, cortó el pan, peló las cebollas.

—Piénsalo, el marciano habló de una sorpresa. Eso sólo puede significar una cosa, Elma: cien mil personas llegan antes de lo esperado, esta misma noche, ¡entre todas las noches! ¡Nos van a inundar! Trabajaremos horas y horas durante días y días. Y todos esos turistas alrededor, mirando cosas. ¡Elma! ¡Piensa en el dinero!

Salió de la casa y examinó el cielo. No vio nada.

—Dentro de un minuto quizá —dijo aspirando con satisfacción el aire frío, levantando los brazos, golpeándose el pecho—. ¡Ah!

Elma no hablaba. Pelaba tranquilamente unas patatas, con los ojos fijos en el cielo nocturno.

—Sam —dijo media hora después—. Allá está, mira.

Sam miró y vio.

La Tierra.

Se elevaba sobre las colinas, llena y verde, como una piedra finamente tallada.

—La buena y vieja Tierra —suspiró Parkhill cariñosamente—. La vieja y maravillosa Tierra. Mándame tus hambrientos desfallecidos. Algo… algo, ¿cómo dice el poema? Mándame tus hambrientos, vieja Tierra. Aquí está Sam Parkhill con las salchichas preparadas, los pimientos en la sartén y todo limpio como un espejo. Vamos, Tierra, ¡mándame tus cohetes!

Salió y contempló su quiosco. Allí estaba, perfecto como un huevo recién puesto en el antiguo fondo del mar, el único núcleo de luz y calor en cien kilómetros cuadrados de tierra desolada, como un corazón solitario en un enorme cuerpo sombrío. Sam se sintió triste de orgullo, mirando el quiosco con ojos húmedos.

—Uno se siente humilde —dijo entre el olor de las salchichas, los panes calientes y la mantequilla—. ¡Vengan!, —dijo, invitando a las estrellas del cielo—. ¿Quién será el primer cliente?

—Sam —dijo Elma.

La Tierra cambió en el cielo negro.

Una parte pareció volar en innumerables pedazos, como un gigantesco rompecabezas. Luego ardió durante un minuto con un resplandor siniestro, tres veces mayor que el normal, y se fue apagando.

—¿Qué ha sido eso?, —preguntó Sam mirando el fuego verde en el cielo.

—La Tierra —dijo Elma juntando las manos.

—No puede ser la Tierra. No es la Tierra. No, no es la Tierra. No puede ser.

—¿Quieres decir que no podía ser la Tierra?, —dijo Elma mirándolo—. No, ya no es la Tierra. ¿Es eso lo que quieres decir?

—No es la Tierra, no; no podía ser —gimió Sam.

Y se quedó allí inmóvil, con los brazos colgantes, la boca abierta, la mirada apagada.

—Sam —llamó Elma. Por primera vez, después de muchos días, le brillaban los ojos—. ¿Sam?

Sam contemplaba el cielo.

—Bueno —dijo Elma. Miró alrededor unos instantes, en silencio, y luego, de pronto, se echó una servilleta al brazo—. Enciende las luces, ¡que suene la música, que se abran las puertas! Dentro de un millón de años vendrá otra hornada de clientes. Hay que estar preparado, sí, señor.

Sam no se movió.

—Qué lugar magnífico para un quiosco de salchichas —dijo Elma mientras sacaba un mondadientes y se lo ponía en la boca—. Te voy a contar un secreto, Sam —murmuró inclinándose hacia él—. Me parece que estamos fuera de temporada.

Los observadores
2005 Noviembre

Aquella noche todos salieron de sus casas y miraron al cielo. Dejaron las cenas, dejaron de lavarse o de vestirse para la función, y salieron a los porches, ahora no tan nuevos, y observaron el astro verde, la Tierra. Fue un movimiento involuntario; todos lo hicieron, para comprender mejor las noticias que habían oído en la radio un momento antes. Allá estaba la Tierra y allá la guerra inminente, y allá los cientos de miles de madres o abuelas, padres o hermanos, tías o tíos, primas o primos. De pie, en los porches, trataban de creer en la existencia de la Tierra, tanto como en otro tiempo habían tratado de creer en la existencia de Marte. El problema se había invertido. En la práctica era como si la Tierra estuviese muerta; la habían abandonado hacía ya tres o cuatro años. El espacio era un anestésico; cien millones de kilómetros de espacio lo insensibilizaban a uno, dormían la memoria, despoblaban la Tierra, borraban el pasado y permitían que los hombres de Marte continuaran trabajando. Pero ahora, esta noche, se levantaban los muertos, la Tierra volvía a poblarse, la memoria despertaba, miles de nombres venían a los labios. ¿Qué haría fulano esa noche en la Tierra? ¿Y zutano o mengano? Las gentes de los porches se miraban de reojo.

A las nueve, la Tierra pareció estallar, encenderse y arder. Las gentes de los porches extendieron las manos como para apagar el incendio.

Esperaron. A medianoche, el fuego se extinguió. La Tierra seguía allí. Un suspiro surgió de los porches como una brisa otoñal.

—No tenemos noticias de Harry.

—Está bien.

—Tendríamos que enviarle un mensaje a mamá.

—Está bien.

—¿Crees que estará bien?

—No te preocupes.

—¿Crees que no le pasará nada?

—Claro que no. Vamos a acostarnos.

Pero nadie se movió. Llevaron las cenas atrasadas a los prados nocturnos, las sirvieron en mesas plegables, y comieron lentamente hasta las dos de la

mañana. El mensaje luminoso de la radio flameó en la Tierra y todos leyeron las luces del código Morse, como una luciérnaga lejana.

CONTINENTE AUSTRALIANO ATOMIZADO EN PREMATURA EXPLOSIÓN DEPÓSITO BOMBAS ATÓMICAS. LOS ÁNGELES, LONDRES, BOMBARDEADAS. VUELVAN. VUELVAN. VUELVAN.

Se levantaron de las mesas.

VUELVAN. VUELVAN. VUELVAN.

—¿Has tenido noticias de Ted este año?

—Y… ya sabes, con un franqueo de cinco dólares por carta no escribo mucho a mi hermana.

VUELVAN.

—¿Qué será de Jane? ¿Te acuerdas de mi hermanita Jane?

VUELVAN.

A las tres, en la helada madrugada, el dueño de la tienda de equipajes alzó los brazos. Calle abajo venía mucha gente.

—No he cerrado a propósito. ¿Qué desea, señor?

Al amanecer, las maletas habían desaparecido de los estantes.

* Ajuste de cuentas
2005 Noviembre

Eran los tres últimos hombres de los millones que había en la Tierra, tres hombres abandonados en Marte…

—¡Por la Tierra!

—¡Por Marte!

—¡Por la bomba atómica!

—¡Por la explosión!

Bebieron de nuevo. Tres hombres sentados bajo estrellas marcianas, en el fondo de un mar de Marte. Tres hombres de un pequeño cohete plateado. Tres hombres temblorosos y violentos, con el *whisky* quemándoles la boca. Sudando y tambaleándose y gritando. El cohete no se movía. Las aguas del canal marciano reposaban negras en los canales de piedra. Abrieron una nueva botella.

—¡Éste por la buena, vieja, loca Tierra que exploto y se ha ido para siempre!, —exclamó Jones.

—Cásate conmigo, Williams —dijo Comfort—. Cásate conmigo y sé mi amor, y probaremos todos los placeres…

—Cállate.

—Cásate conmigo. Comenzaremos una civilización de nuevo.

—¡Siéntate!

Comfort se sentó y lloró.

Comfort se tocó la cara y sintió las lágrimas en sus dedos, rápidas y calientes. Hace sólo seis horas, Jones, Williams y él estaban aprovisionando su cohete para regresar a la Tierra. Eran los últimos en Marte. Se habían preguntado si la guerra atómica era tan mala como afirmaba la radio espacial. Habían bromeado al respecto. Pensaban estar en Nueva York en un mes.

Y entones, ese violento destello azul en el cielo.

La Tierra, ardiendo, un nuevo y pequeño sol, se había establecido en el horizonte.

Habían comenzado a beber inmediatamente.

Aquí estaban, entumecidos por el tiempo y la noche, por las llamas y el terror, por el *whisky* y la pesadilla.

Jones echo un trago, mirando a la nada.

—Éste es por Alice y mi hermana y mi hermano Herb, mi abuela, mi mamá, mi papá y… —Se detuvo.

—Éste es por el zoológico de Milwaukee —Comfort rió en silencio—. Éste por la nieve que quité de las aceras de Mellin Town en Illinois. Éste por la primavera en Central Park. Éste por un plato de espaguetis en Venice, California, en abril de 1968.

—Éste es por el presidente F. Roosevelt Jr., éste por el premier Kavolevsky, éste por el primer ministro Barrington-Smith. Éste por todos los átomos del mundo. Éste por los átomos llamados Wanamook Creek y los átomos llamados truchas de arroyo que freía en una sartén en North Woods. Éste por los átomos que soplaban en las altas copas de los árboles durante las noches que estaba despierto, escuchando. Éste por todo tipo de átomos —dijo Williams.

Jones juró amargamente.

—¡Maldición! Ojalá hubiera algo que pudiera hacer.

Miró al cielo hasta que sus ojos se humedecieron.

—¡Siento lo mismo! —Williams rompió su botella—. Tenemos que hacer algo. Debe haber alguna forma para volver a luchar, hacer algo, cualquier cosa.

—No hay nada que puedas hacer —susurró Comfort, con los ojos cerrados.

—¡Tenemos que hacerlo, te lo digo, tenemos que hacerlo!

Un minuto después, apareció el marciano.

Caminaba suavemente por el fondo del mar, solo. Se detuvo en el halo de luz de las antorchas eléctricas amarillas. Llevaba una máscara de bronce en la que sus ojos brillaban como diamantes azules.

—Un momento —Williams trató de ponerse de pie—. Estoy loco. ¡Creo que veo a alguien!

Los otros lo vieron también.

El marciano los saludó. No hubo palabras Sólo eran sus pensamientos. Éstos se movieron en el aire, como un aliento.

Comfort extendió su mano.

—¡Es real, puedo sentirlo!

La máscara de bronce asintió. Un pensamiento se movió en el aire alrededor de sus cabezas.

—Mi nombre es Yio.

—¡Entonces hay marcianos!

Los hombres estaban aturdidos

La máscara asintió.

—En las ciudades de alta montaña miles de nosotros sobrevivimos. Vimos llegar vuestras naves hace diez lunas. Las vimos regresar al cielo. Esperamos que todos vosotros os fuerais. Esta noche hemos visto que el cielo ardía. Por eso estoy aquí. Vengo a ofreceros refugio, a los tres últimos.

—¡Quédate tu refugio! —espetó Williams—. ¡Fuera, podemos arreglárnoslas solos!

—Pero …

—Estamos bien —dijo Jones.

—Os ha llevado mucho tiempo —dijo Williams—. ¿Por qué no bajasteis hace meses y os enfrentasteis a nosotros, asquerosos cobardes? ¿Estabais asustados? Apuesto a que sois unos estúpidos miedosos. ¿Verdad, Confort? ¿Verdad, Jones?

—¡Cierto!

—¿De qué tienes miedo? —Williams caminó dando tumbos alrededor del marciano, tocando las sedas azules que cubrían el delgado cuerpo, mirándolo de arriba abajo con rapidez—. ¿De nosotros? ¡Por Saturno, lo deberías tener! ¡Somos de la Tierra! Terrícolas, ¡los mejores en el universo! ¡Los mejores malditos hombres de cualquier parte, si quedan hombres, lo cual dudo! ¿Qué eres?, —bufó—. ¿Hombre o mujer? Miremos detrás de tu máscara. ¡Odio a la gente que usa máscaras!

El marciano dio un paso atrás.

—He venido a ayudar a los supervivientes.

—¿Cómo aprendiste nuestro idioma? ¿Telepatía? ¿Espiándonos todos estos meses, curioseando en nuestras mentes? ¡Claro! —Williams escupió—. Bueno, no hemos sobrevivido por usted, señor. Somos caballeros equilibrados, graduados en la universidad, ¡no queremos nada de ti!

—¿Pero no hay nada que pueda hacer?

—¡Vete! —dijo Comfort—. Me estoy enfadando.

—Más que eso. —Jones golpeó con su puño la palma húmeda de su otra mano—. Estoy loco y me siento fatal. Siento muchas cosas que ni siquiera puedo decir. No me presiones.

Confort pensó, tenemos que parar. Nos precipitamos hacia algo malo, tengo que detenerlo. Estamos locos. Este marciano no puede estar aquí, lo hemos creado con nuestro miedo, ira y frustración. Tenemos que parar y …"

El marciano movió sus manos.

—También nosotros, los marcianos, sufrimos mucho en su momento. Aprendimos sabiduría. Nos alejamos del poder atómico antes de que nos destruyera. Hoy sobrevivimos con bibliotecas, pueblos, mosaicos, fuentes …

—Estás muy orgulloso, ¿no? —Williams manoseo su pistolera—. No cabes en tus pantalones. No me lo restriegue, señor. No me digas que vosotros estáis aquí y nuestros amigos no. Vosotros perdisteis a miles, nosotros los perdimos a todos. No me digas esas cosas, tu…

—Uno debe ser filosófico —respondió el marciano en voz baja—. Civilizaciones, planetas, ascienden y caen, algunos son más afortunados que otros. Las armas son malas. En Marte no hemos usado armas durante diez mil años.

—Lárgate —dijo Williams.

Todos se sentían muy nerviosos y acalorados. Sus bocas temblaban y sus ojos parpadeaban.

El marciano se encogió de hombros.

—Sois bienvenidos a vivir en nuestra ciudad. Un lugar encantador, una rosa, una joya, con todos los colores de la noche, escondida en las colinas, iluminada por primera vez esta noche porque el peligro ha pasado. Debéis ver nuestra pequeña joya de ciudad, sus verdes prados, sus fuentes brotando y empañando el aire suave, los niños riéndose en los paseos de mosaico azul, la gente bebiendo vinos raros en los patios de las villas, las mujeres doradas, los hombres apuestos con máscaras de bronce, la música cantando; tenéis que ver todo esto.

Comfort, Jones y Williams se movieron hacia adelante con rigidez, sus rostros inexpresivos.

El marciano enumeraba los lugares. Debian visitar los profundos estanques donde las tintas de colores se mezclan en distintos patrones cada segundo, debían ver los cuadros incandescentes en las paredes, ardiendo y transformandose. Debian subir a los minaretes de cristal donde flores de diez siglos se abrían para siempre jamás, tan delicadas como niños, cálidas, tiernas. Debian escuchar la música compuesta hace cincuenta mil años, tocada en instrumentos de alambre, viento, memoria y gargantas de porcelana…

Los tres hombres se tambalearon. El suelo parecía derretirse. Sus ojos estaban desorbitados y sus rostros húmedos.

—¡Cállate!, —dijo Williams.

El marciano abrió la boca.

—¡Te lo advierto, para!, —dijo Williams.

El marciano hizo un gesto: su voz tranquila.

—Está bien —dijo Williams.

Sacó su arma y disparó.

La máscara estalló en fragmentos humeantes y chispas. El maricano se derrumbó en un blando montón de seda y carne.

Comfort sacó su arma y disparó a la masa inerte, Jones junto los resto y los empujo a las aguas del canal.

—Ahora —Williams sostuvo su arma con fuerza. Sus ojos brillaban, su voz era rápida—. ¿Dónde estará esa ciudad de la que hablaba?

Los tres hombres asintieron.

—La encontraremos —dijeron.

Subieron a su cohete.

—Mi universidad era U. C.L. A, —dijo Comfort, en los controles de cohetes.

Se desplazaron hacia el norte sobre las bajas colinas azules. Mirando desde las ventanas de su cohete, explorando los profundos valles.

—Yo fui a Michigan —dijo Williams.

—La buena y vieja Michigan —dijo Jones—. Yo fui a Carolina del Sur. Brindemos por ellas.

Sus bocas estaban apretadas. Todos se sentían acalorados y excitados como si algo grande fuese a suceder en cualquier momento.

No podemos hacerlo, pensó Comfort, no podemos continuar. Esto es terrible, una locura, soy inteligente, no lo toleraré, no fui educado para actuar de esta manera, para nada. Tengo que detenerlo.

No dijo nada.

—¿Ves algo abajo?, —preguntó Williams.

—Estoy mirando —Comfort se humedeció los labios ásperos—. Estoy buscando con atención.

—Cuando la encuentres, háznoslo saber.

—Tres hombres universitarios, que ridículo.

—¿Qué es la universidad?

—No lo sé.

—Una institución con un campus en una ciudad en la Tierra.

—¿Qué es una institución, qué es un campus, qué es una ciudad, qué es la Tierra?

—Átomos.

—Algún día volveré y veré cómo está mi vieja *Alma Mater*.

—Carbón y azufre, polvo de momias, rescoldos, humo y cenizas.

—La buena y vieja Michigan, ¿echamos un trago?

—¡Cállate!

Miraron desde la compuerta del cohete y parpadearon.

—Ahí está la ciudad —dijo Comfort. Sonrió.

Todos miraron.

Todos comenzaron a sonreír.

—Bien, bien —dijo Jones.

Aterrizaron el cohete de plata.

Salieron al centro de una ciudad donde hombres con máscaras de bronce escoltaban a mujeres en brumas esmeralda. Los niños corrían por todas partes, riendo. Las fuentes latían en el aire fresco de la noche. Todo era del color de una rosa, de una gardenia, de una flor acuatica, difusa, cambiante. Había una delicada música sonando en algún lado. Era una noche tranquila y el aire estaba impregnado de frescura. Todos eran felices. Se estaba bailando un cotillón, la gente se deslizaba tras una ventana de cristal azul. Las flores crecían, la hierba era muy verde. En las bibliotecas, la gente se sentaba con libros antiguos y los tocaba como arpas de modo que voces antiguas cantaban viejos conocimientos en la dulce calma.

La ciudad apenas se había enterado de que el cohete había aterrizado.

Aquellos que vieron abrirse las puertas del cohete sólo tuvieron tiempo de volverse, de sonreír detrás de sus máscaras.

—Ahora —dijo Comfort, con su metralleta.

—Ahora —dijo Jones.

—¡Ahora!, —exclamó Williams.

Apretaron los gatillos de sus tres armas.

Las balas derribaron las torres en montones deslumbrantes y estruendosos. Las balas golpearon las fuentes haciéndolas añicos en oleadas de sonido y surtidores rotos. Los tres hombres giraron y giraron, disparando. ¡Y por todas partes explotaron faroles, cayeron las cortinas, se detuvo el baile, estalló la música, los pilares de cristal, las paredes y las piedras se desmoronaron! Una torre a la que Williams disparó saltó en un millón de cristales y cayó como una mariposa gigante, con un rugido de vidrio que sonó casi como música. No quedo nada sólido en la ciudad, las balas impactaban y acababan con todo. Las máscaras fueron perforadas, la población yacía como grano caído. Una explosión siguió a otra. Los marcianos no gritaron. Permanecieron donde estaban.

Las balas buscaban y silenciaban, buscaban de nuevo, hasta que fuente tras fuente, música tras música se hicieron añicos, los bailes se echaron a perder, las bibliotecas se convirtieron en fuego rojo.

Las caras de los tres hombres eran resueltas esbozando una sonrisa.

En el silencio, recargaron sus armas y dispararon nuevamente,

—¡Nos falta una torre!

Todos apuntaron hacia ella.

—¡Cuidado! ¡Un hombre se escapa!

Lo liquidaron.

—¡La música sigue sonando!

Un último instrumento musical, quizás una grabación, sonaba desde una de las terrazas de cristal.

Experimentaron con sus armas hasta que la música cesó.

La ciudad estaba en silencio.

Un último tintineo de cristal se produjo.

Después, sólo quedo el cálido y absorbente sonido de las bibliotecas en llamas, las ingrávidas alas de luz y color y calor en el aire azul. Sus armas estaban calientes y vacías.

Salieron de la ciudad, sudando, cansados.

No dijeron nada.

Se detuvieron y miraron hacia atrás donde todo estaba desparramado y revuelto. Se humedecieron los labios.

Se limpiaron los ojos, parpadeando rápidamente, extenuados, torpes, aturdidos. Sostuvieron sus armas en sus manos caídas. Sacaron una última botella y tomaron un ardiente y áspero trago, de repente estaban tan cansados que no podían caminar.

Se desplomaron sobre la arena del mar y se quedaron allí, con los ojos cerrados.

—Jonesy, Jonesy, Jonesy —Williams comenzó a gemir en la larga noche—. ¿Jonesy?

—¿Qué?

—¿Quieres un trago?

—No me importaría.

—Aquí lo tienes.

Todos bebieron con avidez, salpicándose los uniformes sucios, las manos resbaladizas por el sudor. El viento de la noche era frío.

—Creo que les hemos dado una lección.

—¡Puedes apostar, puedes apostar, puedes apostar a que lo hicimos!

Comfort sostuvo su cabeza entre las manos.

—Williams, no me contestaste aún, no me has dado una respuesta.

—¿Qué?

No se movieron. La noche estaba muy oscura.

—¿No me has dicho si te casarías conmigo, Williams?

—Oh.

—Y todos los placeres probaremos, Willie; tenemos que tener siete hijos para comenzar el nuevo mundo.

—Claro, claro —dijo Williams, cansado—. El nuevo mundo. Diez niños.

—Jones nos casará, ¿verdad, viejo Jonesy? Serás el pastor, ¿verdad, Jonesy?

—Claro, claro

—Es un gran chico —dijo Comfort—. ¿Escuchaste eso, Williams?

—Lo escuché. Ahora cállate y vete a dormir, me casaré contigo por la mañana.

—¿Lo prometes?

Su voz era aguda y lejana y suplicante.

—¡Sí, lo prometo!

—Porque te necesito, Willie, oh, cómo te necesito, ¡estoy tan asustado!

—Sí, claro, lo sé. Ve a dormir. Estoy cansado, cansado.

Todos cerraron los ojos y se acostaron en la arena fría.

—Dulces sueños —dijo Jones.

Los pueblos silenciosos
2005 Diciembre

A orillas del seco mar marciano se alzaba un pequeño pueblo blanco, silencioso y desierto. No había nadie en las calles. Unas luces solitarias brillaban todo el día en los edificios. Las puertas de las tiendas estaban abiertas de par en par, como si la gente hubiera salido rápidamente sin cerrar con llave. Las revistas traídas de la Tierra hacía ya un mes en el cohete plateado, aleteaban al viento, intactas, ennegreciéndose en los estantes de alambre frente a las droguerías.

El pueblo estaba muerto; las camas vacías y heladas. Sólo se oía el zumbido de las líneas eléctricas y de las dinamos automáticas, todavía vivas. El agua desbordaba en bañeras olvidadas, corría por habitaciones y porches, y nutría las flores descuidadas de los jardines. En los teatros a oscuras, las gomas de mascar que aún conservaban las marcas de los dientes se endurecían debajo de los asientos.

Más allá del pueblo había una pista de cohetes. Allí donde la última nave se había elevado entre llamaradas hacia la Tierra, se podía respirar aún el olor penetrante del suelo calcinado. Si se ponía una moneda en el telescopio y se apuntaba hacia el cielo, quizá pudieran verse las peripecias de la guerra terrestre. Quizá pudiera verse cómo estallaba Nueva York. Quizá pudiera verse la ciudad de Londres, cubierta por una nueva especie de niebla. Quizá pudiera comprenderse, entonces, por qué habían abandonado este pueblecito marciano. La evacuación, ¿había sido muy rápida? Bastaba entrar en una tienda cualquiera y apretar la tecla de la caja registradora. Los cajones asomaban tintineando con monedas brillantes. La guerra terrestre era sin duda algo terrible.

Por las desiertas avenidas del pueblo, silbando suavemente y empujando a puntapiés, con profunda atención, una lata vacía, avanzó un hombre alto y flaco. Los ojos le brillaban con una mirada oscura, mansa y solitaria. Movía las manos huesudas dentro de los bolsillos, repletos de monedas nuevas. De vez en cuando tiraba alguna al suelo, riendo entre dientes, y seguía caminando, regando todo con monedas brillantes.

Se llamaba Walter Gripp. En las lejanas colinas azules tenía un lavadero de oro y una cabaña, y cada dos semanas bajaba al pueblo y buscaba una mujer callada e inteligente con quien pudiera casarse. Durante varios años había vuelto a la cabaña decepcionado y solo. ¡Y la semana anterior había encontrado el pueblo en este estado!

Se había sorprendido tanto que había entrado rápidamente en una tienda de comestibles y había pedido un sándwich triple de carne.

—¡Voy!, —gritó con una servilleta en un brazo.

Se movió con rapidez, sacando de algún sitio unos embutidos y unas rodajas de pan de la víspera, quitó el polvo de una mesa, se invitó a sí mismo a sentarse, y comió hasta que tuvo que buscar una droguería donde pidió bicarbonato. El droguero, el propio Walter Gripp, se lo sirvió enseguida, con una cortesía asombrosa.

Luego se metió en los *jeans* todo el dinero que pudo encontrar, cargó un cochecito de niño con billetes de diez dólares y se fue traqueteando por las calles del pueblo. Al llegar a los suburbios comprendió que estaba haciendo tonterías. No necesitaba dinero. Llevó los billetes de diez dólares a donde los había encontrado, sacó un dólar de su propia billetera —el precio de los sándwiches— lo metió en la caja registradora, añadiendo como propina una moneda de veintiocho centavos.

Aquella noche disfrutó de un baño turco caliente, un sabroso bistec adornado de setas delicadas, un jerez seco importado, y fresas con vino. Luego se puso un traje de franela azul y un sombrero de fieltro que se le balanceaba de un modo extraño en la cima de la afilada cabeza. Metió una moneda en un fonógrafo automático, que tocó *Aquella mi vieja pandilla*, y echó otras veinte monedas en otros veinte fonógrafos del pueblo. Las calles solitarias y la noche se llenaron de la música triste de *Aquella mi vieja pandilla*, mientras alto, delgado y solo, Walter Gripp se paseaba con las manos frías en los bolsillos acompañado por el leve crujido de un par de zapatos nuevos.

Pero todo esto había ocurrido la semana anterior. Ahora dormía en una cómoda casa de la avenida Marte, se levantaba a las nueve, se bañaba y recorría perezosamente el pueblo en busca de unos huevos con jamón. Todas las mañanas congelaba una tonelada de carne, verduras y tartas de crema de limón; cantidad suficiente para diez años, hasta que los cohetes volvieran de la Tierra, si volvían.

Ahora, esta noche, se paseaba arriba y abajo mirando las hermosas y sonrosadas mujeres de cera de los coloridos escaparates. Por primera vez

comprendió qué muerto estaba el pueblo. Se sirvió un vaso de cerveza y sollozó en voz baja.

—Bueno —dijo—, estoy realmente solo.

Entró en el teatro Elite para proyectarse una película y distraer su soledad. En el teatro vacío y hueco, parecido a una tumba, unos espectros grises y negros se arrastraron por la vasta pantalla. Estremeciéndose, huyó de aquel lugar fantasmagórico.

Atravesaba deprisa una calle lateral, ya decidido a volver a casa, cuando de pronto oyó el campanilleo de un teléfono. Escuchó.

—En una casa está sonando un teléfono —se dijo.

Apresuró el paso.

—Alguien tendría que contestar ese teléfono —musitó.

Se sentó ociosamente en el borde de la acera para sacarse una piedra del zapato.

—¡Alguien!, —gritó de pronto, incorporándose de un salto—. ¡Yo! Dios mío, ¿qué me ocurre?

Miró alrededor. ¿Qué casa? Aquélla.

Corrió por el césped, subió las escaleras, entró en la casa, bajó a un vestíbulo oscuro.

Arrebató el auricular.

—¡Hola!

Buzzzzzzzzz.

—¡Hola! ¡Hola!

Habían colgado.

—¡Hola!, —gritó, y golpeó el teléfono—. ¡Idiota, estúpido!, —se gritó a sí mismo—. ¡Sentado en la acera, como un condenado idiota! —Sacudió el aparato—. ¡Suena, suena otra vez! ¡Vamos!

No había pensado que en Marte pudiera haber otros hombres. No había visto a nadie en toda la semana y había imaginado que los otros pueblos estaban tan desiertos como éste.

Ahora, mirando el horrible aparato telefónico, negro y pequeño, se estremeció de pies a cabeza. Una vasta red unía todos los pueblos de Marte. ¿De cuál de las treinta ciudades había venido la llamada?

No lo sabía.

Esperó. Fue a tientas hasta la cocina, descongeló unas frambuesas, y comió desconsoladamente.

—No había nadie en el otro extremo de la línea —murmuró—. Un poste cayó en alguna parte y el teléfono sonó solo.

Pero ¿no había oído un clic? Alguien había colgado, muy lejos.

Durante el resto de la noche no se movió del vestíbulo.

—No por el teléfono —se dijo a sí mismo—. No tengo otra cosa que hacer.

Escuchó el tictac de su reloj.

—Ella no volverá a telefonear —dijo—. No llamará nunca más a un número que no contesta. ¡Quizás en este momento marca otros números de otras casas del pueblo! Y aquí estoy yo sentado… ¡Un minuto! —Se rió—. ¿Por qué estoy diciendo «ella»? —Parpadeó—. Lo mismo podía haber sido «él».

El corazón le latió más lentamente. Se sentía decepcionado y decaído. Le hubiera gustado tanto que fuera «ella».

Salió de la casa y se detuvo en medio de la calle a la débil luz del alba.

Escuchó. Ningún sonido. Ni pájaros, ni coches. Sólo el corazón que le golpeaba el pecho: un latido, una pausa, y otra vez un latido. Escuchaba con tanta atención que le dolía la cara. El viento soplaba gentilmente, oh, tan gentilmente sacudiéndole los faldones de la chaqueta.

—Calla… —susurró—. Escucha.

Se balanceó moviéndose en un círculo lento, volviendo la cabeza de una casa silenciosa a otra.

Telefoneará a otros números y luego a otros, pensó. Ha de ser una mujer. ¿Por qué? Sólo una mujer podría estar llamando y llamando. Un hombre no. Un hombre es más independiente. ¿He telefoneado yo a alguien? No. Ni se me ha ocurrido. Ha de ser una mujer. ¡Tiene que ser una mujer, por Dios!

Escucha.

Lejos, bajo las estrellas, sonó un teléfono.

Walter Gripp echó a correr. Se detuvo y escuchó. La campanilla sonaba débilmente. Corrió unos pasos más. La llamada era ahora más clara. Se precipitó por una callejuela. ¡Más aún! Pasó delante de seis casas, y otras seis. ¡Más y más clara! Eligió una casa. La puerta estaba cerrada con llave.

El teléfono sonaba dentro.

—¡Maldita sea!

Gripp sacudió el picaporte.

El teléfono chilló.

Gripp lanzó una silla del porche contra la ventana del vestíbulo y saltó detrás de la silla.

Antes de que Gripp lo tocara, el teléfono dejó de sonar.

Walter Gripp recorrió la casa, destrozó los espejos, arrancó los cortinajes y pateó el horno de la cocina. Al fin, agotado, tomó la delgada guía telefónica de Marte. Cincuenta mil nombres.

Comenzó por el primero. Amelia Ames. Llamó a su número, en Nueva Chicago, a ciento cincuenta kilómetros, del otro lado del mar muerto.

No contestaron.

El segundo abonado vivía en Nueva Nueva York, a ocho mil kilómetros, más allá de las montañas azules.

No contestaron.

Llamó al tercero, al cuarto, al quinto, al sexto, al séptimo y al octavo, con dedos temblorosos, que sostenían apenas el receptor.

—¿Hola?, —contestó una voz de mujer.

—¡Hola! ¡Hola!, —le gritó Walter.

—Aquí el contestador automático —recitó la misma voz—. La señorita Helen Arasumian no está en casa. ¿Quiere usted dejar un mensaje para que ella lo llame? ¿Hola? Aquí el contestador automático. La señorita Helen Arasumian no está en casa. ¿Quiere usted dejar un mensaje?

Walter Gripp colgó el auricular.

Se quedó sentado, torciendo la boca.

Un instante después llamaba al mismo número.

—Cuando vuelva la señorita Helen Arasumian, dígale que se vaya al diablo.

Llamó a las centrales telefónicas de Empalme Marte, Nueva Boston, Arcacia y Ciudad Roosevelt, pues era lógico que la gente llamara desde esos lugares. Se comunicó luego con los ayuntamientos y las otras oficinas públicas de los pueblos. Telefoneó a los mejores hoteles. A las mujeres les gustaba el lujo.

De pronto dejó de llamar y batió las palmas, echándose a reír. ¡Por supuesto! Buscó en la guía telefónica y llamó al mayor salón de belleza de la ciudad de Nueva Texas. ¡Sólo en uno de esos diamantinos y aterciopelados salones podía entretenerse una mujer! Allí estaría, con una capa de barro sobre la cara o sentada bajo un secador.

El teléfono sonó. Alguien en el otro extremo de la línea levantó el auricular.

—¿Hola?, —dijo una voz de mujer.

—Si es una grabación —anunció Walter Gripp— iré ahí y haré pedazos el lugar.

—No es una grabación —dijo la voz—. ¡Hola! ¡Hola! ¡Oh, hay alguien vivo! ¿Dónde está usted?

La mujer gritó, deleitada.

Walter Gripp casi tuvo un colapso.

—¡Usted!, —dijo tambaleándose con los ojos extraviados—. Dios santo, qué suerte, ¿cómo se llama?

—Genevieve Selsor. —La mujer sollozó en el receptor—. ¡Oh, me siento tan contenta al escucharlo, quienquiera que usted sea!

—Walter Gripp.

—¡Walter, hola, Walter!

—Hola, Genevieve.

—¡Walter! Qué nombre tan bonito. Walter, Walter.

—Gracias.

—¿Dónde estás, Walter?

La voz de mujer era tan dulce, tan amable y delicada… Walter apretó el auricular contra la oreja para que ella pudiera murmurarle dulcemente en el oído. Sintió que se le aflojaban las piernas. Le ardían las mejillas.

—Estoy en el pueblo Marlin…

Un zumbido.

—¿Hola?, —dijo Gripp.

Un zumbido.

Sacudió la horquilla. Nada.

En alguna parte el viento había derribado un poste. Genevieve Selsor había llegado y había desaparecido con idéntica rapidez.

Gripp llamó de nuevo, pero la línea estaba muerta.

—De todos modos ya sé dónde encontrarla.

Salió corriendo de la casa. Sacó del garaje del desconocido, marcha atrás, el coche-escarabajo. El sol se elevaba en el cielo cuando cargó en el asiento de atrás la comida que había en la casa, y partió carretera abajo a ciento veinte kilómetros por hora, hacia la ciudad de Nueva Texas. «Mil quinientos kilómetros —pensó—. Genevieve Selsor, no te muevas, ¡muy pronto tendrás noticias mías!».

Fuera del pueblo tocó la bocina en todas las vueltas del camino. A la puesta del sol, después de una jornada agotadora en el volante, se detuvo al borde del camino, se sacó los zapatos, se tumbó en el asiento y deslizó el sombrero gris sobre los ojos fatigados. Sopló el viento, y las estrellas brillaron suavemente sobre él en el nuevo crepúsculo. Alrededor se elevaban las milenarias montañas de Marte. La luz estelar se reflejó en las torres de un

pueblecito marciano que se alzaba en las colinas azules, no más grande que un juego de ajedrez.

Entre dormido y despierto, Gripp murmuraba: Genevieve. Genevieve. Oh, Genevieve, dulce Genevieve, cantó suavemente, los años vendrán, los años se irán, pero Genevieve, dulce Genevieve… Tenía una sensación de calor. Oía aún la voz fresca y dulce que susurraba, cantando: ¡Hola, oh hola! ¡Walter! No es una grabación. ¿Dónde estás, Walter? ¿Dónde estás?

Suspiró y alargó una mano hacia Genevieve a la luz de la luna. Los largos y oscuros cabellos flotaban en el viento. Eran muy hermosos. Y los labios, como rojas pastillas de menta. Y las mejillas, como rosas recién cortadas. Y el cuerpo, como una neblina clara y suave. Y la tibia y dulce voz le cantaba una vez más la vieja y triste canción: Oh, Genevieve, dulce Genevieve, los años vendrán, los años se irán…

Se quedó dormido.

Llegó a Nueva Texas a medianoche.

Se detuvo, frente al Salón de Belleza Deluxe, gritando.

Genevieve aparecería enseguida, toda perfumes, toda risas.

No salió nadie.

—Estará dormida. —Gripp se acercó a la puerta—. ¡Aquí estoy!, —llamó—. ¡Hola, Genevieve!

El pueblo dormía en el silencio del doble claro de luna. En alguna parte el viento sacudió un toldo.

Walter empujó la puerta de vidrio y entró en el salón.

—¡Eh!, —dijo con una risa inquieta—. No te escondas. ¡Sé que estás ahí!

Escudriñó todos los compartimientos.

Encontró un pañuelo minúsculo en el suelo. El perfume era tan dulce que Gripp trastabilló.

—Genevieve —dijo.

Recorrió en coche las calles, pero no vio a nadie.

—Si es una broma…

Aminoró la velocidad.

—Espera un momento. La charla se cortó bruscamente. Quizás ella fue a Marlin mientras yo venía a Nueva Texas. Habrá tomado la antigua carretera marítima. Nos desencontramos en el camino. ¿Cómo iba a saber que yo vendría a buscarla? No se lo dije. Y cuando la línea se cortó, ¡tuvo tanto miedo que corrió a Marlin a buscarme! Y mientras, ¡yo aquí, Señor, qué tonto soy!

Golpeó la bocina y salió disparado del pueblo.

Condujo durante toda la noche.

¿Y si no está esperándome en Marlin?, pensó. No. Ella tenía que estar en Marlin. Y él correría hacia ella, la abrazaría y hasta la besaría, en la boca, una vez.

Genevieve, dulce Genevieve, silbó y lanzó el coche a ciento cincuenta kilómetros por hora.

Al amanecer, Marlin estaba tranquilo. Unas luces amarillas brillaban aún en algunas tiendas, y un fonógrafo automático que había sonado continuamente durante cien horas calló al fin con un chasquido eléctrico. El silencio era ahora total. El sol calentaba las calles y el cielo helado y vacío.

Walter entró en la calle principal con los faros todavía encendidos y dio un doble bocinazo: seis veces en una esquina, otras seis en la siguiente. Estaba pálido, fatigado; las manos le resbalaban sobre el volante húmedo.

—¡Genevieve!, —gritó en la calle desierta.

Se abrió la puerta de un salón de belleza. Walter detuvo el coche.

—¡Genevieve!

Corrió atravesando la calle. Genevieve Selsor lo esperaba en el umbral. Sostenía en los brazos una caja de bombones de chocolate. Los dedos que acariciaban la caja eran rollizos y pálidos. Salió del umbral y la luz reveló una cara redonda, con ojos como huevos enormes, hundidos en una masa blanca de miga de pan. Las piernas eran grandes y redondas como tocones de árbol. Caminaba con paso desmañado. El pelo, de indefinido color pardusco, parecía haber sido hecho y rehecho como un nido de pájaros. No tenía labios, y como compensación llevaba estampadas en la cara unas grandes rayas rojas y grasientas, que tan pronto se abrían en una deleitada sonrisa, como se cerraban en una expresión de repentina alarma. Las cejas depiladas eran como finas antenas.

Walter se detuvo. Dejó de sonreír. Se quedó mirándola.

La caja de bombones cayó a la acera.

—¿Eres tú Genevieve Selsor?, —preguntó Walter. Le zumbaban los oídos.

—¿Eres tú Walter Griff?

—Gripp.

—Gripp —se corrigió ella.

—¿Cómo estás?, —preguntó Walter con una voz ahogada.

Genevieve le estrechó la mano.

—¿Cómo estás?

Tenía los dedos untados de chocolate.

—Bueno —dijo Walter Gripp.

—¿Qué?, —preguntó Genevieve Selsor.

—He dicho «bueno» —dijo Walter.

—Oh.

Eran las ocho de la noche. Habían pasado el día en el campo y Walter preparó para la cena un filete de lomo que a ella no le gustó, primero porque estaba crudo, y luego porque estaba demasiado asado o quemado, o algo similar. Walter se rió y dijo:

—Vamos a ver una película.

Ella dijo que le parecía bien y apoyó los dedos sucios de chocolate en el brazo de Walter. Pero sólo quería ver esa película de Clark Gable, de hacía cincuenta años.

—¿No te parece verdaderamente estupendo?, —preguntaba con una risita—. ¿No te parece estupendo? —La película terminó—. Pásala otra vez —ordenó ella.

—¿Otra vez?, —preguntó él.

—Otra vez —dijo ella. Y cuando Walter volvió a la butaca, Genevieve se apretó contra él, acariciándole el cuerpo torpemente con manos como zarpas—. No eres exactamente lo que yo esperaba, pero eres simpático —admitió.

—Gracias —dijo él, tragando saliva.

—¡Oh, ese Gable!, —dijo Genevieve pellizcándole una pierna.

Después de la película fueron de compras por las calles silenciosas. Genevieve rompió un escaparate donde había varios vestidos y se puso el más ostentoso. Se volcó un frasco de perfume en la cabeza y pareció un perro mojado.

—¿Cuántos años tienes?, —le preguntó Walter.

Genevieve, chorreando perfume, lo arrastró por la calle.

—Adivina.

—Oh, treinta.

—Pues bien —anunció ella muy tiesa—, sólo tengo veintisiete. Mira, ¡otra tienda de dulces! Francamente, desde que estalló la guerra llevo una vida bien regalada. Nunca me gustó mi familia. Eran todos unos tontos. Se fueron a la Tierra hace dos meses. Yo iba a embarcar en el último cohete, pero preferí quedarme, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque todos se metían conmigo. Por eso me quedé; para echarme perfume encima el día entero y beber diez mil cervezas y comer dulces y

bombones sin que la gente me esté diciendo: «¡Oh, cuidado, eso tiene muchas calorías!». Y aquí estoy.

Walter cerró los ojos.

—Y aquí estás.

—Se ha hecho tarde —dijo Genevieve mirándolo.

—Sí.

—Estoy cansada.

—Es curioso; yo estoy muy despejado.

—Oh —dijo ella.

—Seguiría en pie toda la noche. En Mikes hay un buen disco. Ven, lo pondré para ti.

—Estoy cansada.

Genevieve lo miró con ojos astutos y brillantes.

—Qué raro. Yo en cambio estoy muy despierto —dijo Walter.

—Ven conmigo al salón de belleza. Quiero enseñarte algo.

Genevieve lo hizo pasar por la puerta de vidrio, y lo empujó hasta una caja blanca.

—Cuando vine de Nueva Texas traje esto —dijo desatando una cinta rosada—. Pensé: Soy la única dama en Marte y allá está el único hombre y… bueno. —Levantó la tapa de la caja y desdobló unos crujientes y rosados papeles de seda—. Mira.

Walter Gripp miró.

—¿Qué es?, —preguntó estremeciéndose.

—¿No lo ves, tonto? Todo encajes, todo blanco, todo hermoso y lo demás.

—No, no sé qué es.

—¡Un traje de novia, tonto!

—¿De veras?, —tartamudeó Walter.

Cerró los ojos. La voz de Genevieve era suave, fresca y dulce como en el teléfono, pero cuando abría los ojos y la miraba…

Dio un paso atrás.

—Qué bonito.

—¿No es cierto?

—Genevieve. —Walter miró hacia la puerta.

—¿Qué?

—Tengo que decirte una cosa.

Genevieve se le acercó. Una espesa nube de perfume le envolvía la cara redonda y blanca.

—¿Qué?

—Lo que tengo que decirte es…

—¿Qué?

—¡Adiós!

Y antes que Genevieve gritara, Walter Gripp ya estaba fuera del salón y se había metido en el coche.

Genevieve corrió detrás y se detuvo en el borde de la acera. Walter puso el motor en marcha.

—¡Walter Griff, vuelve!, —gimió Genevieve agitando los brazos.

—Gripp —corrigió él.

—¡Gripp!, —gritó ella.

El coche echó a correr por la calle silenciosa, indiferente a los gritos y pataleos de la mujer. El humo del tubo de escape movió el vestido blanco que Genevieve apretaba contra las manos regordetas, y las estrellas brillaron, y el coche se alejó en el desierto, perdiéndose en la oscuridad.

Walter Gripp viajó sin detenerse durante tres noches y tres días. Una vez le pareció que lo seguía otro coche, y sudando, estremeciéndose, tomó un camino lateral, y atravesando el solitario mundo marciano, dejó atrás las ciudades muertas y siguió y siguió una semana y un día más, hasta que hubo quince mil kilómetros entre él y la ciudad de Marlin. Entonces se detuvo en un pueblo pequeño llamado Holtville Springs, donde había unas tiendas diminutas que él podía iluminar de noche y unos restaurantes donde se sentaba a esperar la comida. Y desde entonces vivió allí con dos grandes congeladoras, provisiones para cien años, cigarros para diez mil días y una buena cama con un mullido colchón.

Y si de vez en cuando, a lo largo de los años, suena el teléfono, él no contesta.

Los largos años
2026 Abril

Cada vez que el viento se levantaba en el cielo, el señor Hathaway y su reducida familia se quedaban en la casa de piedra y se calentaban las manos al fuego de leña. El viento agitaba las aguas del canal y casi barría las estrellas del cielo, pero el señor Hathaway conversaba tranquilamente con su mujer, y su mujer replicaba, y luego hablaba con sus dos hijas y su hijo de los días pasados en la Tierra, y todos le contestaban adecuadamente.

La Gran Guerra tenía ya veinte años. El planeta Marte era una tumba. Hathaway y su familia, en las largas noches marcianas, se preguntaban a menudo, en silencio, si la Tierra sería todavía la misma.

Esa noche se había desatado sobre los cementerios de Marte una de esas polvorientas tormentas marcianas, y había soplado sobre las antiguas ciudades, y había arrancado las paredes de material plástico del pueblo norteamericano más reciente, un pueblo abandonado y que ya se fundía con la arena.

La tormenta amainó. Hathaway salió de la casa a mirar la Tierra, verde y brillante en el cielo ventoso, y alzó una mano como para ajustar una lámpara floja en el techo de una habitación oscura. Miró más allá de los fondos del mar. «No hay nada vivo en todo este mundo —pensó—. Sólo yo, y ellos», y volvió los ojos a la casa de piedra.

¿Qué ocurriría en la Tierra? El telescopio de treinta pulgadas no mostraba ningún cambio. «Bueno —pensó—, si me cuido quizá viva veinte años más. Alguien puede venir, por los mares muertos o cruzando el espacio en un cohete sobre una pequeña estela de fuego rojo».

Miró dentro de la casa y llamó:

—Voy a dar un paseo.

—Muy bien —dijo la mujer.

Hathaway caminó en silencio entre las ruinas.

—«Made in New York» —leyó, al pasar, en un trozo de metal—. Y todos estos materiales terrestres durarán menos que las viejas ciudades marcianas.

Y miró el pueblo que ya tenía cincuenta siglos, intacto entre las montañas azules.

Llegó a un cementerio escondido, una hilera de lápidas hexagonales en una colina batida por el viento solitario. Inmóvil, cabizbajo, se quedó mirando las cuatro sepulturas con toscas cruces de madera, y unos nombres. No derramó una lágrima. Tenía los ojos secos desde hacía mucho tiempo.

—¿Me perdonáis lo que hice?, —preguntó a las cruces—. Yo estaba muy solo. Lo comprendéis, ¿verdad?

Volvió a la casa de piedra y una vez más, antes de entrar, escudriñó el cielo oscuro.

—Sigue esperando, esperando y mirando —dijo—, y quizás una noche…

En el cielo había una minúscula llama roja.

Hathaway se alejó de la luz que salía de la casa.

—Mira de nuevo —murmuró.

La llamita roja seguía allí.

—Anoche no estaba —murmuró otra vez.

Tropezó, cayó, se levantó, corrió hacia los fondos de la casa, hizo girar el telescopio, y apuntó al cielo.

Un poco más tarde, luego de un examen asombrado y minucioso apareció en el umbral de la casa. La esposa, las dos hijas y el hijo volvieron las cabezas y lo miraron.

Al fin Hathaway consiguió decir:

—Tengo buenas noticias. He mirado al cielo. Viene un cohete a llevarnos a todos de vuelta a casa. Llegará mañana temprano.

Escondió la cabeza entre las manos y se echó a llorar dulcemente.

A las tres de la mañana quemó los restos de Nueva Nueva York.

Caminó con una antorcha por la ciudad de material plástico, y tocó las paredes con la llama, aquí y allá. La ciudad floreció en volúmenes de calor y luz. Dos kilómetros cuadrados de iluminación podrían verla desde el espacio. Le indicaría al cohete que allí abajo estaba Hathaway, y la familia de Hathaway.

Volvió a la casa con un dolor punzante en el corazón.

—Mirad. —Alzó a la luz una botella polvorienta—. Un vino reservado justo para esta noche. Ya sabía yo que un día alguien daría con nosotros. ¡Bebamos celebrándolo!

Llenó cinco copas.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo mirando con aire grave el vino de la copa—. ¿Recordáis el día en que estalló la guerra? Hace veinte años y siete meses. Llamaron desde la Tierra a todos los cohetes de Marte. Y tú y yo y los chicos estábamos en las montañas, dedicados a tareas arqueológicas,

investigando la técnica quirúrgica marciana. Casi reventamos los caballos, ¿os acordáis? Pero llegamos al pueblo con una semana de retraso. Todos se habían ido. América había sido destruida. Los cohetes partieron sin esperar a los rezagados, ¿os acordáis, os acordáis? Y al final fuimos los únicos que se quedaron. Señor, Señor, cómo pasa el tiempo. Yo no hubiera podido resistirlo sin vosotros. Sin vosotros me hubiera matado. Pero con vosotros valía la pena esperar. Brindemos por nosotros —añadió levantando la copa—. Y por nuestra larga espera.

Hathaway bebió.

La esposa y las dos hijas y el hijo se llevaron la copa a los labios.

El vino les corrió a los cuatro por las barbillas.

Por la mañana, los últimos restos del pueblo volaban como grandes copos blandos y negros cruzando el fondo del mar. El fuego se había apagado, pero no había sido inútil: el punto rojo había crecido en el cielo.

Un rico aroma de pan de jengibre salía de la casa de piedra. Cuando Hathaway entró, la esposa ordenaba sobre la mesa las hornadas de pan fresco. Las dos hijas barrían gentilmente el desnudo suelo de piedra con tiesas escobas, y el hijo lustraba los cubiertos de plata.

—Les prepararemos un gran desayuno —rió Hathaway—. ¡Poneos los mejores trajes!

Salió de la casa y caminó rápidamente hacia el vasto cobertizo de metal. Dentro estaban la cámara refrigeradora y el generador eléctrico que había reparado a lo largo de los años con dedos delgados, eficientes y nerviosos, así como había arreglado los relojes, los teléfonos y las cintas grabadoras. El cobertizo estaba abarrotado de artefactos construidos por Hathaway; algunos eran mecanismos absurdos, y ni él mismo, ahora que los tenía delante, sabía cómo funcionaban.

Sacó de la cámara refrigeradora unas cajas de cartón acanalado con habas y fresas de veinte años atrás. «Lázaro, levántate», pensó, y extrajo un pollo frío.

Cuando llegó el cohete, en el aire flotaban olores de cocina.

Hathaway corrió como un chico, cuesta abajo. Sintió de pronto un dolor agudo en el pecho; se detuvo y se sentó jadeando en una peña. Enseguida continuó corriendo.

Esperó de pie bajo la atmósfera abrasadora del ardiente cohete. Se abrió una portezuela. Un hombre se asomó.

Hathaway se protegió los ojos con las manos, y al fin dijo:

—¡Capitán Wilder!

—¿Quién es?, —preguntó el capitán Wilder. Saltó fuera del cohete y se quedó mirando al viejo. Le tendió la mano—. ¡Dios santo, si es Hathaway!

—El mismo.

Se miraron las caras.

—Hathaway, uno de mis viejos tripulantes, de la cuarta expedición.

—Ha pasado mucho tiempo, capitán.

—Demasiado. ¡Qué alegría volver a verlo!

—Soy viejo —dijo simplemente Hathaway.

—Yo tampoco soy joven. He estado veinte años en Júpiter, Saturno y Neptuno.

—Oí decir que le ascendieron para que no se metiese en la política colonial de Marte. —El viejo miró alrededor—. Ha estado fuera tanto tiempo que no sabrá lo que ha pasado…

—Me lo imagino —replicó Wilder—. Dimos dos vueltas a Marte y sólo encontramos a un hombre, un tal Walter Gripp, a unos quince mil kilómetros de aquí. Le preguntamos si quería venir con nosotros, pero dijo que no. Cuando lo vimos por última vez estaba en medio de la carretera, sentado en una mecedora, fumando una pipa, saludándonos con la mano. Marte está bien muerto; no queda vivo ni un solo marciano. ¿Qué pasa en la Tierra?

—Sabe usted tanto como yo. De vez en cuando capto las radios de la Tierra, muy débilmente. Pero siempre hablan en alguna lengua extranjera. Y de ellas no conozco más que el latín. Sólo llegan unas pocas palabras. Creo que la mayor parte de la Tierra está en ruinas, pero la guerra sigue. ¿Regresará usted, capitán?

—Sí. Tenemos mucha curiosidad, por supuesto. La radio no llegaba hasta nosotros. Queremos ver la Tierra, pase lo que pase.

—¿Nos llevarán a todos?

El capitán lo miró.

—Ah, sí, su mujer, la recuerdo. Hace veinticinco años, ¿verdad? Cuando fundaron el primer pueblo usted dejó el servicio y trajo a su mujer. Y también había hijos.

—Un hijo y dos hijas.

—Sí, ya me acuerdo. ¿Están aquí?

—Allá arriba, en la casa. Nos está esperando a todos un buen desayuno. ¿Quieren venir?

—Por supuesto, nos sentiremos muy honrados, señor Hathaway. —El capitán Wilder se volvió hacia el cohete—: ¡Abandonen la nave!

Hathaway, el capitán Wilder y los veinte tripulantes subieron por la colina, aspirando profundamente el aire enrarecido y fresco de la mañana. El sol se levantaba en el cielo y era un buen día.

—¿Se acuerda usted de Spender, capitán?

—Nunca lo he olvidado.

—Una vez al año camino hasta la tumba de Spender. Parece que al fin todo fue como él pensaba. No quería que viniéramos. Imagino que estará contento, ahora que nos vamos todos.

—¿Y qué fue de… cómo se llamaba… Parkhill, Sam Parkhill?

—Abrió un quiosco de salchichas.

—Muy propio de él.

—Y una semana después volvió a la Tierra, a alistarse en el ejército. —Hathaway se llevó una mano al costado, sentándose bruscamente en un peñasco—. Perdóneme. La excitación. Volver a verlo después de tantos años… Tengo que descansar.

El corazón le golpeaba el pecho. Contó los latidos. Mal asunto.

—Hay un médico a bordo —dijo Wilder—. Excúseme, Hathaway, ya sé que usted también lo es, pero sería bueno que él lo examinara y…

Llamaron al médico.

—No es nada —insistió Hathaway—. La espera, la excitación. —Apenas podía respirar. Tenía los labios azules—. Usted sabe —dijo cuando el médico le puso el estetoscopio—, es como si hubiera vivido esperando este día. Y ahora que han llegado para llevarme otra vez a la Tierra, me siento ya satisfecho, y quisiera acostarme y olvidarme de todo.

—Tome. —El médico le dio una píldora amarilla—. Es mejor que descanse.

—Tonterías. Déjeme estar sentado un momento. Me alegra verlos, oír al fin otras voces.

—¿Le hace efecto la píldora?

—Mucho. ¡Vamos!

Siguieron caminando, colina arriba.

—Alice, ¡mira quién está aquí!

Hathaway frunció el ceño y se asomó al interior de la casa.

—¿Has oído, Alice?

Primero apareció la esposa. Después salieron las dos hijas, graciosas y altas, y las siguió el hijo, todavía más alto.

—Alice, ¿te acuerdas del capitán Wilder?

Alice titubeó, miró a su marido, como pidiéndole instrucciones y enseguida sonrió:

—Claro, ¡el capitán Wilder!

—Recuerdo que cenamos juntos la víspera de mi partida para Júpiter, señora Hathaway.

Alice le estrechó vigorosamente la mano.

—Mis hijas, Marguerite y Susan. Mi hijo John —dijo—. Os acordáis del capitán, ¿no es cierto?

Se dieron la mano entre risas y mucha charla.

El capitán Wilder husmeó el aire.

—¿Huele a pan de jengibre?, —preguntó.

—¿Quieren probarlo?

Todos se movieron. Sacaron de prisa unas mesas plegables, pusieron sobre ellas unos cubiertos y unas finas servilletas de seda y sirvieron unos platos humeantes. El capitán Wilder, de pie, inmóvil, miraba a la señora Hathaway y a las dos hijas que iban en silencio de un lado a otro. Les miraba las caras y seguía todos los movimientos de aquellas manos jóvenes y todas las expresiones de aquellos rostros tersos. Se sentó en una silla que le trajo el hijo.

—¿Cuántos años tienes, John?, —le preguntó.

—Veintitrés —replicó el hijo.

Wilder movió torpemente los cubiertos. Se había puesto pálido. El hombre que estaba junto a él le dijo en voz baja:

—No puede ser, capitán.

John fue a buscar más sillas.

—¿Qué dice, Williamson?

—Yo tengo cuarenta y tres. Fui a la escuela con John Hathaway, hace ya veinte años. John dice que tiene veintitrés años, y representa esa edad. Pero no puede ser. Tendría que tener, por lo menos, cuarenta y dos. ¿Qué significa esto, capitán?

—No sé.

—Pero ¿qué le pasa, capitán?

—No me siento bien. Las hijas las vi hace unos veinte años. Tampoco han cambiado. No tienen una arruga. ¿Quiere usted hacerme un favor? Quiero que me averigüe una cosa, Williamson. Le diré adónde debe ir y dónde debe mirar. Cuando acabe el desayuno, escabúllase. No tardará más de diez minutos. El sitio no está lejos. Lo he visto desde el cohete cuando bajábamos.

—¡Eh! ¿De qué hablan con tanta seriedad?, —les preguntó la señora Hathaway mientras les servía en los tazones unas rápidas cucharadas de sopa—. Sonrían, estamos todos juntos, el viaje ha terminado, ¡ya casi están en casa!

—Sí —dijo el capitán riéndose—. Por cierto, ¡se la ve muy bien y muy joven, señora Hathaway!

—¡Ah, los hombres!

La señora Hathaway se alejó como llevada por una corriente de aire, con la cara encendida, tersa como una manzana, sin arrugas y de buen color. Respondía a las bromas con una risa cristalina, servía limpiamente la ensalada, sin detenerse una sola vez a tomar aliento. Y el hijo huesudo y las hijas curvilíneas se mostraban brillantemente ingeniosos, como el padre, hablando de los largos años y de sus vidas solitarias, mientras el padre asentía con orgullo.

Williamson se alejó en silencio, colina abajo.

—¿Adónde va?, —preguntó Hathaway.

—A examinar el cohete —respondió Wilder—. Pero, como le iba diciendo, Hathaway, no hay nada en Júpiter, absolutamente nada para el hombre. En Saturno y Plutón, tampoco.

Wilder habló mecánicamente, sin atender a lo que decía, pensando solo en Williamson que en ese momento corría colina abajo, y que muy pronto estaría de vuelta.

—Gracias.

Marguerite Hathaway le estaba sirviendo agua. Impulsivamente, Wilder le tocó el brazo. La muchacha no se inmutó. La carne era firme y tibia.

Al otro lado de la mesa, Hathaway se interrumpía a veces, se tocaba el pecho con un gesto de dolor, seguía escuchando los murmullos, que de pronto eran una charla ruidosa, y de vez en cuando miraba preocupado a Wilder, a quien no parecía gustarle el pan de jengibre.

Williamson regresó. Se sentó y se puso a picotear la comida hasta que el capitán le susurró de costado:

—¿Bien?

—Lo encontré, capitán.

—¿Y?

Williamson estaba pálido. No dejaba de mirar a la gente que se reía. Las hijas sonreían gravemente, y el hijo contaba un chiste.

—He estado en el cementerio —dijo Williamson.

—¿Las cuatro cruces están allí?

—Las cuatro cruces están allí, señor. Se pueden leer los nombres. Los he apuntado para estar seguro. —Y Williamson leyó en un papel blanco—: «Alice, Marguerite, Susan y John Hathaway. Muertos a causa de un virus desconocido. Julio de dos mil siete».

Wilder cerró los ojos.

—Gracias, Williamson.

—Hace diecinueve años, capitán. —La mano de Williamson temblaba.

—Sí.

—Entonces, ¿quiénes son éstos?

—No lo sé.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tampoco lo sé.

—¿Se lo diremos a los otros?

—Más tarde. Siga comiendo como si no pasara nada.

—No tengo mucho apetito, señor.

La comida terminó con un vino traído del cohete. Hathaway se puso de pie.

—Brindo por todos ustedes. Es bueno estar otra vez entre amigos. Y brindo también por mi mujer y mis hijos. Sin ellos no hubiera sobrevivido. Sólo gracias a sus cariñosos cuidados he podido esperar la llegada de ustedes.

Alzó la copa hacia su familia. Los cuatro lo miraron azorados y bajaron los ojos cuando los otros comenzaron a beber.

Hathaway apuró el vino. Enseguida, sin un grito, cayó de bruces sobre la mesa y resbaló hasta el suelo. Algunos de los hombres lo ayudaron a acostarse. El médico se inclinó sobre él y escuchó. Wilder tocó el hombro del médico. El médico alzó los ojos y meneó la cabeza. Wilder se arrodilló y tomó la mano del viejo.

—¿Wilder? —La voz de Hathaway apenas se oía—. He estropeado el desayuno.

—No diga disparates.

—Despídame de Alice y mis hijos.

—Espere un momento. Los llamaré.

—No, no —jadeó Hathaway—. No comprenderían. No quiero que comprendan. ¡No los llame!

Wilder no se movió.

Hathaway estaba muerto.

Wilder esperó un largo rato. Luego se levantó y se alejó del grupo de hombres aturdidos que rodeaban a Hathaway. Buscó a Alice, la miró a la cara,

y le dijo:

—¿Sabe usted qué acaba de ocurrir?

—¿Le ha pasado algo a mi marido?

—Ha muerto. El corazón —contestó Wilder observándola.

—Lo lamento —dijo ella.

—¿Cómo se siente?

—Hathaway no quería que nos sintiéramos mal. Nos dijo que esto ocurriría en cualquier momento y no quería que lloráramos. No nos enseñó a llorar. No quería que supiéramos hacerlo. Según él, nada peor puede ocurrirle a un hombre que saber cómo estar solo, y cómo estar triste, y ponerse a llorar. Por eso no sabemos lo que es llorar o estar tristes.

Wilder echó una ojeada a las manos de la mujer, las manos blandas y tibias, las uñas bien cuidadas y las delgadas muñecas. Miró el cuello esbelto y terso y los ojos inteligentes y por último dijo:

—El señor Hathaway los hizo a ustedes muy bien.

—Le hubiera gustado oír eso. Estaba tan orgulloso de nosotros… Al cabo de un tiempo hasta olvidó que nos había hecho. Al final nos aceptaba y nos quería como si fuéramos de veras su mujer y sus hijos. Y en cierto sentido lo somos.

—Ustedes lo ayudaron mucho.

—Sí, conversamos con él durante años interminables. Le gustaba tanto hablar… Le gustaba la casa de piedra y el fuego de la chimenea. Hubiéramos podido vivir en una de las casas comunes del pueblo, pero a él le gustaba esto, donde podía ser primitivo si quería, o moderno si quería. Me hablaba muchas veces del laboratorio y de las cosas que hacía. Instaló toda una red de alambres y altavoces en esa colonia muerta de ahí abajo. Cuando apretaba un botón el pueblo se iluminaba y se llenaba de ruidos, como si vivieran en él diez mil personas. Se oían aviones, coches y la charla de la gente. Hathaway se sentaba, encendía un cigarro y nos hablaba y los ruidos del pueblo llegaban hasta nosotros, y de vez en cuando sonaba un teléfono, y una voz grabada le hacía una pregunta sobre ciencia o cirugía, y el señor Hathaway contestaba. Con el teléfono, nosotros, los ruidos del pueblo y el cigarro, Hathaway era feliz. Pero hubo una cosa que no pudo conseguir: que envejeciéramos. Él envejecía día tras día, y nosotros no cambiábamos. Creo que no le importaba. Creo que nos quería así.

—Lo enterraremos en el cementerio de las cuatro cruces. Pienso que le hubiera gustado a Hathaway.

Alice tocó levemente la muñeca del capitán Wilder.

—Estoy segura.

El capitán dio unas órdenes. La familia siguió al reducido cortejo colina abajo. Dos hombres llevaron a Hathaway en una parihuela cubierta. El cortejo dejó atrás la casa de piedra y el cobertizo donde Hathaway, años atrás, había comenzado sus trabajos. Wilder se detuvo junto a la puerta del taller.

¿Cómo sería, se preguntó, vivir en un planeta con una mujer y tres hijos, verlos morir y quedarse a solas con el viento y el silencio? ¿Qué se podría hacer? Enterrarlos bajo unas cruces, volver al taller y con inteligencia, memoria, habilidad manual e ingenio recomponer, pedazo a pedazo, esas cosas que eran una mujer, un hijo, dos hijas. Con toda una ciudad allá abajo, en la que podía encontrar lo que quisiera, un hombre inteligente podía hacer cualquier cosa.

El ruido de los pasos se apagaba en la arena. Cuando llegaron al cementerio, dos de los hombres cavaban ya una tumba. Volvieron al cohete en las últimas horas de la tarde.

Williamson señaló la casa con un movimiento de cabeza.

—¿Qué vamos a hacer con ellos?

—No lo sé —dijo el capitán.

—¿Los va a parar?

El capitán pareció un poco sorprendido.

—¿Parar? No lo había pensado.

—No los llevaremos.

—No, sería inútil.

—¿Es decir que los vamos a dejar aquí, así, como son?

El capitán le alcanzó un arma a Williamson.

—Si usted puede hacer algo… yo no sería capaz.

Cinco minutos después, Williamson volvió de la casa de piedra con el rostro transpirado.

—Tome, el arma. Ahora entiendo lo que quería decir. Entré en la casa con el arma. Una de las hijas me sonrió. Y también los demás. La mujer me ofreció una taza de té. ¡Dios, sería un asesinato!

Wilder asintió.

—Nunca habrá nada tan maravilloso como ellos. Fueron construidos para durar: diez, cincuenta, doscientos años. Sí, tienen derecho, tienen derecho a vivir, tanto como usted o yo o cualquiera de nosotros. —Sacudió la pipa—. Bueno, ahora a bordo. Nos vamos. Este pueblo está muerto. Nada hacemos aquí.

Oscurecía. Se levantaba un viento helado. Los hombres ya estaban a bordo. El capitán titubeó.

—No me diga que va a volver a decirles… adiós —dijo Williamson.

El capitán lo miró fríamente.

—No es asunto suyo.

Wilder subió a la casa en el viento del crepúsculo. Los hombres del cohete vieron que la sombra del capitán se detenía en el umbral de la casa. Vieron la sombra de una mujer. Vieron que el capitán le estrechaba la mano.

Un momento después, Wilder volvió corriendo al cohete.

De noche, cuando el viento barre el fondo del mar muerto y el cementerio hexagonal con cuatro cruces viejas y una nueva, una luz brilla aún en la baja casa de piedra, y en esa casa, mientras ruge el viento y giran los torbellinos de arena y las estrellas frías titilan en el cielo, cuatro figuras, una mujer, dos hijas y un hijo atienden el fuego sin ningún motivo y conversan y ríen.

Noche tras noche, año tras año, la mujer, sin ningún motivo, sale de la casa y mira largamente el cielo con las manos en alto, mira la Tierra, la luz verde y brillante, sin saber por qué mira, y después entra y echa al fuego un trozo de leña, y el viento sigue soplando y el mar muerto sigue muerto.

Vendrán lluvias suaves
2026 Agosto

La voz del reloj cantó en la sala: tictac, las siete, hora de levantarse, hora de levantarse, las siete, como si temiera que nadie se levantase. La casa estaba desierta. El reloj continuó sonando, repitiendo y repitiendo llamadas en el vacío. Las siete y nueve, hora del desayuno, ¡las siete y nueve!

En la cocina el horno del desayuno emitió un siseante suspiro, y de su tibio interior brotaron ocho tostadas perfectamente doradas, ocho huevos fritos, dieciséis lonjas de jamón, dos tazas de café y dos vasos de leche fresca.

—Hoy es cuatro de agosto de dos mil veintiséis —dijo una voz desde el techo de la cocina— en la ciudad de Allendale, California. —Repitió tres veces la fecha, como para que nadie la olvidara—. Hoy es el cumpleaños del señor Featherstone. Hoy es el aniversario de la boda de Tilita. Hoy puede pagarse la póliza del seguro y también las cuentas de agua, gas y electricidad.

En algún sitio de las paredes, sonó el clic de los relevadores, y las cintas magnetofónicas se deslizaron bajo ojos eléctricos.

Las ocho y uno, tictac, las ocho y uno, a la escuela, al trabajo, rápido, rápido, ¡las ocho y uno! Pero las puertas no golpearon, las alfombras no recibieron las suaves pisadas de los tacones de goma. Llovía afuera. En la puerta de la calle, la caja del tiempo cantó en voz baja: *Lluvia, lluvia, aléjate… zapatones, impermeables, hoy…* Y la lluvia resonó golpeteando la casa vacía.

Afuera, el garaje tocó unas campanillas, levantó la puerta, y descubrió un coche con el motor en marcha. Después de una larga espera, la puerta descendió otra vez.

A las ocho y media los huevos estaban resecos y las tostadas duras como piedras. Un brazo de aluminio los echó en el vertedero, donde un torbellino de agua caliente los arrastró a una garganta de metal que después de digerirlos los llevó al océano distante. Los platos sucios cayeron en una máquina de lavar y emergieron secos y relucientes.

Las nueve y cuarto, cantó el reloj, *la hora de la limpieza*.

De las guaridas de los muros, salieron disparados los ratones mecánicos. Las habitaciones se poblaron de animalitos de limpieza, todos goma y metal.

Tropezaron con las sillas moviendo en círculos los abigotados patines, frotando las alfombras y aspirando delicadamente el polvo oculto. Luego, como invasores misteriosos, volvieron de sopetón a las cuevas. Los rosados ojos eléctricos se apagaron. La casa estaba limpia.

Las diez. El sol asomó por detrás de la lluvia. La casa se alzaba en una ciudad de escombros y cenizas. Era la única que quedaba en pie. De noche, la ciudad en ruinas emitía un resplandor radiactivo que podía verse desde kilómetros a la redonda.

Las diez y cuarto. Los surtidores del jardín giraron en fuentes doradas llenando el aire de la mañana con rocíos de luz. El agua golpeó las ventanas de vidrio y descendió por las paredes carbonizadas del oeste, donde un fuego había quitado la pintura blanca. La fachada del oeste era negra, salvo en cinco sitios. Aquí la silueta pintada de blanco de un hombre que regaba el césped. Allí, como en una fotografía, una mujer agachada recogía unas flores. Un poco más lejos —las imágenes grabadas en la madera en un instante titánico—, un niño con las manos levantadas; más arriba, la imagen de una pelota en el aire, y frente al niño, una niña, con las manos en alto, preparada para atrapar una pelota que nunca acabó de caer. Quedaban esas cinco manchas de pintura: el hombre, la mujer, los niños, la pelota. El resto era una fina capa de carbón. La lluvia suave de los surtidores cubrió el jardín con una luz en cascadas.

Hasta este día, qué bien había guardado la casa su propia paz. Con qué cuidado había preguntado. «¿Quién está ahí? ¿Cuál es el santo y seña?», y como los zorros solitarios y los gatos plañideros no le respondieron, había cerrado herméticamente persianas y puertas, con unas precauciones de solterona que bordeaban la paranoia mecánica.

Cualquier sonido la estremecía. Si un gorrión rozaba los vidrios, la persiana chasqueaba y el pájaro huía, sobresaltado. No, ni siquiera un pájaro podía tocar la casa.

La casa era un altar con diez mil acólitos, grandes, pequeños, serviciales, atentos, en coros. Pero los dioses habían desaparecido y los ritos continuaban insensatos e inútiles.

El mediodía.

Un perro aulló, temblando, en el porche.

La puerta de la calle reconoció la voz del perro y se abrió. El perro, en otro tiempo grande y gordo, ahora huesudo y cubierto de llagas, entró y se movió por la casa dejando huellas de lodo. Detrás de él zumbaron unos

ratones irritados, irritados por tener que limpiar el lodo, irritados por la molestia.

Pues ni el fragmento de una hoja se escurría por debajo de la puerta sin que los paneles de los muros se abrieran y los ratones de cobre salieran como rayos. El polvo, el pelo o el papel ofensivos, hechos trizas por unas diminutas mandíbulas de acero, desaparecían en las guaridas. De allí unos tubos los llevaban al sótano, y eran arrojados a la boca siseante de un incinerador que aguardaba en un rincón oscuro como un Baal maligno.

El perro corrió escaleras arriba y aulló histéricamente, ante todas las puertas, hasta que al fin comprendió, como ya comprendía la casa, que allí no había más que silencio.

Olfateó el aire y arañó la puerta de la cocina. Detrás de la puerta el horno preparaba unos *pancakes* que llenaban la casa con un aroma de jarabe de arce.

El perro, tendido ante la puerta, olfateaba con los ojos encendidos y el hocico espumoso. De pronto, echó a correr locamente en círculos, mordiéndose la cola, y cayó muerto. Durante una hora estuvo tendido en la sala.

Las dos, cantó una voz.

Los regimientos de ratones advirtieron al fin el olor casi imperceptible de la descomposición, y salieron murmurando suavemente como hojas grises arrastradas por un viento eléctrico.

Las dos y cuarto.

El perro había desaparecido.

En el sótano, el incinerador se iluminó de pronto y un remolino de chispas subió por la chimenea.

Las dos y treinta y cinco.

Unas mesas de *bridge* surgieron de las paredes del patio. Los naipes revolotearon sobre el tapete en una lluvia de figuras. En un banco de roble aparecieron martinis y sándwiches de tomate, lechuga y huevo. Sonó una música.

Pero en las mesas silenciosas nadie tocaba las cartas.

A las cuatro, las mesas se plegaron como grandes mariposas y volvieron a los muros.

Las cuatro y media.

Las paredes del cuarto de los niños resplandecieron de pronto.

Aparecieron animales: jirafas amarillas, leones azules, antílopes rosados, panteras lilas que retozaban en una sustancia de cristal. Las paredes eran de vidrio y mostraban colores y escenas de fantasía. Unas películas ocultas

pasaban por unos piñones bien aceitados y animaban las paredes. El piso del cuarto imitaba un ondulante campo de cereales. Por él corrían escarabajos de aluminio y grillos de hierro, y en el aire caluroso y tranquilo unas mariposas de gasa rosada revoloteaban sobre un punzante aroma de huellas animales. Había un zumbido como de abejas amarillas dentro de fuelles oscuros, y el perezoso ronroneo de un león. Y había un galope de okapis y el murmullo de una fresca lluvia selvática que caía como otros casos, sobre el pasto almidonado por el viento. De pronto las paredes se disolvieron en llanuras de hierbas abrasadas, kilómetro tras kilómetro, y en un cielo interminable y cálido. Los animales se retiraron a las malezas y los manantiales.

Era la hora de los niños.

Las cinco. La bañera se llenó de agua clara y caliente.

Las seis, las siete, las ocho. Los platos aparecieron y desaparecieron, como manipulados por un mago, y en la biblioteca se oyó un clic. En la mesita de metal, frente al hogar donde ardía animadamente el fuego, brotó un cigarro humeante, con media pulgada de ceniza blanda y gris.

Las nueve. En las camas se encendieron los ocultos circuitos eléctricos, pues las noches eran frescas aquí.

Las nueve y cinco. Una voz habló desde el techo de la biblioteca.

—Señora McClellan, ¿qué poema le gustaría escuchar esta noche?

La casa estaba en silencio.

—Ya que no indica lo que prefiere —dijo la voz al fin—, elegiré un poema cualquiera.

Una suave música se alzó como fondo de la voz.

—Sara Teasdale. Su autor favorito, me parece…

Vendrán lluvias suaves y olores de la tierra,
y golondrinas que girarán con brillante sonido;
y ranas que cantarán de noche en los estanques
y ciruelos de tembloroso blanco,
y petirrojos que vestirán plumas de fuego
y silbarán en los alambres de las cercas;
y nadie sabrá nada de la guerra,
a nadie le interesará que haya terminado.
A nadie le importará, ni a los pájaros ni a los árboles,
si la humanidad se destruye totalmente;
y la misma primavera, al despertarse al alba
apenas sabrá que hemos desaparecido.

El fuego ardió en el hogar de piedra y el cigarro cayó en el cenicero: un inmóvil montículo de ceniza. Las sillas vacías se enfrentaban entre las paredes silenciosas, y sonaba la música.

A las diez la casa empezó a morir.

Soplaba el viento. La rama desprendida de un árbol entró por la ventana de la cocina. La botella de disolvente se hizo trizas y se derramó sobre el horno. En un instante las llamas envolvieron el cuarto.

—¡Fuego!, —gritó una voz.

Las luces se encendieron, las bombas vomitaron agua desde los techos. Pero el disolvente se extendió sobre el linóleo por debajo de la puerta de la cocina, lamiendo, devorando, mientras las voces repetían a coro:

—¡Fuego, fuego, fuego!

La casa trató de salvarse. Las puertas se cerraron herméticamente, pero el calor había roto las ventanas y el viento entró y avivó el fuego.

La casa cedió terreno cuando el fuego avanzó con una facilidad llameante de cuarto en cuarto en diez millones de chispas furiosas y subió por la escalera. Las escurridizas ratas de agua chillaban desde las paredes, disparaban agua y corrían a buscar más. Y los surtidores de las paredes lanzaban chorros de lluvia mecánica.

Pero era demasiado tarde. En alguna parte, suspirando, una bomba se encogió y se detuvo. La lluvia dejó de caer. La reserva del tanque de agua que durante muchos días tranquilos había llenado bañeras y había limpiado platos estaba agotada.

El fuego crepitó escaleras arriba. En las habitaciones altas se nutrió de Picassos y de Matisses, como de golosinas, asando y consumiendo las carnes aceitosas y encrespando tiernamente los lienzos en negras virutas.

Después el fuego se tendió en las camas, se asomó a las ventanas y cambió el color de las cortinas.

De pronto, refuerzos.

De los escotillones del desván salieron unas ciegas caras de robot y de las bocas de grifo brotó un líquido verde.

El fuego retrocedió como un elefante que ha tropezado con una serpiente muerta. Y fueron veinte serpientes las que se deslizaron por el suelo, matando el fuego con una venenosa, clara y fría espuma verde.

Pero el fuego era inteligente y mandó llamas fuera de la casa, y entrando en el desván llegó hasta las bombas. ¡Una explosión! El cerebro del desván, el director de las bombas, se deshizo sobre las vigas en esquirlas de bronce.

El fuego entró en todos los armarios y palpó las ropas que colgaban allí.

La casa se estremeció, hueso de roble sobre hueso, y el esqueleto desnudo se retorció en las llamas, revelando los alambres, los nervios, como si un cirujano hubiera arrancado la piel para que las venas y los capilares rojos se estremecieran en el aire abrasador. ¡Socorro, socorro! ¡Fuego! ¡Corred, corred! El calor rompió los espejos como hielos invernales, tempranos y quebradizos. Y las voces gimieron: fuego, fuego, corred, corred, como una trágica canción infantil; una docena de voces, altas y bajas, como voces de niños que agonizaban en un bosque, solos, solos. Y las voces fueron apagándose, mientras las envolturas de los alambres estallaban como castañas calientes. Una, dos, tres, cuatro, cinco voces murieron.

En el cuarto de los niños ardió la selva. Los leones azules rugieron, las jirafas moradas escaparon dando saltos. Las panteras corrieron en círculos, cambiando de color, y diez millones de animales huyeron ante el fuego y desaparecieron en un lejano río humeante.

Murieron otras diez voces. Y en el último instante, bajo el alud de fuego, otros coros indiferentes anunciaron la hora, tocaron música, segaron el césped con una segadora automática, o movieron frenéticamente un paraguas, dentro y fuera de la casa, ante la puerta que se cerraba y se abría con violencia. Ocurrieron mil cosas, como cuando en una relojería todos los relojes dan locamente la hora, uno tras otro, en una escena de maniática confusión, aunque con cierta unidad; cantando y chillando los últimos ratones de limpieza se lanzaron valientemente fuera de la casa ¡arrastrando las horribles cenizas! Y en la llameante biblioteca una voz leyó un poema tras otro con una sublime despreocupación, hasta que se quemaron todos los carretes de película, hasta que todos los alambres se retorcieron y se destruyeron todos los circuitos.

El fuego hizo estallar la casa y la dejó caer, extendiendo unas faldas de chispas y de humo.

En la cocina, un poco antes de la lluvia de fuego y madera, el horno preparó unos desayunos de proporciones psicopáticas: diez docenas de huevos, seis hogazas de tostadas, veinte docenas de lonjas de jamón, que fueron devoradas por el fuego y encendieron otra vez el horno, que siseó histéricamente.

El derrumbe. El altillo se derrumbó sobre la cocina y la sala. La sala cayó al sótano, el sótano al subsótano. La congeladora, el sillón, las cintas grabadoras, los circuitos y las camas se amontonaron muy abajo como un desordenado túmulo de huesos.

Humo y silencio. Una gran cantidad de humo.

La aurora asomó débilmente por el este. Entre las ruinas se levantaba sólo una pared. Dentro de la pared una última voz repetía y repetía, una y otra vez, mientras el sol se elevaba sobre el montón de escombros humeantes:

—Hoy es cinco de agosto de dos mil veintiséis, hoy es cinco de agosto de dos mil veintiséis, hoy es…

El pícnic de un millón de años
2026 Octubre

De algún modo mamá tuvo la idea de que quizás a todos les gustaría ir de pesca. Pero Timothy sabía que no eran palabras de mamá. Las palabras eran de papá, y las dijo mamá en vez de él.

Papá restregó los pies en un montón de guijarros marcianos y se mostró de acuerdo. Siguió un alboroto y un griterío; el campamento quedó reducido rápidamente a cápsulas y cajas. Mamá se puso un pantalón de viaje y una blusa, y papá llenó la pipa con dedos temblorosos, mirando fijamente el cielo marciano, y los tres chicos se apilaron gritando en la lancha de motor, y ninguno de ellos, excepto Timothy, se ocupó de mamá y de papá.

Papá apretó un botón. El motor emitió un zumbido que se elevó en el aire. El agua se agitó detrás, la lancha se precipitó hacia delante, y la familia gritó:

—¡Hurra!

Timothy, sentado a popa, puso dos deditos sobre los velludos dedos de papá y miró cómo se retorcía el canal y cómo se alejaban del lugar en ruinas adonde habían llegado en el pequeño cohete, directamente desde la Tierra.

Recordaba aún la noche anterior a la partida, las prisas y los afanes, el cohete que papá había encontrado en alguna parte, de algún modo, y aquella idea de pasar unas vacaciones en Marte. Marte estaba demasiado lejos para ir de vacaciones, pero Timothy pensó en sus hermanos menores y no dijo nada. Habían llegado a Marte, y ahora iban a pescar. Así decían al menos.

La lancha remontaba el canal. La mirada de papá era muy extraña, y Timothy no la podía entender. Era una mirada brillante, y quizá también aliviada; le arrugaba la cara en una mueca de risa más que de preocupación o de tristeza.

El cohete, ya casi frío, desapareció detrás de una curva.

—¿Durará mucho el paseo?, —preguntó Robert.

La mano le saltaba como un cangrejito sobre el agua violeta.

Papá suspiró:

—Un millón de años.

—¡Zas!, —dijo Robert.

—Mirad, chicos. —Mamá extendió un brazo largo y suave—. Una ciudad muerta.

Los chicos miraron con una expectación fervorosa, y la ciudad muerta estaba allí, muerta sólo para ellos, adormilada en el cálido silencio estival puesto allí por algún marciano hacedor de climas.

Y papá miró la ciudad como si le gustase que estuviera muerta.

Eran unas pocas piedras rosadas, dormidas sobre unas dunas; unas columnas caídas, un templo solitario, y más allá otra vez las extensiones de arena. Nada más, un desierto blanco a lo largo del canal, y encima un desierto azul.

De repente un pájaro atravesó el espacio, como una piedra lanzada a un lago celeste; golpeó, se hundió y desapareció.

Papá lo miró con ojos asustados.

—Creí que era un cohete.

Timothy observó el profundo océano del cielo, tratando de ver la Tierra en llamas, las ciudades en ruinas y los hombres que no dejaban de matarse unos a otros. Pero no vio nada. La guerra era algo tan apartado y lejano como el duelo a muerte de dos moscas bajo la nave de una enorme catedral silenciosa; e igualmente absurda.

William Thomas se enjugó la frente y sintió en el brazo la mano de Timothy, como una tarántula joven, arrobada.

—¿Qué tal, Timmy?

—Muy bien, papá.

Timothy no alcanzaba a imaginar qué estaba funcionando ahora dentro de ese vasto mecanismo adulto que tenía al lado. Era un hombre de gran nariz aguileña, tostado y despellejado por el sol, de brillantes ojos azules, como las bolitas de ágata con que había jugado en la Tierra en las vacaciones de verano, y de piernas largas y gruesas como columnas envueltas en pantalones holgados.

—¿Qué miras, papá?

—Estoy buscando lógica terrestre, sentido común, gobierno honesto, paz y responsabilidad.

—¿Todas esas cosas están allá arriba?

—No. No las he encontrado. Ya no están ahí. Y nunca volverán a estarlo. Quizá nunca lo estuvieron.

—¿Eh?

—Mira el pez —dijo papá señalando el agua.

Se oyó un clamor de voces de soprano. Los tres chicos doblaron los cuellos delgados sobre el canal, sacudiendo la lancha, diciendo «¡oh!» y «¡ah!».

Un anillado pez de plata nadaba junto a ellos. De pronto onduló y se cerró como un iris, devorando unos trocitos de comida.

Papá miró el pez y dijo con voz grave y serena:

—Es como la guerra. La guerra avanza nadando, ve un poco de comida, y se contrae. Un momento después… ya no hay Tierra.

—William —dijo mamá.

—Perdona —dijo papá.

Inmóviles, en silencio, miraron pasar las aguas del canal, frescas, veloces y cristalinas. Sólo se oía el zumbido del motor, el deslizamiento del agua, el sol que dilataba el aire.

—¿Cuándo veremos a los marcianos?, —preguntó Michael.

—Quizá muy pronto —dijo papá—. Esta noche tal vez.

—Oh, pero los marcianos son una raza muerta —dijo mamá.

—No, no es cierto. Yo os enseñaré algunos marcianos —replicó papá.

Timothy frunció las cejas, pero no dijo nada. Todo era muy raro ahora. Las vacaciones y la pesca y las miradas que se cruzaba la gente.

Los otros dos chicos ya estaban buscando marcianos, y protegiéndose los ojos con las manitas examinaban los pétreos bordes del canal a dos metros por encima del agua.

—Pero ¿cómo son los marcianos?, —preguntó Michael.

Papá se rió de un modo extraño y Timothy vio que un pulso le latía en la mejilla.

—Lo sabrás cuando los veas.

La madre era esbelta y suave, con una trenza de pelo de oro rizado en lo alto de la cabeza, como una tiara, y ojos morados, con reflejos de ámbar, del color de las aguas profundas del canal cuando la corriente se deslizaba a la sombra. Se le podían ver los pensamientos nadando como peces en los ojos; unos brillantes, otros sombríos, unos rápidos y fugaces, otros lentos y pacíficos; y a veces, como cuando miraba la Tierra, los ojos eran sólo color y nada más. Estaba sentada a proa, con una mano en el borde de la lancha y la otra sobre los oscuros pantalones azules; una línea de piel tostada por el sol le asomaba bajo la blusa, abierta como una flor blanca.

Miró hacia delante, y, como no pudo ver con claridad, miró hacia atrás, hacia su marido, y reflejado en sus ojos vio entonces lo que había delante. Y como él añadía algo de sí mismo a ese reflejo, una resuelta firmeza, la mujer

se tranquilizó y la aceptó, y se volvió otra vez, comprendiendo de pronto dónde tenía que buscar.

Timothy miraba también. Pero sólo veía un canal recto, como una línea de lápiz violeta que cruzaba un valle amplio y poco profundo; las colinas antiguas y bajas se extendían hasta el borde del cielo. Y el canal continuaba, atravesando unas ciudades que habrían sonado como escarabajos dentro de una calavera si alguien las hubiese sacudido. Eran cien o doscientas ciudades que dormían envueltas en los sueños de los tibios días del verano y en los sueños de las noches frías de invierno.

La familia había viajado millones de kilómetros para esto: una excursión de pesca. Pero en el cohete tenían un arma. Era una excursión, pero ¿para qué habían escondido tanta comida cerca del cohete? Vacaciones. Pero detrás del velo de las vacaciones no había caras dulces y risueñas, sino algo duro y huesudo y quizá terrible. Timothy no podía levantar ese velo, y los otros dos chicos estaban ocupados ahora, pues sólo tenían diez, y ocho años.

Robert apoyó la barbilla en forma de V en el hueco de las manos y observó con ojos muy abiertos las orillas del canal.

—No veo marcianos todavía.

Papá había traído una radio atómica de pulsera. Funcionaba según un anticuado principio: se aplicaba contra los huesos del oído y vibraba cantando o hablando. Papá la escuchaba con un rostro que parecía una ciudad marciana en ruinas: pálido, enjuto y seco, casi muerto.

Luego pasó el aparato de radio a mamá. Mamá escuchó con la boca abierta.

—¿Qué…?, —empezó a preguntar Timothy, pero no terminó lo que quería decir.

En ese momento se oyeron dos titánicas explosiones que los sacudieron hasta los tuétanos, seguidas de una media docena de débiles temblores.

Alzando bruscamente la cabeza, papá aumentó enseguida la velocidad de la lancha. La lancha saltó y se torció y voló. Esto acabó con los temores de Robert, y Michael, dando gritos de miedo y sorprendida alegría, se abrazó a las piernas de mamá y miró el agua que le pasaba por debajo de la nariz en un alborotado torrente.

Papá desvió la lancha, aminoró la velocidad, y llevó la embarcación por un canal estrecho hasta debajo de un antiguo y ruinoso muelle de piedra que olía a carne de crustáceo. La lancha golpeó el muelle, y todos fueron despedidos hacia delante, pero nadie se lastimó, y papá se inclinó enseguida sobre la borda para ver si los rizos del agua borraban la estela de la lancha.

Las ondas del canal se entrecruzaron, golpearon las piedras, retrocedieron encontrándose otra vez, se detuvieron, moteadas por el sol. Desaparecieron.

Papá escuchó. Todos escucharon.

La respiración de papá resonaba como si unos puños golpearan las húmedas y frías piedras del muelle. En la sombra, los ojos de gato de mamá observaban a papá buscando algún indicio de lo que iba a pasar ahora.

Papá se tranquilizó y suspiró, riéndose de sí mismo.

—Era el cohete, por supuesto. Estoy cada vez más nervioso. El cohete.

—¿Qué ha pasado, papá, qué ha pasado?, —preguntó Michael.

—Nada, que hemos volado el cohete —dijo Timothy tratando de hablar en un tono indiferente—. He oído antes ese ruido, en la Tierra. El cohete estalló.

—¿Por qué volamos el cohete?, —preguntó Michael—. ¿Eh, papá?

—Es parte del juego, tonto —dijo Timothy.

La palabra entusiasmó a Michael y a Robert.

—¡Un juego!

—Papá lo arregló para que estallara. Así nadie puede saber dónde estamos. Por si vienen a buscarnos, ¿entiendes?

—¡Qué bien! ¡Un secreto!

—Asustado por mi propio cohete —le dijo papá a mamá—. Estoy muy nervioso. Es tonto pensar en otros cohetes. Quizás uno… Si Edward y su mujer consiguieron salir de la Tierra.

Se llevó otra vez el diminuto aparato de radio a la oreja. Dos minutos después, dejó caer la mano como quien deja caer un trapo.

—Por fin se acabó —le dijo a mamá—. La radio acaba de perder la onda atómica. Ya no hay más estaciones en el mundo. Sólo quedaban dos en estos últimos años. Todas callaron ahora, y así seguirán probablemente.

—¿Por cuánto tiempo, papá?, —preguntó Robert.

—Quizá vuestros bisnietos vuelvan a oírlas —contestó papá, y tuvo una sensación de terror, derrota y resignación que alcanzó a los niños.

Finalmente papá guió otra vez la lancha hacia el canal y continuaron el paseo.

Se hacía tarde. El sol descendía. Una hilera de ciudades muertas se extendía delante de ellos a lo largo del canal.

Papá les habló a sus hijos muy serenamente y en voz baja. Muchas veces, en otros tiempos, se había mostrado inaccesible y severo, pero ahora les hablaba acariciándoles la cabeza. Los niños lo notaron.

—Mike, elige una ciudad.

—¿Qué papá?

—Elige una ciudad. Cualquiera.

—Bueno —dijo Michael—. ¿Cómo la elijo?

—Elije la que más te guste. Y vosotros, Robert, Tim, elegid también la que más os guste.

—Yo quiero una ciudad con marcianos —dijo Michael.

—La tendrás —dijo papá—. Te lo prometo.

Hablaba con los chicos, pero miraba a mamá.

En veinte minutos pasaron ante seis ciudades. Papá no volvió a hablar de explosiones. Prefería, aparentemente, divertirse con sus hijos, verlos reír, a cualquier otra cosa.

A Michael le gustó la primera ciudad, pero los demás no le hicieron caso, pues no confiaban en juicios apresurados. La segunda ciudad no le gustó a nadie. Era un campamento terrestre de casas de madera que ya estaba convirtiéndose en serrín. La tercera le gustó a Timothy porque era grande. La cuarta y la quinta eran demasiado pequeñas, y la sexta provocó la admiración de todos, incluso de mamá, que se sumó a los «¡ah!» y «¡oh!» y a los «¡mirad eso!».

Era una ciudad de cincuenta o sesenta enormes estructuras, en pie todavía; había polvo en las calles de piedra, uno o dos surtidores latían aún en las plazas. Lo único vivo: unos chorros de agua a la luz de la tarde.

—Ésta es la ciudad —dijeron todos.

Papá guió la lancha hacia un muelle y desembarcó de un salto.

—Ya estamos. Esto es nuestro. Aquí viviremos desde ahora.

—¿Desde ahora?, —exclamó Michael, incrédulo, poniéndose de pie. Miró la ciudad y se volvió parpadeando hacia el lugar donde había estado el cohete—. ¿Y el cohete? ¿Y Minnesota?

—Aquí —dijo papá, y tocó con el aparatito de radio la cabeza rubia de Michael—. Escucha.

Michael escuchó.

—Nada —dijo.

—Eso es. Nada. Nada, para siempre. No más Minneapolis, no más cohetes, no más Tierra.

Michael meditó unos instantes en la fatal revelación y rompió en unos sollozos entrecortados.

—Espera, Mike —le dijo papá enseguida—. Te doy mucho más a cambio.

Michael, intrigado, contuvo las lágrimas, aunque dispuesto a continuar si la nueva revelación de papá era tan desconcertante como la primera.

—Te doy esta ciudad, Mike. Es tuya.

—¿Mía?

—Sí, de los tres: tuya y de Robert y de Timothy. Exclusivamente vuestra.

Timothy saltó de la lancha.

—¡Todo es nuestro, todo!

Continuaba jugando con papá, y jugaba a fondo y bien. Más tarde, cuando todo concluyera y se aclarara, podría separarse de los demás y llorar a solas diez minutos. Pero ahora era todavía un juego, una excursión familiar, y los otros dos chicos tenían que seguir jugando.

Mike y Robert saltaron de la lancha y ayudaron a mamá.

—Cuidado con vuestra hermana —dijo papá, y nadie supo, hasta más tarde, lo que quería decir.

Entraron en la vasta ciudad de piedra rosada, hablándose en voz baja, pues las ciudades muertas invitan a hablar en voz baja, y observaron la puesta del sol.

—Dentro de unos cinco días —dijo papá— volveré al lugar donde estaba el cohete y recogeré la comida escondida en las ruinas y la traeré aquí. Después buscaré a Bert Edwards, su mujer y sus hijas.

—¿Hijas?, —preguntó Timothy—. ¿Cuántas?

—Cuatro.

—Ya veo que eso nos traerá preocupaciones —dijo mamá meneando la cabeza.

—Chicas —dijo Michael, y torció la cara como una vieja y pétrea imagen marciana—. Chicas.

—¿También vienen en cohete?

—Sí. Si consiguen llegar. Los cohetes familiares se construyen para ir a la Luna, no a Marte. Nosotros tuvimos suerte.

—¿Dónde conseguiste el cohete?, —susurró Timothy mientras los otros dos chicos corrían adelantándose.

—Lo guardé durante veinte años, Tim. Lo escondí, esperando no tener que usarlo. Supongo que tenía que habérselo entregado al gobierno, para la guerra, pero pensaba constantemente en Marte…

—Y en un pícnic.

—Eso es. Esto queda entre nosotros. Cuando vi que todo acababa en la Tierra, y después de haber esperado hasta el último momento, embarqué a la familia. También Bert Edwards tenía escondido un cohete, pero nos pareció mejor no partir juntos, por si alguien intentaba derribarnos a tiros.

—¿Por qué volaste el cohete, papá?

—Para que nunca podamos volver. Y de este modo, además, si alguno de aquellos malvados viene a Marte, no sabrá que estamos aquí.

—¿Por eso miras siempre el cielo?

—Sí, es una tontería. No nos seguirán nunca. No tienen con qué seguirnos. Me preocupo demasiado, eso es todo.

Michael volvió corriendo.

—¿Esta ciudad es de veras nuestra, papá?

—Todo el planeta es nuestro, hijos. Todo el bendito planeta.

Allí estaban, el Rey de la Colina, el Señor de las Ruinas, el Dueño de Todo, los monarcas y presidentes irrevocables, tratando de comprender qué significaba ser dueños de un mundo, y qué grande era realmente un mundo.

La noche cayó rápidamente en la delgada atmósfera, y papá los dejó en la plaza, junto al surtidor intermitente, llegó hasta la embarcación, y volvió con un paquete de papeles en las manos.

Amontonó los papeles en un viejo patio y los encendió. Todos se agacharon alrededor de las llamas calentándose y riéndose, y Timothy vio que cuando el fuego las alcanzaba, las letritas saltaban como animales asustados. Los papeles crepitaron como la piel de un hombre viejo, y la hoguera envolvió innumerables palabras:

«TÍTULOS DEL GOBIERNO; Gráficas comerciales e industriales, 1999; Prejuicios religiosos, ensayo: La ciencia de la logística; Problemas de la Unidad Americana; Informe sobre reservas, 3 de julio de 1998; Resumen de la guerra…».

Papá había insistido en traer estos papeles, con este propósito. Los fue arrojando al fuego, uno a uno, con aire de satisfacción y explicó a los chicos qué significaba todo eso.

—Ya es hora de que os diga unas pocas cosas. No fue justo, me parece, que os las haya ocultado. No sé si entenderéis, pero tengo que decirlo, aunque sólo entendáis una parte.

Arrojó una hoja al fuego.

—Estoy quemando toda una manera de vivir, de la misma forma que otra manera de vivir se quema ahora en la Tierra. Perdonadme si os hablo como un político, pero al fin y al cabo soy un exgobernador; un gobernador honesto, por eso me odiaron. La vida en la Tierra nunca fue nada bueno. La ciencia se nos adelantó demasiado, con demasiada rapidez, y la gente se extravió en una maraña mecánica, dedicándose como niños a cosas bonitas: artefactos, helicópteros, cohetes; dando importancia a lo que no tenía importancia, preocupándose por las máquinas más que por el modo de dominar las

máquinas. Las guerras crecieron y crecieron y por último acabaron con la Tierra. Por eso han callado las radios. Por eso hemos huido.

»Hemos tenido suerte. No quedan más cohetes. Ya es hora de que sepáis que esto no es una excursión de pesca. He ido demorando el momento de decirlo. La Tierra ya no existe; ya no habrá viajes interplanetarios, durante muchos siglos, quizá nunca. Aquella manera de vivir fracasó, y se estranguló con sus propias manos. Sois jóvenes. Os repetiré estas palabras, todos los días, hasta que entren en vosotros.

Hizo una pausa y alimentó el fuego con otros papeles.

—Estamos solos. Nosotros y algunos más que llegarán dentro de unos días. Somos bastantes para empezar de nuevo. Bastantes para volver la espalda a la Tierra y emprender un nuevo camino…

Las llamas se elevaron subrayando lo que decía papá. Y luego todos los papeles desaparecieron, menos uno. Todas las leyes de la Tierra fueron unos pequeños montículos de ceniza caliente que pronto se llevaría el viento.

Timothy miró el papel que papá arrojaba al fuego. Era un mapa del mundo. El mapa se arrugó y retorció entre las llamas, y desapareció como una mariposa negra y ardiente. Timothy volvió la cabeza.

—Ahora, os voy a mostrar los marcianos. Venid todos. Ven, Alice —dijo papá tomando a mamá de la mano.

Michael lloraba ruidosamente, y papá lo alzó en brazos y todos caminaron por entre las ruinas, hacia el canal.

El canal. Por donde mañana, o pasado mañana, vendrían en bote las futuras esposas, unas niñitas sonrientes, acompañadas de sus padres.

La noche cayó envolviéndolos, y aparecieron las estrellas. Pero Timothy no encontraba la Tierra en el cielo. Se había puesto. Era algo que hacía pensar.

Un pájaro nocturno gritó entre las ruinas.

—Vuestra madre y yo procuraremos instruiros —dijo papá—. Tal vez fracasemos, pero espero que no. Hemos visto muchas cosas y hemos aprendido mucho. Este viaje lo planeamos hace varios años, antes de que nacierais. Creo que aunque no hubiese estallado la guerra habríamos venido a Marte y habríamos organizado aquí nuestra vida. La civilización terrestre no hubiese podido envenenar a Marte en menos de un siglo. Ahora, por supuesto…

Llegaron al canal. Era largo y recto y fresco, y reflejaba la noche.

—Siempre quise ver un marciano —dijo Michael—. ¿Dónde están, papá? Me lo prometiste.

—Ahí están —dijo papá, sentando a Michael en el hombro y señalando las aguas del canal.

Los marcianos estaban allí. Timothy se estremeció.

Los marcianos estaban allí, en el canal, reflejados en el agua: Timothy y Michael y Robert y papá y mamá.

Los marcianos les devolvieron una larga, larga mirada silenciosa desde el agua ondulada.

* Llamada nocturna
2065 Julio

No sabía qué le recordaba el viejo poema, pero allí estaba:

Supongamos, supongamos, y supongamos,
que los cables en los postes lejanos del teléfono
se empapen de los millones de palabras escuchadas
todas las noches, conservando el sentido
y el significado de todo.
Se detuvo. ¿Qué seguía? Ah, sí…
Que luego como un rompecabezas en la noche,
junten todas las partes,
y en fase filosófica
prueben palabras como un niño atrasado.
Hizo de nuevo una pausa. ¿Cómo terminaba la cosa? Espera…
Así, bestia necia,
todo el tesoro de vocales y consonantes
conserva el milagro de una advertencia errónea,
deja filtrar a la vez un susurro, un latido,
un balbuceante murmullo.
Temprano entonces una noche alguien se sienta,
oye una brusca campanilla, levanta el tubo
y escucha una Voz como el Espíritu Santo
allá lejos, en una nebulosa,
la Bestia, en el cable,
que entre silbidos y gozosamente
a través de enloquecidos continentes de tiempo
repite Hola, Hola.
Tomó aliento y terminó:
Para semejante Creación,
semejante Bestia Eléctrica, torpe, bruta, perdida,
¿qué respuesta tienes?
Estaba sentado, en silencio.

Estaba sentado, tenía ochenta años. Estaba sentado en una habitación vacía de una casa vacía en una calle vacía de una ciudad vacía del vacío planeta Marte.

Hacía cincuenta años que estaba así sentado, esperando.

En la mesa que tenía delante había un teléfono que no sonaba desde hacía mucho mucho tiempo.

El teléfono temblaba ahora preparando algo secreto. Quizá ese temblor había evocado el poema…

Se le estremecieron las aletas de la nariz. Los ojos se abrieron, brillantes.

El teléfono seguía vibrando, apenas.

El viejo se inclinó hacia adelante, mirándolo fijo.

El teléfono… sonó.

El viejo se levantó de un salto y retrocedió, haciendo caer la silla. Gritó, gritó:

—¡No!

El teléfono sonó de nuevo.

—¡No!

El viejo quería acercarse, se acercó y de un golpe tiró el aparato de la mesa. El tubo se salió de la horquilla en el preciso instante en que el timbre sonaba por tercera vez.

—No… oh, no, no —dijo suavemente, cubriéndose el pecho con las manos, meneando la cabeza, el teléfono a sus pies—. No puede ser… no puede ser…

Porque después de todo, estaba solo en la habitación de una casa vacía en una ciudad vacía del planeta Marte donde no había nada con vida, excepto él mismo, el Rey de la Colina Árida…

Y sin embargo…

—… Barton…

Alguien pronunciaba ese nombre.

No. Algo zumbaba, como un ruido de grillos y cigarras de lejanas tierras desiertas.

¿Barton?, pensó ¡Pero… pero si soy yo!

Hacía tanto tiempo que no oía su propio nombre, y ya casi lo había olvidado. Nunca había tenido la costumbre de nombrarse a sí mismo en voz alta. Nunca había…

—Barton —dijo el teléfono—. Barton. Barton. Barton—. ¡Cállate!, —gritó Barton.

Y le dio un puntapié al auricular y se agachó sudando, jadeando, y colgó el tubo en la horquilla. Enseguida, el maldito aparato sonó de nuevo. Esta vez Barton lo rodeó con el puño, lo apretó como para estrangular el sonido, pero al fin, viendo que los nudillos se le ponían blancos, aflojó los dedos y levantó el tubo.

—Barton —dijo una voz lejana, a mil millones de kilómetros de distancia.

Barton esperó a que el corazón le latiera otras tres veces y luego dijo: —Habla Barton.

—Vaya, vaya-dijo la voz, ahora a sólo un millón de kilómetros de distancia. —¿Sabes quién habla?

—Cristo-dijo el viejo. —La primera llamada que recibo en media vida y me viene con adivinanzas.

—Perdón. Qué estúpido soy. Claro, uno no reconoce su propia voz en el teléfono. Nadie la reconoce nunca. Estamos acostumbrados a la voz que nos llega a través de los huesos del cráneo. Barton, habla Barton. —¿Qué?

—¿Quién creíste que era?, —dijo la voz—. ¿El capitán de un cohete? ¿Pensaste que habían venido a rescatarte?

—No.

—¿Qué fecha es hoy?

—20 de julio de 2097.

—Dios bendito. ¡Cincuenta años! ¿Has estado ahí sentado todo el tiempo esperando un cohete de la Tierra? El viejo asintió.

—Vamos, viejo, ¿sabes quién soy?

—Sí-Barton tembló. —Recuerdo. Somos uno. Yo soy Emil Barton y tú eres Emil Barton.

—Con una diferencia. Tú tiene ochenta años, yo tengo sólo veinte. ¡Toda la vida por delante!

El viejo empezó a reírse y después a llorar. Se sentó con el teléfono en los dedos como un niño tonto y perdido. La conversación era imposible, y sin embargo continuó. Cuando Barton consiguió dominarse, se acercó al teléfono y dijo:

—¡Escucha, por Dios, tú que estás ahí, quisiera prevenirte! ¿Pero cómo podría? Eres sólo una voz. Si pudiera mostrarte qué solitarios son los años. ¡Termina, mátate! ¡No esperes! Si supieras lo que es cambiar de lo que eres tú a lo que soy yo, hoy, aquí, ahora, en este extremo.

—¡Imposible!, —la voz del joven Barton reía, muy lejos—. No tengo manera de saber si recibes esta llamada. Todo es mecánico. Estás hablando con una grabación nada más. Estamos en 2037. Sesenta años de tu pasado.

Hoy empezó la guerra atómica en la Tierra. Nos convocaron a todos los coloniales para volver de Marte, en Cohete. ¡A mí me dejaron atrás! —Recuerdo-susurró el viejo.

—Sólo en Marte-rió la voz juvenil. —Un mes, un año, ¿qué importa? Hay comida y libros. En los ratos libres he grabado textos de diez mil palabras, respuestas, mi voz, conectadas entre sí automáticamente. Llamaré en los últimos meses, para poder hablar con alguien.

—Sí.

—Dentro de sesenta años me llamarán las bandas que grabé yo mismo. No creo realmente que pase aquí en Marte tantos años, sólo una idea divertida que se me ha ocurrido, algo para matar el tiempo. ¿Pero eres tú, Barton? ¿Soy realmente yo?

Las lágrimas caían de los ojos del viejo. —Sí.

—He grabado mil Bartons, cintas sensibles a todas las preguntas, en mil ciudades marcianas. Un ejército de Bartons en Marte, mientras espero la vuelta de los cohetes.

—Insensato-el viejo meneó la cabeza, cansado. —Esperaste sesenta años. Has envejecido esperando, siempre solo. Y ahora has llegado a ser yo y sigues sólo en las ciudades vacías.

—No esperes mi simpatía. Eres como un extranjero que está en otro país. No puedo ponerme triste. Ahora que grabo estas cintas estoy vivo. Y tú estás vivo mientras escuchas. Los dos, el uno para el otro, incomprensibles. Ninguno puede prevenir al otro, aunque se responden, uno automáticamente, el otro cálida y humanamente. Yo soy humano ahora. Tú eres humano después. Es una locura. No puedo llorar, porque como no conozco el futuro no puedo ser sino optimista. Estas cintas escondidas sólo reaccionan a cierto número de estímulos tuyos. ¿Pueden pedirle a un hombre muerto que llore?

—¡Basta!, —gritó el viejo. Sintió los accesos familiares de dolor. Lo invadió la náusea y la obscuridad—. Ah, Dios, eras despiadado. ¡Vete!

—¿Eras, viejo? Yo soy. Mientras las cintas se deslicen, mientras los rollos y los ocultos ojos electrónicos lean, elijan y traduzcan palabras para ti, seré joven y cruel. Seguiré siendo joven y cruel mucho después que hayas muerto. Adiós.

—¡Espera!, —gritó el viejo.

Clic.

Barton se quedó sentado sosteniendo el tubo largo rato. El corazón le dolía terriblemente.

Qué locura había sido. En su juventud, qué tontos, qué inspirados aquellos primeros años de aislamiento, mientras preparaba los cerebros telefónicos, las cintas, los circuitos, conectando las llamadas mediante relevadores temporales.

Sonó el teléfono.

—Buenos días, Barton. Habla Barton. Las siete. Levántate y brilla.

¡Otra vez!

—¿Barton? Habla Barton. Vas a ir a la Ciudad de Marte a mediodía. A instalar un cerebro telefónico. Se me ocurrió recordártelo.

—Gracias.

¡La campanilla del teléfono!

—¿Barton? Barton. ¿Quieres almorzar conmigo? ¿En la Posada del Cohete?

—De acuerdo.

—¡Hasta luego, entonces!

¡Rrrrrrinnng!

—¿Eres tú, B.? Pensé que te alegraría. Arriba la cabeza y todo lo demás. El cohete salvador puede llegar mañana.

—Sí, mañana, mañana, mañana, mañana.

Clic.

Pero los años se habían quemado, eran humo ahora.

Barton había silenciado los insidiosos teléfonos y las astutas, astutas respuestas. Sólo lo llamarían después de los ochenta años, si todavía estaba con vida. Y ahora, hoy, el teléfono que suena, el pasado que alienta en el oído, susurrando, recordando.

¡El teléfono!

Lo dejó sonar.

No contestaré, pensó.

¡La campanilla!

No hay absolutamente nadie, pensó.

¡La campanilla!

Es como hablar con uno mismo, pensó. Pero distinto. Ah, Dios, qué distinto.

Las manos del viejo levantaron el tubo.

—¡Hola, viejo Barton, habla el joven Barton! ¡Hoy cumplo veintiún años! El año pasado instalé cerebros parlantes en otras doscientas ciudades. ¡He poblado a Marte de Bartons!

El viejo recordó aquellas noches de seis decenios atrás, cuando corría por colinas azules y valles de hierro, en un camión colmado de aparatos, silbando, feliz. Otro teléfono, otro relevador. Algo que hacer. Algo inteligente, maravilloso, triste. Voces ocultas. Ocultas, ocultas. En aquellos días juveniles en que la muerte no era muerte, el tiempo no era tiempo, la vejez un eco débil salido de la larga caverna de los años próximos. Joven idiota, loco sádico, no pensó nunca que algún día la siembra daría frutos.

—Anoche-dijo Barton, cuando cumplió veintidós años, —estuve sentado solo en el cine de una ciudad vacía. Pasé una de Laurel y Hardy. Diablos, cómo me reí.

—Sí.

—Se me ocurrió una idea. Registré mi voz mil veces en una cinta. Transmitida desde la ciudad, suena como mil personas. Un ruido reconfortante, el ruido de una multitud. Lo grabé de manera que se oyen portazos, los niños cantan, los gramófonos suenan, todo mediante un sistema de relojería. Si no miro por la ventana, si me limito a escuchar, está muy bien. Pero si miro, la ilusión se desvanece. Me parece que me estoy quedando solo.

El viejo dijo:

—La primera señal.

—¿Qué?

—La primera vez que admitiste que estabas solo.

—He experimentado con olores. Mientras caminaba por las calles vacías, sentía los olores del tocino, los huevos, el jamón, los filetes, que salían de las casas. Todo con aparatos ocultos.

—Locura.

—¡Autoprotección!

—Estoy cansado.

El viejo colgó. Era demasiado. El pasado lo ahogaba…

Vacilando, bajó las escaleras de la torre y salió a las calles de la ciudad.

La ciudad estaba a obscuras. Nadie encendía las señales rojas de neón, nadie hacía sonar música, nadie difundía olores de cocina. Hacía mucho que había abandonado la fantasía de la mentira mecánica. ¡Escucha! ¿Son pisadas? ¡Huele! ¿No es pastel de fresas? Lo había detenido todo.

Fue hacia el canal donde las estrellas brillaban en las aguas trémulas.

Debajo del agua, fila tras fila, se oxidaba la población robot de Marte que había construido a lo largo de los años, y que cuando Barton entendió su propia y enajenada inadaptación, había enviado a paso redoblado, ¡uno dos tres cuatro!, a las profundidades del canal. Allí los robots se hundieron,

burbujeando como botellas. Barton los había matado sin mostrar ningún remordimiento.

Un teléfono sonó débilmente en un cottage sin luz.

Barton siguió caminando. El teléfono calló.

En otro cottage el teléfono sonó de pronto como si supiera que Barton pasaba por la calle. Barton echó a correr. La campanilla quedó atrás. Sólo para que lo alcanzara la de esta casa ahora, ahora la de aquélla, ¡ahora aquí, allá! Corrió más rápido. ¡Otro teléfono!

—¡Está bien!, —chilló, exhausto—. ¡Ya voy!

—Hola, Barton.

—¿Qué quieres?

—Estoy solo. No vivo más que cuando hablo. Así que tengo que hablar. No pueden ignorarme tanto tiempo.

—¡Déjame en paz!, —dijo el viejo, horrorizado—. ¡Ay, mi corazón! —Habla Barton, veinticuatro años. Otro par de años que se han ido. Esperando. Un poco más solo. He leído La guerra y la paz, me he emborrachado con jerez, he recorrido los restaurantes y he sido camarero, cocinero, animador. Esta noche protagonizo un film en el Tivoli: ¡Emil Barton en Penas de amor perdidas, en todos los papeles, algunos con peluca!—. ¡Deja de llamarme o te mato!

—No puedes matarme. ¡Tienes que encontrarme, primero!

—¡Te encontraré!

—Has olvidado dónde me escondiste. ¡Estoy en todas partes, en cajas, casas, cables, postes, bajo tierra! ¡Anda, inténtalo! ¿Cómo le llamarás? ¿Telecidio? ¿Suicidio? ¿Me tienes envidia? ¿Envidia de mí aquí, con sólo veinticuatro años, ojos brillantes, joven, fuerte? ¡Muy bien, viejo, será la guerra! Entre los dos. ¡Entre yo y yo! Todo un regimiento de yos, todas las edades contra ti, el verdadero. ¡Adelante, declara la guerra!

—¡Te mataré!

Clic. Silencio.

Barton arrojó el teléfono por la ventana.

En el frío de la medianoche, el automóvil avanzó por valles profundos. Bajo los pies de Barton, en el piso del coche, había revólveres, rifles, dinamita. Sentía el rugido del motor en los delgados, cansados huesos.

Los encontraré, pensaba, y los destruiré a todos. Ah, Dios, ¿cómo puede hacerme esto?

Detuvo el coche. Bajo las lunas postreras yacía una ciudad extraña. No había viento.

Sostuvo el rifle con las manos frías. Escudriñó los agujeros, los postes, las cajas. ¿Dónde estaba escondida la voz de esta ciudad? ¿En ese poste? ¿O en aquél? Hacía tantos años. Barton volvía la cabeza, para este lado, para aquél, enloquecido.

Levantó el rifle.

El poste cayó con la primera bala.

Todos, pensó. Habría que tronchar todos los postes de esta ciudad. Me he olvidado. Demasiado tiempo.

El auto avanzó por la calle silenciosa.

Sonó un teléfono.

Barton miró el *drugstore* vacío.

Un teléfono.

Pistola en mano, disparó a la cerradura de la puerta y entró.

Clic.

—Hola, ¿Barton? Una advertencia solamente. No trates de bajar todos los postes, de volarlo todo. Mejor que te abras la garganta. Piénsalo…

Clic.

Barton salió lentamente de la cabina telefónica, avanzó por la calle, escuchó los postes telefónicos que zumbaban allá arriba, todavía vivos, todavía intactos. Los miró y entonces entendió.

No podía destruir los postes. Si llegaba un cohete de la Tierra, idea imposible, pero si llegaba esa noche, mañana, la semana próxima, y descendía del otro lado del planeta, utilizarían quizá los teléfonos para tratar de llamar a Barton, y descubrirían que los circuitos estaban muertos.

Barton dejó caer el arma.

—No llegará ningún cohete-se dijo, —estoy viejo. Es demasiado tarde.

Pero si llega y nunca lo sabes, pensó. No, tienes que mantener las líneas en buen estado.

De nuevo sonó el teléfono.

Barton se volvió torpemente. Entró tropezando en el *drugstore* y manoteó el tubo.

—¡Hola! —Una voz extraña.

—Por favor-dijo el viejo, —no me molestes.

—¿Qué es eso, quién había? ¿Qué pasa? ¿Dónde está usted?, —exclamó la voz, sorprendida.

—Espere un minuto-el viejo se tambaleó. —Habla Emil Barton, ¿quién habla?

—Habla el capitán Rockwell, cohete Apolo 48. Acabamos de llegar de la Tierra.

—No, no, no.

—¿Está usted ahí, señor Barton?

—No, no, no puede ser.

—¿Dónde está usted?

—¡Me estás engañando!, —el viejo se apoyó ciegamente en la cabina—. ¡Eres tú, Barton, te burlas de mí, mientes otra vez!

—Habla el capitán Rockwell. Acabamos de desembarcar. En Nueva Chicago. ¿Dónde está usted?

—En Villa Verde —boqueó Barton—. A mil quinientos kilómetros de usted.

—Escuche, Barton, ¿puede venir aquí?

—¿Qué?

—Tenemos que reparar el cohete. Estarnos agotados por el vuelo. ¿Puede venir a ayudarnos?

—Sí, sí.

—Estamos en la pista fuera de la ciudad. ¿Puede venir mañana?

—Sí, pero…

—¿Qué?

El viejo acariciaba el teléfono.

—¿Cómo está la Tierra? ¿Cómo está Nueva York? ¿Terminó la guerra? ¿Quién es el presidente ahora? ¿Qué pasó?

—Habrá tiempo de sobra para charlar cuando venga.

—¿Todo está bien?

—Muy bien.

—Gracias a Dios-el viejo esperaba la voz lejana. —¿Está usted seguro de que es el capitán Rockwell?

—¡Váyase al diablo!

—Discúlpeme.

Barton colgó y salió corriendo.

Allí estaban, después de tantos años, increíble; ahora lo llevarían de vuelta a los mares, los cielos, las montañas de la Tierra.

Puso en marcha el auto. Viajaría toda la noche. Valía la pena correr el riesgo para ver gente, estrechar manos, oírlos de nuevo.

El coche tronaba en las colinas.

Esa voz. El capitán Rockwell. No podía ser él, Barton, hacía cuarenta años. Nunca había grabado nada parecido. ¿O sí? En un acceso de depresión,

en un momento de cinismo, borracho, ¿no habría preparado la falsa grabación de un falso desembarco en Marte, con un capitán sintético y una tripulación imaginaria? Barton sacudió la cabeza. No. Tanta suspicacia, y tontería. Éste no era el momento de dudar. Tenía que correr con las lunas de Marte, toda la noche. ¡Qué fiesta celebrarían!

Salió el sol. El viejo estaba muy cansado, con punzadas y calambres en todo el cuerpo, el corazón acelerado, y los dedos agarrotados en el volante. Lo que más le gustaba, sin embargo, era la idea de una última telefoneada. Hola, joven Barton, habla el viejo Barton. ¡Hoy voy a la Tierra! ¡Me han rescatado! Sonrió débilmente.

Llegó a los vagos límites de Nueva Chicago al atardecer. Se apeó del coche y se quedó mirando la pista de desembarco del cohete, y se frotó los ojos enrojecidos.

La pista estaba vacía. Nadie corrió a su encuentro. Nadie le estrechó la mano, nadie gritó o se rió.

Barton sintió que le estallaba el corazón. El mundo se le obscureció, alrededor, y Barton tuvo la sensación de caer a través de un cielo abierto. Caminó tropezando hacia una oficina.

Dentro, había una prolija hilera de seis teléfonos. Barton esperó, jadeando. Al fin, la campanilla. Levantó el tubo pesado.

—Estaba preguntándome si habrías llegado vivo. El viejo no habló y se quedó con el teléfono en la mano.

La voz continuó.

—El capitán Rockwell informa. ¿Cuáles son sus órdenes, señor?

—Tú-gimió el viejo. —¿Cómo está tu corazón, viejo?

—¡No!

—Tengo que eliminarte de alguna manera para poder vivir, si se puede decir eso de una grabación.

—No importa ya-respondió el viejo. —¡Haré volar todo esto hasta que estés muerto!

—No tendrás fuerzas. ¿Por qué crees que te hice viajar tanto y tan velozmente? ¡Es tu último viaje!

El viejo sintió que le fallaba el corazón. Nunca llegaría a las otras ciudades.

Había perdido la guerra. Se deslizó en una silla y unos sonidos bajos, lastimeros, le salieron de la boca. Los otros cinco teléfonos, como ante una señal, estallaron en coro. ¡Un nido de horribles pájaros, que chillaban todos a la vez!

Los receptores automáticos saltaron. La oficina giraba. «¡Barton, Barton, Barton!». Barton apretó un tubo en las manos. Lo tapó pero la voz seguía riéndose de él. Lo golpeó. Le dio un puntapié. Tomó el cordón como una serpentina entre los dedos, y lo arrancó. El cordón cayó entre los pies del viejo, que se tambaleaba.

Barton destruyó otros tres teléfonos. Hubo un silencio súbito.

Y como si el cuerpo de Barton descubriera algo que hasta entonces había sido mantenido en secreto, pareció hundirse en los huesos cansados. Los párpados le bajaron como pétalos. La boca se le marchitó. Los lóbulos de las orejas se le derritieron como si fueran de cera. Barton se apretó el pecho con las manos y cayó de bruces. Se quedó quieto. Dejó de respirar. El corazón se detuvo.

Después de un largo rato, los otros dos teléfonos sonaron.

Un relevador restalló en alguna parte. Las dos voces telefónicas estaban conectadas, una con otra.

—Hola, ¿Barton?

—Sí, ¿Barton?—. Veinticuatro años.

—Yo tengo veintiséis. Los dos somos jóvenes. ¿Qué ha pasado?

—No sé. Escucha.

La habitación silenciosa. En el suelo, el viejo no se movía. El viento soplaba por la ventana rota. El aire era frío.

—¡Felicítame, Barton, hoy cumplo veintiséis años!

—¡Felicitaciones!

Las voces cantaron juntas el saludo de cumpleaños y la canción voló por la ventana, débil, débilmente, en la ciudad muerta.

MARTE ALTERNATIVO

La mezcladora de cemento

Las voces de las brujas susurraban como hierbas secas debajo de la abierta ventana.

—¡Ettil, el cobarde! ¡Ettil, el renegado! ¡Ettil, que no quiere participar en la gloriosa guerra de Marte contra la Tierra!

—¡Os escucho, brujas!, —gritó Ettil.

Las voces descendieron hasta convertirse en un murmullo como el del agua en los largos canales bajo el cielo marciano.

—¡Ettil, el padre de un hijo que crecerá a la sombra de esta horrible verdad!, —dijeron las viejas de piel arrugada y ojos astutos, entrechocando suavemente las cabezas—. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

La mujer de Ettil estaba llorando en un rincón de la habitación. Las lágrimas caían como una lluvia, numerosas y frescas, sobre los azulejos.

—Oh, Ettil, ¿cómo puedes pensar así?

Ettil dejó a un lado el libro de metal con marco de oro que, rozado por los dedos, le había cantado una historia durante toda la mañana.

—He tratado de explicártelo —dijo—. Esto es una locura. Que Marte invada la Tierra… Nos matarán a todos.

Afuera, un ruido estrepitoso, la música repentina de una banda, un tambor, un grito, unas botas, estandartes y cantos. El ejército desfilaba por las calles de piedra, armas al hombro, seguido por los niños. Las viejas agitaban unas banderas sucias.

—Me quedaré en Marte, a leer —dijo Ettil.

Un golpe brusco en la puerta. Tylla fue a abrir. Su padre entró rugiendo:

—¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Mi yerno un traidor?

—Sí, padre.

—¿No vas a luchar en el ejército marciano?

—No, padre.

—¡Dioses! —El viejo enrojeció hasta las orejas—. ¡Qué oprobio! Te matarán.

—Y bueno, que me maten. No habrá más discusiones.

—¿Quién ha oído hablar alguna vez de un marciano que no quiera invadir la Tierra? ¿Quién?

—Nadie. Admito que es algo increíble.

—Increíble —repitieron las roncas voces de las brujas bajo la ventana.

—Padre, ¿por qué no tratas de convencerlo?, —preguntó Tylla.

—¿Convencer a un montón de estiércol?, —gritó el suegro con los ojos brillantes. Se acercó a Ettil—. Brilla el sol, suena la música, las mujeres lloran, los niños saltan, todo como debe ser, los hombres desfilan valientemente, ¡y tú sentado aquí! ¡Qué vergüenza!

—¡Qué vergüenza!, —gimieron las lejanas voces desde los setos.

—¡Salga de mi casa! ¡Váyase al diablo con sus frases idiotas!, —estalló Ettil—. ¡Váyase! ¡Llévese sus medallas y sus tambores!

Ettil echó a empujones a su suegro mientras su mujer lloraba a gritos. Un escuadrón militar cruzó la puerta.

—¿Ettil Vrye?, —gritó una voz.

—Sí.

—¡Está usted arrestado!

—Adiós, querida. Me voy a la guerra con estos imbéciles —gritó Ettil, mientras los hombres vestidos con mallas de bronce lo arrastraban hacia la puerta.

—Adiós, adiós —dijeron las brujas del pueblo, perdiéndose a lo lejos.

El calabozo era limpio y claro. Sin libros, Ettil se sentía nervioso. Se tomó de las rejas y observó los cohetes que subían en el aire nocturno. Las estrellas eran muchas y frías; cuando un cohete se lanzaba hacia ellas, parecían apartarse.

—Imbéciles —murmuraba Ettil—. Imbéciles.

Se abrió la puerta y entró un hombre con una especie de vehículo lleno de libros. Libros aquí, libros allí, libros en todas las cámaras del carricoche. Y detrás del vehículo venía el comisionado militar.

—Ettil Vrye, nos gustaría saber por qué tenía usted estos ilegales libros terrestres en su casa. Estos ejemplares de Historias Maravillosas, Cuentos Científicos, Historias Fantásticas. Explíquese.

El hombre asió a Ettil por la muñeca. Ettil se liberó con un ademán.

—Si van a matarme, mátenme de una vez. Esta literatura terrestre explica precisamente por qué no quiero ir a la Tierra. Explica por qué la invasión fracasará.

El comisionado frunció el ceño volviéndose hacia las revistas amarillentas.

—¿Cómo es eso?

—Tome cualquier ejemplar —dijo Ettil—. Cualquiera. Nueve de cada diez historias (publicadas entre los años 1929 y 1950, según el calendario

terrestre) hablan de una invasión marciana que invade exitosamente la Tierra.

—Ah. —El comisionado sonrió, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Y que luego —dijo Ettil—, fracasa.

—¡Traición! ¡Literatura subversiva!

—Como guste, pero permítame que saque algunas conclusiones. Las invasiones fracasan, invariablemente, a causa de un hombre joven, generalmente delgado, generalmente irlandés, generalmente solo, llamado Mick o Rick o Jick, que destruye a los marcianos.

—¡No creerá eso!

—No, no creo que los terrestres puedan hoy hacer eso… no. Pero tienen una tradición, ¿comprende, comisionado? Varias generaciones de niños han leído, han absorbido esos cuentos. No conocen sino una serie de invasiones sucesivamente aplastadas. ¿Puede usted decir otro tanto de la literatura de Marte?

—Bueno… Creo que no.

—Sabe que no. Nunca hemos escrito esas historias tan fantásticas. Sólo atacamos, y morimos.

—No comprendo su razonamiento. ¿Qué relación ve usted entre la guerra y estas revistas?

—La moral. Algo muy importante. Los terrestres saben que no pueden fracasar. Lo llevan adentro, como la sangre en las venas. No pueden fracasar. Rechazaron todas las invasiones, aun aquéllas maravillosamente organizadas. El haber leído durante su adolescencia todas esas historias les ha dado una fe que no conocemos. Nosotros, los marcianos, no estamos seguros. Sabemos que podemos fracasar. Nuestra moral es muy baja, a pesar del estrépito de tambores y cobres.

—¡Basta! ¡Traidor!, —gritó el comisionado—. Arrojaremos al fuego estas revistas y haremos lo mismo con usted dentro de diez minutos. Elija, Ettil Vrye: unirse a la legión de los guerreros, o morir en la hoguera.

—Hay que elegir entre dos muertes. Elijo la hoguera.

—¡Hombres!

Arrastraron a Ettil hasta el patio. Allí vio cómo arrojaban al fuego sus revistas, tan cuidadosamente coleccionadas. Habían preparado un pozo de petróleo de un metro y medio de profundidad. Encendieron el pozo. Las llamas atronaron el aire. Dentro de un minuto me echarán ahí, pensó Ettil.

En el otro extremo del patio, en la sombra, vio la solemne y solitaria figura de su hijo, con los ojos amarillos, grandes y brillantes, llenos de pena y

miedo. El niño, silencioso, no se movía. Miraba a su padre como un animal agonizante, un animal callado que sólo quería esconderse.

Ettil miró el pozo de fuego. Sintió unas manos rudas que le arrancaban la ropa y lo empujaban hacia el rojo perímetro de la muerte. Tragó saliva, y gritó:

—¡Un momento!

El rostro del comisionado, enrojecido por las llamas, se adelantó a través del aire tembloroso.

—¿Qué pasa?

—Me uniré a la legión de los guerreros —respondió Ettil.

—¡Bien! Déjenlo en libertad.

Las manos cayeron.

Ettil se volvió y vio a su hijo que esperaba, allá en el otro extremo del patio. No sonreía, esperaba. En lo alto del cielo un dorado cohete incandescente subió entre las estrellas.

—Y ahora despediremos a estos valientes guerreros —dijo el comisionado.

La banda rompió a tocar, y el viento bañó suavemente, con una dulce lluvia de lágrimas, al ejército sudoroso. Los niños correteaban. Ettil miró a su mujer, que lloraba de orgullo, y a su hijo, serio y callado.

Entraron marchando en la nave, entre risas y hurras. Se ataron a las hamacas de tela de araña. Las hamacas se llenaron de hombres cansados y perezosos que esperaban masticando un poco de comida.

Una compuerta se cerró de golpe. Una válvula silbó.

—Hacia la Tierra y la destrucción —murmuró Ettil.

—¿Qué?, —preguntó alguien.

—Hacia la gloriosa victoria —dijo Ettil con una mueca. El cohete dio un salto.

El espacio, pensó Ettil. Henos aquí, rodando entre las tintas negras y las luces rosadas del espacio, en una cacerola. Henos aquí, en un cohete celebratorio lanzado hacia los terrestres para que cuando alcen la cabeza los ojos se les llenen de reflejos de miedo. ¿A qué se parece esto, estar lejos, muy lejos del hogar, la mujer y los hijos?

Ettil trató de analizar sus temblores. Es como atar tus entrañas a Marte y dar luego un salto de un millón de kilómetros. Tu corazón sigue allí, en Marte, reluciente, palpitante. Tu cerebro sigue allí, pensando, humeando, como una antorcha abandonada. Tu estómago sigue allí, en Marte, somnoliento, tratando de digerir la última cena. Tus pulmones están allí,

respirando el aire azul y embriagador de Marte, como un blando fuelle plegado que desea abrirse, que suspira añorando el resto de tu cuerpo.

Y aquí estás, un autómata sin engranajes, ni ruedas. El gobierno te ha hecho una autopsia, abandonando lo más importante sobre mares secos y oscuras colinas. Y aquí estás, vacío como una botella, apagado, sin sangre, con sólo un par de manos, para matar a los terrestres. Eres sólo un par de manos, pensó Ettil, en su frío aislamiento.

Aquí estás, en esta enorme tela de araña. Te acompañan algunos otros, pero están completos… tienen cuerpos y corazones. Pero lo vivo que había en ti, está allá ahora, arrastrándose por los mares vacíos, entre los vientos de la tarde. Esto que soy ahora, este barro helado, está ya muerto.

—¡Destacamentos de combate! ¡Destacamentos de combate!

—Listos, listos, listos.

—¡Arriba! ¡Dejen las telas! ¡Rápido!

Ettil se movió. Las dos manos frías se movieron ante él, en alguna parte.

Qué rápido ha sido todo, pensó. Hace un año un cohete terrestre llegó a Marte. Nuestros hombres de ciencia, con sus increíbles talentos telepáticos, copiaron la nave; nuestros trabajadores, con sus fábricas increíbles, la reprodujeron, cien veces. Ninguna otra nave ha llegado a Marte desde entonces, y sin embargo ya todos hablamos perfectamente el idioma de la Tierra. Conocemos su cultura, su modo de pensar. Y ahora vamos a pagar el precio de nuestra inteligencia.

—¡Preparen las armas!

—¡Listos!

—¡Apunten!

—¿Distancia?

—¡Quince mil kilómetros!

—¡Al ataque!

Un silencio susurrante. Un silencio de insectos en las paredes del cohete. El zumbido de insecto de las menudas bobinas, los pistones y los ejes de las ruedas. Un silencio de hombres acechantes. Un silencio de glándulas que emitían, acompasadamente, lentamente, unas gotas de sudor, en las axilas, sobre las cejas, bajo los ojos apagados y fijos.

—¡Atención! ¡Prepárense!

Ettil trató de sostenerse clavándose fuertemente las uñas en la razón. Silencio… silencio, silencio. Espera.

—¡*Tiiii… ti… tiii*!

—¿Qué es eso?

—¡Una radio de la Tierra!

—¡Sintonicen!

—¡Están tratando de comunicarse con nosotros! ¡Sintonicen!

—¡*Tii… ii*!

—¡Aquí están! ¡Escuchen!

—Aquí la Tierra, llamando a la flota de invasión marciana.

El atento silencio, el zumbido de insecto retrocedieron para que la penetrante voz de la Tierra resonara en las cámaras llenas de hombres expectantes.

—Aquí la Tierra. ¡Os habla William Sommers, presidente de la Asociación de Productores Americanos!

Ettil se inclinó hacia adelante cerrando los ojos.

—Bienvenidos a la Tierra.

—¿Qué?, —rugieron los hombres en el cohete—. ¿Qué dijo?

—Sí, bienvenidos a la Tierra.

—¡Es una trampa!

Ettil se estremeció, abrió los ojos y miró con asombro la voz invisible que brotaba del techo.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos a la Tierra industrial y verde!, —declaró la amable voz—. Os damos la bienvenida con los brazos abiertos. ¡Que vuestra sangrienta invasión se transforme en una eterna amistad!

—¡Una trampa!

—¡Chist! ¡Escuchen!

—Hace ya muchos años, nosotros los terrestres, renunciamos a la guerra, destruimos nuestras bombas atómicas. Todo el planeta es vuestro. Sólo os pedimos un poco de gracia, bondadosos invasores.

—¡No puede ser cierto!, —murmuró una voz.

—Es una trampa.

—Aterrizad y sed bienvenidos, todos vosotros —dijo el señor William Sommers de la Tierra—. Aterrizad en cualquier parte. ¡La Tierra es vuestra! ¡Todos somos hermanos!

Ettil se echó a reír. Todos se volvieron hacia él. Los marcianos parpadearon.

—¡Se ha vuelto loco!

Ettil no dejó de reír hasta que alguien lo golpeó.

Un hombre bajo y gordo que esperaba en el centro de la plataforma de cohetes, en *Green Town*, California, sacó un limpio pañuelo blanco y se

enjugó la frente cubierta de sudor. Luego miró allá abajo a las cincuenta mil personas rodeadas por un cordón de policías. Todos miraban el cielo.

—¡Allá vienen!

—¡Ah!, —dijo la multitud.

—¡No, son gaviotas!

Un murmullo de desilusión.

—Quizá hubiese sido mejor declararles la guerra —dijo el alcalde—. Hubiésemos podido volvernos a casa.

—¡Chist!, —dijo su mujer.

—¡Allá!, —rugió la multitud.

Los cohetes marcianos surgieron de la luz.

El alcalde miró nerviosamente a su alrededor.

—¿Todos preparados?

—Sí, señor —dijo Miss California 1965.

—Sí —dijo Miss América 1940 que había venido corriendo a sustituir a Miss América 1966 que estaba enferma.

—Sí, viejo —dijo el campeón de los recolectores de frutillas del valle de San Fernando, 1956.

—¿Lista la banda?

La banda alzó sus instrumentos de cobre como si fuesen cañones. Los cohetes aterrizaron.

—¡Ahora!

La banda tocó *Allá voy, California*, diez veces.

Desde el mediodía hasta la una, el alcalde pronunció un discurso con ademanes ante los silenciosos y desconfiados cohetes.

A la una y cuarto se abrieron las puertas de las naves. La banda tocó *Oh, tú, hermoso país*, tres veces.

Ettil y otros cincuenta marcianos saltaron a tierra con las armas preparadas. El alcalde corrió hacia ellos con la llave de la Tierra en las manos.

La banda tocó *Santa Claus llega hoy a la ciudad* y un coro traído de Long Beach cantó algo así como *Los marcianos llegan hoy a la ciudad*.

Los marcianos vieron que nadie llevaba armas y se tranquilizaron un poco.

Desde la una y media hasta las dos y cuarto el alcalde volvió a pronunciar su discurso promarciano.

A las dos y media Miss América 1940 se ofreció a besar a todos los marcianos si se ponían en fila.

A las dos y media y diez segundos la banda tocó ¿*Cómo están todos, cómo están*? para disimular la confusión creada por la sugestión de Miss América.

A las dos y treinta y cinco el campeón de los recolectores de frutillas, 1956, presentó a los marcianos un camión de dos toneladas lleno de frutillas.

A las dos y treinta y siete el alcalde repartió entre los marcianos unos pases gratuitos para los cines *Elite* y *Majestic*, uniendo a este regalo otro discurso que duró hasta después de las tres.

La banda tocó y las cincuenta mil personas cantaron *Pues son tan alegres y buenos*. Se hicieron las cuatro de la tarde.

Ettil se sentó a la sombra del cohete, con dos de sus compañeros.

—¡Así que esto es la Tierra!

—Yo opino que hay que matar a estas ratas sucias —dijo un marciano—. No confío en ellos. Son astutos como serpientes. ¿Por qué nos reciben de este modo? —Alzó una caja. En su interior algo se movía, susurrando—. ¿Qué me han dado aquí? Una muestra, dijeron.

El marciano leyó el marbete: BLIX, EL NUEVO JABÓN EN ESCAMAS.

La multitud erraba a la deriva, apretada alrededor de los marcianos como en un desfile de carnaval.

Se oía el murmullo insistente de los que hacían preguntas señalando las naves con el dedo.

Ettil sentía frío. Temblaba más que antes.

—¿No lo sienten?, —susurró—. La tensión, la maldad de todo esto. Algo va a pasarnos. Tienen algún plan. Un plan sutil y horrible. Van a hacernos algo… lo sé.

—¡Opino que hay que matarlos a todos!

—¿Cómo vas a matar a una gente que te llama «compañero» y «querido mío»?, —preguntó otro marciano.

Ettil sacudió la cabeza.

—Son sinceros. Y sin embargo, siento como si nos disolviésemos lentamente en un tanque de ácido. Tengo miedo, de veras. —Sondeó las mentes de la multitud—. Sí, son verdaderamente cordiales. Adelante, camaradas, bienvenidos, eso nos dicen. Un montón de gente común que adora por igual a perros, gatos y marcianos. Y sin embargo… sin embargo…

La banda tocó *Barrilito de cerveza*. Por cortesía de las cervecerías Hagenback, Fresno, California, se distribuyó cerveza gratis a todo el mundo.

Los marcianos se sintieron enfermos. Se pusieron a vomitar. Las bocas se transformaron en fuentes de agua sucia. El ruido de los vómitos atravesó los prados.

Ettil, enfermo, se sentó bajo un sicomoro.

—Una conspiración, una horrorosa conspiración —gruñó llevándose las manos al vientre.

—¿Qué comió?, —preguntó el comisionado militar.

—Algo que llamaban copos de maíz —murmuró Ettil.

—¿Y nada más?

—Una especie de cilindro de carne, dentro de un pan; y un líquido amarillo en un vaso frío, y algo así como un pescado… —suspiró Ettil. Se le cerraban los ojos.

Los gemidos de los invasores marcianos se oían en todas partes.

—¡Maten a esas víboras!, —gritó alguien débilmente.

—Calma —dijo el comisionado—. Han exagerado su hospitalidad, nada más. Vamos, de pie. En marcha hacia el pueblo. Instalaremos unas cuantas guarniciones para estar más seguros. Los otros cohetes ya están descendiendo en otros pueblos. Tenemos mucho trabajo por delante.

Los hombres se incorporaron y miraron estúpidamente a su alrededor.

—¡De frente, marchen!

—¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Uno, dos, tres, cuatro!

Las inmaculadas tiendas del pueblecito dormían bajo un sol abrasador. El calor lo bañaba todo… los postes, el cemento, los metales, los toldos, las terrazas, el alquitrán… todo.

Los pasos marcianos resonaban sobre el asfalto.

—¡Alerta, hombres!, —susurró el comisionado.

Pasaban en ese momento ante un instituto de belleza. Del interior de la casa surgió una risita furtiva.

—¡Miren!

Una cabeza cobriza se asomó y desapareció como una muñeca. Un ojo azul brilló e hizo un guiño desde el agujero de una cerradura.

—Una conspiración —murmuro Ettil—. Una conspiración como les dije.

Olores y perfumes, impulsados por los ventiladores, llenaron el aire de la calle. Las mujeres estaban escondidas en cavernas, como criaturas submarinas, bajo conos eléctricos, con cabello ondulados en raros torbellinos y picos, con ojos maliciosos y duros, tímidos y animales; con bocas rojas como el neón incandescente. Los ventiladores giraban y giraban, y un viento

perfumado invadía la tarde tranquila, moviéndose entre árboles verdes, retorciéndose entre asombrados marcianos.

—¡En nombre de Dios!, —gritó Ettil, con los nervios deshechos—. ¡Volvamos a los cohetes! ¡Volvamos a casa! ¡Nos agarrarán! ¿No las veis? ¡Esos horribles animales marinos, esas mujeres ocultas en sus frescas cuevitas de piedra artificial!

—¡Cállese!

Miradlas, pensó Ettil. Agitan los vestidos como agallas verdes y frías sobre las columnas de las piernas.

Ettil dio un grito.

—¡Cierre la boca!

—¡Van a arrojarse sobre nosotros, esgrimiendo cajas de bombones y ejemplares de *El amor y Bellezas de Hollywood*, chillando con sus bocas rojizas y grasientas! ¡Van a inundarnos con trivialidades, a destruir nuestra sensibilidad! ¡Miradlas, a punto de morir electrocutadas, con sus voces susurrantes, sus cantos y sus murmullos! ¿Os atreveríais a entrar ahí?

—¿Por qué no?, —preguntaron los otros marcianos.

—¡Os freirán, os sacarán la sangre! Nadie podrá reconoceros. Os harán pedazos, os azotarán hasta que no quede de vosotros sino un marido, un hombre trabajador, el hombre que paga para que ellas puedan venir a sentarse aquí, a devorar sus malditos chocolates. ¿Pensáis que podríais dominarlas?

—Sí, por todos los dioses.

A lo lejos se oyó una voz, una voz alta y aguda, una voz de mujer que decía:

—¿No es gracioso ése del medio?

—Los marcianos no son tan malos después de todo. Son sólo hombres —dijo otra.

—¡Eh, eh! ¡*Yoo-hoo*! ¡Marcianos! ¡Eh!

Ettil escapó dando gritos.

Se sentó en un parque, estremeciéndose, recordando la escena. Alzó los ojos hacia el oscuro cielo de la noche, y se sintió tan lejos de su casa, tan desamparado. Sentado aquí, entre los árboles inmóviles, podía ver a lo lejos a los guerreros marcianos que paseaban por las calles, con mujeres terrestres, o desaparecían en la fantasmal oscuridad de los palacios de las emociones pequeñas, para oír allí los horribles sonidos de unas cosas blancas que se movían sobre pantallas blancas. Y al lado de los marcianos se sentaban unas mujercitas de pelo rizado, con unas bolas de goma gelatinosa entre las mandíbulas, y debajo de los asientos, se endurecían otras bolas de goma con

unas fósiles huellas que los dientecitos de gato de las mujeres habían impreso para siempre. La cueva de los vientos… el cine.

—Hola.

Ettil volvió la cabeza, aterrorizado.

Una mujer se había sentado en el banco, masticando perezosamente su pastilla de goma.

—No se escape; no muerdo —dijo la mujer.

—Oh —dijo Ettil.

—¿No le gustaría ir al cine?, —preguntó la mujer.

—No.

—Oh, vamos. Todos van.

—No —dijo Ettil—. ¿No hay otra cosa que hacer en este mundo?

—¿Otra cosa? ¿No es ya bastante? —Los ojos de la mujer se abrieron llenos de sospecha—. ¿Qué quiere que haga? ¿Que me quede en mi cuarto a leer un libro? ¡Ja, ja! Estaría bueno.

Ettil la miró un momento y al fin le preguntó:

—¿No hace usted otra cosa?

—Paseo en auto. ¿No tiene auto? Debería conseguirse un convertible Podler Seis. ¡Son maravillosos! Un hombre con un Podler Seis conquista a cualquier chica. Se lo aseguro —dijo la mujer, mirándolo—. Apuesto a que usted tiene montones de dinero… Viene de Marte, y todo. Apuesto a que si quisiera podría comprarse un Podler Seis e ir a todas partes.

—¿Al cine, por ejemplo?

—¿Le parece mal?

—No… no…

—Oiga, ¿sabe como quién habla usted?, —dijo la mujer—. Como un comunista. Sí, señor. Nadie aguanta aquí esa clase de charla, se lo aviso. Nuestro viejo sistemita no tiene nada de malo. Hasta hemos dejado que ustedes los marcianos nos invadan sin levantar ni siquiera el dedo meñique, ¿acaso no es cierto?

—Sí —dijo Ettil—, y no entiendo por qué. ¿Cuál es el motivo?

—Porque somos de gran corazón, por eso. No se olvide, de gran corazón.

La mujer se alejó en busca de algún otro.

Recurriendo al poco ánimo que le quedaba, Ettil comenzó a escribirle a su mujer, moviendo cuidadosamente la pluma sobre la hoja apoyada en la pierna.

Querida Tylla…

Pero lo interrumpieron otra vez. Una vieja aniñada, con una carita llena de arrugas, pálida y redonda, sacudió una pandereta bajo las narices de Ettil

obligándole a alzar los ojos.

—Hermano —exclamó la vieja con los ojos brillantes—. ¿Has sido salvado?

—¿Estoy en peligro?, —preguntó Ettil incorporándose y dejando caer la lapicera.

—¡En terrible peligro!, —lloró la mujer, golpeando la pandereta y clavando los ojos en el cielo—. Oh, hermano, necesitas ser salvado, urgentemente.

—Pienso lo mismo —dijo Ettil, estremeciéndose.

—Hoy hemos salvado a muchos. Yo misma salvé a tres marcianos. ¿No está bien? —La mujer le mostró los dientes.

—Creo que sí.

La vieja parecía dominada por alguna sospecha. Se inclinó hacia Ettil y le preguntó en voz baja:

—Hermano, ¿has sido bautizado?

—No sé —murmuró Ettil a su vez.

—¿No lo sabes?, —gritó la mujer alzando la mano y la pandereta.

—¿Es como ser fusilado?

—Hermano —dijo la mujer—. Estás en un estado pecaminoso lamentable. Le echaremos la culpa a tu descuidada educación. Apuesto a que esas escuelas de Marte son terribles… No enseñarán ninguna verdad. Sólo un montón de mentiras. Hermano, tienes que bautizarte si quieres ser feliz.

—¿Seré feliz aun en este mundo?, —preguntó Ettil.

—No pretendas manjares en tu plato —dijo la mujer—. Conténtate con unas viejas lentejas, pues nos espera otro mundo mejor que éste.

—Lo conozco —dijo Ettil.

—Un mundo de paz —continuó la mujer.

—Sí.

—De serenidad.

—Sí.

—De leche y miel —dijo la vieja.

—Sí, sí.

—Y donde todos ríen.

—Ahora me doy cuenta —dijo Ettil.

—Un mundo mejor.

—Mucho mejor. Sí, Marte es un hermoso planeta.

—Oye —dijo la mujer, estirándose y dándole, casi, con la pandereta en la cara—, ¿te ríes de mí?

—¿Por qué? No —Ettil se sentía confuso y asombrado—. Pensé que hablaba usted de…

—No de ese malvado, sucio y viejo Marte. ¡Créeme! Los hombres como tú arderán siglos y siglos, y sufrirán, y se cubrirán de pústulas negras, y serán horriblemente torturados.

—Reconozco que la vida en la Tierra no es nada agradable. La ha descrito usted muy bien.

—¡Estás burlándote de mí otra vez!, —gritó la mujer, enojada.

—No, no… por favor. Soy un hombre ignorante.

—Bueno —dijo la mujer—, eres un pagano y los paganos no son gente buena. Toma este papel. Ve a esa dirección mañana. Te bautizaremos y serás feliz. Cantaremos y saltaremos y elevaremos juntos nuestras voces. Y si quieres podrás oír nuestra banda de trompetas. ¿Irás?

—Haré lo posible —dijo Ettil, titubeando.

La mujer se fue calle abajo, golpeando su pandereta, cantando hasta desgañitarse:

—¡Soy tan feliz, soy siempre tan feliz!

Aturdido, Ettil volvió a su carta:

Querida Tylla:

Pensar que en mi ingenuidad creí que los terrestres contraatacarían con fusiles y bombas. No, no. Cometí un triste error. Mick, o Rick, o Jick, esos apuestos jóvenes que salvan el mundo, no existen. No.

Hay rubios robots de rosados cuerpos de goma, reales, pero de algún modo irreales; vivos, pero de algún modo automáticos, que viven en cuevas. Sus dientes son de un tamaño increíble. Tienen, además, una mirada fija, inmóvil, por haberse pasado innumerables horas mirando películas. Sólo tienen músculos en las mandíbulas: mastican incesantemente unos trozos de goma.

Y no sólo eso, querida Tylla, toda la civilización terrestre es algo semejante. Y hemos sido arrojados en esta civilización como un puñado de semillas en una mezcladora de cemento. Ninguno de nosotros podría sobrevivir. Nos matarán a todos, pero no con una bala, sino con un amable apretón de manos. Nos destruirán a todos, pero no con un cohete, sino con un automóvil…

* * *

Alguien dio un grito. Un enorme ruido. Otro ruido. Silencio.

Ettil alzó los ojos. A lo lejos, en la calle, habían chocado dos autos. Uno lleno de marcianos, el otro de terrestres. Ettil volvió a su carta.

Querida, querida Tylla. Unos pocos números si me permites. Cuarenta y cinco mil personas se matan todos los años en este continente americano, transformándose en jalea ahí mismo, en la misma lata, en los automóviles. Una jalea de sangre roja, con huesos blancos aquí y allá, como repentinos pensamientos, pensamientos horribles y ridículos, incrustados en la jalea. Los coches se repliegan transformándose en herméticas latas de sardinas… sólo jugo, y silencio.

Estiércol de sangre para las sonoras moscas del verano, desparramado por todas las carreteras. Rostros transformados en máscaras de la Víspera de Todos los Santos. (Una de sus fiestas. Creo que ese día rinden culto a los automóviles. No sé. Es algo que tiene relación con la muerte).

Miras por la ventana y ves a dos personas, que hasta hace un momento no se conocían, cariñosamente acostadas y juntas, muertas. Preveo que esas jóvenes brujas y esas gomas de mascar aplastarán, contaminarán y atraparán a nuestro ejército en los cines. Uno de estos días trataré de escapar e ir a Marte. Tendrá que ser pronto.

Quizá, Tylla mía, en algún lugar esta noche, en esta misma Tierra, haya un hombre que tiene una palanca. Cuando mueva esa palanca, el mundo se salvará. Este hombre es hoy un desocupado. Su palanca está cubierta de polvo. El pobre se pasa las horas jugando al dominó.

Las mujeres de este malvado planeta están ahogándose en una marea de sentimentalismo, de falso romance. Buenas noches, Tylla. Deséame buena suerte, pues moriré probablemente tratando de escapar. Besos a los chicos.

* * *

Llorando en silencio, Ettil dobló la carta y se prometió a sí mismo llevarla más tarde al correo del cohete.

Dejó el parque. ¿Qué podía hacer? ¿Escapar? ¿Pero cómo? ¿Ir al correo esa misma noche, robar uno de los cohetes y volver solo a Marte? ¿Sería posible? Sacudió la cabeza. Se sentía confundido.

Sólo sabía que si se quedaba en la Tierra pasaría a ser el esclavo de un montón de cosas que zumbaban, roncaban, silbaban y emitían nubes de humo y malos olores. Y en seis meses sería el propietario de una úlcera rosada, grande y sensible; una presión arterial de dimensiones algebraicas; una miopía próxima a la ceguera, y unas pesadillas profundas como océanos e infectadas de intestinos de increíble longitud a través de los cuales tendría que abrirse paso a la fuerza durante todas las noches. No, no.

Ettil observó los rostros alucinados de los terrestres que desfilaban en sus ataúdes mecánicos. Pronto… sí, muy pronto, inventarían un auto con seis asas

de bronce.

—Eh, usted.

La bocina de un auto. El largo féretro de un coche, negro y siniestro, se acercó a la acera. Un hombre se asomó a la ventanilla.

—¿Es usted marciano?

—Sí.

—Justo el hombre que busco. Suba, rápido… La gran ocasión de su vida. Suba. Iremos a hablar a un lugar tranquilo. Vamos, suba, no se quede ahí.

Como hipnotizado, Ettil abrió la puerta y entró en el coche. El coche se alejó.

—¿Qué deseas, E. V.? ¿Un manhattan? Dos manhattans, camarero. Okay, E. V. Yo convido. ¡Yo y los Grandes Estudios! No saques la cartera. Mucho gusto en conocerte, E. V. Mi nombre es R. R. Van Plank. Quizá has oído hablar de mí. ¿No? Bueno, chócalas igual.

Ettil sintió que le estrujaban y le masajeaban la mano. Estaban en una ratonera oscura, rodeados de música y camareros. Aparecieron dos copas. Todo había ocurrido tan rápidamente. Van Plank, con las manos cruzadas sobre el pecho, observaba su descubrimiento marciano.

—E. V, —dijo al fin—, te necesito para esto. La más espléndida de mis ideas. No sé ni cómo se me ocurrió; así de pronto. Estaba en casa, sentado, y pensé: ¡Dios mío, qué buena película sería! Los marcianos invaden la Tierra. ¿Qué necesito? Un consejero técnico. Subí a mi coche, te encontré, y aquí estamos. ¡Alcemos las copas! Por tu salud y tu futuro.

—Pero… —dijo Ettil.

—Sí, ya sé, necesitas dinero. Bueno, no faltará. Tengo aquí mismo una libretita de cheques muy apetitosa.

—No me gustan las golosinas terrestres…

—Muy gracioso, de veras. Bueno, te diré cómo imagino la película… Escucha. —Van Plank se inclinó hacia adelante, excitado—. Para empezar, una escena con unos marcianos que bailan y tocan el tambor. Al fondo unas grandes ciudades de plata…

—Pero las ciudades marcianas no son así…

—Tenemos que darle color, muchacho, color. Deja que el viejo arregle este asunto. Bueno, ahí están los marcianos, bailando alrededor del fuego.

—Nosotros no bailamos alrededor del fuego.

—En *esta* película bailarán alrededor del fuego —declaró Van Plank con los ojos cerrados, orgulloso de su seguridad—. Luego aparecerán unas hermosas marcianas, altas y rubias.

—Las marcianas son morenas…

—Mira, E. V., así no podremos entendernos. Ah, me olvidaba, tendrás que cambiarte el nombre. ¿Cómo era?

—Ettil.

—Un nombre de mujer. Te voy a poner uno mejor: Joe. Te llamarás Joe. Okay, Joe, como decía, nuestras marcianas serán rubias porque… porque sí. Si no el viejo no estará contento. ¿Se te ocurre algo?

—Pensaba que…

—Y en otra escena, muy emocionante, la joven marciana salva de la muerte a todos los marcianos cuando un meteoro o algo parecido destroza el cohete. Una escena formidable. Me alegra haberte encontrado, Joe. Harás un buen negocio con nosotros, te lo aseguro.

Ettil se inclinó hacia adelante y tomó al hombre por la muñeca.

—Un momento. Quiero preguntarle algo.

—Seguro, Joe. Adelante.

—¿Por qué han sido tan amables con nosotros? Invadimos su planeta y nos reciben alegremente, como a unos niños que han estado extraviados durante mucho tiempo. ¿Por qué?

—No sois muy inteligentes en Marte, ¿eh? Sois bastante ingenuos, ya me doy cuenta. Mira, Joe, piensa un momento. Todos somos gente común, ¿no es así? —Van Plank agitó una manita oscura adornada con esmeraldas—. Somos tan vulgares como la basura, ¿no es cierto? Bueno, aquí en la Tierra estamos orgullosos de ser así. Éste es el siglo del hombre común, Bill, y estamos orgullosos de nuestra medianía. Bill, estás en un planeta lleno de Saroyans. Sí, señor, una enorme familia de amables Saroyans… Todo el mundo ama a todo el mundo. Os entendemos, Joe, y sabemos por qué habéis invadido la Tierra. Sabemos que os sentíais muy solos en ese frío y pequeño Marte, y que envidiabais nuestras ciudades…

—Nuestra civilización es más antigua que la de ustedes.

—Por favor, Joe, no me gusta que me interrumpan. Déjame terminar y luego dirás todo lo que quieras. Como te iba diciendo, os sentíais muy solos allá arriba, y bajasteis a ver nuestras ciudades y nuestras mujeres y todo lo demás, y nosotros os recibimos con los brazos abiertos. Todos somos hermanos. Sois hombres comunes como nosotros. Y, además, Roscoe, esta invasión puede darnos algunos beneficios. Por ejemplo, esta película nos reportará una ganancia neta de un billón de dólares. Estoy seguro. La semana próxima comenzaremos a vender una muñeca marciana, algo especial, a treinta dólares. Piensa en los millones que podemos ganar. Firmaremos

también un contrato para vender un juego marciano a cinco. Hay muchas posibilidades.

—Ya veo —dijo Ettil, echándose hacia atrás.

—Y luego, naturalmente, está ese nuevo y espléndido mercado. Piensa en los depilatorios, las pastillas de goma y las pomadas para calzado que podemos venderos.

—Espere. Otra pregunta.

—Lárgala.

—¿Cómo se llama usted? ¿Qué quiere decir R. R?

—Richard Robert.

Ettil miró el cielo raso.

—¿Lo llamaron alguna vez, por casualidad, Rick?

—¿Cómo lo has adivinado, compañero? Rick, exacto.

Ettil suspiró y rió, rió. Extendió la mano.

—¿Así que usted es Rick? ¡Rick!

—¿Dónde está el chiste? Deja que el viejo lo sepa.

—No lo entendería… Una broma de familia. ¡Ja, ja! —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Ettil y le llegaron a la boca. Golpeó la mesa, una y otra vez—. Así que usted es Rick. Oh, qué sorpresa, qué divertido. Nada de músculos prominentes, nada de fuertes mandíbulas, nada de revólveres. ¡Sólo una cartera llena de dinero y unos anillos de esmeraldas, y una enorme barriga!

—Eh, cuidado con lo que dices. No soy, quizá, un Apolo, pero…

—Deme la mano, Rick. ¡Deseaba tanto conocerlo! Usted conquistará Marte. Armado de cocteleras, arcos plantares, fichas de *poker*, bolsas de goma, gorras cuadriculadas y botellas de ron.

—Soy sólo un humilde hombre de negocios —dijo Van Plank bajando modestamente los ojos—. Hago mi trabajo y saco mis bocaditos. Eso es todo. Pero, como te decía, Marte será un gran mercado para los juegos automáticos y las historietas de Dick Tracy. Campo virgen. ¿Nunca habéis visto una historieta, eh? ¡Muy bien! Os meteremos por los ojos unas cuantas cosas a los marcianos. ¡Os vais a pelear por ellas, muchacho! ¡Os vais a pelear! ¿Y quién no? Perfumes, trajes de París, pantalones de Oshkosh, ¿eh? Y zapatos nuevos…

—No usamos zapatos.

—¿Pero qué me han traído?, —preguntó R. R, con los ojos en el cielo raso—. ¿Un planeta de campesinos? Mira, Joe, ya arreglaremos eso. Os avergonzaréis de no usar zapatos. ¡Y luego os venderemos el betún!

—Oh.

Van Plank palmeó a Ettil.

—¿Trato hecho? ¿Serás el director técnico de mi película? Te daremos doscientos por semana para empezar. Y luego aumentaremos a quinientos. ¿Qué te parece?

—Me siento enfermo —dijo Ettil.

Había bebido el manhattan y estaba pálido.

—Caramba, lo siento. No sabía que eso podía hacerte mal. Vamos a tomar un poco de aire.

Al aire libre, Ettil se sintió mejor.

—¿Así que por eso nos recibieron en la Tierra?

—Claro, hijo. Cuando un terrestre puede ganarse honestamente un dólar, míralo, desborda de entusiasmo. El cliente nunca se equivoca. Nada de rencores… Bueno, ésta es mi tarjeta. Ve a los estudios de Hollywood mañana por la mañana, a las nueve. No te olvides de estar a las nueve. Es una regla de la casa.

—¿Por qué?

—Gallagher, eres un pájaro raro, de veras; pero me gustas. Buenas noches. ¡Feliz invasión!

El automóvil se alejó.

Ettil lo siguió con los ojos, incrédulo. Luego, frotándose la frente con la palma de la mano, echó a caminar por la calle, hacia el aeropuerto.

—Bueno, ¿qué vas a hacer?, —se preguntó a sí mismo, en voz alta.

Los cohetes, silenciosos, resplandecían a la luz de la luna. De la ciudad llegaban los lejanos ruidos de las fiestas. En un puesto médico atendían un caso grave de depresión nerviosa: un joven marciano que, a juzgar por sus gritos, había visto demasiado, había bebido demasiado, había oído demasiadas canciones en los fonógrafos rojos y amarillos de los cafés, y había sido perseguido alrededor de innumerables mesas por una mujer parecida a un elefante.

—No puedo respirar… Aplastado, atrapado —murmuraba el enfermo.

Los sollozos cesaron. Ettil dejó las sombras y cruzó una ancha avenida que llegaba hasta las naves. A lo lejos los guardias dormían, borrachos. Escuchó. De la ciudad llegaba el débil ruido de los automóviles, la música y las bocinas. Imaginó otros ruidos: el insidioso zumbido de las máquinas que preparaban la levadura para engordar a los guerreros y hacerlos desmemoriados y perezosos; las narcóticas voces de las cavernas de los cines

que acunaban y acunaban a los marcianos, incansablemente, incansablemente, hasta dormirlos de tal modo que desde entonces vivirían como sonámbulos.

Al cabo de un año, ¿cuántos marcianos habrían muerto enfermos del hígado, los riñones o el corazón? ¿Cuántos se habrían suicidado?

Ettil se detuvo en medio de la desierta avenida.

Podía elegir: quedarse aquí, aceptar el empleo en el estudio, presentarse todas las mañanas al trabajo, como consejero técnico, y al cabo de un tiempo decirle al productor que sí, de veras, había masacres en Marte; sí, las mujeres eran altas y rubias; sí, había danzas rituales y sacrificios; sí, sí, sí. O podía meterse en un cohete y volver, solo, a Marte.

—Pero ¿y el año próximo?, —se dijo.

Inaugurarían en Marte el club nocturno del Canal Azul, el casino de juegos de la Ciudad Antigua, en la misma ciudad. ¡Sí, en una de las antiguas ciudades de Marte! Tubos de neón, papeles sucios entre las ruinas, pícnics en los viejos cementerios… todo eso, todo.

Pero no enseguida. Pronto llegaría a casa. Tylla estaría esperándolo con su hijo, y durante un tiempo podrían sentarse a orillas del canal a leer los viejos y hermosos libros, a saborear un vino suave y raro… Y hablarían y vivirían en paz hasta que los tubos de neón cayeran sobre ellos.

Y quizá pudieran irse entonces a las montañas azules y ocultarse allí un año o dos, hasta que llegasen los turistas a sacar sus instantáneas y decir qué bonito era todo.

Sabía ya lo que iba a decirle a Tylla:

—La guerra es mala, pero la paz puede ser algo horrible.

Ettil se había detenido en medio de la ancha avenida.

Volvió la cabeza y no se sorprendió al ver que un coche venía hacia él, haciendo eses; un coche abierto, lleno de muchachos y muchachas vociferantes, de no más de dieciséis años. Vio que los ocupantes del coche lo señalaban con el dedo y gritaban. Oyó el ruido creciente del motor. El coche se precipitaba hacia él a noventa kilómetros por hora.

Ettil echó a correr.

Sí, sí, pensó cansadamente, con el coche ya encima, qué raro, qué triste. Suena como… una mezcladora de cemento.

Los desterrados

Los ojos de las brujas eran de fuego y de las bocas les salía un aliento de llamas. Inclinadas sobre el caldero probaban el líquido con palos grasientos y dedos huesudos.

When shallawe three meet again

In thunder, lightning, *or in rain?*

Las brujas bailaban tambaleándose en la playa de un mar seco, viciando el aire con sus tres lenguas, y calcinándolo con el brillo malévolo de sus ojos de gato.

Round about the cauldron go;

In the poison'd entrails throw…

Double, double toil and trouble;

Fire burn, and cauldron bubble!

Las brujas se detuvieron y miraron a su alrededor.

—¿Dónde está el cristal? ¿Dónde están las agujas?

—¡Aquí!

—¡Bien!

—¿La cera amarilla está bien espesa?

—¡Sí!

—¡Arrojadla en el molde de hierro!

—¿La figura de cera está lista?

El muñeco goteó como una melaza entre las manos voraces.

Atravesadle el corazón con la aguja

—¡El espejo, el espejo! Sacadlo del saco del Tarot. Limpiadle el polvo, ¡mirad un momento!

Se inclinaron sobre el cristal con los rostros blancos.

—Mirad, mirad, mirad… .

Un cohete se movía por el espacio, desde el planeta Tierra hacia el planeta Marte. Dentro de la nave agonizaban unos hombres.

El capitán, cansado, levantó la cabeza.

—Tendremos que darle morfina.

—Pero, capitán…

—Ya ven ustedes el estado de este hombre.

El capitán apartó la manta de lana, y el hombre acostado sobre la sábana húmeda se estremeció y gimió. Unas nubes sulfurosas llenaban el aire.

—Lo vi… lo vi. —El hombre abrió los ojos, y miró fijamente la ventanilla, por donde sólo se veía el espacio oscuro, las estrellas móviles, la Tierra que se alejaba, y Marte que crecía, grande y rojo—. Lo vi… , un murciélago, un murciélago con cara de hombre, detrás de la ventanilla. Aleteaba, y aleteaba y aleteaba…

—¿Qué pulso tiene?, —preguntó el capitán.

El enfermero contó los latidos.

—Ciento treinta.

—No puede seguir así. Denle morfina. Vamos, Smith.

El capitán y Smith se alejaron. De pronto, las planchas del piso se cubrieron de huesos y cráneos blancos que lanzaban agudos chillidos. El capitán no se atrevió a bajar los ojos, y volviéndose hacia una puerta, gritó:

—¿Perse está aquí?

Un cirujano vestido de blanco se apartó de un cuerpo.

—No lo entiendo.

—¿Cómo murió Perse?

—No lo sabemos, capitán. No fue el corazón, ni el cerebro… Se murió, simplemente.

El capitán tocó la muñeca del médico. La muñeca se convirtió en una serpiente sibilante y mordió al capitán. El capitán no pestañeó.

—Cuídese, doctor. Tiene usted un pulso bastante rápido.

El médico asintió con un movimiento de cabeza.

—Perse se quejaba de dolores… agujas, decía… en los brazos y piernas. Decía que era un muñeco de cera que estaba derritiéndose. Rodó por el suelo. Lo ayudé a levantarse. Gritaba como un chico. Decía que una aguja le atravesaba el corazón. Y murió. Eso es todo. Podemos repetir la autopsia si usted quiere. No he advertido nada anormal.

—¡Es imposible! ¡Ha muerto de algo!

El capitán se acercó a la ventanilla. Las cuidadas manos le olían a mentol, iodo y jabón antiséptico. Se había cepillado los dientes y se había frotado con fuerza las orejas y las mejillas. Su uniforme tenía el color de la sal. Sus botas eran como espejos oscuros y brillantes. El cabello crespo y cortado al rape le olía a alcohol. Hasta su aliento era suave y limpio. No tenía una sola mancha. Era un instrumento nuevo y afilado que conservaba aún la temperatura del autoclave.

Los otros tripulantes estaban cortados por la misma tijera. Uno esperaba ver en sus espaldas unas llaves enormes que giraban lentamente. Eran juguetes costosos, eficaces, bien aceitados, obedientes y veloces.

El capitán observó el planeta que crecía en el espacio.

—Dentro de una hora estaremos en ese lugar maldito. Smith, ¿ha visto usted algún murciélago? ¿Ha tenido usted pesadillas?

—Sí, señor. Un mes antes que el cohete saliera de Nueva York. Unas ratas blancas me mordían el cuello, me bebían la sangre. No dije nada. Temía que usted no me dejase venir.

—No importa —suspiró el capitán—. Yo también he tenido pesadillas. Hasta poco antes que saliéramos de la Tierra yo nunca había soñado. Ni un solo sueño en mis cincuenta años de vida. Y desde entonces todas las noches sueño que soy un lobo blanco. Me cazan en una colina de nieve y me matan con una bala de plata. Y con una estaca me atraviesan el corazón. —Señaló Marte con un movimiento de cabeza—. ¿Cree usted, Smith, que ellos saben que estamos llegando?

—No sabemos si se trata de marcianos, señor.

—¿No sabemos? Comenzaron a asustarnos hace ocho semanas, antes que dejásemos la Tierra. Mataron a Perse y a Reynolds. Ayer dejaron ciego a Grenville. ¿Cómo? No lo sé. Murciélagos, agujas, sueños, hombres que mueren sin motivo. Brujería, lo hubiesen llamado antes. Pero estamos en el año 2120, Smith. Somos hombres de mente clara. Esto no puede ocurrir. Y sin embargo ocurre. Quienesquiera que sean, con sus agujas y sus murciélagos, tratan de terminar con nosotros. —Se volvió hacia Smith—. Smith, traiga esos libros que hay en mis estantes. Quiero tenerlos conmigo en el momento de aterrizar.

Doscientos libros fueron apilados en la cubierta del cohete.

—Gracias, Smith. ¿Les ha echado una ojeada? Pensará que estoy loco. Quizá. No sé cómo se me ocurrió. Al último momento pedí estos libros al Museo de Historia. A causa de mis sueños. Durante veinte noches fui acuchillado, descuartizado. Durante veinte noches fui un murciélago clavado con alfileres en una mesa de operaciones, algo que se pudría bajo tierra en un negro ataúd. Sueños, pesadillas. Toda la tripulación soñó con brujas y vampiros y fantasmas. Seres que estos hombres no podían de ningún modo conocer. ¿Por qué? Porque todas las obras con estos horribles temas fueron destruidas hace casi un siglo. Se dictó una ley. Se prohibió conservar esos espantosos volúmenes. Esos libros que ve ahí son los últimos ejemplares, objetos históricos que se guardaban en las cajas fuertes de los museos.

Smith se inclinó para leer los títulos cubiertos de polvo.

—Cuentos de Misterio e Imaginación, por Edgard Allan Poe; Drácula, por Bram Stoker; Frankestein, por Mary Shelley, Otra Vuelta de Tuerca, por Henry James; La Leyenda del Valle del Sueño, por Washington Irving; La Hija de Rapaccini, por Nathaniel Hawthorne; Un Incidente en el Puente del Arroyo del Buho, por Ambrose Bierce; Alicia en el País de las Maravillas, por Lewis Carroll; Los Sauces, por Algernon Blackwood; El Mago de Oz, por L. Frank Baum; La Extraña Sombra sobre Insmouth, por H. P. Lovecraft. ¡Y más! Libros por Walter de la Mare, Wakefield, Harvey, Wells, Asquith, Huxley… todos autores prohibidos. Todos quemados el mismo año en que las fiestas de la víspera de Todos los Santos fueron puestas fuera de la ley, en el que prohibieron la Navidad.

—Pero, señor, ¿para qué nos sirven estos libros?

—No sé —suspiró el capitán—, todavía.

Las tres hechiceras levantaron el espejo donde temblaba la imagen del capitán. La vocecita tintineó dentro del vidrio.

—No sé —suspiró el capitán—, todavía.

Las brujas de ojos enrojecidos se rniraron.

—No tenemos mucho tiempo —dijo una.

—Será mejor que vayamos a la ciudad, a avisarles —dijo otra.

—Querrán saber algo de los libros. Esto no tiene buen aspecto. ¡Ese capitán imbécil!

—El cohete llegará dentro de una hora.

Las tres hechiceras se estremecieron, y entornando los ojos miraron la ciudad de esmeralda, a orillas del mar seco. En la más alta de las ventanas un hombre abría una cortina del color de la sangre. El hombre observó las tierras baldías donde las brujas alimentaban el caldero y modelaban las ceras. Más lejos, diez mil fuegos azules, inciensos de laurel, negras humaredas de tabaco y de ramas de pino y de canela y de polvo de huesos se alzaban suavemente como nubes de insectos en la noche marciana. El hombre contó los fuegos furiosos y mágicos. Luego, mientras las brujas lo estaban mirando, volvió la cabeza. Dejó caer la cortina rojiza y la distante ventana parpadeó como un ojo amarillo

El señor Edgard Allan Poe miraba por la ventana de la torre, envuelto en una vaga aureola de alcohol.

—Las amigas de Hécate están muy ocupadas esta noche —dijo observando a las brujas, allá abajo.

Una voz murmuró a sus espaldas:

—Hoy vi a Will Shakespeare en la costa, temprano Estaba azotando a las brujas. Había extendido todo su ejército a lo largo del mar. Miles. Las tres brujas, Oberón, el padre de Hamlet, Puck… todos, todos ellos… ¡Miles! Un mar de gente.

—Ese bueno de William. —Edgard Poe volvió la cabeza. Dejó caer la cortina rojiza. Observó un momento la piedra desnuda de los muros, las llamas de los cirios, y luego miró al otro hombre, el señor Ambrose Bierce, que estaba perezosamente sentado, encendiendo fósforos y dejándolos arder. Bierce silbaba entre dientes y de cuando en cuando se reía.

—Tenemos que avisarle al señor Dickens —dijo Poe—. Ha pasado mucho tiempo. Faltan sólo unas pocas horas. ¿Quiere acompañarme, Bierce?

Bierce abrió alegremente los ojos.

—¿Estaba pensando… qué nos pasará?

—Si no podemos matar a esos hombres del cohete, o asustarlos hasta que se vayan, tendremos que salir de aquí. Iremos a Júpiter, y cuando lleguen a Júpiter, iremos a Saturno, y cuando lleguen a Saturno, iremos a Urano o Neptuno, y luego a Plutón… .

—¿Y luego?

El señor Poe parecía fatigado. Unas brillantes brasas de carbón se apagaban lentamente en sus ojos. Había una furiosa tristeza en su voz, y las manos y el pelo largo y lacio que le caía sobre la asombrosa frente blanca revelaban una cierta impotencia. Parecía el demonio de una oscura causa perdida, un general derrotado en una desastrosa invasión. Los labios pensativos mordisqueaban los sedosos y negros bigotes. Era tan pequeño que su frente parecía flotar, amplia y fosforescente, en las sombras del cuarto.

—Tenemos la ventaja de desplazarnos con métodos muy superiores —dijo Poe—. Siempre podemos esperar una de esas guerras atómicas, la decadencia, la vuelta a las épocas oscuras, el retorno de la superstición. Entonces podríamos volver a la Tierra, todos nosotros, sólo en una noche. —Los ojos oscuros del señor Poe se encendieron bajo la frente redonda y luminosa. Miró fijamente el cielo raso—. ¿Así que vienen a arruinar también este mundo? No quieren dejar nada sin clasificar, ¿eh?

—¿Pero acaso una manada de lobos vacila en matar a su presa y devorarle las entrañas?, —dijo Bierce—. Será en verdad una guerra, realmente. Me haré a un lado y llevaré la cuenta Tantos terrestres quemados en aceite, tantos manuscritos encontrados en botellas reducidos a cenizas, tantos terrestres traspasados por agujas, tantas Muertes Rojas puestas en fuga por una batería de jeringas hipodérmicas… ¡ja, ja!

Poe se balanceó colérico, ligeramente borracho.

—¿Qué hemos hecho? Póngase de nuestro lado, Bierce, ¡por favor! ¿Nos ha juzgado limpiamente un grupo de críticos? ¡No! Tomaron nuestros libros con unas pinzas de cirugía, limpias y esterilizadas, y los arrojaron a unos tanques, para que hirviesen, ¡para matar sus mortíferos gérmenes! ¡Malditos sean!

—Encuentro divertida nuestra situación —dijo Bierce.

Un grito histérico que venía de la escalera de la torre interrumpió la charla.

—¡Señor Poe! ¡Señor Bierce!

—¡Sí, sí, ya vamos!

Poe y Bierce descendieron y se encontraron con un hombre que jadeaba apoyándose en uno de los muros de piedra.

—¿Han oído las noticias?, —gritó el hombre, tomándose de ellos como si estuviese a punto de caer en un abismo—. ¡Llegarán dentro de una hora! ¡Y traen libros! ¡Viejos libros! ¡Así dijeron las brujas! ¿Qué están haciendo en la torre en un momento como éste? ¿No piensan actuar?

—Hacemos lo que podemos, Blackwood —dijo Poe—. Usted es aún nuevo en estas lides. Acompáñenos, vamos a ver al señor Charles Dickens…

—… a asistir a nuestro destino, a nuestro negro destino —dijo el señor Bierce guiñando un ojo.

Los tres hombres descendieron por las resonantes gargantas del castillo, por escalones verdes y oscuros, hasta la humedad, las ruinas, las arañas y las telas como sueños.

—No se preocupe. —La frente de Poe, una gran lámpara blanca que alumbraba el camino, descendía, hundiéndose en las profundidades—. Todo a lo largo del mar muerto he estado llamando a los otros. Mis amigos y los amigos de ustedes. Todos están allí. Los animales y las viejas y los gigantes de dientes blancos y afilados. Las trampas ya están preparadas, y los pozos, sí, y los péndulos. La Muerte Roja. —Se rió suavemente—. Sí, también la Muerte Roja. Nunca pensé… no, nunca pensé que un día la Muerte Roja iba a existir de veras. Pero ellos la han pedido, ¡y la tendrán!

—¿Pero somos bastante fuertes?, —preguntó Blackwood.

—¿Fuertes cómo? No nos esperan, por lo menos. Carecen de imaginación. Esos jóvenes del cohete, tan limpios, con sus escobas antisépticas y sus cascos como peceras… Sacerdotes de un nuevo culto. Alrededor de sus cuellos, colgados de cadenas de oro, escalpelos. Sobre la frente, una diadema de microscopios. En sus dedos santos, unas urnas de incienso humeante que

son en realidad unos hornos germicidas para destruir la superstición. Los nombres de Poe, Bierce, Hawthorne, Blackwood… blasfemias en sus labios puros.

Ya fuera del castillo avanzaron por unos terrenos húmedos, un pantano que no era un pantano. Las nieblas se levantaban como una pesadilla. En el aire había ruidos de alas y silbidos agudos. Las tinieblas y el viento corrían de un lado a otro. Se oían unas voces cambiantes, y unas figuras se inclinaban sobre las llamas. El señor Poe observó las agujas que tejían y tejían a la luz del fuego, que tejían el dolor y la miseria, que tejían el mal sobre muñecos de arcilla, sobre títeres de cera. De los calderos surgía, silbando, un olor a ajo, azafrán y pimienta, que llenaba la noche con su acritud demoníaca.

—¡Continuad!, —dijo Poe—. ¡Volveré pronto!

Todo a lo largo de la costa del mar seco unas figuras negras giraban y se empequeñecían, crecían y se transformaban en un humo negro que ocultaba el cielo. Unas campanas repicaban en las torres altas como montanas y unos cuervos de alquitrán huían ante el sonido del bronce y se dispersaban en cenizas.

Poe y Bierce cruzaron de prisa un páramo solitario y un vallecito, y se encontraron de pronto en una callejuela empedrada, por donde corría un viento frío y penetrante. La gente se paseaba de arriba abajo, tratando de calentarse los pies. La niebla cubría la calle, y las velas ardían en los escaparates y ventanas donde colgaban los pavos de Navidad. A cierta distancia, algunos niños, envueltos en ropas de lana, exhalando sus pálidos alientos en el aire invernal, entonaban un villancico, mientras que las campanas de un inmenso reloj daban continuamente las doce de la noche. Otros chicos salían corriendo de la panadería llevando en los brazos harapientos unas cenas que humeaban en bandejas y fuentes de plata.

En un anuncio se leía SCROOGE, MARLEY y DICKENS. Poe hizo sonar el llamador, que era el retrato de Marley, y al abrirse la puerta brotó del interior una bocanada de música que casi los hizo bailar. Y allí, por encima del hombro de alguien que les apuntaba con una barbita y unos bigotes, vieron al señor Fezziwig, que batía palmas, y a la señora de Fezziwig, una vasta e inalterable sonrisa, que bailaba y chocaba con otros alegres compañeros, mientras los violines chillaban y las risas corrían airededor de la mesa como los cristales de una araña de luces agitada por el viento. Sobre la mesa se amontonaban las carnes, y los pavos, y las ramas de acebo, y los gansos, y los pasteles, y los tiernos lechones coronados de salsas, y las naranjas y las manzanas. Y allí estaban Bob Cratchit y la pequeña Dorrit y

Tiny Tim y el mismo sefior Fagin, y un hombre que parecía un trozo de carne a medio asar, un grano de mostaza, una pizca de queso, un fragmento de papa mal cocida. ¿Quién podía ser sino el mismísimo señor Marley, con cadenas y todo? Y corría el vino, y de los pavos asados brotaba un humo que esparcía por el cuarto lo mejor de las aves.

—¿Qué quieren?, —preguntó el señor Charles Dickens.

—Venimos a pedírselo otra vez, Charles —dijo Poe—. Necesitamos su ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Pero creen que voy a enfrentar a esos hombres excelentes? Además, éste no es mi mundo. Quemaron mis libros sólo por error. No soy un aficionado a lo sobrenatural. No he escrito libros terroríficos como usted, Poe; usted, Bierce, y los otros. No soy como ustedes, ¡horribles criaturas!

—Es usted un razonador convincente —comentó Poe—. Podría usted recibir a los hombres del cohete, adormecerlos, adormecer sus sospechas, y luego…. Luego intervendríamos nosotros.

El señor Dickens miraba los pliegues de la capa en donde Poe ocultaba las manos. Poe, sonriendo, sacó un gato negro.

—Para uno de los visitantes.

—¿Y para los otros?

Poe sonrió otra vez, complacido.

—¿El enterramiento prematuro?

—Es usted un hombre siniestro, sefior Poe.

—Soy un hombre asustado y lleno de odio. Soy un dios, señor Dickens, como usted, como todos nosotros. Y no sólo amenazaron nuestras creaciones… nuestros personajes, si así lo prefiere. Las suprimieron, quemaron, destrozaron y censuraron Acabaron con ellas. ¡Nuestros mundos se derrumban! ¡La lucha alcanza a los dioses!

—¿Y? —El sefior Dickens miró a un lado y a otro, deseando volver a la fiesta, la música y la comida—. ¿Por eso estamos aquí?

—La guerra engendra guerra. La destrucción engendra destrucción. Hace un siglo, en la Tierra, en el año 2020, proscribieron nuestros libros. Oh, algo horrible. Destruir así nuestras obras… Tuvimos que salir de… ¿qué? ¿La muerte? ¿El más allá? No me gustan las palabras abstractas. No sé. Sólo sé que oímos el llamado de nuestros mundos, nuestras invenciones, y que tratamos de salvarlos. Hemos pasado un siglo entero en Marte, esperando que la Tierra se ahogara a sí misma con el peso de sus sabios, y las dudas de sus sabios. Y ahora vienen a arrojarnos de aquí, a nosotros y a nuestras tenebrosas creaciones, y a todos los alquimistas, brujas, vampiros y espectros que, uno a

uno, se retiraron al espacio. La ciencia infestó la Tierra, sin dejarnos finalmente más salida que el éxodo. Ayúdenos, señor Dickens. Habla usted con mucha elegancia. Lo necesitamos.

—Ya se lo he dicho. No soy uno de ustedes. No estoy de acuerdo ni con usted ni con los otros —dijo Dickens, enojado—. Yo no he jugado con brujas, vampiros y cosas nocturnas.

—¿Y Cuento de Navidad?

—¡Ridículo! Sólo un libro. Oh, escribí otros que también tratan de fantasmas, pero ¿y eso qué? Mis obras esenciales no tienen ninguna relación con esas tonterías.

—De un modo o de otro lo identificaron como uno de los nuestros. Destruyeron sus libros… sus mundos. ¡Tiene que odiarlos! ¡Tiene que odiarlos, señor Dickens!

—Reconozco que son unos estúpidos mal educados, pero nada más. ¡Buenos días!

—¡Deje venir al señor Marley, por lo menos!

—¡No!

Dickens dio un portazo. Mientras Poe se alejaba, en el fondo de la calle, resbalando en el suelo escarchado, apareció una carroza. El cochero tocaba en un cuerno una alegre melodía. Y de la carroza, con las mejillas encendidas como cerezas, riéndose y cantando, salieron los Pickwickianos y golpearon la puerta, y cuando el rollizo muchacho salió a recibirlos, entraron gritando ¡Feliz navidad!, con voces fuertes y alegres.

El señor Poe corrió a lo largo de la costa envuelta en las sombras de la medianoche. De cuando en cuando se detenía, ante los fuegos y las humaredas, y lanzaba órdenes, o examinaba los hirvientes calderos, los brebajes y los pentagramas trazados con tiza.

—¡Muy bien!, —decía y volvía a correr—. ¡Magnífico!, —gritaba, y seguía corriendo. La gente se acercaba y corría con él. El señor Coppard y el señor Machen lo acompañaban ahora. Y allí, gimiendo, babeando, escupiendo, quedaron las sibilantes serpientes, los airados demonios, los feroces dragones amarillos, las víboras, las brujas temblorosas, y las púas y las ortigas y las espinas, y todo lo que el retirado mar de la imaginación había dejado en esa costa melancólica.

El señor Machen se detuvo. Se dejó caer, como un niño, sobre la arena fría. Sollozó. Los otros trataron de calmarlo. Machen no los escuchaba.

—Se me acaba de ocurrir —les dijo—. ¿Qué será de nosotros el día que destruyan los últimos ejemplares?

El aire se arremolinó.

—¡No hable de eso!

—Tenemos que hablar —gimió el señor Machen—. Ahora, ahora mismo, mientras se acerca el cohete, señor Poe; usted, Coppard; usted, Bierce… todos parecen más débiles. Como una humareda. Se deshacen las caras se les disuelven…

—¡La muerte! ¡La muerte real!

—Sólo existimos en el sufrimiento de la Tierra. Si un edicto final destruye esta noche los últimos ejemplares de nuestras obras, seremos sólo unas luces que se apagan.

Coppard reflexionó:

—Me pregunto quién soy. ¿En qué mente terrestre existo esta noche? ¿En alguna choza africana? ¿Algún ermitaño estará leyendo mis obras? ¿Será él la única luz que el huracán del tiempo y la ciencia ha dejado encendida? ¿La llama vacilante que alimenta este exilio rebelde? ¿Será él? ¿O algún niño que me encuentra, justo a tiempo, en una olvidada bohardilla? Oh, anoche me sentí enfermo, enfermo hasta la médula, pues existe también un cuerpo del alma, lo mismo que un cuerpo del cuerpo, y este cuerpo del alma me dolía, todo este cuerpo luminoso. Anoche me sentí como una vela goteante… ¡Y de pronto me incorporé difundiendo una luz nueva! Como si algún niño hubiese encontrado en un granero terrestre, enmohecido y polvoriento, uno de mis agusanados ejemplares, manchado por los años. ¡Y tuve así un nuevo respiro!

En una cabaña, junto a la costa, se golpeó una puerta. Un hombre de baja estatura, de carnes flacas y colgantes, salió de la choza, y sin fijarse en los otros, se sentó en la playa de arena y se miró los puños crispados.

—Ése me apena de veras —murmuró Blackwood—. Mírenlo. Se muere. Fue una vez más real que nosotros, y nosotros éramos hombres. Nació como una idea esquelética, y luego, durante siglos, lo fueron vistiendo con carnes rosadas y barbas de nieve y trajes de terciopelo rojo y botas negras. Le añadieron pinos, lentejuelas, hojas de acebo. Y al fin lo ahogaron en una cuba de desinfectante.

Los hombres guardaron silencio.

—¿Cómo será la Tierra sin navidad?, —se preguntó Poe—. Sin castañas, sin árbol, sin adornos, tambores ni velas. Nada. Nada, sino la nieve y el viento y los hombres solitarios y prácticos…

Todos miraron al viejito, de barba rala y traje descolorido.

—¿No conocen la historia?

—Me la imagino. El psiquiatra de ojos brillantes, el inteligente sociólogo, el pedagogo resentido de boca espumosa, los padres antisépticos…

—Una situación lamentable para los comerciantes —dijo Bierce con una sonrisa—. Recuerdo que exhibían adornos y entonaban villancicos desde fines de octubre. Este año habrán empezado en setiembre…

Bierce dejó de hablar. Lanzó un suspiro y cayó de bruces. Tendido en la arena tuvo tiempo de decir:

—¡Qué interesante!, —y luego, rnientras los demás lo miraban con horror, ardió y fue un polvo azul, y unos huesos calcinados, y unas cenizas que flotaron en el aire como copos oscuros.

—¡Bierce, Bierce!

—Se ha ido.

—Su último libro. Alguien acaba de quemarlo allá en la Tierra.

—Que descanse en paz. Nada de él queda ahora. Desaparecemos con ellos.

Un sonido veloz en el aire.

Todos gritaron, asustados, y alzaron los ojos. En el cielo, envuelto en unas luminosas y chirriantes nubes de fuego, estaba el cohete. Alrededor de las figuras de la costa se agitaron las linternas. Rechinaron los dientes, burbujearon los líquidos, y se sintió un olor de filtros destilados. Las calabazas de ojos de velas encendidas se elevaron en el aire claro y frío. Los dedos huesudos se cerraron en puños, y una bruja de boca desdentada gritó:

—¡Nave, nave, cae, destrózate! ¡Nave, nave, incéndiate! ¡Rómpete, quiébrate, fúndete! ¡Conviértete en polvo de momia, en pellejo de gato!

—Hora de irse —murmuró Blackwood—. A Júpiter, a Saturno o a Plutón.

—¿Escapar?, —gritó Poe en medio del viento—. ¡Nunca!

—Soy viejo y estoy cansado.

Poe miró la cara de Blackwood y comprendió. Subió rápidamente a la cima de una duna y enfrentó las diez mil sombras grises y las luces vertes y los ojos amarillos que flotaban en el viento ululante.

—¡Los polvos!, —gritó.

Un olor caliente y espeso a almendras amargas, cebollas, comino, santónico y raíces de lirio.

El cohete descendía, implacablemente, aullando como un alma condenada. Poe lo miró enfurecido. Alzó los puños, y la orquesta de calor, olor y odio le respondió con un acorde. Como cortezas arrancadas de un árbol se levantaron los murciélagos. Unos corazones en llamas se elevaron como proyectiles y estallaron en el aire chamuscado como sangrientos fuegos de

artificio. El cohete descendía, descendía, incesantemente, como un péndulo. Y Poe, furioso, gritaba, retrocedía mientras el cohete avanzaba y avanzaba cortando y devorando el aire. Y el mar muerto parecía una cisterna donde las víctimas esperaban el descenso de la máquina horrible, del hacha centelleante, de la roca que caía hacia ellos.

—¡Las serpientes!, —gritó Poe.

Y unas luminosas serpientes de un verde ondulante atacaron el cohete. Pero el cohete —una llama, un movimiento— descendió en las arenas, a un kilómetro de distancia, lanzando alrededor los últimos restos de su plumaje rojo.

—¡A él!, —gritó Poe—. ¡Cambiaremos los planes! ¡Una oportunidad aún! ¡La última! ¡A él! ¡Corran! ¡Ahoguémoslo con nuestros cuerpos! ¡Que mueran todos!

Y como si le hubiese ordenado a un mar furioso que cambiara su curso, que abandonara su lecho primitivo, los torbellinos y las salvajes trombas del fuego se dispersaron y corrieron, como vientos y lluvias y relámpagos, sobre las arenas del mar, por las hondonadas vacías, con sombras y gritos, silbidos y lamentos, chispas y corrientes, hacia el cohete que yacía extinguido, como una antorcha metálica y limpia, en el más lejano de los valles. Y como si un inmenso caldero calcinado de lava espumosa se hubiese volcado de pronto, una hirviente marea de animales y hombres cubrió los abismos desiertos.

—¡Mátenlos!, —gritó Poe.

Los hombres del cohete salieron de la nave, con las armas preparadas. Dieron unos pasos, oliendo el aire como perros de presa. No vieron nada. Se tranquilizaron. Por último salió el capitán. Dio brevemente unas órdenes. Se juntaron unas maderas, se encendieron, y el fuego creció en un instante. El capitán reunió a su alrededor a los hombres, en un semicírculo.

—Un mundo nuevo —dijo, tratando de hablar con serenidad aunque de cuando en cuando miraba nerviosamente y por encima del hombro hacia el mar vacío—. El viejo mundo ha quedado atrás. Empezamos otra vez. Nada será más simbólico que dedicarnos, con mayor firmeza aún, a la ciencia y al progreso. —Hizo una seña a su ayudante—. Los libros.

La luz de la hoguera iluminó los borrosos títulos dorados: Los Sauces, El Extraño, La Mirada, El Soñador, El Doctor Jekyll y el Señor Hyde, El País de Oz, Pellucidar, El País Olvidado por el Tiempo, El Sueño de una Noche de Verano, y los monstruosos nombres de Machen y Edgard Allan Poe y Campbell y Dunsany y Blackwood y Lewis Carroll; los nombres, los viejos nombres, los nombres malditos.

—Un mundo nuevo. Con este acto tan simple quemamos los últimos restos del pasado.

El capitán arrancó las páginas de los libros. Las hojas marchitas alimentaron la hoguera.

Un grito.

Los hombres dieron un salto, y se quedaron mirando, por encima de las llamas, las orillas del océano desierto.

¡Otro grito! Penetrante y triste, como la agonía de un dragón, o el espasmo de un cet ceo jadeante cuando las aguas del mar se secan y evaporan en los abismos.

El silbido del aire que corría a ocupar el sitio vacío donde antes había habido algo.

El capitán dispuso del último libro arrojandolo al fuego.

El aire dejó de vibrar.

Silencio.

Los hombres del cohete se inclinaron hacia delante para escuchar mejor.

—Capitán, ¿ha oído?

—No.

—Como una ola, señor. ¡En el fondo del mar! Me pareció ver algo. Allí. Una ola negra. Enorme. Venía hacia nosotros.

—Habrá visto mal.

—¡Allá, señor!

—¿Qué?

—¿No ve? ¡La ciudad! La ciudad verde junto al lago. Se parte en dos. ¡Se derrumba!

Los hombres se adelantaron entornando los ojos.

Smith temblaba. Se llevó una mano a la cabeza como buscando algo.

—Sí, recuerdo —dijo—. Sí. Hace muchos años, cuando yo era chico. Un libro que leí. Un cuento Oz, creo que se llamaba. Sí, Oz. La ciudad esmeralda de Oz.

—Oz. Nunca oí ese nombre.

—Sí, Oz. Eso era. La acabo de ver. Como en el cuento. Se derrumba.

—¡Smith!

—¿Señor?

—Preséntese mañana al psicoanalista.

—Sí, señor.

Smith saludó.

—Y tenga cuidado.

Los hombres avanzaron de puntillas, con las armas vigilantes, alejándose de las luces asépticas del cohete para examinar el mar extenso y las colinas bajas.

—Pero ¡cómo!, —murmuró Smith, desilusionado—. No hay nadie aquí. Absolutamente nadie.

El viento gimió cubriéndole de arena los zapatos.

Mecanismo de defensa

—Oh, Dios mío, ¿os dais cuenta de lo lejos que estamos de la Tierra? ¿De verdad lo habéis pensado? Es suficiente para encoger las tripas a un hombre. Ayudadme. Haced algo. Dadme sedantes o tomad mi mano o corred a llamar a mamá. Un millón de frías millas. ¿Veis todas las estrellas parpadeantes? Mirad mis temblorosas manos. ¡Sentid mi corazón girando como un molinete caliente!

El capitán viene hacia mí, con una expresión de asombro en su rostro pequeño y tenso. Toma mi brazo, mirándome a los ojos.

—Hola capitán. Estoy enfermo, si eso es lo que quiere saber. Tengo derecho a tener miedo, ¡mire todo ese espacio! Estando aquí hace un momento, miré a la Tierra tan redonda y cubierta de nubes y dormida sobre una estera de estrellas, y mi cerebro se desgarro y gritó, hombre, hombre, ¿cómo me metí en un lío como éste?, ¡en un cohete a un millón de millas más allá de la luna, disparado a Marte con una tripulación de otros catorce! Apenas puedo ponerme de pie, mis rodillas, mis manos, mi corazón, están temblando. Ayúdeme, señor.

¿Cómo somos los histéricos? El capitán descuelga el audio intercubiertas y habla rápidamente, con el ceño fruncido. Espero que esté llamando al psiquiatra. Necesito algo. ¡Ay, maldita sea, maldita sea!

El psiquiatra desciende la escalera con un inmaculado uniforme blanco como la sal y camina hacia mí en un sueño.

—Hola doctor. Estás aquí por mí. Por favor, señor, de la vuelta a este maldito cohete y vuele de regreso a Nueva York. ¡Me volveré loco con todo este espacio y distancia!

Las voces del psiquiatra y del capitán murmuran y se mezclan, aquí y allá un énfasis, un movimiento de cabeza, un gesto:

—El joven Halloway tiene un ataque de pánico, doctor. ¿Puedes ayudarlo?

—Lo intentaré. El bueno de Halloway. Imaginó que lo necesitarás a él y a sus músculos cuando aterricemos.

—Con una tripulación tan pequeña como ésta, cada hombre vale su peso en uranio. Tiene que ser curado.

El psiquiatra sacude su cabeza.

—Tal vez tengamos que atiborrarlo de drogas para mantenerlo tranquilo el resto de la expedición.

El capitán explota diciendo que eso es imposible. La sangre martillea en mi cabeza. El doctor se acerca, oliendo a limpio, fuerte y blanco.

—Por favor, comprenda, capitán, este hombre está completamente psicótico por volver a casa. Su conversación es casi una reversión a la infancia. No puedo rechazar sus peticiones, y su miedo parece demasiado arraigado para razonar. Sin embargo, creo que tengo una idea. ¿Halloway?

—¿Sí, señor? Ayúdeme, doctor. Quiero ir a casa. Quiero ver palomitas de maíz explotando con una avalancha de mantequilla dentro de un cubo de vidrio, quiero patinar, quiero subirme al húmedo y viejo vagón de hielo y hacer *chikk-chikk-chikk* en el hielo con un pico afilado, quiero hacer largas y sudorosas caminatas por el campo, ver grandes edificios de ladrillo y gente de rostro alegre, luchar contra la vieja pandilla, cualquier cosa menos esto. ¡Es horrible!

El psiquiatra se frota la barbilla.

—Está bien, hijo. Puedes volver a la Tierra, ahora, esta noche.

De nuevo el capitán explota.

—No puedes decirle eso. ¡Aterrizamos en Marte hoy!

El psiquiatra replica pacientemente al capitán.

—Por favor, capitán. Bueno, Halloway, volvemos a Nueva York por ti. ¿Qué te parece?

No estoy tan asustado ahora. Bajamos por la escalera móvil y aquí está el camarote del psiquiatra.

Está enfocando luces a mis ojos. Giran como estrellas en un disco. Muchas máquinas extrañas alrededor, pegadas a mi cabeza, a mis oídos. Sueño. Oh, que sueño. Como bajo agua caliente. Me sumerjo. Limpiado. Lavado. Tranquilo. Oh Dios mío, que sueño.

—Escúchame, Halloway.

Somnoliento. El doctor está hablando. Muy suave, como plumas. Suave, suave.

—Vas a aterrizar en la Tierra. No importa lo que te digan, estás aterrizando en la Tierra… pase lo que pase estarás en la Tierra… todo lo que veas y hagas será como en la Tierra… recuerda que… recuerda que… no tendrás miedo porque tú estarás en la Tierra… recuerda eso… una y otra vez… aterrizarás en la Tierra en una hora… en casa… en casa de nuevo… sin importar lo que digan…

Oh, sí, señor, de nuevo en casa. Qué sueño. En casa de nuevo. Flotando, durmiendo, oh gracias, señor, gracias desde el fondo de mi alma somnolienta y adormecida. Sí, señor. Sí, señor. Somnoliento. Flotando.

* * * *

¡Estoy despierto!

—¡Hey, vengan todos a mirar! ¡Aquí viene la Tierra! Directamente hacia nosotros, ¡como una pelota hacia el bate! ¡Viniendo hacia nosotros en una curva!

—¡Chequear los indicadores! ¡Aterrizaje en Marte!

—¡Poneros los trajes espaciales! ¡Test de atmósfera!

—¿Dónde dijo que me metiera?

—En tu uniforme de béisbol, Halloway. Tu uniforme de béisbol.

Sí, señor. Mi uniforme de béisbol. ¿Dónde lo puse? Aquí. Cabeza adentro, piernas adentro, pies adentro. Ja. ¡Esto es genial! ¡Tírala aquí, viejo! ¡La bateare! ¡Guau!

Sí, señor, está en esa taquilla de metal. Lo sacaré. Cabeza, brazos, piernas adentro… estoy vestido. Uniforme de beisbol. Ja. ¡Esto es genial! ¡Tírala aquí, viejo! ¡La bateare! ¡Guau!

—Ajustad las escafandras, revisad el oxígeno.

—¿Qué?

—Ponte la máscara de receptor, Halloway.

Vaya. La máscara se desliza hacia abajo sobre mi cara. El capitán llega corriendo, con los ojos verdes y furiosos.

—Doctor, ¿qué es esta tontería infernal?

—Quería que Halloway pudiera hacer su trabajo, ¿no es así, capitán?

—Sí, pero ¿qué diablos le has hecho?

Extraño. Mientras hablan, escucho sus palabras fluir sobre mi cabeza como una ola golpeando una piedra marina, pero las palabras se escurren, sin dejar huella. Tan pronto las palabras invaden mi cabeza, algo las come y digiere y creo que las palabras son algo completamente diferente.

El psiquiatra asiente hacia mí.

—No podía cambiar su deseo básico. Con tiempo, sí, con varios meses podría haberlo hecho. Pero lo necesitas ahora. Entonces, en contra de toda la ética conocida de mi profesión, que dice que uno nunca debe mentirle a un paciente, le he seguido en su propia corriente de pensamiento. No me atrevía a frustrarlo. Quería irse a casa, así que lo dejé. Le he dado una fantasía. Instalé un mecanismo de defensa en su mente que se niega a creer en ciertas realidades, que evalúa todas las cosas desde su propio deseo de seguridad y

hogar. Su mente bloqueará automáticamente cualquier pensamiento o imagen que ponga en peligro esa seguridad.

El capitán se encara salvajemente.

—¡Entonces, entonces Halloway está loco!

—¿Lo prefieres muerto de miedo, o capaz de trabajar en Marte obstaculizado sólo por una leve condición de disgusto? Mímalo y lo hará bien. Sólo recuerda, estamos aterrizando en la Tierra, no en Marte.

—La Tierra, Marte… ¡me tendrás a mi delirando a continuación!

El doctor y el capitán ciertamente hablan raro. ¿A quien le importa? ¡Aquí viene la Tierra! ¡Verde, expandiéndose como un repollo mojado bajo los pies!

—¡Aterrizaje en Marte! ¡Esclusa de aire abierta! Usad el oxígeno de los trajes espaciales.

¡Aquí vamos, pandilla! ¡El último en salir es un chimpancé rosa!

—¡Halloway, vuelve, maldito tonto! ¡Te matarás!

¡Siento la buena y dulce Tierra! ¡En casa de nuevo! ¡Alabado sea el Señor! ¡Bailemos, cantemos desafinados, riamos! ¡Ja! ¡Oh chico!

En la puerta de la casa está el capitán, con el rostro rojo y arrugado, agitando los puños.

—¡Halloway, vuelve! ¡Mira detrás de ti, tonto!

Doy vueltas y grito, feliz.

—¡Shep! ¡Shep, viejo perro viejo!

Viene corriendo a mi encuentro, su largo pelaje brilla como ámbar a la luz del sol. Ladrido. Shep, no te había visto en años.

—Buen viejo perro. Ven aquí, Shep. Déjame acariciarte.

El capitán grita:

—¡No lo acaricies! Parece un gusano marciano carnívoro. ¡Mira las fauces de esa cosa! Halloway, ¡usa tu cuchillo!

Shep gruñe y muestra los dientes. Shep, ¿qué pasa? Ésa no es forma de saludarme. Vamos, Shep. ¡Hey! Retiro mis dedos cuando sus rápidas mandíbulas chasquean. Shep me rodea, rápidamente. ¿No tienes rabia, verdad, Shep? ¡Se lanza, me agarra el tobillo con dientes blancos y fuertes! ¡Señor, Shep, estás loco! No puedo dejar que esto continúe. Y solías ser un perro tan bueno y hermoso. ¿Recuerdas todas las caminatas que hicimos en el perezoso país del maíz, junto a los graneros rojos y los pozos profundos? Shep aprieta fuerte mi tobillo. Le daré una oportunidad más. ¡Shep, déjame ir! ¿De dónde salió este lardo cuchillo que tengo en mi mano, parece magia? Lamento hacer esto, Shep, pero… ¡toma!

Shep grita, golpeando, grita de nuevo. Mi brazo sube y baja, mis guantes están salpicados de copos de sangre.

No grites, Shep. Dije que lo sentía, ¿no?

—Tripulación: Salgan y entierren a esa bestia de inmediato.

Miro al capitán.

—No hable así de Shep.

El capitán mira fijamente mi tobillo.

—Lo siento Halloway. Quise decir que entierren a ese 'perro'. Dadle todos los honores. Tuviste suerte, hijo, un segundo más y esos dientes de cuchillo habrían perforado la protección de metal de tu tobillo.

No sé lo que quiere decir. Estoy usando zapatillas deportivas, señor.

—¿Estás bien? Bueno, lo siento, Halloway. Sé cómo debes sentirte acerca de… Shep. Era un buen perro.

Lo pienso un momento y mis ojos se humedecen.

Habrá un pícnic y una excursión; dice el capitán. Hace tres horas que los chicos han sacado el equipaje de la casa de metal. Por la forma en que hablan, esto será un pícnic. Algunos parecen asustados, pero ¿a quién le preocupan las serpientes cabeza de cobre, los mocasines de agua y los cangrejos de río? A mí no. No señor. A mí no.

Gus Bartz, sudando a mi lado con algún tipo de aparato, me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te está reconcomiendo, Halloway?

Yo sonrío.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Tú y lo que pasó con ese gusano marciano.

¿De qué está hablando? ¿Qué gusano?

El capitán interrumpe, nervioso.

—Bartz, despídete de Halloway. El médico te explicará por qué. Preguntale.

Bartz se va, rascándose la cabeza.

El capitán me da una palmadita en el hombro.

—Eres nuestro hombre fuerte, Halloway. Tienes fuertes músculos por trabajar en los motores de cohetes. Así que mantente alerta hoy durante la excursión para explorar el territorio. Ten preparada tu pistola.

—¿Cree que encontraremos castores, señor?

El capitán traga saliva y parpadea.

—Oh, castores, sí, castores. Por supuesto. ¡Castores! Quizás. He oído que también leones de montaña e indios. Nunca se puede estar seguro. Ten

cuidado.

—¿Leones de montaña e indios en Nueva York en esta época? Oh, señor.

—No te preocupes. Mantente alerta, de todos modos. ¿Fumas?

—Yo no fumo, señor. Una mente fuerte en un cuerpo sano, ya conoce la vieja regla.

—La vieja regla. Ah, sí. La vieja regla. Sólo bromeo. No quiero fumar de todos modos. Infiernos.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Nada, Halloway, continúa, continúa.

Ahora ayudo a los demás a trabajar.

—¿Cogeremos el tranvía amarillo hasta las afueras de la ciudad, Gus?

—Usaremos cinturones de propulsión, rozando los mares muertos.

—¿Eso es nuevo, Gus?

—Dije, vamos a tomar el tranvía amarillo hasta el final de la línea, sí.

Estamos listos. Todos están listos y desplegados. Vamos en grupos de cuatro. Bajaremos por Main Street, pasaremos la fábrica de pasteles, cruzaremos el puente, atravesaremos el túnel, pasaremos los terrenos del circo y nos encontraremos, dice el capitán, en un lugar que señala en un mapa extraño e inconexo.

—¡Oh! Olvidé pagar mi billete.

—Está bien, ya lo pagué.

—Gracias, capitán. Realmente estamos viajando. Pasan los cipreses y los arces. ¡Guau! No se lo diría a nadie más que a usted, señor, pero por un momento, no vi este tranvía allí. De repente nos movimos en un espacio vacío, sin nada que nos apoyara, y no vi ningún vehículo. Pero ahora lo veo, señor.

El capitán me mira como a un milagro de nueve días.

—¿Vas bien?

—Sí, señor. Me agarro arriba. Aquí está la correa, la estoy cogiendo.

—Estás muy gracioso deslizándote por el aire con la mano así, Halloway.

—¿Qué quiere decir, señor?

—¡Ja, ja, ja!

—¿Por qué los demás se ríen de mí, señor?

—Por nada, hijo, por nada. Simplemente están contentos, eso es todo.

Ding Ding. Ding Ding. Calle Canal y Washington. *Ding Ding*. ¡Guau! Esto es viajar de verdad. Sin embargo, es curioso que el capitán y sus hombres sigan moviéndose, cambiando de asiento, sin quedarse sentados. Es un vagón grande. Estoy muy atrás ahora. Ellos están al frente.

Junto a la gran casa marrón de la siguiente esquina hay un carrito de palomitas de maíz, amarillo, rojo y azul. Puedo saborear las palomitas de maíz en mi mente. Ha pasado mucho tiempo desde que comí algo… si le pido permiso al capitán para detenerme y comprar una bolsa, se negará. Me escabulliré del tranvía en la siguiente parada. Puedo coger el próximo tranvía y alcanzar a la pandilla más tarde.

¿Cómo se detiene este tranvía? Mis dedos juguetean con mi uniforme de béisbol, haciendo algo de lo que no quiero saber. ¡El vagón se detiene! Eso es. Las palomitas de maíz son más importantes.

Estoy fuera del vagón, caminando. Aquí está la máquina de palomitas de maíz con un hombre detrás, manipulando pequeños botones de metal plateado.

—murr —lokk— loc —cor— iz —

—¡Tony! ¡Tony, bambino! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Click.

No puede ser, pero lo es. ¡Tony, que murió hace diez largos años, cuando yo era un niño pecoso! Vivo y vendiendo palomitas de maíz otra vez. Oh, Tony, que bien volverte a ver. ¡Su bigote negro está tan encerado, tan brillante, su cabello oscuro como virutas aceitosas quemadas, sus felices ojos oscuros y brillantes, sus mejillas rojas y sonrientes! Brilla en mis ojos como en una lluvia fría.

—¡Tony! ¡Déjame darte la mano! ¡Dame una bolsa de palomitas de maíz, señor!

—Clic-clic-clic —sput— clic —reeeeeeeeeeeeee—

El capitán no te vio, Tony, estabas tan bien escondido, sólo yo te vi. Un momento mientras busco una moneda.

—Reeeeeee.

Vaya, estoy mareado. Hace mucho calor. Mi cabeza da vueltas como una hoja en un viento de tormenta.

—Déjame apoyarme en tu carro, Tony, rápido, estoy temblando y tengo dolores agudos en la cabeza…

—Reeeeeee.

Está subiendo la temperatura. Tengo fiebre. Siento como si tuviera una antorcha encendida en mi cabeza. Muy caliente.

—Perdóname por criticarte, Tony, pero creo que tu maquina está demasiado fuerte. Tu rostro se ve asustado, contorsionado, y tus manos se mueven tan rápido, ¿por qué? ¿No puedes apagarlo? Hace mucho calor. Todo se derrite. Mis rodillas se hunden.

Más cálido aún. Será mejor que apague esa cosa, no puedo más. De todos modos, no puedo encontrar una moneda. Por favor, cállate, Tony, estoy enfermo. Mi uniforme brilla de color naranja. ¡Voy a arder!

Lo apagaré por ti, Tony.

¡Me golpeaste!

¡Deja de golpearme, deja de pulsar esos botones! Hace calor, te lo digo: detente, o yo…

Tony. ¿Dónde estás? ¿Te has ido?

¿De dónde salió esa llama púrpura? Esa fuerte explosión, ¿qué fue? La llama parecía brotar de mi mano, de mi linterna de explorador. Una llama púrpura.

Huelo un fuerte olor amargo.

Como hamburguesa demasiado hecha.

Me siento mejor ahora. Fresco como el invierno. Pero…

Como una mosca zumbando en mis oídos, llega una voz, débil, lejana.

—Halloway, maldita sea, Halloway, ¿dónde estás?

¡Capitán! Es su voz chisporroteante.

—¡No lo veo, señor!

—Halloway, estamos en el fondo del mar muerto cerca de una antigua ciudad marciana y… oh, no importa, maldita sea, si me escuchas, presiona tu insignia de *boyscout* y grita.

Presiono la insignia intensamente, sudando.

—¡Hola, capitán!

—¡Halloway! Gracia a Dios. No estás muerto. ¿Dónde estás?

—Paré a por palomitas de maíz, señor, no puedo verle. ¿Cómo es que le escucho?

—Es un eco. No te preocupes. Si estás bien, coge el próximo tranvía.

—Eso es muy oportuno. Porque ahora viene un gran tranvía rojo, doblando la esquina de la farmacia.

—¡Qué!

—Sí, señor, y está repleto de gente. Subiré a bordo.

—¡Espera un minuto! ¡Espera! ¡Asesinato! ¿Qué clase de gente, maldita sea?

—Es la pandilla del West Side. Seguro. Todo un puñado de chicos duros.

—¡La pandilla del West Side, diablos, ésos son marcianos, lárgate de ahí! Haz transbordo a otro vagón… ¡toma el metro! ¡Toma el tren elevado!

—Demasiado tarde. El vagón está parado. Tendré que cogerlo. El conductor parece impaciente.

—Impaciente —dice—. ¡Serás masacrado!

—Oh, oh. Todos se bajan del tranvía y me miran enfadados. Kelly y Grogan y Tompkins y los demás. Creo que habrá pelea.

La voz del capitán apuñala mis oídos, pero no lo veo por ninguna parte:

—Usa tu pistola, tu láser, tu láser. Demonios, usa tu honda, o lanza pelotas de papel con saliva, o lo que sea que te imagines que tienes enfundado allí, ¡pero úsalo! Tripulación ¡Vamos! ¡Sobre la cara y la espalda!

—Estoy superado en número. Apuesto a que me atraparán y me darán golpes, golpes, golpes. Apuesto a que me amarrarán a un arce, arce, arce y me harán cosquillas. Apuesto a que me tatuarán sus iniciales en la frente. A mamá no le gustará eso.

La voz del capitán suena más fuerte, acercándose:

—¡Y papá no estará contento! ¡Fuera de ahí, Halloway!

—¡Me están golpeando, señor! ¡Estamos luchando!

—¡Sigue así, Halloway!

—Derribé a uno, señor, con un gancho. Estoy derribando a otro ahora. ¡Aquí va un tercero! Alguien me agarró el tobillo. ¡Lo patearé! ¡Estoy tropezando, cayendo! ¡Luces en mis ojos, violetas, grandes relámpagos violetas chisporroteando en el aire!

—Tres de ellos desaparecieron, ¡así como así! Creo que se cayeron por una alcantarilla. Lo siento. No quise lastimarlos. Me robaron la linterna.

—¡Recupérala, Halloway! Estamos llegando. ¡Consigue tu linterna y úsala! Esto es estúpido.

—Estúpido —dice—. Estúpido. Estúpido.

Recuperé mi linterna, rota, no sirve. Estamos luchando. Hay tantos de ellos, soy débil. Están trepando sobre mí, golpeando. ¡No es justo, me estoy cayendo, pateando, gritando!

—Tripulación: ¡Más rápido! ¡Máxima potencia!

Me están atando. No puedo moverme. Ahora me están metiendo en el tranvía. Ya no podré ir a esa excursión. Y lo planeé tanto.

—¡Aquí estamos, Halloway! ¡Mátadlos! ¡Oh Señor, mira las horribles caras de esas criaturas! ¡Gus!

—¡Cuidado, capitán! ¡También le atraparán a usted y a los demás!

¡Ah! Alguien me golpeó en la nuca. Oscuridad. Oscuro. Oscuro.

Arrorró mi niño en la copa del árbol… cuando sopla el viento…

—Está bien, Halloway, a cualquier momento. Ves a cualquier antiguo momento que quieras.

* * * *

Oscuro. Una voz hablando. Oscuro como el interior de una ballena. Ay, mi cabeza. Estoy boca arriba, puedo sentir rocas debajo de mí.

—Buenos días querido señor Halloway.

—¿Es usted, capitán? ¿En este rincón oscuro?

—¡No soy el presidente de los Estados Unidos!

—¿Dónde está esta cueva?

—¡Supongamos que nos dices que nos metiste en este lío con tus eternamente malditas palomitas de maíz! ¿Por qué te bajaste del tranvía?

—¿La pandilla del West Side nos ató, capitán?

—¡Pandilla del West Side, caramba! Esas caras, esas caras inhumanas, extrañas, desagradables y horribles. Todo fluido y gangrenoso. Extraterrestres, todo un grupo podrido de ellos.

Que forma tan divertida de hablar.

—Escucha, completo idiota, en aproximadamente una hora vamos a estar fritos, destripados, helados, asesinados, masacrados, asesinados, estaremos, *ipso facto*, muertos. Tus 'amigos' están preparando una pequeña fiesta sangrienta. ¿No puedo meter esto en tu grueso cráneo? ¡Estamos en Marte, a punto de ser rebanados y aplastados por un puñado de marcianos!

—¿Capitán, señor?

—¿Sí, Berman?

—La puerta de la cueva se está abriendo, señor. Creo que los marcianos están listos para atacarnos de nuevo, señor. Algún tipo de prueba u otra, sin duda.

—¡Suéltame, monstruo tuerto! ¡Ya voy, no empujes!

Estamos fuera de la cueva. Están cortando nuestros nudos.

—Vea, capitán, después de todo, no nos están haciendo daño. Aquí está el callejón de ladrillos. Ahí está la ropa interior de la señora Haight ondeando en el tendedero. Mira a toda la gente de la cervecería, ¿a qué están esperando?

—A vernos morir.

—Capitán, ¿qué le pasa a Halloway? Está actuando de forma extraña…

—Al menos él está mejor que nosotros. No puede ver las caras y los cuerpos de estas criaturas. Es suficiente para revolver el estómago de un hombre. Éste debe ser su anfiteatro. Eso parece una carrera de obstáculos. Deduzco de su jerga de señas que, si superamos los obstáculos, seremos libres. Nota al pie: nadie ha pasado con vida todavía. Parece que quieren que vayas primero, Berman. Buena suerte, chico.

—Hasta luego, capitán. Hasta luego, Gus. Hasta luego, Halloway.

Berman está corriendo por el callejón con paso fácil y fuerte. Lo escucho gritar alto y claro, a pesar de que se está alejando.

—¡Aquí viene un automóvil! ¡Berman! ¡Ah! ¡Lo golpeó! ¡Ha caído! ¡Berman, levántate, levántate!

—Quédate aquí, Halloway, aún no es tu turno.

¿Mi turno? ¿Qué quiere decir? Alguien tiene que ayudar a Berman.

—¡Halloway, vuelve! ¡Oh, no quiero ver esto!

¡Levanto mis piernas, las bajo, exhalo, inhalo, balanceo los brazos, balanceo las piernas, muerdo mi lengua, parpadeo, Berman, ya voy, caramba, que cosas tan locas y divertidas, aquí viene un carrito de hielo rodando, viene directamente hacia mí! No puedo ver como rodearlo, viene muy rápido, saltaré dentro de él, saltar, saltar, frío, hielo, picahielo, *chikk-chikk-chikk*, escucho al capitán gritar desde un millón de millas, *chikk-chikk-chikk* alrededor del perímetro de hielo, el carrito de hielo está tronando, alborotando, saltando, temblando, rodando sobre grandes ruedas de hierro oxidadas, oliendo a amoníaco agrio, rebotando en un callejón de tierra y ladrillos, la parte trasera parece estar cerrándose con muchas puntas de hielo, siento un dolor intenso en la pierna izquierda, ¡*chikk-chikk-chikk-chikk*! trozo de hielo, cuadrado frío, cubo frío, un estremecimiento y una convulsión, un temblor, las ruedas del carro dejaron de rodar, bajé de un salto y salí corriendo del carro destrozado, ¿el carro rodó sobre Berman?, espero que no, una valla, la saltaré, otra máquina de palomitas, muy caliente, muy caliente, toda llamas y fuego rojo y botones de metal que arden…

Vaya, no quería derribar al hombre de las palomitas de maíz, hola, Berman, ¿qué haces en mis brazos? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Te recogí y por qué?, ¿una carrera de obstáculos en el instituto?, eres pesado, estoy cansado, los perros me muerden los talones, ¿hasta dónde se supone que debo llevarte? Oigo al capitán gritándome, ¿por qué, por qué?, aquí viene el vigilante de novillos con una porra en la mano para llevarme de regreso a la escuela, parece mezquino y fornido…

Le di una patada en las espinillas al vigilante y le di una patada en la cara… A mamá no le gustará esto… sí, mami… no mami… eso es injusto… eso no es una pelea limpia… algo se aplastó… hmm… olvidémoslo, ¿de acuerdo?

Respirando fuerte. Aquí viene la pandilla detrás de mí, todos los irlandeses hirsutos y los noruegos llenos de cicatrices y los italianos testarudos… golpean, patean, luchan… ¡aquí viene un coche veloz, rápido,

rápido! Espero poder agacharme, contigo, Berman… ¡aquí viene otro coche en sentido contrario!… si hago las cosas bien… eh… ¡deja de gritar, Berman!

Los coches chocan entre sí.

Los coches siguen rodando, dando tumbos, como dos animales desgarrándose mutuamente las gargantas.

Ya no está lejos el final del callejón, Berman. Justo delante. Dormiré durante cuarenta años cuando esto termine… ¿De dónde saqué esta linterna?, ¿de uno de esos tipos que derribé?, ¿del hombre de las palomitas? La enfocare delante de mí… la gente huye… tal vez no les guste la luz en sus ojos… ¡El final del callejón! ¡Ahí está el valle verde y mi casa, y mamá y papá están esperando! ¡Hey, cantemos, bailemos, nos vamos a casa!

—¡Halloway, canalla, lo lograste!

Oscuro. Dormir. Despierta lentamente. Escucha.

* * * *

—… y Halloway corrió por ese anfiteatro con indiferencia como un niño de instituto saltando obstáculos. Una gran bestia marciana color azafrán con una boca tan condenadamente grande que parecía la parte trasera de un camión de reparto, se abalanzó hacia Halloway…

—¿Qué hizo Halloway?

—Halloway saltó justo dentro de la boca del monstruo, ¡justo dentro!

—¿Qué paso entonces?

—El animal se quedó estupefacto. Intentó escupir. Entonces, para colmo, ¿qué hizo Halloway?, te pregunto, les pregunto, ¿qué hizo? Sacó su navaja de *boyscout* y fue *chikk-chikk-chikk* por todo el maldito interior, fingiendo que estaba en un vagón de hielo, cortando pedazos de hielo".

—¿No?

—¡Por mi honor! El monstruo, después de sufrir un poco de este *chikk-chikk-chikk*, saltó, retozando, tambaleándose, meciéndose, tirándose, y luego, con un chorro de sangre, salió Halloway, sonriendo como un niño, y siguió corriendo, esquivando lanzas y fingiendo que eran piedras, saltando una línea de guerreros agazapados, y diciendo que son una valla de madera. Luego levantó a Berman y trotó con él hasta que se encontró con un luchador marciano de trescientas libras. Halloway supuso que era el vigilante de novillos y rápidamente lo pateó en la cara. Luego derribó a otro tipo que manipulaba furiosamente los botones de una máquina de parálisis que parecía, para Halloway, ¡un carrito de palomitas de maíz! Tras lo cual atacaron dos gigantescos leopardos marcianos negros, que para él no parecían más que dos pésimos conductores de automóviles oscuros. Halloway se hizo a un lado. Los

dos «coches» chocaron y se destrozaron, peleando. Halloway continuó, disparando a la gente con su «linterna» que recuperó del hombre de las «palomitas de maíz». Apuntando con la luz a la gente, se sorprendió cuando desaparecieron y… oh, oh, Halloway se está despertando, he visto sus párpados moverse. Silencio, todos. ¿Halloway, estás despierto?

Sí. Estuve escuchándole hablar durante cinco minutos. Sigo sin entenderlo. No pasó nada en absoluto. ¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—Dos días. No pasó nada, ¿eh? Nada, excepto que hiciste que los marcianos se doblegaran, eso es todo, hermano. Tu espectacular actuación impresionó a la gente. El enemigo de repente decidió que si un terrícola podía hacer lo que tú hiciste, ¿qué pasaría si vinieran un millón más?

Todo el mundo sigue bromeando, mintiendo sobre Marte. Parad.

—¿Dónde estoy?

—A bordo del cohete, a punto de despegar.

—¿Dejar la Tierra? ¡No, no, no quiero irme de la Tierra, buena Tierra verde! ¡Dejadme ir! ¡Tengo miedo! ¡Soltadme! ¡Parad la nave!

—Halloway, esto es Marte, vamos a volver a la Tierra.

—¡Soy todos unos mentirosos! ¡No quiero ir a Marte, quiero quedarme aquí, en la Tierra!

—Santa vaca, otra vez. Sujétalo, Gus. ¡Oiga, doctor, venga! ¡Ven a ayudar a Halloway a cambiar de opinión!

—¡Mentirosos! ¡No podéis hacerme esto! ¡Mentirosos! ¡Mentirosos!

El que espera

Vivo en un pozo. Vivo como humo en el pozo. Como vapor en una garganta de piedra. No me muevo. No hago otra cosa que esperar. Arriba veo las estrellas frías y la noche y la mañana, y veo el sol. Y a veces canto viejas canciones del tiempo en que el mundo era joven. ¿Cómo podría decirles quién soy si ni siquiera yo lo sé? No puedo. Espero, nada más. Soy niebla y luz de luna y memoria. Estoy triste y estoy viejo. A veces caigo como lluvia en el pozo. Cuando mi lluvia cae rápidamente unas telarañas se forman en la superficie del agua. Espero en un silencio frío y un día no esperaré más.

Ahora es la mañana. Oigo un trueno inmenso. El olor del fuego me llega desde lejos. Oigo un golpe metálico. Espero. Escucho.

Voces. Muy lejos.

—¡Muy bien!

Una voz. Una voz extraña. Una lengua extraña que no conozco. Ninguna palabra familiar. Escucho.

—¡Que salgan los hombres! Algo aplasta las arenas de cristal.

—¡Marte! ¡De modo que esto es Marte!

—¿Dónde está la bandera? —Aquí, señor.

—Bien, bien.

El sol está en lo alto del cielo azul y los rayos de oro caen en el pozo, y yo estoy suspendido como el polen de una flor, invisible y velado a la luz cálida.

—En nombre del gobierno de la Tierra, llamo a este territorio el Territorio Marciano, el que será dividido en partes iguales entre las naciones miembros.

¿Qué dicen? Me vuelvo en el sol, como una rueda, invisible y perezoso, dorado e infatigable.

—¿Qué hay ahí?

—¡Un pozo!

—¡No!

—Acérquense. ¡Sí!

Un calor se acerca. Tres objetos se inclinan sobre la boca del pozo, y mi frío se eleva hacia los objetos.

—¡Magnífico!

—¿Será buena el agua?

—Veremos.

—Que alguien traiga un frasco de pruebas y una sonda.

—¡Yo iré!

El sonido de algo que corre. El retorno.

—Aquí están.

Espero.

—Bájenlo. Cuidado.

Un vidrio brilla, arriba, y desciende en una línea lenta.

Unas ondas rizan el agua cuando el vidrio la toca. La toca y se hunde. Me elevo en el aire tibio hacia la boca del pozo.

—Ya. ¿Quiere probar el agua, Regent?

—Pásemela.

—Qué pozo hermoso. Miren la construcción. ¿Cuántos años tendrá?

—Dios sabe. Cuando ayer descendimos en aquel otro pueblo Smith dijo que no ha habido vida en Marte desde hace diez mil años.

—Mucho tiempo.

—¿Cómo es, Regent? El agua.

—Pura como plata. Tome un vaso.

El sonido del agua a la luz tibia del sol. Ahora floto como un polvo, un poco de canela, en el viento suave.

—¿Qué pasa, Jones?

—No sé. Tengo un terrible dolor de cabeza. De pronto.

—¿Ya bebió el agua?

—No. No es eso. Estaba inclinado sobre el pozo y de pronto se me partió la cabeza. Me siento mejor ahora.

Ahora sé quien soy.

Me llamo Stephen Leonard Jones y tengo veinticinco años y acabo de llegar en un cohete desde un planeta llamado Tierra y estoy aquí con mis buenos amigos Regent y Shaw junto a un viejo pozo del planeta Marte.

Me miro los dedos dorados, morenos y fuertes. Me miro las piernas largas y el uniforme plateado y miro a mis amigos.

—¿Qué pasa, Jones?, —dicen.

—Nada —digo, mirándolos—. Nada en absoluto.

La comida es buena. Han pasado diez mil años desde mi última comida. Toca la lengua de un modo agradable y el vino calienta el cuerpo. Escucho el sonido de las voces. Pronuncio palabras que no entiendo pero que entiendo de algún modo. Pruebo el aire.

—¿Qué ocurre, Jones?

Inclino esta cabeza mía y mis manos descansan en los utensilios plateados. Siento todo.

—¿Qué quiere decir?, —dice esta voz, esta nueva cosa mía.

—Respira de un modo raro. Tosiendo —dice el otro hombre.

Pronuncio exactamente:

—Quizá me estoy resfriando.

—Que lo examine el médico más tarde.

Muevo la cabeza de arriba abajo, eso es bueno. Es bueno hacer cosas después de diez mil años. Es bueno respirar el aire y es bueno sentir que el calor del sol que entra en el cuerpo más y más, y es bueno sentir la estructura de marfil, el hermoso esqueleto debajo de la carne tibia, y es bueno oír sonidos más claros y más cercanos que las profundidades pétreas de un pozo. Me siento muy bien.

—Vamos, Jones. Despierta. Tenemos que hacer.

—Sí —digo, y me maravillan las palabras: se forman como agua en la lengua y caen con una lenta belleza en el aire.

Camino y es bueno caminar. Camino y el suelo está a mucha distancia cuando lo miro desde los ojos y la cabeza. Es como vivir en un hermoso acantilado, sintiéndose feliz allí.

Regent está junto al pozo de piedra, mirando hacia abajo. Los otros han vuelto a la nave de plata, murmurando entre ellos.

Siento los dedos de la mano y la sonrisa de la boca.

—Es profundo —digo.

—Sí.

—Lo llaman pozo del Alma.

Regent alza la cabeza y me mira.

—¿Cómo lo sabe?

—¿No lo parece acaso?

—Nunca oí hablar de un pozo del alma.

—Un sitio donde hay cosas que esperan, cosas que una vez tuvieron carne, y esperan y esperan —digo, tocando el brazo del hombre.

La arena es fuego y la nave es fuego de plata al calor del día, y es bueno sentir el calor. El sonido de mis pies en la arena dura. Escucho. El sonido del viento y el sol que quema los valles. Huelo el olor del cohete que hierve en el mediodía. Estoy de pie debajo de la compuerta.

—¿Dónde anda Regent?, —dice alguien.

—Lo vi junto al pozo —replico.

Uno de ellos corre hacia el pozo. Empiezo a temblar. Un temblor débil al principio, muy hondo, pero que sube y aumenta. Y por primera vez la oigo, como si estuviese también escondida en un pozo. Una voz que llama dentro de mí, pequeña y asustada. Y la voz grita: Déjame ir, déjame ir, y siento como si algo tratara de librarse, algo que golpea las puertas de un laberinto, que corre descendiendo por oscuros pasillos y sube por pasajes, entre aullidos y ecos.

—¡Regent está en el pozo!

Los hombres corren, cinco de ellos. Corro también, pero ahora me siento enfermo y los temblores son violentos.

—Tiene que haberse caído. Jones, usted estaba con él. ¿Lo vio? ¿Jones? Vamos, hable, hombre.

—¿Qué pasa, Jones?

Caigo de rodillas, los temblores son irresistibles.

—Está enfermo. Vengan, ayúdenme.

—El sol.

—No, no el sol —murmuro.

Me extienden en el suelo y las sacudidas van y vienen como temblores de tierra y la voz profunda que oculta grita dentro de mí: Esto es Jones, esto soy yo, esto no es él, esto no es él, no le crean, déjenme salir, ¡déjenme salir! Y alzo los ojos hacia las figuras inclinadas y parpadeo. Me tocan las muñecas.

—El corazón le late muy rápido.

Cierro los ojos. Los gritos cesan; los temblores cesan.

Me alzo, como en un pozo fresco, liberado.

—Está muerto —dice alguien.

—Jones ha muerto.

—¿De qué?

—Un ataque, parece.

—¿Qué clase de ataque? —digo, y mi nombre es Sessions y muevo los labios, y soy el capitán de estos hombres. Estoy de pie entre ellos y miro el cuerpo que yace enfriándose en las arenas. Me llevo las dos manos a la cabeza.

—¡Capitán!

—No es nada —digo, gritando—. Sólo un dolor de cabeza. Pronto estaré bien. Bueno —murmuro—. Ya pasó.

—Será mejor que nos apartemos del sol, señor.

—Sí —digo, mirando a Jones—. No debiéramos haber venido. Marte no nos quiere.

Llevamos el cuerpo de vuelta al cohete, y una nueva voz está llamando dentro de mí, pidiendo que la dejen salir.

Socorro, socorro. Allá abajo en los túneles húmedos del cuerpo. Socorro, socorro, en abismos rojos entre ecos y súplicas.

Los temblores han comenzado mucho antes esta vez. Me cuesta dominarme.

—Capitán, será mejor que se salga del sol; no parece sentirse demasiado bien, señor.

—Sí —digo—. Socorro —digo.

—¿Qué, señor?

—No dije nada.

—Dijo «Socorro», señor.

—¿Dije eso, Matthews, dije eso?

Han dejado el cuerpo a la sombra del cohete y la voz chilla en las profundas catacumbas submarinas de hueso y mareas rojas. Me tiemblan las manos. Tengo la boca reseca. Me cuesta respirar. Pongo los ojos en blanco. Socorro, socorro, oh socorro, no, no, déjenme salir, no, no.

—No —digo.

—¿Qué señor?

—No importa —digo—. Tengo que librarme —digo. Me llevo la mano a la boca.

—¿Qué es eso, señor?, —grita Matthews.

—¡Adentro, todos ustedes, volvemos a la Tierra!, —ordeno.

Tengo un arma en la mano. Levanto el arma.

—¡No, señor!

Una explosión. Unas sombras que corren. Los gritos se desvanecen. Se oye el silbido de algo que cae en el espacio.

Luego de diez mil años, qué bueno es morir. Qué bueno sentir de pronto el frío, la distensión. Qué bueno ser como una mano dentro de un guante, una mano que se desnuda y crece maravillosamente fría en el calor de la arena. Oh, la quietud y el encanto de la muerte cada vez más oscura. Pero es imposible detenerse aquí.

Un estallido, un chasquido.

—¡Dios santo, se mató él mismo!, —grito, y abro los ojos y allí está el capitán acostado contra el cohete, el cráneo hendido por una bala, los ojos abiertos, la lengua asomando entre los dientes blancos. Le sangra la cabeza. Me inclino y lo toco—. Qué locura —digo—. ¿Por qué hizo eso?

Los hombres están horrorizados. De pie junto a los dos muertos, vuelven la cabeza para mirar las arenas marcianas y el pozo distante donde Regent yace flotando en las aguas profundas. Los labios secos emiten un graznido, un quejido, una protesta infantil contra este sueño de espanto.

Los hombres se vuelven hacia mí.

Al cabo de un rato, uno de ellos dice:

—Ahora es usted el capitán, Matthews.

—Ya sé —digo lentamente.

—Sólo quedamos seis.

—¡Dios santo, todo fue tan rápido! —No quiero quedarme aquí, ¡vámonos!

Los hombres gritan. Me acerco a ellos y los toco, con una confianza que es casi un canto dentro de mí.

—Escuchen —digo, y les toco los codos o los brazos o las manos.

Todos callamos ahora. Somos uno. ¡No, no, no, no, no, no! Voces interiores que gritan, muy abajo, en prisiones.

Nos miramos. Somos Samuel Matthews y Raymond Moses y William Spaulding y Charles Evans y Forrest Cole y John Summers, y no decimos nada y nos miramos las caras blancas y las manos temblorosas.

Nos volvemos, como uno solo, y miramos el pozo.

—Ahora —decimos.

No, no, gritan seis voces, ocultas y sepultadas y guardadas para siempre.

Nuestros pies caminan por la arena y es como si una mano enorme de doce dedos se moviera por el fondo caliente del mar.

Nos inclinamos hacia el pozo, mirando. Desde las frescas profundidades seis caras nos devuelven la mirada.

Uno a uno nos inclinamos hasta perder el equilibrio, y uno a uno caemos en la boca del pozo a través de la fresca oscuridad hasta las aguas tibias.

El sol se pone. Las estrellas giran sobre el cielo de la noche. Lejos, un parpadeo de luz. Otro cohete que llega, dejando marcas rojas en el espacio.

Vivo en un pozo. Vivo como humo en el pozo. Como vapor en una garganta de piedra. Arriba veo las estrellas frías de la noche y la mañana, y veo el sol. Y a veces canto viejas canciones del tiempo en que el mundo era joven. Cómo podría decirles quién soy si ni siquiera yo lo sé. No puedo.

Espero, nada más.

El visitante

Saul Williams despertó en una mañana tranquila. Miró por la abertura de la tienda y pensó que la Tierra estaba muy lejos. A millones de kilómetros. Pero ¿qué podía hacer? Tenía los pulmones llenos de «herrumbre de sangre». Tosía continuamente.

Se levantó a las siete. Era un hombre alto, delgado, enflaquecido por la enfermedad. El aire de Marte apenas se movía. Los secos fondos del mar eran como una ancha llanura silenciosa. El sol brillaba, claro y fresco, en el cielo vacío. Saul se lavó la cara y tomó su desayuno.

Luego sintió el deseo de estar otra vez en la Tierra. Trataba, a lo largo del día, de imaginarse en Nueva York. A veces, si se quedaba quieto, y ponía las manos de cierto modo, llegaba a sentirlo. Podía sentir, casi, el aire de Nueva York. Pero la mayor parte de las veces, todo era inútil.

Más tarde, aquella misma mañana, trató de morirse. Se acostó en la arena y le dijo a su corazón que dejara de latir. Los latidos continuaron. Se imaginó a sí mismo saltando desde lo alto de una roca o abriéndose las venas, pero se rió… le faltaba coraje.

Quizá si concentro mis pensamientos, pensó Saul, podría dormirme para siempre. Trató de hacerlo. Una hora después se despertó con la boca llena de sangre. Se puso de pie y lanzó un escupitajo, sintiendo lástima de sí mismo. Esta herrumbre. Te llena la boca y la nariz; te sale por las orejas y las uñas. Y tardas un año en morirte. La única cura posible era embarcarse en un cohete y desterrarse en Marte. No había cura en la Tierra, y si uno se quedaba allí, contagiaba y mataba a otros hombres. Aquí estaba, pues, sangrando continuamente, y solo.

Los ojos de Saul se achicaron. A lo lejos, junto a las ruinas de una vieja ciudad, vio a otro hombre acostado sobre una gruesa manta.

Se acercó, y el hombre se movió débilmente.

—Hola, Saul —dijo

—Otra mañana —dijo Saul—. Cristo, ¡qué sólo me siento!

—Es el mal de los herrumbrados —dijo el hombre de la manta, sin moverse, muy pálido, como si fuese a desaparecer si alguien lo tocaba.

—Si por lo menos pudieras hablar —dijo Saul bajando la vista hacia el hombre—. ¿Por qué los intelectuales no se contagian y vienen a Marte?

—Conspiran contra ti, Saul —dijo el hombre cerrando los ojos, demasiado cansado como para mantenerlos abiertos—. Alguna vez tuve fuerzas para ser un intelectual. Ahora, hasta pensar me cuesta trabajo.

—Si pudiésemos hablar —dijo Saul Williams.

El otro se encogió de hombros con indiferencia.

—Ven mañana. Quizá tenga fuerzas para hablar de Aristóteles. Trataré de hacerlo. De veras.-El hombre se encogió bajo el arbusto seco. Abrió un ojo. —¿Recuerdas? Una vez, hace seis meses, hablamos sobre Aristóteles. Tuve un buen día.

—Recuerdo —dijo Saul sin escuchar. Miró el mar seco—. Desearía estar tan enfermo como tú. Quizá entonces no me importaría ser un intelectual. Quizá podría tener entonces un poco de calma.

—Dentro de seis meses estarás tan mal como yo —dijo el agonizante—. Entonces sólo querrás dormir y dormir. El sueño ser para ti como una mujer. Siempre volverás a ella, porque es fresca, y buena, y fiel, y cariñosa. Sólo despertar s para pensar en dormirte otra vez. Un hermoso pensamiento.

La voz del hombre era apenas un suave murmullo. Calló y comenzó a respirar débilmente.

Saul se alejó.

A lo largo de las costas del mar muerto, como botellas vacías traídas por alguna ola del pasado, yacían los cuerpos encogidos de los hombres. Saul podía verlos a todos, en la curva de la playa. Uno, dos, tres…, todos dormidos, mucho más enfermos que él, todos con su reserva de víveres, hundidos en sí mismos, pues la conversación debilitaba, y el sueño hacía bien.

Al principio se habían reunido algunas noches alrededor de las hogueras. Y habían hablado de la Tierra lejana. Sólo hablaban de eso. De la Tierra, y de cómo corrían los arroyos por las afueras de los pueblos, y del sabor de las tortas de frutilla, y del aspecto de Nueva York en las primeras horas de la mañana al cruzar el río, en el *ferry-boat*, en medio del viento salino.

Deseo la Tierra, pensó Saul. La deseo tanto que me hace daño. Deseo algo que nunca volveré a tener. Todos la desean y a todos les duele no tenerla. Más que una comida o una mujer o cualquier otra cosa. Sólo deseo la Tierra. La enfermedad nos aleja de las mujeres. No las deseamos. Pero la Tierra, sí. La Tierra es algo para el alma, no para la carne débil.

El metal brillante resplandeció en el cielo.

Saul alzó los ojos.

El metal brillante resplandeció otra vez.

Un minuto más tarde el cohete se posó en el fondo del mar. Se abrió una compuerta y un hombre salió arrastrando su equipaje. Lo acompañaban otros dos hombres, envueltos en trajes germicidas, y cargados con grandes cajones de alimentos. Los hombres levantaron una tienda.

Pasó otro minuto y el cohete volvió hacia el cielo. El desterrado quedó solo.

Saul echó a correr. Se cansaba mucho, pero siguió corriendo y gritando.

—¡Hola! ¡Hola!

El joven examinó a Saul de pies a cabeza.

—Hola. Así que esto es Marte. Mi nombre es Leonard Mark.

—Yo soy Saul Williams.

Se dieron la mano. Leonard Mark era muy joven, de no más de dieciocho años; muy rubio, de piel rosada, ojos azules, y rostro fresco, a pesar de la enfermedad.

—¿Cómo están las cosas en Nueva York?, —preguntó Saul.

—Así —dijo Leonard Mark. Y miró a Saul.

Nueva York se levantó en el desierto, con sus edificios de piedra y sus calles barridas por los vientos de marzo. Los anuncios de neón estallaron con colores eléctricos. Los taxis amarillos se deslizaron por la noche tranquila. Se levantaron los puentes y los remolcadores mugieron en los muelles nocturnos. Los telones se alzaron sobre brillantes escenas musicales.

Saul se llevó bruscamente las manos a la cabeza.

—¡Basta! ¡Basta!, —gritó—. ¿Qué me pasa? ¿Qué es esto? ¡Me vuelvo loco!

Las hojas brotaron en los árboles del Central Park, nuevas y verdes. Saul caminaba por los senderos, bebiendo el aire.

—¡Basta, basta, tonto!, —se gritó Saul a sí mismo. Se apretó la frente entre las manos—. ¡Esto no puede ser cierto!

—Lo es —dijo Leonard Mark.

Las torres de Nueva York se desvanecieron. Marte volvió.

Saul, de pie en el fondo del mar seco, miró fijamente al recién llegado.

—Usted —dijo, apuntando con un dedo a Leonard Mark—. Usted lo hizo. Con la mente.

—Sí —dijo Leonard Mark.

Se miraron en silencio unos instantes. Al fin, Saul le tomó la mano al joven desterrado y se la sacudió, una y otra vez, diciéndole:

—Oh, me alegra mucho que haya venido. No sabe usted cuánto me alegra.

Bebieron el aromático y oscuro café en vasos de aluminio.

Era mediodía. Habían estado hablando durante toda la cálida mañana.

—¿Y esa habilidad tuya?, —preguntó Saul por encima de su vaso, mirando fijamente al joven Leonard Mark.

—Nací con ella —dijo Mark con los ojos puestos en su bebida—. Mi madre se encontraba en Londres en el año 57, cuando estalló la ciudad. Nací diez meses más tarde. Mi habilidad… no sé qué es. Telepatía y transmisión de pensamiento, me imagino. Me ganaba la vida en los teatros. Viajaba alrededor del mundo. Leonard Mark, la maravilla mental, decía la propaganda. Me las arreglaba muy bien. Casi todos creían que yo era un charlatán. Ya sabes cómo se piensa generalmente de la gente de teatro. Sólo yo sabía que no había trampa; pero no se lo decía a nadie. Era mejor así. Oh, algunos de mis amigos más íntimos conocían la verdad. Tengo muchas habilidades. Ahora que estoy en Marte podré emplearlas de veras.

—Me asustas realmente —dijo Saul, con el vaso inmóvil en la mano—. Cuando Nueva York salió del suelo, creí que me había vuelto loco.

—Es una forma de hipnotismo que afecta a todos los sentidos a la vez: vista, oído, olfato, gusto, tacto… a todos. ¿Qué te gustaría hacer ahora?

Saul dejó su vaso sobre la arena. Trató de no mover las manos. Se pasó la lengua por los labios resecos.

—Me gustaría estar en un arroyo del pueblo de Mellin, en Illinois, donde me bañaba cuando era chico. Me gustaría estar semidesnudo, nadando en ese arroyo.

—Bueno —dijo Leonard Mark, y movió un poco la cabeza.

Saul cayó hacia atrás, en la arena, con los ojos cerrados.

Leonard Mark lo observó.

Saul yacía sobre la arena. De cuando en cuando movía y agitaba las manos nerviosamente. Abría la boca como en un espasmo. La garganta se le contraía y relajaba.

Saul comenzó a mover los brazos, con mucha lentitud, hacia arriba y hacia atrás, respirando por la boca, inclinando la cabeza. Los brazos iban y venían en el aire cálido, y rozaban la arena amarilla. El cuerpo giraba suavemente hacia uno y otro lado.

Leonard Mark terminó su caf, sin quitar los ojos del inquieto y susurrante Saul, acostado en el fondo del mar seco.

—Bueno —dijo Leonard Mark.

Saul se sentó frotándose la cara.

Después de un rato le dijo a Leonard Mark:

—Vi el arroyo… Corrí a lo largo de la orilla y me quité la ropa —añadió sin aliento y con una sonrisa incrédula—. Y me metí en el agua y nadé.

—Me alegro —dijo Leonard Mark.

—Un momento. —Saul se metió una mano en el bolsillo y sacó su última barra de chocolate—. Toma.

—¿Qué es esto? —Leonard Mark miró el regalo—. ¿Chocolate? No. No lo hago para que me pagues. Me gusta que seas feliz. Guárdatelo. Si no convertiré el chocolate en una serpiente de cascabeles y te morderá la mano.

—Gracias, gracias.-Saul se guardó el chocolate. —No sabes qué buena estaba el agua.-Tomó la cafetera—. ¿Otro poco de café?

Mientras servía el café. Saul cerró un momento los ojos.

Veré a Sócrates, pensó. Sócrates y Platón y Nietzsche y Schopenhauer. Este hombre es un genio. Aún más, ¡es algo increíble! Cuántos días tranquilos y largos, cuántas noches frescas tendremos para conversar. No será un mal año, no, de ningún modo.

El café desbordó el vaso.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió Saul, confuso y sorprendido.

Iremos a Grecia, pensó. A Atenas. Si queremos, iremos a Roma y estudiaremos allí a los escritores latinos. Visitaremos el Partenón y el Acrópolis. No sólo hablaremos; estaremos, además, en el lugar indicado. Este hombre tiene ese poder. Cuando hablemos del teatro de Racine, construirá un escenario y creará unos actores, todo para mí. Por Dios, ¡nunca en la vida tuve nada mejor! Cuánto mejor es estar enfermo en Marte que allá en la Tierra sano y sin estas habilidades. ¿Cuántos han visto un drama griego representado en un anfiteatro del año 31 a, de C.?

¿Y si yo se lo pido, serena y seriamente, tomará este hombre el aspecto de Schopenhauer y Darwin y Bergson y todos los otros pensadores antiguos? Sí, ¿por qué no? ¡Hablar con Nietzsche en persona, con el mismo Platón!

Sólo hay un inconveniente. Saul se estremeció.

Los otros hombres. Los otros enfermos que yacían a lo largo del mar muerto.

Vio a lo lejos que los hombres se movían, acercándose.

Habían visto el resplandor del cohete, el descenso, la llegada del pasajero. Ahora venían lentamente, penosamente, a saludar al terrestre.

Saul sintió frío.

—Oye —dijo— Mark, creo que será mejor que nos vayamos a las montañas.

—¿Por qué?

—¿Ves a esos hombres? Algunos están locos.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Los ha puesto así la soledad?

—Sí, eso es. Vámonos. Será mejor.

—No parecen muy peligrosos. Se mueven lentamente.

—No te fíes de ellos.

Mark miró a Saul.

—Estás temblando. ¿Qué te pasa?

—No hay tiempo que perder —dijo Saul, levantándose rápidamente——. Vamos. ¿No comprendes lo que va a pasar cuando descubran tu talento? Se pelearán por ti. Se matarán… te matarán… Querrán guardarte para ellos.

—Oh, pero yo no pertenezco a nadie —dijo Leonard Mark. Miró a Saul——. No, ni siquiera a ti.

Saul sacudió la cabeza.

—No he pensado en eso.

Mark se rió.

—¿No has pensado?

—No podemos discutir ahora —respondió Saul, parpadeando, con las mejillas encendidas—. ¡Vamos!

—No quiero. Me quedaré aquí hasta que lleguen esos hombres. Eres un poco posesivo. Mi vida es mía.

Saul sintió que se cegaba. La cara empezó a retorcérsele.

—Me has oído.

—Oh, cómo has cambiado —observó Mark—. Antes tan amigo y ahora…

Saul le lanzó un puñetazo. Fue un golpe rápido y preciso.

Mark se esquivó, riéndose.

—Ah, no.

Estaban en medio de Times Square. Los autos corrían hacia ellos, rugiendo, haciendo sonar las bocinas. Los edificios ardientes se hundían en el aire azul.

—Es mentira —gritó Saul, trastabillando ante el impacto visual—. ¡Por amor de Dios, Mark, no hagas eso! Vienen los hombres. ¡Te matarán!

Mark, sentado en el pavimento, se reía de su broma.

—Déjalos venir. ¡Puedo engañarlos a todos!

Nueva York distraía a Saul. Para eso estaba allí, para distraerlo, para retener su atención con esa extraña belleza después de tantos meses de

nostalgia. En vez de atacar a Mark, Saul bebía la escena, extraña, pero familiar.

Cerró los ojos.

—No.

Y cayó hacia adelante, arrastrando a Mark. Las bocinas aullaron. Chirriaron los frenos.

Saul golpeó la mandíbula de Mark.

Silencio.

Mark yacía en el fondo del mar seco.

Tomándolo en sus brazos, Saul comenzó a correr pesadamente.

Nueva York había desaparecido. Sólo se veía la anchura silenciosa del mar muerto, por donde venían los hombres. Saul se encaminó hacia las colinas con su preciosa carga, con Nueva York y los campos verdes y los viejos amigos. Cayó una vez y se levantó, tambaleante. No dejó de correr.

La noche llenó la caverna. El viento entraba y volvía a salir, soplando sobre el fuego, desparramando las cenizas.

Mark abrió los ojos. Estaba atado de pies y manos, con el cuerpo apoyado contra la pared de la caverna, frente a las llamas.

Saul arrojó otro poco de leña al fuego. De cuando en cuando miraba nerviosamente, como un gato, la entrada de la caverna.

—Eres un tonto.

Saul se sobresaltó.

—Sí —dijo Mark—, un tonto. Nos encontrarán. Aunque tengan que buscarnos durante seis meses. Vieron a Nueva York, a lo lejos, como un espejismo. Y nos vieron en medio de la calle. Sería muy raro que no nos siguieran.

—Volveré a escapar contigo —dijo Saul, con los ojos clavados en el fuego.

—Y ellos vendrán detrás.

—Cállate.

Mark sonrió.

—¿Cómo le hablas así a tu esposa?

—¡Ya me has oído!

—Oh, qué hermoso matrimonio… Tu avidez y mi habilidad mental. ¿Qué quieres ver ahora? ¿Alguna otra escena de tu infancia?

Saul sintió que el sudor le corría por la frente. No sabía si Mark se burlaba de él.

—Sí —dijo.

—Muy bien —dijo Mark—. ¡Mira!

Unas llamas surgieron de las rocas. Saul tosió ahogado por el aire sulfuroso. Se abrieron unos pozos de azufre. Las explosiones hicieron temblar la caverna. Saul daba vueltas, a ciegas, tosiendo, quemándose, agonizando en ese infierno.

El infierno desapareció. Volvió la caverna.

Mark se reía.

Saul se inclinó hacia él.

—Tú… —dijo fríamente.

—¿Qué otra cosa esperabas?, —exclamó Mark—. Arrastrado, atado, convertido en la esposa intelectual de un hombre enfermo de soledad… ¿Crees que eso me gusta?

—Te desataré si me prometes que no escaparás.

—No puedo prometértelo. Soy libre. No pertenezco a nadie.

Saul se arrodilló.

—Pero tiene que ser así. ¿No me entiendes? Tiene que ser así. No puedo dejarte escapar.

—Mi querido Saul, mientras me hables de ese modo, no conseguirás nada. Si hubieses tenido un poco de sentido común, si hubieses actuado con inteligencia, hubiésemos sido muy buenos amigos. Te habría complacido con esos pequeños favores hipnóticos. Al fin y al cabo, poco me cuestan. En realidad me divierten. Pero lo estropeaste todo. Me querías para ti. Temías que los otros me robaran. Oh, no me comprendes. Tengo poder suficiente como para contentarte a ti y a todos estos hombres. Podíais haberme compartido, como una cocina común. Me hubiese sentido como un dios rodeado de niños. Bondadoso, caritativo… Me hubieseis hecho algunos regalitos… golosinas…

—¡Lo siento, lo siento mucho!, —gritó Saul—. ¡Pero conozco muy bien a esos hombres!

—¿Y tú eres diferente? Lo dudo. Sal a ver si vienen. Me parece haber oído…

Saul corrió.

Al llegar a la entrada de la caverna ahuecó las manos, tratando de ver la hondonada cubierta por la noche. Unas formas pálidas se movieron ligeramente. ¿Era sólo la brisa que agitaba el cañaveral?

Saul sintió un estremecimiento… un estremecimiento leve y doloroso.

Volvió al interior de la caverna.

—No veo nada —dijo, y se quedó mirando las llamas rojizas—. ¡Mark!

Mark se había ido.

Unas rocas, unas piedras, unos guijarros, el fuego vacilante, los suspiros del viento. Y él, Saul, incrédulo y atontado. Nada más.

—¡Mark, Mark, vuelve!

Mark se había librado trabajosamente de sus ataduras. Y fingiendo haber oído a los otros hombres, lo había alejado, y se había ido… ¿a dónde? La caverna era profunda, pero terminaba en una pared. Entonces, ¿dónde estaba?

Saul caminó alrededor del fuego. Sacó el cuchillo y se acercó a una roca. Sonriendo, apoyó en la roca la punta del cuchillo. Sonriendo, hundió ligeramente el cuchillo. Luego alzó el brazo para clavar profundamente la hoja.

—¡Cuidado!, —gritó Mark.

La roca desapareció. Mark estaba otra vez allí. Saul dejó caer la mano. Las luces del fuego jugaban en sus mejillas. Tenía una mirada de loco.

—No te salió bien —murmuró.

Se inclinó hacia adelante y rodeó con sus manos la garganta de Mark. Apretó con fuerza. Mark no dijo nada, pero se movió, incómodo, y su mirada irónica le dijo a Saul cosas que éste ya sabía.

Si me matas, decían los ojos, ¿qué pasará con tus sueños? Si me matas, ¿a dónde irán las corrientes y los arroyos y las truchas? Mátame, mata a Platón, mata a Aristóteles, mata a Einstein; sí, mátanos a todos. Vamos, estrangúlame. Te desafío.

Los dedos de Saul se aflojaron.

Unas sombras se movieron a la entrada de la caverna.

Los dos hombres se volvieron. Los otros estaban allí. Cinco de ellos, agotados por la larga caminata, jadeantes, de pie ante el círculo de luz.

—¡Buenas noches!, —exclamó Mark, riéndose—. ¡Entren, entren caballeros!

Al alba las peleas y la discusión duraban todavía. Mark estaba sentado entre los hombres de ojos brillantes, frotándose las muñecas, libres ya de ataduras. Había creado una sala de sesiones, con paneles de caoba, y una mesa de mármol ante la que se habían instalado los hombres de ridículas barbas, sudorosos y malolientes, hombres llenos de codicia que no quitaban los ojos de su tesoro.

—La mejor solución —dijo Mark al fin— será la de citarnos a ciertas horas, durante algunos días de la semana. Los trataré imparcialmente. Seré un bien común, con entera libertad para ir y venir. Un trato bastante justo. En cuanto a Saul, lo mantendremos a prueba. Cuando demuestre que es una

persona civilizada, le concederé un tratamiento o dos. Hasta entonces no quiero ni verlo.

Los otros desterrados miraron sonriendo a Saul.

—Lo siento —dijo Saul—. No sabía lo que hacía. Todo es distinto ahora.

—Ya veremos —dijo Mark—. Esperaremos un mes, ¿qué les parece?

Los otros hombres miraron a Saul y sonrieron mostrando los dientes.

Saul no dijo nada. Miraba fijamente el piso de la caverna.

—Veamos —dijo Mark—. Los lunes serán su día, Smith.

Smith asintió con un movimiento de cabeza.

—Los jueves atenderé a Peter, durante una hora, aproximadamente.

Peter asintió.

—Los miércoles recibiré a Johnson, Haltzman y Jim.

Los tres hombres se miraron.

—El resto de la semana me dejarán solo, ¿me entienden?, —dijo Mark—. Un poco será siempre mejor que nada. Si no me obedecen, no actúo.

—Quizá podamos obligarlo a actuar —dijo Johnson. Vio que los otros hombres lo miraban——. Escúchenme, somos cinco contra uno. Podemos obligarlo a hacer cualquier cosa. Si nos ponemos de acuerdo saldremos ganando.

—No se dejen engañar —advirtió Mark.

—Escuchen un momento —dijo Johnson—. Nos está dando órdenes. ¿Por qué no se las damos a él? Somos más, ¿no es cierto? ¡Y nos amenaza con no actuar! Bueno, déjenme meterle una astilla bajo las uñas, calentarle la punta de los dedos con una limita, ¡y veremos si no actúa! ¿Por qué no tener sesiones diarias, me pregunto?

—No le hagan caso —dijo Mark—. Está loco. No le crean. ¿Saben lo que quiere hacer? Sorprenderlos descuidados, y matarlos a todos, uno por uno. Sí, los matará. Y al fin estaremos solos… él y yo.

Los hombres parpadearon. Miraron primero a Mark, y luego a Johnson.

—Por otra parte —dijo Mark— no pueden confiar en los otros. Ésta es una conferencia de imbéciles. Tan pronto como alguien se vuelva de espaldas caerá asesinado. Me atrevo a anunciar que dentro de una semana todos ustedes estarán muertos, o casi muertos.

Un viento frío entró en la sala de caoba. La sala comenzó a disolverse y se convirtió otra vez en una caverna. Mark estaba aburrido. La mesa de mármol se deshizo, transformándose en unas gotas de agua, y se evaporó.

Los hombres se miraron sospechosamente con unos brillantes ojitos animales. Las palabras de Mark eran ciertas. Se vieron a sí mismos

sorprendiéndose unos a otros, matándose… , hasta que quedara un último afortunado que gozaría de ese tesoro intelectual.

Saul los observó y se sintió solo y desorientado. Cuando uno se equivoca, qué difícil es admitir el error, volverse atrás, empezar de nuevo. Todos estaban equivocados. Durante mucho tiempo habían vivido como perdidos. Ahora estaban peor que perdidos.

—Y para empeorar las cosas —dijo Mark al fin— uno de ustedes tiene un revólver. Los demás sólo tienen cuchillos. Pero uno, lo sé, tiene un revólver.

Todos dieron un salto.

—¡Búsquen!, —dijo Mark—. Busquen al que tiene un revólver o son hombres muertos.

Los hombres se lanzaron unos contra otros, sin saber por donde empezar. Las manos se retorcían. Todos gritaban. Mark los observaba, satisfecho.

Johnson cayó hacia atrás metiéndose la mano en la chaqueta.

—Muy bien —dijo—. Terminaremos ahora. Ahí va, Smith.

Y una bala hirió a Smith en el pecho. Smith cayó. Los otros hombres aullaron apartándose. Johnson apuntó e hizo fuego, dos veces más.

—¡Basta!, —gritó Mark.

Nueva York surgió alrededor de los hombres, desde las rocas hacia el cielo. El sol brillaba en los edificios. El tren aéreo tronaba sobre las calles. Los remolcadores resoplaban en el agua. La señora verde miraba a través de la bahía, con una antorcha en la mano.

—¡Miren, idiotas!

Una constelación de capullos primaverales se abrió en el Central Park. El viento traía el olor del césped recién cortado.

Y en el centro de Nueva York, aturdidos, se tambaleaban los hombres. Johnson hizo fuego otras tres veces. Saul corrió hacia él. Se lo llevó por delante.

El revólver saltó, y salió otro tiro.

Los hombres dejaron de moverse.

Saul estaba echado sobre Johnson. Abandonaron la lucha.

El silencio era terrible. Los hombres vieron cómo Nueva York se hundía en el mar. Las grandes armazones se doblaron, se retorcieron, se derrumbaron, con un silbido, un gorgoteo, y un débil lamento, con un ruido de metal arruinado y de vejez.

Mark estaba de pie entre los edificios. Y luego, silenciosamente, como otro edificio, con un agujero preciso y rojo en medio del pecho, se derrumbó.

Saul miró fijamente a los hombres y el cadáver.

Se incorporó con el revólver en la mano.

Johnson no se movió… Tenía miedo de moverse.

Todos cerraron los ojos y volvieron a abrirlos, pensando, quizá, que con ese acto reanimarían a Mark.

El frío llenaba la caverna.

Saul miró distraídamente el arma que tenía en la mano. Dio un paso atrás y la arrojó hacia el valle, sin mirar cómo caía.

Los hombres bajaron los ojos y miraron incrédulos el cadáver. Saul se agachó y tomó entre sus manos una mano inerte.

—Leonard —dijo con suavidad—. Leonard.-Sacudió la mano—. Leonard.

Ieonard Mark no se movió. Tenía los ojos cerrados.

Estaba enfriándose.

Saul se incorporó.

—Lo matamos nosotros —dijo, sin mirar a los hombres. Tenía en la boca un líquido amargo—. El único a quien no queríamos matar. —Se llevó a los ojos una mano temblorosa—. Traigan una pala. Entiérrenlo —dijo, alejándose——. No quiero volver a verlos.

Alguien salió en busca de una pala.

Saul estaba tan débil que no podía moverse. Tenía los pies clavados en el suelo, con raíces que se hundían en la soledad y en el miedo, y en el frío de la noche. El fuego estaba casi apagado. Sólo el doble claro de luna iluminaba las montañas azules.

Se oyó el ruido de una pala que se clavaba en la tierra.

—Al fin y al cabo no lo necesitamos —dijo una voz, demasiado alta.

La pala seguía su trabajo. Saul se alejó lentamente y se dejó caer al lado de un árbol oscuro. Se sentó aturdido en la arena, con las manos sobre el vientre.

Dormir, pensó. Vamos a dormir ahora. Nos queda eso por lo menos. Dormir y tratar de soñar con Nueva York y todo lo demás.

Cerró cansadamente los párpados. La sangre le llenó la nariz, la boca y los ojos.

—¿Cómo podía hacerlo?, —se preguntó con una voz fatigada. Inclinó la cabeza sobre el pecho—. ¿Cómo pudo traer aquí a Nueva York, y hacernos caminar por las calles? Tratemos. No puede ser tan difícil. Piensa. Piensa en Nueva York —murmuró, mientras se quedaba dormido. Nueva York y el Central Park, y la primavera de Illinois con los manzanos en flor y la hierba verde.

No pudo hacerlo. No era lo mismo. Nueva York se había ido y nada podía hacerla volver. Él, Saul, se levantaría todas las mañanas y caminaría por el fondo del mar muerto buscando la ciudad de Nueva York, y daría la vuelta a Marte, sin poder encontrarla. Y al fin se acostaría, demasiado cansado para caminar, tratando de descubrir la ciudad de Nueva York dentro de su cabeza, pero sin poder encontrarla.

Lo último que oyó, antes de dormirse, fue la pala que subía y bajaba abriendo un agujero donde, con un terrible estruendo metálico y envuelta en una nube de oro, color, olor y sonido, Nueva York se derrumbó, cayó, y fue enterrada.

Saul lloró en sueños toda la noche.

Los solitarios

Comieron seis cenas al aire libre, charlando junto la pequeña fogata. La luz brillaba en lo alto del cohete plateado en el que habían viajado por el espacio. Desde muy lejos, en las colinas azules, su fogata parecía una estrella que había aterrizado junto a los largos canales marcianos bajo el claro y tranquilo cielo marciano.

En la sexta noche, los dos hombres se sentaron junto al fuego, mirando tensos en todas direcciones.

—¿Frío?, —preguntó Drew, porque el otro estaba temblando.

—¿Qué? —Smith miró sus brazos—. No.

Drew miró la frente de Smith. Estaba cubierto de sudor.

—¿Demasiado calor?

—No, eso tampoco.

—¿Te sientes solo?

—Tal vez. —Su mano tembló cuando puso otro trozo de madera en el fuego.

—¿Jugamos a las cartas?

—No me puedo concentrar.

Drew escuchó la rápida respiración superficial de Smith.

—Tenemos la información. Todos los días tomamos fotografías y muestras de minerales. Estamos a punto de completar la carga. ¿Por qué no empezamos el viaje a casa esta noche?

Smith se rió.

—¿No te sientes tan solo, verdad?'

—Basta.

Movieron un poco sus botas en la arena fresca. No había viento. El fuego ardía constantemente, hacia arriba, alimentado por la manguera de oxígeno de la nave. Ellos mismos llevaban máscaras transparentes de cristal sobre sus caras, muy delgadas, a través de las cuales una ligera película de oxígeno se bombeaba desde los chalecos bajo sus chaquetas. Drew miró su dial de muñeca. Seis horas más de oxígeno en su chaqueta. Perfecto.

Sacó su ukelele y comenzó a rasguear descuidadamente, con los ojos medio cerrados, echándose hacia atrás para mirar las estrellas.

La chica de mis sueños es la chica más dulce

De todas las chicas que conozco

Cada dulce colegiala, como un arcoíris rojo

Se desvanece al ponerse el sol.

El azul de sus ojos y el oro de su cabello …

El sonido del ukelele subió por los brazos de Drew a sus auriculares. Smith no podía oír el instrumento, sólo el canto de Drew. La atmósfera era demasiado tenue.

Es la novia de Sigma Chi …

—¡Basta!, —gritó Smith.

—¿Qué te pasa?

—¡Dije que basta, eso es todo! —Smith se echó hacia atrás, mirando con enfado al otro hombre.

—Está bien, está bien, no te pongas nervioso.

Drew dejó el ukelele y se recostó, pensando. Él sabía lo que era. Estaba en él, también. La fría soledad, la soledad de medianoche, la soledad de la distancia y del tiempo y del espacio, de las estrellas y los viajes, de los meses y los días.

Demasiado bien recordó la cara de Anna mirándolo a través de la compuerta del cohete un minuto antes del despegue. Era como un camafeo azul claro, vivo y nítido: el cristal azul redondo y su hermoso rostro, su mano levantada para despedirse, sus labios sonrientes y sus ojos brillantes. Ella le había lanzado un beso con la mano. Después había desaparecido.

Miró distraídamente a Smith. Smith tenía los ojos cerrados. Estaba sumido en sus propios pensamientos. Marguerite, por supuesto. La maravillosa Marguerite, los ojos marrones y el suave cabello castaño. A sesenta millones de millas de distancia en un mundo improbable donde habían nacido.

—Me pregunto qué estarán haciendo esta noche —dijo Drew.

Smith abrió los ojos y miró a través del fuego. Sin cuestionar lo que había dicho Drew, respondió:

—Ir a un concierto de televisión, nadar, jugar bádminton, muchas cosas.

Drew asintió. Volvió a encerrarse en sí mismo y sintió que el sudor comenzaba a brotar en sus manos y su rostro. Comenzó a temblar y en su interior se produjo una aguda emoción. No quería dormir esta noche. Sería como otras noches. De la nada, los labios y la calidez y el sueño. Y, demasiado pronto, la mañana vacía, el surgimiento en la pesadilla de la realidad.

Se levantó violentamente.

Smith retrocedió, mirándolo asombrado.

—Demos un paseo, hagamos algo —dijo Drew animado.

—De acuerdo

Caminaron a través de las arenas rosadas del fondo del mar seco, sin decir nada, sólo caminando. Drew sintió que parte de la tensión desaparecía. Se aclaró la garganta.

—Supongamos —dijo— sólo por suponer, por supuesto, ¿te encuentras con una mujer marciana? Ahora. ¿En algún momento en la próxima hora?

Smith resopló.

—No seas tonto. No hay ninguna.

—Pero sólo supónlo.

—No sé —respondió Smith, mirando al frente mientras caminaba. Bajó la cabeza y se pasó la mano por la fina y cálida máscara de cristal que cubría su rostro—. Marguerite me está esperando en Nueva York.

—Y Anna me está esperando a mí. Pero seamos prácticos. Aquí estamos, dos hombres muy humanos, a un año de distancia de la Tierra, fríos, solitarios, aislados, necesitados de consuelo, de caricias. No es de extrañar que pensemos sobre las mujeres que dejamos atrás.

—Es estúpido ponerse melancólico y debemos evitarlo. No hay mujeres cerca de todos modos, ¡maldita sea!

Caminaron hacia adelante durante un trecho.

—De todos modos —continuó Smith por fin, después de un momento de reflexión—, si encontramos a una mujer aquí, estoy seguro de que Marguerite sería la primera en comprender la situación y me perdonaría.

—¿Estás seguro?

—¡Absolutamente!

—¿O lo estás racionalizando?

—¡No!

—Déjame mostrarte algo entonces. Date la vuelta. Hacia allí.

Drew tomó el brazo de Smith y lo guió hacia atrás y hacia un lado, a unos cincuenta pasos.

—La razón por la saque el tema es esto, —señaló con la mano.

Smith contuvo el aliento

Una huella como un pequeño y suave valle en la arena.

Los dos hombres se inclinaron, extendieron las manos con avidez, rozando nerviosamente a cada lado de la huella. Su aliento siseó en sus fosas nasales. Los ojos de Smith brillaron.

Se miraron a los rostros durante mucho tiempo.

—¡La huella de una mujer!, —exclamó Smith.

—Perfecta en cada detalle —dijo Drew, asintiendo solemnemente—. Lo sé. Una vez trabajé en una zapatería. Reconocería la huella de una mujer en cualquier lugar. ¡Perfecta, perfecta!'

Tragaron saliva, deshaciendo los espesos nudos que atascaban sus gargantas secas. Sus corazones comenzaron a latir salvajemente.

Smith abrió y cerró sus puños.

—¡Cielos, que pequeña! ¡Mira los dedos! ¡Dios mío, son deliciosos!

Se puso de pie y miró al frente, con los ojos entrecerrados. Luego, gritando, comenzó a correr.

—Aquí hay otra y otra. Más. ¡Continúan por ahí!

—Cálmate —Drew lo alcanzó. Agarró el brazo de Smith—. ¿A dónde crees que vas?

—¡Suéltame; Maldición! —Smith señaló—. Las estoy siguiendo, por supuesto.

—¿Qué pasa con Marguerite?

Es un mal momento para hablar de ella. ¡Suéltame antes de que te rompa el brazo!

Pensativo, Drew dejó caer su mano.

—Bueno. Adelante.

Corrieron juntos …

Huellas frescas, frescas, profundas y delicadamente definidas. Huellas que se precipitaban, remoloneaban, se extendían delante de ellos, yendo y viniendo, solas, sobre el fondo del mar seco. Una ojeada al reloj de pulsera. Cinco minutos. Rápido. Rápido. Corre. Drew jadeó, riendo. Ridículo. Tonto. Dos hombres lanzándose hacia adelante. En realidad, si no fuera algo tan solitario, tan serio, se sentaría a reír hasta llorar. ¡Dos hombres supuestamente inteligentes, dos Robinson Crusoe corriendo detrás de una femenina y todavía invisible chica Viernes! ¡Ja!

—¿Qué es tan gracioso?, —gritó Smith, muy adelante.

—Nada. Mira la hora. El oxigeno se agota, ¿sabes?

—Tenemos mucho.

—¡Vigílalo!

¿Sabría ella cuando pasó aquí, pensó Drew divertido, dejando sus pisadas con tanta delicadeza en la tierra, que al hacerlo, apoyando tan inocentemente sus suaves pies pequeños, provocaría una crisis entre los hombres? No. No tenía ni idea. Totalmente.

Tenía que correr de todos modos y mantener el ritmo de ese loco de Smith. Tonto, tonto. Y sin embargo, no tan tonto.

Mientras Drew corría, sintió que se le calentaba la cabeza. Después de todo, sería genial sentarse junto al fuego esta noche junto a una mujer hermosa, sosteniendo su mano, besándola y tocándola.

—¿Y si es azul?

Smith se volvió mientras corría.

—¿Qué?

—¿Qué pasa si su piel es azul? Como las colinas. ¿Entonces que?

—¡Maldición, Drew!

—¡Ja! Drew se rió y se lanzaron a un viejo cauce siguiendo un canal, ambos vacíos en aquel tiempo sin estaciones.

Las huellas se alinearon con gracia una detrás de la otra y hasta el pie de la montaña. Cuando llegaron a la cuesta tuvieron que detenerse.

—Me la pido —dijo Drew con ojos agudos y amarillos.

—¿Qué?

—Dije «me la pido». Eso significa que me toca hablar con ella primero. ¿Recuerdas cuando éramos niños? Decíamos «me la pido». Bien. Acabo de decir «Me lo pido». Eso lo hace oficial.

Smith no estaba sonriendo.

—¿Qué pasa, Smith? ¿Te molesta la competencia?, —dijo Drew.

Smith no dijo nada.

—Tengo un buen perfil —señaló Drew—. Además, soy cuatro pulgadas más alto.

Smith lo miró con frialdad. Sus ojos estaban quietos.

—Sí, señor, competición —continuó Drew—. Te diré algo, Smith. Si tiene una amiga, te la dejaré

—Cállate —Smith lo fulminó con la mirada.

Drew dejó de sonreír y dio un paso atrás.

—Mira Smith, será mejor que te lo tomes con calma. Te estás acalorando. No me gusta verte de esta manera. Hasta ahora todo ha ido bien.

—Actuaré como me plazca. No metas la nariz en mis asuntos. ¡Después de todo, yo encontré las huellas!

—Repite eso

Bueno, las encontraste tú, tal vez, pero fue mi idea seguirlas.

—¿De verdad?, —dijo Drew lentamente.

—Sabes que lo fue

—¿De verdad?

—Santo Dios, un año en el espacio, sin compañía, sin nada, viajando, y ahora cuando pasa algo como esto, alguien humano …

—Alguien femenino

Smith levanto el puño. Drew lo atrapó, lo retorció y abofeteó a Smith.

—¡Despierta!, —le gritó a la cara inexpresiva—. ¡Despierta! —Agarró la parte delantera de la camisa de Smith. Lo sacudió como un niño—. ¡Escucha, escucha, tonto! Quizá sea la mujer de otra persona. Piensa en eso. Donde hay una mujer marciana, va a haber un hombre marciano, bobo.

—¡Déjame ir!

—Piénsalo, idiota, eso es todo.

Drew le dio un empujón a Smith. Smith se tambaleó, casi se cayó, cogió su arma, lo pensó mejor y la volvió a enfundar.

Pero Drew había visto el gesto. Miró a Smith.

—Así que hemos llegado a esto, ¿no? Realmente estás mal. El mismo viejo hombre de las cavernas.

—¡Cállate! —Smith comenzó a caminar, cuesta arriba—. No lo entiendes.

—No, no he estado en ninguna sitio en el ultimo año. He estado en casa con Anna todas las noches. He estado abrigado y a salvo en Nueva York. ¡Has estado de viaje tu solito! Drew resopló violentamente y maldijo. '¡Eres un pequeño mequetrefe egocéntrico!'

Subieron una colina de arena y se encontraron entre otras colinas donde se dirigían las huellas. Encontraron una hoguera abandonada, troncos de madera carbonizados, una pequeña lata de metal que una vez, por su aspecto, había contenido oxígeno para alimentar el fuego. Todo parecía reciente.

—No puede estar mucho más lejos. —Smith estaba al borde del desfallecimiento, pero aún así corrió. Arrastrando sus pies en la arena y jadeando.

Me pregunto cómo será, pensó Drew, mientras su mente vagaba libremente. Me pregunto si es alta y esbelta o menuda y muy delgada. Me pregunto qué color de ojos, ¿qué color de cabello tendrá? Me pregunto cómo es su voz. ¿Dulce, alto? ¿O suave y muy baja?

Me pregunto muchas cosas. Lo mismo hace Smith. Smith se pregunta, también, ahora. Escúchalo preguntar y jadear, correr y preguntar un poco más. Esto no es bueno. Nos llevará a algo malo, lo sé. ¿Por qué seguimos? Una pregunta tonta. Continuamos, por supuesto, porque somos humanos, ni más ni menos.

Sólo espero, pensó, que no tenga serpientes por cabello.

—¡Una cueva!

Habían llegado a la ladera de una pequeña montaña, en la que una cueva se hundía en la oscuridad. Las huellas desaparecían dentro.

Smith sacó su linterna eléctrica y enfoco su rayo al interior, moviendolo rápidamente, sonriendo con aprensión. Avanzó cautelosamente, con la respiración entrecortada en los auriculares.

—Ya no falta mucho —dijo Drew.

Smith no lo miró.

Caminaron juntos, sus codos chocando. Cada vez que Drew intentaba adelantarse, Smith gruñía y aceleraba; tenía el rostro encendido de rabia.

El túnel se retorció, pero las huellas todavía aparecían bajo el rayo de la linterna.

De repente salieron a una cavidad inmensa. Al otro lado, junto a una fogata que se había apagado, yacía una figura.

—¡Allí está! —Gritó Smith—. ¡Ahí está!

—Me la pido —susurró Drew en voz baja.

Smith se giró con el arma en su mano.

—Vete —dijo.

—¿Qué? —Drew parpadeó al ver el arma.

—¡Oíste lo que dije, vete!

—Ahora, espera un minuto…

—¡Vuelve a la nave, espérame allí!

—Si crees que vas a …

—Contaré hasta diez, si no te has ido entonces, te freiré donde estás

—¡Estás loco!

—¡Escúchame, Smith, por el amor de Dios!

—Cuatro, cinco, seis, te lo advertí… ¡ah!

El arma se disparó.

La bala hirió a Drew en la cadera, haciéndolo girar y caer boca abajo, gritando de dolor. Quedó tendido en la oscuridad.

—¡No quería hacerlo, Drew, no quería!" —gritó Smith—. Se disparó; mi dedo, mi mano, estaba nervioso. ¡No quería! —Una figura se inclinó bajo la luz resplandeciente y le dio la vuelta—. Te curaré, lo siento. Haré que ella nos ayude. ¡Dame un segundo!'

Con dolor en el costado, Drew permaneció mirando mientras la linterna giraba y Smith corría ruidosamente a través de la gran cueva hacia la figura dormida junto al fuego negro. Escuchó a Smith gritar una o dos veces, lo vio acercarse e inclinarse hacia la figura, tocarla.

Durante mucho tiempo, Drew esperó.

Smith dio la vuelta a la figura.

Desde la distancia, Drew escuchó a Smith decir: «Está muerta».

—¡Qué!, —exclamó Drew.

Con manos torpes sacó un pequeño botiquín de medicina. Rompió un frasco de polvo blanco que tragó. El dolor en su costado paro instantáneamente. Entonces comenzó a vendar su herida. Era bastante grave, pero no fatal. A media distancia vio a Smith parado, solo, con su linterna insensible en su mano entumecida, mirando la figura de la mujer.

Smith regresó y se sentó y miró a la nada.

—Ella ha… ha estado muerta mucho tiempo.

—Pero ¿las huellas? ¿Qué pasa con ellas?

—Este mundo, por supuesto, este mundo. No nos paramos a pensar. Sólo corrimos. Sólo corrí. Como un tonto. Este mundo… no lo pensé hasta ahora. Ahora lo sé.

—¿El qué?

—No hay viento, nada. Sin estaciones, sin lluvia, sin tormentas, sin nada. Hace diez mil años, en un mundo agonizante, esa mujer cruzó las arenas, sola. Quizás el último ser vivo. Con unas latas de oxígeno para mantenerse en marcha. Algo le pasó al planeta. La atmósfera escapo al espacio. Sin viento, sin oxígeno, sin estaciones. Y ella caminando sola. —Smith lo pensó antes de contárselo en voz baja a Drew, sin mirarlo—. Y llegó a esta cueva y se acostó y murió.

—¿Hace diez mil años?

—Diez mil años. Y ha estado aquí desde entonces. Perfecta. Tendida aquí, esperando que vengamos y hagamos el tonto. Una broma cósmica ¡Ah, sí! Muy divertido.'

—Pero ¿las huellas?

—Sin viento. Sin lluvia. Las huellas parecen tan recientes como el día en que las dejó, naturalmente. Todo parece nuevo y reciente. Incluso ella. Excepto que hay algo en ella. Sólo con verla sabes que ha estado muerta durante mucho tiempo. No sé qué es.

Su voz se desvaneció.

De repente se acordó de Drew.

—Mi pistola. Tú. ¿Puedo ayudar?

—'Lo tengo vendado. Fue un accidente. Dejémoslo así.

—¿Duele?

—No.

—¿No tratarás de matarme por esto?

—Calla la boca. Se te resbalo el dedo.

—Lo hizo, ¡realmente lo hizo! Lo siento.

—Sé que lo hizo. Cállate. —Drew terminó de vendar la herida—. Echame una mano ahora, tenemos que volver a la nave.

Smith lo ayudó a ponerse de pie y se tambaleó.

—Ahora acércame para poder echar un vistazo a Miss Marte de diez mil años antes de Cristo. Después de tanto correr y tantos problemas debería echarle un vistazo al menos.

Smith lo ayudó a acercarse lentamente y pararse sobre la figura tendida.

—Parece que sólo está durmiendo —dijo Smith—. Pero está muerta, terriblemente muerta. ¿No es bonita?

Se parece a Anna, pensó Drew en estado de *shock*. Anna durmiendo allí, lista para despertar, sonreír y saludar.

—Se parece a Marguerite —dijo Smith.

La boca de Drew se crispó.

—¿Marguerite? —Vaciló—. Sí. Sí, supongo que sí. —Negó con la cabeza—. Todo depende de cómo la mires. Estaba pensando…

—¿Qué?

—No importa. Dejala tendida. Déjala allí. Ahora, tenemos que apresurarnos. De vuelta a la nave.

—Me pregunto quién era.

—Nunca lo sabremos. ¿Una princesa tal vez, una taquígrafa en alguna ciudad antigua, una doncella bailarina? Vamos Smith.

En media hora regresaron al cohete, lenta y dolorosamente.

—¿Somos unos imbéciles? Unos perfectos imbéciles.

La puerta del cohete se cerró de golpe.

El cohete se elevó en el aire sostenido por llamaradas rojas y azules.

Abajo, la arena se revolvió y fundió. Las huellas, por primera vez en diez mil años, se vieron alteradas. Volaron en partículas finas. Cuando el viento de fuego cesó, las huellas ya no estaban.

Los fantasmas marcianos

—En cuanto a mí, no lo creo —dijo la madre.

—Entonces ven y compruébalo por ti mismo —respondió Eem, y salió corriendo.

Bueno, la madre se tambaleó hacia la oscuridad arenosa y la humedad del sótano, por el pasillo, pasando por una o dos celdas viejas, porque su casa estaba construida sobre una antigua cárcel portuaria, y cuando llegó al final del túnel de piedra, su mano voló a su pecho y dijo:

—¡ÉL!

—¡Déjanos salir de aquí!, —gritó el Fantasma.

—¡Abre la puerta!, —gritó el otro Fantasma, que estaba aún más pálido que su compañero.

La madre corrió desde el sótano e inmediatamente comenzó a vomitar.

Unos marineros encontraron a la madre en el camino de piedra cerca de Tith. Había estado caminando durante dos horas, luego hizo autostop y estaba casi muerta. Estaba histérica.

—¡Mi casa!, —dijo—. ¡Tomada… por los Fantasmas! Balbucean en idiomas extraños y han invadido las celdas debajo de nuestro patio.

Un marinero miró al otro.

—¿Será por el calor?

El otro asintió y guiñó un ojo.

—Sólo ven con nosotros —dijo.

—Tengo que ir con mi marido —se lamentó la mujer—. Él sabrá qué hacer.

—Pues ves —le respondieron.

En la casa de arena, los niños se reunieron frente a la celda y miraron dentro.

—¡Fuera de aquí, pequeños ladrones sucios!, —rugió el Fantasma.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Eem.

—No lo sé —respondió Kathm.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el Fantasma.

—No lo sé —respondió el Fantasma.

—Hablan un idioma extraño, el idioma de los marcianos.

—Hablan en un lenguaje espiritual —dijo Eem—. Ojalá lo entendiéramos.

—Ojalá supiera lo que están diciendo —comentó el fantasma peludo y de cabello amarillo.

La delegación de Lathws descendió los escalones del sótano hacia el frío helado. Marcharon silenciosa y solemnemente por el corredor de piedra, saludándose con la cabeza, palpando el yeso y las barras de hierro, susurrando y señalando. Doblaron la esquina y fueron a la celda.

—¡Déjanos salir de aquí!, —rugió el Fantasma Negro.

—¡Al infierno!, —gritó el Fantasma Rojo.

La delegación huyó de regreso a la planta baja.

—¡Fantasmas, horrores!, —se estremecieron bajo la cálida luz del sol.

—¡Fantasmas, sí, malvados, viles monstruos!

—¡Deben ser destruidos!

—¡Destruidos!

Se aferraron el uno al otro en busca de apoyo.

—¿Pero quién lo hará? ¿Tú, Ylt?

—Ése no es mi trabajo. Creo que es Remme.

—No es mio. Tenemos que hablarlo. ¡Tenemos que llevar a la corte a la madre y al padre por brujos!

—¿No viste lo que le pasó a Kemm? Se derrumbó muerto cuando el Fantasma lo tocó. Se puso negro y murió.

En la celda, un fantasma se volvió hacia otro.

—¿Ves lo que hiciste?"

—¿Yo? Los dos lo hicimos.

—Vale, pero ¿ya que estamos aquí?

—¿Qué pasara, tonto? Nada. Sólo tengo unas pocas bacterias que son inofensivas para mí y los terrícolas. Pero resultaron ser demasiado para él. Wow, pero se pudrió rápidamente. Oh, por eso no obtendremos nada más.

—¡No deberías haberlo tocado!

La delegación les arrojó fuego, y después del fuego, ácido. Después del ácido recibieron balas, después de las balas piedras, después de las piedras tierra y arena hasta que la celda quedó completamente enterrada y silenciada. Después de eso, demolieron la casa piedra por piedra y la esparcieron por los cuatro cielos. La madre y el padre que clamaron por misericordia, que negaron su culpa, fueron cortados en mil pedazos y enterrados en mil ciudades. Los niños fueron mantenidos bajo estricta vigilancia y llevados a un

nuevo hogar donde a menudo hablaban de Fantasmas a altas horas de la noche.

—¿Crees que padre y madre eran brujos?

—Apostaría a que sí. Qué horrible pensar eso.

Cuando los fantasmas reaparecieron en Marte un año después, los niños fueron naturalmente culpados y rápidamente asesinados.

Era una noche en que el viento levantaba la arena y dispersaba la luz de las estrellas como una lluvia de nieve, en que las ventanas traqueteaban como huesos de cristal y la sangre corría a raudales por el corazón. Todos en la casa tenían una pequeña marca en su almohada blanca cuando levantaron la cabeza y abrieron los ojos, respirando más rápido. Porque allá abajo, en el patio, se levantó niebla, se escucharon susurros y llamadas, y los espíritus regresaron a la tierra.

—¡Hola hola! —gritaron los fantasmas—. Hola, hola… —sus voces se apagaron.

—Shhh. —Y los niños se aferraban unos a otros con los puños cerrados. Se acurrucaron juntos como pequeñas pepitas en la cama.

—Hola, hola, hola…

Arrastrando los pies en la arena de cristal. El sonido de los diamantes triturados.

—Hola, hola…

Y desaparecieron.

La madre se apresuró a entrar en la habitación con una lampara azul en la mano.

—Niños, ¿estáis bien?"

—¡Sí!

Los abrazó a todos.

—Tu padre está enfermo, su corazón, los espíritus otra vez, no podemos aguantar esto mucho más.

Los sonidos entraban por la ventana abierta. Los sonidos impregnaron el viento a altas horas de la noche. Los niños se levantaron de sus almohadas calientes para girar la cabeza, entrecerrar los ojos en la oscuridad y llevarse las manos a los oídos.

—Aquí, aquí —dijo una voz en el patio.

—¡Ten cuidado!, —respondió otro a la luz de la luna.

—Entonces, ¿esto es Marte?

—Sí.

—¡Ojalá pudiera estar en la Tierra otra vez!

Los niños se abrazaron unos a otros, ahogando sus gritos de sorpresa.

Así fue de la noche a la mañana.

—¿Qué dicen las voces?, —preguntó Eio, la niña de diez años.

—Hablan un idioma que no conocemos —respondió Tia, el niño.

Las voces hablaron durante otros diez minutos o más, luego volaron en las alas del viento cálido. Una enorme bola plateada desapareció en el cielo.

—¡Los fantasmas, los fantasmas!, —se lamentó el padre, y a la mañana siguiente no pudo comer, no pudo trabajar bajo el calor del sol, sólo se quedó paralizado en su cama tras su encuentro con los fantasmas.

La casa comenzó a desmoronarse. Todo el mundo estaba en pánico. Y Tia agarró con fuerza la muñeca de su hermana y la miró a la cara y dijo:

—¡Tenderemos una trampa esta noche y atraparemos a los fantasmas!

—¡Ay, Tia!, —exclamó su hermana—. ¡Eres tan valiente!

El niño trabajó en el patio toda la tarde con una expresión firme en su rostro.

Pensaban en los fantasmas y temblaban y se ponían pálidos, y cuando se acostaban en sus camas por la noche, no podían cerrar sus ojos de color amarillo pálido, les temblaba la boca, sus nervios estaban tensos hasta el punto de estallar. Porque habían oído hablar de los fantasmas una y otra vez de boca de padre, madre, tíos y tías, y cuando la luna doble de Marte se alzaba sobre las azules montañas marcianas, se acercaban sigilosamente a la ventana y se asomaban. Ytil, Crr y Wii se quedaron allí respirando, esperando, contemplando el cielo brumoso.

El matrimonio

Era una agradable noche de agosto en Marte. El resplandor de las lunas gemelas ahuyentó las sombras, el cálido cielo se cubrió de multitud de estrellas. Una noche maravillosa para una boda.

El Sr. Samuel Pace dejó de limpiar sus zapatos el tiempo suficiente para ir a la ventana y mirar hacia el patio abierto de la antigua casa marciana. Las antorchas ardían por todas partes, sus llamas ardían a veces azules, a veces verdes, a veces rojo rubí. Bajo la luz juguetona, las mesas llenas de comida parecían moverse, los cubiertos bailaban, el vino parpadeaba en las copas de cristal. Había un delicado aroma a madera balsámica y a flores recogidas en las colinas más lejanas de Marte.

—¿Qué hora es? —preguntó el Sr. Samuel Pace.

—Preguntas por tercera vez en cinco minutos. Son las ocho en cinco minutos, —le sonrió su padrino Thomas Quinn

—¿Dónde están los invitados?

—Estarán aquí, no te preocupes.

—¿Elta está lista?

—Por supuesto. Tómatelo con calma.

—Quiero que todo salga bien.

—Así será. Mira.

Una gran nave espacial apareció en el cielo vestida con enormes pétalos de llamas y aterrizó más allá del patio. De ella saltaron hombres con uniformes plateados del Servicio Espacial. Saludaron a Pace, que estaba parado en la ventana, y gritaron, pero no los entendió.

—Ellos acaban de llegar —suspiró.

—Sabías que venían.

—¿Saberlo? ¿Para verme casar con una mujer marciana, una nativa?, no sabía nada

—Ya están aquí, no te preocupes.

Se paró frente al espejo y se miró. Con su uniforme azul de capitán del Servicio Espacial, con sus botones de plata sólida, botas negras brillantes y una insignia de estrella sobre su corazón. Se sacudió una pelusa de su hombro.

—Está bien, estoy listo.

—Se lo diré a Elta.

Después de la ceremonia, se planeó una gran fiesta. Las naves espaciales zumbarían sobre sus cabezas en siete formaciones, arrastrando ríos de fuego rosados, ríos de fuego dorados, ríos de fuego escarlata y ríos de fuego azules, que luego se disolverían pintando la noche, como tinta de colores brillantes en un vaso de agua. Los rostros que mirarán hacia arriba tomarían un color dorado y metálico, sus ojos claros se incendiarían, sentirían el calor vergonzoso de la estación de los grandes hornos de plata.

Y luego vendría también la gente de Elta, bailarán y tocarán el arpa cantando sobre las bodas de hace diez mil años, y tocarán otros instrumentos, instrumentos de cristal y láminas de metal, como el viento en los árboles. Marcando un ritmo al que bailarán las mujeres del pueblo de Elta, con redes de bronce azul en la cara y campanitas en el pelo.

Él llamó a la puerta.

—Elta, soy yo.

La puerta se abrió y Elta, aterrorizada, se arrojó a sus brazos.

—No vendrán, no vendrán. —Se echó a llorar, y él no sabía qué hacer, así que sólo la abrazó y esperó.

—No debemos hacerlo, no debemos casarnos, a nadie le gusta, ni a mi gente ni a la tuya, dos mundos separados, y después tampoco nos gustará a nosotros.

Él la abrazó aún más fuerte.

—Al diablo con ellos. No necesitamos el permiso de nadie. Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé. —Elta levantó la cabeza, lo miró con sus ojos dorados y se sacudió las lágrimas de la cara—. Me recuperaré. Simplemente no creo que vengan.

—Yo también lo pensé, pero mira: la nave espacial y mi gente. Y ahora también son tuyos.

En medio de la boda, la gente de Elta se convirtió en niebla. Fue sólo una ilusión. No lo aceptaban.

En medio de una fiesta en la Tierra, ¡todos los invitados son robots!

La mujer extraña a Marte.

El hombre extraña la Tierra.

Estaba pescando en un riachuelo frío y claro de Marte, con ganas de pasar un fin de semana solo, como siempre le había gustado, con sólo el cielo y el paisaje y la caña de pescar y el giro del carrete y la red en la mano, a veces atrapaba algo que era el equivalente a un pez en Marte. Y luego miró hacia

arriba. Una mujer estaba de pie mirándolo. Sus ojos eran como la moneda de oro que recibió de su abuelo cuando era joven, cuando el oro aún no estaba prohibido. Desde entonces, llevaba en el bolsillo la moneda de oro: un secreto con su abuelo muerto, una conspiración contra el gobierno. Y aquí estaba esta mujer con sus ojos dorados plateados, su boca sonriente y rosada, su postura erguida, su cabello del color del alambre de cobre y su piel blanca y lechosa, con un toque de oro fundido mezclado en ella.

Se quedó de pie con la caña de pescar en la mano.

—Hola —dijo.

—Soy una marciana —dijo la mujer—. Elta.

—Hola, Elta.

—¿Qué estás haciendo?

—Pescando.

—Pescas de forma rara. Si los llamamos, vienen.

El hombre sonrió.

—¿No me crees?, —preguntó Elta.

—No, no te creo.

—Mira —Elta llamó al pez. Y vino el pescado.

Si compras un billete cualquier día y montas en la nave espacial plateada con destino a Marte, a medio camino entre la Tierra verde y el Marte rojo, encontrarás un pequeño mundo en la noche negra del espacio, un pequeño mundo donde la mitad de las colinas son verdes y la otra mitad colinas rojas, la mitad de los ríos son azules y la otra mitad como vino tinto, la mitad de los árboles son olmos y la otra mitad esparcen fuego, la mitad de los niños tienen ojos azules, la otra mitad son de oro fundido. Y veras una casa que es mitad estilo americano moderno y mitad palacio de cristal marciano, y desde esa casa al mediodía puedes escuchar el sonido de la radio y el canto del arpa. Y a través de la ventana se puede ver al Sr. Samuel Pace y su esposa, Elta, riendo mientras ven a sus hijos perseguirse a través de un lejano prado marciano salpicado de girasoles de Kansas.

Y seguirás hacia Marte, dejándolos a mitad de camino.

El otro pie

Cuando oyeron las noticias salieron de los restaurantes y los cafés y los hoteles y observaron el cielo.

Las manos oscuras protegieron los ojos en blanco. Las bocas se abrieron. A lo largo de miles de kilómetros, bajo la luz del mediodía, se extendían unos pueblitos donde unas gentes oscuras, de pie sobre sus sombras, alzaban los ojos.

Hattie Johnson tapó la olla donde hervía la sopa, se secó los dedos con un trapo, y fue lentamente hacia el fondo de la casa.

—¡Ven, Ma!

—¡Eh, Ma, ven!

—¡Te lo vas a perder!

—¡Eh, Ma!

Los tres negritos bailaban chillando en el patio polvoriento. De cuando en cuando miraban ansiosamente hacia la casa.

—Ya voy —dijo Hattie, y abrió la puerta de tela de alambre—. ¿Dónde oísteis la noticia?

—En casa de Jones, Ma. Dicen que viene un cohete. Por primera vez después de veinte años. ¡Y con un hombre blanco dentro!

—¿Cómo es un hombre blanco, Ma? Nunca vi ninguno.

—Ya sabrás cómo es —dijo Hattie—. Sí, ya lo sabrás, de veras.

—Dinos cómo es, Ma. Cuéntanos, por favor.

Hattie frunció el ceño.

—Bueno, han pasado muchos años. Yo era sólo una niñita, ¿sabéis? Fue en 1965.

¡Cuéntanos del hombre blanco, Ma!

Hattie salió al patio, y miró el cielo marciano, claro y azul, con las tenues nubes blancas marcianas, y más allá, a lo lejos, las colinas marcianas que se tostaban al sol. Y dijo al fin:

—Bueno, ante todo tienen manos blancas.

¡Manos blancas!

Los chicos se rieron lanzándose manotones.

—Y tienen brazos blancos.

¡Brazos blancos!

—Y caras blancas.

¡Caras blancas! ¿De veras?

—¿Blanca como ésta, Ma? —El más pequeño de los negritos se arrojó un puñado de polvo a la cara y lanzó un estornudo—. ¿Así de blanca?

—Más blanca aún —dijo la negra gravemente, y se volvió otra vez hacia el cielo. Tenía como una sombra de inquietud en los ojos, como si esperara una tormenta y no pudiese verla—. Será mejor que entréis, chicos.

—¡Oh, Ma! —Los negritos la miraron asombrados—. Tenemos que verlo, Ma. No va a pasar nada, ¿no?

—No sé. Tengo un mal presentimiento.

—Sólo queremos ver el cohete, e ir al aeródromo, y ver al hombre blanco. ¿Cómo es el hombre blanco, Ma?

—No lo sé. No lo sé de veras —murmuró la mujer, sacudiendo la cabeza.

¡Cuéntanos algo más!

—Bueno, los blancos viven en la Tierra, el lugar de donde vinimos todos nosotros hace veinte años. Salimos de allí y nos vinimos a Marte y construimos las ciudades, y aquí estamos. Ahora somos marcianos y no terrestres. Y ningún hombre blanco vino a Marte en todo este tiempo. Eso es todo.

—¿Por qué no vinieron, Ma?

—Bueno, porque… Apenas llegamos, estalló en la Tierra una guerra atómica. Pelearon entre ellos, de un modo terrible. Se olvidaron de nosotros. Cuando terminaron de pelear, no tenían más cohetes. Sólo hace poco pudieron construir algunos. Y ahora vienen a visitarnos después de tanto tiempo.--La mujer miró distraídamente a sus hijos, y se alejó unos metros. —Esperad aquí. Voy a ver a Elizabeth Brown.

—Bueno, Ma.

La mujer se alejó calle abajo.

Llegó a la casa de los Brown en el momento en que todos se subían al coche.

—Eh, Hattie, ¡ven con nosotros!

—¿A dónde van?, —dijo la mujer, sin aliento, corriendo hacia ellos.

¡A ver al hombre blanco!

—Eso es —dijo el señor Brown, muy serio—. Mis chicos nunca vieron uno, y yo casi no me acuerdo.

—¿Qué van a hacer con el hombre blanco?, —les preguntó Hattie.

—¿A hacer? Vamos a verlo, nada más.

—¿Seguro?

—¿Y qué podíamos hacer?

—No sé —dijo Hattie vagamente, algo avergonzada—. ¿No van a lincharlo?

—¿A lincharlo? —Todos se rieron. El señor Brown se palmeó una rodilla—. ¡Dios te bendiga, criatura!

Vamos a estrecharle la mano. ¿No es cierto? Todos nosotros.

¡Claro, claro!

Otro coche se acercó corriendo. Hattie lanzó un grito:

¡Willie!

—¿A dónde piensan ir? ¿Dónde están los chicos?, —les gritó agriamente el marido de Hattie, mirándolos con furia—. Se van como idiotas a ver a ese blanco… .

—Exactamente —asintió el señor Brown, sonriendo.

—Bueno, llévense sus armas —dijo Willie—. Yo voy a buscar la mía ahora mismo.

¡Willie!

—¡Entra en este coche, Hattie! —El negro abrió la puerta, y así la sostuvo, hasta que la mujer obedeció. Sin volver a hablar con los otros, se lanzó por el camino polvoriento.

¡Willie, no tan rápido!

—No tan rápido, ¿eh? Ya lo veremos. —Willie miró el camino que se precipitaba bajo el coche—. ¿Con qué derecho vienen aquí después de tantos años? ¿Por qué no nos dejan tranquilos? ¿Por qué no se habrán matado unos a otros en ese viejo mundo, permitiéndonos vivir en paz?

—Willie, no hablas como un cristiano.

—No me siento como un cristiano —dijo Willie furiosamente, asiendo con fuerza el volante—. Me siento malvado. Después de hacernos, durante tantos años, todo lo que nos hicieron… A mis padres y a los tuyos… ¿Recuerdas? ¿Recuerdas cómo colgaron a mi padre en Knockwood Hill, y cómo mataron a mamá? ¿Recuerdas? ¿O tienes tan poca memoria como los otros?

—Recuerdo —dijo la mujer.

—¿Recuerdas al doctor Phillips, y al señor Burton, y sus casas enormes, y la cabaña de mi madre, y a mi viejo padre que seguía trabajando a pesar de sus años? El doctor Phillips y el señor Burton le dieron las gracias poniéndole una soga al cuello. Bueno —dijo Willie—, todo ha cambiado. El zapato aprieta ahora en el otro pie. Veremos quién dicta leyes contra quién, quién

lincha, quién viaja en el fondo de los coches, quién sirve de espectáculo en las ferias. Vamos a verlo.

—Oh, Willie, no hables así. Nos traerá mala suerte.

—Todo el mundo habla así. Todo el mundo ha pensado en este día, creyendo que nunca iba a llegar. Todos pensábamos: «¿Qué pasará el día que un hombre blanco venga a Marte?». Pues bien, el día ha llegado, y ya no podemos retroceder.

—¿No vamos a dejar que los blancos vivan aquí en Marte?

—Sí, seguro. —Willie sonrió, pero con una ancha sonrisa de maldad. Había furia en sus ojos—. Pueden venir y trabajar aquí. ¿Por qué no? Pero para merecerlo tendrán que vivir en los barrios bajos, y lustrarnos los zapatos, y barrernos los pisos, y sentarse en la última fila de butacas. Sólo eso les pedimos. Y una vez por semana colgaremos a uno o dos. Nada más.

—No hablas como un ser humano, y no me gusta.

—Tendrás que acostumbrarte —dijo Willie. Se detuvo frente a la casa y saltó fuera del coche—. Voy a buscar mis armas y un trozo de cuerda. Respetaremos el reglamento.

—¡Oh, Willie!, —gimió la mujer, y allí se quedó, sentada en el coche, mientras su marido subía de prisa las escaleras y entraba en la casa dando un portazo.

Al fin Hattie siguió a su marido. No quería seguirlo, pero allá estaba Willie, agitándose en la buhardilla, maldiciendo como un loco, buscando las cuatro armas. Hattie veía el salvaje metal de los caños que brillaba en la oscura bohardilla, pero no podía ver a Willie. ¡Era tan negro! Sólo oía sus juramentos. Al fin las piernas de Willie aparecieron en la escalera, envueltas en una nube de polvo. Willie amontonó los cartuchos de cápsulas amarillas, y sopló en los cargadores, y metió en ellos las balas, con un rostro serio y grave, como ocultando una amargura interior.

—Déjennos solos —murmuraba, abriendo mecánicamente los brazos—. Déjennos solos. ¿Por qué no nos dejan?

—Willie, Willie.

—Tú también… tú también.

Y Willie miró a su mujer con la misma mirada, y Hattie se sintió tocada por todo ese odio. A través de la ventana se veía a los niños que hablaban entre ellos.

—Blanco como la leche, dijo Ma. Blanco como la leche.

—Blanco como esta flor vieja, ¿ves?

—Blanco como una piedra como la tiza del colegio.

Willie salió de la casa.

—Chicos, adentro. Os encerraré. No habrá hombre blanco para vosotros. No hablaréis de él. Nada.

—Pero, papá.

El hombre los empujó al interior de la casa, y fue a buscar una lata de pintura y un pincel, y sacó del garaje una cuerda peluda y gruesa, en la que hizo un nudo corredizo, con manos torpes, mientras examinaba cuidadosamente el cielo.

Y luego se metieron en el coche, y se alejaron sembrando a lo largo de la carretera unas apretadas nubes de polvo.

—Despacio, Willie.

—No es tiempo de ir despacio —dijo Willie—. Es tiempo de ir de prisa, y yo tengo prisa.

Las gentes miraban el cielo desde los bordes del camino, o subidas a los coches, o llevadas por los coches, y las armas asomaban como telescopios orientados hacia los males de un mundo en agonía.

Hattie miró las armas.

—Has estado hablando —dijo acusando a su marido.

—Sí, eso he hecho —gruñó Willie, y observó orgullosamente el camino—. Me detuve en todas las casas, y les dije que debían hacer: sacar las armas, buscar la pintura, traer las cuerdas, y estar preparados. Y aquí estamos ahora: el comité de bienvenida, para entregarles las llaves de la ciudad. ¡Sí, señor!

La mujer juntó las manos delgadas y oscuras, como para rechazar el terror que estaba invadiéndola.

El coche saltaba y se sacudía entre los otros coches.

Hattie oía las voces que gritaban:

—¡Eh, Willie! ¡Mira!, —y veía pasar rápidamente las manos que alzaban las cuerdas y las armas, y las bocas que sonreían.

—Hemos llegado —dijo Willie, y detuvo el automóvil en el polvo y el silencio. Abrió la puerta de un puntapié, salió cargado con sus armas, y se metió en los campos del aeródromo.

—¿Lo has pensado, Willie?

—No he hecho otra cosa en veinte años. Tenía dieciséis años cuando dejé la Tierra. Y muy contento.

No había nada allí para mí, ni para ti, ni para ninguno de nosotros. Jamás me he arrepentido. Aquí vivimos en paz. Por primera vez respiramos a gusto. Vamos, adelant.

Willie se abrió paso entre la oscura multitud que venía a su encuentro

—Willie, Willie, ¿qué vamos a hacer?, —decían los hombres.

—Aquí tienen un fusil —les dijo Willie—. Aquí otro fusil. Y otro. —Les entregaba las armas con bruscos movimientos—. Aquí tienen. Una pistola. Un rifle.

La gente estaba tan apretada que semejaba un solo cuerpo oscuro, con mil brazos extendidos hacia las armas.

—Willie, Willie.

Hattie, erguida y silenciosa, apretaba los labios, con los grandes ojos trágicos y húmedos.

—Trae la pintura —le dijo Willie.

Y la mujer cruzó el campo con una lata de pintura, hasta el lugar donde en ese momento se detenía un ómnibus con un letrero recién pintado en el frente: A LA PISTA DE ATERRIZAJE DEL HOMBRE BLANCO. El ómnibus traía un grupo de gente armada que salió de un salto y corrió trastabillando por el aeródromo, con los ojos fijos en el cielo. Mujeres con canastas de comida; hombres con sombreros de paja, en mangas de camisa. El ómnibus se quedó allí, vacío, zumbando.

Willie se meció en el coche, instaló las latas, las abrió, revolvió la pintura, probó un pincel, y se subió a un asiento.

—¡Eh, oiga! —El conductor se acercó por detrás, con su tintineante cambiador de monedas—. ¿Qué hace? ¡Fuera de aquí!

—Vas a ver lo que hago. Espera un poco.

Y Willie mojó el pincel en la pintura amarilla. Pintó una B y una L y una A y una N y una C y una O y una S con una minuciosa y terrible aplicación. Y cuando Willie terminó su trabajo, el conductor arrugó los párpados y leyó: BLANCOS: ASIENTOS DE ATRAS. Leyó otra vez: BLANCOS. Guiñó un ojo. ASIENTOS DE ATRAS. El conductor miró a Willie y sonrió.

—¿Te gusta?, —le preguntó Willie descendiendo

Y el conductor respondió:

—Mucho, señor. Me gusta mucho.

Hattie miraba el letrero desde afuera, con las manos apretadas contra el pecho.

Willie volvió a reunirse con la multitud. Ésta aumentaba con cada coche que se detenía gruñendo, y con cada ómnibus que llegaba tambaleándose desde el pueblo cercano.

Willie se subió a un cajón.

—Nombremos a unos delegados para que pinten todos los ómnibus en la hora próxima. ¿Hay voluntarios?

Las manos se alzaron.

¡Adelante!

Los hombres se fueron a pintar.

—Nombremos a unos delegados para separar con cuerdas los asientos de los cines. Las dos últimas filas para los blancos.

Más manos.

¡Adelante!

Los hombres corrieron.

Willie miró a su alrededor, transpirado, fatigado por el esfuerzo, orgulloso de su energía, con la mano en el hombro de su mujer. Hattie miraba el suelo con los ojos bajos.

—Veamos —anunció Willie—. Ah, sí. Tenemos que votar una ley esta misma tarde. ¡Se prohíben los matrimonios entre razas de distinto color!

—Eso es —dijeron algunos.

—Todos los lustrabotas dejan hoy su empleo.

¡Ahora mismo!

Algunos de los hombres arrojaron al suelo unos trapos que habían traído del pueblo, aturdidos por la excitación.

—Votaremos una ley sobre salarios mínimos, ¿no es cierto?

¡Seguro!

—Se les pagará, por lo menos, diez centavos por hora.

—¡Eso es!

El alcalde de la ciudad se acercó corriendo.

—Oye, Willie Johnson. ¡Bájate de ese cajón!

—Alcalde, nada podrá sacarme de aquí.

—Estás provocando un tumulto, Willie Johnson.

—Justo.

—Cuando eras chico, odiabas todo esto. No eres mejor que esos blancos que ahora atacas.

—Las cosas han cambiado, alcalde —dijo Willie, desviando la vista y mirando los rostros que se extendían ante él: algunos sonrientes, otros titubeantes, otros asombrados, y otros que se alejaban disgustados y temerosos.

—Te arrepentirás, Willie —dijo el alcalde.

—Haremos una elección y tendremos otro alcalde —dijo Willie, y volvió los ojos hacia el pueblo, donde, calles abajo y calles arriba, se colgaban unos

letreros recién pintados: EL ESTABLECIMIENTO SE RESERVA EL DERECHO DE NO ACEPTAR A ALGUN CLIENTE. Willie mostró los dientes y golpeó las manos. ¡Señor!

Y se detuvo a los ómnibus y se pintaron de blanco los últimos asientos, como para sugerir quiénes serían los futuros ocupantes. Y unos hombres alegres invadieron los teatros y tendieron unas cuerdas, mientras sus mujeres los miraban desde las aceras, sin saber qué hacer. Y algunos encerraron a sus niños en las casas, para apartarlos de esas horas terribles.

—¿Todos listos?, —preguntó Willie Johnson, alzando una soga bien anudada.

—¡Listos!, —gritó media multitud. La otra mitad murmuró y se movió como figuras de una pesadilla de la que deseaban huir.

—¡Ahí viene!, —dijo un niño.

Como cabezas de títeres, movidas por una sola cuerda, las cabezas de la multitud se volvieron hacia arriba.

En lo más alto del cielo, un hermoso cohete lanzaba un ardiente penacho anaranjado. El cohete describió un círculo amplio y descendió, y todos lo miraron con la boca abierta. El campo ardió, aquí y allá, y luego el fuego se fue apagando. El cohete inmóvil descansó unos instantes. Y al fin, mientras la multitud esperaba en silencio, en un costado de la nave se abrió una puerta y dejó escapar una bocanada de oxígeno. Un hombre viejo apareció en el umbral.

—Un blanco, un blanco, un blanco…

Las palabras corrieron por la expectante multitud. Los niños se hablaron al oído, empujándose suavemente; las palabras retrocedieron en ondas hasta los últimos hombres y hasta los ómnibus bañados por la luz y golpeados por el viento. De las abiertas ventanillas salía un olor a pintura fresca. El murmullo se alejó lentamente, y al fin dejó de oírse.

Nadie se movió.

El hombre blanco era alto y esbelto, pero llevaba en el rostro las huellas de un profundo cansancio. No se había afeitado ese día, y sus ojos eran tan viejos como pueden serlo los ojos de un hombre todavía vivo. Eran ojos incoloros, casi blancos. Las cosas que había visto en su vida habían destruido la mirada. El hombre era delgado como un arbusto en invierno. Le temblaban las manos, y mientras miraba a la multitud buscó apoyo en los quicios de la puerta.

El hombre blanco sonrió débilmente, y extendió una mano, y la dejó caer.

Nadie se movió.

El hombre observó atentamente los rostros, y quizá vio, sin verlos, los fusiles y las cuerdas, y quizá olió la pintura. Nadie llegó a preguntárselo. El hombre blanco comenzó a hablar. Comenzó lentamente, dulcemente, como si no esperase ninguna interrupción. Nadie lo interrumpió Su voz era una voz fatigada, vieja y uniforme.

—No importa quién soy —les dijo—. De todos modos, no sería más que un nombre para vosotros. Yo tampoco sé vuestros nombres. Eso vendrá más tarde. —Se detuvo, cerró los ojos un momento, y luego continuó—: Hace veinte años dejasteis la Tierra. Han sido años tan largos, tan largos… Pasaron tantas cosas… Son más de veinte siglos. Cuando os fuisteis estalló la guerra. —El hombre asintió con un lento movimiento de cabeza—. Sí, la gran guerra, la tercera. Duró mucho. Hasta el año pasado. Bombardeamos todas las ciudades. Destruimos Nueva York y Londres, y Moscú, y París, y Shanghai, y Bombay, y Alejandría. Lo arruinamos todo. Y cuando terminamos con las grandes ciudades, nos volvimos hacia las más pequeñas, y lanzamos sobre ellas nuestras bombas atómicas…

Y el hombre nombró ciudades y lugares y calles.

Y mientras los nombraba un murmullo se elevó de la multitud.

—Destruimos Natchez…

Un murmullo.

—Y Columbus, Georgia…

Otro murmullo.

—Quemamos Nueva Orleans…

Un suspiro.

—Y Atlanta…

Un nuevo suspiro.

—Y no quedó nada de Greenwater, Alabama.

Willie Johnson alzó la cabeza y abrió la boca. Hattie vio el gesto de Willie y los recuerdos que le venían a los ojos.

—No quedó nada —dijo el viejo, hablando lentamente—. Ardieron los algodonales.

—¡Oh!, —dijeron todos.

—Los molinos de algodón cayeron bajo las bombas…

¡Oh!

—Y las fábricas, radiactivas; todo radiactivo. Los caminos y las granjas y los alimentos, radiactivos. Todo.

El hombre nombró otras ciudades y pueblos.

—Tampa.

—Mi pueblo —dijo alguien.

—Fulton.

—El mío —murmuró otro.

—Memphis.

Una voz indignada:

—¿Memphis? ¿Quemaron Memphis?

—Memphis saltó en pedazos.

—¿La calle Cuatro de Memphis?

—Toda la ciudad —dijo el viejo.

La multitud comenzó a agitarse. Una ola los llevaba al pasado. Veinte años. Los pueblos y las plazas, los árboles y los edificios de ladrillo, los carteles y las iglesias y las tiendas familiares. Todo volvía a la superficie entre las gentes del aeródromo. Cada nombre despertaba un recuerdo, y todos pensaban en algún otro día. Todos eran, excepto los niños, suficientemente viejos.

—Laredo.

—Recuerdo Laredo.

—Nueva York.

—Yo tenía una tienda en Harlem.

—Harlem, bombardeado.

Las palabras siniestras. Los lugares familiares. El esfuerzo de imaginar todo en ruinas.

Willie Johnson murmuró:

—Greenwater. Alabama. El pueblo donde nací. Lo veo aún.

—Destruido. Todo.

Destruido. Todo. Así decía el hombre.

Y el hombre continuó:

—Destruimos todo y arruinamos todo, como estúpidos que éramos y somos todavía. Matamos a millones. No creo que los sobrevivientes pasen de quinientos mil. Y de todo ese desastre salvamos un poco de metal, construimos este único cohete, y vinimos a Marte, a pediros ayuda.

El hombre se detuvo y miró hacia abajo, y escrutó los rostros como para ver qué podía esperar. Pero no estaba seguro.

Hattie Johnson sintió que el brazo de su marido se endurecía y vio que sus dedos apretaban la cuerda.

—Hemos sido unos insensatos —dijo el hombre serenamente—. Destruimos la Tierra y su civilización. No vale ya la pena reconstruir las ciudades. La radiactividad durará todo un siglo. La Tierra ha muerto. Su vida

ha terminado. Vosotros tenéis cohetes. Cohetes que no habéis intentado usar, pues no queríais volver a la Tierra. Yo ahora os pido que los uséis. Que vayáis a la Tierra a recoger a los sobrevivientes y traerlos a Marte. Os pido vuestra ayuda. Hemos sido unos estúpidos. Confesamos ante Dios nuestra estupidez y nuestra maldad. Chinos, hindúes, y rusos, e ingleses y americanos. Os pedimos que nos dejéis venir. El suelo marciano se mantiene casi virgen desde hace innumerables siglos. Hay sitio para todos. Es un buen suelo… Lo he visto desde el aire. Vendremos y trabajaremos la tierra para vosotros. Sí, hasta haremos eso. Merecemos cualquier castigo; pero no nos cerréis las puertas. No podemos obligaros ahora. Si queréis subiré a mi nave y volveré a la Tierra. Pero si no, vendremos y haremos todo lo que vosotros hacíais… Limpiaremos las casas, cocinaremos, os lustraremos los zapatos, y nos humillaremos ante Dios por lo que hemos hecho durante siglos contra nosotros mismos, contra otras gentes, contra vosotros.

El hombre calló. Había terminado.

Se oyó un silencio hecho de silencios. Un silencio que uno podía tomar con la mano, un silencio que cayó sobre la multitud como la sensación de una tormenta distante. Los largos brazos de los negros colgaban como péndulos oscuros a la luz del sol, y sus ojos se clavaban en el viejo. El viejo no se movía. Esperaba.

Willie Johnson sostenía aún la cuerda entre las manos. Los hombres a su alrededor lo observaban atentamente. Su mujer Hattie esperaba, tomada de su brazo.

Hattie Johnson hubiese querido entrar en el interior de aquel odio, y examinarlo hasta descubrir una grieta, una falla. Entonces podría sacar un guijarro o una piedra, o un ladrillo, y luego parte de una pared, y pronto todo el edificio se vendría abajo. Ahora mismo ya estaba tambaleándose. ¿Pero dónde estaba la piedra angular? ¿Cómo llegar a ella? ¿Cómo sacarla y convertir ese odio en un montón de ruinas?

Hattie miró a su marido, hundido en el silencio. No entendía qué pasaba, pero conocía a su marido, conocía su vida, y de pronto comprendió que él, Willie, era la piedra angular. Comprendió que sin él todo caería en pedazos.

—Señor… —Hattie dio un paso adelante. No sabía cómo empezar. La multitud le clavó los ojos en la espalda. Sintió esas miradas—. Señor…

El hombre se volvió hacia Hattie con una débil sonrisa.

—Señor —dijo Hattie—, ¿conoce usted Knockwood Hill en Greenwater, Alabama?

El viejo le habló por encima del hombro a alguien que estaba dentro de la nave. Un momento después le alcanzaban un mapa fotográfico. El hombre esperó.

—¿Conoce el viejo roble en la cima de la colina, señor?

El viejo roble. El sitio donde habían baleado al padre de Willie, donde lo habían colgado. El sitio donde lo habían descubierto, balanceado por el viento del alba.

—Sí.

—¿Todavía está?, —preguntó Hattie.

—No —dijo el viejo—. Saltó en pedazos. Toda la colina ha desaparecido, y el árbol también. ¿Ve? —Señaló el lugar en el mapa.

—Déjeme ver —dijo Willie adelantándose y mirando la fotografía.

Hattie parpadeó ante el hombre blanco. El corazón se le salía del pecho.

—Háble me de Greenwater —dijo rápidamente.

—¿Qué quiere saber?

—El doctor Phillips, ¿vive todavía?

Pasó un momento. Encontraron la información en una máquina tintineante, en el interior del cohete…

—Muerto en la guerra.

—¿Y su hijo?

—Muerto.

—¿Qué pasó con la casa?

—Se incendió. Como todas las casas.

—¿Y qué pasó con aquel otro viejo árbol de Knockwood Hill?

—Todos los árboles murieron.

—¿Aquel árbol también? ¿Está usted seguro?, —preguntó Willie.

—Sí.

El cuerpo de Wlllle pareció aflojarse.

—¿Y qué pasó con la casa del señor Burton, y el señor Burton?

—No quedó en pie ninguna casa. Murieron todos los hombres.

—¿Y la cabaña de la señora Johnson, mi madre?

El sitio donde la habían matado.

—Desapareció también. Todo desapareció. Aquí están las fotografías. Usted mismo puede verlo.

Allí estaban las fotografías. Podía tenerlas en la mano, mirarlas, pensar en ellas. El cohete estaba lleno de fotografías y respuestas. Cualquier pueblo, cualquier edificio, cualquier sitio.

Willie se quedó, allí, inmóvil, con la cuerda en las manos.

Estaba recordando la Tierra, la Tierra verde y el pueblo verde donde había nacido y crecido. Y pensaba en ese pueblo, hecho pedazos, destruido, arruinado, y en todos sus lugares, en todos aquellos lugares relacionados con algún mal, y en todos sus hombres muertos, y en los establos, y las herrerías, y las tiendas de antigüedades, los cafés, las tabernas, los puentes, los árboles con sus ahorcados, las colinas sembradas de balas, los senderos, las vacas, las mimosas, y su propia casa, y las casas de columnas a orillas del río, esas tumbas blancas en donde mujeres delicadas como polillas revoloteaban a la luz del otoño, distantes, lejanas. Esas casas en donde los hombres fríos se balanceaban en sus mecedoras, con los vasos de alcohol en la mano, y los fusiles apoyados en las balaustradas del porche, mientras aspiraban el aire del otoño y meditaban en la muerte. Ya no estaban allí, ya nunca volverían. Sólo quedaba, de toda aquella civilización, un poco de papel picado esparcido por el suelo. Nada, nada que él, Willie, pudiese odiar… ni la cápsula vacía de una bala, ni una cuerda de cáñamo, ni un árbol, ni siquiera una colina. Nada sino unos desconocidos en un cohete, unos desconocidos que podían lustrarle los zapatos y viajar en los últimos asientos de los ómnibus o sentarse en las últimas filas de los cines oscuros.

—No tienen por qué hacer eso —murmuró Willie Johnson.

Su mujer le miró las manos.

Los dedos de Willie estaban abriéndose.

La cuerda cayó al suelo y se dobló sobre sí misma.

Los hombres corrieron por las calles del pueblo y arrancaron los letreros tan rápidamente dibujados y borraron la pintura amarilla de los ómnibus, y cortaron los cordones que dividían los teatros, y descargaron los fusiles, y guardaron las cuerdas.

—Un nuevo principio para todos —dijo Hattie, en el coche, al regresar.

—Sí —dijo Willie al cabo de un rato—. El Señor ha salvado a algunos: unos pocos aquí y unos pocos allá. Y el futuro está ahora en nuestras manos. El tiempo de la tortura ha concluido. Seremos cualquier cosa, pero no tontos. Lo comprendí enseguida al oír a ese hombre. Comprendí que los blancos están ahora tan solos como lo estuvimos nosotros. No tienen casa y nosotros tampoco la teníamos. Somos iguales. Podemos empezar otra vez. Somos iguales.

Willie detuvo el coche y se quedó sentado, inmóvil, mientras Hattie hacía salir a los chicos. Los chicos corrieron hacia el padre.

—¿Has visto al hombre blanco? ¿Lo has visto?, —gritaron.

—Sí, señor —dijo Willie, sentado al volante, pasándose lentamente la mano por la cara—. Me parece que hoy he visto por primera vez al hombre blanco… Lo he visto de veras, claramente.

El flautista (1940)

—¡Dios! ¡Ahí está otra vez! ¡Ahí está! ¡Míralo! —graznó el anciano, señalando con un dedo calloso la colina funeraria—. ¡Otra vez el Viejo Flautista! ¡Completamente loco! ¡Todos los años igual!

El muchacho marciano que estaba a los pies del anciano agitó sus rojizos pies en el suelo y clavó sus grandes ojos verdes en la colina funeraria donde permanecía inmóvil el Flautista.

—¿Por qué hace eso?, —preguntó el chico.

—¿Qué?, —el apergaminado rostro del anciano se frunció en un laberinto de arrugas—. Está loco, eso es todo. Permanece ahí, tocando su música desde el anochecer hasta el alba.

El tenue sonido de la flauta se filtraba en la penumbra, creando ecos en las bajas colinas y perdiéndose en el melancólico silencio, desvaneciéndose. Luego con más volumen, más alto, más loco, como si llorara con una voz aguda.

El Flautista era un hombre alto y demacrado, con el rostro tan pálido y macilento como las lunas marcianas, los ojos de color púrpura eléctrico, de pie contra la suave oscuridad del cielo, con la flauta pegada a los labios, tocando. El Flautista… una silueta… un símbolo… una melodía.

—¿De dónde vino el Flautista?, —preguntó el niño marciano.

—De Venus. —El anciano sacó su pipa y la llenó—. Oh, hace unos veinte años o más, en el cohete con los terrestres. Llegué en la misma nave, procedente de la Tierra, ocupamos dos asientos contiguos.

—¿Cómo se llama? —Otra vez la voz infantil y curiosa.

—No lo puedo recordar. En realidad, creo que nunca lo supe

Un vago susurro surgió. El Flautista siguió tocando, sin prestarle atención. Desde la oscuridad, a través del horizonte cuajado de estrellas, surgieron formas misteriosas, arrastrándose, arrastrándose.

—Marte es un mundo moribundo, —dijo el anciano—. Nunca pasa nada de mucha importancia. El Flautista, creo, es un exiliado.

música.

—Un exiliado, —prosiguió el anciano—. Algo así como un leproso. Lo llamaban EL BRILLANTE. Era el epitome de toda la cultura venusiana hasta que llegaron los Terrestres con sus incorporaciones codiciosas y sus malditos

libertinajes. Los Terrestres lo declararon fuera de la ley y lo enviaron a Marte para que terminara aquí sus días.

—Marte es un mundo moribundo, —repitió el niño—. Un mundo moribundo. ¿Cuántos marcianos hay, señor?

El anciano se rió entre dientes.

—Supongo que tal vez tú eres el último marciano puro con vida, muchacho. Pero hay muchos millones más.

—¿Dónde viven? Nunca los he visto.

—Eres joven. Tienes mucho que ver, mucho que aprender.

—¿Dónde viven?

—Allá afuera, más allá de las montañas, más allá de las profundidades de los mares muertos, sobre el horizonte y al norte, en las cuevas, muy por debajo del suelo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Ahora eso es difícil de decir. Hubo un tiempo en que fueron una raza brillante. Pero algo les sucedió, se volvieron híbridos. Ahora son criaturas sin inteligencia, bestias crueles.

—¿La Tierra es dueña de Marte? —Los ojos del niño estaban clavados en el planeta que relucía sobre sus cabezas, el planeta verde.

—Sí, de todo Marte. La Tierra tiene tres ciudades aquí, cada una cuenta con mil personas. La ciudad más cercana está a una milla de aquí, calle abajo, un grupo de pequeños edificios metálicos como burbujas. Los hombres de la Tierra se mueven entre los edificios como hormigas encerradas en sus trajes espaciales. Son mineros. Con sus enormes máquinas abren las entrañas de nuestro planeta y extraen nuestra preciosa sangre vital de las arterias minerales.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. —El anciano sacudió la cabeza con tristeza—. Sin cultura, sin arte, sin propósito. Terrestres codiciosos y sin esperanza.

—Y las otras dos ciudades… ¿dónde están?

—Una está en esta misma carretera empedrada a cinco millas, la tercera está aún más lejos a unas quinientas millas.

—Me alegro de vivir aquí contigo, solo. —La cabeza del niño asintió, adormilado—. No me gustan los hombres de Tierra. Son saqueadores.

—Siempre lo han sido. Pero algún día, —dijo el anciano—, encontrarán su castigo. Han blasfemado demasiado, ¿verdad? No pueden poseer planetas como lo hacen y esperar obtener nada más que un lujo codicioso para sus

cuerpos lentos y rechonchos. ¡Algún día…!— Su voz se elevó, en tempo y tono con la música salvaje del Flautista.

Música salvaje, música loca, música estremecedora. Música para despertar al salvaje a la vida. ¡Música para llevar a cabo el destino del hombre!

Flautista de loca mirada desde la colina,

Gritando tus rigodones,

Trae a los salvajes para matar

¡Bajo las lunas menguantes marcianas!

—¿Qué es eso? —preguntó el niño.

—Un poema, —dijo el anciano—. Un poema que he escrito en los últimos días. Presiento que algo va a pasar muy pronto. La canción del Flautista se hace cada noche más insistente. Al principio, hace veinte años, tocaba sólo unas pocas noches al año, pero ahora, durante los últimos tres años, cuando el planeta está agonizando, toca hasta el amanecer todas las noches del otoño.

—¿Trae a los salvajes? —el niño se incorporó—. ¿Qué salvajes?

—¡Allí!

A lo largo de las cimas de las montañas iluminadas por las estrellas, un enorme y compacto grupo de negras formas avanzaba murmurando. La música era más y más intensa.

¡Flautista, vuelve a tocar esa canción!

Así que tocó, lloré al escucharlo.

—¿Más del poema?, —preguntó el niño.

—No es mi poema, sino de un poema de la Tierra de hace unos setenta años. Lo aprendí en la escuela.

—La música es extraña. —Los ojos del niño centelleaban por la idea—. Me calienta por dentro. Esta música me encoleriza. ¿Por qué?

—Porque es música con un propósito.

—¿Qué propósito?

—Lo sabremos al amanecer.

—La música es el lenguaje de todas las cosas… inteligentes o no, salvajes o civilizadas. El Flautista conoce su música como un dios conoce su cielo. Durante veinte años ha compuesto su himno de acción y odio y finalmente, esta noche quizás, va a llegar el final. Al principio, hace muchos años, cuando tocaba, no recibía respuesta de los del subsuelo, tan sólo el murmullo de voces balbuceantes. Hace cinco años, atrajo las voces y las criaturas desde sus cuevas a las cimas de las montañas. Esta noche. ¡Por primera vez, la horda

negra se derramará por los senderos hasta nuestra cabaña, hacia el camino, hacia las ciudades del hombre!

La música gritaba, más alta, más rápida, locamente, enviando una descarga tras otra macabra descarga a través del aire de la noche, estremeciendo a las estrellas en sus inmutables posiciones. El Flautista se erguía, seis pies o más, sobre su colina, balanceándose de un lado a otro, su forma delgada envuelta en ropas marrones. La masa negra en la montaña descendía como tentáculos de una ameba, se encontraron y se unieron, entre murmullos y surruros.

—Entra y escóndete, — dijo el anciano. —Eres joven, debes vivir para propagar el nuevo Marte. ¡Esta noche es el final del viejo, mañana comienza el nuevo! ¡Es la muerte para los hombres de la Tierra!—. Más alto aún y más alto. —¡Muerte! Vienen para aplastar a los terrestres, destruir sus ciudades, tomar sus cohetes. Y entonces, en las naves de los hombres, ¡a la Tierra! ¡Revolución y venganza! ¡Una nueva civilización! ¡Cuando los monstruos reemplazaran a los hombres y la codicia de la humanidad se desvanecerá con su desaparición!—. Más estridente, más rápido, más alto, demencialmente rítmico. —El Flautista, el Brillante, el que ha esperado durante años esta noche. ¡Regresará a Venus para reinstaurar la gloria de su civilización! ¡El regreso del Arte a la humanidad!

—Pero son salvajes, marcianos impuros —gritó el niño.

—Los hombres son salvajes. Me avergüenzo de ser hombre —dijo el anciano temblorosamente—. Sí, estas criaturas son salvajes, pero aprenderán, estos brutos, con música. Música bajo muchas formas: música para la paz, música para el amor, música para el odio y música para la muerte. El Flautista y su prole establecerán un nuevo cosmos. ¡Él es inmortal!

Ahora, la primera oleada de cosas negras que recordaban seres humanos se apretujaba murmurando en la carretera. Un extraño olor fuerte en el aire. El Flautista, desde su colina, bajaba por la carretera, sobre los adoquines, hacia la ciudad.

—¡Flautista, vuelve a tocar esa canción! —gritó el anciano—. ¡Ve y mata y vive de nuevo! ¡Tráenos el amor y el arte de nuevo! ¡Flautista, toca la canción! ¡Estoy llorando! —Luego—: ¡Escóndete, niño, escóndete rápido! ¡Antes de que vengan! ¡Date prisa!

Y el niño, llorando, se apresuró a la casita y se escondió durante la noche.

Girando, agitándose, corriendo, saltando, retozando, gritando… la nueva humanidad irrumpió en las ciudades del hombre, en sus cohetes, en sus minas. ¡La canción del Flautista! Las estrellas se estremecieron. Los vientos se

calmaron. Los pájaros nocturnos no cantaban. Los ecos no repetían más que las voces de aquellos que avanzaban, trayendo una nueva comprensión. El anciano, atrapado en el torbellino de ébano, fue arrastrado al abismo, gritando. En la carretera, formando aterradores tropeles surgidos de las colinas, extendiéndose desde las cuevas, avanzaban como las gigantescas garras de terribles bestias, dando vueltas y vueltas, y descendiendo a las Ciudades del Hombre. ¡Suspiros, saltos, voces y destrucción!

¡Cohetes cruzando el cielo!

Armas Muerte.

Y finalmente, en el pálido comienzo del alba, el recuerdo, el eco de la voz del anciano. Y el pequeño niño se levantó para iniciar un nuevo mundo en una nueva compañía.

La voz del anciano, como un eco:

—¡Flautista, vuelve a tocar esa canción! ¡Así que tocó, lloré al escucharlo!

Amaneció un nuevo día.

El flautista (1943)

Desde el espacio, Marte era como una lámpara de color cobre, ardiendo débilmente, envejeciendo y muriendo. Parecía una gran flor cuando la nave espacial joviana se aproximó.

Kerac, el marciano, estaba de pie en el corazón de su nave, observando cómo se desplegaba la hermosa flor descolorida como los suaves pétalos de la memoria, medio asustado por mirar, sin saber muy bien qué cambios podrían haber ocurrido a su tierra natal en veinte años. Marte a primera vista, era el mismo. Los dedos de la nostalgia le tocaron. Extrañas lágrimas requemaban sus ojos. Pero a medida que la nave descendía a través de la pobre atmósfera, la fisonomía del planeta mostro sus cicatrices. Extendiéndose sobre la pradera marciana había una ciudad, cuyo patrón de manchas blancas y negras se fundía en una protuberancia que se asemejaba al ojo saltón de un idiota.

—Chusma joviana —juró Kerac mientras miraba hacia abajo—. ¡Que desastre!

Los dedos delgados de sus manos arácnidas apretaron una flauta musical plateada con la que había compuesto sus sinfonías y tonadas, su único vínculo con el pasado, con su fama como compositor y músico.

Kerac empezó a temblar como si un suave viento soplara a través de él, un viento de resentimiento, de miedo y de una ira extraña y profunda. Las líneas de la ciudad emergieron con mayor detalle. Fue asquerosamente imprevisto, una prueba de decadencia más que de progreso. No había duda de que esta ciudad había sido hecha por la torpe y ebria mano de los colonizadores jovianos. La miseria y el carácter de estas criaturas azul pálido de Júpiter eran sinónimos.

Las carreteras salían disparadas del centro de la ciudad, arrojando tentáculos de metal hacia el sur, hacia otras tres ciudades jovianas; cada una tan desproporcionada e irritantes a la vista como la primera.

Kerac se enfureció, mitad para sí mismo, mitad para el joviano bajo, fofo y de piel azul que estaba de pie junto a él con los ojos oscuros entrecerrados.

—¡Mira lo que han hecho!, —gritó—. Durante un millón de años ese valle fue verde y fértil, agradable con los seres vivientes. ¡Lo han desgarrado en busca de minerales! Esas montañas en el sur, eran regulares y hermosas. ¡Les han arrancado sus cimas y les han destrozado las laderas! ¿Es este

vuestro modelo para la colonización de Marte? ¿Es esto lo que debo disfrutar a mi regreso del exilio?

Kerac guardó silencio. El joviano de piel azul, pequeño en comparación con el increíblemente alto y delgado músico no dijo nada.

El rostro del exiliado era una fina red de líneas. Era un rostro seco, moreno, como el de un pájaro, aguileño y de mirada aguda. Había en él un aire indefinible de misterio y melancolía. Y ahora contemplaba los rostros de diez millones de marcianos muertos. Ellos le reclamaban una sola cosa. Pedían venganza. Eso era todo.

—Allí —dijo Kerac, señalando—. ¿Ves donde el río fluye desde las colinas?

El joviano apretó sus gruesos labios y no dijo nada. El exiliado continuó.

—Nací cerca de la desembocadura de ese arroyo, sigue su curso, hasta donde las montañas son de color púrpura. ¡Míralo ahora! ¡Estropeado por veinte años de humo, suciedad y basura, y ahora es en un canal de aguas residuales!

—Los tiempos de Klondike en la Tierra fueron igual de malos —espetó el joviano, hablando por primera vez en minutos—. Es el mismo proyecto en mayor escala. ¡El fin justifica los medios!

El pequeño cohete joviano se posó en el suelo, balanceándose para descansar. Las puertas se abrieron. Segundos después, Kerac pisó suelo marciano por primera vez en veinte años. Era el mismo suelo esponjoso y con olor a humedad sobre el que habían saltado sus pies de niño, pero ahora estaba lleno de basura, con cicatrices y heridas de los propulsores de las naves espaciales, manchado con aceite industrial.

Kerac permaneció mirando un momento. Las columnas de audio, situadas en varios puntos del campo de aterrizaje, vertían música, chillones cantos jovianos de disonancia y caos. Entonces, con un juramento, Kerac dio una patada a una botella vacía de *utana* que rebotó ruidosamente.

Salieron del puerto de cohetes, adentrándose en la ciudad, en calles estrechas, como callejones, llenas del espeso olor a pescado de la comida joviana. Las risas atronaban por las retorcidas calles. Cristales hechos añicos. De vez en cuando, un arma disparaba, propulsando muerte, sumándose al estruendo de la ciudad alienígena. El joviano indicó una vivienda destartalada.

—Dormirás allí

—No, gracias. —Kerac giró sobre sus talones y se encaminó hacia las afueras de la ciudad por donde pasaba el arroyo en su camino desde las

colinas teñidas de violeta—. Voy a donde pueda respirar.

El joviano no intento seguirlo, pero gruñó:

—El Consejo te encarcelará si no te presentas una vez al día. ¡Te espero mañana, marciano!

—Si quieres encontrarme, sigue el arroyo… —La voz de Kerac se desvaneció como un pájaro volando hacia el crepúsculo.

Caminó rápidamente, con la mandíbula apretada. La miseria estaba en su alma. Las fuertes luces le quemaban los ojos. La música de Júpiter brotaba de las altas torres de audio por todo el pueblo, constante, chirriante.

Y, una vez, débilmente, el sonido de risitas femeninas le hirió los oídos.

El sol se estaba poniendo cuando llegó al tranquilo arroyo. Se arrodilló con el agua lamiéndole las rodillas y rezó a las estrellas para que se le ocurriese algún plan que le permitiese terminar con todo esto.

El arroyo estaba frío para sus dedos, tan frío como la sangre de la raza marciana que se había suicidado para no ser engullida y controlada por la marea de colonos que pululaba desde Júpiter. Kerac pensó en los pioneros, en su familia asesinada, en el suelo profanado. Rezó aún más fervientemente.

—Kam, dame fuerza, —pidió—. Kam, dame fuerza.

Cuando la ciudad quedó extendida detrás de él, caminó con un nuevo impulso en sus piernas. La alegría se derramó a través de él, una canción llegó a sus labios. Levantó su flauta de plata y tocó su canción a las colinas. Las colinas la repetían, dulcemente.

Salieron estrellas, el arroyo a su lado susurraba melodías mientras fluía sobre guijarros. De repente el tiempo no fue un obstáculo. El tiempo voló hacia atrás. Veinte años cayeron como un velo empañado. Todo volvió a ser pacífico. La conquista no existía, nada más que la belleza y la noche.

Se volvió para mirar la ciudad joviana y sus luces, un monstruo de un millón de ojos que desfiguraba la llanura. Otra música interrumpió la canción en sus labios. Música de los audios en la ciudad, emitida tan fuerte que el viento del Este la arrastraba, llevándola hasta las colinas.

Kerac reprimió una maldición y siguió adelante. La loca música pisaba sus talones. ¿No había escapatoria?

El viento cambió. La música de Júpiter murió en el silencio. Suspiró aliviado. No duraría mucho, pensó. Había venido a casa para morir. Era viejo Los científicos jovianos habían terminado de diseccionarlo física y psicológicamente y ahora lo enviaban a su planeta muerto, sabiendo muy bien que él solo no podría dañarles. Era el último de la Raza Dorada.

Pero ¿qué pasaba con las Criaturas en las montañas marcianas, las vastas hordas innombrables de amorfas entidades de voz gutural que habitaban las cuevas de Marte? ¿Habían sido eliminadas tan despiadadamente como la gran Raza Dorada?

La Raza Oscura no se había suicidado, eso lo sabía Kerac. Y llevaría demasiado tiempo eliminarlos a todos de las millones de cuevas. Una débil chispa de esperanza comenzó a brillar dentro de él.

Mirando en dirección al desierto débilmente iluminado, la ciudad marciana sin vida de Kam yacía desolada. Las antiguas torres de Kam se elevaban en el aire, sobre grandes avenidas y jardines diseñados simétricamente como las alas inutilizadas de un pájaro maravillo, eternamente inactivo, sin vivir nunca más, sin volar nunca más.

No hacía mucho que esa ciudad había respirado, dado a luz a millones de marcianos, a los protegió, a los que crió, a los que dio riquezas y felicidad durante incontables siglos de idílica existencia.

Kerac acarició su flauta musical, el instrumento que le había dado consuelo durante su largo exilio en Júpiter.

Miró distraídamente. Un gran enjambre de criaturas voló desde la ciudad muerta de Kam: una estela de pájaros blancos que cruzaban las estrellas con un canto estridente en sus mil gargantas. Repitiendo y repitiendo su canción, una y otra vez, desvaneciéndose, desvaneciéndose y desvaneciéndose aún más, hasta que sólo el vestigio de un eco regreso en un dulce final.

Volaron lejos sobre las calles jovianas sintéticas y descendieron sobre el horizonte del que saldría el sol naciente muchas horas después.

Entonces un gruñido profundo llegó a los oídos de Kerac. El gruñido había comenzado incluso cuando los grandes pájaros Kam aleteaban alto con su canto menguante, y había llegado a su punto máximo cuando los pájaros desaparecieran en las tierras lejanas. Ahora el gruñido comenzó a desvanecerse, pero no antes de que Kerac se diera cuenta de lo que era.

Cuando pasaron los pájaros, cantando, los gruñidos los siguieron de cerca. El gruñido sordo procedía del suelo, de las oscuras cavernas de las montañas. Y sabía quién causaba el gruñido: ¡La Raza Oscura! En lo profundo de las cuevas todavía sobrevivían. La euforia ardía dentro de él. Los marcianos todavía existían, incluso si eran de la Raza Oscura deformada y sin cerebro. ¡Kerac tenía un aliado!

Kerac no tenía ningún plan cuando se acercó a las cavernas de la Raza Oscura. Caminaba lentamente entre muros escarpados que se extendían quinientos pies hacia el cielo como a través de losas de granito de una ciudad

funeraria. Todo era un silencio aterciopelado, y sólo sus pies golpeaban suavemente la roca.

Se detuvo, emocionado, pero con una pizca de miedo. Algo crujió justo delante. Una forma oscura se manifestó. Los ojos verdosos miraron a Kerac. Un gruñido gutural llegó a través de la penumbra.

La forma se movía lentamente, como una pesada ameba semihumana; una masa de vida de ébano a punto de imitar al Hombre. Se irguió sobre gruesas patas negras, tanteando con brazos gordos y oscuros y dedos gruesos y hambrientos. Abrió una boca ancha y sin labios y gruñó.

Kerac cayó hacia atrás, el miedo comprimía su pecho como torno. Sus dedos buscaron su flauta musical plateada. Pero no se la llevó a los labios. ¿De qué servía la música contra este terror?

Intentó apelar a la criatura.

—Mi amigo —apeló en voz baja—. Somos hermanos. Hemos sido profanados por los hombres de otra estrella.

Hizo una pausa y luego repitió:

—Somos hermanos.

La cosa inhumana se balanceó. Las dos piernas babeaban sobre roca firme en una horrible imitación de caminar. Algo con aspecto de brazo se retorció en dirección a Kerac.

—¿Me ayudarás?, —suplicó Kerac—. Las bestias jovianas os están desgarrando. Se llevan vuestras riquezas, profanan las tierras. Pronto vendrán aquí para acabar con vosotros. Pero, antes de que lo hagan, ayúdame.

La criatura gruñó y se volvió. Desde las cuevas una docena de voces gritaron en respuesta. Kerac retrocedió seis pasos.

—Somos hermanos, ¿no lo entiendes? Tenemos un deber, una tarea que realizar. Ayúdame a actuar ahora.

Un rugiente muro de voces se precipitó desde las profundas cuevas. En lo alto, una nubecilla de pájaros Kam pasó flotando, cantando. Y con su aparición, la Raza Oscura dio a luz a un volcán de gritos ensordecedores. Cientos de ellos anduvieron a tientas, tropezaron, trastabillaron, salieron tambaleándose de los sofocantes túneles.

Kerac se giró cuando mil ojos verdes lo miraron. Su corazón se agitó por la derrota, la ira y la desesperanza. Empezaron a acercarse. Huyó.

Corrió hasta que llegó a un lugar donde las paredes se ensanchaban. Allí se detuvo. La Raza Oscura no llegó tan lejos. Nunca avanzaban más allá de este límite. Nunca. Sólo lo traspasaban sus voces, frías, pestilentes, amenazantes.

Incluso ahora abandonaron la breve persecución y regresaron a sus cuevas. La noche se volvió tan tranquila como las lejanas estrellas puntiagudas. Júpiter se regodeaba en el cielo.

Kerac, con los pies cansados, volvió a la ciudad joviana, desandando su camino a lo largo del arroyo reluciente; su postura, cada uno de sus pasos, palabras y pensamientos, llenos de la más profunda desesperación…

—¡Hey, tú! —Un joviano, inmenso y de brazos largos, salió tambaleándose de la brillante luz escarlata de una guarida de *utana*.

Kerac siguió caminando.

—¡Hey!

El hombre agarró a Kerac, lo retorció y lo derribo en la calle.

—Cuando yo hablo, tú escuchas —gruñó el hombre. Era enorme, hinchado y maloliente con el olor de la hierba *oama* y el licor *utana* que embota el cerebro.

Kerac trató de ponerse de pie, pero la pesada bota del hombre lo derribó hacia atrás. El rostro morado hizo una mueca.

—¿Eres el marciano?

Kerac asintió para ahorrarse otra patada de la bota.

—Me lo imaginaba. —El joviano se rió borracho—. Ahora, marciano, me entretendrás. Me complacerás.

Kerac parpadeó ante el joviano. Se estaba reuniendo una multitud. El joviano se volvió hacia la multitud.

—Es el marciano, el músico del que habéis oído hablar.

Un murmullo recorrió la multitud.

Alguien dijo:

—¿Entonces eso es un marciano? Por los dientes de Jobar, que frágil.

El primer joviano continuó, después de echar un trago de *utana* de un frasco.

—Este músico tocará para nosotros. Llevémoslo adentro.

Una mano lo empujó. Kerac se puso de pie, protestando. Un puño golpeo sus labios. Los dedos lo agarraron con fuerza. Cuerpos calientes y sudorosos lo presionaron dentro de la taberna, pero estaba ardiendo con lámparas escarlatas dolorosamente brillantes y llena de la espesa neblina de cigarrillos de *oama*.

Las paredes estaban pintadas de un horrible amarillo y el techo era bajo y chillón con cien diseños diferentes de pesadilla, el efecto general producía una sensación de embriaguez en una persona casi de inmediato.

—Siéntate ahí. —El líder joviano tomó a Kerac por el cuello y lo empujó hacia una silla baja—. Ahora, —dijo, señalando— toca.

Kerac se encontró frente a un extraño e intrincado instrumento musical joviano, algo así como una loca versión de un órgano antiguo.

Kerac se encogió de hombros con impotencia.

—No puedo. No sé cómo.

El enorme joviano frunció el ceño.

—Cuando yo, Brondar, ordeno a alguien que toque…

—No está animado —alguien interrumpió estridentemente—. Dale hierba para fumar. Dale *utana* para beber.

—¡Sí! ¡Sí! —El resto asintió.

Brondar se volvió.

—Dale sueños, Nar. Yo pagaré.

Nar sacó una jarra de *utana* rápidamente y se la ofreció a Kerac, quien la rechazó.

Nar, un joviano anormalmente bajo y desnutrido, miró con lascivia. Su rostro azul como una calavera ayudó.

—¿Te niegas?

—No bebo.

—¡No bebes! Marciano, cuando Nar sirve *utana* espera que esa persona beba. —El vaso fue empujado contra los labios de Kerac—. Ahora, bebe. De lo contrario, te comes el vaso.

Los labios de Kerac se convirtieron en una línea tensa y firme. Todo su cuerpo temblaba de resentimiento.

—Bébetelo, —rugió el hombre llamado Brondar.

Nar estaba enojado. Apartó el brazo y derramó el licor sobre la cara de Kerac. La multitud rugió de aprobación. Nar se fue a la barra del cubículo de *utana*, dejando que el marciano balbuceara y se secara la cara con la capa.

—Ahora, —ordenó Brondar— ¿tocarás? ¿O nos veremos obligados a…?

Kerac se controló. En silencio metió la mano en su capa, sacó su flauta.

—Sólo sé tocar esto, —dijo.

—¿Qué? —rugió—. «¿Una flauta?».

—¡Sí! ¡Sí! —el resto ahogo la voz de Brondar—. Déjalo tocar. Déjanos escuchar.

Brondar frunció el ceño con fuerza. Finalmente se sentó en una mesa baja y rugió:

—Toca.

Kerac tocó. Tocó hasta que estuvo fatigado, demacrado. Una y otra vez lo hicieron actuar. Y una vez, Brondar disparó una pistola eléctrica a los pies de Kerac, haciéndolo bailar y tocar simultáneamente.

No antes de que el alba se levantara en el este, finalmente descansó. La sala de fumar estaba prácticamente vacía. Las colillas de hierba *oama* estaban esparcidas por el suelo. Los jovianos se acurrucaban en los rincones, roncaban. Nar estaba tendido sobre la barra del cubículo de *utana*, y Brondar, todavía aletargado, hipaba y escupía palabrotas al techo de colores salvajes.

Fue entonces cuando una bandada de pájaros Kam voló sobre las montañas, sobre la ciudad joviana y hacia el sol naciente. Cantaron su canción, alta, dulce, insistente. Inmediatamente se oyó un débil gruñido de respuesta.

Kerac recibió su primera inspiración, su primera pista. Escuchó. Su flauta se cayó al suelo. Se inclinó para recogerla, se detuvo, la miró con extrañeza allí tendida, con los ojos muy abiertos. Luego miró a Brondar, que se movía, murmurando con voz ronca.

—¿Qué es eso?, —preguntó Brondar—. ¿Ese ruido?

—Los pájaros, —murmuró Nar—. Los pájaros Kam.

—Sí, sí. —Brondar negó con la cabeza mareada—. Me refiero al otro ruido, al otro ruido.

—Martemoto, —dijo Nar, medio despierto—. Estratos inestables en las colinas.

Kerac dio un respingo, con la flauta en sus manos, y las ideas brotando en su cerebro. Estos jovianos ignorantes ni siquiera sabían que la Raza Oscura vivía en las montañas.

Y pájaros Kam. Se convirtieron en parte de un plan colosal que repentinamente había estallado dentro de Kerac.

Brondar se tambaleó, se puso de pie, su rostro morado era nauseabundo.

—Eh. ¿Adónde vas, marciano?

Brondar bloqueó el camino a la puerta.

Desesperado, Kerac agarró una jarra de *utana* vacía y la estrelló contra el cráneo de Brondar.

Brondar dejó de obstruir el camino.

Los letreros pintados no le habían llamado la atención por la noche, cuando Kerac pasó por aquí por primera vez, pero estaban cada cien metros, con sus negras letras calientes bajo el sol de la mañana:

¡PELIGRO!

MARTE-MOTOS

ESTRATOS INESTABLES

En letras más pequeñas, leyó: «Cualquier empleado de Minerales Jovianos descubierto más allá de este punto será despedido de inmediato».

Kerac permaneció allí durante un largo momento, el sol recortaba su alto cuerpo. Las colinas no estaban lejos, cocidas en el horno de la madrugada. El arroyo brillaba como un millón de hojas de cuchillos centelleantes. Trató de armar el rompecabezas de las señales y la ignorancia de la ciudad joviana.

La Raza Oscura había sobrevivido en las montañas, intacta. Los trabajadores jovianos llamaban al ruido que venía de las montañas: «Martemotos». Sólo había una explicación posible. Se estaba llevando a cabo un gran trabajo de excavación en el sur. Las montañas del sur ya habían sido limpiadas de la Raza Oscura. Estas cordilleras del norte se limpiarían pronto, cuando los jovianos estuvieran listos para comenzar a trabajar aquí.

Hasta ese momento, los funcionarios habían decidido que lo que el trabajador ordinario no supiera no le haría daño. Así que la Raza Oscura se mantuvo en secreto. Si los trabajadores hubieran conocido la amenaza, muchos de ellos habrían renunciado inmediatamente. Los jovianes eran un montón de supersticiosos.

De todos modos, la Raza Oscura no era una amenaza real. No tenían el cerebro para organizarse y atacar. Se suicidarían. Incluso un hombre inteligente como Kerac sería incapaz de organizarlos. El Consejo Joviano lo sabía o nunca habrían permitido que Kerac regresara.

Kerac se apresuró en el calor abrasador.

En la cima de la montaña hacía más fresco. Desde donde estaba podía dominar una vista de ambas ciudades: la antigua y la moderna. Del sur llegaron los ruidos de excavadoras trabajando en las Montañas Amarillas.

Esperó pacientemente hasta que los pájaros Kam volaron sobre las cavernas, provocando un martemoto.

Cuando los pájaros desaparecieron, Kerac, con una sonrisa confiada, levantó su flauta y tocó las mismas notas que los pájaros habían esparcido al cielo: diez notas, breves, quejumbrosas. Seguido de seis acordes largos y dulces, y luego notas más bajas e insistentes: una llamada urgente. Una y otra vez, sonando al viento de la noche.

Las montañas repitieron la canción. Pero era tan débil como la última estrella tenue del amanecer.

La Raza Oscura respondió, haciendo temblar la tierra. Pero Kerac sabía que no se aventurarían bajo el odiado sol.

Escucharon su canción y les estimulo. Era alentador. Practicó, escuchó a los pájaros Kam una y otra vez, grabando su melodía en su cerebro, haciendo su interpretación más expresiva, más apremiante. Y luego, cuando llegó la noche…

En el crepúsculo Kerac se colocó más cerca de la base de la montaña. Tocó la música, la ofreció al ligero viento que soplaba a través de las paredes gris pizarra hacia los agujeros donde las criaturas se acuclillaban mirándolo.

La música fue escuchada por las criaturas, las coaccionó. Salieron pesadamente, mojando las rocas con los pies, gesticulando pesadamente, profiriendo gruñidos ciclópeos.

Kerac corrió a tomar otra posición. Las criaturas salieron en tropel lentamente, hipnotizadas por la melodía transportada por la brisa, sobre los estrechos barrancos y los pequeños acantilados.

—Venid, hermanos míos, —gritó Kerac salvajemente—. Venid. Matad a los jovianos. —Tocó la música infernal. La dirigió a las estrellas y las sacudió en sus órbitas.

Kerac descendió con cautela hacia la base de las colinas, mientras la horda inflamada seguía su música. Y luego, un gran viento devastador vino de la ciudad joviana, trayendo consigo otra música. La música joviana, la enloquecedora sinfonía de sonido que llenaba el aire.

Devoró la canción lastimosamente débil de Kerac, golpeó con puños de ruido a las Bestias Oscuras y las envió gimiendo, huyendo, de vuelta a las cuevas, de vuelta a las montañas, de vuelta a la penumbra estigia.

Kerac, enmudecido, derrotado, permaneció de pie mientras la espantosa música joviana consumía el aire que respiraba. La música, generada a través de las imponentes torres de audio de la ciudad, se propagó con el viento del este, provocando ecos y exigió atención. Lo exigió y lo recibió.

Kerac guardó su flauta, su rostro delgado marcado por la derrota. Su última esperanza, su último plan destruido por el viento del este y la música joviana.

Permaneció allí un momento, con el viento ondeando en su capa, arrojándole polvo a la cara.

El viento.

¡El viento!

Kerac se dio la vuelta, entusiasmado con esta nueva solución inspirada por la brisa. Corrió, saltando de roca en roca, luchando contra el viento, regresando a la ciudad joviana por última vez.

Kerac se apresuró a través de las calles estrechas, reflexionando sobre su tarea. No podría lograrse con una acción directa y drástica. Haría falta un poco de manipulación psicológica y pacífica que no levantara ninguna sospecha sobre él hasta que fuera demasiado tarde.

Un pesado vehículo mineral de veinte ruedas silbó al detenerse en la calle. Una montaña joviana fornida saltó hacia abajo, gritando en voz alta:

—Eh, marciano.

Era Brondar, regresando del trabajo en las montañas del sur. Pero estaba sonriendo.

Su enorme brazo azul salió disparado y cogió a Kerac por la blusa.

—Tengo cerveza. Te busco desde que escapaste esta mañana. Te necesito a ti ya tu flauta. Ven.

Se alejó, arrastrando a Kerac tras él por los callejones laberínticos.

—Suéltame —exigió Kerac enojado—. Estoy a cargo del gobierno joviano.

—¿A cargo? —Una tremenda carcajada arrugó el rostro amoratado y azulado—. ¿Gobierno? Aquí no hay gobierno. Camina. —Y empujó a Kerac delante de él a través de la penumbra.

—Haremos dinero juntos, marciano —dijo—. Después de que escapaste esta mañana, el funcionario a cargo del audio de la base vino a la taberna de *utana*. Le hablé de tu música. Está interesado. Está buscando a un hombre como tú. ¡Ahora que te he vuelto a encontrar, exigiré que el funcionario del audio me pague bien por descubrirte a ti y a tu flauta! Por aquí.

Kerac fue empujado por una esquina hacia una plaza en cuyo centro se levantaba un edificio amarillento con la palabra AUDIO impresa en grandes caracteres jovianos sobre el techo.

Subieron los escalones y atravesaron una puerta. En el interior, seis jovianos estaban sentados alrededor de una mesa hablando; botellas de *utana* en cada mano, cigarrillos de *oama* en cada boca de labios de cobalto. Rostros feos se volvieron hacia él. Se dio cuenta, por la insignia en sus uniformes, que estos hombres eran los más altos funcionarios del gobierno local. Éstos fueron algunos de los hombres responsables de la destrucción de Marte.

El hombre que encabezaba la mesa saltó.

—Bronda —cortó—. Interrumpes la reunión. ¿Qué pasa?"

Brondar empujó a Kerac hacia adelante, agitó su gran zarpa hacia la asamblea y dijo:

—No consiguió escapar, Grannd. Tocará música para ti, como te prometí. Y me pagarás bien por encontrarlo.

Grannd, el joviano bajito, se acercó rápidamente a Kerac, sus pequeños ojos oscuros recorrieron la figura envuelta en la capa del alto marciano.

—Tú eres el marciano. —Fue una declaración—. Oí hablar de ti cuando estabas exiliado en Jupiter. Allí hiciste lo que quisiste. Aquí, donde hay menos ley y más prejuicios, actuarás como nos plazca. Dicen que eres bueno. Yo, Grannd, lo juzgaré. Toca.

Kerac miró a Grannd, sabiendo que aquí estaba el jefe del audio de la base, del edificio del que emanaban todas las transmisiones de la ciudad a través de las torres de audio.

Ahora, si Kerac jugaba bien sus cartas, los jovianos cooperarían en su propia destrucción.

Los próximos minutos serían cruciales, la próxima hora significaría el éxito o el fracaso de todo su plan. Estaba un poco asustado porque su gran oportunidad había llegado muy pronto.

Kerac se sentó, fingiendo estar resentido, tomó su flauta y se puso a tocar música.

La música era tan baja, tan triste y tan dulce que el humo del *oama* dejó de flotar en la habitación y se congeló en el aire.

Los funcionarios jovianos, sentados en variadas posturas con los ojos rasgados sobre su *oama* y *utana*, se encontraron atrapados en el torno del encantamiento. Fue hipnosis musical. Con cada nota que llegaba a sus oídos anhelaban más. Era el canto melancólico de los pájaros Kam, más lento y más triste de lo que nunca había sido interpretado.

Cuando Kerac terminó, volvió a tocar porque el silencio que siguió no podía ser asimilado por los nervios. Lo tocó un poco más rápido. La habitación estaba en silencio. Incluso Brondar, impresionado, no habló.

Terminada la segunda ejecución, Kerac no recibió aplausos. Hay cosas maravillosas en el universo que no se aprecian con ruido, sino con silencio reverente. Hubiera sido como gritar «¡Bravo!» en medio de una majestuosa misa en la iglesia, o aplaudiendo al vislumbrar una impresionante nebulosa espiral.

Luego se hizo el silencio.

Brondar se movió con inquietud, como si hubiera apreciado la belleza por primera vez en su vida y estuviera resentido por ello. Finalmente maldijo y encendió un cigarrillo *oama*.

Los cinco funcionarios salieron de su trance, murmuraron entre ellos con inquietud, fumaron, levantaron y vaciaron sus jarras de licor.

Grannd tomó un sorbo de su *utana*, pensando. Se volvió hacia el resto de funcionarios. Los funcionarios asintieron. Grannd se volvió hacia Kerac.

—Lo repetirás para que pueda hacer una transcripción de audio.

Kerac reprimió la sonrisa que asomaba a sus labios. Grannd siguió hablando.

—Lo has hecho bien. Deberías sentirte halagado de que yo, Grannd, lo haya dicho.

Su discurso fue corto tan corto como su estatura. La presunción rezumaba del hombre. Esperaba un «gracias» al instante.

Kerac reflexionó, tomándose su tiempo a propósito. No deseaba parecer ansioso por cooperar.

—No sé, —respondió lentamente—. «Siempre me he negado antes a grabar».

Los ojos de Grand crepitaron

—Pero lo harás. Por mí. Ahora. Inmediatamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Grand hinchó las mejillas azules—. Yo, Grannd, transmitiré tu música a Júpiter, la emitiré a través de las torres de audio en todo Marte. Tal vez a la Tierra. Escribirás una sinfonía. Será rentable. —Su voz era dura—. Ven. Haremos unas pruebas de sonido. Si son aceptables, firmaremos los contratos.

Grannd se dirigió a una puerta que conducía a una habitación insonorizada, esperando que Kerac la siguiera. Kerac no lo hizo.

Brondar tuvo que usar la fuerza.

Kerac se paró frente a una serie de intrincados instrumentos acústicos. Grannd maldijo sobre un laberinto de maquinaria en la cabina de grabación. Los funcionarios jovianos estaban sentados en un cubículo acristalado, observando. Brondar, con visiones de mucho dinero, se mantuvo al margen.

Se ajustó un pequeño bobina de sonido. Grand miró hacia arriba.

—Cuando te dé la señal, tocas. ¿Estás listo? Silencio entonces.

Una pausa. Entonces, la señal.

Kerac tocó como nunca antes había tocado. Tocó la canción lentamente y luego, cada vez que la repetía, iba más rápido, más alto, más estridente. La tocó ocho veces, volviéndose más insistente. Y en la octava interpretación, la música estaba tan alta que era casi inaudible. Pero era sombría, terriblemente imponente.

—¡Bien! —Grannd desconectó el transcriptor de bobina de sonido—. Tienes talento. Esto dará mucho dinero.

Kerac estaba divertido.

—¿Qué es lo que encuentras en mi música que te interesa tanto?

—¿Qué me interesa? —El operador de radio se palmeó el pecho—. Me hace algo… aquí.

—Pero ¿les gustará a los demás, a los trabajadores?

—Has visto lo que les hace a los hombres que beben *utana* y fuman *oama*. Si les gusta a ellos, les gustará a todos.

—Soy escéptico. No lo creo.

Esto irritó tremendamente a Grannd.

—Te lo demostraré. —Agarró la bobina de sonido, la transfirió a otra máquina, hizo ajustes en el dial y dijo—. Tenemos torres de audio en todas las calles de la ciudad.

—Sí. Los vi varias veces.

—Transmitiré tu música a través de esas torres, demostrando que tienes talento, ofreciéndote a los trabajadores, a todos".

—Y no olvides, —intervino Brondar— yo lo descubrí.

Grannd apretó un botón, la bobina de sonido giró.

—Si lo deseas, —dijo— puedes salir y escuchar esto en los audios de la calle.

Kerac asintió y se dirigió a la puerta con Brondar detrás de él. En el aire de la noche, se detuvo, sonriendo. Se volvió hacia Brondar.

—¿Vamos a la taberna de *utana* a escucharlo?, —preguntó.

Brondar se rió y asintió.

Kerac sintió que la brisa movía su capa.

—Bien. Bien, —dijo, mientras comenzaban a caminar—. Hay un fuerte viento del este esta noche. Un viento del este.

Esta noche la música era diferente cuando salía de los audios. Era la misma música que Kerac había tocado débilmente en las colinas, pero ahora era monstruosamente amplificada. Venía de la Ciudad Joviana, el viento del este se apoderó de ella, la llevo sobre las colinas como una plaga de langostas y lo dejó caer en una vasta cortina de hipnotismo en las oscuras cavernas.

En cinco minutos, los senderos, los barrancos, las colinas y las cimas de las montañas cobraron vida con una fila de figuras parecidas a amebas que se arrastraban y cambiaban constantemente y que descendían en una enorme marea. La marea cruzaba el río, babeaba por la carretera, convocada por la música.

La Raza Oscura no estaba sola en el hechizo. Todos los jovianos de la ciudad se quedaron helados, escuchando la maravillosa belleza de la música.

El martemoto se movió a través de las colinas con un ruido creciente. La música sonaba cada vez más alto, cada vez más rápido, más demente, enviando descarga tras descarga a través del aire de la noche.

Kerac estaba cerca de la entrada trasera de la taberna de *utana*, con Brondar a su lado. El martemoto cesó cuando la Raza Oscura se acercó, algún sentido psíquico hizo que se silenciaran.

La ciudad entera estaba inanimada excepto por la baba corriendo de los pies alienígenas en los estrechos callejones en las afueras de la ciudad.

Kerac esperó, listo para escapar en cualquier momento.

Nar, el propietario del fumadero, estaba ocupado llenando una jarra con *utana*, escuchando en trance la música y el sonido de las colinas.

—Martemoto —gruñó.

La puerta del fumadero se abrió de golpe. En la entrada asomaban entidades oscuras amorfas con ojos verdes. Hubo un momento de eléctrica incredulidad. En ese instante, Kerac salió sigilosamente por la puerta trasera.

Nar levantó la vista de sus jarras, con el ceño azul fruncido.

—¡Eh! —gritó enojado—. ¿Qué es esto?

Tres mesas volcadas. Seis manos azules buscaron armas. Dos hombres se desmayaron. Veinte jarras cayeron al suelo, rodando en círculos locos, derramando *utana* sobre las mesas. Brondar sacó su pistola eléctrica y disparó.

Las Criaturas Oscuras entraron para encontrarse con las balas. Las balas no funcionan bien en pulpa negra. Las pistolas eléctricas no surtieron efecto. Las criaturas babearon hacia adelante, ilesas. Estaban hambrientas, famélicas.

Tomaron lo que quisieron.

Kerac, corriendo, se desvió hacia un callejón lateral y esperó, recuperando el aliento. En cuclillas, jadeando y sudando por el esfuerzo, una gran calma lo bendijo. La agitación se había ido, el miedo se había ido. Se sentía un poco ebrio de poder. Luego iría a las otras ciudades jovianas, en las vastas profundidades azules de los valles al otro lado de Marte.

Débilmente, en una ola de viento, llegaron voces, un ejército de gritos que rasgaban el aire frío. Los gritos treparon por la ciudad. Los disparos resonaron. Miles de ellos. Pasos amortiguados resonaron por el callejón cerca de él. De espaldas contra la pared, Kerac se dio cuenta de que su ruta de escape estaba cortada. De cualquier manera no tenía miedo. Había terminado su trabajo. No había forma de detener a la Raza Oscura ahora. Seguirían sin él.

Los jovianos tambaleantes corrieron llorando junto a él. Se encontraron con una ola que bajaba por la calle. ¡Se detuvieron un poco más allá de donde estaba Kerac y fueron abrazados, aplastados y silenciados por una veintena de Cosas Oscuras!

Kerac se recostó, tomó su flauta y la colocó contra sus labios.

Las estrellas brillaban en sus ojos, triunfantes.

Tocó el canto de los pájaros Kam.

La vida en esta gigantesca ciudad-pulpo se estaba muriendo. Los tentáculos se marchitaban, uno a uno, los gigantescos ojos amarillos parpadeaban, se desvanecían, se apagaban, dejando la negrura. Incluso la música fue asesinada por la marea negra.

Kerac siguió con la música hasta que sintió los cuerpos oscuros presionando cerca de él, los gruesos dedos hambrientos tirando de su flauta, su capa, su garganta….

Fiesta

Alguien sugirió vino para la cena. Así que Charlie fue a buscar una botella polvorienta al sótano y la descorchó.

—¿Qué hora es?, —preguntó.

—Veamos. —Bill levantó su reloj—. Alrededor de las siete.

Los tres hombres de la sala de piedra habían bebido cerveza toda la tarde con la radio murmurando en el cálido silencio. Ahora, con la puesta del sol, volvieron a abotonarse las camisas.

—Me alegro de que mi hermana esté en las montañas esta noche, —dijo Walter—. De todos modos, se enterará, ¿no? ¿Tienen un telégrafo en la villa?

—Lo último que escuché fue que estaba fuera de servicio. —Walter tamborileó con los dedos sobre la mesa de piedra—. Esta espera me mata. Ojalá no lo supiera. Ojalá pudiera mirar hacia arriba y ver cómo sucede y sorprenderme y no tener tiempo para pensar.

—¿Supongamos que sucediese esta noche? —Bill repartió copas de vino fresco. Estaba friendo una tortilla grande en el fogón de la cocina, con salsa de tomate y tocino crujiente.

—¿Quién sabe?, —dijo Charlie.

—Dijeron que era posible en el último radiograma que llegó antes del silencio.

Walter abrió la gran ventana. El cielo estaba desepejado, oscuro, lleno de estrellas. Un calor silencioso como una respiración se cernía sobre el pueblo colina abajo. A lo lejos, un canal yacía cerca del horizonte, brillando.

—Marte es un planeta divertido, —observó Walter, mirando hacia afuera—. Nunca soñé que terminaría viviendo aquí, a un par de millones de millas de casa.

Abajo sonaron voces; dos figuras borrosas corrían por el callejón.

—Ahí van Johnson y Remington, —dijo Walter—. Ya están más borrachos que las lechuzas. Dios, cómo los envidio.

—Si hay un momento en el que no querría estar borracho, es esta noche —dijo Bill, sirviendo tortilla en tres platos de piedra—. ¿Dónde está tu hijo, Walt?

Walter gritó por la ventana hacia la oscura calle nocturna.

—¡Joe!

Después de un momento, una pequeña voz respondió, a lo lejos,

—"¿No puedo quedarme afuera, papá?

—¡No!, —gritó Walter—. ¡Ven a comer!

—Pero puede que me lo pierda —se quejó Joe, subiendo lentamente la escalera trasera.

—Come y puedes volver a salir —dijo Walter, mientras todos se sentaban a la mesa.

El niño, de diez años y rubio, miraba la puerta y comía rápidamente con su cuchara.

—Despacio —sugirió su padre—. ¿Alguien quiere más vino?

El vino se sirvió en silencio.

Conversaron poco durante la cena.

—Mi plato está vacío, ¿puedo irme ahora, papá?

Walter asintió y el niño corrió. Sus pasos se desvanecieron por el callejón.

—Él no nació en la Tierra, ¿verdad?, —dijo Bill

—No. Aquí en Villa Marte, en 1991. Su madre se divorció de mí dos años después. Regresó a la Tierra. Joe se quedó; el psicólogo recomendó que los viajes espaciales y el cambio de ambiente serían demasiado para Joe. Así que él se quedó aquí conmigo.

—Ésta debe ser una gran noche para Joe.

—Sí, está emocionado. No significa nada para él, por supuesto; sólo otro entretenimiento, algo nuevo, diferente.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —Charles dejó su cuchillo y tenedor—. ¿Qué hora es?

Alguien se lo dijo.

—Más vino —jadeó, sosteniendo la botella con la mano temblaba.

—Esta noche, los marcianos están organizando una gran fiesta en el pueblo —dijo Bill, ayudando a limpiar la mesa—. No los culpo. Vinimos aquí para colonizar Marte en nuestros cohetes y nunca les preguntamos si nos querían o no. ¿Cuántos hombres de la Tierra hay en Marte ahora, Charlie?

—Mil, no más.

—Bueno, eso nos convierte en una clara minoría, ¿no? Esos dos millones de marcianos sin duda merecen su celebración en una noche como ésta. Han declarado un día festivo en todo el planeta, los niños no van a la escuela y todo eso. Le llaman el Día del Gran Espectáculo. Con fuegos artificiales y todo.

Salieron al balcón de la casa de piedra para sentarse a fumar sus cigarrillos.

—Estoy seguro de que no sucederá esta noche —dijo Charlie, sonriendo, con sudor en el labio superior.

—No nos engañemos —dijo Walt, sacando su pipa—. Mi hijo está ahora en la ciudad corriendo y gritando con los niños marcianos en la gran fiesta. Él mismo es casi un marciano. Será esta noche.

—Me pregunto qué nos harán los marcianos.

Walt se encogió de hombros.

—Nada. Dios, cómo deben sentirse con todo esto. Sin tener que mover un dedo, sin tener nada que ver con los fuegos artificiales, los marcianos pueden ver la exhibición. Creo que les divertirá dejarnos vivir; restos de una civilización que se prendió fuego a su propia cola, por así decirlo.

Bill resopló lentamente.

—Esta noche mi padre estará en Illinois, Lake Bluff. Dios, cómo odiaba a los comunistas.

—¿En serio? —Charlie se rió brevemente—. Pasé por Lake Bluff tres veces en el verano de 1980, cuando tenía doce años.

—Maldita sea —dijo Bill.

Se sentaron en la oscuridad, con los cigarrillos encendidos. A lo lejos, los pasos que corrían, los gritos, las risas, se hicieron más fuertes. Sonó música de carnaval, estallaron petardos, sonaron silbatos. En todas las inclinadas casas de piedra, las velas se desvanecían mientras las sombras se movían en las calles.

—Están subiendo a los techos para el espectáculo —dijo Bill en voz baja—. Hay algunos que suben a las colinas. Pueden pasar una gran noche; hacer un pícnic, sentarse en la cima de la colina, esperar el gran espectáculo y tal vez hacer un poco el amor. Todo perfecto.

—Bonita noche. ¿Alguna vez estuviste en Chicago en verano? —preguntó Charlie de repente—. Mucho calor. Pensé que me moriría.

Las luces de la ciudad se habían apagado. En las colinas silenciosas, la gente miraba el cielo.

—Curioso —dijo Bill—. Acabo de recordar la Escuela Central, en Mellin Town, Wisconsin. No había pensado en ella en años. Teníamos una maestra solterona llamada Larribee y… —se detuvo, bebió su vino y no dijo nada más.

El hijo de Walt subió corriendo las escaleras, jadeando.

—¿Es el momento? —Se sentó sobre las rodillas de su padre.

—¿No vas a pasar la noche con los chicos del pueblo?, —preguntó Walt.

—No, estaré contigo —dijo Joe—. Después de todo —explicó—. Tú naciste en Nueva York.

—Gracias, —dijo Walt.

—Papá, ¿quién ha preparado el espectáculo de esta noche, los fuegos artificiales?

—Ojalá supiera.

En el este, se elevó una estrella verde.

Abajo, en el pueblo, sonó un murmullo.

—¿Es eso en el cielo la Tierra, papá?

—Sí.

—Cuéntame algo del espectáculo y los fuegos artificiales.

—Bueno, se ha necesitado mucho dinero, gente y tiempo para hacerlos.

—¿Cuánto tiempo?

—Cincuenta años, creo.

—Es mucho tiempo.

Walt abrazó a su hijo y el viento de la noche soplaba por los callejones, lento y tembloroso.

—No veo nada —dijo Joe.

—Silencio —susurró su padre.

Contuvieron la respiración.

La tierra era clara y verde en los cielos.

—Diablos —dijo Charlie—. Era una falsa alarma. Abriré una nueva botella y…— Empezó a levantarse.

El cielo explotó.

—¡Allí!, —exclamó Bill.

Retrocedieron mientras la blancura quemaba el cielo.

La Tierra creció violentamente, en llamas, el doble, el cuádruple del tamaño normal. El fuego insonoro ahuyentó la oscuridad. Como una gran llamarada roja y verde, la luz se precipitó sobre los rostros que miraban hacia arriba en las colinas, en las ventanas de las casas, en los tejados, en los valles, junto a los ríos y los largos canales y los mares muertos. La llama blanca ardió brevemente en los ojos de los tres hombres expectantes.

La luz se desvaneció.

En las laderas de las colinas se elevó un vasto suspiro exultante, hubo un redoble de tambores, un griterío. Joe se volvió hacia su padre.

—¿Eso es todo?

Los tres hombres sostenían cigarrillos sin encender en sus manos caídas.

—Eso es todo —dijo Walt, con los ojos cerrados—. El espectáculo ha terminado.

—¿Cuándo lo repetirán?, —preguntó Joe.

Walt se levantó rápidamente.

—Mira, aquí está la llave de la bodega. Baja y trae cuatro botellas de vino. Buen chico. Date prisa.

Se sentaron sin decir palabra en el frío balcón hasta que el chico subió las botellas del sótano.

Eran morenos y de ojos dorados

El metal del cohete se enfriaba en los vientos de la pradera. La tapa se alzó con un pop. De la relojería interior salieron un hombre, una mujer, y tres niños. Los otros pasajeros se alejaban ya, murmurando, por las praderas marcianas.

El hombre sintió que los cabellos le flotaban y que los tejidos del cuerpo se le estiraban como si estuviera de pie en el centro de un vacío. Miró a su mujer que casi parecía disiparse en humo. Los niños, pequeñas semillas, podían ser sembrados en cualquier momento, a todas las latitudes marcianas.

Los niños lo miraban, como la gente mira el sol para saber en qué hora vive.

—¿Qué anda mal?, —preguntó la mujer.

—Volvamos al cohete.

—¿A la Tierra?

—¡Sí! ¡Escucha!

El viento soplaba como si quisiera quitarles la identidad. En cualquier momento el aire marciano podía sacarle a uno el alma, como una médula arrancada a un hueso blanco. El hombre se sentía sumergido en una sustancia química capaz de disolverle la inteligencia y quemarle la memoria.

Miraron las montañas marcianas que el tiempo había carcomido con una aplastante presión de años. Vieron las ciudades antiguas perdidas en las praderas, y que yacían como delicados huesos de niños entre los lagos ventosos de césped.

—Ánimo, Harry —dijo la mujer—. Es demasiado tarde. Hemos recorrido más de noventa millones de kilómetros.

Los niños de pelo amarillo llamaban al eco en la profunda cúpula del cielo marciano. Nada respondía; sólo el siseo apresurado del viento entre las briznas tiesas.

Las manos frías del hombre recogieron el equipaje. Un hombre de pie a la orilla de un mar, decidido a vadearlo, y a ahogarse.

—Vamos —dijo.

Fueron a la ciudad.

***

***

Se llamaban Bittering. Harry y su mujer Cora; Dan, Laura y David. Edificaron una casa blanca y tomaron buenos desayunos, pero el miedo nunca desapareció del todo. Acompañaba al señor Bittering y a la señora Bittering, como un intruso, en las charlas de medianoche, a la mañana, al despertar.

—Me siento como un cristal salino —decía Harry— arrastrado por un glaciar. No somos de aquí. Somos criaturas terrestres. Esto es Marte, y es para gente marciana. Escúchame, Cora, ¡compremos los pasajes para la Tierra!

Cora sacudía la cabeza.

—Algún día la bomba atómica destruirá la Tierra. Aquí estamos a salvo.

—¡A salvo, pero locos!

Tic-toc, son las siete, cantó el reloj parlante. Hora de levantarse.

Harry y Cora se levantaron.

***

A la mañana, Harry examinaba todas las cosas —el fuego del hogar, las macetas de geranios— como si temiera descubrir que faltaba algo. El periódico llegó caliente como una tostada en el cohete de las seis. Harry rompió el sello y puso el diario junto al plato del desayuno. Trató de mostrarse animado.

—Hemos vuelto a los días de la colonia —declaró—. Bueno, dentro de diez años habrá en Marte un millón de terráqueos. ¡Grandes ciudades, todo! Decían que fracasaríamos. Decían que los marcianos se resistirían a la invasión. ¿Pero encontramos a algún marciano? Ninguno. Oh, sí, encontramos las ciudades, pero estaban desiertas, ¿no es así? ¿No es así?

Un río de viento inundó la casa. Cuando las ventanas dejaron de temblar el señor Bittering tragó saliva y miró a los niños.

—No sé —dijo David—. Quizá haya marcianos aquí, y no los vemos. A veces, de noche me parece oírlos. Oigo el viento. La arena golpea la ventana. Me asusto. Y veo esas ciudades allá en las montañas donde vivieron hace tiempo los marcianos. Y me parece entonces que algo se mueve en esas ciudades, papá. Y me pregunto si a esos marcianos les gustará que estemos aquí. Me pregunto si no nos harán algo por haber venido.

—¡Tonterías! —El señor Bittering miró por la ventana—. Somos gente sana, decente. —Miró a sus hijos—. Todas las ciudades muertas tienen fantasmas. Recuerdos, quiero decir. —Observó las colinas—. Ves una

escalera y te preguntas qué parecerían los marcianos cuando las subían. Ves pinturas marcianas y te preguntas cómo sería el pintor. Inventas así un fantasma, un recuerdo. Es perfectamente natural. La imaginación. —Hizo una pausa—. No habrás visitado las ruinas, ¿verdad?

—No, papá.

David se miró los zapatos.

—Bueno, entonces no vayas. Alcánzame el dulce.

—Sin embargo —dijo el pequeño David—, creo que aquí pasa algo.

Algo pasó aquella tarde.

Laura corrió entre las casas, llorando.

Llegó al porche tropezando como una ciega.

—¡Mamá, papá, la guerra, en la Tierra!, —sollozó—. Acaba de oírse en la radio. Bombas atómicas cayeron en Nueva York. Los cohetes del espacio estallaron todos. No más cohetes a Marte, ¡nunca más!

La madre se abrazó a su marido y a su hija.

—¡Oh, Harry!

—¿Estás segura, Laura?, —preguntó el padre, serenamente.

Laura lloraba.

—¡Estamos en Marte para siempre, para siempre!

Durante un largo rato sólo se oyó el sonido del viento en el atardecer.

Solos, pensó Bittering. Y apenas mil de los nuestros. Sin posibilidades de regresar. Ninguna. Absolutamente ninguna. El sudor le bañaba la cara, las manos; el calor del miedo le empapaba el cuerpo. Quería pegarle a Laura, quería gritarle: «¡No, mientes! ¡Los cohetes volverán!». En cambio la abrazó y le acarició la cabeza.

—Un día los cohetes volverán —dijo.

—Papá, ¿qué haremos?

—Ocuparnos de nuestras cosas, por supuesto. Cultivar campos, y criar hijos. Esperar. Seguir adelante hasta que la guerra termine, y los cohetes vengan otra vez.

Los dos niños entraron en el porche.

—Hijos —dijo Harry, mirando a lo lejos—. Tengo algo que decirles.

—Lo sabemos —dijeron los niños.

***

En los días siguientes, Bittering rondó a menudo por el jardín, a solas con su miedo. Mientras los cohetes habían tejido una tela de plata en el cielo,

había podido aceptar a Marte. Siempre se decía: Mañana, si quiero, puedo comprar un pasaje y volver a la Tierra.

Pero ahora la tela había desaparecido. Las vigas derretidas y los cables sueltos de los cohetes yacían en montones, como piezas de un rompecabezas. Desterrados en el mundo extraño de Marte, de vientos de canela y aires vinosos, horneándose como hogazas de pan de jengibre en los veranos marcianos, conservados en despensas durante los inviernos marcianos. ¿Qué les pasaría a él y a los otros? Marte había estado esperando este momento. Ahora los devoraría.

Se arrodilló en el macizo de flores, con una pala en las manos nerviosas. Trabaja, pensó, trabaja y olvida.

Alzó los ojos y miró las montañas marcianas. Pensó en los antiguos y orgullosos nombres marcianos de esas cumbres. Los terrestres, caídos del cielo, habían contemplado las colinas, los ríos, los mares de Marte, todos anónimos, aunque tenían nombres. En otro tiempo los marcianos habían levantado ciudades, las habían bautizado; habían trepado a las montañas, las habían bautizado, habían navegado mares, los habían bautizado. Las montañas se fundieron, los mares se secaron, las ciudades se derrumbaron. Sin embargo, los terrestres se habían sentido culpables cuando pusieron nuevos nombres a las colinas y valles antiguos.

El hombre vive de símbolos y de signos. Inventaron los nuevos nombres.

El señor Bittering se sintió muy solo y anacrónico al sol marciano, plantando flores terrestres en un suelo inclemente.

Piensa, sigue pensando. En otras cosas. No en la Tierra, ni en la guerra atómica, ni en los cohetes perdidos.

Transpiraba. Miró alrededor. Nadie lo veía. Se quitó la corbata. Qué audacia, pensó. Primero la chaqueta, ahora la corbata. La colgó cuidadosamente en un duraznero que había traído de Massachusetts.

Volvió a su filosofía de los nombres y las montañas. Los terrestres habían cambiado los nombres. Ahora había en Marte valles Hormel, mares Roosevelt, montañas Ford, planicies Vanderbilt, ríos Rockefeller. No estaba bien. Los colonizadores norteamericanos habían usado acertadamente los nombres de las antiguas praderas indias: Wisconsin, Minnesota, Idaho, Ohio, Utah, Milwaukee, Waukegan, Osseo. Nombres antiguos, significados antiguos.

Mirando fijamente las montañas, Bittering pensó: ¿Están ustedes ahí? ¿Ustedes, todos los muertos, los marcianos? Pues bien, aquí estamos nosotros, solos, desamparados. Vengan, échennos.

El viento sopló una lluvia de flores de durazno.

El señor Bittering tendió una mano curtida por el sol y ahogó un grito. Tocó los capullos, los recogió. Los dio vuelta, los tocó de nuevo, una y otra vez.

—¡Cora!, —gritó.

Cora se asomó a la ventana. El señor Bittering corrió hacia ella.

—Cora, ¡estas flores! —Se las puso en la mano—. ¿Ves? Son distintas. Han cambiado. Ya no son flores de durazno.

—Para mí están bien —dijo Cora.

—No, no están bien. ¡Les pasa algo! No sé qué. ¡Un pétalo de más, una hoja, el color, el perfume!

Los niños aparecieron cuando el padre corría por el jardín, arrancando rábanos, cebollas y zanahorias.

—¡Cora, ven, mira!

Se pasaron de mano en mano las cebollas, los rábanos, las zanahorias.

—¿Te parecen zanahorias?

—Sí…, no. —Cora titubeó—. No lo sé.

—Han cambiado.

—Quizá.

—¡Sabes que sí! Cebollas, pero no cebollas, zanahorias, pero no zanahorias. El mismo sabor, pero distinto. Otro olor también. —El señor Bittering sintió los latidos de su propio corazón y tuvo miedo. Hundió los dedos en la tierra—. Cora, ¿qué pasa? ¿Qué es esto? Tenemos que cuidarnos. —Corrió por el jardín, tocando los árboles—. Las rosas. Las rosas. ¡Son verdes ahora!

Se quedaron mirando las rosas verdes.

Y dos días más tarde Dan llegó corriendo:

—Vengan a ver la vaca. La estaba ordeñando y entonces lo vi. Vengan, pronto.

Fueron al establo y miraron la vaca.

Le estaba creciendo un tercer cuerno.

Y frente a la casa, muy silenciosa y lentamente, el césped tomaba el color de las violetas primaverales. Una planta de la tierra, pero de color púrpura.

—Tenemos que irnos —dijo Bittering—. Si comemos esto, nos trasformaremos también, quién sabe en qué. No puedo permitirlo. Sólo nos queda una cosa. Quemar las plantas.

—No están envenenadas.

—Sí, de un modo sutil, muy sutil. Un poquito, apenas. No hay que comerlas. —Miró desanimado la casa—. Hasta la casa. El viento le ha hecho algo. El aire la quemó. La niebla nocturna. Las maderas, todo tiene otra forma. Ya no es una casa terrestre.

—Oh, imaginaciones tuyas.

Harry se puso la chaqueta y la corbata.

—Me voy a la ciudad. Tenemos que hacer algo enseguida. Volveré.

—Espera, Harry —gritó la mujer.

Pero Bittering ya estaba lejos.

En la ciudad, en los escalones de la tienda de comestibles, a la sombra, los hombres sentados, con las manos en las rodillas, charlaban ociosamente.

El señor Bittering tuvo ganas de disparar una pistola al aire. ¡Qué hacen, imbéciles!, pensó. Sentados aquí. Sabrán ya que estamos clavados en este planeta. ¡Vamos, muévanse! ¿No tienen miedo? ¿Qué piensan hacer?

—Hola, Harry —dijeron todos.

—Escuchen —dijo Bittering—. Habrán oído las noticias, el otro día, ¿verdad?

Los hombres asintieron y se echaron a reír.

—Claro, Harry, claro.

—¿Y qué piensan hacer?

—Pero, Harry, no podemos hacer nada.

—¡Sí, construir un cohete!

—¿Un cohete, Harry? ¿Y volver a esa pesadilla? Oh, Harry.

—Pero ustedes deseando volver. ¿Han visto las flores de durazno, las cebollas, el césped?

—Bueno, Harry, sí, creo que sí —dijo uno de los hombres.

—¿Y no te asustaste?

—No mucho, Harry, me parece.

—¡Idiotas!

—Vamos, Harry.

Bittering quería llorar.

—Tienen que ayudarme. Si nos quedamos aquí, todos nosotros cambiaremos. El aire. ¿No huelen? Hay algo en el aire. Un virus marciano, tal vez; una semilla, un polen. ¡Escúchenme!

Todos lo miraron.

—Sam —le dijo Bittering a uno de los hombres.

—Sí, Harry.

—¿Me ayudarás a construir un cohete?

—Harry, tengo todo un cargamento de metal y algunos planos. Si quieres trabajar en mi taller, con mucho gusto. Te venderé el metal a quinientos dólares. Trabajando solo, podrías construir un bonito cohete, en unos treinta años.

Todos se echaron a reír.

—No se rían.

Sam lo miró de muy buen humor.

—Sam —dijo Bittering—. Tus ojos…

—¿Qué pasa con mis ojos, Harry?

—¿No eran grises?

—Bueno, francamente, no recuerdo.

—Eran grises, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas, Harry?

—Porque ahora son amarillentos.

—¿Sí?, —dijo Sam, con indiferencia.

—Y estás muy alto y más delgado.

—Tal vez tengas razón, Harry.

—Sam, no debieras tener los ojos amarillos.

—Harry, ¿de qué color son tus ojos?, —dijo Sam.

—¿Mis ojos? De color azul, naturalmente.

—Bueno, Harry, mira. —Sam le alcanzó un espejo de bolsillo—. Mírate los ojos.

El señor Bittering vaciló, y alzó el espejo y miró.

En las pupilas azules había débiles motitas de oro nuevo.

—Mira lo que hiciste —dijo Sam un momento después—. Rompiste el espejo.

***

Harry Bittering se instaló en el taller y empezó a construir el cohete. Los hombres se detenían junto a la puerta abierta y conversaban y bromeaban en voz baja. De cuando en cuando, ayudaban a Bittering cuando había que levantar una pieza demasiado pesada. Pero la mayor parte del tiempo se quedaban en la puerta sin hacer nada, mirándolo con unos ojos cada día más amarillos.

—Es la hora del almuerzo, Harry —le decían.

Cora le traía el almuerzo en una cesta de mimbre.

—No lo probaré —decía Harry—. Sólo comeré alimentos del congelador. Alimentos traídos de la Tierra. Nada de nuestra huerta.

Cora lo miró.

—No puedes construir un cohete.

—Trabajé en un taller, a los veinte años. Conozco el metal. Cuando empiece, los otros me ayudarán —dijo Bittering sin mirarla, extendiendo los planos.

—Harry, Harry —dijo Cora, desanimada.

—Tenemos que irnos, Cora. Tenemos que irnos.

El viento soplaba toda la noche en las desiertas praderas marinas, iluminadas por la luna, más allá de las ciudades ajedrezadas, tendidas en las playas desiertas desde hacía doce mil años. En la colonia terrestre, la casa de los Bittering se sacudía, cambiando.

El señor Bittering, acostado, sentía que los huesos se le movían, se trasformaban, se fundían como el oro. Cora, tendida junto a él, tenía la piel bronceada por muchas tardes de sol. Era ahora morena y de ojos dorados, y los niños, metálicos en sus camas, y el viento salado rugía cambiando entre los viejos durazneros, el césped violeta, sacudiendo los pétalos verdes de las rosas.

El miedo del señor Bittering era incontenible. Le apretaba la garganta y el corazón. Le rezumaba en la humedad del brazo, de la sien, de la palma temblorosa.

En el este apareció una estrella verde.

Una palabra extraña brotó de los labios del señor Bittering.

—Iorrt. Iorrt —repitió.

Era una palabra marciana. El señor Bittering no sabía marciano. Se levantó en medio de la noche y llamó a Simpson, el arqueólogo.

—Simpson, ¿qué significa la palabra Iorrt?

—Bueno, es el antiguo nombre marciano del planeta Tierra. ¿Por qué?

—Nada en especial.

El teléfono se le cayó de las manos.

—Hola, hola, hola, hola —seguía diciendo el aparato mientras Bittering miraba fijamente la estrella verde—: ¿Bittering? ¿Harry? ¿Estás ahí?

***

Los días estaban llenos de ruidos metálicos. Ayudado de mala gana por tres hombres, Bittering montó el armazón del cohete. Al cabo de una hora se sintió muy fatigado y tuvo que sentarse a descansar.

—La altura —comentó uno de los hombres jocosamente.

—Dime, Harry, ¿tú comes?, —preguntó otro.

—Sí, como —dijo Bittering, colérico.

—¿Del congelador?

—¡Sí!

—Estás más delgado, Harry.

—¡No es verdad!

—Y más alto.

—¡Mientes!

***

Unos días después, Cora lo llevó aparte.

—Harry, las provisiones congeladas se acabaron. No queda absolutamente nada. Tendré que prepararte unos sándwiches con comida de Marte.

Harry se desplomó en una silla.

—Tienes que comer, Harry —dijo Cora—. Estás débil.

—Sí —dijo Bittering.

Tomó un sándwich, lo abrió, lo miró, y empezó a mordisquearlo.

—¿Por qué no descansas hoy?, —dijo Cora—. Hace calor. Los chicos quieren ir a nadar a los canales y pasear. Ven con nosotros.

—No puedo perder tiempo. Estamos en un momento crítico.

—Una hora, nada más —insistió Cora—. Te hará bien nadar un rato.

Harry se puso de pie, sudoroso.

—Bueno, bueno. Déjame solo. Iré.

—Me alegro mucho, Harry.

El día era sereno, el sol ardiente. Un incendio inmenso, único, inmutable. Caminaron a lo largo del canal: el padre y la madre; los niños correteaban en trajes de baño. Hicieron un alto y comieron sándwiches de carne. Bittering miró la piel bronceada y los ojos amarillos de Cora y los niños, los ojos que antes no habían sido amarillos. Sintió un temblor, que desapareció en oleadas de calor mientras descansaba al sol. Estaba demasiado cansado para sentir miedo.

—Cora, ¿desde cuándo tienes los ojos amarillos?

Cora parecía perpleja.

—Siempre los tuve así, creo.

—¿No eran castaños? ¿No cambiaron de color en los tres últimos meses?

Cora se mordió los labios.

—No. ¿Por qué?

—No tiene importancia.

Hubo un silencio.

—Los ojos de los chicos —dijo Harry—. También son amarillos.

—A los niños, cuando crecen, les cambia el color de los ojos.

—Quizá también nosotros seamos niños. Al menos para Marte. Es una idea. —Bittering se echó a reír—. Creo que voy a nadar.

Saltaron al agua, y Bittering se dejó ir, hasta el fondo, como una estatua dorada, y allí descansó, en el silencio verde. Todo era agua serena y profunda, todo era paz. Sintió que la corriente lenta y firme lo llevaba fácilmente.

Si me quedo aquí bastante tiempo, pensó, el agua me abrirá y carcomerá la carne hasta mostrar los huesos de coral. Sólo quedará mi esqueleto. Y luego el agua hará cosas con mi esqueleto: cosas verdes, cosas acuáticas, cosas rojas, cosas amarillas. Cambios. Cambios. Cambios lentos, profundos, silenciosos. ¿Y no es lo mismo allá, arriba?

Miró el cielo sumergido sobre él, el sol que era ahora marciano, en otra atmósfera, otro tiempo y otro espacio.

Allá arriba, un río inmenso, pensó, un río marciano, y todos nosotros en el fondo, en nuestras casas de guijarros, en hundidas casas de piedra, como cangrejos ocultos, y el agua que nos limpia los viejos cuerpos y nos alarga los huesos y…

Se dejó ir a la superficie a través de la luz suave.

Dan, sentado en el borde del canal, miraba a su padre seriamente.

—Utha —dijo.

—¿Cómo?, —preguntó el padre.

El chico sonrió.

—Bueno, papá, tú sabes. Utha en marciano significa padre.

—¿Dónde lo aprendiste?

—No lo sé. Por ahí. ¡Utha!

—¿Qué quieres?

El chico vaciló.

—Quiero…, quiero cambiarme el nombre.

—¿Cambiártelo?

—Sí.

La madre se acercó nadando.

—¿Qué tiene de malo el nombre Dan?

Dan se tironeaba de los dedos.

—El otro día tú me llamaste: Dan, Dan, Dan. Ni siquiera te oí. Ése no es mi nombre, pensé. Tengo un nombre nuevo.

El señor Bittering se tomó del borde del canal. Tenía el cuerpo frío, y el corazón le golpeaba lentamente.

—¿Qué nombre nuevo?

—Linnl. ¿No es bonito? ¿Puedo usarlo? Papá, por favor.

El señor Bittering se llevó la mano a la cabeza. Recordó el cohete absurdo, se vio trabajando a solas. Estaba solo hasta entre su propia familia, tan solo…

Oyó la voz de su mujer.

—¿Por qué no?

Y se oyó decir:

—Sí, puedes usarlo.

—¡Yaaa!, —gritó el chiquillo—. Soy Linnl. Linnl.

Corría por la pradera, bailando y gritando.

El señor Bittering miró a su mujer.

—¿Por qué lo hicimos?

—No lo sé —dijo ella—. Me pareció una buena idea.

Fueron hacia las colinas. Pasearon por los viejos senderos de mosaicos, junto a las fuentes todavía vivas. Durante todo el verano una película de agua helada cubría los senderos. Chapoteando como en un arroyo, vadeando, los pies descalzos estaban siempre frescos.

Llegaron a una villa marciana con una hermosa vista al valle, en lo alto de un cerro. Vestíbulos de mármol azul, murales inmensos, una piscina. Una casa fresca en el caluroso estío. Los marcianos no habían creído en las grandes ciudades.

—Que bueno —dijo la señora Bittering— si pudiésemos instalarnos aquí, en esta villa, a pasar el verano.

—Ven —dijo el señor Bittering—. Volvamos a la ciudad. Tengo que trabajar en el cohete.

Pero esa noche, mientras trabajaba, recordó la fresca villa de mármol azul. A medida que transcurrían las horas, el cohete le parecía menos importante.

Pasaron días, semanas, y el cohete quedó relegado, olvidado. La antigua fiebre había desaparecido. El señor Bittering se asustaba pensando cómo se había dejado estar. Pero el calor, la atmósfera, las condiciones de trabajo…

Oyó a los hombres que cuchicheaban en el porche del taller.

—Todo el mundo se marcha. ¿Te enteraste?

—Sí, todos se marchan. Y está bien así.

Bittering salió.

—¿Adónde se marchan?

Vio un par de camiones, cargados de niños y de muebles, que se alejaban por la calle polvorienta.

—A las villas —dijo el hombre.

—Sí, Harry. Yo también me marcho. Y Sam, ¿no es cierto, Sam?

—Por supuesto. ¿Y tú, Harry?

—Tengo que trabajar, aquí.

—¡Trabajar! Podrías terminar el cohete en el otoño, cuando el tiempo es más fresco.

Bittering tomó aliento.

—Ya tengo lista la armazón.

—En el otoño será mucho mejor.

Las voces eran indolentes en el calor.

—Tengo que trabajar —dijo Bittering.

—En el otoño —insistieron los otros. Y parecían tan sensatos, tan lógicos.

En otoño será mejor, pensó Bittering. Tengo tiempo de sobra.

¡No!, gritó una parte de sí mismo, muy adentro, desplazada, encerrada, sofocándose. ¡No! ¡No!

—En el otoño —dijo.

—Vamos, Harry —dijeron todos.

—Sí —dijo Bittering, sintiendo que la carne se le fundía en el líquido aire caliente—. Sí, en el otoño. Entonces empezaré a trabajar de nuevo.

—Conseguí una villa cerca del canal Tirra —dijo un hombre.

—Te refieres al canal Roosevelt, ¿verdad?

—Tirra. El antiguo nombre marciano.

—Pero en el mapa…

—Olvídate del mapa. Ahora es Tirra. Bueno, descubrí un lugar en las montañas Pillan…

—La cordillera Rockefeller, querrás decir —observó Bittering.

—Las montañas Pillan —repitió Sam.

—Sí, sí —dijo Bittering, hundido en el aire caliente, hormigueante—. Las montañas Pillan.

***

Todos ayudaron a cargar el camión en la tarde calurosa y apacible del día siguiente.

Laura, Dan y David llevaban paquetes. O, como ellos preferían que los llamasen, Ttil, Linnl y Werr llevaban paquetes.

Los muebles quedaron abandonados en la casita blanca.

—Quedaban muy bien en Boston —dijo la madre—, y aquí, en la cabaña. Pero allá arriba, en la villa… No. Los dejaremos aquí para nuestra vuelta, en

el otoño.

Bittering no decía nada.

—Tengo algunas ideas para el mobiliario de la villa —dijo después de un rato—. Muebles cómodos, grandes.

—¿Y tu enciclopedia? Me imagino que querrás llevarla.

El señor Bittering apartó los ojos.

—Vendré a buscarla la semana que viene.

Los padres se volvieron hacia Laura.

—¿Qué harás con los vestidos que te compramos en Nueva York? ¿Piensas llevarlos?

La niña los miró perpleja.

—¿Para qué? No. No los necesito.

Cerraron el gas, el agua, atrancaron las puertas y se alejaron. El padre echó una mirada al camión.

—Diantre, no llevamos casi nada —dijo—. Trajimos tantas cosas a Marte, y esto cabe en un puño.

Puso en marcha el camión.

Miró largamente la casita blanca, y tuvo el deseo de correr hacia ella, de tocarla, de decirle adiós, porque sentía que partía en un largo viaje, que abandonaba algo que nunca recuperaría, que nunca comprendería.

En ese momento Sam y su familia pasaron en otro camión.

—¡Hola, Bittering! ¡Aquí vamos!

El camión avanzó bamboleándose por la antigua carretera hacia las afueras de la ciudad. Otros sesenta camiones iban en la misma dirección. En el pueblo flotó un polvo grávido, silencioso. Las aguas azules del canal resplandecían al sol, y un viento sereno movía los árboles raros.

—¡Adiós, pueblo!, —dijo el señor Bittering.

—Adiós, adiós —dijo la familia, agitando los brazos.

No miraron hacia atrás.

***

El verano resecó los canales. El verano avanzó como una llama por encima de las praderas. En la desierta colonia terrestre, la pintura de las casas se resquebrajó y descascaró. Los neumáticos de automóvil que habían sido las hamacas de los niños, en los jardines, colgaban como relojes de péndulo, detenidos en el aire ardiente.

En el taller el casco del cohete empezó a enmohecerse.

Había llegado el otoño. Desde la escarpa que coronaba la villa, el señor Bittering, muy moreno ahora, con los ojos muy dorados, contemplaba el valle.

—Es hora de regresar —dijo Cora.

—Sí, pero no iremos —dijo Bittering con calma—. No queda nada allí.

—Tus libros —dijo ella—. Tus ropas buenas. Tus llles y tus ior uele rre.

—La ciudad está desierta. Nadie regresa —dijo Bittering—. No hay ninguna razón para volver, ninguna.

La hija tejía tapices y los hijos tocaban canciones en flautas y gaitas antiguas. Las risas resonaban en la villa de mármol.

El señor Bittering echó una mirada a la colonia terrestre, en la profundidad del valle.

—Qué casas tan absurdas, tan ridículas edifican los hombres de la Tierra.

—No conocían nada mejor —murmuró la mujer—. Qué gente tan fea. Me alegra que se hayan ido.

Se miraron, sorprendidos por lo que acababan de decir. Se rieron.

—¿Adónde se han ido?, —se preguntó Bittering en voz alta.

Miró de soslayo a su mujer. Dorada y esbelta como la hija. Cora lo miró a su vez, y él también parecía casi tan joven como el hijo mayor.

—No lo sé —dijo Cora.

—Tal vez el año próximo, o el otro, o el siguiente, regresemos al pueblo —dijo Bittering, con calma—. Ahora…, tengo calor. ¿Te gustaría nadar un rato?

Dieron la espalda al valle. Tomados del brazo, caminaron silenciosamente por un sendero de aguas claras y primaverales.

***

Cinco años más tarde cayó un cohete del cielo. Se posó, humeando, en el valle. Unos hombres descendieron gritando.

—¡Ganamos la guerra! ¡Hemos venido a rescatarlos! ¡Eh!

Pero el pueblo norteamericano, el pueblo de durazneros y teatros estaba mudo. En un taller vacío encontraron la armazón de un cohete, cubierta de herrumbre.

La tripulación recorrió las colinas. El capitán había establecido sus cuarteles en un bar abandonado. El teniente llegó con el informe.

—El pueblo está desierto, pero encontramos nativos en las colinas, señor. Gente muy morena. De ojos amarillos. Marcianos. Muy amables. Hablamos un poco con ellos, no mucho. Aprenden inglés rápidamente. Creo que nuestras relaciones serán sumamente cordiales.

—¿Morenos, eh?, —murmuró el capitán—. ¿Cuántos?

—Seiscientos, ochocientos quizá. Viven en las ruinas de mármol de las montañas, señor. Altos, sanos. Mujeres muy hermosas.

—¿No le dijeron qué les pasó a los terrestres que fundaron la colonia, teniente?

—No tienen la más remota idea.

—Curioso. ¿Le parece que los marcianos pueden haberlos matado?

—Parecen gente muy pacífica. Una peste probablemente, señor.

—Tal vez. Se me ocurre que nunca lo sabremos. Será cómo uno de esos misterios de los que hablan los libros.

El capitán miró el cuarto, las ventanas polvorientas, las montañas azules que se alzaban a lo lejos, los canales que se movían a la luz, y oyó el viento suave en el aire. Se estremeció. Luego, recobrándose, tocó con los dedos un mapa grande y nuevo que había desplegado sobre una mesa.

—Hay mucho que hacer, teniente. —La voz se arrastró mientras el sol se ponía detrás de las colinas azules—. Nuevas colonias. Minas, prospección de minerales. Especímenes bacteriológicos. Trabajo, tanto trabajo. Los viejos archivos se han perdido. Será una verdadera tarea dibujar los mapas, poner nuevos nombres a las montañas, a los ríos, a todo. Necesitamos imaginación… ¿Qué le parece si a estas montañas las llamamos las montañas Lincoln, a este canal el canal Washington, a estas colinas…, a estas colinas podemos ponerle el nombre de usted, teniente? Diplomacia. Y usted, en cambio, puede darle mi nombre a un pueblo. Cortesía ante todo. ¿Y por qué no llamar a esto el valle Einstein y a aquello…? Teniente, ¿me escucha?

El teniente apartó bruscamente los ojos del color azul y de la bruma serena de las colinas, más allá del pueblo.

—¿Cómo? ¡Oh, sí, sí, señor!



RAY BRADBURY nació el 22 de agosto de 1920 en Waukegan, Illinois. Durante la Gran Depresión se trasladó con su familia a Los Ángeles, donde se graduó en 1938 en Los Angeles High School. Su educación académica acabó ahí, pero continuó formándose por cuenta propia hasta que en 1943 se convirtió en escritor profesional.

Sus obras más conocidas son *Crónicas marcianas* (1950), una recopilación de relatos que describe con emotividad la colonización de Marte, *El hombre ilustrado* (1951) donde tomando como excusa los tatuajes de un hombre se desgranan varios relatos y *Fahrenheit 451* (1953) una distopía en la que los libros están prohibidos y un grupo clandestino de «libros vivientes» se esfuerza por transmitir de boca en boca la antigua cultura.

Bradbury no sólo es novelista, también ha escrito innumerables guiones de televisión, ensayos y poemas. Sus preocupaciones como escritor no sólo se centran en cuestionarse el modo de vida actual, también se adentra en el reino de lo fantástico y maravilloso, con un estilo poético y a veces provocativo. En su niñez, Bradbury fue muy propenso a las pesadillas y horribles fantasías, que acabó por plasmar en sus relatos muchos años después.

Bradbury toma frecuentemente el racismo como tema central de sus relatos, así como la guerra atómica y, como en *Fahrenheit 451*, la censura y la tecnología. Su preocupación profunda por el futuro de una humanidad

dependiente de las máquinas es otro de los temas que se pueden ver frecuentemente en sus relatos. También reflejan algunas de las ansiedades más características de la América actual, como el deseo de una vida más sencilla y alejada del ajetreo de la modernidad o el miedo a lo ajeno, a lo extranjero. Tampoco es extraño encontrar como tema favorito de Bradbury el miedo a la muerte.

En 1988 fue nombrado Gran Maestro Nebula.

Murió el 5 de junio de 2012.